

Margarita De Valois

EL HEPTAMERÓN



Lectulandia

El Heptamerón es un libro escrito por Margarita de Valois (1492-1549). Margarita era una mujer de gran cultura, dominaba varios idiomas lo que le permitió leer el Decamerón de Boccaccio en italiano (ella fue quién impulsó su traducción al francés). Inspirándose en el Decamerón escribió su obra en la que describe como un grupo de personas, al quedar aisladas, deciden pasar el tiempo contando historias. Éstas son setenta y dos, narradas en el transcurso de siete días. Calificadas de licenciosas, estas historias sin embargo no sobrepasan lo permitido en el tiempo en que fueron escritas y aunque su moralidad puede ser discutida si se mira desde el punto de vista actual, no hace más que describir su época sin artificios ni hipocresías. La autora aclara al comienzo que los cuentos están basados en historias reales y los estudiosos están de acuerdo, en gran mayoría, en que es así y que incluso es posible asociar a algunos de los narradores con la propia autora, sus dos maridos y su madre. Se cree que muchas de las narraciones describen hechos reales ocurridos en las cortes francesas. Margarita de Valois fue una inteligente mujer que tenía muy claras sus ideas políticas y religiosas y no temía exponerlas y defenderlas. En cierta medida defensora de la Reforma, no oculta la animadversión que siente especialmente contra los franciscanos, sobre quienes carga las tintas. El libro es entretenido de leer, tiene, al igual que el Decamerón, historias de amores felices y desdichados, de amantes apasionados y fieles, como también de pretendientes malvados, sinvergüenzas y estúpidos. Las situaciones no están descritas tan explícitamente como en el Decamerón, pero no por eso dejan de ser muy sugestivas.

Lectulandia

Margarita de Valois

El Heptamerón

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *L'Heptameron*»
Margarita de Valois, 1542
Traducción: Josefina Martínez Gastoy

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EN LA RUTA DE BOCCACCIO

Prologo a la edición española

Entre 1349 y 1351 estructuraba Boccaccio su *II Decamerone*. Años antes, hacia 1340, don Juan Manuel redactaba su libro de *Patronio o Conde Lucanor*. Procedentes ambos de una común tradición narrativa, el gran libro castellano era el asentamiento de un estilo de prosa y el prodigioso Decamerone la superación de una técnica, que se proyectaría sobre Europa con todos los caracteres de una inauguración genérica. Dentro del mismo siglo, ya dentro del camino trazado por la prosa del cuentista toscano, Chaucer creaba para la literatura inglesa *The Canterbury Tales*. Sobre estas tres firmes bases se construiría el edificio del cuento europeo. Pero esa gran trilogía de cuentistas del Trecentos, que enlazaba los viejos apólogos orientales y su peculiar sistema unitivo con la técnica moderna de la narración, no contó con la colaboración de un cuarto pilar, en lengua francesa, que reforzase ese género literario que con ellos adquiriría vigorosa personalidad. Dos siglos más tarde, una dama del Renacimiento intentaba, tardíamente, partiendo de su admiración por Boceado, llenar con su pluma ese vacío de la tradición narrativa francesa.

Cuando, en 1558, Pierre Boaistuau publica su versión incompleta e inexacta de los cuentos de la reina de Navarra, *Histoire des Amants Fortunés*^[1], el propósito está conseguido sólo a medias. Al año siguiente, al aparecer en París una edición completa de los mismos, se inaugura definitivamente en Francia un género literario y un largo camino de triunfos. Claude Gruget, el editor, ha tenido además el acierto de adjudicarles un título de resonancia boccacciana: *l'Heptaméron des nouvelles de très illustre et très excellente princesse Marguerite de Valois, reine de Navarre*. Desde este momento él número de ediciones corre paralelamente a las que se suceden del libro italiano en la Francia renacentista. Porque es indudable que, apartándose de lejanas reminiscencias medievales y desdeñando, por tanto, una truncada evolución autóctona, la obra de la exquisita Margarita de Valois es, tanto como ella misma, un producto del Renacimiento.

Desde niña se fue formando el espíritu de la futura escritora, para ocupar ese puesto de honor que su jerarquía social hacia prever. Hija de Carlos de Orléans, conde de Angulema, es instruida para figurar brillantemente en la selecta sociedad de una corte renacentista. Lo que no pueden prever ni la joven viuda del conde de Angulema, ni la propia Margarita, son los lances de fortuna que van a colocar a su hermano Francisco, dos años más joven y su compañero entrañable de juegos y de estudios, a la cabeza de la segunda monarquía europea. Y que la vida serena, armoniosa, completa, para la que ha sido preparada va a quebrarse en amargura muchas veces, en el peligroso juego político que enfrentaría a Francisco I de Francia, con el poderío pujante e imperialista de Carlos I de España.

Desde su retiro del castillo de Angulema, donde ha nacido en 1492, desde Cognac, desde Blois, Margarita, niña y adolescente, asiste de lejos a unos acontecimientos históricos que parece no han de repercutir directamente en su vida. Mientras, va moldeando su alma y su cerebro con la lectura de los clásicos y de las Sagradas Escrituras. Aprende latín, italiano y español, despertándose en ella una pasión humanista que los años acrecientan, hasta hacerla aprender el alemán, el hebreo y, a los cuarenta años, el griego.

En 1498 muere prematuramente Carlos VIII. Nada hace suponer aún que la corona recaerá un día sobre la juvenil cabeza de Francisco de Valois. Pero el sucesor de Carlos VIII, Luis XII, muere sin sucesor varón, y en 1515 Margarita puede contemplar la subida al trono de Francia de su hermano, cuya sombra tutelar y amadísima sentirá para siempre sobre ella. La joven hermana del rey es, desde 1509, duquesa de Alençon, por su matrimonio, pero no ha encontrado en su nuevo estado la felicidad. Tal vez por ello, unirá cada vez más frecuentemente su destino a las vicisitudes de la Corte, al tiempo que un evidente vacío espiritual, acompañado de un sentimiento de íntima soledad, la inclinan cada vez más a la meditación y a un misticismo de peligrosa conexión con prerreformistas, que expresa en atormentados versos: *Dialogue en forme de vision nocturne, Miroir de l'âme pécheresse, Oration de l'âme fidèle...* [2]

Humanismo, inquietud religiosa, política y las noticias que van llegando de la marcha de la guerra. Una intensidad de vida exterior e interior que un rudo golpe va a acrecentar dolorosamente. La noticia la sorprende en Lyon, donde Margarita se encuentra con su madre, reina regente por el momento. El 24 de febrero de 1525, las tropas francesas son derrotadas en Pavía por los ejércitos del Emperador. El esposo de Margarita logra huir, pero sólo para morir el 11 de abril siguiente. Y el rey Francisco I ha sido hecho prisionero y conducido a Madrid. Desde este momento su intervención en la política francesa, junto a su madre, Luisa de Saboya, irá siendo cada vez mayor. La situación del país es crítica. Francisco llama a su hermana desde Madrid, y ella, como siempre, acude a su lado. Se embarca el 28 de agosto en Aigues-Mortes, desembarca en Palamós y llega a la Corte del Emperador. Alternativamente en Toledo y Madrid, intenta sin éxito la liberación del monarca francés, mediante unas negociaciones que duran todo el mes de octubre. Al fin, el 27 de noviembre, Margarita regresa a Francia, por Zaragoza y Barcelona. Ha sido su primer contacto directo con la Corte española. No es inverosímil suponer que su inteligente mirada descansara en la gallarda presencia de un poeta cortesano, que ya había luchado contra las armas francesas en la campaña de Navarra y que había de caer a los treinta y tres años frente a los muros de una fortaleza en la Provenza. Ambos poetas, Garcilaso y la sensible princesa de Francia, habían de constituirse, con el tiempo, en el símbolo humanizado de una común cultura renacentista.

Dos años después, Margarita contrae nuevo matrimonio. Tiene a la sazón treinta y cuatro años. Su marido, Enrique de Albret, rey de Navarra, es once años más joven.

Su vida sentimental cambia, pero no logra tampoco la felicidad, sino el agri dulce placer de un amor no correspondido. Al menos, saborea por vez primera las dulzuras de la maternidad. Pero la agitación continua no cesa. Política, sinsabores, viajes sobre el accidentado mapa de los territorios de Francisco I, que alterna con las breves temporadas que pasa en la relativa paz de sus estados de Navarra. La guerra con España continúa. Los teólogos de la Sorbona condenan sus obras religiosas. Y su tristeza va aumentando. Cuando muere su hermano, se encierra cuatro veces en un convento, buscando en la oración y la meditación un bálsamo para su angustia y soledad. Tiene más de cincuenta años y su salud es frágil. Nada la retiene ya en la Corte. En 1548 asiste al enlace de su hija que, en un último dolor sentimental, no ha podido evitar. Pero es el fin no deseado. Cuando se aleja para siempre del bullicio cortesano está muy cercano el día de su reposo definitivo. El 21 de diciembre de 1549 termina una de las vidas más íntimamente azarosas y más profundamente vitales del Renacimiento francés.

El renacentista amor a las letras de la reina de Navarra no parte sólo de una individual vocación. Europa entera está viviendo en una comunidad de ideales, en donde el cultivo del entendimiento es signo de nobleza. El ideal cortesano del Renacimiento, que Castiglione ha lanzado desde Italia hacia todos los caminos europeos, unirá lo heroico de las armas a la belleza de las letras. Guerreros-poetas que olvidan, entre contienda y contienda, los azares de la lucha, para construir un mundo ideal de belleza. O damas exquisitas que aunarán en sus personas la gracia amable de su condición femenina, con la sensible comprensión de unos frutos de cultura. Y que, respondiendo al mismo imperativo artístico, pueden construir, como Margarita de Valois, su propio mundo ideal en el plano elevado de la inteligencia.

La reina de Navarra es el perfecto resultado de una educación humanística y la joya preciosa de la Corte de Francisco I. De un Francisco I preocupado por la implantación de los nuevos ideales. Bajo su reinado se efectúa una labor difusora del Renacimiento, análoga a la realizada por la Reina Católica en España, en el siglo anterior. Si Isabel de Castilla estudiaba latín con sus damas, fundaba, con Cisneros, la humanista Universidad de Alcalá o propagaba los estudios clásicos, Francisco I representaba un papel semejante en la implantación oficial del Renacimiento en Europa, al nombrarse «*père de les lettres*», al secundar las actividades de Guillaume Budé y su grupo de humanistas, al proteger a escritores como Marot y Rabelais, al preocuparse de la vulgarización de la cultura clásica o al crear el futuro Collège de France.

El monarca francés, a diferencia de la reina Isabel e de su propia hermana, no llegó jamás a saber latín. Vero su inteligente curiosidad y su afición a la cultura pudieron suplir su deficiente formación clásica. Y en una época en que un aristocratismo intelectual domina las mentes europeas, la Corte francesa se abre

ansiosamente a las corrientes de cultura que proceden directamente de Italia o le llegan recreadas en géneros novelescos españoles. La preparación cultural de Margarita de Valois se abre, esplendorosa, en un marco apropiado. Su caso, por otra parte, no es único. Por los mismos años Hélisenne de Crenne escribía la primera novela sentimental francesa, realizando en sus *Angoisses douloureuses*^[3] un trasplante autobiográfico de la *Fiammetta boccacciana*. O dedicaba al rey Francisco, en cuya Corte vivió, su traducción de cuatro libros de la *Eneida*.

La obra de Margarita de Valois brota, pues, de una sociedad refinada y culta, que conjura armónicamente erudición y galantería. Su vivo retrato cotidiano nos lo ha dejado la propia reina de Navarra, impulsora y protectora de las nuevas ideas, que convirtió su pequeño reino en un refugio de poetas y humanistas. También ella se refugia en su gran e íntimo mundo, como descanso y evasión de sinsabores, política y preocupación. Un mundo poblado por los ensueños pastoriles que alienta *Sannazaro: Histoire des Satyres et Nymphes de Diane*^[4]. Cruzado de las ideas neoplatónicas del amor y la belleza que irradian de la *donna pretrarquiesca*. Atravesado de ideas iluministas y empapado del erasmismo que sacude, por el momento, las conciencias europeas. Y recreado en el jocoso, vitalista, burgués y fabuloso mundo boccacciano. Producto de aquella sociedad, de este mundo cultural y de la poderosa personalidad de su máximo representante femenino, surge la imitación francesa del *Decamerone*.

Las circunstancias del nacimiento de la obra las ha relatado la propia autora en el Prólogo de su *Heptaméron*, al darnos noticia en él de la extrema popularidad de Boccaccio en ambientes cortesanos.

La obra del italiano era, en efecto, conocida en Francia desde 1485, en que se edita en París la traducción de Laurent de Bremiertait y Antonio de Arezzo, efectuada en 1414. Se imprime con el título de *Des Cent Nouvelles* y más tarde con el de *Le livre Cameron* (sic). Las ediciones se suceden incesantes. En 1545, la propia reina Margarita encarga una nueva traducción a Anthoine le Magon, a la que hace referencia el *L'Heptaméron*. Las dieciocho ediciones del siglo XVI y nueve del XVII de esta segunda versión, revelan claramente la extrema popularidad de los cuentos boccaccianos.

Se rellenaba así, mediante una traducción, una importante laguna narrativa. Bien es verdad que Francia poseía ya una recopilación de historias de parecida factura: las anónimas *Cent Nouvelles nouvelles*^[5], ofrecidas en 1462 al duque de Borgoña. Inmediato antecedente de *L'Heptaméron* se publicaron en 1486, tras la muerte de Luis XI, y los motivos de su composición ofrecen grandes analogías con los de la obra de la reina de Navarra. Confinado primero por su padre a sus dominios del Delfinado, tras el fracaso de sus revueltas contra el rey, y expulsado del territorio francés, por su intento de alianza con los ingleses, el futuro Luis XI espera en Borgoña, junto a su tío el duque, la muerte de su padre y su consiguiente subida al trono. Y en el obligado paréntesis de esos años, se rodea en Genappe de un grupo de leales amigos para pasar tiempo en cazas, banquetes y diversiones más o menos

literarias. Ésta es la estampa que nos transmite el autor de las *Cent Nouvelles nouvelles* y éste es el pretexto —ficticio o real— que sirve de punto de unión a los relatos: unas veladas entre amigos, en que cada contertulio ha de narrar una historia que alegre la reunión. Frente a cada uno de los cuentos va el nombre de su supuesto o real autor, y el compilador de todos ellos debió de pertenecer al séquito de Felipe de Borgoña, a quien un grabado de la época muestra recibiendo el manuscrito de manos de su autor.

La analogía de *L'Heptaméron* es evidente: un proyecto, cumplido o no, de una obra hecha en colaboración, de que también nos da cuenta Margarita de Navarra en el prólogo de su obra. El alcance auténtico de esta afirmación ha motivado la duda crítica sobre la absoluta atribución de la obra, en su totalidad, a la reina de Navarra. Se cita con frecuencia a este respecto el nombre de uno de los escritores protegidos por la reina, Bonaventure Despériers, autor, efectivamente, de una colección de historias, *Nouvelles récréations et joyeux devis*^[6], aparecida en Lyon en 1558. Y el mismo nombre de Luisa de Saboya, la Oisille del *Heptaméron*, no está ausente del problema crítico de la paternidad del libro. Pero no es menos evidente que, fuera del impulso inicial del cual partiese la obra, los contemporáneos nos han transmitido la imagen de la reina escribiendo sus relatos durante los largos viajes de la época: «*Elle fist en ses gayettez ung livre qui s'intitulle: Les Nouvelles de la reyne de Navarre... File composa toutes ses Nouvelles, la pluspart dans sa lityere en allant par pays; car elle avoit de plus grandes occupations, estant retiree. Je l'ay ouy ainsy conter à ma grand'mere* —relata Brantôme—, *qui alloit toujours avec elle dans sa littière, comme dame d'honneur, et lui tenoit l'escritoire dont elle escrivoit, et les mettoit par escrit aussy tost et habilement, et plus, que si on luy eust dicté.*».

La idea inicial debió de surgir hacia 1546, cuando la autora se encontraba en Cauterets, donde redactaría el prólogo de la obra. El resto, incompleto o no, se fue desarrollando hasta su misma muerte y se desliza paralelo a sus propios acontecimientos biográficos, cuyo reflejo se proyecta, literaturizado, en los relatos.

Ésa va a ser, precisamente, la novedad que intenta presentar la reina de Navarra, en un género que nada nuevo parece ya poder ofrecer. No su realismo o verosimilitud, que era algo inherente a la técnica boccacciana, sino el intento de convertir esa verosimilitud en auténtico verismo. Ella lo afirma conscientemente en el prólogo: «*dirá chacun dira quelque histoire qu'il aura vue ou bien ouï dire a quelque homme digne de foi*^[7]». No se oponía con ello a la totalidad de los cuentos de Boccaccio, donde anécdotas de personajes reales —Giotto, Cavalcanti— habían sido utilizadas como narración novelesca. Pero sí suponía una novedad en la narrativa francesa. Consciente de ello, la reina recurre frecuentemente a un ingenuo ardid literario, como es el de atribuir a desconocidos personajes coetáneos acciones tomadas de la tradición literaria. Así, por ejemplo, el cuento sexto, como otros muchos, tenía ya antecedentes en algún fabliau medieval y aparecía en Boccaccio y en las *Cent Nouvelles nouvelles*. Pero la autora aplica la peripecia a un criado del

duque de Alençon, su primer marido. En otras ocasiones, el relato, sin que se sepa claramente su procedencia, no puede ocultar su origen literario. Tomemos, por ejemplo, el cuento noveno: la historia del gentilhomme que se deja consumir de amor y es visitado en el lecho de muerte por su amada. No es necesario buscarle antecedentes trovadorescos, como ha hecho la crítica francesa. Bien cercana tenía la autora la traducción de la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, tan incesantemente reimpressa en Francia desde 1526. Incluso dicha obra pudo sugerirle a la reina de Navarra esas disquisiciones sobre el amor que siguen a cada una de las narraciones de *L'Heptaméron*, al igual que los personajes de la novela española establecen un debate final sobre las mujeres, en torno al lecho del agonizante Leriano. Pero, fiel a su principio de narración, Margarita de Valois sitúa su ejemplo de «*parfaicte amour*», entre «*Daulphiné et Provence*».

En ocasiones adorna el posible marco histórico del relato con datos concretos, extraídos probablemente de una observación directa. Así, no pocos rasgos localistas de su décima novela pueden ser producto de su viaje a España en 1525: la cita del castillo de la Aljafería, su mención velada al tratado de Blois, la exacta localización de Aranda de Moncayo, la alusión al clima de Zaragoza, etcétera... Una exacta localización geográfica y temporal que contrasta con la literaturización de los nombres de los personajes, Floride, Amadour, Avanturade, de clara resonancia sentimental.

Estos intentos de aclimatación de temas argumentales literarios y hasta folklóricos, a una pseudorrealidad histórica, no son sino la sombra pálida de la autenticidad de otros relatos. En ellos, la autora sí ha literaturizado sucesos y seres que la crítica ha ido esclareciendo. Aparte de los propios narradores, numerosos relatos son trasunto de episodios reales que la autora ha vivido o visto directamente. Son, por ello, frecuentes los cuentos sobre historias observadas durante su etapa como duquesa de Alençon, incluso interviniendo directamente en ellas. O los fácilmente atribuibles a incidentes biográficos de Francisco I, como la novela cuarenta y dos, o de la propia Margarita, según el testimonio de Brantôme respecto a la cuarta narración. A veces el relato alcanza una casi total coetaneidad. Por ejemplo, el episodio contado en la décima novela refiere hechos acaecidos sólo un año antes, ya que el auténtico Lorenzaccio fue asesinado en Venecia en 1548. El relato de la reina de Navarra es, por tanto, la primera trasposición literaria de una historia que iba a hacerse universal, hasta hallar su eco romántico en el drama de Musset.

Por todo ello, los cuentos de la reina de Navarra se separan fundamentalmente de los ejemplos anteriores en lengua francesa. Porque las *Cent Nouvelles nouvelles* nada nuevo ofrecían ni temática ni estructuralmente, ni tampoco presentan sino un mediano valor literario. No tienen sino el mérito relativo de entronizar en la literatura francesa la narración breve en prosa, virtualmente desconocida hasta entonces.

Los viejos apólogos orientales, en sus célebres colecciones medievales, habían truncado en Francia su natural evolución, desplazados por un género distinto, los

fabliaux. A través de éstos subsiste la temática, pero se pierde la especial técnica narrativa en prosa del cuento de cuentos, que Oriente proyecta fructíferamente sobre toda la literatura medieval. Cuando el viejo procedimiento renace, ya lo hace por una directa influencia boccacciana y en época en que la autora de *L'Heptaméron* puede ya permitirse, exquisita y renacentistamente, oponerse a una ideología tradicional que ha relegado la narración erótica —en prosa o en verso— a un burdo realismo de exclusivista intencionalidad cómica y satírica.

Ya Boccaccio en las novelas de su *Quarta Giornata*, principalmente, había expresado un concepto trágico y sublimizado de la pasión amorosa. A través de la lectura de las angustiosas historias de Guiscardó y Ghismonda, de Lorenzo y Lisabette, de Simona y Pasquino, de Girolamo y Salvestra, Margarita de Valois pudo desarrollar su idea central amorosa de que el peligro y la muerte dignifican y ennoblecen la pasión. El amor, en sus cuentos, fuera de los exclusivamente cómicos, más cortos por lo general, no es sólo sensualidad. Hay amores de una belleza trágica que, alejándose del misoginismo de la tradición de los ejemplos, se enlazan con el torturado y sublimizado erotismo de los relatos bretones, con el intelectualismo amoroso de la novela sentimental o con el fatalismo psicológico de una posterior María de Zayas.

Como consecuencia, en sus relatos se desarrollan con fuerza el sentimiento, la ternura, la piedad o la simpatía, tan ausentes del autor de las *Cent Nouvelles nouvelles*, o de los prosistas contemporáneos a su obra: Noël, du Fail, Despériers o el mismo Rabelais. Pero su concepto idealizado del amor, no está, tampoco, desprovisto de sensualidad. Hay en su espíritu y en su momento histórico demasiado vitalismo renacentista para que el puro placer de los sentidos no juegue su papel en la obra. Pero cuando ese placer no se dignifica con un sentimiento más noble, sólo servirá de motivo satírico o cómico, pero no se recreará la autora en el desarrollo psicológico de la acción.

Ese desarrollo psicológico, dentro de la unilateral simplicidad de los sentimientos descritos, será otra de las innovadoras cualidades de la autora. No va a interesar tan sólo el incidente, el argumento, la acción. Muchas veces, este argumento está al servicio de una expresión sentimental, de un personaje interesante, cuyo mundo anímico se intenta investigar. Naturalmente, el relato corto no se presta a la introspección psicológica ni a disertaciones teorizantes sobre el sentimiento y las pasiones. Pero Margarita de Navarra ha encontrado el medio de desarrollar esos elementos en su libro, mediante los comentarios finales añadidos a cada relato, en los cuales se permite ambas cosas: la observación psicológica de un personaje y el desarrollo de unas teorías sentimentales e intelectuales de clara raigambre neoplatónica. A través de ambos factores, la trama central de la obra cobra una viva y positiva originalidad.

Margarita de Navarra tiene ante sí los modelos vivientes de su escenario novelesco, porque los diez interlocutores de la obra no son sino el exacto reflejo

literario de unos seres existentes que la crítica ha localizado en su mayor parte: Parlamente, la propia Margarita; Oisille, Luisa de Saboya; Dagoncin, Nicolás Dangá; Simontault, François de Bourdeille..., que se retratan exactamente en sus rasgos psicológicos auténticos. A través de sus conversaciones, estos personajes cobran una realidad mayor que la de los cuentos mismos. Y más que en el desarrollo argumental de éstos, vemos a través de las galantes disputas finales, los ideales, sentimientos y costumbres de una época y el reflejo luminoso de la personalidad de Margarita, encerrada en el marco riente y sensual, gracioso y culto, espiritual y piadoso de la discreta Parlamente.

A través de las bellas palabras de la culta humanista, Platón, León Hebreo, Marsilio Ficino, luchan intelectualmente contra toda una tradición narrativa de ideología materialista. Cuya defensa, tal vez en un desplegar inconsciente de íntimas decepciones, ha colocado la autora en labios de Hircan o Enrique de Albret, rey de Navarra, su propio esposo.

El arte narrativo de Margarita de Valois consigue una ligereza de estilo, una dosificación del interés y una esencial amenidad, que explican la popularidad extraordinaria de la obra. Como el lector puede comprobar, en esta primera traducción de sus relatos al español, el interés de los mismos escapa a lo puramente erudito, para conservar aquella fresca lozanía que supo imprimirles, en pleno siglo XVI, una mujer excepcional.

María del Pilar Palomo

Prólogo de la edición francesa de 1885

Margarita de Valois, reina de Navarra, nació en Angulema el 28 de diciembre de 1492, y murió a la edad de 57 años en el castillo de Odos, en Bigorre, el 2 de diciembre de 1549. Hermana de Francisco I, su verdadero nombre era Margarita de Angulema. En 1509 se desposó con Carlos, último duque de Alencon, primer príncipe de sangre y condestable de Francia. Después de la batalla de Pavía, en 1525, murió su marido en Lyon. Francisco I estaba entonces prisionero y enfermo en Madrid. Margarita no retrocedió ante las fatigas de un largo y penoso viaje para ir a ver y cuidar a su hermano. A su vuelta a Francia, éste le testimonió su gratitud colmándola de favores. No la llamaba otra cosa que «*ma mignonne*^[8]» y fue quien le dio el gracioso apelativo de «Margarita de las Margaritas». Cuando, en 1527, se casó nuevamente con Enrique de Albret, rey de Navarra, la llenó de regalos y le otorgó los máximos honores.

Margarita, que sabía griego y latín, que leía a Sófocles y Erasmo en el idioma original, que recibía lecciones de hebreo de Pablo Paradis, que amaba la poesía y las letras con todo el ardor de un corazón apasionado, vio congregarse a su alrededor

toda una corte de literatos y sabios. El Renacimiento y la Reforma dejaban sentir por entonces su primitiva influencia sobre el espíritu francés. El Renacimiento era una Resurrección espiritual que tenía lugar a través del estudio de las obras maestras de la antigüedad y por el retorno a las humanidades griegas y latinas. «Los hombres que habían llegado a ser célebres en su círculo de relaciones y entre los profesionales de su tiempo, recomenzaban sus estudios al fin de su vida e iban ya con los cabellos blancos, como dice un historiador, a las escuelas en las que se enseñaban la lengua de Homero y la de Cicerón. Las gentes de edad dejaban en mal lugar al viejo personaje de Horacio, que sólo encontraba alabanzas para los años de su mocedad. Éstos preferían el tiempo que se les escapaba a aquel otoño que los había visto jóvenes, llenos de esperanza, o en posesión de todas las ventajas de la vida; y, mientras que de ordinario son los jóvenes los más apegados al presente, ¡entonces eran los viejos a quienes inflamaba el ardor por las novedades...!».

«El primer impulso vino de Italia. Ésta puso en la conquista de la antigüedad un ardor que da a sus eruditos proporciones heroicas. Los príncipes rivalizan en curiosidad con los eruditos. El griego Marco Musurus, que enseñaba lengua griega al joven príncipe de Carpi, de quien era preceptor, cuenta que, incluso viajando, ya fuera por las carreteras, cabalgando codo a codo con su señor, ya en los mesones, el alumno daba su lección. Los italianos nos menospreciaban; no se preocupaban para nada de darnos participación en estos bienes del espíritu que se reservaban para ellos solos, ni de transmitimos esa antorcha de la vida de que habla Lucrecio. Fue preciso ir a su país y arrancársela de las manos. Y esto fue lo que hicieron nuestros monarcas, en su ambición de conquistar herencias dudosas y de agrandar las fronteras de Francia. Las temerarias cabalgatas de Carlos VIII, de Luis XII y de Francisco I no nos valieron ni una pulgada de tierra; pero ensancharon el camino por donde entraron en Francia los libros griegos y latinos, y nos fue llegada la ocasión de entrar en posesión de este tesoro de las letras clásicas, parte del cual íbamos a entregar a toda Europa occidental en el idioma más universal del mundo moderno».

Margarita no sólo se vio afectada por él soplo vivificante del Renacimiento, sino que también sufrió los primeros efectos de la Reforma, ya que a la revolución literaria sucedió la revolución religiosa. Fue, juntamente con Marot, la más elevada y más original expresión de la sociedad francesa del siglo XVI, tan denodada en la busca de la verdad. «El espejo del alma pecadora», que escribió en 1526, fue condenado por la Sorbona. Mas no es en este libro de poesías teológicas donde habría que buscar el espíritu tan improvisador de aquélla a quien los poetas denominaban alternativamente «flor» o «perla». El nombre de la reina de Navarra quedará eternamente ligado al encantador ramillete de cuentos primitivamente titulado *l'Heptaméron*, o «Historia de los romances afortunados». ¡Qué gracejo! ¡Qué vivacidad! Es de auténtico espíritu galo y de los más finos. «El decoro sin gazmoñería es la nota original y el encanto del *Heptaméron*», ha dicho M. Nisard. Y, estableciendo un paralelismo entre los cuentos de Boccaccio y los de la reina de Navarra, M. Nisard añade: «Boccaccio es más serio,

y parece creer lo que cuenta; Margarita no quiere ni engañarse, ni engañar a su lector: sus impresiones no son nunca más fuertes que su razón. La moralidad de las aventuras, la consecuencia que de ellas se obtiene, están cuidadas por el mismo tono en que hay que pensar, incluso antes de que los interlocutores hayan expresado su opinión y de que nuestra Doña Oisille baya pronunciado su veredicto. Cuando nuestra amable viuda no sermonea, por lo que tiene debilidad, y se contenta con traer a colación cualquier lección de conducta mundana, nada hay más nuevo en las letras francesas que estas primeras aplicaciones de la moral universal al juicio de caracteres y conductas. Nada tan delicado, tan expresivo, se había escrito sobre la fragilidad de nuestra virtud, sobre las ilusiones de nuestras pasiones, sobre el ardor desatentado de la juventud, sobre la imprudencia de los padres, sobre las consecuencias de los buenos y los malos sentimientos. Sus acentos tan vivos y tan acertados, ese lenguaje poca florido, esos refranes populares sembrados entre la plática, son las verdaderas tradiciones de la comedia y de todas las obras, de diversas clases, cuyo tema es la vida social. Principalmente por esto es por lo que Margarita ha merecido la alabanza que le dedica Claude Gruget, de haber superado a Boccaccio en los bellos discursos que ha hecho en cada uno de sus relatos».

Se cuenta que era viajando en litera como Margarita escribía sus narraciones, llenas todas ellas de malas pasadas jugadas a los frailes y a los maridos. Los epigramas que lanza contra los clérigos nos muestra cómo conoció la licencia existente en ciertos conventos.

Siguiendo el ejemplo de Boccaccio, Margarita pone cada uno de sus cuentos en boca de sendas personas. Supone una reunión de personas, llegadas a los Pirineos a tomar las aguas y súbitamente aisladas del resto del mundo por el desbordamiento del Gave. ¿Qué hacer para no morir de tedio? Contar historias. Por las tardes, se reúnen en un prado, a la sombra de un olmo, y allí, uno tras otro, cada uno enhebra su cuento, intenta divertir y entretener al auditorio que discute a continuación sobre la conducta de los héroes que le han sido ofrecidos. Hay un intercambio de elogios y censuras, una discusión cortesana dirigida por una viuda de experiencia y gran sensatez, Doña Oisille.

El *Heptaméron* está escrito en un lenguaje que los literatos y los eruditos comprenden fácilmente, sin auxilio de ningún diccionario; pero no todo el mundo es literato o erudito; y privar a millares de lectores del placer de leer estos cuentos, reimprimiéndolos con su ortografía primitiva, hubiera sido una verdadera lástima. No hemos alterado para nada el estilo. Sólo lo hemos vuelto más comprensible modernizando la ortografía y traduciendo en términos inteligibles los que no lo eran.

Esta nueva edición de los Cuentos de la reina de Navarra los hará tan populares como los Cuentos de Boccaccio.

Podrá advertir el lector que merecen un puesto de honor junto el inmortal cuentista italiano. Las alegres y divertidas historias que rellenan las ocho jornadas son pequeñas obras maestras de composición y narración que se siguen sin parecerse unas

a otras.

INTRODUCCION A LAS CORTES DE AMOR

El primer día de septiembre, en que las termas de los montes Pirineos abrían su temporada, te encontraron en las de Cauterets varias personas, tanto de Francia y España como de otros lugares. Unas para beber el agua, otras para bañarse y las otras para tomar barros, que son todas ellas cosas tan maravillosas que los enfermos desahuciados por los médicos vuelven totalmente curados.

Pero mi intención no es de declararos la situación ni las virtudes de dichas termas, sino solamente contaros lo que se refiere a la materia sobre la que quiero escribir.

En aquellas termas vivieron más de tres semanas todos los enfermos, hasta aquélla en que, por su mejoría, supieron que podrían regresar.

Pero al tiempo de su marcha vinieron unas lluvias tan asombrosas y tan grandes que parecía que Dios hubiera olvidado la promesa que hiciera a Noé de no destruir nunca más el mundo por el agua; porque todas las barracas y albergues del citado Cauterets se llenaron tanto de ella que fue imposible permanecer allí. Los que habían venido de la parte de España regresaron por las montañas lo mejor que les fue posible, y quienes conocían las direcciones de los caminos fueron los que mejor escaparon. Pero los caballeros y las damas franceses, pensando regresar a Tarbes con la misma facilidad que a la venida encontraron los pequeños arroyos tan grandemente crecidos que apenas los pudieron vadear. Y cuando llegó el momento de atravesar el torrente bearnés, que a la ida casi no tenía dos pies de profundidad, lo encontraron tan caudaloso e impetuoso que se desviaron para buscar los puentes, que, siendo de madera, habían sido arrastrados por la fuerza de las aguas.

Y algunos, creyendo poder oponerse a la corriente reuniéndose varios juntos, fueron tan rápidamente arrastrados que los que les seguían perdieron el gusto y las ganas por imitarlos. Así que, tanto por buscar caminos nuevos como por diversidad de opiniones, se separaron. Unos atravesaron las cimas de las montañas y, pasando por Aragón, dieron en el condado de Rosellón y de allí a Narbona; otros se encaminaron directamente a Barcelona, desde donde, por mar, unos fueron a Marsella y otros a Aigues-Mortes.

Pero una dama viuda de gran experiencia, de nombre Oisille, resolvió olvidar todo temor acerca de los malos caminos hasta que hubiera ido a Nuestra Señora de Sarrance. No porque fuera tan supersticiosa que pensase que la gloriosa Virgen abandonara la diestra de su Hijo, donde estaba sentada, para venir a vivir en estas tierras desiertas, sino sólo porque tenía deseo de ver el devoto lugar del que tanto había oído hablar; también estaba cierta de que, si había un medio de escapar al peligro, los frailes habían de encontrarlo. Y tanto hizo que allá llegó, pasando por lugares tan extraños, y tan difíciles de subir y bajar, que su edad y su peso no pudieron evitarle ir a pie la mayor parte del viaje. Mas la pena fue que la mayoría de sus gentes y caballos quedaron muertos en los caminos; y únicamente con un hombre y una mujer llegó a Sarrance, donde fue caritativamente acogida por los frailes

religiosos.

También había entre los franceses, dos hidalgos que fueron a las termas, más por acompañar a las damas de quienes eran galanes, que por falta de salud que tuviesen.

Estos caballeros, viendo que su compañía se marchaba, y que los maridos de sus damas las mantenían apartadas de ellos, pensaron seguirlos desde lejos, sin declararlo a nadie. Pero una tarde, los dos caballeros casados y sus esposas llegaron a la casa de un hombre más bandido que campesino, y los dos mozos se alojaron en un casita cercana, siendo así que al caer la noche oyeron un gran clamor.

Se levantaron junto con sus criados, y preguntaron al huésped qué tumulto era aquél. El pobre hombre, muerto de miedo, les dijo que eran unos malos muchachos que venían a recibir su parte de la presa que había en casa del bandido, compañero suyo. Incontinentemente, los galanes empuñaron sus armas y en unión de sus criados acudieron a socorrer a las damas, morir por las cuales les hacía más dichosos que vivir sin ellas.

Así que llegaron al albergue encontraron la primera puerta rota, y a los dos caballeros con sus servidores defendiéndose valerosamente. Mas, ya fuera porque los bandidos eran numerosos y ellos se encontraban heridos, comenzaban a retirarse. Los dos hidalgos, al mirar a las ventanas, vieron a las damas gritar y llorar tan fuertemente que la compasión y el amor les partió el corazón, de modo que, como dos osos rabiosos descendiendo de las montañas, cayeron sobre los bandidos tan furiosamente, que hubo entre ellos tal número de muertos que los supervivientes no quisieron esperar sus mandobles, sino que huyeron donde se sabían en refugio. Los hidalgos, habiendo deshecho a los malvados, siendo el huésped uno de los muertos, y oyendo que la hostelera era peor que su marido, la enviaron junto a él de una estocada; y, al entrar en una cámara baja, encontraron a uno de los caballeros casados que daba su último suspiro.

El otro no padecía mal alguno, a no ser que tenía todas las vestiduras rasgadas por las estocadas y su espada rota. El pobre caballero, apreciando la ayuda que aquellos que le habían prestado, tras abrazarles y mostrarles su agradecimiento, les rogó que no le abandonaran; demanda que acogieron muy gustosos. De modo que, después de hacer enterrar al caballero muerto, y reconfortada su mujer lo mejor que supieron, tomaron el camino que Dios les aconsejó, sin saber dónde irían a parar.

Y si queréis saber el nombre de los tres hidalgos, el marido tenía por nombre Hircan y su mujer Parlamente; la viuda, Longarine; y el nombre de los dos hidalgos, uno era Dagoncin y el otro Saffredant.

Y tras haber cabalgado todo el día, al atardecer avistaron un campanario, al que llegaron lo mejor que les fue posible, no sin penas ni fatigas. Y fueron humanitariamente recibidos por el abad y los monjes.

La abadía se llamaba Saint-Savin.

El abad, que era de muy buena cuna, los albergó honorablemente; y, al tiempo que les conducía a sus alojamientos, les preguntó por sus aventuras; y después de

haber estudiado la verdad de lo ocurrido, les dijo que no eran los únicos que habían probado aquel pastel, ya que había en una habitación dos doncellas que escaparon a un peligro parejo, o aún mayor, puesto que se trataba de fieras, y no de hombres, con quienes habían entrado en relación, y que si bien de los hombres puede esperarse alguna misericordia, no de las fieras; las pobres damas, a media legua de Pierrefite, encontraron a un oso que descendía de la montaña y, al verlo, emprendieron tan veloz galopada que sus caballos, a la entrada de la abadía, cayeron muertos bajo ellas, y dos de sus criados que llegaron bastante tiempo después les habían contado que el oso había matado al resto de los servidores. A continuación las dos damas y los tres hidalgos entraron en la habitación en que aquéllas estaban y las hallaron llorando; supieron que se llamaban Nomerfide y Emarsuite, quienes abrazándolos y contándoles cuanto les había ocurrido, comenzaron a reconfortarse con las exhortaciones del buen abad por haberse encontrado así. Y por la mañana oyeron misa muy devotamente, dando gracias a Dios por los peligros de que habían escapado.

Cuando estaban todos en misa, vieron entrar en la iglesia a un hombre en camisa de dormir, huyendo como si le persiguieran y pidiendo ayuda a gritos. Hircan y los demás se acercaron a él para ver de qué se trataba; en pos suyo advirtieron a dos hombres con sus espadas desenvainadas, los cuales, viendo tan gran compañía, quisieron emprender la fuga; pero Hircan y sus compañeros los siguieron tan de cerca que allí dejaron su vida. Y cuando el dicho Hircan regresó, encontró que aquél que iba en camisa era uno de sus compañeros llamado Gebron, quien les contó cómo, estando en una casa aislada, próxima a Pierrefite, acostado, llegaron tres hombres; y a pesar de estar en camisa, solamente con su espada, hirió tan bien a uno que quedó en el sitio. Y mientras los otros dos se demoraban en recoger a su compañero, viendo que él estaba desnudo y ellos armados, reflexionó que no los podría vencer sino huyendo, como el fraile cargado con sus hábitos, que alababa a Dios y a aquellos que practicaban la venganza.

Después que hubieron oído misa y comido, enviaron a ver si era posible pasar el río Gave; y sabedores de la imposibilidad de atravesarlo, fueron presa de un asombrado temor, por cuanto el abad les ofreció permanecer en el lugar hasta que las aguas hubieran descendido, a lo que accedieron por aquel día. Y a la noche, cuando iban a retirarse, llegó un viejo fraile que ningún año faltaba a Nuestra Señora de septiembre en Serrance. Y al pedirle noticia de su viaje dijo que a causa de las grandes crecidas viniera por las montañas y por los peores caminos que nunca anduviera, pero que había tenido ocasión de ver una gran desgracia; ya que había encontrado un hidalgo, de nombre Simontault, que aburrido por la tardanza del río en descender su nivel, se había decidido a forzar el paso, confiándose a la bravura de su caballo y colocando a todos sus servidores a su alrededor para hender las aguas. Mas, cuando estuvieron en el centro de la corriente, los que estaban mal montados fueron arrastrados aguas abajo, a pesar de los esfuerzos de hombres y caballos, sin que

nunca se supiera nada de ellos. El hidalgo, encontrándose solo, enderezó su cabalgadura hacia el mismo punto de que partió, pero no supo hacerlo tan prontamente que no fallara bajo él.

Pero quiso Dios que ello ocurriera tan cerca de la ribera que el hidalgo, no sin tragar bastante agua, caminando a cuatro patas saltó fuera de la corriente sobre los duros peñascos, tan cansado y débil que apenas se podía sostener. Y tuvo tanta suerte que un pastor que recogía al atardecer sus ovejas lo encontró sentado entre las piedras, empapado del todo, y muy apenado por la suerte de su gente, que había visto perecer ante sus ojos. El pastor, que comprendía su necesidad más viéndolo que escuchándolo, lo cogió de la mano y lo llevó a su mísera casa, donde lo secó lo mejor que pudo frotándolo con paja.

Y, aquella tarde, Dios llevó allí al buen fraile, que le mostró el camino para Nuestra Señora de Sarrance y le aseguró que allí estaría mejor alojado que en ningún otro lugar; en él encontraría a una anciana viuda, llamada Oisille, que sería su compañera de aventuras. Cuando todos los reunidos oyeron hablar de la buena Doña Oisille y del gentil caballero Simontault recibieron una gran alegría, alabando al Creador que, contentándose con los criados había salvado a sus señores y sus armas; y sobre todos quien más alabó a Dios de todo corazón fue Parlamente, porque desde tiempo atrás ya lo consideraba como un adicto servidor. Y, después de informarse diligentemente del camino para Sarrance, aunque el buen viejo les mostró todas las dificultades, no por eso dejaron de emprender la marcha; y aquel mismo día se pusieron en camino, si bien de suerte que nada les pudiera ocurrir, ya que el abad les proveyó de los mejores caballos que pudo encontrar, de buenas capas de Bearnesc, de abundantes víveres y de amables compañeros para conducirles con seguridad a través de las montañas, que pasaron más a pie que a caballo, con grandes sudores y fatigas, y así llegaron a Nuestra Señora de Sarrance, donde el abad, aun siendo bastante mal hombre, no osó rehusarles alojamiento por temor al señor del Beam, de quien los sabía bienamados, y como era un completo hipócrita, les puso la mejor cara posible y los llevó a ver a Doña Oisille y al hidalgo Simontault.

Era tan grande la alegría por encontrarse en compañía tan milagrosamente conseguida, que la noche les pareció corta para alabar a Dios, en el interior de la iglesia, por la gracia que les había concedido.

Después de comer enviaron gentes para averiguar si las aguas habían disminuido y supieron que más bien habían aumentado, y que seguramente no se podría pasar en bastante tiempo, de forma que se resolvieron a construir un puente sobre los extremos de dos peñascos que se alzaban próximos uno frente a otro. El abad se sintió muy complacido de que hicieran este gasto, pues así aumentaría el número de peregrinos; les proporcionó obreros pero no puso ni un ochavo, cosa que su avaricia no le permitió.

Y como quiera que los obreros manifestaran que en menos de diez o doce días no sabrían hacer el puente, las gentes reunidas, así los hombres como las mujeres,

comenzaron a aburrirse. Pero Parlamente, que era la mujer de Hircan, y que nunca estaba ociosa o melancólica, habiendo pedido a su marido permiso para hablar, dijo a la anciana Doña Oisille: «Señora, me asombra que vos, que tenéis tanta experiencia y que, ahora, hacéis de madre para nosotras las mujeres, no veáis de algún pasatiempo que endulce nuestra larga permanencia aquí, ya que si no tenemos alguna ocupación divertida y virtuosa, corremos el riesgo de caer enfermos». La joven viuda de Longarine añadió a este respecto: «Mucho peor que eso; nos volveremos personas desagradables, lo que es una enfermedad incurable; que no hay ninguno de nosotros que, si repara en su desgracia, no tenga motivo de profunda tristeza». Emarsuite, riéndose profundamente, le respondió: «Todos no han perdido a su marido, como vos; y en cuanto a la pérdida de servidores, no es preciso desesperar, ya que se les puede reponer fácilmente. De todos modos, es también mi opinión que deberíamos tener algún ejercicio entretenido para pasar el tiempo lo más felizmente que podamos». Su compañera Nomerfide dijo que esto era muy razonable y que, si estuviera un solo día sin algo que hacer, amanecería muerta al día siguiente. Todos los caballeros fueron del mismo parecer, y rogaron a Doña Oisille que tuviera a bien ordenar lo que habrían de hacer, a lo cual les respondió: «Hijos míos, a fe que me pedís algo muy difícil: enseñaros un pasatiempo que pueda libraros de vuestro tedio; porque habiendo buscado tal remedio toda mi vida, nunca encontré otro que la lectura de las Sagradas Escrituras, en donde se encuentra la verdadera y perfecta alegría del espíritu, del cual proviene el reposo y la salud del cuerpo.

Y si me preguntáis la receta que me tiene tan alegre y sana en mi vejez, es que así que me levanto, tomo la Biblia y la leo, y viendo y contemplando la voluntad de Dios, que por nosotros envió a su Hijo a la tierra a pregonar la buena nueva y su santa palabra, en la que promete la remisión de los pecados y la satisfacción de todas las deudas por el regalo que nos hace de su amor, Pasión y martirios. Estas reflexiones me infunden tanta alegría que cojo mi salterio y, con la mayor humildad posible, canta mi corazón y pronuncia mi boca los hermosos salmos que el Espíritu Santo compuso en el corazón de David y de otros autores. Y el contento que esto me da me hace tanto bien que todos los males que cada día me pueda traer, me parecen ser bendiciones, visto que mi fe guarda en mi corazón a Aquel que me los ha deparado. Del mismo modo, antes de comer, me retiro para alimentar mi alma con alguna lección; y luego, a la noche, hago una meditación de mis acciones durante la jornada transcurrida, para pedir perdón por mis faltas y agradecerle sus gracias, y en su amor, temor y paz, me retiro a descansar a salvo de todo mal. Así, pues, hijos míos, he ahí el entretenimiento al que desde hace tiempo me dediqué, después de haber buscado muchas cosas en las que no encontré contentamiento para mi espíritu. Pienso que si todas las mañanas dedicáis una hora a la lectura y luego, durante la misa, decís devotamente vuestras oraciones encontraréis en este desierto la misma belleza que pueda haber en cualquier ciudad. Porque quien conoce a Dios ve todas las cosas bellas en Él; y sin Él, todo es feo. En consecuencia, os mego aceptéis mi consejo si

queréis vivir felizmente». Hircan tomó la palabra y dijo: «Señora, quienes hayan leído la Sagrada Escritura (como creo que todos nosotros hemos hecho) habrán de reconocer cuanto hay de verdad en vuestro decir, mas será preciso que advirtáis que aun no estamos lo suficientemente mortificados que no se nos ocurra algún pasatiempo o ejercicio corporal, ya que cuando estamos en nuestras casas tenemos la caza y la cetrería, que nos hacen pasar el tiempo y olvidar mil locos pensamientos; y las damas tienen sus quehaceres domésticos y sus labores, y a veces sus danzas, con las que realizan un honesto ejercicio; lo que me lleva a deciros (hablando por lo que respecta a los hombres) que vos, que sois la más anciana, leáis por la mañana pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y las grandes y admirables obras que hizo por nosotros. Más tarde, desde la sobremesa hasta la hora de vísperas, sería preciso elegir algún pasatiempo placentero al cuerpo, y así pasaremos la jornada alegremente». Doña Oisille manifestó que tantos trabajos se había tomado por olvidar las vanidades del mundo que tenía miedo a hacer una mala elección de tal pasatiempo; que sería necesario someter este asunto a la opinión de la mayoría, y rogó a Hircan que opinara en primer lugar. «Por lo que a mí respecta —dijo éste—, si pensara que el pasatiempo que quisiera elegir habría de ser del agrado de los presentes, mi opinión estaría pronto dicha; por lo que esta vez me callaré y aceptaré lo que digan los demás». Su mujer, Parlamente, se sonrojó, pensando que se refería a ella, y la mitad en serio y la mitad en broma le replicó: «Hircan, es posible que aquella que vos pensáis debería estar más triste, podría muy bien buscar compensación, si le pluguiera; pero mejor será que dejemos a un lado aquellos pasatiempos en que sólo pueden tomar parte dos y hablemos del que debe ser común a todos». Hircan dijo a las señoras: «Puesto que mi mujer entendió tan bien la glosa de mi propósito y como quiera que un pasatiempo particular no le gusta, pienso que sabrá decimos mejor que nadie cuál sea el que a cada uno satisfaga mejor; y desde ahora, yo me adhiero a su opinión, ya que la suya es siempre mía». A lo cual accedió toda la reunión. Parlamente, viendo que le había tocado en suerte decidir, les habló así: «Si yo tuviera la suficiencia de los antiguos, que inventaron las artes, idearía algún juego o pasatiempo para satisfacer el encargo que me hacéis; pero conociendo mi saber y mi capacidad, que apenas puede recordar bien las cosas hechas, me daré por contenta con seguir los pasos de aquellos que ya han satisfecho vuestra demanda. Yo creo que entre vuestas mercedes no habrá nadie que no haya leído, entre otras, las Cien Novelas de Juan Boccaccio, recientemente traducidas del italiano al francés; de las que el rey cristianísimo Francisco, primero de este nombre, su alteza el delfín, su alteza la delfina y la princesa Margarita se han hecho lenguas de tal forma que si Boccaccio, dondequiera que pueda estar, las escuchara, a buen seguro habría resucitado ante las alabanzas de tales personajes. Al presente, he sabido que las dos damas citadas y otras gentes de la corte han resuelto hacer algo parigual, si bien diferente de Boccaccio en una cosa, y es de no escribir nada que no sea verídico y, en primer lugar, las mencionadas damas, y su alteza el delfín con ellas, se han propuesto hacer diez cada uno y reunir hasta diez personas

que ellos piensen sean las más adecuadas entre las que puedan contar algo, exceptuando a quienes hayan estudiado y sean gente de letras; porque su alteza el delfín no quiere que su arte esté mezclado con el de ellos, y también para que la belleza de la retórica no dañe de alguna manera la verdad de la historia. Pero las graves complicaciones que han sobrevenido después al rey, como son la paz entre él y el rey de Inglaterra y el alumbramiento de su alteza la delfina, amén de otras cosas dignas de impedir ocupan en esto a la corte, han relegado a completo olvido tal empresa que, para nuestro mayor placer, podrá ser llevada a buen fin mientras aguardamos que nuestro puente esté a punto. Así pues, si os place, desde mediodía hasta las cuatro de la tarde, vayamos a ese hermoso prado, a orillas del río Gave, donde los árboles son tan frondosos que el sol no consigue penetrar en su sombra ni caldear su frescor; allá, sentados a nuestra comodidad, cada uno dirá alguna historia que haya visto o bien oído contar a cualquier persona digna de crédito. Al cabo de los diez días, habremos alcanzado la centena.

Y si Dios quiere que nuestro trabajo parezca digno a los ojos de los caballeros y las damas antes citados, les haremos presente de ellos al regreso de este viaje, asegurándoos que será bien recibido. Por otra parte (y aunque yo haya dicho esto), si alguno de entre nosotros encuentra otra cosa más placentera, me plegaré a su opinión». Mas toda la reunión respondió que no era posible encontrar nada mejor pensado y que les pesaba que no fuera ya el día siguiente para comenzar. Así que pasaron felizmente esta jornada, haciendo memoria unos y otros de cuanto habían visto en otro tiempo. Y llegando la mañana entraron en la habitación de Doña Oisille, a la que encontraron ya entregada a sus oraciones, y después de atender durante una hora larga su lección, y tras oír misa devotamente, fueron a comer sobre las diez; luego, cada uno se retiró a su habitación a hacer lo que quisiera que tuviese, y nadie faltó a mediodía a encontrarse en el prado, según acordaran; y en verdad que era tan bello y agradable que fuera necesario un Boccaccio para describirlo, pero os contentaréis con saber que nunca se vio nada parigual. Cuando toda la asamblea estuvo sentada sobre la verde hierba, tan tierna y deliciosa que no les eran precisos ni almohadillas ni tapices, Simontault comenzó por decir: «¿Quién de nosotros será el que ostente el mando sobre los demás?». A lo que Hircan le respondió: «Puesto que vos habéis tomado la palabra, justo será que mandéis, ya que en el juego todos somos iguales». «Pluguiera a Dios que yo no tuviese otro bien en este mundo que poder mandar a toda esta reunión». Ante tales palabras, Parlamente, que lo entendió muy bien, se puso a toser; merced a lo cual Hircan no se percató del color que enrojeció sus mejillas, y dijo a Simontault: «Comenzad a contar algo bueno, que se os escuchará». Y aquél, animado por toda la reunión, empezó a decir: «Señoras, he sido tan mal recompensado por mis largos servicios que, para vengarme del amor y de aquella que es tan cruel para conmigo, pondré mi empeño en hacer una recopilación de todas las malas pasadas que las mujeres han hecho a los pobres hombres, y no diré más que la pura verdad».

JORNADA PRIMERA

En la que se recogen las malas pasadas que las mujeres han hecho a los hombres y los hombres a las mujeres

Narración I

Donde se explica cómo una mujer de Alençon, que tenía dos amigos, uno para su placer y otro para su provecho, hace matar a aquel de los dos que primero se entera

En la villa de Alençon, viviendo el duque Carlos, último de los duques, había un procurador llamado Saint Aignan, que había desposado a una gentil doncella del país, más bella que virtuosa; la cual, por su belleza y vivacidad, se vio muy asediada por un prelado de la Iglesia, cuyo nombre callaré por respeto a su condición. Éste, para conseguir sus fines, supo tan bien entretener al marido, que no solamente no advirtió el vicio de su mujer, y del prelado, sino que, aún más, le hizo olvidar la devoción que siempre tuvo en el servicio de sus señores; de suerte que, de un leal servidor, vino a ser tan enemigo de ellos que acabó por buscar innovaciones para hacer morir a la duquesa. Así fue que el prelado vivió largamente con esta desdichada mujer, que le obedecía más por avaricia que por amor, y porque su marido la requería para que lo entretuviera. Pero había un joven en la citada villa de Alençon, hijo del lugarteniente general a quien ella amaba tan fuertemente que había llegado a estar casi enloquecida y a menudo conseguía la ayuda del prelado para hacer dar alguna comisión a su marido que le permitía ver a sus anchas al hijo del lugarteniente de la villa. Esta forma de obrar duró largo tiempo, de modo que tenía para su beneficio al prelado y para su placer al hijo del lugarteniente, a quien juraba que toda la buena cara que ella hacía al prelado no era más que para continuar siendo suya más libremente; y que, de las cosas que él obtuvo de ella, el prelado no había tenido más que palabras, y que podía asegurarle que ningún otro hombre que no fuera él tendría cosa alguna.

Un día que su marido debía acudir junto al prelado, le pidió permiso para ir al campo, diciendo que el aire de la villa le era dañino. Y cuando estuvo en su alquería, escribió en seguida al hijo del lugarteniente paja que no dejara de ir a encontrarse con ella sobre las diez de la noche. Lo que el infeliz joven hizo; pero he aquí que al entrar por la puerta encontró a la camarera que tenía por costumbre recibirle, quien le dijo: «Amigo mío, marchad en buena hora, que vuestra plaza está tomada».

Él, pensando que el marido había regresado, le preguntó qué había ocurrido. La buena mujer, viéndole tan apuesto, joven, tan digno de ser amado y siéndolo tan poco, tuvo piedad de él y le declaró la locura de su señora, pensando que cuando oyera esto le retiraría su amor. Y le contó cómo el prelado, que acababa de llegar, se había acostado con ella; cosa que ella no esperaba, ya que no debía venir hasta el día siguiente, pero que, habiendo retenido en su casa al marido, había escapado aprovechando la noche para venir a verla secretamente. Lleno de desesperación, el

hijo del lugarteniente se resistía a creerla del todo. Y se ocultó en una casa cercana, vigilando hasta pasadas tres horas de la medianoche, en que vio salir afuera al prelado, no tan bien disfrazado que no lo reconociera, bien a pesar suyo. Y, con esta amargura, regresó a Alençon, a donde en seguida llegó su mala amiga, quien, pretendiendo engañarlo como tenía por hábito, fue a hablar con él. Mas él le dijo que era demasiado santa, habiendo tocado cosas sagradas, para hablar con un pecador como él, cuyo arrepentimiento era tan grande que esperaba que su pecado le fuera perdonado pronto. Cuando ella comprendió que su caso había sido descubierto y que excusas, juramentos ni promesa alguna harían volver ni servirían de nada, se quejó a su prelado.

Y tras haber deliberado largo y tendido sobre la materia, vino esta mujer a decir a su marido que no podía continuar viviendo en Alenden, ya que el hijo del lugarteniente, a quien ella estimó más que a ningún otro de sus amigos, la perseguía incesantemente en busca de su deshonor, y le rogó se trasladaran a Argentan a fin de eliminar toda sospecha. El marido, que se dejaba gobernar por ella, accedió. Pero apenas estuvieron en dicho Argentan, esta desgraciada mandó recado al hijo del lugarteniente, diciéndole que era el hombre más malo del mundos y que sabía muy bien, lo que públicamente dijera mal de ella y del prelado, de lo cual ya cuidaría ella de hacerle arrepentirse. El joven, que nunca hablara de ello a no ser con ella misma y que temía caer en desgracia con el prelado, marchó a Argentan con dos de sus servidores; y encontrada su dama en las vísperas en los Jacobinos, fue a arrodillarse junto a ella, diciéndole: «Señora, heme aquí para juraros ante Dios que jamás hablé de vuestro honor a nadie en di mundo, si no fue a vos misma. Me habéis hecho tal agravio que no os he dicho siquiera la mitad de las injurias que os merecéis. Pues que, si hay hombre o mujer que asegurase que alguna vez hablé de ello, he venido aquí para desmentirlo ante vos». Ella, viendo que había demasiada gente en la iglesia, y que él estaba acompañado por dos servidores, se reprimió, hablando lo más graciosamente que le fue posible, y diciéndole que no tenía duda alguna de que le había dicho la verdad y de que le estimaba demasiado hombre de bien para hablar mal de nadie, y menos de ella, que le profesaba tanta amistad; pero que su marido había escuchado algún rumor sobre ello, por lo que le rogaba tuviera a bien repetir ante él que ninguna palabra saliera de sus labios y que ningún motivo hubo para que así fuera. A lo que accedió el galán muy gustoso y, pensando acompañarla a su alojamiento, la tomó del brazo; pero ella le dijo que no estaría bien que fuera con ella, ya que su marido podría pensar que lo había convencido para que fuera su portavoz. Y tomando a uno de sus servidores por la manga del vestido le dijo: «Dejadme a éste, y cuando sea llegado el momento, os mandaré a llamar por él, pero, entretanto, id a descansar a vuestra morada».

Él que no dudaba en absoluto de su buena fe, allá fue. Dio ella de comer al servidor que la había acompañado, quien a menudo le preguntaba cuándo sería el momento de ira buscar a su señor, respondiéndole ella que pronto. Llegada la

medianoche, envió secretamente a unos de sus servidores en busca del joven, quien, sin reparar en el mal que se avecinaba, marchó audazmente a la casa del dicho Saint Aignan, donde la dama mantenía a su servidor, de forma que sólo le acompañaba uno. Y así que estuvieron en la puerta de la casa, el servidor que lo conducía le dijo que la señora quería hablar con él antes que su marido y que le esperaba en una habitación acompañada del otro de sus servidores, y que él debía enviar al otro por la puerta delantera. Lo que así hizo. Y al subir una pequeña escalera muy oscura, el procurador de Saint Aignan, que había emboscado a sus agentes en el interior de un guardarropa, al oír el ruido, comenzó a gritar: «¿Qué pasa?», a lo que le respondieron que se trataba de un hombre que quería penetrar secretamente en la casa. En el mismo instante, un tal Tomás Guerin, de oficio asesino, y que había sido alquilado por el procurador para esta ejecución, acudió al instante dando tantas estocadas al pobre joven que éste, aunque intentó defenderse, no pudo evitar quedar muerto a sus manos. El criado, que hablaba con la dama dijo: «He oído hablar a mi señor en la escalera. Voy con él». La señora le retuvo diciéndole: «Descuidad, vendrá en seguida». Y poco después, al oír a su señor que exclamaba: «¡Me muero! ¡A Dios encomiendo mi espíritu!», quiso ir a reconocerlo, pero ella lo retuvo diciéndole: «No temáis, mi marido ha castigado sus devaneos. Vayamos a ver qué pasa». Y colocándose en lo alto de la escalera preguntó a su marido: «Decid, ¿acabó todo?». A lo que él respondió: «Venid y ved. Ya os he vengado de quien puso tachas en vuestro honor». Y diciendo esto, dio diez o doce golpes con un puñal que tenía en el vientre de aquel que vivo, no habría osado atacar. Después de cometido el homicidio y de que los dos servidores huyeran para dar la noticia al pobre padre, pensando el dicho Saint Aignan que el asunto podría mantenerse secreto, pues el testimonio de los servidores del muerto no habría de ser creído y que nadie en la casa había visto el hecho, a no ser los asesinos, una vieja camarera y una muchachita de quince años. Por lo que quiso apresar secretamente a la vieja, pero ésta encontró manera de escapar de sus manos y se puso en franquía buscando asilo en los Jacobinos, de modo que habría de ser el más seguro testigo de aquel asesinato. La joven camarera vivió algunos días en su casa, pero halló el medio de sobornarla a través de uno de los asesinos, que la llevó a París a una casa pública, a fin de que no fuera tenido por cierto su testimonio. Y para ocultar su delito, hizo quemar el cuerpo del infeliz difunto, y los huesos que el fuego no consumió los mandó colocar en un mortero destinado a construcciones que había en su casa. Y emprendió diligencias para pedir gracia a los tribunales, dando a entender que en varias ocasiones hubo de defender su hogar de las asechanzas de un personaje, de quien se maliciaba perseguía el deshonor de su mujer; y que, no obstante su vigilancia, aquél había llegado de noche y por lugar sospechoso intentando hablar con ella; por lo que encontrándolo a la entrada de su cuarto, lleno de más cólera que de razón, lo había matado. Mas no fue tan diligente en enviar su carta a la cancillería que el duque y la duquesa no fuesen advertidos por el pobre padre, los cuales, para impedir que fuera obtenida la gracia, ordenaron al canciller

que se marchara a otro lugar. El malvado asesino, viendo que no podía obtener el perdón, huyó a Inglaterra, y con él su mujer y varios de sus parientes. Pero antes de partir dijo al asesino que a su requerimiento cometiera la mala hazaña que había recibido cartas expresas del rey ordenándole lo apresara e hiciera ajusticiar, pero que a causa de los servicios que le había prestado quería salvarle la vida; y le dio diez escudos para que se marchara fuera del reino, lo que así hizo, no siendo nunca jamás hallado. El asesinato fue atestiguado, tanto por los servidores del difunto como por la vieja camarera que se refugiara en los Jacobinos, y también por los huesos que se encontraron en el mortero, de modo que el proceso fue visto y concluso en ausencia del dicho Saint Aignan y de su mujer, que fueron juzgados en rebeldía y condenados a muerte, sus bienes confiscados por el principado y mil quinientos escudos de indemnización al padre por los gastos del proceso. El dicho Saint Aignan, ya en Inglaterra, viendo que podría considerarse muerto por la justicia de Francia, supo hacer tan buenos oficios cerca de grandes señores y con la ayuda de los parientes de su mujer, que el rey de Inglaterra requirió del de Francia que le perdonara y le repusiera en sus bienes y honores. Pero el rey, habiendo sabido la vileza y enormidad del caso, envió el proceso al rey de Inglaterra, rogándole juzgara si era aquél un caso merecedor de gracia, y diciéndole que el duque de Alençon era el único en su reino que tenía el privilegio de conceder la gracia dentro de su ducado. Más, a pesar de todas estas excusas, el rey de Inglaterra no cejó nada, e insistió tan encarecidamente que al fin el procurador alcanzó su propósito y volvió a su casa. Ahora bien, para consumir su maldad, trabó amistad con un hechicero llamado Gallery, confiando que su arte le eximiría de pagar los citados mil quinientos escudos que debía al padre del finado. Y, para esto, su mujer y él marcharon a París disfrazados, y viendo su repetida mujer que permanecía encerrado en una habitación durante mucho rato con el dicho Gallery y que no le decía el porqué de ello, una mañana los espío y vio que el citado Gallery le enseñaba cinco imágenes de madera, tres de las cuales tenían las manos caídas, y alzadas las otras dos. Y hablando al procurador, le dijo: «Es preciso que hagamos imágenes de cera iguales a éstas, y aquellas que tengan los brazos caídos serán las de los que queremos que mueran, y aquellas que los eleven serán las de en cuya gracia y amor deseáis estar». Y contestóle el procurador: «Éstas serán del rey, de quien quiero ser amado, y esta otra la del señor canciller de Alençon, Brinon». Gallery continuó: «Es preciso poner las imágenes bajo el altar ante el que oirán misa, pronunciando unas palabras que os diré en su momento»; y hablando de aquellas que tenían los brazos caídos, dijo el procurador que una sería la del señor Gilíes du Mesnil, padre del finado. Porque hartó sabía que, en tanto viviera, no dejaría de perseguirlo. Y una de las mujeres que tenía los brazos caídos sería para la señora duquesa de Alençon, hermana del rey, que tanto apreciaba a su viejo servidor du Mesnil, y, además, conocía tan bien la maldad del procurador que, de no morir ella, no podría vivir sin él. La segunda mujer de los brazos caídos sería su mujer, causa de todos sus males, y que mucho se temía no enmendara nunca de su mala vida. Cuando

su mujer que lo estaba viendo todo por un agujero de la puerta, oyó que él la ponía en el bando de los muertos, pensó que antes lo mandaría ella allí; y fingiendo ir a prestar dinero a un tío, relator del Consejo del duque de Alençon, fue a contarle lo que había visto y oído a su marido. El tal su tío, como buen servidor viejo vio al canciller de Alençon y le contó la historia. Y como quiera que el duque y la duquesa de Alençon no estaban aquel día en la Corte, el canciller fue a contar el extraño caso a su alteza la regente, madre del rey, y a la duquesa, quienes rápidamente requirieron los servicios del preboste de París, llamado La Barre, y éste, diligentemente, apresó al procurador y a Gallery, su oculista, quienes sin violencia ni coacción confesaron libremente su culpa, siendo emprendido su proceso y remitido al rey. Queriendo salvar su vida, aquéllos dijeron que con sus encantamientos sólo buscaban estar en la gracia con el rey. Pero éste, a quien la vida de su hermana era tan cara como la suya propia, mandó que les fuera aplicada la sentencia como si hubiesen atentado contra la suya misma. A pesar de lo cual, su hermana, la duquesa de Alençon, le suplicó que perdonara la vida al dicho procurador y conmutara su muerte por alguna grave pena corporal. Lo que le fue concedido, siendo él y Gallery enviado a Marsella, a las galeras de Saint-Blanquart, donde terminaron sus días en duro cautiverio y tuvieron tiempo suficiente para considerar la gravedad de sus pecados. Y la mala mujer, ausente su marido, continuó su vida más pecadora que nunca, muriendo miserablemente.

«Os suplico, señoras, consideréis cuánto mal puede traer una mala mujer y cuántos males ocurrieron por el pecado de ésta. Admitiréis que desde que Eva hizo pecar a Adán, todas las mujeres han tomado de su cuenta el atormentar, matar y dañar a los hombres. En lo que a mí se refiere, tanto he sufrido por esta crueldad que pienso que no moriré de otra cosa sino de la desesperación en que una me ha sumido; y aún estoy tan loco que he de confesar que este infierno, viniendo de su mano, me es más placentero que me lo fuera el paraíso de mano de otra». Parlamente, simulando no darse por enterada que esta parrafada se refería a ella, exclamó: «Si ese infierno es tan placentero como decís, seguramente que no temeréis al diablo que en él os colocó». A lo que respondió encolerizado: «Si mi diablo se volviera tan negro como malvado ha sido conmigo, asustaría a nuestra reunión tanto como placer tengo yo en mirarlo. Pero el fuego del amor me hace olvidar el de este infierno. Y para no continuar, cedo la palabra a Doña Oisille, seguro de que si quisiera decir de las mujeres todo lo que sabe abundaría en mi opinión».

A continuación, toda la reunión se volvió hacia ella, rogándole que comenzara. Lo que aceptó y, riendo, comenzó a decir: «Me parece, señoras, que quien me cede la palabra habló tan mal de las mujeres por la verídica historia de una de ellas que deberé recordar todos mis muchos años para encontrar una cuya virtud pueda desmentir su mala opinión. Y ya que me viene a la memoria digna de no ser olvidada, voy a contároslo».

Narración II

Riadosa y casta muerte de la mujer de uno de los acemileros de la reina de Navarra

En la villa de Amboise, había un acemilero que servía a la reina de Navarra, hermana del rey Francisco, primero de este nombre, la cual estaba en Blois, donde había dado a luz un hijo; allá fue el dicho acemilero a cobrar su cuarta, y su mujer quedo en dicho Amboise, viviendo más allá de los puentes. Hacía mucho tiempo que un criado de su marido la amaba tan desesperadamente que un día no se pudo retener de decírselo; pero ella, que era verdaderamente una mujer honrada, le reprendió tan ásperamente, amenazándole con hacerle azotar y expulsar por su marido, que desde entonces él no osó perseverar y se hizo el indiferente; y conservó este fuego encerrado en su corazón hasta el día en que su amo se marchó fuera y su mujer había ido a vísperas a Saint-Florentin, iglesia del castillo, muy lejos de la casa. Habiendo quedado solo, le vino a la cabeza tener por la fuerza lo que ni con ruegos ni halagos podría conseguir; y rompió una alfarjía de la pared que separaba la habitación de su ama de aquella donde él dormía. Y como los cortinajes, tanto del lecho de sus amos como los de los criados, cubrían las paredes por ambos lados, tan bien que no se podía ver la abertura que había hecho, su malicia no fue apercebida, hasta que su ama se fue acostar acompañada de una niña de doce años. Así que la pobre mujer estuvo en el primer sueño, entró el criado por la alfarjía que rompiera y se introdujo en su cama, en camisa y con la espada en la mano. Tan pronto como lo sintió junto a ella, la mujer saltó del lecho, haciéndole todas las advertencias que podría hacerle cualquier mujer honrada. Pero él, cuyo amor no era más que bestial, y que mejor entendiera el lenguaje de las mulas que sus honestas razones, se mostró aún más bestial que los animales con los que durante tanto tiempo conviviera; y viendo que ella corría alrededor de una mesa, de forma que él no la podía coger y también, que siendo muy fuerte, ya por dos veces se había desembarazado de él, desesperado de no poder nunca tenerla en vida, le dio un gran mandoble en los riñones, de modo que si el miedo y la fuerza no habían podido rendirla, ya lo haría el dolor. Pero fue todo lo contrario; porque, así como el buen gendarme viendo su sangre se decide aún más a vengarse de sus enemigos y a conseguir lauros, así su casto corazón se reforzó doblemente a correr y huir de las manos del desgraciado, insistiéndole con las mejores razones que podía ver de conseguir que reconociera sus faltas. Pero él estaba tan abrasado de furor que no tenía tiempo para oír buenos consejos; y aunque la golpeó varias veces todavía, a fin de evitar que las piernas la sostuvieran, todavía corría ella. Y, cuando a fuerza de desangrarse, sintió la mujer que se aproximaba la

muerte, levantando los ojos al cielo y juntando las manos dio gracias a Dios, a quien enumeraba su fuerte, virtud, su paciencia y su castidad, suplicándole acogiera de buen grado la sangre que con su daño había derramado en holocausto de su Hijo, por quien firmemente creía que todos los pecados son lavados y borrados de la memoria de Su ira. Y diciendo: «Señor, recibid el alma que por vuestra bondad ha sido redimida», dio con el rostro en tierra, donde aún el malvado volvió a golpearla. Y después que la pobre mujer hubo perdido la palabra y las últimas fuerzas de su cuerpo, el desgraciado tomó por la fuerza lo que no pudo obtener ante la defensa de ella; y cuando hubo satisfecho su malsana concupiscencia huyó tan apresuradamente que nunca después, por más que se le persiguiera, pudo ser hallado. La niña que estaba acostada con la mujer del acemilero, por el miedo que tenía se había ocultado debajo de la cama. Pero viendo que el hombre se había marchado, acudió junto a su ama y, al encontrarla muda e inmóvil, gritó por la ventana a los vecinos para que vinieran en su socorro. Y aquéllos que la querían y estimaban como a ninguna otra mujer del mundo, acudieron incontinentemente y la llevaron a los físicos, quienes apreciaron que tenía veinticinco heridas mortales en su cuerpo e hicieron lo que pudieron por ayudarla, pero no les fue posible. A pesar de todo, aún agonizó toda una hora sin recuperar el habla, pero haciendo señas con los ojos y las manos que demostraban que no había perdido el entendimiento. Interrogada por un eclesiástico de la Iglesia reformada, en la que moría, de cómo se encontraba, respondió, con signos tan evidentes que mejor no lo hiciera con palabras, que depositada había su confianza en la muerte de Jesucristo, a quien esperaba ver en Su unidad celeste. Y así, con el rostro resplandeciente, los ojos alzados al cielo, entregó su casto cuerpo a la tierra y su alma al Creador.

Y una vez que fue oleada y amortajada, y llevado su cuerpo a la puerta, en espera las gentes para su entierro, llegó su pobre marido que, lo primero que vio antes de haber noticia alguna, fue el cuerpo de su mujer muerta delante de su casa; y enterado del porqué, tuvo dobles razones para mostrar su duelo. Lo que hizo de tal suerte que a poco deja la vida. Así fue enterrada esta mártir de la castidad en la iglesia de Saint-Florentin, hasta donde no dejaron de cumplir su deber de acompañarla todas las mujeres honradas de la villa, honrándola todo lo que les fue posible y sintiéndose felices con ser de la misma villa donde mujer tan virtuosa había existido. Las alocadas y ligeras, viendo los honores que rendían a su cuerpo, se deliberaron a cambiar su vida a mejor.

«He aquí, señoras, una verídica historia que debe incitar al corazón a conservar esa bella virtud de la castidad. Y nosotros, que somos de buena casa deberíamos morir de vergüenza por sentir en nuestro corazón la pompa mundana, para evitar la cual, una infeliz mujer de arriero no temió tan cruel muerte. ¡Ay de quiénes se estiman mujeres honestas y no han sabido, como aquélla, resistir hasta perder la vida!

Porque, necesario es reconocerlo, las gracias de Dios no se dan a los hombres por su nobleza o por sus riquezas, sino según place a Su bondad, que no acepta a quien elige todo lo que quiere, sino a quien elige el honor de sus virtudes y la corona de su gloria. Y a menudo elige cosas bajas, para confundir a las que el mundo estima altas y honrosas; porque, como Él mismo ha dicho: “No nos regocijemos en nuestras virtudes, sino en aquello que está escrito en el libro de la Vida”».

No hubo dama en la reunión que no tuviera los ojos llenos de lágrimas de compasión por la piadosa y gloriosa muerte de la mujer del acemilero. Cada una pensaba de sí misma que si la fortuna la ponía en situación pareja, pondría su empeño en seguirla en su martirio. Y viendo Doña Oisille que pasaba el tiempo entre alabanzas de la difunta, dijo a Saffredant: «Si no decís algo para hacer reír a la reunión, no sé de ninguno entre nosotros que sea capaz de hacer olvidar la falta que he cometido al hacerlas llorar. Así que os cedo la palabra». Saffredant, que bien quisiera decir algo que fuese bueno y agradable a la reunión y, sobre todo, a una de las personas presentes, dijo que se le hacía una mala pasada, ya que había allí gentes de más edad y con más experiencia que él, que deberían ser los primeros en hablar; pero puesto que tal era su suerte, prefería despachar pronto, porque cuanto mejor se hablara allí, peor sería encontrado el cuento.

Narración III

De cómo el rey de Nápoles, después de abusar de la mujer de un hidalgo, lleva luego él mismo los cuernos

«Señoras —dijo Saffredant—, dado que me siento envidiado compañero de fortuna de aquél cuya historia quiero contaros, os diré que, en la villa de Nápoles, en tiempo del rey Alfonso, cuya lascivia era el espectro de su reinado, había un hidalgo, tan honrado, apuesto y agradable, que por sus perfecciones un anciano caballero le otorgara su hija, que en nada desmerecía de su marido por su belleza y buenas prendas. El cariño entre ambos era grande, hasta un día de carnaval en que el rey fue, vestido de máscara, por las casas, esforzándose todos en hacerle la mejor acogida posible. Y cuando llegó a la de nuestro hidalgo, aún fue agasajado mejor que en ningún otro lugar, tanto en confituras como en canciones y música, y de la más bella mujer que el rey viera para su contento. Y, al fin del festín, cantó con su marido una canción con tal gracia, que su belleza aumentó. El rey, viendo dos perfecciones en un cuerpo, no halló placer en el dulce acuerdo que existía entre ambos esposos, sino que dio en pensar cómo podía romperlo. Y la dificultad que encontraba era el gran cariño que veía entre los dos. Por lo que conservó esta pasión en su corazón lo más encubierta posible. Pero, alimentándola en parte, mandó hacer fiestas a todos los caballeros y damas de Nápoles, en las que no eran convidados el hidalgo y su mujer. Y como quiera que el hombre cree gustoso lo que quiere creer, el rey le pareció que la dama le miraría con mejores ojos si la presencia del marido no pusiera impedimentos. Y, para comprobar si su pensamiento era cierto, envió al marido en comisión a un viaje a Roma para unos quince días o unas tres semanas. Y así que estuvo fuera, su mujer, que hasta entonces no se separara de él, manifestó una gran pesadumbre, de la que fue consolada por el rey con la mejor asiduidad posible, con sus dulces persuasiones, con presentes y regalos, de manera que no sólo se sintió consolada, sino incluso contenta de la ausencia de su marido; y antes de transcurridas tres semanas en que éste debería estar de regreso, tan enamorada estuvo del rey que lamentaba el regreso de su marido tanto como lamentó la ida. Y, no queriendo perder el favor del rey, entre ambos acordaron que cuando su marido fuera a sus fincas campesinas, ella lo haría saber al rey, que seguramente podría ir a verla en secreto de modo que el hombre (a quien ella temía más que a su propia conciencia), no se sintiera herido. En esta esperanza se mantuvo contenta la dama; y cuando su marido llegó, le dispuso tan buena acogida que, por mucho que él había escuchado durante su ausencia que el rey la requería, no pudo llegar a creérselo. Más, al paso del tiempo, este fuego tan difícil de ocultar comenzó poco a poco a mostrarse de modo que el marido bien

pronto se malició la verdad y se mantuvo al acecho hasta que estuvo convencido. Pero, en el temor de que aquel que lo injuriaba no le hiciera mayor mal, se hizo el desentendido, forzándose a disimular, ya que estimaba en más vivir mohíno que arriesgar su vida por una mujer que tan poco lo amaba. No obstante, en su despecho, pensó devolver la moneda al rey, si ello le era posible, y sabiendo que el amor asalta principalmente a aquellas personas que tienen el corazón grande y generoso, tuvo la audacia un día, hablando con la reina, de decirle que sentía gran pesar de ver que no era amada por su marido todo lo que ella merecía. La reina, que oyera hablar de la amistad entre el rey y su mujer, le contestó: “No puedo tener el honor y el placer al mismo tiempo; sé bien que tengo el honor, y en esto reside mi placer; en cambio, aquella que tiene el placer, no tiene el honor que yo tengo”». Él, que bien supo a quién se referían sus palabras, respondió: «Señora, el honor ha nacido con vos, que sois de casa principal, y ni siquiera siendo reina o emperatriz se podría aumentar vuestra nobleza; pero vuestra belleza, gracia y honestidad son tan de estimar que, quien quiera que os arrebatara lo que os pertenece comete mayor falta que ves; porque, por una gloria que toma en vergüenza pierde todo el placer que vos o cualquier dama de este reino pudiera tener; y puedo deciros, señora, que si el rey no portara la corona sobre su cabeza, bien seguro que no tendría ninguna ventaja sobre mí para contentar a mujer alguna; y estoy cierto de que para satisfacer a tan honorable persona como vos sois, bien quisiera él cambiar la constitución de su cuerpo por la del mío». La reina, riendo, le respondió: «Por más que el rey sea de complexión más delicada que vos, el amor que le tengo me tanto que lo prefiero a ninguna otra cosa». El hidalgo le dijo: «Señora, si fuera así, no me tendríais piedad, porque bien sé el contento que tan honesto amor produciría a vuestro corazón si encontrara en el rey un amor semejante; pero Dios os tiene bien guardada a fin de que no hagáis de él un dios en la tierra». «Os confieso —respondió la reina— que el amor que le profeso es tan grande que en ningún corazón que no fuera el mío se podría encontrar otro semejante». «Perdonad, señora —contestó el hidalgo—, pero vos no habéis sondeado el amor en todos los corazones y yo puedo aseguraros que hay quien os ama tanto, con un amor tan grande y tan insufrible, que no desmerecería junto al que vos sentís; y tanto más crece y aumenta cuando ve el amor que os asalta por el rey que, si vos lo quisierais, os compensaría de todas vuestras pérdidas». La reina, tanto por sus palabras como por su continente, comenzó a darse cuenta de que lo que decía nacía del fondo de su corazón, y a recordar que desde hacía tiempo buscaba él ponerse a su servicio con tal afición que había llegado a estar melancólico; y lo que ella pensara con anterioridad era a cuenta de su mujer, creía ahora firmemente era por amor de ella misma.



Y de esta forma, la virtud del amor, que se deja sentir cuando no es fingido, le dio la certeza de lo que estaba oculto para todo el mundo. Y mirando al hidalgo, que era bastante más amable que su marido, y viendo que estaba tan desasistido de su mujer como ella del rey, presa de despecho y celos de su marido y sintiendo inclinación por el amor del hidalgo, comenzó a decir, suspirando y con lágrimas en los ojos: «¡Dios mío! ¡Tendría que ser la venganza la que consiguiera de mí lo que ningún amor pudo hacer!». El hidalgo, comprendiendo el sentido de sus palabras, respondió: «Señora, la venganza es dulce para quien, en lugar de dar muerte a su enemigo, da vida al perfecto amigo. Me parece que es tiempo que la verdad os haga desechar el fútil amor que profesáis a quien no os ama, y un amor justo y razonable expulse de vos el temor, que nunca se debe dar en un corazón grande y virtuoso. ¡Ea!, pues, señora, dejemos a un lado nuestra condición y consideremos que somos el hombre y la mujer más burlados del mundo, y traicionados por aquéllos a quienes más entrañablemente amábamos. Tomemos la revancha, señora, no tanto por darles lo que merecen como por satisfacer el amor, que por lo que a mí respecta no puedo soportar más sin morir de él. Y piense, que, a no ser que tengáis el corazón más duro que guijarro o diamante alguno, es imposible que no advirtáis ninguna chispa del fuego que crece en mí, por más que quisiera disimularlo. Y si vuestra piedad por mí, que muero por vuestro amor, no os incita a amarme, al menos la de vos misma os debe violentar el que, siendo tan perfecta y merecedora de poseer el corazón de todos los hombres honestos del mundo, seáis despreciada y abandonada de aquél por quien habéis abandonado a todos los demás». La reina, al oír estas palabras, se sintió tan enajenada que, miedosa de mostrar por su continente la turbación de su espíritu, y apoyándose en el brazo del hidalgo, fue a un jardín cercano a su cámara, donde paseó largo tiempo sin poderle decir palabra. Pero el hidalgo, viéndola medio vencida, cuando estuvieron al otro extremo de la avenida, donde nadie podía verles, le declaró finalmente el amor que durante tanto tiempo ocultara; y, consintiendo los dos en él, gozaron de la venganza, de la que fuera nacida su pasión. Y allí decidieron que, siempre que él fuera a sus

alquerías y el rey desde su castillo a la ciudad, volvería él a encontrarse con la reina; así, engañando a los burladores, serían cuatro participando en el placer que dos querían tener para ellos solos. Hecho el acuerdo, regresaron, la dama a su habitación y el caballero a su casa, ambos con tal contento que olvidaron todas sus penas pasadas. Y del temor que tenían cada uno de ellos de la cita entre el rey y la dama, se tomó un deseo, que hacia ir al hidalgo, más a menudo de lo que tenía por costumbre, a su alquería, que no llegaba a distar media legua. Y así que el rey lo sabía no dejaba de ir a ver a la dama, mientras que el hidalgo, en llegando la noche, se dirigía al castillo a hacer junto a la reina las veces del rey, tan secretamente que nunca se apercibiera nadie de ello.

Esta vida duró largo tiempo; pero el rey, siendo personaje público, no podía disimular tan bien su amor de forma que nadie se enterara. Y todas las gentes de bien sentían gran compasión por el hidalgo, hasta el punto que varios mozos hacían cuernos a sus espaldas, en señal de burla, de lo cual bien que se daba cuenta. Pero esta burla le placía de tal forma que llegó a estimar los cuernos tanto como la corona del rey, el cual, junto con la mujer del hidalgo, viendo un día una cabeza de ciervo colocada en casa de aquél, no pudo contener la risa delante de él, diciendo que aquélla adornaba mucho en aquella casa. El hidalgo, que no tenía mejor entraña que él, vino a escribir sobre la cabeza:

*Io porto le corna, ciascun lo vede;
ma tal le porta, che no lo crede^[9].*

El rey, cuando en otra ocasión volvió a la casa, encontró la leyenda recientemente escrita, y preguntó al hidalgo su significado, diciéndole éste: «Si el secreto del rey está oculto al ciervo, no hay razón para que el del ciervo sea conocido del rey. Pero contentaos con saber que no todos los que llevan cuernos van sin birrete en la cabeza, que algunos son tan tiernos que no destocan a nadie y hay quien los lleva con tanta holgura que no le importa tenerlos». El rey supo inferir de estas palabras que aquél conocía algo de su asunto, pero nunca sospechó de la amistad entre la reina y él; con lo que la reina tanto más contenta estaba de la vida de su marido cuanto más fingía estar triste.

Y así vivieron largamente de una y otra parte en amor y compañía, hasta que la vejez vino a poner orden en todo ello.

«He ahí, señoras, una historia que con sumo gusto os mostré como ejemplo, a fin de que cuando vuestros maridos os pongan cuernos de cabrito, se los pongáis de ciervo». Emarsuite, riendo, comenzó a decir: «Saffredant, estoy segura de que si volvierais a amar con la misma intensidad que otrora, soportaríais unos cuernos más grandes que una encina en justo castigo a vuestra fantasía; pero ahora, cuando ya los

cabellos os blanquean, tiempo es que deis tregua a vuestros deseos». «Señora — respondió Saffredant—, forzoso será acallar la voluntad, por cuanto la esperanza me ha sido arrebatada por aquélla a quien amo, y el ardor, por la edad. Pero puesto que me reprendéis por un tan honesto deseo, os cedo la palabra para que contéis la cuarta narración, a fin de que veamos si con algún ejemplo me podéis desmentir». Y ocurrió que, durante esta parrafada, una de la reunión dio en reír fuertemente, sabiendo que aquella que se daba por aludida por las palabras de Saffredant no era tan amada de éste que él quisiera soportar cuernos, vergüenza o daño por su causa. Y cuando Saffredant vio que la que reía le había entendido, se puso muy contento y se calló, dejando hablar a Emarsuite que comenzó así: «Señoras, a fin de que Saffredant y toda la reunión sepan que no todas las mujeres son semejantes a la reina de la que ha hablado, y que no todos los insensatos y temerarios alcanzan sus fines, y también para acallar la opinión de una dama, que considera el despecho de haber fallado en su empeño peor de soportar que la muerte, os contaré una historia en la que no nombraré a las personas, ya que es tan reciente memoria que temería disgustar a algunos de los parientes más allegados».

Narración IV

Donde se cuenta la temeraria empresa de un hidalgo contra la princesa de Flandes; y del perjuicio y la deshonra que ello le acarreara

Vivía en el país de Flandes una dama de tan ilustre abolengo como no lo había mejor, viuda de un primer marido y segundo marido, de los cuales nunca tuviera ningún hijo vivo: Durante su viudedad, se retiró a vivir con su hermano, de quien era bienamada, el cual era un gran señor y marido de una hija del rey. Este joven príncipe era muy dado a sus placeres, amante de la caza, los pasatiempos y las danzas, como la juventud requiere; y tenía una mujer de muy carácter a quien los pasatiempos de su marido placían muy poco. Porque el caballero hada acompañar siempre a su mujer de su hermana, de carácter alegre y la mejor compañía que era posible tener, siempre ilustrada y honesta. Había, en la casa de este gran señor, un hidalgo cuya grandeza de ánimo, apostura y gallardía sobrepasaban a las de todos sus compañeros. Este hidalgo, viendo que la hermana de su señor era alegre y de risa fácil, pensó comprobar si los despropósitos de un amigo honesto la complacerían; cosa que hizo. Pero encontró en ella una respuesta contraria a su conducta. Y aunque su respuesta fue tal como correspondía a una verdadera princesa y honesta mujer, bien es cierto que viendo lo apuesto y bien portado que era, le perdonó graciosamente su audacia y mostró que no tendría disgusto en conversar con él, diciéndole, sin embargo, que no jugara más a tales despropósitos; lo que él prometió a fin de no perder el gozo y el honor que tenía de entretenerla. No obstante, aumentó tanto su inclinación hacia ella con el paso del tiempo que olvidó la promesa que le había hecho, lo que no se arriesgó a demostrar con palabras, que bien contra su grado había experimentado las juiciosas respuestas que ella podía dar; pero pensó que si podía encontrarla en lugar adecuado, ella (viuda, joven, en sazón y de muy buena figura), posiblemente se sentiría apiadada por él y por ella misma. Para conseguir sus fines, dijo a su señor que junto a su casa existía muy buena caza y que, si era de su agrado montar tres o cuatro ciervos en el mes de mayo, nunca habría visto más bello pasatiempo. El señor, tanto por el afecto que sentía por el hidalgo como por el placer de la caza, le dispensó su asentimiento y fue a su casa, bella y bien dispuesta, como correspondía al más rico hidalgo del país. Y alojó a su señor y a su esposa en un ala de la casa y, frente por frente, a aquélla a quien amaba más que a sí mismo. La estancia estaba tan bien tapizada, decorados los techos y toda alfombrada, que era imposible percatarse de un escotillón existente entre la cama y la pared, el cual comunicaba con la habitación donde vivía la madre del hidalgo, una anciana dama un tanto propensa a los catarros. Y como temía, al toser, molestar a la princesa, que se alojaba encima de ella, cambió

la habitación por la de su hijo. Y todas las tardes, esta anciana llevaba confituras a la princesa para su colación, a la que asistía el hidalgo, a quien aquélla, por disfrutar del afecto y la privanza de su hermano, no podía rehusarle el que estuviera presente a su vestir y desvestir, en lo que siempre encontraba él ocasión de aumentar su inclinación hacia ella. De suerte que una noche, después que hizo velar a la princesa hasta tan tarde que el sueño que ésta mostraba le hizo salir de su habitación, marchó a la suya. Y cuando se hubo puesto la más perfumada y engolada de sus camisas y un gorro de noche tan bien adornado que no le faltaba nada, le pareció natural, mirándose al espejo, que no hubiera mujer que supiera resistirse a su apostura y gallardía. De forma que, prometiéndose a sí mismo un feliz éxito en su empresa, se introdujo en su lecho, donde no estuvo largo rato, debido al deseo y, sobre todo, a la esperanza que tenía de acceder a otro más honorable y placentero; y, así que hubo mandado salir a todas sus gentes, se levantó para cerrar la puerta tras ellos y escuchó largamente si en la estancia de la princesa, que estaba encima, se oía algún ruido. Y cuando estuvo seguro que todo estaba tranquilo, quiso comenzar su suave trabajo y, poco a poco, abatió la trampa, que estaba bien hecha y acolchada de paño que no hizo ruido alguno, y por allí, entre la cama y la pared, penetró en la habitación de la princesa, que comenzaba a dormir. Al instante, sin tomar en consideración el respeto que debía a su señora, ni a la casa en que la dama estaba, sin pedirle permiso y sin hacerle reverencia alguna se acostó a su lado, tomándola tan rápidamente entre sus brazos, que ella no se advirtió de su llegada. Pero, como era fuerte, se desprendió de sus manos y, preguntándole quién era, se puso a golpearle, mordiéndole y arañándole; de forma que él se sintió contrariado y ante el miedo de que ella llamara en su ayuda, intentó taponarle la boca con los cubrecamas, lo que le resultó imposible de hacer, porque cuando vio que él no ahorraba sus esfuerzos para causar su deshonor, tampoco ahorró ella los suyos para conservarla y llamó como pudo a su dama de honor, que dormía en su habitación, mujer anciana y tan llena de juicio como falto estaba él; la cual, en camisa, corrió en ayuda de su señora. Y cuando el hidalgo vio que estaba descubierto, tuvo tan gran miedo de ser reconocido por la dama que, lo más aprisa que pudo, descendió por la trampa, y cuanto fueron su deseo y su seguridad de ser bien acogido, tanto mayor fue su desespero al verse regresar en tan mal estado.

Encontró el espejo y la vela sobre la mesa, y mirando su cara llena de los arañazos y mordeduras que ella le había inferido y cuya sangre caía hasta la camisa, que era ahora más sangrienta que dorada, empezó a decir:

«Oh bella mía, puedes ahora vanagloriarte de tus méritos, pues por tu promesa vana emprendí una hazaña imposible y que puede, en lugar de aumentar mi contento, ser aumento de mi desdicha, pues es seguro que si ella supiera que en contra de la promesa que le hice me he dejado llevar a esta locura, perdería la confianza que poseo, más que ningún otro, con ella. No habría debido ocultar en las tinieblas aquello a lo que hubieran ayudado mi gloria, belleza y buena gracia. Para conseguir el amor de su corazón yo no hubiera debido intentar tomar por fuerza su casto cuerpo,

sino que con abnegación humilde y paciente hubiera debido esperar que el amor saliese victorioso, porque sin él no tienen poder todo el valor y poderío del hombre».

Pasó, pues, la noche en lágrimas y tales lamentos y dolores que no pueden ser relatados. Y a la mañana siguiente, al ver su cara tan desencajada simuló estar muy enfermo y no poder ver la luz hasta que todo el mundo estuvo fuera de su casa. La señora, que había salido victoriosa, sabiendo que no había hombre en la corte de su hermano que hubiera osado emprender hazaña tan malvada si no era el que había tenido el atrevimiento de declararle su amor, se aseguró de que era su huésped.

Y cuando hubo buscado con su dama de honor por todos los rincones de la habitación para descubrir de quién podía tratarse y que no logró descubrir, dijo con cólera: «Aseguraos de que no puede ser otro que el señor del lugar y por la mañana obraré de tal manera que su cabeza será garantía de mi castidad». Y la dama de honor, al verla así, le replicó: «Señora, conozco muy bien la estima en que tenéis vuestro honor, por cuyo engrandecimiento queréis privar de la vida a uno que la tiene bien azarosa por fuerza del amor que os dedica; por esto os suplico, señora, tengáis a bien decirme la verdad del hecho».

Y cuando la señora le hubo referido los hechos, la dama de honor le preguntó: «¿Me aseguráis que no ha obtenido de vos otra cosa que los arañazos y los puñetazos?».

«Os aseguro que no —dijo la dama—, y si no encontró un buen cirujano creo que mañana aparecerán las señales». «Puesto que es así —dijo la dama de honor—, me parece que tenéis más motivos de alabar a Dios que de pensar en vengaros de él, pues bien podéis creer que ya que ha tenido el valor de emprender tal hazaña y el despecho que siente de haber fracasado, no podríais darle nada más fácil de soportar que la muerte. Si deseáis ser vengada dejad hacer al amor y a la vergüenza, que sabrán atormentarle mejor que vos y trabajar por vuestro honor. Guardaos, señora, de caer en inconveniente tal como aquél en que él cayó, pues en lugar de conseguir el mayor placer que habría podido imaginar ha recibido el mayor enojo que un hidalgo pueda sufrir. Así vos, señora, creyendo aumentar vuestro honor, podríais disminuirlo si os quejáis, haríais público lo que no sabe nadie, pues por su parte estad segura de que nunca será revelado a nadie.

Y cuando vuestro hermano administre la justicia que le pedís y muera el hidalgo, se extenderá por todas partes que hizo de vos según su propia voluntad. Y la gran mayoría opinará que es muy difícil a un hidalgo tal empresa si la señora no le brinda ocasión. Sois joven y hermosa y vivís alegremente, y no hay nadie en esta corte que no vea la buena cara que hacéis a este hombre de quien tenéis quejas, y esto hará pensar a todos que si se atrevió a tal hazaña no fue sin cierta culpa por vuestra parte.

Y vuestro honor, que hasta ahora os permitió ir con la cabeza levantada, será puesto en tela de juicio en todas partes donde la historia sea repetida».

La princesa, al oír las serias razones de su dama de honor, entendió que decía la verdad y que con muy justa causa sería difamada en vista de la buena cara que había

puesto al hidalgo, y preguntó a su dama de honor lo que tenía que hacer; aquélla respondió: «Señora, pues que os complace recibir mi consejo viendo el afecto con que os lo ofrezco, me parece que debéis, en lo más íntimo de vuestro corazón, gozar de la alegría de haber comprobado que el más bello y honesto hidalgo que he visto logró, ni por amor, ni por fuerza, haceros olvidar vuestra dignidad. Y en esto, señora, habéis de humillaros ante Dios reconociendo que no fue por vuestra virtud, pues muchas mujeres que llevaron una vida más austera que vos fueron humilladas por hombres menos dignos de ser amados que él. Y debéis temer más que nunca cualquier intento de amistad, pues hay muchas mujeres que sucumbieron la segunda vez a peligros que superaron la primera. Recordad, señora, que el amor es ciego y ciega, de suerte que el camino que se cree más seguro, puede ser el más resbaladizo».

«Y me parece, señora, que no debéis hacer sospechar ni a él ni a otros el caso que os ha ocurrido; y aún más, si él quisiera decir algo, intentad por todos los medios no oírlo para evitar dos peligros: uno, vanagloria de la victoria que habéis conseguido; y otro, disfrutar recordando cosas tan agradables a la carne, pues los más castos tienen trabajo en guardarse de sentir algunos chispazos, aunque huyen de ella lo más que pueden. Pero también, señora, para que, por azar, no vaya él a pensar haber hecho una cosa que os fue agradable, soy del parecer de que poco a poco alejéis la buena cara a que le tenéis acostumbrado, a fin de que conozca cuánto despreciáis su locura y cuán grande es vuestra bondad, que se contenta con la victoria que Dios os concedió sin pedir ninguna otra venganza. Y Dios os dé, señora, gracias para continuar con la honradez que puso en vuestro corazón: y reconociendo que todo bien viene de Él, le améis y sirváis con más ardor que de costumbre». La princesa acabó por creer en los consejos de su dama de honor y se durmió tan alegremente como con tristeza veló el hidalgo.

A la mañana siguiente, el príncipe quiso marcharse y preguntó por su huésped, de quien le dijeron estaba tan enfermo que no podía ver la luz ni oír hablar a nadie. El príncipe se admiró mucho y quiso ir a verle, pero sabiendo que descansaba no quiso despertarle y salió de la casa llevando consigo a su mujer y a su hermana, quien al oír las excusas del hidalgo, que no había querido ver partir al príncipe ni al séquito, se sintió cierta de que era él quien la había atormentado y que no osaba exhibir las señales que ella le había hecho en la cara. Y por más veces que el príncipe le enviara recado de volver a la corte, no lo hizo hasta que no estuvo curado de todas sus llagas, menos la que amor y despecho le habían hecho en el corazón. Cuando volvió y se encontró ante su victoriosa enemiga no fue sin enrojecer. Y él, que era el más audaz de toda la corte, se mostró tan extraño que a veces perdía ante ella toda continencia, por lo que estuvo completamente segura de que su sospecha era acertada, y poco a poco se separó de él, no sin que se diera cuenta; pero no se atrevió a darse por aludido por miedo a colocarse en situación aún más difícil y guardó este amor en su corazón con tanta paciencia y alejamiento como había merecido.

«He aquí, señoras mías, una historia que debería producir gran temor en aquellos que presumen de lo que no les pertenece, y que deberá ensanchar el corazón de las damas, viendo la virtud de la joven princesa y el buen sentido de su dama de honor. Si alguno de vosotros se encontrara en caso semejante, ahí tiene el remedio». «Me parece —dijo Hircan—, que el hidalgo de quien hablasteis estaba tan desprovisto de corazón que no merece ser recordado, ya que, encontrándose en tal tesitura, ni por la vieja ni por la joven debiera haber abandonado su intento; y será preciso añadir que su corazón no estaba rebosante de amor, a la vista de que también el temor a la muerte y el deshonor tenían cabida en él». Nomerfide preguntó a Hircan: «¿Y qué debería haber hecho el pobre hidalgo, viendo que tenía dos mujeres contra él?». «Debió matar a la vieja —le contestó—, y una vez que la joven se hubiera visto sola, ya fuera vencida a medias». «¿Matar? —exclamó Nomerfide—. ¿Así que queréis convertir en un asesino a un enamorado? Si tal es vuestra opinión, bueno será procurar no caer en vuestras manos». «SI yo llegara a encontrarme en tal situación —dijo Hircan— me sentiría deshonrado si no consiguiera rematar mi obra». Guebron intervino diciendo: «¿Encontráis extraño que una princesa, educada con honor, sea difícil de conseguir por un solo hombre? Mucho más os debéis maravillar de una simple mujer que escapa de dos». «Guebron —dijo Emarsuite—, os cedo la palabra para que contéis la quinta historia; que pienso que algo sabéis de esta pobre mujer que no será nada impertinente». «Ya que me cedéis el puesto —dijo Guebron—, os contaré una historia que sé por haber hecho investigaciones en el mismo lugar en que acaeció, y en ella veréis que el buen sentido y la virtud de las mujeres no se encuentran únicamente en el corazón y la cabeza de las princesas, ni el mucho amor y la delicadeza en aquellas que a menudo se estima las poseen».

Narración V

De como una batelera escapa de dos franciscanos que la querían forzar, y tan bien lo hizo, que aquéllos vieron su falta descubierta ante todo el mundo

En el puerto de Coulon, cerca de Niort, había una batelera que no hacía otra cosa, noche y día, que trasbordar a alguien. Sucedió que dos franciscanos del dicho Niort pasaron el río los dos solos con ella; y como la travesía es una de las más largas que hay en Francia, para impedir que se aburriera comenzaron a hacerle el amor, a lo que ella respondió como debía.

Pero ellos, a quienes las fatigas del camino no consiguieron cansar, ni se enfriaron con la frescura de las aguas, tampoco quisieron admitir ser rehusados por la virtuosa mujer, determinándose los dos a tomarla por la fuerza, o bien, si ella se oponía, arrojarla al río. Mas aquélla, tan astuta y sagaz como locos maliciosos eran ellos, les dijo: «No soy tan arisca como os puede parecer, pero quiero rogaros que me concedáis dos cosas. Y después podréis ver que tengo tan grandes deseos de obedeceros que no habréis de rogarme». Los franciscanos le juraron por su buen San Francisco, que no podría pedirles nada que ellos no le concediesen, a fin de conseguir lo que deseaban de ella. «Os requiero primeramente —les dijo—, a que me juréis y prometáis que nunca, ninguno de vosotros, dirá a persona viviente nuestro asunto». Lo que prometieron muy gustosamente. Así que continuó: «Que sólo uno detrás de otro querrá tomar su placer de mí, porque yo tendría demasiada vergüenza de que los dos me vieséis al mismo tiempo. Ved cuál de los dos quiere poseerme primero». Encontraron ellos justo su requerimiento y aceptó el buen padre más joven que fuera el más viejo quien comenzara; y, aproximándose a una pequeña isla, dijo ella al buen padre más joven: «Decid ahí vuestras oraciones hasta que yo haya llevado a vuestro compañero a otra isla, y si a su vuelta os hace mi alabanza, lo dejaremos aquí y nos iremos juntos». El joven saltó a la isla, en espera del regreso de su compañero, a quien la batelera condujo a otra; y cuando arribaron, haciendo gesto de atracar su barca, le dijo: «Amigo mío, ved en qué lugar nos pondremos». El buen padre saltó a la isla para buscar el sitio que les vendría más a propósito, pero, así que ella lo vio en tierra, dio un puntapié contra un árbol y se alejó con su barca al interior del río, dejando a los dos buenos padres en aquel desierto mientras les gritaba tan fuerte como le era posible: «Esperad, señores, que el ángel del Señor venga a consolaros, que de mí no obtendréis hoy nada que os dé placer». Los dos infelices franciscanos, advirtiendo su engaño, se pusieron de rodillas al borde de las aguas rogándole no les hiciera tal vergüenza, y que si los conducía de buen grado al puerto, no le pedirían

nada. Y, alejándose cada vez, les decía: «Estaría loca si, después de haber escapado de vuestras manos, volviera de nuevo a ponerme en ellas». Y, regresando a la ciudad, acudió a su marido y a los de la justicia para volver a buscar a los dos lobos rabiosos, de cuyas manos escapara por la gracia de Dios. Los pobres frailes, viendo llegar tan gran compañía, se ocultaron cada uno en su isla, como Adán cuando se vio ante la cara de Dios. La vergüenza puso su pecado ante sus ojos, y el temor de ser castigados les hacía temblar tan fuerte que estaban medio muertos. El marido dijo: «No osan tocar el dinero con las manos desnudas y bien quieren manosear las pantorrillas de las mujeres, bastante más peligrosas». Los demás decían: «Son sepulcros blanqueados por fuera y llenos de muerte y podredumbre por dentro». Y otro exclamó: «Por sus frutos conoceréis a qué árbol pertenecen».

Podéis estar seguros que cuantos pasajes citan las Escrituras contra los hipócritas fueron alegados allí contra los infelices prisioneros que, mediante los oficios de su superior, que acudió a buscarlos con gran diligencia, fueron socorridos y puestos en libertad, asegurando a los de la justicia que sufrirían un castigo mayor que el que pudieran imponerle los seculares; y para satisfacción general afirmó que dirían tantos sufragios y oraciones como se les quisiera encargar. Así que el juez accedió a su requisitoria y le dio los prisioneros, a quien tan bien supo llamar a capítulo el superior, que era hombre justo, que nunca más pasaron el río sin hacer la señal de la cruz y encomendarse a Dios.

«Os ruego, señoras, meditéis que si esta batelera tuvo ánimo suficiente para engañar a dos hombres tan maliciosos, ¡qué no deberán hacer aquellas que han visto y leído buenos ejemplos! Si aquellas que no saben nada, que casi no oyen en todo el año dos buenos sermones, que no tienen otro entretenimiento que el pensar en cómo ganarse su triste vida y, si son apremiadas, guardan tan cuidadosamente su castidad, ¡qué deben hacer aquellas que, teniendo su vida segura, no tienen otra ocupación que hacerse más versadas en las Sagradas Escrituras, y oír sermones y prédicas, y aplicarse y ejercitarse en todo acto de virtud! En esto es en lo que se conoce la virtud, que está sencillamente en el interior del corazón; porque allí donde el juicio y la fuerza del hombre son menos estimadas, es donde el espíritu de Dios hace sus más grandes obras. Y harto desgraciada es la mujer que no cela cuidadosamente el tesoro que le entraña tanto honor estando bien guardado y tanta deshonra en caso contrario». Longarine dijo: «Me parece, Guebron, que no hay tanta virtud en rechazar a un franciscano, puesto que más bien se me hace imposible la idea de amarlos». «Longarine —respondió Guebron— aquellas que no están acostumbradas a tener tantos servidores como vos, no tienen nada en contra de los franciscanos, porque éstos son hombres tan apuestos, tan fuertes y más reposados que nosotros, que somos todos desechos de arneses, y algunos hablan como ángeles, si bien son importunos como diablos. He ahí por qué las que no han visto otros hábitos que los de los

magistrados son tan virtuosas, ¡cuándo consiguen escapar de sus manos!». Nomerfide declaró alzando la voz: «¡Ah!, a fe mía que diréis lo que os plazca, pero yo hubiese preferido ser arrojada al río que acostarme con un franciscano». Doña Oisille dijo riendo: «¿Sabéis nadar?». Lo que pareció de mal gusto a Nomerfide, quien pensaba que Doña Oisille no le tenía la estima que ella bien deseaba. Por lo que dijo encolerizada: «Hay quien rehúsa personas bastante más agradables que un franciscano y no por ello lo anunciaron a sonos de trompetas». Doña Oisille, riendo al verla corrida, le contestó: «Y menos todavía a sonos de tambor por lo que sí han hecho y concedido». Parlamente dijo: «Estoy segura de que Simontault desea hablar, así que le cedo la voz, ya que después de dos tristes narraciones él no querrá decimos una que nos haga llorar». «Os lo agradezco —dijo Simontault—, porque en cediéndome vos la palabra, casi no será preciso que me tildéis de divertido, nombre que encuentro desagradable; y para vengarme os demostraré que hay mujeres que simulan ante algunos que son castas durante cierto tiempo, pero al fin se muestran como son; podréis verlo en una historia que voy a contaros».

Narración VI

*Sutileza de una mujer que hizo evadirse a su amigo cuando su marido,
que era tonto, iba a sorprenderles*

Hubo una vez cierto mayordomo de Carlos, el último duque de Alençon, que había perdido un ojo y estaba casado con una mujer mucho más joven que él, y a quien su señor y su señora amaban tanto como merecía por el puesto que ocupaba en su casa; y no podía ir, tan frecuentemente como hubiera querido, a ver a su mujer. Esto dio ocasión a que ella olvidara su honor y su conciencia y se enamorase de un hidalgo, amores que a la larga hicieron tanto ruido que el marido acabó por enterarse, pero no podía creerlo por las grandes muestras de afecto con que su esposa lo recibía. Aún así, un día, pensó que debía hacer una prueba y vengarse, si podía, de quien le hacía tal afrenta. Para conseguirlo fingió que se iba a cierto lugar próximo para dos o tres días. Creyéndose que había ido, su mujer envió a buscar a su amante, y no habría pasado ni media hora cuando llegó su marido, que llamó fuerte a la puerta. Ella, conociéndole, advirtió a su amante, que hubiera querido estar en el vientre de su madre y que maldecía de ella y del amor, que le habían colocado en semejante peligro. Aquélla le pidió que no se preocupase y que ella encontraría el modo de hacerle salir sin vergüenza ni daño y que se vistiese lo más rápidamente posible.

Mientras tanto, el marido llamaba a la puerta y gritaba tan alto como podía. Ella fingía que no le conocía y gritaba al criado: «¿Por qué no os levantáis y vais a hacer callar a los que llaman a la puerta? ¿Son éstas, horas para venir a molestar a casa de gentes de bien? ¡Si mi marido estuviera aquí ya os guardaríais!». El marido, al oír la voz de su mujer la llamó lo más alto que pudo: «Esposa mía, abridme. ¿Me vais a hacer permanecer aquí hasta el amanecer?». Y cuando vio que su amigo estaba en condiciones de salir, abrió la puerta y empezó a decir a su marido: «¡Oh esposo mío!, qué contenta estoy de que hayáis venido; estaba soñando algo maravilloso como no se puede imaginar. Soñaba que habíais recuperado la vista de vuestro ojo». Y abrazándolo y besándolo lo cogió por la cabeza y tapó el ojo bueno mientras le preguntaba: «¿No veis mejor que de costumbre?». Y mientras no veía ni gota hizo salir a su amigo, lo que el marido sospechó y le dijo sin poderse contener: «Mujer, nunca más estaré a tu acecho, pues queriendo engañarte he recibido el engaño más fino que nunca se ha inventado. Dios quiera castigarte, pues no hay hombre que pueda dar órdenes a la malicia de una mujer si no es matándola. Pero ya que el buen trato que te he dado no ha podido servir para tu enmienda, puede ser que el despecho que te demostraré de hoy en adelante te castigará». Y diciendo esto se fue y dejó a su mujer muy desolada. Más después, por oficios de parientes, amigos, excusas y

lágrimas, aun volvió a su casa junto a ella.

«Por todo lo cual podéis ver, señoras mías, cuán pronta y sutil es una mujer cuando se trata de escapar de un peligro. Y si para encubrir un mal encuentra remedio con tanta prontitud, para evitarlo o para hacer algún bien, su espíritu sería aún más sutil: porque él buen espíritu, como siempre oí decir, es el más fuerte». Hircan le contestó: «Podéis hablar de sutilezas cuanto queráis; pero según la opinión que tengo de vos, no sabríais celarlo, si el caso os llegara». «No sabéis cuánto os agradezco —respondió ella— que me tengáis por la más tonta del mundo». «No digo tal —exclamó Hircan—, pero creo que sois de aquellas que más se extrañarían de un ruido y no de las que con astucia lo acallarían». «Os parece —dijo Nomerfide—, que todo el mundo es como vos, que con un ruido mayor queréis cubrir los menores. Pero hay el peligro de que la cubierta arruine a lo que cubre y que el cimiento se cargue tanto que al fin se arruine el edificio. Pero si pensáis que las argucias de los hombres, de las que cada uno se estima bien provisto, son mayores que las de las mujeres, os dejo mi turno para que nos contéis otra historia. Y si queréis tomaros a vos mismo por ejemplo creo que aprenderíamos bastante malicia». «No estoy aquí —dijo Hircan— para hacerme pasar por peor de lo que soy, pues hay algunos que dicen que soy peor de lo que quiero que digan». Al decir esto miró a su mujer, que le dijo de repente. «No temáis por mi en decir la verdad, pues me será más fácil oíros contar vuestras astucias que véros las hacer ante mí, ya que no hay ninguna que pueda hacer disminuir el amor que os tengo». Hircan respondió: «Igualmente, no me quejo de las falsas opiniones que de mí habéis tenido. Y ahora que ya nos conocemos el uno al otro es la ocasión de la mayor seguridad para el porvenir. Pero si no soy tan tonto como para referiros una historia mía cuya verdad os pueda molestar, os contaré una de uno de mis amigos».



Narración VII

De como un comerciante de París engaña a la madre de su amante
para tapar su falta

En la ciudad de París había un comerciante enamorado de la hija de su vecina, o, por mejor decir, más amigo de ella que ella de él, pues la comedia que hada de amarla no era más que para encubrir un amor más alto y honorable. Pero ella, que se sabía engañada, lo amaba tanto que había olvidado la manera en que las mujeres acostumbran rechazar a los hombres. El comerciante, después de haber pasado algún tiempo frecuentando aquellos lugares donde la podría encontrar, la hacía ir donde le apetecía, y así, su madre, que era una mujer honrada, se dio cuenta y le prohibió que hablase con él y que si no la obedecía sería llevada a un convento. Pero esta joven, que amaba más al comerciante que temía a su madre, más se unía a él. Y llegó un día en que estando ella sola en un guardarropas entró el comerciante y encontrándose en un sitio cómodo empezó a hablar lo más íntimamente que le fue posible. Pero alguna doncella que le vio entrar corrió a decírselo a la madre, que con enorme enfado se dirigió allí. Y cuando su hija la oyó venir, dijo llorando: «Querido, en esta hora va a serme bien caro el amor que os tengo. He aquí que mi madre conoce lo que siempre temió y pensó». El comerciante, que no se extrañó nada de este hecho, se separó rápidamente de su lado y colocándose ante la madre, extendió los brazos y la besó y abrazó lo más fuerte que le fue posible y con tanto ardor como empleaba para enamorar a la hija, hasta que la derribó sobre una cama. La pobre vieja encontró tan extraña esta situación que, no sabiendo qué decir, repetía: «¿Qué es lo que queréis? ¿Estáis soñando?», sin que él cesara de perseguirla tan de cerca como si hubiera sido la más bella Joven del mundo. Y si no hubiera sido porque los criados y doncellas vinieron en su auxilio, hubiera pasado por el trance que temía pasase su hija. A la fuerza rescataron a esta pobre vieja de los brazos del comerciante sin que jamás haya podido llegar a saber por qué la atormentara así. Entre tanto, la muchacha se puso a salvo en una casa de al lado donde se celebraba una boda. Muchas veces después de esto el comerciante y la joven rieron juntos a expensas de la vieja, sin que ésta lo advirtiera nunca.

«Con esto podéis ver, señoras mías, la finura de un hombre que engañó a una vieja y salvó el honor de una joven. Pero los que presenciaron la escena de la conducta del comerciante y la extrañeza de la vieja tuvieron buen cuidado de no reír. Me daré por satisfecho si con esta historia os demuestro que la habilidad de los

hombres es tan socorrida y rápida en la necesidad como la de las mujeres; en fin, señoras mías, que no habéis de temer caer en sus manos, pues si vuestro espíritu falla, el de ellos estará preparado para cubrir vuestro honor». Longarine le dijo: «Verdaderamente, Hircan, confieso que la narración es divertida y la habilidad grande, pero no es ejemplo que las jóvenes deban seguir. Creo que debe existir alguien a quien queráis hacérselo parecer bueno, pero vos no sois tan tonto que deseéis que vuestra mujer, ni aquélla cuyo honor estiméis más que el placer, quieran jugar a tan divertido juego. No pienso que haya nadie que las vigilara más estrechamente ni que impusiese su autoridad más que vos». «A fe mía que si aquélla a quien os referís hubiera actuado de esa manera, y yo no lo hubiera sabido, no la querría menos por eso. Y si supiera de alguien que hiciera algo tan bueno, su misma claridad alejaría de mí cualquier pena». Parlamente no pudo callarse y dijo:

«Es imposible que un hombre malhechor no sea sospechoso, pero bienaventurado sea aquel sobre quien no puedan caer sospechas en una determinada ocasión». Longarine dijo: «No he visto nunca fuego del que no salga humo, pero a veces he visto humo donde no había fuego, pues las personas de mala voluntad sospechan en ocasiones tanto donde hay daño como donde no lo hay». Entonces Hircan le contestó: «Verdaderamente, Longarine, habéis hablado tan bien en defensa del honor de las mujeres, incluso de las sospechosas, que os cedo la palabra para que digáis vuestra historia, pero no nos hagáis llorar, como ha hecho Doña Oisille, por alabar en exceso a las mujeres de bien». Longarine, riendo, empezó así: «Puesto que tenéis ganas de que os haga reír como tengo por costumbre, no será a expensas de las mujeres, y si, en cambio, explicaré cuán hábiles son para el engaño al poner su fantasía al servicio de los celos, cuando su buen sentido les hace querer engañar a sus maridos».

Narración VIII

Donde se habla de un sujeto que habiéndose acostado con su mujer, en lugar de con su doncella, envió allí a su vecino, que le pasó cuernos sin que su mujer supiese nada

En el condado de Allez había un hombre llamado Bornet, que se había casado con una honrada mujer de bien, cuyo honor y reputación tenía en gran estima como creo ocurre con todos los maridos aquí presentes con respecto a sus mujeres. Pretendía que su mujer le fuera fiel, pero no que la ley fuese igual para los dos, y se enamoró de la doncella, no teniendo más temor que no quisiera aquélla corresponder a su amor. Tenía este hombre un vecino con quien le unía tal amistad que ya lo habían compartido todo, excepto la mujer. El nombre de su vecino era Sandras y su oficio costurero y sillero. Por estos motivos de amistad le confesó los proyectos que tenía sobre la doncella, el cual no sólo lo encontró bien sino que quiso ayudar a llevar a buen fin la empresa esperando tomar parte en el festín.

La doncella, presionada por todas partes, y viendo debilitarse sus fuerzas, fue a decírselo a su señora, rogándole le diese permiso para volver con sus padres, pues no podía vivir en este tormento. La señora, que quería mucho a su marido y que ya tenía sospechas, se alegró de haberle ganado esta ventaja y preparó a la doncella: «Escucha, amiga mía, poco a poco id confiando a mi marido y dadle seguridad de acostaros con él en mi vestidor, y no olvidéis decirme la noche que va a venir, pero prestad atención para que nadie sepa nada». La doncella hizo lo que su señora le había ordenado y el amo se puso tan contento que fue a decírselo a su compañero, el cual le rogó le reservase lo que le sobrara. Hizo esta promesa, y cuando llegó la hora, el señor fue a acostarse con la doncella como él esperaba. Pero su mujer, que había renunciado a la autoridad y a mandar por el placer de servir, se puso en lugar de la doncella y recibió a su marido, no como esposa, sino como joven extrañada, y tan bien lo fingió que su marido no se dio cuenta. No sabría decirnos quién estaba más contento de los dos: si él de engañar a su mujer o ella de engañar a su marido. Y cuando hubo estado con ella salió de casa y fue en busca de su amigo, más joven y fuerte que él, y le dijo haber encontrado la mejor mujer que nunca viera: «¿Recordáis lo que me habíais prometido?», dijo su amigo. «Id pronto —dijo el señor—, no vaya a suceder que se levante o que mi mujer vaya a darse cuenta». El amigo fue y encontró la misma doncella a quien el marido no reconociera. Ella, creyendo que era su marido, no lo rechazó; de suerte que él prefirió no hablar no fuera a ser descubierto. Permaneció con ella más tiempo que su marido, y la mujer se maravillaba, pues no estaba acostumbrada a tales noches. De todos modos tuvo

paciencia, regocijándose sobre la escena que le haría al día siguiente y de la burla que iba a hacer de él. Hacia el alba el hombre se levantó y al separarse de la cama, jugueteando, le arrancó un anillo que ella tenía en su dedo y era el que el marido le diera en sus esponsales. Este anillo es para las mujeres del país motivo de superstición, y son muy honorables las mujeres que guardan el anillo hasta la muerte y, por el contrario, si por azar se pierde, la mujer es despreciada como si se hubiera entregado a otro que no fuera su marido. Ella sintió contento de que se lo llevase, pensando que sería testimonio seguro del engaño de que su marido había sido víctima. Cuando el amigo fue a buscar al marido éste le preguntó: «¿Y bien?». Respondió el amigo que era de su misma opinión, y que si no hubiera temido la llegada del día se hubiera quedado allí. Y así se fueron los dos a descansar. Al día siguiente, al levantarse el marido, vio el anillo que su amigo llevaba en el dedo, igual completamente al que él había entregado a su mujer en señal de matrimonio, y le preguntó quién se lo había dado. Cuando oyó que lo había arrancado del dedo de la doncella se extrañó mucho y empezó a darse golpes con la cabeza en la pared diciendo: «¡Ah, Dios mío! ¿Me habré hecho cornudo a mí mismo sin que mi mujer sepa nada?». Su compañero, para consolarle, le dijo: «Puede ser que vuestra mujer le diera el anillo anoche a la doncella». El marido corrió a su casa y encontró a su mujer más bella, más contenta y más radiante que de costumbre, contenta de haber podido salvar el honor de su camarera y de haber apurado a su marido sin perder más que el sueño de una noche. El marido, al verla de tan buen talante, pensó: «Si supiera mi suerte no tendría tan buena cara». Y hablando con ella de varias cosas, la tomó de la mano y notó que no estaba el anillo, que nunca se quitaba. Entonces, con voz temblorosa, preguntó: «¿Qué habéis hecho del anillo?». Pero ella, muy contenta de que él sacase esa conversación, le dijo: «¡Oh, el más malvado de todos los hombres! ¿A quién creéis que se lo habéis quitado? Pensasteis que fue mi doncella, por cuyo amor habéis malgastado el doble de los bienes que habéis gastado en mí. Pues la primera vez que habéis venido a acostaros os he juzgado tan enamorado de ella que era imposible pensar en más. Peto después que salisteis y volvisteis a entrar parecíais un diablo sin orden ni medida. ¡Oh, desgraciado! Pensad en la ceguera que os guiaba a alabar mi cuerpo y mis carnes, de las que venís gozando vos sólo durante tanto tiempo sin manifestar estimarlos. No es, pues, la belleza y las carnes de mi doncella las que os han hecho gozar placer tan delicioso; es el pecado infame y la horrible concupiscencia que quema vuestro corazón y que alteran vuestros sentidos hasta el extremo que por amor a esta doncella os trastornasteis tanto que hubierais confundido una cabra con sombrero con una joven bella. Ahora es el momento, marido mío de corregiros y conformaros conmigo sabiendo que os pertenezco y que soy una mujer de bien, seguro de que no soy una malvada. Lo que he hecho no ha sido más que para sacaros de un mal paso, para que a la vejez vivamos en buena amistad y reposo de conciencia. Pues si queréis continuar con la vida pasada prefiero separarme de vos que asistir cada día a la ruina de vuestra alma, vuestro cuerpo y vuestros bienes. Pero

si os decidís a abandonar esto y vivir según la ley de Dios, olvidaré vuestras faltas pasadas como quiero que Dios olvide mi ingratitud de no amarle como debo». El pobre marido se sintió desconcertado y desesperado al ver a su mujer, tan bella, casta y honesta, abandonada por una que no le amaba, y lo que era peor, haberla hecho mala sin saberlo ella y hacer partícipe a otro de un placer que no era más que suyo. Por estas razones se encontró a sí mismo cornudo con burla perpetua. Pero viendo a su mujer bastante atormentada con el amor que había demostrado a la doncella, se guardó muy bien de decirle la mala pasada que le había jugado y le pidió perdón con su promesa de cambiar eternamente su mala vida. Le devolvió su anillo, que pidiera a su amigo. Pero como todas las cosas dichas al oído son pregonadas, algún tiempo después la verdad fue conocida y le llamaban cornudo sin vergüenza para su mujer.

«Me parece, señora, que si todos los que han hecho ofensas parecidas a sus mujeres recibieran castigos semejantes, Hircan y Saffredant deberían tener un enorme miedo». «¡Eh, Longarine! —dijo Saffredant—, ¿es que no hay en la reunión otros maridos que Hircan y yo?». «Haylos —respondió ella—, pero no de los que disfrutan representando tales papeles». «¿Dónde habéis visto —preguntó Saffredant— que nosotros hayamos perseguido a las camareras de nuestras mujeres?». «Si aquéllas a quien él toca —respondió Longarine— quisieran decir la verdad, habría muchas camareras a quienes se ha despedido delante de su cuarto». «En verdad —dijo Guebron—, que sois una excelente dama, que en lugar de hacer reír a la reunión, como habíais prometido, os dedicáis a encolerizar a estas dos pobres personas». «Todo es uno —contestó Longarine—, ya que mientras no lleguen a las espadas, su cólera no hará otra cosa que redoblar nuestra risa». «Pues buena cosa hacéis —dijo Hircan—, porque si nuestras mujeres quieren creeros, coceréis el mejor guiso que se haya visto en la reunión». «Sé delante de quien hablo —respondió Longarine—, porque vuestras mujeres son tan prudentes y os quieren tanto que aun cuando las pusierais unos cuernos más grandes que los de un ciervo, aún querrían persuadir a todo el mundo, y a ellas mismas, de que son un sombrero de rosas». La reunión, incluso aquéllos a quienes aludía, se pusieron a reír con tales ganas que ellos pusieron fin a su propósito. Pero Dagoncin, que aún no había dicho esta boca es mía, no pudo contenerse y dijo: «El hombre suele ser muy poco razonable cuando tiene algo de que estar contento y quiere buscar otra cosa.

Y he visto a menudo (por querer poseer más y no contentarse con lo suficiente) caer en lo peor y no soltar ninguna queja, ya que la inconstancia siempre es censurada». Simontault le dijo: «Pero, ¿qué haríais vos con aquellos que no han encontrado su otra mitad? ¿Llamáis inconstancia a buscarla en cualquier lugar donde pueda hallarse?». «Ya que el hombre no puede saber —dijo Dagoncin— dónde está la mitad, tan igual que de su unión no pueda distinguirse una de otra, necesario será que se detenga donde quiera que el amor le apremie y, para cualquier ocasión que pueda

sobrevenir, mantenga firmes su corazón y su voluntad. Porque si aquélla a quien amáis es de tal modo semejante a vos y de análoga voluntad, es a vos mismo a quien amáis, y no a ella». «Dagoncin —dijo Hircan—, lo que quiero decir es que si nuestro amor está fundado sobre la belleza, encanto, amor y favores dé una mujer, y si nuestro fin es buscar el placer, los honores, o el provecho propio, el amor no puede durar mucho tiempo. Porque si aquello sobre lo que lo fundamos falla, nuestro amor vuela lejos de nosotros. Pero yo sigo firme en mi opinión de que quien verdaderamente ama no tiene otro fin ni deseo que el de bien amar, y arrostrará la pérdida de su alma antes de permitir que desfallezca en su corazón ese firme amor». «¡A fe mía que nunca creí fuerais tan tiernamente amoroso, Dagoncin! —exclamó Simontault—; porque si hubierais sentido el mismo fuego que los demás, no nos pintaríais la república de Platón, quien se limitó a escribirla sin experimentar nada». «Sí, yo he amado —contestó Dagoncin—, amo aún y amaré mientras viva. Pero tengo tan gran miedo a que el demostrarlo haga daño a la perfección de nuestro amor que creo que aquella de quien he de desear semejante sentimiento lo entiende. E incluso no me atrevo a pensar mis pensamientos, por temor a que mis ojos puedan revelar alguna cosa; que cuanto más celado y oculto conservo este fuego, tanto más crece en mí el placer de saber que mi amor es perfecto». «¡Ah! —exclamó Guebron—, que el cielo me condene si no creo que sois persona muy cómoda de ser amada». «No diré yo lo contrario —respondió Dagoncin—, pero cuando yo sea tan amado como amé, sabré hacer crecer tanto mi amor que ella no podrá disminuir el suyo para ser menos amada, amándola yo tan fuertemente». Parlamente, que sospechaba esta fantasía, le dijo: «Que Dios os proteja, Dagoncin; porque he visto a otros, antes que vos, que prefirieron morir a hablar». «Bien puede ser —respondió Dagoncin— que se consideren muy felices». «Ved, amigos míos —dijo Saffredant—, qué hombres más dignos de ser colocados entre los Santos Inocentes, de quienes la Iglesia canta: *non loquendo sed muriendo confessi sunt*^[10]. Mucho oí hablar de tales tránsitos amorosos, pero aún no he visto nunca morir a ninguno. Y puesto que yo escapé de ello, a pesar de los fracasos que he tenido, no pienso que nadie pueda morir por tal cosa». «¡Ah!, Saffredant —exclamó Dagoncin—, ¿así es como queréis ser amado, por estimar que los que comparten vuestra opinión no mueren nunca? Pues yo sé de buen número de gentes que no murieron de otra enfermedad que de la de amar con demasiada perfección». «Está bien —dijo Longarine—, puesto que sabéis tantas historias os concedo la palabra para que nos contéis alguna que sea bella, que será la novena de esta jornada». «A fin de que prestéis fe a mis palabras, cargadas de signos y milagros, os recitaré una historia ocurrida tres años ha».

Narración IX

De la piadosa muerte de un hidalgo enamorado, por recibir
tardíamente consuelo de aquélla a quien amaba

En un lugar entre el Delfinado y la Provenza, vivía un hidalgo, mucho más rico' en virtudes, apostura y honestidad que en otros bienes, el cual amaba grandemente a una doncella cuyo nombre no diré por respeto a sus padres, descendientes de familias muy conocidas e importantes; pero os aseguro que la historia es verídica. Y a causa de que su familia no era de igual rango que la de ella, él no se atrevía a expresar su sentimiento; siendo así que el profundo amor que le profesaba era tan grande y tan perfecto que antes prefiriera morir que desear la más mínima cosa que pudiera atentar a su honor; y como consideraba que ella estaba muy por encima de él, no tenía otro objeto que amarla con toda su alma, lo más perfectamente que le fuera posible, como hizo durante largo tiempo hasta que por fin ella llegó a saberlo; y viendo el extremado afecto, lleno de virtud y buenos propósitos, que él le profesaba, se sintió afortunada al ser amada de tan virtuosa persona y lo invitó a comer, cosa que a él, que no pretendía nada mejor, le produjo gran contento. Pero la malicia, enemiga de toda tranquilidad, no pudo resistir esta vida honesta y feliz; pues hubo quienes dieron en decir a la madre de la muchacha cuanto no se admiraban de ver al hidalgo durante tantas horas en su casa, y que se comentaba que la belleza de su hija y no otra cosa era el motivo, viéndosele a menudo hablando con ella. La madre, que no tenía duda alguna de la honestidad del hidalgo, en quien tenía más confianza que en ninguno de sus hijos, se sintió muy pesarosa al advertir que se le quería poner entre la espada y la pared, hasta que al fin, temiendo el escándalo que pudiera motivar la malicia de los hombres, le rogó que durante algún tiempo no frecuentara su casa como tenía por costumbre; lo que él encontró duro de digerir, sabedor de que los honestos propósitos que le animaban respecto a su hija no merecían tal alejamiento. Sin embargo, para que las malas lenguas callaran se retiró durante un tiempo, hasta que el rumor cesó, volviendo entonces como tenía por costumbre. Su ausencia no había disminuido su buena voluntad; pero, estando en casa de ella, oyó hablar de casar a la muchacha con un hidalgo quien, por sus riquezas ni por ninguna otra razón, le parecía que tuviera mayores merecimientos que él para aspirar a obtener el amor de la doncella. Así que comenzó a dejar obrar a su corazón y empleó a sus amigos para que hablaran en su favor, pensando que si era dable elegir a la doncella, lo preferiría al otro. Sin embargo, la madre y los parientes de la muchacha, como di otro era más rico, se la prometieron en matrimonio, con la que nuestro hidalgo tuvo tal disgusto, sabiendo que su amiga lo sentía tanto como él, que poco a poco, y sin otra enfermedad,

comenzó a desmejorar y al cabo del tiempo cambió de tal forma, que pareció que la máscara de la muerte, a la que de hora en hora él se acercaba con alegría, cubría sus hermosas facciones. Y si bien es cierto que alguna vez no se pudo contener y fue a hablar con la que tanto amaba, al fin, pues que las fuerzas le fallaban, se vio obligado a guardar cama, lo que no quiso advertir a quien amaba para no hacerle compartir parte de su hastío. Y dejándose arrastrar de esa forma en brazos de la desesperanza, perdió las ganas de beber y comer, de dormir y de reposar, de tal suerte que apenas si era posible reconocerlo, dada su delgadez y el demacrado rostro que tenía. Alguien advirtió de esto a la madre de su amiga, que era muy caritativa y que además tenía tanto cariño al hidalgo que si todos sus parientes hubieran sido de su opinión y de la de su hija, ellas hubieran preferido la honestidad del caballero a las riquezas del otro; cosa que los parientes del padre no quisieron admitir. Así que, en unión de su hija, fue a visitar al pobre hidalgo, a quien encontraron más muerto que vivo. Y que, viendo que se aproximaba el fin de sus días, se había confesado y recibido los Santos Sacramentos, pensando en morir sin ver a nadie; pero, aun estando a dos dedos de la muerte, al contemplar a la que era su vida y su resurrección se sintió tan fortalecido que saltó inmediatamente de la cama, diciendo a la señora: «¿Con qué motivo, señora, venís a visitar a quien ya tiene un pie en la fosa y de cuya muerte vos sois la causa?». «¿Qué decís? —exclamó la señora—. ¿Será posible que aquél a quien tanto amamos pueda recibir la muerte por nuestra causa? Decidme, os lo suplico, qué razones tenéis para expresaros así». «Señora —contestó él—, he disimulado el amor de vuestra hija tanto como me ha sido posible, y si mis padres os han hablado del matrimonio de ella y mío fue contra mi voluntad, al ver la desgracia que me había sobrevenido al perder la esperanza, no de conseguir mi placer particular, sino porque estoy seguro que por ningún otro sería más estimada ni tan amada como lo hubiera sido por mí. El bien que veo pierde del mejor y más amoroso servidor que ella hubiera podido tener en el mundo me causa más daño que la pérdida de mi propia vida, que sólo por ella querría conservar, pero puesto que no puedo servirla de nada, estoy muy gustoso en perderla». Tanto la madre como la hija, así que oyeron estas reflexiones, se apresuraron a ofrecerle su consuelo. Y aquélla le dijo: «Animaos, amigo mío, y os prometo por mi fe que si Dios os da salud, mi hija no tendrá nunca otro marido que vos. Y estando ella aquí presente, le ordeno que os lo prometa». La hija, llorando, puso todo su ardor en asegurarle lo que su madre le prometía; pero él, sabiendo que cuando recobrara la salud no tendría a «su mamita», y que los buenos propósitos de que ella hacía gala no tenían otro fin que volverlo a las ansias de vivir, les dijo que si él escuchara este lenguaje tres meses antes, habría sido el más sano y más feliz caballero de Francia; pero que el socorro llegaba tan tarde que apenas podía ser creído y menos esperado. Y cuando vio que ellas se esforzaban en hacérselo creer, les dijo: «Ahora bien, puesto que veo que me prometéis la ventura que ya no puedo recibir, aunque quisiera, dada la débil condición en que me encuentro, sí, en cambio, acudo a vos en demanda de que me concedáis un harto poco, pero que nunca hubiese

tenido la audacia de requerir». Al instante se lo prometieron ambas y se prestaron a lo que osadamente pedía. «Os suplico —continuó—, que entreguéis en mis brazos a la que me prometéis por mujer y le ordenéis que me abrace y me bese». La hija que no tenía costumbre de tales licencias, puso dificultades; pero su madre se lo ordenó expresamente, viendo que no había en él el ardor ni la fuerza de un hombre repleto de salud. Así que la hija, obedeciéndola, avanzó hacia el lecho del pobre enfermo, diciendo: «Amigo mío, os lo ruego, alegraos». —El desvalido infeliz, con la máxima fuerza que le permitía su extrema debilidad, extendió sus brazos descarnados y sin color, y con todas las fuerzas de su cuerpo abrazó a la que era causa de su muerte; y besándola con su pálida y fría boca, la retuvo cuanto le fue posible, diciéndole a continuación: «El amor que os he profesado es tan grande y honesto que nunca, excepto en el matrimonio, he deseado de vos otra cosa que fuera la que tengo ahora; por cuya causa yo daría gustoso mi alma a Dios, que es el amor y la caridad perfectos, y que conoce bien la magnitud de mi amor y la pureza de mis intenciones; y le suplico, teniendo mi amor entre mis brazos, que tenga a bien recibir en los suyos mi espíritu». Y diciendo tal, la volvió a tomar entre sus brazos con tal vehemencia que su corazón, debilitado, no pudiendo soportar el esfuerzo, fue abandonado de todas virtudes y expiró; que la alegría lo dilató de tal forma que le hizo abandonar el asiento del alma y la envió a su Creador. Y aunque el pobre cuerpo permaneció ya sin vida eternamente, y ya no tenía ocasión de retener su presa, he aquí que la joven, cuyo amor al caballero se mantuvo siempre oculto, lo demostró en aquel instante de tal forma que su madre y los servidores del difunto tuvieron gran trabajo en deshacer esta unión; y a viva fuerza separaron a la viva casi muerta de junto al muerto, a quien hicieron enterrar con toda ceremonia. Pero el más grande triunfo de las exequias fueron las lágrimas, los llantos y los gemidos de esta pobre joven, que se declararon a la muerte con tanta más fuerza cuanto más callados estuvieron en vida, como si así satisficieran el error que ella había padecido. Y desde entonces (según he oído decir), cualquier marido que se le haya ofrecido para hacerla feliz, nunca ha encontrado eco en su corazón.

«¿Os parece, caballeros, aquellos que no habéis querido creer en mí palabra, que este ejemplo sea suficiente para demostrar que el amor perfecto, por demasiado oculto y desconocido, pueda llevar a las personas a la muerte? Entre vosotros no hay ninguno que desconozca a los padres, de uno y otro lado; así que no podéis dudarle; y nadie que lo haya experimentado, puede dejar de creerlo».

A todas las señoras, al oír la historia, les vinieron lágrimas a los ojos; pero Hircan les dijo: «He ahí la mayor locura de la que jamás haya oído hablar. ¿Creéis razonable, ¡a fe vuestra!, que muramos por las mujeres, que no están hechas más que para nosotros, y que temamos pedirles lo que Dios les ordena damos? No hablo por mí, ni tampoco por los que están casados; porque yo tengo tanto o más mujer de la que

necesito; pero sí lo digo por aquellos que tienen necesidad, y me parece que son tontos por temer a quienes ellos deben infundir temor. Reparad atentos en la pesadumbre que esta mujer sentía por su necesidad; si abrazaba el cuerpo del muerto (cosa repugnante por naturaleza), mucho menos hubiera rechazado el cuerpo vivo, de haber usado él tan gran audacia como de piedad hizo alarde para morir». «Sin embargo —dijo doña Oisille—, bien que mostró el hidalgo la honestidad y el amor que había en él, por lo cual será siempre ensalzado por todo el mundo; que encontrar castidad en un corazón enamorado es cosa más divina que humana». «Señora —dijo Saffredant—, para confirmar el relato de Hircan (cuya opinión comparto), os ruego que me creáis si os digo que la fortuna ayuda a los audaces, y que no hay hombre que, sabiéndose amado de una dama (a condición de que sepa conducirse sabia y afectuosamente), al fin no obtenga de ella lo que le pida, en todo o en parte; pero la ignorancia y el feble temor hacen perder a los hombres muchas buenas aventuras y fundan su pérdida en el temor de su amiga, a quien nunca han rozado ni siquiera con un dedo; que ninguna plaza fue bien asaltada sin ser rendida». «Me admiráis ambos —dijo Parlamente—, viendo cómo osáis mantener tales despropósitos; estimáis en muy poco a aquellas que habéis amado o bien os dirigisteis siempre a malos lugares, y juzgáis a todas las mujeres parejas». «Señora —dijo Saffredant—, en cuanto a mí respecta, soy tan desgraciado que no tengo nada que alabarme; pero no puedo atribuir mi desdicha más a la virtud de las damas que a mi culpa por no haber sabido con la necesaria astucia emprender o conducir prudentemente mi asunto, y alegaré en beneficio de todos los doctores lo que la vieja de la Novela de la Rosa, cuando decía:

Nous sommes faite, beaux fils, sans doute.

Toutes pour tous, et tous pour toutes.

Porque no creo que si hay amor alguna vez en el corazón de una mujer, el hombre no halle una buena salida, si no hace tonterías». «¿Y si os cito a una muy amada, muy querida de amores, acosada e importunada, y siempre mujer de bien, victoriosa de su cuerpo y de su enamorado, confesaréis que tal cosa verdadera sería imposible?». «En verdad que sí», respondió. «Pues bien —afirmó Parlamente—, seréis todos de muy poca fe si no creéis en este ejemplo». Dagoncin le dijo: «Señora, puesto que yo puse por ejemplo el amor virtuoso hasta la muerte de un caballero, os ruego que si sabéis vos de alguno en honor de una dama, queráis contarlo en esta jornada, y no temáis extenderos largamente en palabras, que tenemos bastante tiempo para decir muchas cosas buenas». «Puesto que me ha sido cedido el puesto —dijo Parlamente—, no os entretendré mucho tiempo con mis palabras; porque mi historia es tan linda, y tan bella, y tan verídica, que no alcanzo a comprender que no la sepáis al igual que yo.

Y aun cuando yo no la haya visto, me ha sido contada por uno de mis mejores y más firmes amigos en alabanza de aquélla a quien él amara más que a nadie en el

mundo, conjurándome a que, si alguna vez diera en contarla, cambiara los nombres de las personas. Porque toda ella es verídica, excepto los nombres, los lugares y el país».

Narración X

Los amores de Amador y Florinda, donde se relatan muchas astúcias
y disimúlos y la muy encomiable castidad de Florinda

En el condado de Aranda, de Aragón, vivía una dama que, muy joven todavía, quedara viuda del conde de Aranda, con un hijo y una hija, nombrada ésta Florinda. Dicha dama puso todo su empeño en educar a sus hijos en toda clase de virtudes y honestidades de las que son propias a los señores e hidalgos, de suerte que su casa tuvo fama de ser una de las más honorables de entre todas las de España. Visitaba la señora a menudo Toledo, donde residía el rey de España, y, cuando iba a Zaragoza (que estaba cerca de su casa), convivía mucho tiempo junto a la reina y en la corte, donde era tan apreciada como pudiera serlo señora alguna. Una vez, yendo de visita el rey según su costumbre, y estando éste en su castillo de Jaffiere, en Zaragoza, pasó la dama por una villa bajo el gobierno del virrey de Cataluña, el cual no se separaba de junto a la frontera de Perpignan, a causa de las continuas guerras que había entre el rey de Francia y él; mas como entonces reinaba la paz, el virrey con todos sus capitanes vinieron rendir homenaje al rey. Sabedor el virrey que la condesa de Aranda atravesaba sus tierras, se presentó a ella, tanto por la antigua amistad que les unía como por deferencia a su condición de parienta del rey. Ahora bien, tenía el virrey en su corte varios bizarros hidalgos que por su participación en tantas batallas habían adquirido tantos honores y gran fama que quienquiera que podía verlos y frecuentar su trato se daba por dichoso. Y, entre ellos había uno llamado Amador quien, a pesar de no tener más que dieciocho o diecinueve años, poseía tales dotes y tan buen juicio que se le hubiera juzgado digno entre un millar para gobernar una república. Bien es cierto que su buen juicio era acompañado de una hermosura tan grande y de una sencillez tal que no había ojos que no se dieran el contento de mirarlo, y a este donaire tan exquisito seguían tan de cerca sus palabras que no se sabía qué preferir, si su donaire, su hermosura o sus palabras. Pero lo que sobremanera le hacía digno de estima era su gran atrevimiento, cuya fama no estaba empañada por su juventud; porque, ya en muchos lugares, había demostrado lo que era capaz de hacer, de forma que no sólo en las Españas, sino también en Francia e Italia, estimaban mucho sus virtudes, ya que no había ahorrado esfuerzos en todos los combates en que intervino; y cuando su país estaba en paz, buscaba la guerra en tierras lejanas, haciéndose estimar de amigos y enemigos. Este caballero, por el cariño que le tenía su capitán, se encontró en este lugar al que había llegado la condesa de Aranda; y viendo la belleza y gentil continente de su bija, que por entonces no tenía más que doce años, pensó para sí que era la más bella y honesta

persona que nunca viera y que, si podía obtener su beneplácito, se sentiría más satisfecho que por todos los bienes y placeres que pudiera conseguir de cualquier otra. Y tras haberla admirado largamente se decidió a conseguir su amor, a pesar de los obstáculos que su razón le dictaba, tanto por el linaje de ella como por su edad, poco propicia aún a comprender sus propósitos. Mas, contra este temor, se fortalecía con gran esperanza, prometiéndose a sí mismo que el tiempo y la paciencia pondrían un glorioso fin a sus trabajos. Y, de esta forma, el tierno amor que, sin otra razón que su misma fuerza entrara en el corazón de Amador, le prometió sus favores y toda clase de venturas para el futuro. Y para proveer la mayor dificultad, consistente en la lejanía del país donde él tenía su residencia y las pocas ocasiones que se le deparaban de volver a ver a Florinda, pensó en desposarse, a pesar de los propósitos que se hiciera con las damas de Barcelona y Perpignan, habiendo frecuentado de tal modo a causa de las guerras la frontera entre ambas ciudades que parecía más catalán que castellano, a pesar de ser oriundo de Toledo y descendiente de una familia rica e importante; aunque, siendo un segundón, no tenía gran patrimonio.

Y bien pudiera ser que Amor y Fortuna, viéndole abandonado de sus padres, decidieran hacer una obra maestra y le dieran, colmándole de virtudes, lo que las leyes del país le negaban. Tenía tan gran experiencia en todas las artes guerreras y era tan estimado de sus príncipes y señores que con más frecuencia rehusaba sus dones que cuidado tenía de pedirselos. Y, como ya os dije, así fue como la condesa *llegó* a Zaragoza y fue bien acogida por el rey y toda su Corte. El gobernador de Cataluña la visitaba a menudo; no había cuidado en que Amador perdiera ocasión de acompañarle con el único fin de tener el placer de hablar con Florinda. Y, antes de dar a conocer sus sentimientos habló con la hija de un anciano caballero vecino de su casa, llamada Avanturade, que había sido hermana de leche de Florinda, de forma que conocía cuanto había de oculto en su corazón. Amador, tanto por las virtudes de que supo como también porque ella aportaría como dote una renta de tres mil ducados, se decidió a cortejarla como pretendiente. A lo que ella prestó oídos de muy buena gana, pero dado que él era pobre, la rica muchacha pensó que su padre no accedería nunca a sus desposorios, si no era por la intercesión de la condesa de Aranda. Así que se dirigió a doña Florinda y le dijo: «Señora, ¿conocéis a ese hidalgo castellano que a menudo habla conmigo? Creo que no pretende otra cosa que desposarme; vos, que conocéis a mi padre, sabéis que no consentirá nunca, a no ser que se lo pidáis vos misma». Florinda, que apreciaba a la doncella como si de ella misma se tratara, le aseguró que tomaría el asunto por su cuenta como cosa propia. Y Avanturade obró de tal forma que consiguió presentarle a Amador, quien, al besarle la mano, temió desvanecer de placer, y él, a quien se consideraba como uno de los mejores conversadores de España, quedó mudo delante de Florinda, quien se sintió muy asombrada ya que, aun no teniendo más que doce años, tenía bien entendido que no había en España hombre que mejor dijera lo que quería y con mayor gracia. Viendo que no decía ni palabra, se dirigió a él exclamando: «La fama que tenéis en las

Españas es tal, mi señor don Amador, que os ha precedido hasta aquí y produce en los que tienen el honor de conoceros el deseo de poderos ser útiles; así que, si algo puedo hacer por vos, no dudéis en pedirlo». Amador, que contemplaba la belleza de la dama, se sintió tan encantado y transido de emoción que apenas fue capaz de darle las gracias. De modo que Florinda se asombró al verlo sin respuesta, y atribuyéndolo antes a cualquier tontería que a producto del amor, pasó adelante sin hablar más. Amador, al ver las virtudes que despuntaban en Florinda a pesar de su extrema juventud dijo a la que pretendía desposar: «No os maravilléis si perdí la palabra delante de Doña Florinda, pero sus virtudes y la sabiduría de sus palabras, encerradas en tan extrema juventud, me han asombrado de tal forma que no he sabido qué decirle. Pero os ruego, Avanturade (a vos que sabéis todos mis secretos), me digáis si es posible que ella no sea dueña de todos los corazones de los principales caballeros de esta corte, porque quienes la conozcan y no la amen son piedras o brutos». Avanturade, que amaba ya a Amador más que a nadie en el mundo, no quiso ocultarle nada y le dijo que Doña Florinda era amada de todos, pero que, a causa de las costumbres del país, pocas gentes podían hablar con ella, y aún no había visto a nadie que reuniendo las suficientes condiciones, quisiera desposarla, a no ser dos jóvenes infantes, de la casa real e hijo del infante Afortunado, uno, y el otro, el joven duque de Cardona. «Os lo ruego —dijo Amador—, decidme a quién pensáis vos que prefiere ella». «Es tan prudente —respondió Avanturade—, que por nada del mundo confesaría tener otra voluntad que la de su madre; mas por lo que se puede juzgar, más bien ama al heredero del infante Afortunado que al joven duque de Cardona. Y para probaros que os tengo por hombre juicioso, si queréis, a partir de ahora mismo podréis averiguar la verdad; porque el heredero del infante Afortunado ha crecido en esta corte, y es uno de los más apuestos y perfectos príncipes que pueda haber en la Cristiandad. Y, en la opinión de nuestras jóvenes damas, si tal matrimonio tuviera lugar sería indudablemente con Doña Florinda, con tal de ver juntos a la más hermosa pareja del mundo cristiano. Y es preciso que entendáis que, a pesar de ser los dos muy jóvenes, doce años ella y trece él, hace ya tres años que se enamoraron y que comparten su amor; así que si queréis que os tenga en su gracia, os aconsejo que os convirtáis en amigo y servidor de él». Amador se sintió muy complacido de ver que su dama era capaz de amar, confiando en que a la larga él sanaría el puesto, no de marido, sino de servidor, ya que en su honestidad no temía otra cosa sino que ella no quisiera amarle. Y tras estas palabras, allá fue Amador a frecuentar el trato del hijo del infante Afortunado, cuya gracia obtuvo con facilidad, porque Amador conocía todos los pasatiempos que al joven príncipe gustaban y, sobre todo, era muy diestro en manejar a los caballos y en el uso de toda clase de armas y todos los ejercicios y juegos que un joven caballero debe conocer. La guerra comenzó en el Languedoc y fue preciso que Amador regresara con el gobernador, lo que hizo no sin gran pesar, ya que no había medio por el cual pudiera volver a lugar donde supiera que podría ver a Florinda; y buscando la ocasión, habló a un hermano suyo que era mayordomo de la

reina de España y le contó la buena acogida que había encontrado en las casas de la condesa de Aranda y de la señorita Avanturade, rogándole que, en su ausencia, hiciera lo posible para llevar a buen término el matrimonio, usando de los favores del rey y de la reina y de todos sus amigos. Este caballero, que amaba a su hermano tanto por razón de familia como por sus virtudes, le prometió hacer cuanto estuviera en su mano; cosa que hizo, de suerte que el padre, viejo y avaricioso, olvidó su natural condición para apreciar las virtudes de Amador, que tanto la condesa de Aranda como la bella Florinda le restregaban por los ojos, así como el joven conde de Aranda, que comenzaba a crecer y, creciendo, a estimar a las personas virtuosas. Y cuando entre los padres se acordó el matrimonio, el citado mayordomo envió en busca de su hermano aprovechando las treguas que existían entre los dos reyes. Por aquel tiempo, el rey de España se retiró a Madrid, huyendo de las fiebres que existían en varios lugares; y con la opinión favorable de varios de su Consejo, y también a requerimiento de la condesa de Aranda, ordenó el casamiento de la heredera, duquesa de Medinaceli, con el joven conde de Aranda, tanto por el bien y la unión de su casa como por la estima que profesaba a la condesa de Aranda, y quiso que los esponsales tuvieran lugar en el castillo de Madrid. En los esponsales se encontró Amador, que persiguiera tan bien los suyos que desposó a aquella de quien era más amado de lo que él correspondía, no sirviéndole el matrimonio más que de cobertura y como medio de frecuentar el lugar en el que su espíritu vivía incesantemente. Después que estuvo casado, cobró tal confianza y atrevimiento en la casa de la condesa de Aranda, que nada se celaba de él, no más que si de una mujer se tratara; y a pesar de no tener más que veintidós años, era tan prudente que la condesa le confiaba todos sus asuntos y ordenaba a su hijo y a su hija a creer y aceptar cuanto él les aconsejara. Ganada su estima hasta tal extremo, se conducía él tan avispada y finamente que ni siquiera aquella a quien amaba conoció nunca sus sentimientos. Y por el amor que profesaba a la mujer del dicho Amador, a quien estimaba como a ninguna otra, vino a estar tan confiada a él que no le ocultaba ninguno de sus pensamientos, y llegó el momento en que le declaró todo el amor que sentía por el hijo del infante Afortunado, y él, que no pretendía sino ganarla enteramente, le hablaba de ello sin cesar, ya que no le importaba a propósito de qué hablarle con tal de entretenerla mucho tiempo. Apenas pasó un mes en su compañía, después de su boda, cuando se vio obligado a volver a la guerra, donde permaneció más de dos años sin volver a ver a su mujer, quien continuaba viviendo donde transcurriera su infancia. Durante este tiempo, Amador le escribía a menudo; pero la mayor parte de sus cartas eran recomendaciones a Florinda, que a su vez no dejaba de devolvérselas y frecuentemente ponía de propia mano algunas palabras en la carta que escribía Avanturade, lo que daba ocasión a su marido para cuidar de escribir más a menudo; mas a pesar de todo esto, nada supo Florinda, sino que sentía por él el mismo cariño que si hubiera sido un hermano suyo. Varias veces vino y se fue Amador, de modo que en dos años sólo vio a Florinda apenas durante dos meses; y, sin embargo, su amor no cesaba de crecer pese a la

distancia y la prolongada ausencia. Ahora bien, ocurrió que hizo un viaje para ir a ver a su mujer y se encontró con que la condesa estaba muy lejos de la corte, porque el rey se había ido a Andalucía y llevando consigo al joven conde de Aranda, que ya hacía sus primeras armas. La condesa se había retirado a una casa de descanso que tenía en la frontera entre Aragón y Navarra, y se sintió muy contenta cuando vio llegar a Amador, que había estado ausente casi tres años. Fue bien recibido por todos, y la condesa ordenó que se le tratara como si su propio hijo fuera. Mientras estuvo con ella, le confió todos los asuntos de su casa, pidiendo su opinión sobre la mayoría de ellos; y ganó tan gran crédito en toda la casa que se le abrían las puertas de todos los lugares en que él quería, estimando en tal forma su hombría de bien que todas las cosas le eran fiadas como si de un santo o de un ángel se tratara. Florinda, dado el gran efecto que la unía a su mujer, lo trataba con el mayor cariño dondequiera que lo viese, sin conocer nada de sus intenciones y, no sintiendo pasión alguna en su corazón, no guardaba ninguna continencia y sentía gran contento en estar cerca de Amador, sin pensar en ninguna otra cosa. Amador, para evitar el juicio de aquellos que conocen las miradas de los enamorados en comparación con las de los demás, pasaba grandes apuros; porque cuando Florinda venía a hablarle en privado, el fuego oculto en su corazón le quemaba con tal intensidad que no podía impedir que el calor subiera a su cara y le saliesen chispas por los ojos. Y con el fin de que, a pesar del frecuente trato nadie pudiera apercibirse, dio en hacer, amistad con una hermosa dama llamada Paulina, mujer que en otros tiempos había sido considerada tan bella que pocos de los hombres que la conocían escapaban de sus redes. La tal Paulina, como oyera las hazañas amorosas de Amador en Barcelona y Perpignan, de suerte que fuera amado por las mujeres más agraciadas y honestas del país y, sobre todo, por una condesa de Palamós, a quien se consideraba la mayor beldad de todas las Españas, y por muchas otras, le dijo que tenía gran piedad de él, a la vista de que, pese a su buena suerte, viniera a desposarse con mujer tan fea. Amador, comprendiendo por sus palabras que ella sentía ansias de remediar su necesidad, le dedicó las mayores atenciones que le fueron posibles, pensando que al hacerle creer una mentira, encubriría la verdad, Pero ella, astuta y experimentada en amores, no se contentó con hablar; y advirtiendo muy bien que el corazón de Amador no estaba satisfecho de su amor, se malició que él quería hacerla servir de tapadera, y con tal motivo lo miraba siempre fijo a los ojos, pero él sabía fingir tan bien que nada podía averiguar, de modo que todo quedaba reducido a una lejana sospecha, cosa que no producía gran pena al caballero. Florinda, ignorante de todas estas malicias, se dirigía a él tan confiadamente delante de Paulina que él tenía un gran trabajo en dominar que su mirada no reflejara los sentimientos de su corazón; y para evitar que ocurriera algo inconveniente, un día, asomados los dos a una ventana, se dirigió a Florinda en estos términos: «Señora, os ruego me aconsejéis sobre qué vale más, si callar o morir». Florinda respondió con presteza: «Siempre aconsejaría a mis amigos hablar y no morir; porque hay pocas palabras que no se puedan enmendar, pero no es posible

recuperar la vida perdida». «Así pues —dijo Amador—, ¿me prometéis que no os sentiréis pesados por lo que quiero deciros, ni tan siquiera asombrada, hasta que oigáis el final?». A lo que ella respondió: «Decid lo que os plazca, porque si vos me asombráis, nadie tendrá que serenarme».

Tras esto, comenzó él a hablar: «Señora, aún no os he querido decir el gran afecto que os profeso por dos razones; una, porque pretendo demostrároslo con mis continuos servicios; otra, porque pienso que podríais imaginar una gran presunción en mí, que soy un simple caballero, por dirigirme al lugar al que no tengo derecho a ocupar; y aunque fuese príncipe como vos, la lealtad de vuestro corazón no permite que os tenga propósitos amorosos otro que no sea aquel que ha tomado posesión de él, el hijo del infante Afortunado, Pero, así como en tiempos de guerra la necesidad obliga a destruir los bienes propios y arruinar los trigos verdes, a fin de que el enemigo no pueda utilizarlos en su provecho, así, señora, tomo la decisión de adelantar el fruto que con el tiempo yo esperaba recoger, para que vuestros enemigos y los míos no puedan beneficiarse de nuestro daño. Reparad, señora, que desde el comienzo de vuestra adolescencia estoy dedicado de tal modo a vuestro servicio que no he cesado de buscar los medios de conseguir vuestra gracia y, con tal motivo, me casé con aquella que pensaba vos preferiríais, por quererla mucho. Y sabiendo el amor que tenéis al hijo del Infante Afortunado, he puesto todos mis esfuerzos en servicio y frecuentar su trato como habéis podido ver; y puse todo mi empeño en realizar cuanto pensé que podía complaceros. Ved cómo conseguí estar en gracia de vuestra madre, la condesa, de vuestro hermano, el conde, de todos aquellos que os aman, de tal modo que soy considerado en esta casa no como un vasallo, sino como hijo, y todo el trabajo que hice desde hace cinco años no ha sido más que para vivir toda mi vida junto a vos. Y comprended que no soy de aquellos que pretenderían por estos medios conseguir de vos otro bien o placer que no fuera virtuoso. Sé que no podré desposaros nunca y, cuando aún lo pudiera, no lo querría, dado el amor que profesáis a quien deseo veros por marido. De igual modo, mi afecto está muy lejos de amaros con un amor deshonesto, como el de aquellos que esperan ser recompensados de sus largos años de servicios con el deshonor de las damas, hasta tal punto que desearía antes veros muerta que saberos menos digna de ser amada y que vuestra virtud disminuyó, por mucho placer que a mí me hubiera proporcionado. No pretendo otro fin ni recompensa por mis servicios que una cosa, y es que consintáis en ser para mí dueña tan leal que nunca me alejéis de vuestra gracia, que me mantengáis en el puesto que tengo, fiando en mí más que en ningún otro, teniendo tal seguridad en mí que si por vuestro honor o algo que os afecte tenéis necesidad de la vida de un caballero, la mía será empleada en ello de todo corazón, y podéis creerlo firmemente, así como que todas las cosas honestas y virtuosas que yo pueda hacer alguna vez, lo serán solamente por amor a vos. Y si por damas inferiores a vos hice cosas que consideraban estimables, estad segura que teniéndoos por mi dueña mis empresas crecerán, dé suerte que las cosas que yo creía difíciles e imposibles se me convertirán

en fáciles. Pero si no me aceptáis por vuestro del todo, tengo el propósito de abandonar la carrera de las armas y renunciar a la virtud, que no me habrá socorrido en la necesidad. Por todo esto, señora os suplico que mi justa petición me sea concedida, ya que vuestro honor y conciencia no me la pueden rehusar». La joven dama, al oírlo expresarse en términos a los que no estaba acostumbrada, comenzó a cambiar de color y a bajar los ojos como asombrada; sin embargo, como era mujer prudente, le dijo: «Si es así, Amador, si no pedís de mí otra cosa que la que ya tenéis, ¿por qué me hacéis tan larga arenga? Tengo tanto miedo que bajo vuestros honestos propósitos haya alguna malicia oculta, que engañe a la ignorancia propia de mi juventud, que siento gran perplejidad para responderos. Porque de rehusar la sincera amistad que me ofrecéis, haría lo contrario de lo que hice hasta aquí, que me fié de vos más que de todos los hombres del mundo. Ni mi conciencia ni mi honor se oponen a vuestra petición ni al amor que profeso al hijo del Infante Afortunado, que se apoya firmemente en el matrimonio, contra el que vos no pretendéis atentar. No sé de nada que me deba impedir que os responda de acuerdo con vuestro deseo, a no ser un temor en lo íntimo de mi corazón, fundado sobre la posibilidad que podáis tener de conseguir tales propósitos ocultos; porque, ¿si ya tenéis lo que pedís, qué os incita a hablar tan largamente?». Amador, que tenía respuesta para todo, contestó: «Señora, habláis muy sabiamente y me hacéis tanto honor con la confianza que decís tenéis en mí que, si no me contento con tal bien, seré indigno de todos los demás. Peto reparad, señora, que quien quiere construir un edificio eterno debe procurar que tenga unos cimientos únicos y firmes; porque, deseando vivir eternamente a vuestro servicio, atiendo no sólo a los medios de estar cerca de vos, sino también a impedir que se pueda conocer el gran afecto que os profeso, y que, aunque sea tan honesto que no pueda nunca ser pernicioso, bien es cierto que los que desconocen el corazón de los enamorados pueden a menudo juzgar contra la verdad. Y esto produce tan malicioso rumor como si los orígenes fueran realmente malos. La causa que me ha inducido a decíroslo ha sido Paulina, que ha sentido tal sospecha sobre mí, al comprender en el fondo de su corazón que no puedo amarla, que en ningún modo deja de espiar mi expresión. Y cuando, ante ella, venía a hablarme con tanta confianza, tengo gran miedo a hacer cualquier gesto del que ella pueda extraer consecuencias que caigo en el inconveniente del que me quiero apartar, de suerte que pensé suplicaros que delante de ella y de otras personas que sabéis son maliciosas no os dirijáis a mí tan súbito, ya que antes quisiera estar muerto que persona alguna pudiera saberlo. Y de no ser por la estima que tengo por vuestro honor, nunca me hubiera decidido a expresarme en tales términos, ya que me siento suficientemente feliz con el cariño y la confianza que me tenéis, en los que sólo os pido que perseveréis». Florinda, tan contenta que no podía soportarlo, comenzó a asentir en su corazón algo a lo que no estaba acostumbrada y, viendo las honestas razones que él alegaba, le dijo que la virtud y la honestidad respondían por ella y que le concedía cuanto pidió, de lo cual se sintió tan feliz Amador como nadie que ame pueda dudarlo. Pero Florinda siguió su consejo mucho

más extremadamente de lo que él pretendió, ya que, siendo temerosa, no sólo delante de Paulina, sino en cualquier otro lugar, comenzó a no buscarlo como antes tenía por costumbre; y, desde su alejamiento, veía con malos ojos la asiduidad con que Amador trataba a Paulina, a quien encontraba tan bella que no podía creer que Amador no la amara. Y para consolar su tristeza departía siempre con Avanturade, la cual comenzó a estar celosa de su marido y de Paulina, quejándose a menudo a Florinda, quien la consolaba lo mejor que le era posible, como era propio de quien estaba atacada de la misma enfermedad. Amador no tardó en advertir el talante de Florinda; y pensó que se alejaba de él no sólo por seguir su consejo, sino también porque había un malentendido por medio. Y un día, viniendo de las vísperas de un monasterio, le dijo: «Señora, ¿qué tenéis contra mí?». «Lo que pienso que deseáis», respondió Florinda. Al instante, sospechando la verdad y para saber si estaba en lo cierto, dijo él: «Señora he obrado de tal forma que conseguí que Paulina no tenga sospecha alguna acerca de vos y yo». A lo que respondió: «Vos no sabríais hacer nada mejor por vos y por mí; que, en haciendo cosas que os son placenteras, os hacéis honor».

Juzgó Amador por estas palabras que ella pensaba le resultaba agradable hablar con Paulina, por lo que se sintió tan desesperado que no pudo evitar decir con ira: «Señora, fácil os es atormentar a vuestro servidor y lapidarlo; pienso que nada me fue nunca tan enojoso como la obligación de hablar con quien no amo nada. Y, puesto que consideráis lo que hago en vuestro servicio como todo lo contrario, no hablaré nunca con ella, y que suceda lo que haya de suceder. Y con el fin de disimular mi ira al igual que disimulé mi contento, me iré a algún lugar cercano en espera de que vuestro capricho haya pasado. Mas espero que pronto tendré noticias de mi capitán para volver a la guerra, donde permaneceré tan largo tiempo que vos comprenderéis que nada, a no ser vos misma, me retiene en este lugar». Y dicho esto, sin esperar respuesta, se retiró incontinentemente, quedando ella tan pesarosa y triste como no era posible más. Y como impulso contrario comenzó el amor a mostrar su enorme fuerza, de modo que Florinda, advirtiendo su error, escribía incesantemente a Amador rogándole que quisiera regresar, cosa que hizo tras algunos días en que su cólera se fue apagando. Yo no sabría bien contaros con detalle las conversaciones que tuvieron entre ellos para destruir aquellos celos, pero él ganó la batalla, hasta el punto que Florinda le prometió que no creería nunca, no sólo que él amara a Paulina, sino que siempre tendría la seguridad de que para él sería un martirio harto insoportable el hablar con ella o con cualquier otra, y que sólo lo hacía por su mejor servicio. Después que el amor venciera aquella sospecha y que ambos amantes disfrutaran más que nunca en hablar entre ellos, llegaron noticias de que el rey de España enviaba todo su ejército a Salces. Así que Amador, que siempre fuera el primero en acudir al servicio de su rey, no dudó un instante en ir, haciendo honor a su costumbre. Bien es verdad que en esta ocasión con un pesar a que no estaba habituado, tanto por perder la compañía de la que amaba como por miedo a encontrar algún cambio a su regreso, viendo a Florinda, que ya cumpliera quince años, asediada por príncipes y grandes

señores, de forma que pensó que si en su ausencia se casaba, no tendría ocasión de verla a no ser que la condesa de Aranda nombrara camarera a su mujer; y tan hábilmente supo manejar el asunto entre todos sus amigos que la condesa y Florinda le prometieron que a cualquier lugar a que, casada, fuera Florinda, también iría Avanturade, su mujer. Y aunque se tratara de casar a Florinda en Portugal, se decidió que Avanturade no la abandonaría nunca. Y, con esta seguridad, marchó Amador y dejó a su mujer con la condesa. Cuando, tras la marcha de su servidor, Florinda se encontró sola, comenzó a realizar toda clase de obras buenas y virtuosas, con el fin de superar la fama de las damas más perfectas y ser reputada digna de tener tal servidor. Amador, al llegar a Barcelona, fue festejado por las damas como de costumbre; pero lo encontraron tan cambiado como nunca hubiesen pensado que el matrimonio pudiera cambiar a un hombre tal como lo había hecho con él, ya que parecía hastiado de las mismas cosas que otrora deseaba; e incluso la condesa de Palamós, a quien tanto amara, no pudo encontrar el medio de conseguir que fuera a verla a su alojamiento. Amador se detuvo en Barcelona tan poco como le fue posible, como quien no ve llegar el momento de encontrarse en lugar donde puedan adquirirse honores. Y llegando a Salces, participó en la gran y cruel guerra entre los dos reyes, la que no es mi propósito contaros, así como tampoco las grandes hazañas que en ella realizó Amador; porque, de contarlo, sería menester un gran libro. Basta con que sepáis que consiguió honra y prez por encima de sus compañeros. El duque de Nájera llegó a Perpignan, con dos mil hombres a sus órdenes, y rogó a Amador que fuera su lugarteniente, el cual cumplió tan bien su deber al frente de esta gente que en todas las escaramuzas no se oía otro grito que el de NAJERA. Ahora bien, ocurrió que el rey de Túnez, que desde mucho tiempo atrás guerreaba contra los españoles, oyendo que los reyes de España y Francia estaban en guerra uno contra otro en las fronteras de Perpignan y Narbona; pensó que no podía encontrar mejor ocasión para molestar al rey de España y envió gran número de jabeques y otras embarcaciones a que destruyeran y se entregaran al pillaje en cuanto pudieran encontrar mal guardado en las costas de España. Las gentes de Barcelona, viendo pasar frente a ellos gran cantidad de velas, advirtieron de ello al rey, que estaba en Salces, quien incontinentemente envió al duque de Nájera a Palamós.

Y cuando las naves encontraron el lugar tan bien defendido, fingieron marchar a otro; pero, sobre la medianoche, regresaron y desembarcaron tanta gente que el duque de Nájera, sorprendido por sus enemigos, fue hecho prisionero. Amador, que se mantenía sobre aviso, oyendo el ruido reunió diligente al mayor número de sus tropas que pudo y supo defenderse tan hábilmente que durante mucho tiempo consiguió resistir a las fuerzas enemigas. Mas, al fin, sabiendo que el duque de Nájera estaba prisionero y que los turcos había decidido prender fuego a Palamós e incendiar la casa en la que se había hecho fuerte contra ellos, prefirió rendirse que ser causa de la perdición de las buenas gentes que con él estaban, y también porque, poniéndose a rescate, todavía confiaba en ver a Florinda. Así que se rindió a un turco llamado

Derlin, gobernador del rey de Túnez, quien lo condujo ante su señor, donde fue muy bien recibido y honrado, y aún mejor guardado; aquéllos pensaban, habiéndole en sus manos, tener al Aquiles de todas las Españas. Así vivió Amador casi dos años al servicio del rey de Túnez. Noticias de esta' presa, llegadas a España, fueron motivo de gran pesar entre los allegados del duque de Nájera; pero los que de verdad sentían el honor de su país estimaron en más la pérdida de Amador. El rumor llegó a la casa de la condesa de Aranda, donde por entonces se encontraba la pobre Avanturade gravemente enferma. La condesa, que tenía fundadas sospechas del amor que Amador profesaba a su hija (con lo que sufría y se obligaba a disimular por las virtudes que sabía en él) llamó a su hija aparte y le dio la triste nueva. Florinda, que sabía disimular bien, le dijo que era una gran pérdida para toda su casa y que, sobre todo, sentía gran piedad por su pobre mujer, más dado lo enferma que se encontraba. Pero viendo que su madre lloraba fuertemente, dejó escapar algunas lágrimas con ella, no fuera que por mucho fingir la ficción fuera descubierta. A partir de aquel instante, la condesa habló a menudo con ella, pero nunca pudo conseguir de su comedimiento nada de lo que ella pudiera inferir un juicio. Os haré gracia de los votos, las plegarias, oraciones y ayunos que Florinda hacía diariamente por la salud de Amador. Éste, así que se encontró en Túnez, no perdió ocasión de enviar noticias a sus amigos y, por hombre seguro, advertir a Doña Florinda que se encontraba con buena salud y ésta, sin dudar que el escribir le estuviera permitido, se entregó a ello tan diligentemente que Amador no encontró a faltar el consuelo de sus epístolas. La condesa de Aranda recibió orden de ir a Zaragoza, adonde había llegado el rey, y allá se encontraron con el joven duque de Cardona, que tan gran empeño puso cerca del rey y la reina que éstos rogaron a la condesa accediera al matrimonio entre él y su hija. La condesa, que no quería desobedecerle en nada, accedió, estimando que su hija, demasiado joven, no tenía otra voluntad que la suya. Cuando el acuerdo estuvo concluido, la condesa dijo a su hija que había elegido para ella el partido que le pareció más conveniente. La muchacha, pensando que al hecho consumado poco podía añadir, le contestó que Dios fuera alabado por *todo*, y *viendo* a su madre tan despegada a ella, prefirió obedecerla y tener piedad de sí misma. Y para colmo de desgracias, supo que el hijo del Infante Afortunado estaba enfermo de muerte, pero nunca hizo un gesto delante de su madre ni de ninguna otra persona, y tan bien supo dominarse que, desechadas por fuerza las lágrimas de su corazón, hicieron salir sangre de su nariz con tal abundancia que puso su vida en peligro de muerte o casi. Y, para reponerse, se desposó con quien bien prefiriera cambiar por la muerte. Después de efectuados los esponsales, marchó Florinda con su marido al ducado de Cardona, acompañada de Avanturade, a la cual transmitía en privado sus quejas, tanto por el rigor con que la trataba su madre como por el pesar de haber perdido al hijo del Infante Afortunado, pero en lo que se refiere a Amador sólo le hablaba como si de consolarla se trataba. Así que esta joven señora se hizo el propósito de tener siempre presente el amor a Dios y su honor, y de disimular tan bien su tedio que nunca

podiera apercibirse ninguno de los suyos de cuán poco le plugía su marido. Florinda pasó así mucho tiempo, llevando una vida no muy distinta de la muerte. No olvidó comunicarlo a su buen servidor Amador, quien, conociendo su honesto y gran corazón y el amor que profesaba al hijo del Infante Afortunado, dudó que ella pudiera vivir así durante mucho tiempo, y lo sintió como si peor que la muerte se tratara. Esta pena vino a aumentar la que ya padecía. Y como supiera, a través de un amigo que lo oyó en la corte del rey de Túnez, que éste había decidido darle tormento si no abjuraba de su fe, dado el gran deseo que tenía de hacerlo un buen turco y de que fuera servidor suyo, tanto hizo al servicio del dueño que le había comprado que éste le permitió continuar en su fe, imponiéndole un rescate tan crecido como pensó que nunca pudiera tener un hombre de tan pocos bienes. Así, sin decir nada al rey, su dueño lo dejó marchar conservando su fe. Llegado primeramente a la corte del rey de España, en seguida marchó de allí para buscar su rescate entre todos sus amigos, dirigiéndose en derechura a Barcelona, a donde el joven duque de Cardona, Florinda y su madre habían ido para un asunto. Avanturade, así que oyera las noticias de la llegada de su marido, las dijo a Florinda, quien fingió alegrarse como por amor a ella. Pero, temiendo que la alegría que sentiría al verle demudara su rostro y que quienes la conociesen infirieran de ello mala opinión, se asomó a una ventana para verlo venir de lejos y, tan pronto lo avistó, descendió por una escalera tan oscura que resultaba imposible advertir si cambiaba de color. Abrazando a Amador lo condujo a su cuarto y de allí al de su suegra, quien nunca lo conociera. Pero Amador sólo permaneció allí dos días, en los que se hizo querer de todos los de la casa al igual que sucediera en la de la condesa de Aranda. Os haré gracia de las conversaciones entre Florinda y Amador y de los lamentos de éste por las malandanzas que le ocurrieran durante su ausencia. Tras abundantes lágrimas vertidas por el pesar que sentía, tanto por verse casada contra su voluntad como por haber perdido a quien tanto amaba, Florinda se propuso buscar consuelo en el amor y la seguridad que tenía puestos en Amador. Sin embargo, no osó declarárselo; pero *él se* apercibió de ello, y no perdió ocasión ni momento para darle a conocer el gran amor que le profesaba. Coincidiendo con este estado de ánimo de Florinda, ya dispuesta al recibirlo a considerarlo más como amigo que como servidor, tuvo lugar un hecho sorprendente. Y fue que el rey ordenó presentarse inmediatamente a Amador para un asunto de importancia, con lo que su mujer sintió tan gran pesar que se desvaneció y cayó desde un peldaño en el que estaba subida, hiriéndose de tal forma que allí quedó sin vida. Florinda, que con su muerte perdía a quien le servía de consuelo, dio tales muestras de dolor como sólo puede darlas quien se siente desamparado de buenos parientes y amigos; pero aún lo tomó mucho peor Amador; de un lado, porque perdía a una de las más bellas mujeres que alguna vez hubo, y de otro, porque perdía también el medio de poder ver de nuevo a Florinda, con lo que cayó enfermo de tal modo que creyó morir repentinamente. La anciana duquesa de Cardona lo visitó y alegó ante él filosóficas razones que le hicieron aceptar pacientemente la muerte de su mujer; pero de nada

servió, ya que si de una parte le atormentaba la muerte misma, de otra, aumentaba su martirio. Viendo Amador que su mujer ya había sido enterrada y que su señor lo apremiaba (con lo que no tenía ocasión para demorarse más), entró tal desesperación en su corazón que estuvo a punto de perder el juicio. Florinda, que en medio de su propio dolor había de consolarlo, dedicó toda una tarde a mantener con él las conversaciones más honestas posibles con el fin de mitigar su dolor, asegurándole que encontraría el medio de poder volver a verlo antes de lo que él pensaba. Y por cuanto él debía partir a la mañana siguiente, y estando tan débil que no podía moverse de su lecho, le suplicó que fuera a verlo aquella noche, cuando todos se hubieran retirado, lo que prometió ella, ignorando que un profundo amor no atiende a ninguna razón. Y él, que no tenía ni un atisbo de esperanza de poder volver a ver nunca a aquélla a quien durante tanto tiempo sirviera y que jamás podría tener de ella otro trato que el que ya tenía, se sintió tan furiosamente asaltado por el amor tanto tiempo contenido y por la desesperación que ella mostraba (perdidos todos los medios de frecuentar su amistad), que se resolvió a jugarse el todo por el todo, ganándolo o perdiéndolo todo, y a cobrarse en una hora el bien que pensaba haber merecido. Hizo correr las cortinas de su lecho, de modo que quienes entraran en la habitación no lo pudieran ver, y se quejó mucho más que de costumbre, con lo que nadie de la casa pensó que pudiera vivir más de veinticuatro horas. Y después que todos le visitaron al caer la tarde, también Florinda fue allá a requerimiento de su propio marido, dispuesta, para consolarlo, a declararle todo su afecto y cuánto era su amor, basta los límites que el honor le imponía. Y, sentada en una silla que había a la cabecera de la cama de Amador, comenzó su consuelo rezando con él. Amador, viéndola tan dolida y pesarosa, pensó que en estado atormentado le sería a él más fácil conseguir sus intenciones, y se levantó de la cama, con lo que Florinda, al verlo, y juzgando que se encontraba demasiado débil, quiso obligarlo a acostarse de nuevo. Él poniéndose de rodillas, le dijo: «¿Será posible que no pueda volver a veros nunca?», y diciendo esto se dejó caer en sus brazos, como persona a la que faltan las fuerzas. La pobre Florinda lo abrazó y sostuvo largo rato, haciendo cuanto le era posible para consolarlo; mas la medicina que le daba para mitigar su dolor le volvió repentinamente demasiado fuerte; de modo que, fingiéndose medio muerto y sin hablar intentó conseguir lo que el honor de las mujeres ha de defender. Cuando Florinda advirtió su mala voluntad, negándose a creerla, visto los honestos propósitos de que siempre hiciera gala, le preguntó qué era lo que pretendía; pero Amador, temiendo oír su respuesta, que bien sabía no podía ser otra cosa que casta y honesta, sin decir palabra, insirió con toda la fuerza que le era posible en lo que pretendía. Con lo que Florinda muy asombrada, sospechó que había perdido el sentido antes de creer que pretendiera su deshonor. Así que llamó en voz alta a un servidor que bien sabía estaba en la estancia vecina, y Amador, desesperado hasta el infinito, se arrojó sobre la cama tan de improviso que el servidor pensó que había muerto. Florinda, que se había levantado de su silla, le dijo: «Id y traed rápidamente algo de vinagre». Cosa

que el servidor cumplió al momento. Florinda comenzó a decir: «Amador, ¿qué locura os ha nublado el juicio? ¿Qué habéis pensado y querido hacer?» contestó: «¿Acaso un servicio tan abnegado como el mío merece por recompensa tamaña crueldad?». «Y el honor que tantas veces me predicarais, ¿dónde queda?», respondió Florinda. «¡Ah, señora! —contestó Amador—, me parece que no es posible estimar vuestro honor en más de lo que yo lo hago; porque cuando estabais para casaros, supe vencer tan bien mi corazón que nunca pudisteis conocer mi voluntad; mas ahora que estáis casada y que vuestro honor está a cubierto, ¿qué mal hago en pedir lo que es mío y que, por la fuerza del amor, me he ganado? Quien primero entró en vuestro corazón persiguió tan mal vuestro cuerpo que ha perdido ambos. El que posee ahora vuestro cuerpo no es digno de vuestro corazón; porque ni siquiera el cuerpo es suyo ni le pertenece. Pero yo, señora, durante cinco o seis años pasé tantas penas y fatigas por vos que no podéis ignorar que solamente a mí pertenecen cuerpo y corazón, por el cual yo he olvidado el mío. Y, si en conciencia os creéis obligada a defenderos, no dudéis un momento que quienes hayan experimentado las fuerzas del amor no tendrán censura alguna que haceros, a vos, que de tal forma habéis cautivado mi libertad y deslumbrado mis sentidos con vuestras divinas gracias que, no sabiendo ya qué hacer, estoy obligado a irme, sin esperanza de volveros a ver; os puedo asegurar, no obstante, que donde quiera que me encuentre tendréis siempre una parte en mi corazón, que siempre será vuestro, ya por tierra, yo por mar o entre las manos de mis más crueles enemigos. Pero si antes de mi partida obtengo de vos la seguridad que mi gran amor merece, me sentiré lo bastante fuerte para resistir el tedio de mi larga ausencia. Y, si no os place concederme mi petición, bien podréis decir desde ahora que vuestro rigor me habrá dado una desdichada y cruel muerte». Florinda, tan asombrada como pesarosa de escuchar tales despropósitos de quien nunca sospechara nada semejante, le dijo llorando: «¡Ay! Amador, ¿son éstos los virtuosos propósitos que me habéis guardado durante mi adolescencia? ¿Es ésta la conciencia del propio honor, que tantas veces me habéis predicado antes morir que perder? ¿Habéis olvidado los buenos ejemplos que me enseñasteis sobre virtuosas damas que han resistido un loco amor y el desprecio que siempre manifestarais por las mujeres libertinas? No puedo creer, Amador, que seáis vos mismo, y que Dios, vuestra conciencia y mi honor signifiquen tan poco para vos. Pero si es como decís, doy gracias a la bondad divina que me ha prevenido de 11 desgracia en que me iba a precipitar, mostrándome con vuestras palabras el corazón que tan mal he sabido conocer. Porque, al perder el hijo del Infante Afortunado, no sólo por estar casada, sino también porque bien sé que ama a otra, y al verme casada con quien no puedo amar (por más empeño que pongo) ni estimar agradable, pensé y decidí amaros con todo mi corazón y todo mi afecto, fundando esta amistad sobre la virtud que conocí en vos y que a vos debo haber alcanzado: estimar en más mi honor y mi condecía que mi propia vida. Vine aquí, Amador, decidida a apoyarme en esta piedra de honestidad como base; pero he aquí que en un momento me habéis mostrado que en lugar de una

piedra limpia y pura, el fundamento de este edificio estaba basado en arena ligera y movediza o fango muelle e infame; y a pesar de que ya había comenzado gran parte del edificio en el que yo esperaba encontrar perpetua morada, de improviso lo habéis arruinado todo. Porque os será preciso más y más destruir la esperanza que mantuvisteis sobre mí y resolveros a no buscarme en cualquier lugar que yo me encuentre, ni con palabras ni en personas; y no esperéis que pueda o quiera cambiar nunca de opinión. Os digo esto con el mayor de los pesares; e incluso si hubiera llegado a juraros perpetua amistad, sé que mi corazón hubiese muerto con este quebranto, aunque estoy segura que el asombro, que siento al verme engañada es tan grande, que mi vida futura será breve o dolorosa. Y con estas palabras, os digo adiós, ¡y para siempre!».

De ninguna manera intentaré deciros el dolor que sintió Amador al escuchar estas palabras, porque no sólo sería imposible de describir, sino incluso de pensarlo, a no ser para aquellos que experimentaron algo semejante.

Y viendo como cruel conclusión que ella se marchaba, la detuvo por un brazo, sabiendo muy bien que si no conseguía hacerla olvidar la mala impresión que le había producido, la perdería para siempre. Así que le dijo, con el mayor fingimiento que su rostro pudo adoptar: «Señora, toda mi vida deseé amar a una mujer de bien, y por lo mismo que apenas si la encontré, quise intentar si vos erais tan digna de ser estimada como amada por vuestras virtudes. Cosa que ahora tengo por muy cierta, de lo cual doy gracias a Dios, que enderezó mi corazón a amar tantas perfecciones, suplicándoos me perdonéis esta insensata y audaz empresa, ya que veis que su finalidad era a mayor honra vuestra y a mi mayor contento». A Florinda, que a través suyo comenzaba a saber de la malicia de los hombres, le resultaba ahora tan difícil de creer en la bondad que no tenía como antes se lo resultara creer en su maldad, así que le dijo: «¡Ruego a Dios que digáis la verdad!, pero no puedo ser tan ignorante, siendo casada como soy, que no pueda ver claramente cuán fuerte pasión y ceguera os han inducido a hacer lo que habéis hecho. Porque estoy segura de que si Dios me hubiese dejado de su mano, vos no hubierais retirado la brida. Quienes tientan para buscar la virtud, no sabrían tomar el camino que vos habéis emprendido. Pero ya es suficiente; si creí con ligerezas en vuestra bondad, es tiempo de que sepa ahora la verdad, que me libraré de vos». Diciendo esto, salió Florinda de la habitación y, mientras fue noche, no cesó de llorar, sintiendo tan gran dolor con este cambio que su corazón había de hacer grandes esfuerzos para resistir los embates del pesar que tal amor le producía. Porque, a pesar de que su razón le resolvía a no amarlo nunca más, cierto es que su corazón, que no está del todo sujeto a nosotros, no quería acordarse de ello, siendo así que no conseguía amarlo menos de lo que tenía por costumbre; y sableado que el amor era causa de esta falta, deliberó, satisfaciendo al amor, amarlo con todo su corazón, y obedeciendo al honor, no dar nunca muestras de ello. Al amanecer se marchó Amador, tan enfadado como habéis podido oír, a pesar de lo cual su corazón, grande como no había parejo en el mundo, no se entregó a la desesperación, sino que

le dio nueva intención para volver a ver a Florinda y conseguir su perdón. Así que al dirigirse la corte del rey de España (que se encontraba en Toledo), se encaminó al condado de Aranda, donde llegó al caer el día, ya tarde, encontrando a la señora condesa muy enferma, a causa de la tristeza que le producía la ausencia de su hija Florinda. Cuando vio a Amador, lo besó y abrazó como si de su propio hijo se tratara, tanto por el amor que le tenía como por el que él tenía a Florinda, de quien le pidió detalladas noticias; cosa que hizo éste lo mejor que le fue posible, sin contarle toda la verdad, confesándole los sentimientos existentes entre Florinda y él (que Florinda siempre ocultara), y rogándole que le ayudara dándole noticias frecuentes y llamando lo antes *posible* a su hija para que acudiera junto a ella. Y al amanecer, marchó, y tras haber arreglado sus asuntos con la reina, fue a la guerra, tan cambiado en todas sus condiciones que tanto las damas como los capitanes y todos aquellos que frecuentaban su trato apenas si lo reconocían, no vistiendo más que de negro, e incluso de una estameña aún más basta que la que llevara durante el duelo de su mujer, encubriendo así el de su corazón. Así pasó Amador tres o cuatro años sin volver a la corte.

Y la condesa de Aranda, oyendo decir que Florinda estaba tan cambiada que producía piedad, la mandó llamar, confiando en que vendría a reunirse con ella; así que, cuando Florinda supo que Amador había declarado a su madre sus sentimientos, y que su madre, tan prudente y virtuosa, confiara a Amador que le parecía bien, fue presa de una maravillosa perplejidad, ya que si, de una parte, ella contaba la verdad, Amador podría recibir un disgusto (cosa que ella no deseaba ni con riesgo de su vida, por estimarse lo bastante fuerte como para castigar su locura sin ayuda de sus parientes); y de otro lado, veía que al callar lo que ella sólo sabía, se veía obligada, delante de su madre y de sus amigos, a hablar con él y ponerle buena cara, con lo que temía justificar su mala intención. Pero viendo que estaba lejos, decidió dejarlo correr y le escribía siempre que su madre se lo mandaba, pero, eso sí, cartas que bien podía el adivinar eran debidas más a obediencia que a buena voluntad, y con las que se aburría leyéndolas, acostumbrado como estaba a regocijarse con las anteriores. Al cabo de dos o tres años, y tras haber realizado tan grandes proezas que todo el papel de España no fuera bastante a contenerlas, imaginó un artificio, no tanto para ganar el corazón de Florinda (que daba por perdido), como para obtener la victoria sobre su enemiga, ya que en tal se había convertido respecto a él. Desechó todos los consejos de la razón e incluso el miedo de la muerte, en cuyo riesgo se ponía. Decidida y deliberada su idea, supo maniobrar tan bien cerca del virrey que fue comisionado por éste para ir a hablar con el rey sobre algunas empresas que se realizaban cerca de Leucate, y se arriesgó a comunicar su misión a la condesa de Aranda antes que al mismo rey, para recibir sus consejos, y por la posta se encaminó rectamente al condado de Aranda, donde bien sabía que se encontraba Florinda, enviando secretamente a un amigo suyo a comunicar a la condesa de Aranda su llegada, rogándole que la mantuviera secreta y que le permitiera hablar con ella a la noche sin

que nadie lo supiera. La condesa, muy contenta con su venida, lo comunicó a Florinda y la envió a desvestirse a la habitación de su marido, a fin de que estuviese presta cuando se lo mandara y todos se hubiesen retirado. Florinda, que aún no se había recuperado de su primer miedo, no se opuso a su madre, pero se fue a un oratorio a encomendarse a Dios, rogándole quisiera conservar su corazón libre de todo afecto malo; y recordó que Amador alabara a menudo su belleza, que en nada había disminuido a pesar de haber estado enferma durante mucho tiempo. Así que, prefiriendo dañar su belleza, disminuyéndola, a que por ello su corazón sufriera con tal mal fuego, tomó una piedra que había en la capilla y se dio tan gran golpe en el rostro que la boca, los ojos y la nariz, le quedaron deformes.

Y para que no se sospechara lo que había hecho, cuando la condesa la mandó llamar fingió caerse al lado de la capilla y dar con la cara en una gran piedra, al tiempo que gritaba fuertemente, encontrándola la condesa, al llegar, en tan lastimoso estado. Rápidamente fue curada y vendada su cara. Hecho esto, la condesa la llevó a la habitación y le rogó que fuera a su tocador a entretener a Amador hasta que ella consiguiera deshacerse de las otras gentes. Cosa que hizo, pensando que habría gentes con él, pero al encontrarse sola y con la puerta cerrada a sus espaldas, se sintió tan arrepentida como Amador contento, al pensar que por amor o a la fuerza al fin tendría lo que tanto había deseado. Y, después de hablar un poco con ella y encontrarla en la misma disposición de ánimo que la dejara y que ni la muerte conseguiría cambiar su opinión, preso de desesperación le dijo: «¡Pardiez!, señora, que no toleraré que escrúpulo alguno me arrebathe el fruto de mi labor; y puesto que mi amor, paciencia y humildes ruegos sirvieron para nada, no ahorraré mi fuerza para conseguir el bien que sin usarla habría de perder». Cuando Florinda vio tan alterado su rostro y sus ojos, roja como el fuego la más bella tez del mundo, y la más dulce y placentera de las miradas en horrible y furiosa, le pareció que un fuego muy ardiente quemaba el corazón y las facciones de Amador, quien en sus fuertes manos apresó las suyas febles y delicadas; y como de otra parte viera que tenía sus pies y manos en tal cautividad que no podría huir ni defenderse, no supo a qué otro remedio acudir sino a buscar si aún quedaba en él alguna raíz de su primitivo amor, en honor del cual olvidará él su crueldad; con lo que le dijo: «Amador, si ahora os sentís mi enemigo, os ruego, por el honesto amor que en otro tiempo pensé en vuestro corazón, que queráis escucharme antes de atormentarme». Y cuando vio que le prestaba oídos, prosiguió su intento, diciéndole: «¡Ay! Amador, ¿qué os induce a buscar algo en lo que no sabríais encontrar contento y que me daría el disgusto más grande que yo pudiera tener? Vos sabéis tanto de mi bienquerencia desde mi juventud, y de mi mayor belleza (en la que vuestra pasión pudiera encontrar excusa) que yo me asombro de cómo a mi edad y con la gran deformidad que padezco, tengáis corazón para atormentarme; estoy segura de que no dudáis un instante de que mi voluntad sea otra que la que ya expresé, de forma que sólo por la fuerza podréis tener lo que pedís. Y, si reparáis cuán grotesca está mi cara y olvidáis lo bello que podáis haber visto en

mí, no os quedarán deseos de acercaros más. Y, si quedan en vos reliquias de amor, ¡es imposible que la piedad no venza vuestro furor! A esta piedad y honestidad que tantas veces me demostrasteis, levanto mi queja y pido gracia, a fin de que, por vuestra propia decisión, me dejéis en paz y honestidad, tal como es mi propósito. Y si el amor que me habéis profesado se convirtió todo en odio, si más por venganza que por amor me queréis convertir en la mujer más desgraciada del mundo, os aseguro que no será así, y me obligaré, contra mi propósito, a declarar vuestra maldad y apetito desordenado a aquélla que tan bien opina de vos; y ya podéis imaginar que una vez conocido esto, vuestra vida no estará segura». Amador, que se había propuesto no interrumpirla, le dijo: «Si me es preciso perder la vida ello me librárá rápido de mi tormento; pero no será la deformidad de vuestra cara lo que me impida salirme con la mía; porque, aunque yo no pudiera tener de vos más que los huesos, también los querría tener junto a mí». Y cuando Florinda vio que ni los ruegos, ni las razones, ni las lágrimas, servían de nada y que con tamaña crueldad persistía en su malvado deseo, que ella intentara por todos los medios evitar, apeló al único recurso al que temía tanto como si fuera a perder la vida, y con voz triste y lágrimas, llamó a su madre con todas sus fuerzas. Aquélla, oyendo llamar a su hija con semejante voz, se sintió sobrecogida por un gran temor pensando en lo que podría ocurrir y qué era lo que realmente estaba sucediendo, y corrió lo más rápidamente posible al guardarropa. Amador, que no estaba tan presto a morir como decía, dejó su presa en tan buen momento que cuando la dama entró en el tocador lo encontró junto a la puerta y a Florinda bastante lejos de él. La condesa le preguntó: «Amador, ¿qué sucede? ¡Decidme la verdad!». Como aquél nunca careciera de dotes imaginativas, respondió, pálido y transido el rostro: «¡Ay, señora!, ¿quién es esta nueva Doña Florinda, de tan distinta condición? Nunca fue mayor mi asombro, ya que siempre pensé que disfrutaba de su gracia, y ahora bien veo que nunca tuve ninguna. Me parece, señora, mientras vos la educasteis era virtuosa y prudente como ahora, y no tenía reparos en hablar y mirar a cualquiera; pero ahora he querido mirarla y no quiso tolerarlo; al verla de este talante, pensando que se trataba de un sueño o una ilusión, le he pedido su mano, para tenerla según la costumbre del país, lo que me ha rehusado totalmente. Reconozco, señora, que obré mal; es cierto que tomé su mano casi a la fuerza y si la he besado, sin permitirme ninguna otra licencia, pero ella, que a mi entender ha decidido mi muerte, os llamó con los gritos que habéis escuchado. No sabría decir porqué, a no ser que tuviera miedo de que mi propósito fuera otro del que es. De cualquier forma, señora, como quiera que haya sido, confieso que el error fue mío, ya que con lo mucho que ella debe estimar a todos sus buenos servidores, ha querido la fortuna que sea yo sólo, el más afecto de todos, el que esté fuera de su gracia. Si la adversidad que ha presidido mi aciaga venida me ha de perseguir siempre respecto a vos y a ella, os suplico queráis mantenerme vuestra gracia, ya que sin culpa por mi parte, perdí la suya». La condesa, que en parte dudaba y en parte lo creía, se dirigió a su hija, inquiriendo: «¿Por qué habéis gritado de esa forma?».

Florinda respondió que había tenido miedo; y como la condesa la interrogara intentando saber detalles, se mantuvo en la misma respuesta; y es que, habiendo escapado de manos de su enemigo, lo consideraba bastante castigado con haber frustrado su intento. La condesa, después de conversar largo rato con Amador, le permitió aún hablar ante ella con Florinda, para ver qué continente adoptaba él, lo que hizo comedidamente agradeciéndole que no hubiera confesado la verdad a su madre y rogándole que, si no había para él un lugar en su corazón, al menos no ocupara nadie su puesto. A lo que ella respondió: «En cuanto a lo primero, si yo hubiese tenido otro medio para defenderme de vos, mi madre no me habría oído, ni por mí se os tendría en menos, si no me hubierais obligado, como habéis hecho; ¡y no temáis que pueda amar a otro! Puesto que no he encontrado el bien que deseaba en el corazón que yo pensé el más virtuoso del mundo, nunca creeré que pueda tenerlo ningún hombre. Y esta desgracia será la causa de que yo nunca me permita las pasiones que el amor pueda dar». Y, dicho esto, le pidió permiso para retirarse. La madre, que vigilaba su aspecto, no pudo inferir nada de él, y desde aquel instante supo muy bien que su hija no tenía ningún afecto a Amador y dio por cierto que su conducta era irrazonable y que odiaba cuanto su madre quería; y desde aquel instante, existió tal tirantez entre ambas que estuvo siete años sin hablarla, en espera de que modificase su conducta, y todo ello a inducción de Amador. Durante ese tiempo, Florinda cambió el temor que le inspiraba su marido en decisión de no separarse de su lado para huir de los rigores de su madre; pero viendo que no le servía de nada, deliberó engañar a Amador y, abandonando por un par de días su gesto adusto, le aconsejó que entablara amistad con una dama que le había confiado el amor que sentía por él. La tal señora, que vivía con la reina de España y tenía por nombre Loreto, se sintió muy contenta de haber conseguido semejante galán, y tanto lo demostró que el rumor corrió por todos los sitios. Incluso la condesa de Aranda, que estaba en la corte, lo oyó, después de lo cual cesó de atormentar como de costumbre a Florinda. Ésta oyó decir un día que el capitán, marido de Loreto, se sentía tan celoso que había decidido matar a Amador por cualquier medio. Florinda, pese a todo no podía querer mal a Amador, le advirtió rápidamente. Pero aquél, que había vuelto a sus primitivas andadas, le respondió que si tenía el placer de entretenerla tres horas todos los días, nunca más hablaría con Loreto, a lo que Florinda no quiso acceder. «Entonces —le dijo Amador— si no me queréis dar la vida, ¿por qué queréis guardarme de morir, a no ser que esperéis atormentarme viviendo mejor que podrían hacerlo mil muertes? Pero, por mucho que la muerte me huya, tanto he de buscarla que al final la encontraré, porque sólo ese día hallaré reposo». Mientras hablaban en tales términos, llegaron noticias de que el rey de Granada comenzaba una gran guerra contra el rey de España, de forma que el rey había enviado a ella a su hijo el príncipe y con él al condestable de Castilla y al duque de Alba, dos ancianos y experimentados caballeros. El duque de Cardona y el conde de Aranda no quisieron quedarse atrás y suplicaron al rey que les diera algún cargo, cosa que hizo de acuerdo con sus rangos,

y los encomendó a Amador, que hizo durante la guerra acciones tan llenas de desesperación como de audacia. Y, por venir a cuento con mi relato, os diré que su mayor hazaña fue avalada con su muerte; ya que haciendo muestras los moros de dar la batalla, al ver al ejército de los cristianos simulaban huir, con lo que los españoles los persiguieron; pero el anciano condestable y el duque de Alba, temiendo una estratagema, retuvieron contra su voluntad al príncipe de España, impidiéndole pasar el río. Cosa que hicieron, a pesar de su prohibición, el conde Aranda y el duque de Cardona. Y cuando los moros vieron que no les seguían más que unos pocos se dieron vuelta y a golpes de cimitarra abatieron al duque de Cardona, que cayó muerto, y el conde Aranda fue herido de tal gravedad que se le dio por muerto en el sitio en que cayó. Amador llegó al lugar de la derrota tan encendido y furioso que rompió el cerco e hizo cargar con los cuerpos de los citados duque y conde y transportarlos al campo del príncipe, el cual lo sintió como si de sus hermanos se tratara. Peto, al examinar sus heridas, se advirtió que el conde de Aranda aún vivía, siendo enviado en una litera a su casa, donde permaneció enfermo mucho tiempo. Al mismo tiempo, llegó a Cardona el cuerpo del joven duque. Amador, realizada su misión rescatando los cuerpos, pensó tan poco en él que se encontró rodeado de gran número de moros; y él, que no quería caer prisionero, del mismo modo que no había podido poseer a su amada, ni quebrantar su fe en Dios como también la tenía en ella, sabiendo que, si era llevado ante el rey de Granada moriría entre tormentos o renunciaría a su condición de cristiano, decidió no dar a sus enemigos la gloria de su muerte o su apresamiento, y besando la cruz de su espada (con lo que confiaba su alma y su cuerpo a Dios), se dio tal estocada que no tuvo necesidad de repetir la segunda. Así murió el pobre Amador, siendo su muerte muy sentida por las virtudes que le adornaban. Las noticias corrieron por España, de forma que Florinda, que estaba en Barcelona, donde su marido ordenara ser enterrado, después que hubo celebrado honorablemente sus funerales, sin decir nada a su madre ni a su suegra, fue a profesar en religión en el convento de Jesús, tomando por marido y amigo a Aquel que la había preservado de un amor tan vehemente como el de Amador, y de hastío tan grande de la compañía de tal marido. Así que dedicó todos sus afectos a amar a Dios con tal perfección que tras haber vivido largo tiempo en religión le rindió su alma con alegría, con la alegría de la esposa que va al encuentro del esposo.

«Bien sé, señoras, que esta larga historia puede haber enfadado a alguien, pero de querer dar satisfacción a quien me la contó, todavía podría haber sido bastante más larga. Os suplico, señoras, tomando ejemplo de la virtud de Florinda, que no imitéis su crueldad y no esperéis demasiado de los hombres, que no es preciso, para conocerlos bien, darles a ellos una muerte cruel y a vosotras una vida tan triste». Y Parlamente, tras esta larga y buena perorata, dijo a Hircan: «¿Os parece que esta mujer haya sido cortejada con insistencia hasta el límite y que haya resistido virtuosamente?». «No —respondió Hircan—, porque una mujer no puede oponer otra resistencia que gritar; y si hubiera estado en un lugar donde no la pudieran oír; no sé

que hubiera hecho; y si Amador hubiera sido más apasionado que temeroso, no hubiera abandonado su empresa por tan poco. Y no será por este ejemplo por el que yo me separe de la firme opinión que tengo de que cualquier hombre que amare a la perfección, o que haya sido amado de una dama, no necesita buscar ninguna excusa para quedar airoso si ha sabido llevar el asedio como es preciso. No obstante, aún será preciso que alabe a Amador por haber cumplido con su deber». «¿Qué deber decís? —dijo Doña Oisille—. ¿Consideráis que cumple con su deber un servidor que intenta forzar a su señora, a quien debe todo respeto y obediencia?». Saffredant tomó la palabra y dijo: «Cuando nuestras damas hacen ostentación de su rango, sentadas en sus sillas como si fueran nuestros jueces, estamos de rodillas ante ellas; y cuando saltamos a su voz y nos adelantamos a prevenir sus deseos, parecemos tan temerosos de ofenderlas y tan ansiosos de servirles que inspiramos lástima a quienes nos ven, y a menudo nos consideran más tontos que bestias, tocados de la cabeza, o transportados, y alaban a nuestras señoras, cuyos continentes son tan audaces y cuyas palabras son tan honestas que inspiran temor, amor y estima a quienes sólo ven la fachada. Pero cuando estamos a solas y el amor es el único juez de nuestras conductas, sabemos muy bien que ellas son mujeres y nosotros hombres, y en ese momento, el nombre de SEÑORA se convierte en AMIGA, y el nombre de SERVIDOR en AMIGO. De ahí el refrán que dice:

A bien servir et loyal être.

De serviteur, on devient maître^[11].

Las mujeres tienen honor en tanto que los hombres pueden darlo o quitarlo; y viendo que lo hemos de soportar, justo es que nuestro sufrimiento sea recompensado, sin que el honor se resienta por ello». «No habláis de la verdadera felicidad —respondió Longarine—, que es la que da satisfacción en este mundo; porque si todo di mundo me reputa de mujer honrada y yo sola sé lo contrario, su alabanza aumentará mi vergüenza y me sentiré en mi interior más y más confusa. Y, por el contrario, cuando me infamen y yo sienta mi inocencia, la infamia se convertirá en satisfacción, porque nadie está contento a no ser de sí mismo». «Ahora bien, a pesar de lo que habéis dicho —intervino Guebron—, me parece que Amador fue un caballero honrado y virtuoso como el que más, y aunque los nombres son supuestos, pienso que lo conozco; mas como Parlamente no ha querido decirlos, otro tanto haré yo. Y contentaos con saber, si es el que yo pienso, que su corazón jamás conoció el miedo y siempre estuvo repleto de amor y de ardimiento». Doña Oisille les dijo: «Me parece que esta jornada pasó felizmente, y que si continuamos así las restantes, acortaremos el tiempo a fuerza de honestos pasatiempos. Ved donde está el sol y oíd la campana de la abadía, que hace rato nos llama a vísperas, lo que me parece no habéis advertido; que vuestra devoción por oír el final de este relato era mayor que la de oír las vísperas». Y diciendo esto, se levantaron todos y encaminándose a la abadía

encontraron a los religiosos que habían esperado una hora larga. Oídas las vísperas, fueron a cenar, pasando la velada en comentarios de los cuentos que habían oído y buscando en los rincones de su memoria para ver si el día siguiente pudiera ser tan placentero como el anterior.

Y tras haber jugado a mil juegos en el prado, se fueron a acostar, dando fin con mucha alegría y contento a la primera jornada.

JORNADA SEGUNDA

Ed la que se trata de aquello que despierta la fantasía de todos

Al día siguiente se levantaron con gran deseo de volver al lugar donde el anterior tanto disfrutaron, porque cada uno tenía tan preparado su cuento que se le hacía una eternidad el instante de recitarlo. Después que hubieron oído misa y la lección de Doña Oisille, y encomendado cada uno su espíritu a Dios, a fin de que les diera palabras y gracia para continuar la reunión, se fueron a comer, recordándose unos a otros varias historias pasadas.

Y, una vez comidos y que hubieron reposado un rato en sus habitaciones, se encontraron a la hora indicada en el prado, pareciendo que el tiempo y el día favorecían su propósito. Estando todos sentados en el asiento natural que era la verde hierba, dijo Parlamente: «Puesto que fui yo quien dio fin en el atardecer de ayer a la décima historia, a mí me toca elegir quien deba continuar las de hoy. Y puesto que Doña Oisille fue ayer la primera de las mujeres que habló, como la más prudente y anciana, cedo la palabra a la más joven (y no digo la más loca), estando cierta de que si le prestamos todos atención, no tendremos que esperar tanto a vísperas como ocurrió ayer. Así pues, Nomerfide, a vos os toca hoy la primacía en el bien decir, pero, os lo ruego, no hagáis comenzar nuestro día con lágrimas». «No era necesario vuestra súplica, porque ya estaba resuelta a ello, recordando un cuento que dijo el año pasado una burguesa de Tours, oriunda de Amboise, que me aseguró haber estado presente en los sermones del franciscano de que voy a hablaros».

Narración XI

De los célebres dichos de un franciscano en sus prédicas

Cerca de la villa de Bière, en Turena, hay una aldea llamada Martin-le-Beau, a donde fue llamado un franciscano del convento de Tours para predicar durante el Adviento y la siguiente Cuaresma. Este franciscano, más bien lagotero que docto, no teniendo nada mejor que decir, para rellenar su tiempo de predicación se entretenía en decir cuentos que satisfacían en gran manera a las buenas gentes del lugar. Un día de Jueves Santo, predicando sobre el cordero pascual, y cuando diera en hablar de comerlo de noche, vio, entre sus oyentes, a unas jóvenes y bellas señoras de Amboise, que habían llegado recientemente para pasar las Pascuas y permanecer allí algunos días, con lo cual se puso a disertar sobre tan bello fin y preguntó a toda la concurrencia femenina si no sabían lo que era comer carne cruda de noche: «Quiero enseñároslo», dijo. Los jóvenes de Amboise allí presentes, que acababan de llegar con sus mujeres, hermanas y sobrinas y que no conocían el humor del peregrino, comenzaron a escandalizarse. Pero, después que continuaron escuchando, convirtieron el escándalo en risas, incluso cuando dijo que para comer cordero era preciso tener los riñones fajados, pies en sus zapatos y una mano en su bastón. El franciscano, viéndoles reír y dudando de qué, se corrigió incontinentemente: «¡Bien! ¡Bien! —dijo—, zapatos en sus pies y un bastón en su mano. Blanco sombrero y sombrero blanco, ¿acaso no son lo mismo?». Creo que no dudaréis que esto fue motivo de mayores risas. Ni siquiera las señoras pudieron evitarlo, con lo que él se lanzó a otros dichos igualmente divertidos.

Y habiendo casi terminado su sermón, y no queriendo que las señoras se fueran descontentas de él, les dijo: «Ahora bien, señoras, cuando dentro de un rato os pongáis a parlotear entre comadres, os preguntaréis: ¿Pero quién es este maestro fraile que habla tan audazmente? ¿Será algún compañero? Y yo os diré: No os asombréis, no, si hablo tan audazmente, porque soy de Anjou, para lo que queráis mandar». Y, diciendo estas palabras, puso fin a su prédica, con lo cual dejó a su auditorio más pronto a reír con sus despropósitos tontos que a llorar en memoria de la Pasión de Nuestro Señor, cuya conmemoración se hacía aquellos días. Sus restantes sermones durante las fiestas fueron de parecida eficacia. Y como sabéis que tales hermanos no olvidan pasar el cepillo, para conseguir sus huevos de Pascua (aunque su mirada pidiera no solamente huevos, sino también varias cosas distintas como ropa blanca, hilos, salchichas, jamones, solomillos de cerdo y otras menudencias; e hizo estas recomendaciones en martes de Pascua, y las gentes no se mostraron nada tacañas), les dijo: «Señoras, estoy obligado a daros las gracias por la liberalidad de

que habéis hecho gala para nuestro pobre convento, mas preciso será que os diga que no habéis considerado adecuadamente nuestras necesidades, ya que la mayor parte de vuestros dones son salchichas, y no tenemos necesidad de ellas, ya que ¡gracias a Dios sean dadas! nuestro convento está abastecido de todo. ¿Qué haremos, pues, con tantas? ¿Sabéis qué, señoras? Soy del parecer que mezcléis vuestros jamones entre nuestras salchichas, y así haréis una bella limosna». Después, al continuar su sermón, suscitó a propósito el escándalo, y discurriendo bastante bruscamente sobre algunos ejemplos, mostró gran admiración, exclamando: «¡Vaya por Dios!, señoras y señores de Saint-Martin, me asombráis, ya que os escandalizáis por menos de nada y sin motivo, y lleváis historias sobre mí por todos los sitios, diciendo: Es todo un caso; pero, ¿quién tuvo la culpa de que el buen padre preñara a la hija de su patrona? En verdad, he ahí algo bueno de que pasarse ¡que un monje haya preñado a una muchacha! Pero venid acá, mis bellas señoras: ¿no habríais de asombraros aún más si la muchacha hubiera preñado al monje?».

«He ahí, señoras mías, el buen pasto con que este gentil pastor apacentaba el rebaño de Dios. Y todavía era tan descarado que, después de su pecado, lo contaba en pleno púlpito, donde no se deben tocar otros temas que los encaminados al mejoramiento de su prójimo y, sobre todo, al amor de Dios». «En verdad —dijo Saffredant—, ¡he ahí un verdadero fraile! Casi prefiero al hermano Anjibaut, de cuya cuenta corren todos los dichos graciosos que se pueden contar en amigable compañía». «No encuentro motivo de risas en tales irrisiones —afirmó Doña Oisille—, y mucho menos en semejante lugar». «No digáis tal, señora —habló Nomerfide—, porque en esos tiempos, aunque no estén todavía lejanos, es asombroso que las buenas gentes campesinas, la mayoría de ellos de buenas aldeas, que se creen más hábiles que los demás, tengan en mayor estima a tales predicadores que a los que les predicán pura y simplemente los Evangelios». «De cualquier modo —opinó Hircan—, no cometen error al pedir jamones en lugar de salchichas, porque así tienen más que comer. Reparad que si alguna de esas devotas criaturas hubiesen entendido sus anfibologías, ni él ni sus compañeros se hubiesen llamado a engaño, o al menos, no más que la muchachita a la que llenó el saco». «Pero fijaos qué descaro el suyo —se indignó Doña Oisille—, invirtiendo a su placer el sentido del texto, pensando dirigirse a bestias como él y, de este modo, conseguir con impudicia sobornar a las pobres mozuelas, a fin de enseñarles a comer carne cruda de noche». «Aún hay más que no decís —exclamó Simontault— y es que veía ante él esos jóvenes triperos de Amboise, en cuyas tinas muy a gusto hubiera lavado su... ¿lo diré?... no, pero ya sabéis lo que quiero decir, y hacerles degustar, no asados, sino ingles bulliciosas y juguetonas, para darles más placer». «Muy bien, muy bien, mi señor Simontault —dijo Parlamente—, ¡os olvidáis...! ¿Habéis dejado a un lado vuestra modestia, para utilizarla sólo en caso de necesidad?». «No, señora, pero este monje tan poco honesto

me ha hecho desvariar. Pero, a fin de volver a nuestros primitivos pasos, ruego a Nomerfide, que ha sido la causa de mi desvarío, ceda la palabra a alguien que nos haga olvidar a la reunión de nuestra falta común». «Puesto que me hacéis partícipe de vuestra culpa —exclamó Nomerfide—, me dirigiré a alguien que reparará vuestra imperfección presente.

Y será Dagoncin, que es tan prudente que ni por miedo a morir querría decir un desatino». Dagoncin le agradeció el aprecio que tenía de su buen sentido y comenzó a decir: «La historia que he decidido contaros quiere haceros ver cómo el amor ciega a los más grandes y honestos corazones y cómo una maldad es difícil que triunfe por beneficiosa que pueda resultar».

Narración XII

Donde se habla de los azares de un duque y de su impudor para conseguir sus fines, con el justo castigo de sus malos deseos

Hace ya algún tiempo, vivía en la villa de Florencia un duque que había desposado a Doña Margarita, hija bastarda del emperador Carlos V; y como aún era ésta tan joven que no era lícito acostarse con ella, mientras esperaba que llegara a edad más madura la trataba con toda dulzura. Y, para reservársela, anduvo cortejando a algunas otras señoras de la villa, a las que iba a ver de noche mientras su mujer dormía. Entre otras, lo hizo con una dama muy bella y prudente, que era hermana de un hidalgo a quien el duque quería como a sí mismo y a quien otorgó tanta autoridad en su propia casa que su palabra era obedecida y temida como la del duque, y no había secreto en su corazón que no le declarara, de manera que se le podía considerar su segundo yo. Y viendo el duque que la hermana era tan mujer de bien que no encontraba modo de declararle el amor que le profesaba, después de buscar todas las ocasiones posibles, fue al hidalgo a quien tanto queda y le dijo: «Si hubiera alguna cosa en este mundo que yo no quisiera hacer por vos, amigo mío, temería declararos mi capricho y, más aún, pedir os que me ayudéis. Pero os profeso tanto afecto que si yo tuviera mujer, madre o hija que pudiera ofrecer para salvar vuestra vida, *las* emplearía antes que dejaros morir en el tormento; y estimo que vuestro afecto es recíproco al mío, y que si yo, que soy vuestro señor, os lo tengo tal, vos no me lo habréis de tener menor. Porque quiero confiaros un secreto cuyo silencio me pone en el estado que veis, del que no espero enmienda más que por la muerte o por el favor que en tal aspecto me podéis hacer». El hidalgo, oyendo las razones de su señor y viendo su rostro sin fingimientos, bañado en lágrimas, sintió tan gran compasión que exclamó: «Señor, soy obra vuestra; todo el bien y el honor que poseo, de vos proviene; podéis confiaros a mí como a un amigo, seguro de lo que esté en mi poder está en vuestras manos». Al instante, el duque comenzó a declararle el amor que sentía por su hermana; que era tan grande y tan intenso que si por su mediación no conseguía tal goce, no creía que pudiera vivir mucho tiempo, porque bien le constaba que con ella ni presentes ni oraciones servían de Hada. Así que le rogó, si estimaba la vida de su señor tanto como su señor estimaba la suya, que encontrara el medio de conseguir para él semejante bien, que sin él no confiaba nunca alcanzar. El hermano, que amaba a su hermana y al honor de su casa más que al placer del duque, quiso hacerle algunas reconvenciones, suplicándole con todos los argumentos que pudo, con excepción de algo tan cruel para él como perseguir el honor de su sangre, y de que ni su corazón ni su honor podían llevarlo a hacer tal favor. El duque, inflamado

de cólera insoportable, puso el dedo entre sus dientes y mordiéndose la uña le respondió con gran furor: «Bien está, puesto que no encuentro en vos ninguna amistad, ya sé lo que tengo que hacer». El hidalgo, conociendo la crueldad de su señor, se atemorizó y le dijo: «Señor, puesto que así lo queréis, le hablaré y os diré la respuesta». A lo que el duque le respondió separándose de él: «Si vos amáis mi vida, otro tanto haré yo con la vuestra». El hidalgo entendió claramente lo que estas palabras querían decir, y estuvo un día o dos sin ver al duque, pensando lo que debería hacer: de un lado, le venía a las mientes la obligación que tenía para con su señor, los bienes y honores que había recibido de él; del otro, el honor de su familia, la honestidad y castidad de su hermana, que bien sabía no consentiría nunca en semejante maldad, de no ser sometida con engaño o con el empleo de la fuerza, cosa que encontraba muy extraña, visto que él y los suyos serían difamados. Así que llegó a la conclusión, dentro de estos extremos, de morir antes que jugar una mala pasada a su hermana, una de las más honestas mujeres que nunca hubiera en toda Italia; pero antes debería librar a su patria de un tirano semejante, que querría por fuerza hacer caer tal baldón sobre su familia, porque estaba seguro de que, de no morir el duque, ni él ni los suyos tenían la vida asegurada. Así que, sin hablar a su hermana, decidió salvar su vida y vengar su vergüenza por un mismo medio; y al cabo de dos días fue al duque y le dijo que había manejado tan bien a su hermana, no sin gran remordimiento, que al fin ella habíase sometido a su voluntad, ya que le aseguró tener la cosa tan secreta que sólo su hermano tendría conocimiento de ella. El duque, que deseaba oír esta noticia, lo creyó fácilmente y, abrazando al mensajero, le prometió todo cuanto pudiera pedirle, rogándole que apresurara el asunto y pasando el día juntos. Que el duque se sintió muy satisfecho no hay que preguntarlo. Y cuando vio llegar la noche que esperaba le deparara la victoria sobre aquella que se había creído invencible, se retiró temprano, quedando a solas con el hidalgo y sin olvidar ataviarse con cofia y la mejor camisa perfumada que pudo.

Y cuando todos se hubieron acostado, se encaminó en compañía del caballero al alojamiento de su dama, llegando a una cámara muy bien dispuesta.

El hidalgo lo despojó de su bata de noche y lo introdujo en el lecho, diciéndole: «Señor, veo que buscáis a aquella que no entrará en esta habitación sin enrojecer, pero espero que antes de que transcurra la noche se sentirá segura de vos». Dejó al duque y se fue a su habitación, donde no encontró más que a uno solo de sus servidores, a quien dijo: «¿Tendrás corazón para seguirme a un lugar donde me quiero vengar del mayor enemigo que tengo en este mundo?». El otro, ignorando lo que quería hacer, le contestó: «Sí, señor, aunque fuera contra el mismo duque». Al momento, el caballero lo arrastró consigo tan rápidamente que no tuvo oportunidad de coger otras armas que un puñal que llevaba. Y cuando el duque le oyó volver, pensando que conducía a la que tanto ansiaba, abrió la cortina del lecho y sus ojos para mirar y recibir el bien que tanto había esperado, pero, en lugar de ver a aquélla en quien confiaba le conservara la vida, fue a ver la inminencia de su muerte, en

forma de desnuda espada que manejaba el caballero, y con la cual atacó al duque, que estaba en camión. Éste, desnudo de armas pero no de ánimo, se sentó en el lecho y atrapó el cuerpo del hidalgo, diciéndole: «¿Ésta es la promesa que me hicisteis?».

Y como no tenía otras armas que los dientes y las uñas, mordió al hidalgo en el pulgar, y a fuerza de puños se defendió de tal modo que ambos cayeron en el espacio que había entre la cama y la pared. El caballero, que no se sentía muy seguro, llamó en su ayuda a su criado, quien encontrando al duque y a su amo tan liados entre ambos que no sabía a quién elegir, tiró a los dos de los pies y los arrastró hasta el centro de la habitación, y con su puñal intentó apuñalar al duque en la garganta, defendiéndose éste hasta que la pérdida de sangre lo dejó tan débil que no pudo más. Entonces el hidalgo y su criado lo volvieron al lecho, donde a puñaladas lo remataron; después, corriendo las cortinas, se fueron y encerraron el cuerpo muerto en la habitación. Y cuando se encontró victorioso de su enemigo, con cuya muerte imaginaba liberar la cosa pública, pensó que su obra sería imperfecta si no hacía tanto con cinco o seis de aquellos que eran más allegados al duque; y, sin riéndose caudillo, ordenó a su criado que fuera a buscarlos para hacer con ellos como con el duque. Pero el criado, que ni era audaz ni era fuerte, le contestó: «Me parece, señor, que haríais mejor en pensar en salvar vuestra vida que en querer quitarla a otros; porque si nos demoramos en hacer a cada uno de ellos lo que hemos hecho al duque, se hará de día y se descubrirá nuestro intento sin que le hayamos puesto fin, aunque encontremos a nuestros enemigos sin defensa».

El caballero (a quien su mala conciencia tornaba temeroso) creyó a su servidor, y en su sola compañía se dirigió a un obispo que tenía a su cargo hacer abrir las puertas de la ciudad y mandar en los puestos de vigilancia. El caballero le dijo: «He tenido esta tarde noticias de que un hermano mío está en artículo de muerte; vengo de pedir permiso al duque, que me lo ha dado, así que os ruego queráis mandar a los puestos que me preparen dos buenos caballos y al portero de la ciudad que abra sus puertas». El obispo, que tenía en menos su perorata que el mandato del duque su señor, le expidió un permiso en virtud del cual le fueron abiertas las puertas y los caballos entregados en cuanto los pidió. Y, en lugar de ir a ver a su hermano, se fue a Venecia, donde se hizo curar las heridas que el duque le había infligido, después de lo cual marchó a Turquía. A la mañana, los servidores del duque, que le veían retrasarse tanto en volver, supusieron que había ido a ver a alguna dama; pero, viendo que se demoraba tanto, comenzaron buscarlo por todos lados. La pobre duquesa, que comenzaba a quererle mucho, sabiendo que no se le encontraba, se sintió muy acongojada. Pero cuando supo que el caballero, a quien su marido tanto estimaba, no había sido visto tampoco, fue a su casa a buscarlo. Y encontrando sangre a la puerta de la habitación, penetró en el interior, pero allí no había nadie que supiera darle noticias. Y, siguiendo los rastros de sangre, los infelices criados del duque llegaron a la puerta de la habitación donde se encontraba, que encontraron cerrada, pero rápidamente la forzaron, y viendo el suelo lleno de sangre, descorrieron las cortinas

del lecho y encontraron el pobre cuerpo exánime, tendido en el lecho, con el sueño sin fin. Podéis imaginar el duelo que mostraron los pobres criados, que llevaron el cuerpo al palacio, y allá llegó el obispo, que les contó cómo el hidalgo había salido durante la noche con gran premura, so pretexto de ir a ver su hermano. Con lo cual se supo claramente que había sido él quien cometiera el homicidio, probándose así que su infeliz hermana no había oído hablar de ello. Ésta, enterada de los pormenores del caso, quiso aún más a su hermano, que la había librado de príncipe tan cruel, enemigo de su castidad, y que no había temido arriesgar su propia vida. Y perseveró más y más en sus virtudes, llevando una vida honesta de tal forma que, a pesar de haber quedado pobre, ya que su casa fue confiscada, su hermana y ella encontraron maridos tan ricos y honestos varones como los que más en Italia, y vivieron en lo sucesivo rodeadas de una buena y merecida reputación.

«He ahí, señoras, algo que os debe hacer temer a ese pequeño dios que tiene su mejor placer en atormentar a los príncipes y a los pobres, y a los fuertes más que a los débiles, y que los torna ciegos hasta hacerles olvidar a Dios y a su conciencia y, por último, hasta su propia vida. Y bien deben temer los príncipes y los que detentan autoridad hacer daño a los que son más débiles que ellos, porque no hay enemigo pequeño, cuando Dios quiere castigar al pecador, ni tan grande que pueda hacer mal a quien está bajo su custodia». Esta historia fue atentamente escuchada por toda la reunión, pero se suscitaron entre ellos opiniones diversas. Unos sostenían que el caballero había cumplido con su deber de salvar su vida y el honor de su hermana, al mismo tiempo que libraba a su patria de semejante tirano; otros decían que no, sino que era demasiada ingratitud dar muerte a quien le había hecho tanto bien y proporcionado tanto honor. Las damas decían que era un buen hermano y virtuoso ciudadano; los hombres, por el contrario, lo consideraban traidor y mal servidor; y era aleccionador oír alegar sus razones a ambas partes. Pero las damas (siguiendo su costumbre) se dejaron llevar tanto de la razón como del apasionamiento, diciendo que el duque era merecedor de su muerte y que era muy afortunado quien había asentado el golpe. Así que, al ver Dagoncin el gran debate que había suscitado, dijo. «¡Por Dios, señoras!, no hagáis motivo de querrela por una cosa ya pasada, sino evitad que vuestra belleza sea causa de otras crueles muertes como la que he contado». Parlamente le respondió: «*La belle dame sans merci*^[12] nos enseñó a decir que tan graciosa enfermedad no pone en riesgo de muerte a las personas». «¡Quiera Dios, señora —contestó Dagoncin—, que cuantas están en esta reunión sepan cuán falsa es esta opinión! Creo que no querrían de ninguna forma ser mujeres sin gracia ni parecerse a esa incrédula que dejó morir a un buen servidor por falta de una graciosa respuesta». «¿Así que vos querríais —preguntó Parlamente— que para salvar la vida de uno que dice amaros, pongamos en riesgo nuestro honor y nuestra conciencia?». «No es eso lo que digo —respondió Dagoncin—, porque quien ama perfectamente

temería más dañar el honor de su dama que a ella misma. Ahora bien, estimo que una respuesta honesta y graciosa, como la que requiere una amistad perfecta y virtuosa, no haría más que acrecentar su honor y mejorar su conciencia, que no es verdadero servidor quien busca lo contrario». «Sin embargo —dijo Emarsuite—, el fin de vuestro razonamiento es que comienzan siempre por el honor y terminan por lo contrario. Y si todos aquellos que están aquí quieren decir la verdad, los creeré bajo juramento». Hircan juró que en lo que a él se refería jamás había amado a mujer alguna, fuera de la suya, y que no deseaba hacer a Dios afrenta tan grave. Otro tanto dijo Simontault, y añadió que siempre había deseado a las malas mujeres, con excepción de la suya: «En verdad que merecéis que la vuestra sea tal como deseáis en las otras; pero en lo que a mí respecta, bien puedo jurar que he amado tanto a una mujer que hubiera deseado morir antes que por mi causa hiciera ella algo que la desmereciera a mis ojos. Porque mi amor se basaba en virtudes de tal forma que no hubiera querido ver en ella ninguna mancha a cambio de algún bien que yo hubiera sabido tener». Saffredant se puso a reír, diciéndole: «Pensaba, Guebron, que el gran amor que profesáis a vuestra mujer y vuestro sentido común, os habían colocado fuera de las lides amorosas, pero veo que no; porque aún usáis las expresiones con que nos hemos acostumbrado a engañar a las más listas y a ser oídos de las más prudentes. ¿Quién será aquella que nos cierre los oídos cuando hablemos del honor y de la virtud? Pero si les mostráramos nuestro corazón tal como es, no tendríamos en nuestro haber muchas de esas bienvenidas de las damas. Encubrimos nuestro diablo con el más bello ángel que podemos encontrar, y bajo esta cobertura, antes de ser reconocidos, recibimos bastantes de sus agradables caricias. Y es posible que atraigamos los corazones de las mujeres, que conocen el vicio pensando que van derechas a la virtud, si antes no tienen el medio ni la oportunidad de retirar sus pies». «Realmente —contestó Guebron—, creo que pensáis lo contrario de lo que decís, y que la virtud os es más atractiva que el placer». «¿Qué más grande virtud hay que amar como Dios ha mandado? Me parece que es bastante mejor el hecho de amar a una mujer como mujer, que el de adorarla como a un ídolo, como hacen otros. En cuanto a mí, tengo la firme opinión de que más vale usar que abusar». Las damas se mostraron todas de acuerdo con Guebron y obligaron a Saffredant a callar, quien les dijo: «Me es más cómodo que hablar, y como se me ha tratado tan mal, no quiero volver a hacerlo». «Vuestra malicia —le habló Longarine— es la culpable de vuestro mal trato, porque, ¿qué mujer os tomaría como su servidor después de los propósitos que habéis manifestado?». Saffredant le contestó: «Todas aquellas que no me han encontrado desagradable, y no cambiarla su honestidad por la vuestra; pero no hablemos más de ello, a fin de que mi cólera no disguste ni a una ni a otra. Veamos a quién cede la vez Dagoncin». Éste exclamó: «La doy a Parlamente, porque creo que ella debe saber, mejor que nadie, en qué consisten la honestidad y la amistad perfectas». «Puesto que he sido elegida para contaros una historia —dijo Parlamente—, os diré la de una dama que fue siempre una de mis mejores amigas y que jamás

me ocultó sus pensamientos».

Narración XIII

Un capitán de galeras, a pretexto de devoción, se enamoró de una
múchacha, y qué fue lo que ocurrió

Cuando era regente la madre del rey Francisco, había en su casa una dama muy devota, casada con un caballero de parecido carácter. Y a pesar de que su marido era viejo y ella joven y bella, lo servía y amaba como si fuera el hombre más apuesto del mundo y, para ahorrarle enojos, dio en vivir como si fuera de su misma edad, huyendo de todas las reuniones, de atavíos lujosos, bailes y diversiones de los que las jóvenes acostumbran gustar, y poniendo todo su placer y recreo en el mejor servicio de Dios. Con lo cual, su marido depositó en ella tan grande amor y confianza que gobernaba su casa y a él mismo como ella quería. Y un día sucedió que el caballero le confió que desde su juventud había deseado hacer un viaje a Jerusalén, preguntándole qué opinaba sobre ello. Ella, que no quería sino complacerle, le respondió: «Amigo mío, puesto que Dios no nos ha dado hijos y sí bastantes bienes, me gustaría que dedicáramos una parte a hacer tan santo viaje; porque ni allí, ni a ninguna otra parte a que vayáis, me resolveré nunca a abandonaros». El buen hombre se sintió tan feliz que parecía estar ya en la cima del monte Calvario. Y, en estas deliberaciones, llegó a la corte un caballero que había estado con frecuencia en la guerra contra los turcos y había de realizar para el rey de Francia una incursión sobre una de sus ciudades, de lo que podía venir gran provecho para la cristiandad. El anciano caballero le pidió noticias de su viaje, y después de oír lo que el otro había resuelto hacer, le preguntó si tras ese viaje querría hacer otro a Jerusalén, donde su mujer y él tenían grandes deseos de ir. El capitán se sintió muy contento al escuchar tal proposición y le prometió llevarlos y mantener el acuerdo secreto. Se le hizo largo el tiempo que tardó en encontrar a su mujer para contarle lo que había hecho; y ella no mostró menos deseos que su marido de que el viaje se realizara. Y, con tal motivo, habló frecuentemente con el capitán, quien mirándola más que atendiendo a sus palabras, se sintió tan enamorado que a menudo, al contarle los viajes que había hecho por mar, confundía el puerto de Marsella con los del Archipiélago, y queriendo hablar de su navío hablaba de un caballo, como el que se encuentra cautivado y perdido el sentido. Pero como la encontraba tan honesta, no osaba hablarle ni hacer nada. Y el disimulo engendró tal fuego en su corazón que con frecuencia se ponía enfermo, mostrándole ella tal cuidado como si fuera la cruz y guía de su camino, y enviando tan a menudo a visitarlo que el saber lo que se preocupaba de él lo curaba sin necesidad de ninguna medicina. Pero varias personas, al ver al capitán, que había tenido fama de ser más bien osado y alegre camarada que buen cristiano, se maravillaron de que la dama lo

tratara tanto, y viendo que él cambiaba de costumbres y frecuentaba las iglesias, los sermones y las confesiones, pensaron que se trataba de sorprender la buena fe de la señora y no quisieron evitar el avisarle. El capitán, que temía que si la dama oía algo lo apartara de su presencia, les dijo a ella y a su marido que como estaba a punto de obtener el despacho real y de irse, que tenía varias cosas que comunicarles, mas para que su acuerdo fuera mantenido en el mayor secreto, no quería hablarles a él y a su mujer en presencia de las gentes, y les rogó que sólo lo enviaran a buscar cuando ya se hubieran retirado. El anciano caballero encontró acertada su opinión y no fallaba ninguna noche en acostarse temprano y hacer desvestir a su mujer, y cuando todos los demás se habían acostado, enviaba a buscar al capitán y departían sobre el viaje a Jerusalén, ocurriendo bastantes veces que el buen hombre, a pesar de la devoción, se dormía. El capitán, viendo a aquel caballero viejo adormecido en su lecho, y él sentado en una silla, cerca de aquélla a quien estimaba la más bella y honesta del mundo sentía su corazón tan oprimido entre el temor y el deseo de hablar que a veces se quedaba sin palabras. Más, a fin de que ella no se diera cuenta, se ponía a hablar de los santos lugares de Jerusalén, donde estaban los signos del gran amor que Jesucristo sintió por nosotros. Y, hablando de este amor, encubría el suyo, mirando a la dama entre lágrimas y suspiros, de los que ella no se apercibió nunca; pero viendo su devoto continente, pensó que era hombre tan santo que le pidió le contara qué vida había llevado y cómo había llegado al amor de Dios. Él le declaró que era un pobre hidalgo que para conseguir riquezas y honores había dejado a un lado su conciencia y había desposado a una mujer allegada cercana suya, porque era rica, aunque también era fea y vieja y él no la quería nada. Y «después de derrochar su dinero, se había ido al mar en busca de aventuras, y tanto había hecho por lograrlo que al fin se vio convertido en persona honorable.

Pero que después que los había conocido, había sido ella la causa de hacerle cambiar de vida, con sus santas palabras y buenos ejemplos, y que estaba plenamente decidido, si conseguía regresar de su misión, a conducirlos a ella y a su marido a Jerusalén, no sólo para satisfacer en parte sus grandes pecados, a los que había puesto fin, sino también porque no había aún dado satisfacción a su mujer, con la que esperaba reconciliarse. Todos estos propósitos plugieron a la dama, que sobre todo se regocijaba por haber atraído tal hombre al amor y al temor de Dios. Y, hasta que abandonaron la corte, todas las noches continuaron estas largas conversaciones, sin que nunca osara él declararle sus intenciones, y le regaló una medalla de Nuestra Señora de la Merced, rogándole que al verla se acordara siempre de él. Llegada la hora de la partida, y conseguida la venia del marido, que se había dormido, vino él a decir adiós a la dama, en cuyos ojos vio lágrimas inspiradas por la honesta amistad que le profesaba, lo que volvió su pasión tan insufrible que, por no atreverse a declararla, cayó casi desvanecido, diciéndole adiós con tan fuertes sudores que no sólo sus ojos sino su cuerpo entero derramaba lágrimas. Y así, sin hablar, se separaron, quedando muy asombrada la dama, pues nunca viera semejantes muestras

de pesar. Sin embargo, nada cambió su intención para con él y lo recordó en sus rezos y oraciones. Al cabo de un mes, al volver la dama a su alojamiento, encontró a un caballero que le traía una carta del capitán, rogándola que la leyera aparte, y le dijo que lo había visto embarcar, bien dispuesto a hacer algo agradable al rey y al acrecentamiento de su fe. Y que él retornaba a Marsella para poner en orden los asuntos del capitán. La dama se retiró a un lado, junto a una ventana, y abrió la carta, consistente en dos hojas de papel escritas por ambas caras, en la que se contenía la epístola siguiente:

*Mi luengo tiempo callando
y mi tristeza ocultando
me producen tal sufrir
que he de hablar o he de morir.*

*Y ese hablar, a quien vedara
a ti se manifestara,
viéndome solo y tan lejos,
me desliza sus consejos
de que me muestre esforzado
o a la muerte sea llevado.*

*Y hace más, pues no coarta
que traslade a esta misma carta
que desde el punto y la hora
que no veré desde ahora
a la dueña de mi vida,
y cuya visión perdida
sin pesar me contentaba
cuando su voz escuchaba,
y por fuerza, lean tus ojos
y sepas de mis enojos,
de mis quejas y mi suerte
y que al callar fue mi muerte.*

*Al papel que aquí te envío,
temeroso, este necio desvarío
que pretende, ya en la ausencia,
decir lo que en tu presencia
pensé no habías de escuchar,
me resistí a trasladar:
«Más vale morir callando
que la vida deseando
a quien por tal amor siento*

que de morir soy contento».

*Además, que dar no quiero
a quien por solo prefiero,
en honor a su virtud,
conservar vida y salud,
motivo de desconsuelo
mientras yo exista en el suelo.*

*¿No te prometí, mi amada,
que, mi misión realizada,
tú me verías retornar,
y entonces podrías rezar
al Dios de tu devoción
en el monte de Sión
en unión de tu marido
también por mí conducido?*

*Nadie te habrá de llevar
si yo muero, y el pesar
por ver tu empresa fallida
te dejará dolorida.*

*Mas no temas, amor mío,
pues te aseguro y te fío
que pronto regresaré
y hasta allí te llevaré.*

*Bienvenida sea la muerte,
pues sólo vivo por verte,
y para seguir viviendo
habré de seguir sintiendo
lo que al corazón y al dueño
nos quita y nos roba el sueño:
mostrarte cuán verdadero,
fuerte, grande y más sincero,
es mi amor que cuantos vieras
y en la tierra haber pudieras.*

*¡Oh, qué hablar más atrevido!
¿Qué dirás tú, ofendido
el corazón? ¿Qué dirás?
Mas yo te dejo: hablarás.
¿Y podrás tú de mi afecto
dar conocimiento cierto?*

*Dudo mucho que tu arte
ni la milésima parte
sepa dar a conocer
de cuánto habría que entender.*

*Di, al menos, que su mirada
toda la fuerza robada
de mi corazón guardó
y que mi cuerpo quedó,
cual árbol descortezado,
del suyo desamparado.*

*¡Ay, lengua mía! Feble y poca
para expresar por tu boca
como su mirada hiere
al corazón, cual no fuere
capaz de saber pintar
ni su decir alabar.*

*Si, al menos, lengua, pudieras
no decir palabras hueras
y retornen en mi honor
su dulce gracia y favor;
y que mis ojos, contritos,
de su visión sean ahítos.*

*Cambie mi boca sus frases:
¡Hablárale de los meses,
de las árticas estrellas,
las antárticas, tan bellas,
de los signos del Zodiaco
y los laureles de Baco...!*

*Mas no le digas amores,
¡oh, mi hablar!, que hábil no eres
mostrando en qué maravilla
mi tierno amor sin mancilla
sufre glorioso tormento;
y niégale el pensamiento
de mi mal y mi dolor,
pues no tienes el valor
de declararle tu afecto,
firme, grande y siempre recto.*

*A lo menos, si no puedes
decirle cuánto la quieres,
dile así: «Tanto fuera
mi temor a que pudiera,
tiempo atrás, el contrariarte
que callé, mal de mi parte,
el amor que te mereces,
y ante Dios, y cuantas veces
el cielo permita, afirmo
es virtud él en sí mismo
que aunque dulce y demasiado
me tiene por porfiado
sumido en cruel tormento,
mas diré lo que yo siento
y descubriré el tesoro
a que me obliga el decoro
que en mi corazón anda
y por quien daré mi vida.*

*¿Habrá alguien que reprenda
al amante porque emprenda
el conseguir a su dama,
visto su honor, sin dudar?*

*Mas, al contrario, infamar
se debe a quien no la ame.
No se me tache de infame;
la vi y amé de tal manera
que amor, sin más, vencedor fuera.*

*¡Ay, amor! Que no es ligero
el amor con que te quiero,
ni fingido, ni pintado,
ni en tu belleza fundado.
Porque este amor que me ata
no repara en insensata
ligereza por querer
de ti algún bien obtener;
que en mi corazón no anida
la esperanza fementida
de perseguir algún goce
que ni de lejos te roce.*

*Y antes morir prefiriera
yendo por tierra extranjera
que por mi culpa saberte
menos virtuosa o fuerte
en el amor que atesoran
y por el que siempre oran
tu cuerpo y tu corazón,
llevadas de tu razón.*

*¡Amarte como a la más
virtuosa que jamás
existió quiero! Y tampoco
atentar mucho ni poco
contra ti, mi bien perfecto,
principio y bien de mi afecto.*

*El amor que yo en ti he puesto
es razonable y honesto,
y no hay en el paraíso
ni ángel ni dios que, a mi aviso,
viéndote como yo, amigo,
no digan lo que yo digo.*

*Y si no puedes amarme,
quiere al menos estimarme
el servidor más rotundo
que nunca hubo en el mundo.*

*Bien cierto estoy, lo crearás,
y con el tiempo verás
que de amarte fiel deber
hice; y si yo no puede haber
de ti otro tanto, contento,
te aseguro que me siento
de estarte siempre queriendo,
y sólo te recomiendo
que, alma y cuerpo en tu servicio
quemados en sacrificio
del Amor bajo el altar,
creas que no be de ocultar,
si de mi misión regreso,
ser tu servidor confeso.*

Mas si muero, nunca habrá

*dama que otro tal tendrá.
Sea, pues, quieran las olas
dejarte ya sin mi, a solas,
que mi cuerpo arrebatara
él mar podrá, mas no quitar
de junto a ti mi alma,
que tendrá sosiego y calma
si obtener puedo una cita.
Y, si es así, seas bendita,
que si un poco, mi ángel puro,
de ti tengo, te aseguro
me alzaré con la victoria
y me ganarás la gloria.*

*¡Suceda lo que Dios quiera!
El dado arrojé. Mas fuera
con tan firme voluntad
de mantener mi lealtad
que este diamante te entrego,
y en tu blanco dedo ruego
ostente con su pureza
ser prenda de mi firmeza
que al verlo recordarás.*

*Con lo que feliz me harás,
es de aquel que te lo envía
al seguir la incierta vía
en que gane, por sus hechos,
mil riquezas y provechos
que llevarlo a ocupar puedan
el puesto entre los que quedan
en sus luchas victoriosos,
y vengan días gloriosos
en los que su amor premiado
tu favor haya ganado.*

La dama leyó la epístola de cabo a rabo, y cuanto más se maravillaba del afecto del capitán, menos sospechas le inspiraba. Y, mirando el diamante colocado sobre la mesa, con su anillo esmaltado en negro, sintió gran pena por lo que había de hacer. Y después de meditar toda la noche, se sintió aliviada de no tener ocasión de escribirle y responderle, por la falta de mensajero; pensando para sí que con los trabajos que él había de realizar al servicio de su señor, no había necesidad de producirle el disgusto

de la respuesta negativa que ella tenía que darle, y que aplazaba hasta su regreso. Pero así y todo, se sentía embarazada con la posesión del diamante, porque no tenía costumbre de recibir otros regalos que no fueran los de su marido. Por lo que, con muy buen entendimiento, pensó que el diamante podría ser de provecho para la conciencia del capitán, así que rápidamente envió a un servidor suyo a la desolada esposa del capitán, fingiendo que procedía de una religiosa que estaba en Tarascón, y escribiéndole la siguiente carta:

Señora, vuestro marido ha pasado por aquí un poco antes de su embarque; y después de haber confesado y recibido a su Creador como un buen cristiano, me ha declarado un hecho que lleva sobre su conciencia, y es el pesar de no haberos amado tanto como debía. Me rogó y conjuró, a su partida, a que os enviara una carta con este diamante, que os ruega guardéis por amor a él, asegurándoos que si Dios le hace volver con salud, nunca mujer alguna fue tratada por su marido como vos lo seréis por él, y la dureza de esta piedra os hará fe por él. Os ruego que lo tengáis presente en vuestras oraciones, que en las mías lo estará toda la vida». Esta carta, escrita y firmada con el nombre de una religiosa, fue enviada por la dama a la mujer del capitán.

Y ni que decir tiene, cuando la buena vieja vio la carta y el anillo, lo que pudo llorar de alegría y sentimiento al verse amada de su marido, de cuya presencia se veía privada; y besando el anillo más de mil veces, lo regó con sus lágrimas, bendiciendo a Dios que al fin de sus días le había devuelto el cariño de su marido, que durante mucho tiempo diera por perdido, sintiéndose también agradecida a la religiosa que tanto bien le causaba.

Y le dio la mejor respuesta que supo, que el mensajero trasladó diligentemente a su señora, quien no pudo evitar el reírse grandemente al oír cuanto su servidor le dijo; y se sintió contenta de haberse deshecho del diamante por medio tan provechoso como mantener a marido y mujer en tan buena amistad, pareciéndole que con eso había ganado un reino. Un poco más tarde llegó la noticia de la derrota y muerte del pobre capitán y de cómo había sido abandonado por aquellos que lo habían de socorrer, y su empresa revelada por los habitantes de Rodas, los más obligados a mantenerla secreta, de suerte que él y cuantos con él desembarcaron, en número de ochenta, entre los cuales estaban un caballero llamado Juan y un turco, apadrinado en la pila bautismal por la esposa del capitán, y que habían sido encomendados por ella para que hicieran el viaje con el capitán, quedaron muerto el uno, y el turco, con quince heridas de flecha que recibiera, se salvó a nado siendo recogido por un barco francés, con lo que sólo por él se supo la verdad de lo ocurrido. Y fue que un caballero, que el capitán tomara por amigo y compañero y del que había sido fiador ante el rey y los grandes de Francia, así que lo vio pisar tierra al capitán, retiró sus barcos mar adentro, y el capitán, viendo su empeño descubierto y frente a él más de

cuatro mil turcos, intentó retirarse como era su deber. Pero aquel caballero, en quien depositara toda su confianza, al ver que con su muerte quedaría al cargo de toda la escuadra y su provecho, convenció a todos los caballeros de que no era necesario arriesgar las naves del rey ni a tantas gentes honradas como en ellas había para salvar a sólo un centenar de personas, de manera que quienes no eran demasiado audaces fueron de su opinión. Y viendo el capitán que cuanto más lo llamaba más se alejaban sin ir a socorrerlo, se volvió hacia los turcos y, hundido hasta las rodillas en la arena, realizó tales hechos de armas y de valor que parecía que él solo debía derrotar a todos sus enemigos, lo cual temía su traidor compañero más que deseaba su victoria. Al fin, por más proezas que hizo, recibió tantas heridas de flechas de aquellos que no se atrevían a acercarse a él, validos del alcance de sus largos arcos, que comenzó a sangrar. Y entonces los turcos, viendo la debilidad de estos verdaderos cristianos, cargaron contra ellos a golpe de cimitarra, defendiéndose aquéllos hasta el final con todas las fuerzas y la vida que Dios les dio. Y el capitán llamó al caballero llamado Juan, que su esposa le diera por acompañante, y también al turco, y puesta la punta de su espada en tierra, cayó de rodillas y besó y abrazó la cruz, al tiempo que decía: «Señor, toma en tus manos el alma de aquel que no ha ahorrado su vida para exaltar tu Nombre». El caballero llamado Juan, viendo que con estas palabras se le escapaba la vida, quiso ayudarlo dándole a besar la cruz de su espada, pero un turco, atacándole por la espalda, le cortó ambas piernas a la altura de los muslos, y gritando muy fuerte: «¡Vamos, capitán, vamos al Paraíso a ver a Aquél por el que morimos!», fue compañero en la muerte como lo había sido en la vida del pobre capitán. El turco, al ver que no podía servir a uno ni a otro, herido como estaba por quince flechas, se retiró hasta las naves pidiendo subir a bordo, mas a pesar de ser el único de los ochenta que había escapado, vio denegada su petición por el caballero traidor. Pero como sabía nadar muy bien, se lanzó mar adentro, y tanto resistió que al fin fue recogido por un pequeño velero, y al cabo de algún tiempo curó de sus heridas. Por este infeliz extranjero fue sabida enteramente la verdad, en honor del capitán y para vergüenza de sus compañeros, cuya maldad hacia Dios y hacia los hombres fue juzgada tan enorme por el rey y por cuantos de ello oyeron hablar, que no había muerte de la que no fueran dignos. Pero, a su llegada, dio a entender tantas falsedades acompañadas de ricos presentes, que no sólo se salvó del castigo, sino que pasó a ocupar el puesto de aquél a quien ni de criado habría sido digno de servir. Cuando esta triste noticia llegó a la corte, la reina regente, que lo estimaba mucho, lo sintió grandemente, así como el rey y todas las personas honradas que lo conocían. Y aquélla a quien él más amaba, sabiendo su piadosa y cristiana muerte, mudó los duros propósitos con que decidiera tratarlo, en lágrimas y lamentaciones, en las que le hizo compañía su marido, viéndose frustrados en sus esperanzas de viaje. No quiero olvidar citar a una muchacha que vivía con esta dama, y que amaba al caballero llamado Juan más que a sí misma, que el mismo día que ambos caballeros fueron muertos, vino a decir a su señora que había visto en sueños al que amaba, todo

vestido de blanco, que había venido a decirle adiós y que se iba al paraíso con su capitán.

Y cuando supo que su sueño era verdad, mostró tal duelo que su señora tuvo gran trabajo en consolarla. Al cabo de algún tiempo, la corte se trasladó a Normandía, de donde era natural el caballero, cuya mujer no tardó en venir a presentar sus respetos a la reina regente, y para ser presentada a ella, se dirigió a la dama a la que su marido tanto amara. Y mientras esperaban la hora apropiada en una iglesia, comenzó a alabar a su marido y a lamentar su muerte, diciéndole, entre otras cosas: «¡Ay! señora, mi desgracia es la más grande que haya ocurrido a mujer alguna, porque en el momento en que él me amaba más que nunca lo había hecho, Dios me lo ha quitado». Y al decir esto lo mostró el anillo que llevaba en el dedo como emblema de amor perfecto; esto fue dicho acompañado de grandes lloros, con lo cual la señora, a pesar del dolor que también ella tuviera, sufrió tan grandes deseos de reír, al ver que su engaño se trocara en tal bien, que no la pudo presentar a la reina regente, encomendándola a otra dama y retirándose a una capilla, donde se le pasaron sus deseos de reír.

«Me parece, señoras, que aquéllas a quienes se cuentan estas cosas deberían desear hacer obras que llegasen a tan buen fin como la que hizo esta dama; así encontrarían que los beneficios son las alegrías de sus bienhechores. Y no se deberá acusar a esta dama de engaño, sino estimarla por su buen sentido, que convirtió en bien lo que de suyo no valía nada». «¿Queréis decir —preguntó Nomerfide— que un diamante de doscientos escudos no vale nada? Os aseguro que si cayera en mis manos, ni la esposa ni sus parientes lo hubieran visto nunca. El caballero estaba muerto, nadie sabía nada; la dama bien hubiera podido pasarse sin hacer llorar a una pobre vieja». Hircan dijo: «Y en buena lid tenéis razón; porque hay mujeres que para mostrarse mejor que las otras hacen obras aparentes contra su natural, y todos nosotros sabemos bien que nadie hay tan avaricioso como la mujer. Sin embargo, su vanidad excede a veces a su avaricia, forzando a su corazón a hacer algo que no quieren. Y creo que quien así cedió el diamante no era digno de llevarlo». «¡Hola, hola! —dijo Doña Oisille— me dudo mucho de que lo fuera. Pero vos no la condenéis sin saber». «Señora —aseguró Hircan—, yo no la conozco; pero si el caballero era tan virtuoso como decís, ella debería sentirse honrada en tener tal servidor y en llevar su anillo, pero es posible que alguien menos digno de ser amado retuviera sus dedos, de modo que el anillo no podía entrar». «En verdad que bien pudo guardarlo, puesto que nadie sabía nada», habló Emarsuite. «¿Cómo? —preguntó Guebron—. ¿Es que a los que aman les son lícitas todas cosas, sólo porque nadie sepa nada?». «A fe mía —dijo Saffredant— que nunca vi maldad castigada, como no sea la tontería; así que no hay asesino, ni ladrón, ni adúltero, que haya sido apresado por la justicia ni infamado por los hombres; pero, a menudo, la malicia es tan grande que los ciega, de manera que se vuelven locos, y, como ya he dicho, sólo

son castigados los tontos, y no los viciosos». «Vos diréis lo que os plazca —le respondió Doña Oisille—. Solamente Dios puede juzgar el corazón de esta dama; en lo que a mí se refiere, encuentro el hecho muy honorable y virtuoso. Así que para no discutir más, os ruego, Parlamente, que cedáis la voz a alguien». «Lo hago gustosa a Simontault —respondió ella—, y así, después de estos dos relatos tan tristes, será preciso que nos diga algo que no nos haga llorar». «Os lo agradezco —contestó Simontault—, pero al concederme la palabra no es necesario que me tildéis de divertido, que es la palabra que encuentro demasiado impertinente; y para vengarme por ello, os demostraré que hay mujeres que hacen cara de ser castas frente a algunos o para algunos momentos, pero que al fin se muestran tal como son, como os enseñará esta verídica historia».

Narración XIV

Sutilezas de un enamorado que, presentándose como un buen amigo, recogió de una dama milanesa el fruto de sus anteriores trabajos

En el ducado de Milán, por los años en que era gobernador el gran señor Chaumont, vivía un caballero llamado el señor de Bonnivet, que por sus merecimientos llegó más tarde a almirante de Francia; siendo muy apreciado en Milán, tanto por el gobernador como por todo el mundo, dadas las virtudes que se reunían en él, asistía gustoso a las fiestas en que se reunían las damas, de las que era el más apreciado, después del rey Francisco, tanto por su apostura, gracias y palabras como por la fama que todos le daban de ser uno de los más diestros guerreros de su tiempo.

Un día que vestido de máscara fue a un carnaval, se puso a bailar con una de las más distinguidas y hermosas damas de la ciudad, y cuando los oboes hacían una pausa, le dirigía endechas amorosas, cosa que sabía decir mejor que nadie. Pero ella, que no estaba obligada con él, en lugar de seguirle el juego quiso desviar la conversación, asegurándole que nunca amó ni amaría a otro hombre que no fuera su marido y que no debía esperar nada de ella. No se sintió desalentado el caballero con esta respuesta y la persiguió insistentemente todo el carnaval. A pesar de todo, la encontró firme en su propósito de no amar ni a él ni a otro, cosa que no pudo creer, vistas las pocas prendas de su marido y la gran belleza de ella.

Y puesto que ella practicaba el disimulo, se decidió a usar él también el engaño, y desde aquel momento cesó en la persecución que la hacía y se informó tan bien de su vida que supo que amaba a un caballero muy prudente y honesto. El dicho señor de Bonnivet frecuentó poco a poco la amistad de este caballero, con tal suavidad y astucia que aquél no se percató del motivo y le profesó tal estima que, después de su dama, era la persona que más apreciaba en el mundo. El señor de Bonnivet, para arrancarle su secreto del corazón, fingió confiarle el suyo, diciéndole que amaba a una dama que no podía imaginarse quién era, y rogándole le guardara el secreto y que ellos dos no fuesen más que un solo corazón y un solo pensamiento. El infeliz caballero, en prueba de estima recíproca, va y le confiesa de cabo a cabo sus relaciones con la dama de la que Bonnivet se quería vengar; y, una vez al día, se reunían en cualquier lugar para darse cuenta juntamente de las venturas que les habían ocurrido durante la jornada, cosa que uno decía con mentira y el otro con verdad. Y confesó el caballero haber amado durante tres años a esta dama sin haber conseguido nada de ella, a no ser buenas palabras y certeza de ser amado. El llamado Bonnivet le aconsejó por todos los medios a su alcance para que consiguiera su

intento, con lo que al cabo de pocos días el caballero se encontró con que ella le concedió lo que le pedía, y no quedaba más que encontrar el medio, lo que en seguida fue hallado por consejo del señor Bonnivet. Y un día, antes de comer, le dijo el cabañero. «Señor, estoy más obligado con vos que con ningún hombre del mundo, ya que, a causa de vuestros buenos consejos, confío en tener esta noche lo que durante tantos años he deseado». «Yo te ruego —le dijo Bonnivet— que me digas cómo piensas que se realice tu propósito, para que yo vea si hay engaño o riesgo y poder socorrerte y servirte como amigo». El caballero le contó cómo ella tenía medio de hacer dejar abierta la gran puerta de la casa, bajo pretexto de cualquier enfermedad de alguno de sus hermanos, la cual requería en todo momento ir a la ciudad y preguntar por su estado, y así podría él entrar en el patio, pero guardándose bien de subir por la escalera y debiendo subir unos pocos escalones que había a mano derecha y entrar en la primera habitación que encontrara, donde se reunían todas las puertas de las habitaciones de su suegro y cuñado, y que eligiera con cuidado la tercera más cercana a los dichos escalones; y, si al empujarla la encontraba cerrada, que se fuera, pues era señal de que su marido había vuelto, lo que sin embargo no debía hacer antes de dos horas; y, si la encontraba abierta, que entrara suavemente y la cerrara rápido con cerrojo, constándole que en la habitación estaría ella sola y sobre todo, que no olvidara mandar hacer unos zapatos de fieltro por temor al ruido, y que se guardara mucho de llegar antes de pasadas dos horas de la medianoche, porque sus cuñados, a quienes gustaba mucho el juego, no se iban nunca acostar antes de la una de la madrugada. El citado Bonnivet le dijo: «Ve, amigo, Dios te guía; te ruego que evites los inconvenientes, y si mi amistad te sirve para algo, no ahorraré esfuerzos por cuanto esté en mi mano». El caballero se lo agradeció mucho y le dijo que en este asunto no podía estar demasiado seguro, y se marchó para disponer las cosas. El señor Bonnivet, por su parte, no quedó inactivo; y viendo que era llegado el momento de vengarse de dama tan cruel, se retiró temprano a su morada y se hizo cortar la barba de igual longitud y anchura que la del caballero; también se hizo cortar el pelo, a fin de que al tocarlo no se pudiera advertir la diferencia. No olvidó los zapatos de fieltro y el vestir ropas semejantes a las del caballero. Y, como era muy estimado por el suegro de esta dama, no tuvo temor de ir más temprano, pensando que si era apercibido iría en derechura a la habitación del buen hombre con el cual tenía algunos asuntos. Y, sobre la medianoche, entró en la casa de la dama, donde encontró bastantes gentes que iban y venían, mas pasó entre ellos sin ser reconocido y llegó a la galería y tocando las dos primeras puertas las encontró cerradas, que no así la tercera, a la que empujó suavemente. Y una vez estuvo dentro, la cerró con llave y tendiendo la vista en derredor vio la habitación vestida toda de lienzo blanco, incluido el techo y el suelo, y un lecho con telas muy finas, tan blanco como no era posible más; y la dama estaba sola en él, con su cofia y su camisa toda cubierta de perlas y pedrería, como pudo advertir mirando por una esquina de la cortina sin que ella lo viera, ya que había un gran cirio de cera blanca que volvía la habitación clara

como en pleno día; y, por miedo a ser reconocido, extinguió primeramente el velón que ardía en la habitación y después se despojó de la camisa y fue a acostarse junto a ella. Ésta, que esperaba que fuera aquel que durante tanto tiempo la había amado, lo recibió con las mejores caricias que pudo. Pero él, que sabía bien que estaban dedicadas a otro, se guardó mucho de decir una sola palabra y no pensó más que en llevar a cabo su venganza, que no era otra que arrebatarle su honor y su pudor sin poner de su parte agrado ni gracia. Pero contra su propósito y mal de su grado, la dama se tenía por tan contenta con tal venganza, que pensó haberlo recompensado de sus afanes, hasta que una hora después de que sonara la medianoche llegó el momento de decir adiós. Y en aquel instante, y en el tono de voz más bajo que pudo, le preguntó si ella estaba tan contenta de él como él lo estaba de ella. Ésta, creyendo que se trataba de su amigo, le dijo que no sólo estaba contenta, sino incluso maravillada de la profundidad de su amor, que lo había mantenido una hora sin hablar con ella. En aquel momento, él se puso a reír muy fuerte, diciendo: «Ahora bien, señora, ¿me rechazáis otra vez, como habíais acostumbrado hasta ahora?». La dama, que lo conoció por la voz y la risa, se sintió desesperada de vergüenza, llamándole mil y mil veces traidor, malvado y falso, queriendo arrojarse del lecho para buscar un cuchillo con el que matarse, vista su desgracia de que había perdido el honor por un hombre al que no amaba nada y que para vengarse de ella, podía divulgar el asunto a todo el mundo. Pero él la retuvo entre sus brazos y, con buenas y dulces palabras, le aseguró amarla más que aquél a quien ella amaba y celar cuanto se refiera a su honor de tal modo que ella no tendría tacha alguna nunca. Lo que la pobre tonta creyó, escuchando de sus labios la trama que había ingeniado por conseguirla, asegurándole que la amaría mejor que el otro, que no había ocultado su secreto, y diciéndole que ya conocía franceses, que eran más prudentes, perseverantes y discretos que los italianos. Así fue como en lo sucesivo ella no compartió la opinión de sus compatriotas, para coincidir con la de él. Pero le rogó encarecidamente que durante algún tiempo no acudiera a las fiestas o lugares donde ella se encontrara, a no ser disfrazado, porque sentiría tal vergüenza que su aspecto lo diría a todo el mundo. Él se lo prometió y le rogó también que, cuando su amigo viniera a las dos de la madrugada, se mostrara cariñosa y luego, poco a poco, podría deshacerse de él; cosa que hizo con tanta dificultad que, a no ser por el amor que le profesaba, por nada se lo hubiera concedido. Sin embargo, al decirle adiós, la dejó tan satisfecha que bien hubiera deseado ella que permaneciera a su lado durante más tiempo. Después que él se levantó, volvió a ponerse sus vestidos, salió de la habitación y dejó la puerta entreabierta, tal como la encontrara. Y, como había estado casi dos horas a partir de la medianoche y temía encontrarse al caballero en su camino, se retiró a lo alto de los escalones, desde donde en seguida lo vio pasar y entrar en la habitación de la dama. Y se fue a su morada a descansar de sus trabajos, como así hizo, de modo que las nueve de la mañana le dieron en la cama, y cuando se levantaba llegó el hidalgo, que no tardó en contarle su buena suerte, aunque no tan buena como había esperado; ya que,

según dijo, al entrar en la cámara de la dama, la encontró levantada y envuelta en su bata de noche, con una gran fiebre, el pulso muy alterado, el rostro ardiendo y un sudor que comenzaba a brotarle por todo el cuerpo, de forma que ella le rogó se volviera en seguida, ya que, por miedo a los inconvenientes, no se había atrevido a llamar a sus doncellas; porque se encontraba tan mal que tenía mayor necesidad de pensar en la muerte que en el amor, y de oír hablar de Dios que de Cupido, y que se sentía muy pesarosa del riesgo en que él se colocara por su culpa, visto que ella no tenía poder para devolverle en este mundo lo que esperaba se lo concediera en seguida en el otro. Así que se sintió tan triste y asombrado que su ardor y alegría se convirtieron en hielo y tristeza, marchándose acto seguido. Y a la mañana, al despuntar el día, envió por noticias y supo que ella se encontraba verdaderamente muy mal. Y, al contar sus desventuras, floraba tan intensamente que parecía que el alma se le iría por las lágrimas. Bonnivet, que tenía tantas ganas de reír como el otro de llorar, lo consoló lo mejor que supo, diciéndole que las cosas de larga duración tienen siempre un comienzo difícil y que el retraso de la satisfacción de su amor le haría encontrar más tarde un mejor goce; y en tales términos se separaron. La dama guardó cama algunos días; y, al recobrar la salud, dio permiso a su primer pretendiente, fundándolo en el temor que había tenido de morir y en remordimientos de conciencia, y se decidió por el señor de Bonnivet, cuya amistad duró según costumbre lo mismo que la belleza de las flores del campo.



«Me parece, señoras, que la hipocresía de esta dama bien se merecía la astucia del caballero, ya que después de fingirse mujer de bien, se declaró tan ligera». «Diréis lo que os plazca —declaró Emarsuite—, pero ese caballero hizo una mala pasada, porque, ¿cuándo se ha visto que si una dama amaba a alguien, otro podría conseguirla con artimañas?». «¿Creéis —preguntó Guebron— que tales mercancías no se pueden

poner en venta y que no son adquiridas por los mejores ofertantes y últimos postores? No penséis que aquellos que persiguen a las damas pasan demasiadas fatigas por conseguir su amor; no, no, que sólo tratan de conseguir su propio placer y satisfacerse a sí mismos». «A fe mía que os creo —dijo Longarine—. Porque para deciros la verdad, todos los pretendientes que tuve comenzaron sus intentos interesándose por mí, demostrando desear mi vida, mi bien, mi honor; pero al fin fue por ellos, deseando su placer y su gloria. Lo mejor es despedirlos en la primera parte de su sermón, que cuando se llega a la segunda ya no hay tanto mérito en rehusarlos, dado que el vicio por sí mismo, cuando es conocido, debe ser rehusado». «¿Sería preciso, entonces —dijo Emarsuitte— que, desde que un hombre abre la boca, se le denegara todo sin saber lo que quiere decir?». Parlamente le respondió: «Me parece que desde el principio una mujer no debe nunca dar la impresión de querer oír donde un hombre quiere llegar, ni siquiera de creerlo cuando le ha declarado su amor; pero cuando llega a jurarlo con insistencia, me parece más honesto por parte de las damas dejarlos en ese buen camino que llegar hasta el valle». «Pero, veamos —exclamó Nomerfide—, ¿debemos creer por esto que nos aman mal? ¿No es pecado juzgar al prójimo?». «Podéis creer lo que queráis —contestó Doña Oisille— pero es tan preciso temer que sea verdad que, desde que percibáis una chispa, debéis huir de este fuego, que ha quemado más de un corazón que no se apercibió». «En verdad —dijo Hircan— que vuestras leyes son demasiado duras, y si las mujeres, a quienes la dulzura sienta tan bien, quisieran ser rigurosas como es vuestro parecer, también nosotros tornaríamos nuestras súplicas en astucias y presiones». «Lo mejor que veo en todo esto —intervino Simontault— es que cada una siga su natural; que ame mucho o no ame nada, te demuestre sin disimulos». «¡Quiera Dios que esta regla entrañe tanto honor como dará placer!», exclamó Saffredant. Dagoncin no se pudo reprimir de decir: «Quienes prefieren morir antes que su pensamiento pueda ser conocido no se acomodan a vuestra ordenanza». «¿Morir? —dijo Hircan—. Aún está por nacer el caballero que por semejante cosa pública quisiera morir. Pero dejemos esta conversación imposible y veamos a quién cede la vez Simontault». «Lo hago —dijo éste— a Longarine, porque veo bien que está hablando sola y pienso que recuerda una buena historia; y, además, no está acostumbrada a ocultar la verdad, ni frente a hombre ni frente a mujer». «Ya que me estimáis tan sincera —dijo Longarine— voy a contaros una historia que, a pesar de no redundar en alabanza de las mujeres tanto como yo desearía, bien podréis ver en ella que hay quien tiene tan buen corazón, tan buen espíritu y está tan llena de astucias como los hombres. Si mi cuento resulta un poco largo, habréis de tener paciencia».

Narración XV

De cómo una dama de la corte del rey, viéndose desdeñada por su marido, que hacía el amor a otras, se vengó por parecido sistema

En la corte del Rey Francisco I había un hidalgo cuyo nombre, aunque me es bien conocido, no quiero citar. Era pobre, pues apenas si tenía quinientas libras de renta, pero tan apreciado por el rey, dadas las virtudes de que estaba adornado, que llegó a desposar a una rica hembra que bien hubiera podido contentar a un gran señor. Y como ella era muy joven, rogó a una de las grandes damas de la corte que la tuviera bajo su guarda, a lo que ella accedió gustosamente. Ahora bien, era este caballero tan honesto y de tan buenas prendas que todas las damas de la corte le prestaban sus atenciones; entre otras, había una, a la que amaba el rey, que no era tan bella ni tan joven como su esposa. Y a causa del gran amor que sentía por ella, paraba tan pocas mientes en su mujer que, con gran pena por parte de ésta, en un año sólo se acostó una noche con ella. Y lo que era más importante, nunca le hablaba ni le daba muestras de cariño. Y aunque él disfrutaba de su dote, le destinaba tan pequeña parte que nunca estaba vestida como su condición requería ni ella deseaba; por lo que la dama a cuyo cargo estaba reprendía a menudo al caballero, diciéndole: «Vuestra mujer es bella, rica y de buena casa, y vos tenéis en cuenta lo que desde su infancia y adolescencia ha soportado hasta ahora; pero yo siento mucho miedo de que cuando ella se vea de más edad y bella, ya que entre su espejo y alguno que no os tenga aprecio le mostrarán su belleza, tan poco estimada por vos, haga por despecho lo que nunca osaría pensar si recibiera mejor trato de vos». El caballero, que tenía puesto el corazón en otros sitios, se burló mucho de ella y no por sus enseñanzas dejó de continuar la vida que llevaba. Mas pasados dos o tres años, su mujer comenzó a convertirse en una de las más bellas mujeres de Francia, y tanto que en la corte corrió fama de que no tenía rival.

Y cuanto más digna se veía de ser amada, tanto más le fastidiaba el nulo caso que su marido le hacía, de forma que se sintió tan disgustada que, sin el consuelo de su señora, hubiera caído en la desesperación. Y después de haber buscado por todos los medios a su alcance complacer a su marido, pensó en su interior que era imposible que no la amara, dado el gran amor que ella le profesaba, a no ser que él tuviera el entendimiento ofuscado con algún otro capricho; así que investigó sutilmente y supo la verdad: que estaba tan ocupado todas las noches en otra parte que olvidaba su conciencia y su mujer. Y después que estuvo cierta de la vida que llevaba, adquirió tal melancolía que no quería vestir de otra forma que de negro ni asistir a ningún lugar donde se la tratara con aprecio, de lo que se dio cuenta su señora e hizo todo lo que

pudo por hacerle abandonar tal opinión, sin que le fuera posible. Y, aunque su marido fue advertido, se mostró más dispuesto a burlarse que a poner remedio. Bien sabéis, señoras que el fastidio desplaza a la alegría, y también que con la alegría le pone fin. Y he aquí que un día llegó un gran señor, pariente próximo de la señora de la dama y que la visitaba a menudo, el cual, al escuchar la extraña forma de vivir de la dama sintió tanta piedad que quiso intentar consolarla y, hablando con ella, la encontró tan bella y virtuosa que deseó con mayor ahínco ser apreciado por ella que hablarle de su marido, a no ser para mostrarle cuán pocas razones tenía ella para amarlo. La dama, viéndose abandonada de quien tenía que amarla y, por otra parte, amada y requerida de tan importante y apuesto príncipe, se sintió muy feliz de ser de su agrado. Y, aunque mantuvo siempre el deseo de conservar su honor, tenía gran placer en conversar con él y verse amada, cosa de la que se sentía hambrienta. Esta amistad duró algún tiempo, hasta que el rey se enteró de ello, y como tenía tanto cariño al hidalgo que no quería soportar que nadie le proporcionara deshonor y disgusto, rogó al príncipe que quisiera abandonar su ensueño y que, en caso contrario, se sentiría mal dispuesto hacia él. El príncipe, que estimaba en más la gracia del rey que a todas las damas del mundo, le prometió que, por amor a él, abandonaría su empeño y que aquella noche iría a despedirse de ella. Lo que hizo apenas aquélla se retiraba a su alojamiento, que el caballero compartía alojado en una habitación situada arriba. Y así fue como, estando en la noche asomado a la ventana, vio entrar al príncipe en la habitación de su mujer, que estaba debajo; y el príncipe, aunque lo advirtió, no dejó de entrar. Y al decir adiós a aquélla cuyo amor no hacía más que comenzar, le alegró por toda razón el mandato del rey. Después de lágrimas y quejas que duraron hasta una hora pasada la medianoche, la dama le dijo como conclusión: «Doy gracias a Dios, a quien place, señor, que vos mudéis de opinión, que es tan pequeña y tan débil que podéis tomarla o dejarla por mandato de los hombres. En cuanto a mí, no pedí permiso ni a mi señora ni a mi marido, ni a mí misma, porque el amor, ayudado de vuestra galanura y honestidad, tuvo tal poder sobre mí que no he conocido otro dios ni rey que él. Pero, como vuestro corazón no está henchido de verdadero amor que el temor no pueda encontrar cabida en él, no podéis ser un amigo fiel, y a uno infiel no lo quiero por amigo; y a pesar de amaros fuertemente como decidiera amaros, caballero cuyo temor no merece la sinceridad de mi amistad, me siento obligada a deciros adiós». Y así marchó acongojado el príncipe, divisando todavía en la ventana al marido, que lo viera entrar en la sala y salir. Así que al día siguiente le contó el motivo por el que había ido a ver a su mujer y la orden que el rey le diera, con lo que el caballero se sintió muy contento y agradecido con el rey. Pero, al ver que su mujer embellecía día tras día y, a cambio, él, envejecía y perdía su apostura, comenzó a cambiar de conducta adoptando la que durante tanto tiempo hiciera representar a su mujer, mostrándole, cariño más que de costumbre y estando más a menudo cerca de ella. Pero ésta, cuanto más buscada se sentía por él, más le huía, deseando devolverle parte de los enojos que había tenido ella cuando padeciera su desamor. Y para no

olvidar el placer que el amor había comenzado a enseñarle, se dirigió a un caballero tan apuesto, tan buen conversador y con tanta gracia, que era amado por todas las damas de la corte. Y, dándole las quejas de la forma en que era tratada, lo incitó a compadecerla, de modo que el galán no escatimó esfuerzos en intentar consolarla. Y, ella, para recompensarse de la pérdida del príncipe que la dejara, se dedicó a amar tanto a este caballero que olvidó su pasado enojo y no pensó sino en continuar finalmente su amistad. Lo que supo hacer tan bien que su señora nunca se apercibió, ya que, en su presencia, se guardaba mucho de hablar de él; pero cuando quería decirle alguna cosa, se iba a ver a algunas damas que vivían en la corte, entre las que había una de la cual su marido se fingía estar enamorado. Ahora bien, una vez, después de cenar, cuando ya oscurecía, la citada dama, sin reclamar nadie que la acompañara, se separó de la reunión y entró en la habitación de las señoras, donde encontró a aquel que amaba más que a sí misma, y sentándose cerca de él, apoyada sobre una mesa, hablaron entre ellos mientras fingían leer un libro. Alguien que el marido pusiera al acecho fue a contarle dónde su mujer había ido; y él, que era astuto, se encaminó allá lo más aprisa que pudo, y al entrar en la habitación, vio a su mujer leyendo el libro, pero él fingió no ver nada y se dirigió en derechura al lado opuesto a charlar con las damas. La pobre dama, al ver que su marido la había encontrado con aquel de quien nunca hablara delante de él, se sintió tan trastornada que perdió la razón, y al no poder pasar por encima de un banco, se deslizó por debajo de la mesa y huyó como si su marido la persiguiera con la espada desnuda, yendo a buscar a su señora, que se había retirado a sus habitaciones; y cuando la hubo desnudado, se acostó la dama de nuestra historia, pero una de las damas vino a decirle que su marido la buscaba. Le respondió con franqueza que no iría; que él era tan extraño y austero que tenía miedo de que le hiciera una mala jugada. Finalmente, con miedo a lo peor, fue, sin que su marido le dijera una sola palabra hasta que estuvieron sentados. Ella, que no sabía cómo disimular, se puso a llorar calladamente. Y cuando le preguntaba por qué lloraba, le contestó que tenía miedo de que se enojara con ella por haberla encontrado leyendo con un caballero. Al instante le respondió el caballero que nunca le había prohibido hablar con ningún hombre y que no había encontrado mal que lo hiciera, pero sí que huyera ante él como si hubiera hecho algo merecedor de reprensión, y que ya esta huida le hacía pensar que amaba al caballero. Por lo que le prohibió que no se le ocurriera nunca hablar con ningún hombre, ni en público ni en privado, asegurándole que la primera vez que lo hiciera la mataría sin compasión alguna. Lo que ella aceptó de buen grado, pensando para sus adentros no ser tan tonta otra vez. Y como cuanto más prohibidas son las cosas, más se desean, la infeliz mujer olvidó en seguida las amenazas de su marido y así, aquella misma noche, como volviera a acostarse en otra habitación con otras doncellas y sus dueñas, envió a decir y rogar al caballero que la viera aquella noche. Pero el marido, que estaba tan atormentado por los celos que no podía dormir en toda la noche, cogió su capa y en unión de un ayuda de cámara, habiendo oído decir que el otro iría por la noche, fue a

llamar a la puerta del aposento de su mujer. Ésta, que tampoco podía dormir, se levantó sola y tomando sus borceguíes y su manto, que tenía junto a ella, y viendo que las tres o cuatro mujeres que con ella había estaban dormidas, salió de su habitación y fue derecha a la puerta, a la que oyó llamar, y al pregunta; ¿quién es? oyó responder el nombre del que amaba; pero, para asegurarse, abrió una pequeña mirilla, diciendo: «Si sois quien decís, entregadme vuestra mano, que yo sabré conocerla». Y cuando tocó la mano de su marido, lo reconoció y cerrando vivamente la mirilla se puso a gritar: «¡Ah, señor, es vuestra mano!». El marido lleno de ira contestó: «Sí, es la mano que cumpliré la promesa que os hice; conque no faltéis cuando yo os ordene venir». Y diciendo estas palabras marchó a sus aposentos, volviendo ella más muerta que viva y diciendo en voz alta a las mujeres: «Levantaos, amigas mías; habéis dormido demasiado para mi gusto, que procurando engañaros, me engañé yo la primera». Después de decir esto, cayó desvanecida en medio de la habitación. Las infelices mujeres se levantaron a voz en grito, tan asustadas al ver a su señora caída en tierra y como muerta y al oír los propósitos que había tenido, que no supieron qué hacer como no fuera correr en busca de los medios que pudieran hacerla volver en sí. Y cuando pudo hablar, les dijo: «Vedme, amigas mías, cómo soy en el día de hoy la mujer más desgraciada de la tierra». Y les contó su aventura, rogándoles que quisieran socorrerla, ya que daba su vida por perdida. Y cuando intentaban reconfortarla, llegó el ayuda de cámara de su marido, a través del cual aquél le ordenaba que fuera inmediatamente junto a él. Ella, abrazando a dos de sus mujeres, comenzó a llorar y gritar, rogándoles que no la dejaran ir de ninguna forma, porque estaba segura de morir. Pero el ayuda de cámara le aseguró que no y que ponía en prenda su vida de que nada le sucedería a ella, quien, al ver que no encontraba motivo de resistencia, se arrojó en brazos del servidor, diciéndole: «Amigo mío, puesto que es preciso, llevad este desgraciado cuerpo a la muerte». Y, al instante, semidesvanecida de tristeza, fue transportada por el ayuda de cámara a los aposentos de su señor, dejándola a los pies de aquél, donde ella exclamó: «Señor, os ruego que tengáis piedad de mí y os juro por la fe que debo a Dios que os diré toda la verdad». Su señor barbotó como hombre desesperado: «¡Por Dios que me la diréis!», y expulsó fuera a todas sus gentes. Y como tenía a su mujer por muy devota, pensó que no sería perjura si juraba sobre la cruz, de modo que reclamó una muy bella que había comprado, y cuando estuvieron solos le hizo jurar sobre ella que respondería la verdad a lo que preguntara. Pero ella, que ya había superado sus primeras aprensiones del temor a morir, cobró valor, decidiéndose a no ocultarle nada, antes de morir, y también a no decir cosa alguna que ocasionara sufrimientos al caballero a quien amaba. Y después de oír las preguntas que le hizo, respondió: «Señor, no quiero ni justificarme ni hacer de menos ante vos el amor que he profesado al caballero del que sospecháis; y aunque vos no lo podréis creer dada la experiencia que hoy habéis tenido, deseo explicaros bien lo que dio ocasión a este sentimiento. Sabed, señor, que nunca mujer amó a su esposo como yo a vos; porque desde que os desposé hasta hoy,

jamás entró en mi corazón otro amor que el vuestro. Sabéis que, siendo todavía niña, mis padres me quisieron casar con un personaje de más abolengo que vos, pero nunca consiguieron que accediera después de haberos hablado, y así, contra su opinión, me mantuve firme hasta teneros, sin reparar ni en las consideraciones que me hacían mis padres. Y no podéis ignorar el trato que hasta ahora obtuve de vos, y por como me habéis amado y estimado tuve tantos enojos y sinsabores que sin la ayuda de mi señora, a la cual me confiasteis, yo hubiese enloquecido. Pero, al fin, viéndome estimada como muy bella por todos, excepto vos, comencé a sentir tan vivamente el agravio que me hacíais que el amor que os tenía se convirtió en odio y el deseo de complaceros en el de la venganza. Y, en mi desesperación, me halló un príncipe que, por obedecer más a su rey que al amor, me abandonó en el momento en que comenzaba a sentir el consuelo de mis tormentos en un amor honesto. Y, después de aquél, encontré éste que no tuvo apenas que rogarme, ya que su galanura, su virtud y su honestidad bien merecen ser buscadas y apreciadas por toda mujer de claro entendimiento. A mi requisitoria, y no a la suya, me amó con tanta honestidad que nunca en su vida me pidió cosa alguna contra el honor. Y aunque el poco amor que os profeso daba ocasión a no guardaros fe ni lealtad, el amor que tengo a Dios y a mi honor me han guardado hasta aquí de haber hecho cosa alguna por la que tuviera necesidad de confesión o temiera avergonzarme. No os quiero negar que, tan a menudo como me era posible, me iba a charlar con él en una recámara fingiendo que iba a rezar mis oraciones, ya que en este asunto nunca me confié a hombre o mujer para manejarlo. Tampoco quiero negar, estando en lugar tan privado y fuera de toda sospecha, haberle besado con tan limpio corazón como nunca hice con vos. Pero jamás pediré gracia a Dios si entre nosotros dos hubo nunca otra licencia, ni si me presionó nunca para llegar a más, ni si mi corazón tuvo deseo de ello porque me sentía tan contenta con sólo verle que me parecía que no había en el mundo mayor placer. Y vos, señor, que sois el único culpable de mi desgracia, ¿queréis tomar venganza por algo en lo que durante tanto tiempo me habéis dado ejemplo, con la diferencia que el que vos me dabais era sin honor y sin conciencia? Porque vos y yo sabemos bien que aquella que amáis no se contenta con lo que Dios y la razón mandan. Y si bien es cierto que la ley de los hombres acusa de deshonor a las mujeres que aman a otros hombres, también lo es que la ley de Dios no excusa a los hombres que aman. Y sería menester poner en la balanza vuestra ofensa y la mía, siendo vos hombre sabio y experimentado y de edad suficiente para conocer y saber evitar el mal, y yo joven y sin experiencia alguna de la fuerza y la potencia del amor. Vos tenéis una mujer que os quiere, estima y ama más que a su propia vida, y yo tengo un marido que me huye, que me odia y desprecia más que a una camarera; vos amáis a una mujer de más edad y menos bella que yo, y yo amo a un caballero más joven que vos, más apuesto y más amable. Vos amáis a la mujer de uno de los mejores amigos que tenéis en este mundo, ofendiendo tanto a la amistad como al respeto que debéis a los dos; y yo amo a un caballero que no está ligado a nada, a no ser el amor que me

tiene. Ahora, juzgad, señor, sin parcialidad, quién de los dos es el más digno de castigo o de excusa, si vos y yo. Pienso que no será varón sabio ni prudente quien os dé la razón, visto que soy joven e ignorante, despreciada y condenada por vos, y amada del caballero más apuesto de Francia, al que amo por la desesperación que me causa no poder nunca ser amada de vos». El caballero, oyendo tales términos llenos de verdad, dichos y pronunciados por un rostro tan bello, con una gracia tan firme y audaz que mostraba claramente su falta de temor a merecer el castigo, se sintió tan sorprendido por el asombro que no supo qué responder, a no ser que el honor del hombre y el de la mujer, no son en absoluto comparables. A pesar de todo, como juraba que no hubo pecado entre el que amaba y ella, no se decidió a castigarla; eso sí, ella no debía volver más allí y ni uno ni otro deberían recordar cosas pasadas, lo que ella prometió y se fueron juntos a acostar en buena armonía. Llegada la mañana, una anciana servidora, que temía grandemente por la vida de su señora, acudió a su despertar y le preguntó: «Y bien, señora, ¿cómo va?». A lo que le respondió riendo: «¿Cómo, amiga mía? No hay marido mejor que el mío, que ha creído en mi juramento». Así pasaron cinco o seis días. El caballero tomó de su cuenta el vigilar a su mujer, de forma que de día y de noche estaba al acecho cerca de ella; pero no supo hacerlo tan bien que ella no hablara en un lugar oscuro y sospechoso con aquel que amaba. Sin embargo, llevó su asunto tan secretamente que ni hombre ni mujer supieron la verdad.

Y ocurrió que un lacayo hizo correr el rumor de que había encontrado a un caballero y a una dama en un establo situado debajo de los aposentos de la señora de la dama de nuestra historia, con lo cual el marido entró en sospechas y deliberó que el caballero debería morir, reuniendo gran número de parientes y amigos para matarlo en cualquier lugar que le pudieran encontrar. Pero el más importante de sus parientes era tan amigo del caballero a quien buscaban que, en lugar de sorprenderlo, le advirtió de lo que se trataba contra él; más éste, por otra parte, era tan apreciado en la corte y estaba tan bien acompañado que no temía nada el poder de su enemigo; y sucedió que no fue encontrado, pero él fue a una iglesia en busca de la señora de aquella de quien estaba enamorado, la cual no sabía nada de toda la historia pasada, ya que nadie la comentó delante de ella.

El caballero le contó la adversión y mala voluntad del marido hacia él y que, a pesar de ser inocente, estaba resuelto a irse de viaje a cualquier lugar lejano con el fin de acallar el rumor que comenzaba a crecer. La princesa, señora de su amada se sintió muy sorprendida al escuchar tales murmuraciones, asegurando que el marido padecía un gran error al tener sospechas de su mujer tan honesta, de la que ella no conoció nunca más que virtud y honestidad. Sin embargo, dada la posición del marido y para extinguir tan enojoso rumor, la princesa le aconsejó que se alejara por algún tiempo, asegurándole que no creería ninguna de tales locuras y sospechas. El caballero y la dama, que estaba junto a su señora, se sintieron muy contentos de contar con la grada y buena opinión de la princesa, quien aconsejó al caballero que antes de su partida

debería hablar con el marido y, siguiendo su consejo, lo encontró en una galería cercana a los aposentos del rey, y con rostro muy grave (y haciéndole los honores que correspondían a su posición) le dijo: «Señor, toda mi vida fue mi deseo servirlos, y por toda recompensa he oído que anoche me buscabais para matarme. Os ruego, señor, que consideréis que tenéis más autoridad y poder que yo; y que, no obstante, soy tan hidalgo como vos y me sería enojoso dar mi vida por nada. También os ruego que penséis que tenéis una mujer honesta y si alguno dijera lo contrario le diré que miente como un bellaco. En cuanto a mí, pienso que no hice nada por lo que hayáis de quererme mal. Si queréis, seguiré siendo vuestro servidor; si no, ya lo soy del rey, lo cual es motivo suficiente de contento». El caballero destinatario del discurso le dijo que ciertamente había tenido alguna sospecha de él, pero que lo tenía por hombre de bien y deseaba más su amistad que su intimidación; y diciéndole adiós sombrero en mano, lo abrazó como a su mayor amigo. Podréis imaginar lo que dirían los que la noche antes habían recibido su comisión de matarlo, al ver tantos signos de honor y de amistad; cada uno decía lo que le parecía. En tanto, el caballero se marchó, pero como quiera que no estaba tan provisto de dinero como de apostura, su dama le dio un anillo valorado en tres mil escudos, el cual empeñó en mil quinientos. Y algún tiempo después que hubo partido, el marido se dirigió a la a la princesa, señora de su mujer, y le suplicó que le concediera permiso para ir a vivir algún tiempo con una de sus hermanas. A la princesa le pareció muy extraño y le rogó le dijera el motivo, diciéndole en parte pero no todo. Después que nuestra joven esposa se despidiera de su señora y de toda la corte sin llorar ni dar muestras de pena, fue donde su marido quería que fuese en compañía de un caballero a quien se le dio el encargo expreso de guardarla cuidadosamente y, sobre todo, que en el camino no tuviera ocasión de hablar con aquel de quien conjuntamente se murmuraba. Ella, que sabía este mandato, todos los días les daba motivos de sobresalto y se burlaba de ellos y de su poco aviso. Y, un día cualquiera, al partir del alojamiento, encontró un franciscano a caballo. La dama cabalgaba con su palafrén a su lado, y charlaba con él desde el mediodía hasta la hora de la cena y cuando estuvo a cosa de una legua de la posada le dijo: «Padre, tomad estos dos escudos que os doy por los consuelos que me habéis prestado esta tarde, y como sé que no osaríais tocarlos, tomadlos envueltos en un papel, y os ruego que apenas os separéis de mí, os vayáis campo a través a galope tendido». Y cuando estuvo muy lejos, dijo la dama en voz alta a sus gentes: «Pensaréis que sois buenos servidores y muy celosos de guardarme y, sin embargo, habéis permitido que aquel que tanto os han recomendado haya hablado conmigo todo el día y le habéis dejado hacer; bien merecéis que vuestro señor, que tanto fía en vosotros, os dé bastonazos en lugar de vuestra soldada». Cuando el caballero a quien estaba encomendada oyó estas frases, le acometió tan gran furor que no pudo ni responder y, picando espuelas a su caballo, y requiriendo a dos que fueran con él, tanto hizo, que alcanzó al franciscano, que viéndoles venir en derechura a él, huyó como pudo, mas como estaban mejor montados que él, el infeliz fue apresado. Y, sin

saber de qué, les pedía gracia a gritos; y como se quitara la capucha para suplicarles más humildemente con la cabeza descubierta, pudieron ver que no era el que buscaban, y que su señora se había burlado de ellos, insistiendo todavía más a su regreso, al decir: «¡Y que sea a tales gentes a quienes se confían mujeres a guardar! Las dejan hablar sin saber a quién y después, dando fe a sus palabras, quieren humillar a los servidores de Dios». Y después de estas palabras, llegaron al lugar que su marido le ordenara, donde sus cuñadas y el marido de una de ellas la tenían muy sujeta. Durante este período, oyó su marido que el anillo estaba en prenda por mil quinientos escudos, lo cual le enojó mucho. Más, para salvar el honor de su mujer y para recobrarlo, le mandó decir que lo retirase y que él pagaría los mil quinientos escudos. Ella, a quien no preocupaba el anillo, ya que su amigo tenía el dinero, escribió a éste contándole cómo su marido la obligaba a retirar el anillo; y para que no pensara que ella lo hacía porque disminuyera su voluntad, le envió un diamante que le había regalado su señora, y que tenía en mayor estima que el anillo. El caballero le envió muy gustoso el recibo del prestamista y se dio por contento en tener mil quinientos escudos y un diamante, y de sentirse reafirmado en la gracia de su amada, tanto más cuanto que viviendo el marido, no tendría medio de comunicarse con ella, a no ser por carta. Y después que el marido murió, fiándose en las promesas que ella le hiciera, la persiguió diligentemente en matrimonio, pero encontró que la larga ausencia le había deparado un compañero más amado que él, lo que le proporcionó tan gran pesar que, huyendo de las damas, buscó los lugares aventurados, en los que encontró toda la estima que un hombre joven como él podía hallar; y así terminó sus días.

«He ahí señoras, lo que sin tratar indulgentemente a nuestro sexo, he querido demostrar a los maridos; y es hacerles comprender que las mujeres de gran corazón son más a menudo vencidas por la ira y la venganza que por la dulzura y el amor, al que ésta supo resistir durante largo tiempo, pero al final fue vencida por la desesperación, cosa que no debe hacer ninguna mujer de bien ya que, se trate de lo que se trate, no hay excusas para una mala conducta; que cuanto mayores son las ocasiones, tanto más virtuosas deben mostrarse en resistir y vencer al mal con el bien, y no pagar al mal con el mal, pues a menudo el mal que se quiere ocasionar a otro cae sobre uno mismo. ¡Bien aventuradas aquéllas en que la gracia de Dios se muestra en forma de castidad, dulzura, paciencia y longanimidad!». Dijo Hircan: «Me parece, Longarine, que esta dama de quien vos habéis hablado fue movida más del despecho que del amor porque si tanto amaba al caballero como decía, no lo hubiera abandonado por otro; y a juzgar por vuestra historia, se la puede tachar de vengativa, despechada, inconstante y versátil». «Habláis en vuestra indiferencia —contestó Emarsuite a Hircan—, pero ¿sabéis acaso el quebrantacorazón que es amor sin ser amado?». «Es cierto —respondió Hircan—, no lo he experimentado nunca, porque

nunca se me hizo una mala caricia sin que yo no dejara al amor y a la dama juntos inmediatamente». «Bien se ve —exclamó Parlamente— que no amáis otra cosa que vuestro placer; pero una mujer de bien no debe dejar así a su marido». «Sin embargo —intervino Simontault— ésta cuya historia hemos oído, en algún momento, que era mujer, ya que supo realizar una bella venganza como pocos hombres hubieran sabido». «Por una que no sea prudente —aseveró Doña Oisille—. No se podrá tener por tal a las demás». «Si sois todas mujeres —dijo Saffredant— por muy bellos y honestos atavíos que os pongáis, buscando bajo la ropa se os encontrará mujeres». Nomerfide le respondió: «Si se os quisiera escuchar, pasaríamos la jornada en querellas. Ya se me parece que tardo mucho en oír otra historia, y ruego a Longarine que ceda la palabra a cualquiera». Longarine miró a Guebron diciendo: «Si sabéis algo de alguna mujer honesta, os ruego que lo digáis ahora». Guebron le respondió: «Si he de decir lo que me parece, os contaré una historia ocurrida en la ciudad de Milán».

Narración XVI

Donde se cuenta cómo una dama milanesa da su visto bueno a la
audacia y el gran corazón de su amigo, a quien después amó de todo
corazón

En tiempos del gran señor de Chaumont vivía una dama considerada como una de las mujeres más honestas de aquellos tiempos en Milán. Había desposado a un conde italiano, del que quedara viuda, viviendo en casa de sus cuñados sin querer oír hablar nunca de volverse a casar, y conduciéndose tan prudente y santamente que no había, en todo el ducado, francés o italiano que no la tuviera en gran estima. Un día que sus cuñados y su suegra ofrecían un festín al señor de Chaumont, nuestra viuda fue constreñida a asistir, cosa que no acostumbraba en otras ocasiones. Y cuando los franceses la vieron, hicieron gran aprecio de su belleza y muchas prendas y, sobre todos, un duque cuyo nombre callaré; pero que os bastará saber que no había en Italia, francés más digno de ser amado que aquél, ya que reunía todas las gracias y prendas que pudiera tener caballero alguno.

Y en cuanto vio a la dama viuda, con su crespón negro, separada de la juventud en un rincón con varias viejas, se dedicó a departir con ella como quien nunca tuvo miedo a hombre o mujer, quitándose la máscara y abandonando las danzas para permanecer en su compañía. Y, en toda la noche, no cesó de hablar con ella y con las viejas que la rodeaban, encontrando en ello más placer que en las más jóvenes y bizarras de la corte, de manera que cuando llegó la hora de retirarse cayó en la cuenta que no había sentido necesidad de sentarse. Y a pesar que no hablara con las damas más que de los lugares comunes que es habitual decir en tales reuniones, bien supo ella ver que sentía deseos de volver a verla, por lo cual se propuso guardarse lo mejor que le fuera posible, de suerte que no la volvió a ver en fiestas ni grandes reuniones. Preguntó él sobre sus costumbres y supo que visitaba a menudo iglesias y conventos, con lo que se puso al acecho en tal disposición que ella no podía ir secretamente sin que él estuviera allí primero, y que no pudiera permanecer en la iglesia sin que él tuviera el placer de verla; y en tanto que estaba allí, la contemplaba con tanto afecto que no podía ignorar el amor que él la profesaba. Para evitar todo esto, decidió por algún tiempo fingir que se encontraba enferma y oír misa en su casa, con lo que el caballero se sintió tan apesadumbrado como no era posible más, ya que no tenía otro medio de verla que aquél. Ella pensando que él ya había desistido, retomó a las iglesias como antes, lo que el amor anunció inmediatamente al caballero, que amor anunció inmediatamente al caballero, que reemprendió sus primeras devociones; y por temor a que ella le pusiera de nuevo algún impedimento y no encontrara la

oportunidad de hacerle saber sus sentimientos, una mañana que ella pensaba estar bien oculta en una pequeña capilla, donde oía misa, fue a colocarse al pie del altar y al ver que estaba poco acompañada, así que el sacerdote alzó el «Corpus Domini» se volvió hacia ella y con voz dulce y llena de cariño, le dijo: «Señora, pongo por testigo de mi condenación y de que seréis la causa de mi muerte a Aquél que el sacerdote eleva; porque, aunque me privéis de dirigiros la palabra, no podéis ignorar mi afecto, que bastante os han declarado la verdad de mis ojos languidecientes y mi aspecto mortecino». La dama, fingiendo no comprender nada, le dijo: «Dios no debe ser rogado en vano; pero los poetas dicen que los dioses se ríen de los juramentos y las mentiras de los enamorados; siendo así, las mujeres que aprecien su honor no deben ser crédulas ni apiadarse». Y al decir esto, se levantó y se encaminó a su casa.

Si el caballero se sintió enojado por estas palabras, aquellos que han experimentado algo semejante dirán que sí. Pero él, que no tenía tachas en su corazón, prefirió haber obtenido esta respuesta que haber fallado en declarar su sentimiento, que mantuvo firme a lo largo de tres años, al tiempo que la perseguía sin tregua con cartas y otros medios. Más en todo ese tiempo no tuvo otra respuesta, a no ser que le huía como el lobo al galgo que debe apresarle, no porque sintiera odio hacia él, sino por temor a su honor y reputación, y apercibiéndose que fue esto por él, la persiguió aún más vivamente que antes.

Y tras varias penas, negativas, tormentos y desesperanzas, viendo la firmeza de su amor, la dama tuvo piedad de él y le concedió lo que deseara y esperara tanto tiempo; y cuando estuvieron de acuerdo en la forma de realizarlo, no dejó el caballero de arriesgarse a ir a su casa, aunque su vida podía correr gran peligro, visto que los parientes de ella vivían todos juntos. Él, que no tenía menos astucia que galanura, se condujo tan ladinamente que entró en su habitación a la hora que ella fijara, encontrándola sola acostada en un hermoso lecho; y así que se apresuró a desnudarse para acostarse con ella, oyó en la puerta un gran murmullo de voces hablando bajo y tintinear de espadas contra las paredes. La dama dijo con aspecto de estar medio muerta: «En este convento vuestra vida y mi honor están en el mayor de los peligros, ya que oigo bien a mis hermanos que os buscan para mataros; os lo ruego ocultaos bajo este lecho, porque, al no encontraros, tendré ocasión de enojarme con ellos por la alarma que sin motivo me habrán producido». El caballero, que nunca conociera el miedo, le contestó: «¿Y quiénes son vuestros hermanos para que los tema un hombre de bien? Estoy seguro que cuando toda su casta esté junta no resistirán el cuarto golpe de mi espada; así que reposad en vuestro lecho y dejadme guardar esta puerta». Al instante, se arrolló la capa al brazo y, espada en mano, fue a abrir la puerta para ver de cerca las espadas cuyo ruido oyera, y al abrirla vio a dos camareras con sendas espadas en las dos manos, que eran autoras de la alarma, y que le dijeron: «Perdonadnos, señor, pero habíamos recibido orden de nuestra señora de hacerlo así; mas ya no tendréis ningún impedimento por nuestra parte». El caballero, viendo que eran mujeres, no pudo hacerles nada peor que enviarlas a todos los diablos, cerrando

la puerta en sus narices y yendo a acostarse con su dama, cuyo miedo no había hecho disminuir su amor; y olvidando pedirle la razón de esta algarada, no pensó más que en satisfacerla a su placer. Mas, al ver que el día se acercaba, le rogó que le dijera por qué había hecho tan mala pasada tanto por el tiempo que le hiciera aguardar como por aquella última faena. Ella, riendo, le respondió: «Mi decisión era no volver a amar nunca, cosa que desde mi viudedad había sabido guardar; vuestra honestidad, desde el momento en que me hablasteis en el festín, hizo mudar mi propósito, y comencé desde entonces a amaros como vos me amabais a mí. Es cierto que el honor con que siempre me había conducido no quería permitir que el amor me llevara a hacer alguna cosa que pudiera dañar mi reputación. Pero, al igual que la corza herida de muerte intenta, cambiando de lugar, hacer desaparecer el mal que lleva consigo, así hice yo yendo de iglesia en iglesia, procurando huir de lo que llevaba en mi corazón, cuyas pruebas de amor han sido tan perfectas que han hecho concordar el honor y el amor. Mas, al fin de estar segura de poner mi amor y mi corazón en un perfecto hombre de bien, he querido hacer esta última prueba con mis camareras, pudiéndoos asegurar que, si por miedo a cualquier otra consideración, os hubiese encontrado temeroso hasta el punto de ocultaros bajo mi lecho, había decidido levantarme e irme a otra habitación, sin volveros a ver nunca más de cerca. Pero, como os encontré apuesto, de buenas prendas y lleno de virtudes y audacia, aún más de lo que se me había dicho, y visto que el miedo no ha podido tocar vuestro corazón, ni siquiera para entibiar el amor que me tenéis, he decidido unirme a vos hasta el resto de mis días, estando cierta de que no podría confiar mi vida y mi honor en mejores manos que en las de aquel del que no he visto semejante con tantas virtudes». Y, como si la voluntad de los hombres fuera inmutable, se prometieron y juraron lo que no estaba en su poder, esto es, un amor eterno, que no puede nacer ni vivir en el corazón de los hombres; y bien saben los que lo han padecido lo que duran tales opiniones.



«Por esto es, señoras mías, por lo que deberíais guardaros de nosotros, al igual que debería el ciervo si tuviera entendimiento, huir de su cazador; porque nuestra felicidad, nuestra gloria y nuestro entendimiento consisten en veros rendidas y arrebatáros lo que os es más caro en la vida». «¿Cómo? —preguntó Hircan—. ¿Desde cuándo os habéis convertido en predicador? Siempre me pareció que no eran ésas vuestras inclinaciones». «Bien es verdad —contestó Guebron— que hablé ahora en sentido contrario a lo que dije toda mi vida, pero como los dientes son débiles y ya no puedo masticar la carne de caza mayor, advierto a las pobres corzas que se guarden de los monteros, intentando reparar en mi vejez los males que causé en mi juventud». «Os lo agradecemos, Guebron —dijo Nomerfide—, que nos advirtáis de lo que nos conviene, porque, ¿acaso no seguisteis la misma conducta con aquella que tanto amasteis? ¿No será que no podéis soportar que seamos amadas? Puede que pensemos ser tan prudentes y virtuosas como aquellas que con tanta insistencia perseguistéis en vuestra juventud. Pero es la gloria de los ancianos, que piensan siempre ser más sabios que los que vivieron después de ellos». «¡Muy bien! —dijo Guebron—. Nomerfide, ¿creeréis que os he dicho la verdad cuando la falsía de alguno de vuestros enamorados os haga conocer la malicia de los hombres?». Doña Oisille se dirigió a Guebron diciendo: «Me parece que el caballero cuya audacia tanto ensalzáis debería más bien ser reputado de furor de amor, que es una pasión tan fuerte que hace emprender a los más cobardes lo que más audaces pensarían dos veces». Saffredant comentó: «Señora, a no ser que él pensara que los italianos son gentes de más decir y menos hacer, creería llegado el momento de echarse a temblar». «Sí —respondió Doña Oisille— si él hubiese tenido en su corazón la llama que engendra el temor». «Si no encontráis encomiable la audacia de este caballero —preguntó Hircan—, ¿queréis decirme si sabéis de otro más digno de alabanza?». «Cierto que éste es admirable, pero sé de uno que lo es más», respondió Doña Oisille. «Si es así —dijo Guebron— os ruego que toméis mi puesto y nos digáis alguna cosa honesta y propia de un hombre arrojado, como habéis prometido». «Si así se ha considerado de un hombre que por su vida y el honor de su dama luchó contra los milaneses y fue considerado tan arrojado, ¿qué no lo será el que, sin necesidad, sino por verdadera y genuina audacia, realizó la hazaña que os voy a decir?».

Narración XVII

De cómo el rey Francisco mostró su generosidad con el conde
Guillaume, que quería su muerte

A la villa de Dijon, en el ducado de Borgoña, llegó al servicio del rey Francisco un conde alemán, llamado Guillaume, de la casa de Sajonia, tan aliada de Saboya que antiguamente no eran más que una. El conde, estimado, apuesto y arrojado como ninguno en Alemania, tuvo buena acogida del rey, que no sólo lo tomó a su servicio, sino que lo nombro su ayudante y gentilhombre de cámara. El gobernador de Borgoña, señor de La Trimouille, era un anciano caballero y leal servidor del rey, que siempre tenía sospechas y andaba temeroso de cualquier mal o peligro que pudiera ocurrir a su señor, por lo cual tenía siempre espías alrededor de sus enemigos para saber lo que hacían, y, de esta forma, gobernaba tan sabiamente que pocas cosas le quedaban ignoradas. Entre otros avisos, le fue escrito por uno de sus amigos que el conde Guillaume había aceptado cierta cantidad de dinero, con la promesa de recibir más, si conseguía que el rey muriera, de cualquier suerte que esto pudiera ser. El señor de La Trimouille no tardó en ir a advertir al rey, y tampoco lo ocultó a Doña Luisa de Saboya, su madre, la cual dio al olvido el parentesco que tenía con el alemán y suplicó al rey que lo castigara en seguida; le prohibió éste hablar de ello, diciendo que era imposible que tan honesto caballero y hombre de bien emprendiese tan gran maldad. Al cabo de algún tiempo, aún llegó otra comunicación confirmando la primera; a lo que el gobernador, ardiendo en amor a su señor, le pidió permiso para castigarlo o para dar orden de que lo hicieran; pero el rey le ordenó expresamente que no hiciese nada semejante, pensando que habría algún medio para saber la verdad. Un día que iba de caza, tomó la mejor espada que era posible ver en esta clase de armas y llevó consigo al conde Guillaume, al que ordenó seguirle el primero y muy de cerca; y, después de algún tiempo de correr los ciervos, viendo el rey que sus gentes estaban lejos, salvo el conde, se apartó de los caminos conocidos.

Y cuando se vio solo con el conde en lo más profundo del bosque, sacando su espada, le dijo: «¿Os parece que esta espada es buena y bella?». El conde, manejándola, le dijo que nunca viera ninguna que pesara mejor. «Tenéis razón —dijo el rey— y creo que si algún caballero hubiera decidido matarme y conociera la fuerza de mi brazo y la bondad de mi corazón acompañados de esta espada, lo pensaría dos veces para asaltarme. Sin embargo yo lo tendría por bien más aún, si estando los dos solos y sin testigos, no osara ejecutar lo que había emprendido». El conde Guillaume, con rostro asombrado, le respondió: «Sí, la alevosía de la empresa sería muy grande, pero la locura de querer ejecutarla no sería menor». El rey, echándose a reír, volvió la

espada a su vaina, y al escuchar que la cacería estaba cerca de ellos, picó espuelas lo más aprisa que pudo. Cuando llegó, no habló a nadie de este asunto y estuvo cierto de que el conde Guillaume, a pesar de ser uno de los más fuertes y aguerridos caballeros, no era hombre para cometer tan dura empresa. Pero el conde Guillaume, temeroso de ser descubierto o tachado de sospechoso del hecho, fue al día siguiente a decir a Robertet, secretario de la hacienda del rey, que había examinado los beneficios y soldadas que el rey quería darle por tenerlo a su servicio, y que pensaba que no eran suficientes para su mantenimiento durante medio año; y que si no le plugía al rey elevar la mitad al doble, se vería obligado a retirarse, rogando al citado Robertet le hiciera saber lo antes posible la decisión del rey. Aquél le dijo que no podía adelantarle nada, salvo ir inmediatamente a ver al rey, encargo que tomó gustoso, ya que había visto las advertencias del gobernador. Y así que el rey se despertó, se apresuró a decirle su comisión, estando presentes el señor de La Trimouille y el almirante Bonnivet, que ignoraban lo que el rey había hecho durante su paseo. El monarca les dijo: «Teníais deseos de atrapar al conde Guillaume, y ya veis cómo se deja atrapar él solo. Así que le diréis que si no se contenta con el estado en que aceptó al entrar a mi servicio, en el cual se sienten muy felices gentes de alcurnia, es buena razón para que él busque en otros sitios mejor fortuna; en cuanto a mí, no se lo impediré, sino que me sentiré muy contento de que, marchándose, pueda vivir como merece». Robertet fue tan diligente en llevar la respuesta al conde como lo había sido en presentar su requerimiento al rey. El conde dijo que, con su permiso, decidía marcharse; y como aquél a quien el miedo impulsa a partir, no necesitó ni siquiera veinticuatro horas; y, cuando el rey se sentaba a la mesa, solicitó su permiso, fingiendo tener gran pesar porque su necesidad le hiciera tener que ausentarse de su presencia. También pidió permiso a la madre del rey, quien se lo dio tan gozosamente como amigo y pariente lo recibiera. Así que se fue a su país. Y el rey, al ver a su madre y a sus servidores tan asombrados por esta repentina partida, les contó la alarma que le había infundido, diciendo que aunque fuera inocente de lo que se suponía, su miedo había sido tan grande como para alejarle de un señor cuya constitución física ignoraba cuánto podía dar de sí.

«Por lo que a mí se refiere, señoras mías, no veo qué otra cosa pudo inducir al corazón del rey a arriesgarse así, él sólo, frente a un hombre tan reputado, y que dejando la compañía y los lugares en que los reyes no encuentran inferior que ose retarles a combate, quisiera hacer semejante de quien presumía su enemigo, para contentarse a sí mismo, experimentando la bondad y la audacia de su corazón». «No hay duda de que tenía razón —dijo Parlamente—. La alabanza de todos los hombres no puede satisfacer tanto a un gran corazón como el conocimiento y la experiencia que él mismo tiene de las virtudes que Dios ha depositado en él». «Tiempo ha que lo poetas y otras personas —intervino Guebron— nos han explicado que para llegar al

templo de la Fama es preciso pasar por el de la Virtud. Y yo, que conozco bien a los dos personajes de vuestra historia, sé que verdaderamente el rey es uno de los hombres más arrojados del reino». «A fe mía —dijo Hircan— que a la hora de llegar el conde Guillaume a Francia, yo hubiese temido su espada más que la de los corteses compañeros italianos que había en la corte».

«Bien sabéis —comentó Emarsuite— que es tan apreciado que nuestras alabanzas no alcanzan a reflejar su mérito, y que nuestra jornada no acabaría nunca si cada uno tuviera que decir lo que le parece. Así que, señora ceded vuestra voz a alguien que diga algo bueno de los hombres, si es que lo hay». A continuación Doña Oisille dijo a Hircan: «Me parece que estáis tan acostumbrado a hablar de las mujeres que os será fácil contar una buena historia en alabanza de los hombres; así que os cedo la palabra». «Cosa que me será muy fácil de hacer —respondió Hircan— porque hace poco que se me hizo alabanza de un caballero cuyo amor firmeza y paciencia son tan dignas de encomio que no quiero que se pierda su recuerdo».

Narración XVIII

Donde se habla de una bella y joven dama que comprobó la fe de un joven estudiante amigo suyo antes de concederle licencias sobre su honor

En una de las mejores villas del reino de Francia, había un señor de rancio abolengo que asistía a las enseñanzas de los maestros del saber, deseando llegar a averiguar cómo adquieren virtud y honor los hombres honestos. Y llegó a ser tan sabio que a la edad de diecisiete o dieciocho años era ejemplo y doctrina para los demás. Mas, después de sus lecciones, el amor no dejó de cantarle la suya, y para ser mejor oído y recibido se ocultó tras los ojos y el rostro de la dama más bella del país, que no se sabe por qué razón había llegado a la villa. Pero antes que el amor intentara vencer al hidalgo por la belleza de esta dama, ya ganara el corazón de día, al ver las perfecciones que se daban en el caballero; porque en galanura, grada, buen sentido y donoso hablar, no había nadie, de cualquier condición, que le aventajara. Vuestras mercedes, que saben el pronto camino que hace ese fuego cuando prende uno de los cabos del corazón y de la fantasía, comprenderéis que el amor no encontró obstáculos en dos tan perfectas personas, y los sujetó a su yugo y los inundó plenamente de tan clara luz que su pensamiento, voluntad y lenguaje no eran otra cosa que reflejo de este amor, lo que dado su juventud, que en él engendraba temor, le hacía insistir en su asunto lo más dulcemente posible. Pero quien ya estaba vencida por el amor no tenía necesidad de fuerza; sin embargo, dado el pudor propio de las damas, ella se guardaba de mostrarlo todo lo que podía. Bien es cierto que, al fin, la fortaleza de su corazón, donde el amor reside fue arruinada de tal suerte que la pobre dama accedió a lo que ya estaba ella de acuerdo. Mas, para comprobar la paciencia, firmeza y amor de su galán, le concedió lo que pedía imponiéndole una difícil condición, encareciéndole que, sí cumplía, ella lo amaría a la perfección, mas que si fallaba, no volvería a verla en su vida: consistía en que ella se sentiría muy gustosa de hablar con él en una cama, acostados los dos con sus camisas de dormir, pero que no le pidiera nada más, como no fuera hablar y, todo lo más besarla. Él, que pensaba que no había alegría semejante a aquella que se le prometía, accedió; y, llegada la noche, la promesa fue cumplida, de suerte que, a pesar de las caricias que ella le hizo y de lo que él hubo de contenerse, no quiso faltar a su juramento. Y aunque estimaba que esta condición no era inferior a las penas del purgatorio, tan grande fue su amor y tan fuerte su esperanza, que sintiéndose seguro de la eterna continuidad del amor que con tantas fatigas había alcanzado, conservó su paciencia y se levantó de su lado sin haber querido en ningún momento causarle ningún disgusto. A lo que yo creo, la dama, más

maravillada que contenta de tanta bondad, sospechó incontinentemente que su amor no era tan grande como ella pensaba, o que él no había encontrado en ella tantos dones como pensó, y ya no guardó consideración a su gran honestidad, paciencia y respeto a un juramento. Así que decidió hacer todavía otra prueba para comprobar el amor que él le profesaba, antes de mantener su promesa. Y, para conseguirlo, le rogó que entablara amistad con una muchachita que tenía a su cargo, más joven que ella y más bella, a fin de que los que lo vieran en su casa con tanta frecuencia pensasen que iba tras la joven y no en pos de ella. El joven caballero, que pensaba ser amado tanto como él amaba, obedeció enteramente lo que se le mandó y se obligó, por amor a ella, a hacer el amor a la muchacha; la cual, viéndole tan bello y bien decidido, creyó sus mentiras como no hubiera creído sus verdades y lo amó tanto como si hubiera sido bienamada por él. Y cuando la señora vio que las cosas iban adelante y que el caballero no cesaba a cada momento de instarla a cumplir su promesa, le concedió que viniera a verla una hora después de medianoche, diciéndole que había comprobado el amor y la obediencia que él la profesaba y que era razón de que fuera recompensado por su gran paciencia. Ni que decir tiene la alegría que revivió este fiel servidor, que no dejó de acudir a la hora señalada. Pero la dama, para medir la fuerza de su amor, dijo a su hermosa doncella: «Bien sé el amor que cierto caballero os tiene, y creo que vuestra pasión no es menor que la de él; me inspiráis tal piedad los dos que he decidido daros lugar y momento de hablar cómodamente juntos y a vuestras andas». La doncella se sintió tan transportada de alegría que no supo enmascarar su afecto, diciéndole que por su parte no fallaría y, obediente a su consejo, se desnudó y se acostó sola en un gran lecho que había en una habitación, cuya puerta dejó la dama abierta; encendiendo luces para que su claridad dejara ver más fácilmente la belleza de la joven. Y, fingiendo irse, se ocultó cerca del lecho donde no se la podía ver. Su infeliz enamorado, creyendo encontrarla, tal como ella prometiera, no faltó a la hora prometida, entrando en la habitación lo más suavemente que pudo; y después que cerró la puerta y se hubo desnudado y quitado los borceguíes forrados, fue a meterse en el lecho, donde pensaba encontrar a la que deseaba, y apenas alargó los brazos para abrazar a la que imaginaba su dama, cuando la infeliz muchacha, que creía que el caballero le pertenecía por entero, le echó los brazos al cuello al tiempo que le decía palabras tan cariñosas y con rostro tan amantísimo, que cualquiera que no fuera un eremita hubiera perdido el «paternóster». Mas cuando la reconoció, tanto por la vista como por el oído, el amor que con tanta diligencia lo llevara a acostarse, aún más aprisa lo hizo levantar, al ver que no se trataba de aquélla por la que tanto había sufrido; y mostrando tanto despecho hacia la señora como hacia la doncella, dijo a la muchacha: «Ni vuestra locura, ni la de quien con malicia aquí os colocó, podrían hacerme otro del que soy; poned empeño en ser mujer de bien que por mi culpa no perderéis vuestro buen nombre». Y, al decir esto, furioso como no era posible más, salió de la habitación y estuvo largo tiempo, sin volver a ver a su dama. Sin embargo, Amor, que jamás pierde la esperanza, le

aseguraba que tanto más grande era la solidez de su amor, avalada por la experiencia, tanto más largo y feliz sería su goce. La dama, que oyera los términos en que se expresó, se sintió tan contenta de la magnitud de su amor, que se le hizo largo el tiempo hasta el momento de volverle a ver para pedirle perdón por todos los sinsabores que le había hecho pasar. Y en cuanto pudo encontrarlo, se apresuró tanto en alabarlo por su honestidad y buenos propósitos que no solamente olvidó él todas sus penas, sino que incluso las dio por bien pasadas, dado que se habían tomado en gloria y en la seguridad perfecta de su amor, del que desde aquella fecha en adelante, sin impedimentos ni enfados, tuvo la entera posesión que podía desear.

«Decidme, señoras mías, ¿dónde podríais encontrar una mujer que haya sido tan firme, tan paciente y tan fiel en su amor como lo fue este hombre? Quienes padecieron tentaciones semejantes encontrarán las de San Antonio bien pequeñas por comparación. Quien puede ser casto y paciente con la belleza, el amor, el tiempo y el ocio de las mujeres, también será lo bastante virtuoso para vencer a los diablos». «Es una lástima —exclamó Doña Oisille— que no se dirigiera a una mujer tan virtuosa como él, porque de ser así, constituyeran di amor más perfecto y honesto de que nunca se oyera hablar». «Perdonadme —dijo Guebron—, pero ¿queréis decirme cuál es el papel que encontráis más difícil de los dos?». «Me parece —habló Parlamente— que el último, porque el despecho es la mayor de las tentaciones». Longarine dijo que pensaba que el primero, porque necesitó vencer a su amor y a sí mismo para mantener su promesa. «Bien habláis a vuestro favor —dijo Simontault—; pero nosotros, que sabemos bien lo que cuesta, debemos dar nuestra opinión. Por lo que a mí respecta, de primeras lo estimo loco, y de segundas tonto; porque pienso que en dando su promesa a la dama ella tenía tanta o más obligación que él. No le hizo prestar juramento más que para fingirse más honesta de lo que era, estando seguro de que un amor tan fuerte no se puede ligar ni con órdenes, ni por juramentos, ni por nada de este mundo; pero ella quería simular sus falta de virtudes, ya que él no podía ser conquistado más que por virtudes heroicas. Y la segunda vez, se mostró tonto al dejar a quien le amaba y valía más, por aquella otra a quien diera juramento contrario, sobre todo teniendo tan buen pretexto por el despecho de que estaba poseído». Dagoncin le replicó que era de opinión contraria, y que en la primera ocasión el caballero se mostró firme, paciente y sincero, y a la segunda leal y fiel en el amor. «¿Y cómo sabemos nosotros —preguntó Saffredant— que él no era uno de los citados en el capítulo titulado *De frigidis et maleficiatis*^[13]?» «Si Hircan hubiese querido perfeccionar su alabanza, no habría debido contar cuán gentil enamorado fue éste cuando tuvo lo que deseó; y ahora podríamos juzgar si era virtud o impotencia lo que le hizo ser tan juicioso». «Ya podéis figuraros —respondió Hircan— que si se me hubiese dicho, yo no lo habría ocultado más que el interesado. Mas viendo su persona y advirtiendo la fortaleza de su complexión, yo pensaría más bien que fue impulsado

por la fuerza del amor más que por alguna impotencia o frigidez». «Pues bien, si era tal como decís, debió romper su juramento —contestó Simontault—. Si ella se hubiera enojado por tan poco, se la habría podido aplacar fácilmente». «¿Y si —replicó Saffredant— él no hubiera sido lo bastante fuerte para forzarla, después de darle ocasión?». «¡Santa María! —exclamo Nomerfide—, ¿cómo podéis decir tal cosa? ¿Acaso es ésa la forma de conquistar el aprecio de quién se piensa es honesta y juiciosa?». «Me parece —dijo Saffredant— que no hay mejor manera de hacer honor a una mujer, de la que se pretenden tales cosas, que tomarla por la fuerza, porque no hay muchachita que no quiera ser rogada durante mucho tiempo, e incluso algunas a las que hay que regalar muchos presentes antes de conseguirlas; y otras que son tan tontas que ni con regalos ni fuerzas se las puede tener ni conseguir, y con las que es menester arbitrar otros medios. Más cuando se tiene relación con una tan lista que no se la puede engañar, y tan honesta que no se la puede conquistar ni con palabras ni con regalos, ¿no es razonable utilizar todos los medios posibles para conseguir la victoria? Y cuando oigáis decir que un hombre ha forzado a una mujer, debéis pensar que esa mujer le ha quitado la esperanza de conseguirla por otros medios, y no hagáis de menos al hombre que ha puesto en peligro su vida por hacer realidad su amor». Guebron se echó a reír, diciendo: «Yo he visto a veces poner sido las plazas y luego tomarlas por la fuerza, porque no era posible hablar, ni con dinero ni con amenazas, con quienes las guardaban, a pesar de que se dice que plaza que parlamenta ya está a medias tomada». «Creo —dijo Emarsuite— que todos los amores del mundo están basados en estas locuras; pero hay quienes han amado y perseverado buenamente y cuya intención no ha sido tal». «Si sabéis de algún caso —contestó Hircan— os cedo la palabra y lugar para decirlo». «Pues bien —respondió Emarsuite—, lo sé, y por tanto lo contaré gustosa».

Narración XIX

Donde se habla de dos enamorados que, desesperados de poder contraer matrimonio, profesaron en religión: el hombre, en San Francisco; y la muchacha, en Santa Clara

En tiempos del marqués de Mantua, que se había desposado con la hermana del duque de Ferrara, vivía en casa de la duquesa una doncella llamada Paulina, que era tan amada por un caballero servidor del marqués que la magnitud de su amor era causa de maravilla para todo el mundo, dado que él era pobre y caballero tan gentil que habría de buscar (por el aprecio en que le tenía su señor) alguna mujer rica. Pero a él le parecía que todo el tesoro del mundo se reunía en Paulina, a quien pensaba poseer, desposándola. La marquesa, deseosa de favorecer a Paulina casándola más ricamente, sentía profundo disgusto hacia él y a menudo les impedía hablar entre ellos, intentando demostrarles una y otra vez que si llegaban al matrimonio, serían los más pobres y miserables de toda Italia; sin que esta razón pudiera entrar en el entendimiento del caballero. Paulina, por su parte, disimulaba cuanto podía su amor; sin embargo, no por ello pensaba menos en ello. Esta situación duró mucho, con la esperanza de que el tiempo les trajera mejor fortuna. En esto vino una guerra, en la que el caballero fue hecho prisionero en unión de un francés, que tenía semejantes amores en Francia a los de él en Italia. Al encontrarse compañeros de infortunio, se confiaron uno al otro sus secretos. Y confesó el francés que tenía el corazón tan prisionero como el suyo, sin querer citar el lugar; pero, al estar los dos al servicio del marqués de Mantua, el caballero francés sabía que su camarada amaba a Paulina y por el interés que sentía en pro de su bien y provecho, le aconsejó que la desterrara de su fantasía, lo que el caballero italiano le aseguró que no estaba en su poder y que si el marqués de Mantua, como recompensa a su prisión y a los buenos servicios que le había prestado, no le concedía a su amiga, se haría franciscano y no serviría a otro señor que a Dios. Cosa que su compañero no podía creer, al no ver en él signos de religiosidad, al margen de la devoción a Paulina. Al cabo de nueve meses fue liberado el caballero francés y obró con tal diligencia que, por sus buenos oficios, consiguió la libertad para su compañero, y éste continuó insistiendo cuanto pudo cerca del marqués y la marquesa en pro de su matrimonio con Paulina. Mas no pudo lograr nada, porque siempre le ponían ante los ojos la pobreza en que habrían de vivir los dos, y asimismo los parientes de todos lados no estaban contentos ni tenían la misma opinión, y le prohibían que fuese a hablar con ella, a fin de que esta fantasía desapareciera con la ausencia y por imposibilidad. Y cuando vio que no tenía otro remedio que obedecer, pidió permiso a la marquesa para despedirse de Paulina, ya

que nunca podría hablar con ella, lo que le fue concedido, y en seguida fue a decirle: «Paulina, parece que el cielo y la tierra están contra nosotros, no sólo para impedir nuestro matrimonio, sino, incluso, para negarnos el vemos y oímos, según el riguroso mandato que nos han hecho nuestros señores, que bien se pueden alabar de haber herido con una palabra dos corazones, a cuyos cuerpos no queda sino languidecer, mostrando bien de esta forma que nada que no sea amor o piedad entrará en su estómago. Sé que su propósito era casarnos bien y ricamente a cada uno, ignorando que la verdadera riqueza consiste en la felicidad, pero nos han causado tanto mal y disgustos que ya siempre me será imposible estar a su servicio. Estoy seguro de que si yo no hubiera hablado nunca de este matrimonio, no habrían sido tan escrupulosos y nos habrían permitido hablar juntos, pudiendo asegurar que antes preferiría morir que mudar de opinión a peor, tras haberos amado con amor tan honesto y virtuoso, y perseguido con ardor de vos lo que de vos yo habría de defender. Y, como viéndonos, yo no sabría soportar esta penitencia y, no viéndoos, mi corazón, que no puede vivir vacío, se llenaría de cualquier desesperanza cuyo fin sería desgraciado, ha tiempo que me decidí a entrar en religión; no es que no sepa bien que el hombre pueda salvarse en cualquier estado; mas para tener mayor oportunidad de contemplar la bondad divina que, a lo que espero, tendrá piedad de las faltas de mi juventud y cambiará mi corazón para que ame las cosas espirituales como amé las temporales.



Y si Dios me hace gracia de conseguir la suya, mi trabajo consistirá en pedir incesantemente a Dios por vos, y os suplico, en nombre del amor tan firme y fiel como el que ha habido entre nosotros, que me recordéis en vuestras oraciones y rogáis a Nuestro Señor que me dé la misma constancia en sufrir vuestra ausencia como contento me daba con vuestra presencia... Y como toda mi vida esperé obtener de vos el trato que corresponde a un esposo, pero comprobando que en modo alguno me lo permiten, me contenté con la esperanza; pero ahora que la pierdo y que nunca podré tener de vos el trato que corresponde a un marido, permitidme al menos, para

deciros adiós, trataros como un hermano y dejadme que os bese». La infeliz Paulina, que siempre había sido bastante rigurosa, conociendo su extremo dolor y la honestidad de su petición, y que aún en tales circunstancias se contentaba con cosa tan razonable, sin responderle nada le echó los brazos al cuello, llorando con tanta amargura y congoja del corazón que las palabras, los sentimientos y las fuerzas le fallaron y cayó en sus brazos desvanecida; y la compasión que esto infundió en él, unidos a su amor y su tristeza, le hicieron correr la misma suerte, de modo que uno de los presentes, al verlos caer uno al lado del otro, pidió ayuda y a fuerza de remedios consiguieron que volvieran en sí. Entonces Paulina, que había pretendido disimular sus sentimientos, se sintió avergonzada al advertir cuán vehementemente los había mostrado; sin embargo, el dolor del infeliz caballero le sirvió de excusa. Y no sintiéndose capaz de decirle para siempre adiós, el caballero se marchó rápidamente, contraídos el corazón y los dientes, y entrando en su habitación como cuerpo sin alma, se dejó caer sobre la cama y pasó la noche en tan acongojados lamentos que sus criados pensaron que había perdido a todos sus servidores los pocos bienes que tenía, sobre la tierra. Por la mañana, tras encomendarse a Nuestro Señor y repartir entre sus servidores los pocos bienes que tenía, quedose con una pequeña suma de dinero y prohibiendo a sus gentes que lo siguieran, se fue él solo al convento de San Francisco llamado de la Observancia, donde pidió el hábito de religioso, decidido a no llevar nunca otro. El portero, que lo conocía de antes, pensó al principio que se trataba de una mentira o ficción, ya que no había en todo el país hombre que tuviera menos espíritu de franciscano que él, que reunía todas las gracias y virtudes que se puedan desear en un caballero. Mas, después de oír sus palabras ver sus lágrimas correr como arroyuelos por su rostro, como si tuvieran una fuente inagotable, le recibió humanamente y en seguida viendo su perseverancia, le entregó el hábito, que recibió devotamente, siendo advertidos de todo ello el marqués y la marquesa, que lo encontraron tan extraño que apenas podían creerlo. Paulina, para no demostrar sujeción a ningún amor, disimuló lo mejor posible el pesar que sentía, de suerte que todos fueron diciendo que pronto había olvidado el gran afecto de su fiel servidor, así pasó cinco o seis meses sin hacer demostración alguna de sus sentimientos. Durante ese tiempo, un religioso le enseñó una canción que su enamorado compusiera poco después de tomados los hábitos, con una tonada italiana bastante conocida; he intentado traducir lo mejor posible las palabras italianas, y dice así:

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*¡Pobrecita!
Tan sólista,
todo el tiempo enmudecida.*

*Sin consuelo,
suelto el pelo,
y la mente enfebrecida;
y puede que por ventura
en monasterio y clausura
decida acabar su vida.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*¿Qué dirán ellos,
todos aquéllos
que nuestro afecto vedaron
con ocasión de la pasión
a que ahora nos llevaron?
Al mirar en su conciencia
sufrirán la penitencia
y su llanto correrá.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*Más si vienen
y sostienen
razones para apartarnos
les diremos moriremos
sin que puedan separarnos
de aquí, que su oposición
nos trajo a esta situación
que nunca abandonaremos.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*Si a rogamos
por casamos
nos vinieran a tentar,
y sus voces
buenos goces
se pusieran a pintar,
contestar hemos que el alma
es de Dios y
ya está en calma y nadie la cambiará.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*¡Oh, fe nuestra!
que esta puerta
con dolor me hizo pasar.
Haz que en este lugar reste
sin dejar a Dios rogar;
y que nuestro amor carnal,
ahora ya espiritual,
haga que Dios se contente.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*Sea desprecio
nuestro aprecio
por los bienes terrenales;
mi alma quiera
dejar fuera
sus orgullos infernales;
huya la concupiscencia,
tome la casta inocencia
que Jesús nos ha de dar.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*Ven, querida,
en seguida
cerca de tu buen amigo;
viste el sayal
cenobial;
huye del mundo enemigo
y así verás renacido,
el fénix de sus cenizas.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

*Casta y pura,
por ventura,
fue nuestra amistad del mundo;
en él claustro,
¡oh, amor nuestro!
parecerás más rotundo.
Y este amor firme y sincero,
sin fin, para siempre entero,
justo el cielo nos dará.*

*¿Qué dirá ella?
¿Qué hará ella,
cuando me vean sus ojos
religioso?*

Cuando ella leyó detenidamente esta canción, en un rincón de la capilla, se puso a llorar tan desoladamente que regó el papel con sus lágrimas. Y a no ser por el temor de mostrarse más afectada de lo que debía, no hubiera dejado de ir inmediatamente a refugiarse en alguna ermita, sin volver a ver nunca a criatura humana, pero su innata prudencia la indujo a disimular por algún tiempo. Y aunque había tomado la decisión de abandonar enteramente el mundo, fingió lo contrario, y adoptó tal conducta estando con otras personas que en nada parecía ser ella misma. Durante cinco o seis meses guardó en su corazón tal decisión, mostrándose más alegre de lo que tenía por costumbre. Pero un día que fue con su señora a la Observancia a oír Misa mayor, salieron el oficiante, el diácono y el subdiácono del refectorio en dirección al altar mayor, y delante, con los ojos bajos, su infeliz enamorado, que aún no llevaba un año de prueba, sirviendo de acólito y llevando en sus manos las dos vinajeras cubiertas con un paño de seda. Cuando Paulina lo vio así revestido, de forma que su apostura y

gracias antes resultaban aumentadas que disminuidas, se sintió tan asombrada y conmocionada que, para encubrir el rubor que le subía al rostro, se puso a toser. Y su infeliz enamorado, que conocía este sonido mejor que las campanas de su monasterio, no osó levantar la cabeza; mas, al pasar delante de ella, no pudo evitar que sus ojos siguieran el camino que tanto tiempo habían tomado. Y al mirar piadosamente a Paulina, se sintió tan embarazado por el fuego que creyera extinguido que por más que lo quiso ocultar, cayó cuan largo era delante de ella. Cuando Paulina vio que el cambio de vestido no había cambiado su corazón y que hacía tanto tiempo que lo llevaba que todos pensaban que ella lo había olvidado, se decidió a poner en ejecución el deseo que tenía de poner fin a semejante sentimiento mudando de ropajes, forma y estado de vida como los que había llevado viviendo en una casa bajo semejantes señores. Y, puesto que hacía más de catorce meses que había puesto en orden todo lo necesario para entrar en religión, una mañana pidió permiso a la marquesa para ir a oír misa a Santa Clara, cosa que le concedió, ignorando para qué se lo pedía.

Y al pasar frente a los franciscanos, rogó al portero que hiciera venir a su enamorado, de quien se fingió pariente, y cuando estuvieron aparte en una capilla, le dijo: «Si mi honor me hubiera permitido entrar en religión al mismo tiempo que vos, no hubiera esperado tanto, pero habiendo roto con mi paciencia la opinión de aquellos que nos juzgaban más mal que bien, he decido tomar el estado, el traje y la forma de vida igual a la que veo en vos, sin preguntar en qué consiste. Así, si vos encontráis el bien en ella, también lo encontraré yo, y si vos lo pasáis mal, no quiero ser yo distinta; y si por tal camino vais al paraíso, quiero seguiros, cierta de que Aquel que es el único verdadero, perfecto y digno de ser llamado Amor, nos ha llamado a su servicio a consecuencia de una amistad honesta y razonable, que convertirá, por obra del Espíritu Santo, en amor a Él; y os ruego que vos y yo olvidemos este cuerpo perecedero heredado del padre Adán, para recibir y revestimos del de nuestro Esposo Jesucristo». El religioso enamorado se sintió tan feliz y tan contento de esta santa determinación que llorando de alegría la animó cuanto pudo a persistir en su opinión, diciéndole que ya que en el mundo no podría tener de ella otra cosa que las palabras, se sentía feliz de estar en un lugar en el cual siempre tendría medios de volverla a ver, y que tanto ella como él no podrían valer más que viviendo en tal estado de amor único, un solo cuerpo y un solo espíritu, llevados y conducidos por la bondad de Dios, a quien suplicaba les tuviera de su mano, en la que nada puede perecer. Y al decir esto, llorando de amor y de alegría, le besó las manos, pero ella bajó su rostro basta las manos y se dieron un beso de afecto entrañable y de verdadera caridad. Y contenta, Paulina se marchó, entrando en religión en Santa Clara, donde fue recibida y velada. Hecho esto, lo comunicó a la marquesa, que se sintió tan asombrada que no podía creerlo, pero al día siguiente se encaminó al convento para verla y también para esforzarse en disuadirla de su propósito. A lo que Paulina le respondió que si había tenido poder para quitarle un marido de carne (el único

hombre del mundo que ella había amado), debía contentarse, sin pretender querer separarla de Aquel que era inmortal e invisible, y que no estaba sujeta a su poder ni al de ninguna criatura humana. Así que la marquesa, viendo su firme determinación, la besó y la dejó con gran pesar. Desde entonces Paulina y su enamorado vivieron tan santa y devotamente en sus comunidades que no se puede dudar de Aquél cuya ley última es la caridad, no les dijera al fin de sus vidas, como a la Magdalena, que sus pecados les eran perdonados, por lo mucho que habían amado, y que no los acogiera en el lugar en que los hombre tienen su recompensa y donde se da permiso a sus buenas obras.

«No podéis ignorar, señoras mías, que el amor del hombre no se haya mostrado en esta historia como de lo más grande; ni tampoco que el de ella no haya corrido parejas, y yo querría que todos los que se ven mezclados en ello fuesen recompensados de la misma manera». «Había entonces más locos y locas de los que hubo nunca»; apostilló Hircan. «¿Llamáis locura —preguntó Doña Oisille— a amar honestamente en la juventud, y más tarde convertir todo este amor en amor a Dios?». Hircan, riendo, le respondió: «Si melancolía y desesperación son dignos de alabar, yo diría que Paulina y su enamorado son muy dignos de alabanza». «Dios tiene varios medios de llevarnos a Él —intervino Guebron—, cuyos comienzos parecen ser malos, pero al fin siempre es bueno». «Yo, además, sustento la opinión —dijo Parlamente— que no hay hombre que ame perfectamente a Dios que antes no haya amado perfectamente a una criatura de este mundo». «¿Qué llamáis perfectamente? —interrogó Saffredant—. ¿Pensáis que son amantes perfectos aquellos que se sienten transportados y aman a sus damas desde lejos, sin atreverse a declararle sus sentimientos?». «Llamo amantes perfectos —le respondió Parlamente— a quienes buscan en los que aman alguna perfección, ya sea bondad y que tienen un corazón tan elevado y honesto que no quieren otra cosa, ni aun ante la muerte, que da fin a esas bajas cosas que el honor y la conciencia reprueban. Porque el alma, que ha sido creada para retomar a su soberano bien, mientras está dentro del cuerpo, no hace más que desear llegar a Él. Mas, dado que los sentidos, por los que ella puede adquirir conocimientos, y que son bajos y camales a causa del pecado de nuestro primer padre, no le pueden mostrar más que las cosas visibles más cercanas a la perfección hacia la que el alma corre, procura encontrar en una gracia visible y en las virtudes morales la soberana belleza, la gracia y la virtud. Pero cuando las ha buscado y encontrado no halla en ellas nada de Aquél quien ama, y le ocurre lo que al niño, que, según su pequeñez, ama las manzanas, las peras, las muñecas y otras cositas, las más bellas que sus ojos pueden ver, y estima como riqueza el reunir piedrecitas; mas, al crecer, ama las muñecas vivientes y, por ende, los bienes necesarios a la vida humana; pero, cuando una mayor experiencia le dice que son cosas terrenas en las que no hay ninguna perfección ni felicidad, desea buscar la verdadera felicidad y el autor y

fuelle de ésta. Sin embargo, si Dios no abre sus ojos a la fe, corre el peligro de convertirse, de un ignorante, en un filósofo infiel. Porque la fe sólo puede enseñar a hacer y recibir el bien, cosa que el hombre carnal no puede entender». «Entonces —dijo Longarine—, ¿no veis bien que la tierra inculta tenga muchos árboles y hierbas, a pesar de que sean inútiles? Y sin embargo, todo reside en que sea bien desbrozada, teniendo la esperanza de que producirá buen grano cuando sea sembrada y bien cultivada. Tampoco el corazón de los hombres, que no ama más que a las cosas visibles, no llegará jamás al amor de Dios por la sementera de su palabra, porque la tierra de su corazón es estéril, fría y condenada». «Luego, he ahí cómo la mayoría de los hombres son engañados, porque no se divierten más que con las cosas exteriores, y resulta que el precioso contenido está en el interior», comentó Saffredant. «Si yo supiera hablar latín —dijo Simontault— os alegraría lo que dijo San Juan: “¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, aquel que no ama a su hermano, al que sí puede ver?”». «Es decir, que por las cosas visibles se llega al amor de las cosas invisibles». «¿Quién hay, *et laudabimus eum*^[14], tan perfecto como decís?», preguntó Emarsuite. «Lo hay —respondió Dagoncin— y es aquel que ama tanto y tan perfectamente que preferiría morir a sentir un deseo contra el honor y conciencia de sus señores; y no quieren que ni ellos ni otros se den cuenta». «Los tales —le contestó Simontault— son de la naturaleza del camaleón, que vive del aire, porque no hay hombre en el mundo que no desee declarar su amor y saber que es amado; y no creo que se dé la gran fiebre que es el amor, si repentinamente sé pasa, cuando se ha conocido lo contrario. Por lo que a mí respecta, he visto milagros evidentes». «Os ruego —dijo Emarsuite— que ocupéis mi puesto y nos cantéis de alguien que haya resucitado de la muerte a la vida, por saber de su dama lo contrario de lo que desearía». «Temo tanto disgustar a las damas —respondió Saffredant—, de quienes he sido y seré fiel servidor, que sin expreso mandato no hubiera osado nunca contar sus imperfecciones; pero, obediente, no ocultaré la verdad».

Narración XX

Donde un caballero ve repentinamente curado su mal de amor al encontrar a su escrupulosa dama entre los brazos de su palafrenero

Había en el Delfinado un caballero llamado el señor Ryant, que estuvo al servicio del rey Francisco, primero de este nombre. Durante mucho tiempo estuvo enamorado de una dama viuda, a la que tanto amaba y reverenciaba que, por miedo a perder su favor, no osaba importunarla en lo que más debería. Y él, que se sentía bueno y digno de ser amado, creía firmemente cuanto ella le juraba a menudo, esto es, que lo amaba más que a ningún hombre del mundo y que, si se veía obligada a hacer algo por hombre alguno, lo haría solamente por él, por ser el más perfecto caballero que nunca conociera; y él hubo de contentarse sólo con esta honesta amistad, sin sobrepasarse, al asegurarle ella que si advertía que él pretendía algo más, sin limitarse a lo razonable, la perdería del todo. El pobre caballero no solamente se contentó con esto sino que incluso se daba por muy feliz con haber ganado el corazón de aquella que imaginaba tan honesta. Sería largo contaros las vicisitudes de esta amistad, el mucho trato que ambos tuvieron y los viajes que él hizo para venir a verla. Como conclusión os diré que este pobre mártir, de ardor tan complaciente que cuanto más se quemaba, más quería quemarse, siempre buscaba el medio de aumentar su martirio. Y un día le vino a la cabeza tomar la posta para ir a ver a la que amaba más que a sí mismo y que pensaba estaba por encima de todas las mujeres del mundo. Llegado que fue, marchó a su casa y preguntó por ella. Se le dijo que acababa de venir de vísperas y que había ido a la huerta para vigilar el trabajo. Descendió el caballero de su caballo y fue a la huerta, donde encontró a sus criadas, que le dijeron que su señora había ido a pasear sola por una gran avenida que en la huerta había. El caballero se hizo sus ilusiones pensando que por fin era llegado el momento en que la fortuna habría de sonreírle y, lo más suavemente que pudo, sin hacer ruido, la buscó ávidamente deseando por encima de todo encontrarla sola. Pero cuando estuvo cerca de un cenador formado por árboles encorvados que era el lugar más bello y placentero que imaginarse pueda, entró de improviso como quien se le hace eterno ver a la que ama. Y a la entrada, encontró a su dama acostada sobre la hierba entre los brazos de un palafrenero de la casa, tan necio, sucio e infame como apuesto, honesto y amable era el caballero. No intentaré explicaros el despecho que esto le produjo, pero sí os diré que fue tan grande que tuvo el poder de apagar en un momento el fuego que le abrasaba desde hacía tanto tiempo.

Y lleno de tanto despecho como antes lo estuvo de amor, exclamó: «¡Señora, buen provecho os haga! Hoy, por vuestra ruindad, estoy curado y libre de mi continuo

dolor, que me producía la honestidad que imaginaba en vos». Y, sin decir adiós, se volvió más aprisa de lo que había llegado. La infeliz mujer no dio otra respuesta que cubrirse el rostro con las manos, ya que al no poder encubrir su vergüenza, cubría sus ojos para no ver a aquel que la había conocido tan claramente, a pesar de su gran disimulo.

«Por esto es por lo que os suplico, señoras mías, que si no queréis amar con perfección, no disimuléis con un hombre de bien y le ofendáis para mayor gloria vuestra, porque los hipócritas son pagados en su misma moneda y Dios favorece a los que aman de verdad». «Sí que nos la habéis reservado buena para ser la última de la jornada. Y, si no fuera porque hemos jurado decir la verdad, no podría creer que una mujer de su condición fuera tan ruin para dejar a un caballero tan honesto por un mulero —dijo Doña Oisille—». «¡Ay, señora! —respondió Hircan— si supierais la diferencia entre un caballero que durante toda su vida llevó el correaje y siguió el camino de la guerra, en comparación con un criado, que no se mueve del mismo lugar, bien alimentado, excusaríais a esa infeliz viuda». «Hircan —contestó Doña Oisille— no creo, a pesar de lo que decís, que pudierais encontrar ninguna excusa para ella». «Oí decir muchas veces —dijo Simontault— que hay mujeres que quieren tener evangelistas para que prediquen sus virtudes y su castidad y les ponen la mejor cara posible y la más confidencial, asegurándoles que si no las retuviesen el honor y la conciencia, les concederían sus deseos. Y los pobres tontos, cuando hablan de ellas en reuniones, juran que pondrían la mano al fuego sin quemarse, sosteniendo que son mujeres honestas, ya que ellos han experimentado su amor hasta el infinito. También se hacen amar de tales hombres aquellas que se muestran a sus semejantes como son, escogiendo a quienes no tienen el atrevimiento de hablar y que, si hablan por su vil y baja condición, no son creídos». «He ahí una opinión que yo oí decir otras veces a los más celosos y suspicaces de los hombres, pero es pintar una quimera —intervino Longarine—. Porque, aunque esto haya sucedido a una pobre desgraciada, no hay razón para que se deba sospechar de otra». «Bien —dijo Parlamente—, cuanto más avanzados en el tema más motivos damos a estos buenos caballeros a cortar la tela a nuestras expensas. Me parece preferible que vayamos a rezar las vísperas a fin de que no lleguemos retrasados como ayer». La reunión estuvo de acuerdo y, al marcharse, díjoles Doña Oisille: «Si alguno de nosotros da gracias a Dios por haber dicho la verdad en las historias que hemos contado en esta jornada, Saffredant deberá pedirle perdón por haber traído a colación una villanía tan grande referida a las mujeres». «Por mi honor —respondió Saffredant— que os dije una historia verdadera, y que lo hice tal como la oí contar; y si hubiera de deciros con pormenores todo lo que sé de las mujeres, os estaríais santiguando más que si de consagrar una iglesia se tratara. Se está muy lejos de arrepentirse cuando la confesión ha de agravar el pecado». «Si tan mala opinión tenéis de las mujeres —adujo Parlamente— es lógico pensar que os

hayan dejado al margen de su honestidad, favores y privanza». A lo que él le contestó: «Algunas han usado, en mi caso, del consejo que vos le dais, alejándose de mí y negándome cosas justas y honestas, y si yo pudiera decir peor y hacer peor a todas, no vacilaría en incitarlas para vengarme de la que me tiene en gran pesadumbre». Después que hubo oído estas palabras, Parlamente se puso su mascarilla y, con los otros, entró en la iglesia, y allí, siendo ya bien cumplida la hora de vísperas, no encontraron ningún religioso para decirlas, porque habían oído que en la reunión que se celebraba en el prado se decían cosas de lo más divertido posible; y, como hacen quienes prefieren el placer a las oraciones, habían ido a ocultarse en una fosa, la barriga en tierra; detrás de un haya muy frondosa, y con tanta atención habían escuchado desde allí que no habían oído sonar la campana de su convento. Lo que quedó bien demostrado, porque llegaron con tal prisa que casi les faltaba el aliento al entonar las vísperas. Y, dichas que fueron, confesaron a los que les preguntaban la razón de su cántico tardío y mal entonado que había sido por escucharles. Así que, vista su buena voluntad, les fue permitido que asistieran todos los días, sentados a su comodidad detrás del haya. La cena pasó felizmente repasando las cuestiones a que no se había puesto fin en el prado, continuando a lo largo de toda la velada hasta que Doña Oisille les rogó que se retiraran, a fin de que su espíritu estuviera bien dispuesto al día siguiente. Y después de un largo y buen discurso, en el que dijo que una hora antes de la medianoche bien valía más que tres después, se disolvió la reunión, poniendo fin a la segunda perorata y recitado de historias.

JORNADA TERCERA

É la que se trata de damas que en sus relaciones no han buscado mas que la honestidad, y de la hipocresía y maldad de los religiosos

A la mañana siguiente, la reunión no fue tan madrugadora en llegar a la sala que no encontrasen allí a Doña Oisille, que desde hacía más de media hora tenía ya estudiada la lección que había de decirles. Y si a las primeras frases se sintieron contentos, a las segundas no lo fueron menos, y hubo de venir un religioso a avisarles para ir a misa, porque su atención les había impedido oír la campana. Oída muy devotamente la misa y muy sobriamente pasado el almuerzo, para impedir que las viandas les robaran la memoria, a cada uno según su condición, se retiraron a sus habitaciones a consultar sus notas, esperando la hora acostumbrada de ir al prado, llegada la cual no fallaron en acudir. Y los que tenían decidido decir algún desatino, tenían la cara tan alegre que ya se esperaba de ellos ocasión abundante de reír. Cuando estuvieron sentados, pidieron a Saffredant que otorgara la palabra. «Puesto que la falta que hice ayer —dijo— es tan grande como decís, y no sé ninguna historia digna de repararla, cedo la palabra a Parlamente, que, con su buen sentido, sabrá alabar tan bien a las damas que hará relegar al olvido la verdad de lo que ayer os conté». «No intentaré enmendar vuestras faltas —contestó Parlamente—, sino más bien me guardaré de seguir las. Y estoy decidida, haciendo honor a la verdad prometida y jurada, a demostraros que hay damas que en su amistad no buscaron otro fin que no fuera la honestidad. Y como aquella de quien os quiero hablar era de buena condición, no cambiaré nada en la historia a no ser el nombre, rogándoos, señoras, que penséis que el amor no tiene poder suficiente para turbar un corazón casto y honesto, como podréis ver en la historia que os voy a contar».

Narración XXI

De la honesta y maravillosa amistad de la hija de una gran familia y de un bastardo, y de los impedimentos que una reina puso a su matrimonio, con la respuesta de la muchacha a la reina

Había en Francia una reina que reunía en su corte varias muchachas de rancias e importantes familias'. Entre otras había una, llamada Rolandine, que era pariente cercana suya; pero la reina, por enemistad hacia su padre, no le ponía demasiada buena cara. A pesar de no ser la muchacha de las más bellas ni de las más feas, era tan graciosa y de tan buen juicio que varios grandes señores y personajes la pidieron en matrimonio, obteniendo una áspera negativa, ya que el padre sentía tal apetencia por el dinero que por él olvidaba el mejoramiento de su hija. Y, como ya se ha dicho, su señora la tenía en tan poco favor que la muchacha no era solicitada por quienes querían progresar en la gracia de la reina. Así, que por negligencia del padre y por el desdén de su señora, la infeliz muchacha vivió largo tiempo sin perspectiva de matrimonio. Y como a la larga se sintiera disgustada, no tanto por el deseo que pudiera haber tenido de verse casada como por la vergüenza de no estarlo, llegó al extremo de buscar refugio total en el amor de Dios; y abandonando las vanidades y demás apariencias mundanas de la corte, no tuvo otro pasatiempo que orar a Dios o hacer algunas obras de caridad. Y en tal vida retirada pasó su juventud, viviendo tan honesta y santamente como no era posible más. Próxima ya a los treinta años, apareció un caballero, bastardo de una rancia e importante familia, tan gentil compañero y hombre de bien como apenas los había en su tiempo; mas la riqueza se había olvidado de él y, además, era tan poco apuesto que difícilmente ninguna dama lo hubiera escogido para su placer. El infeliz caballero había vivido sin ser considerado un buen partido, y como la desgracia se hermana, abordó un día a nuestra triste Rolandine, y como su suerte, sus apariencias y condiciones eran tan parejas, quejándose el uno al otro de sus infortunios tomaron una gran amistad; y en cualquier lugar donde se encontraban los dos compañeros de desgracia, se buscaban para consolarse mutuamente, engendrándose una amistad cada vez más fuerte con este frecuente trato. Quienes habían visto a Rolandine tan retirada que no hablaba a nadie, al verla entonces departir continuamente con el bastardo de buena familia, se sintieron en seguida escandalizados y fueron a decir a su dama de compañía que no debía soportar estas largas conversaciones, lo que aquélla trasladó a Rolandine, diciéndole que todo el mundo estaba escandalizado de que hablara tanto con un hombre que no era lo bastante rico para desposarla ni tampoco lo bastante apuesto para ser amado. Rolandine, que siempre se sintió más atraída por la amistad que por

la pompa mundana, contestó a su dueña: «¡Ay, madre mía!, ya veis que no puedo tener un marido como corresponde a mi rango y que siempre preferí a los que son apuestos y jóvenes, por miedo a caer en los inconvenientes que vi en otras. Y encontré en este caballero, juicioso y lleno de virtudes, como sabéis, que no me predica más que cosas buenas y virtuosas. ¿Qué daño puede haber, a vuestro entender y al de aquellos que murmuran, en que me consuele de mis penas?». La buena dueña, que amaba a su señora más que a sí misma, le respondió: «Mi señora, bien veo que decís la verdad y que sois tratada por vuestro padre y vuestra señora como no merecéis. Pero como vuestro honor anda en lenguas de tal suerte (¡incluso por vuestro propio hermano!), es razón que dejéis de hablar con él». Rolandine le contestó llorando: «Madre mía, pues que vos me lo aconsejáis, así lo haré, pero es grande cosa no poder tener consuelo alguno en este mundo». El bastardo, como de costumbre, quiso venir a departir con ella, pero ésta le contó con todo detalle lo que su dueña le había dicho y le rogó, llorando, que se abstuviera por algún tiempo de hablar con ella, hasta que el rumor se hubiera acallado, aceptando él su petición. Mas durante esta separación, perdido su consuelo uno y otro, comenzaron a sufrir un tormento tal como ella no recordara haber conocido antes. Y no cesaba de rogar a Dios, hacer peregrinaciones y abstinencias, porque este amor, aún desconocido, le daba tal inquietud que no le permitía descansar ni una sola hora. Por lo que al bastardo de buena familia se refiere, no era menos fuerte su amor, pero como ya decidiera en el fondo de su corazón amarla e intentar hacerla su esposa, y pensando en el honor que sería para él poseerla por el amor, decidió que le era preciso arbitrar los medios para demostrarle su cariño y, sobre todo, para ganar a su dueña. Y así hizo, demostrándole la gran miseria en que se encontraba su señora, a quien se pretendía arrebatarse todo consuelo, con lo cual la pobre vieja, llorando, le agradeció el sincero amor que profesaba a su señora. Y entrambos buscaron el medio de que pudieran hablarse: Rolan diñe fingiría estar enferma con migraña, quejándose del daño que le producía el ruido, y cuando sus amigas salieran de su habitación, se quedarían los dos solos y podrían conversar. El bastardo se sintió muy feliz y siguió enteramente el consejo de la dueña, de suerte que, siempre que quería, podía hablar con su amiga, pero este contento apenas le duró nada. Porque la reina, que no lo apreciaba, preguntó qué hacía Rolandine tanto tiempo recluida en su habitación, y alguien le dijo que era por enfermedad. Sin embargo, otro que recordaba muy bien a la ausente, le dijo que el placer que Rolandine sentía en conversar con el bastardo de buena familia debía sentarle muy bien a su migraña. La reina, que los pecados veniales de las damas los consideraba mortales en nuestra joven, la mandó llamar y le prohibió volver a hablar nunca al bastardo, si no era en la propia habitación o sala de la reina. La muchacha no dio muestra alguna de sus sentimientos, pero le contestó que de haber sabido que él u otro cualquiera le desplazaba, nunca hubiera hablado con él. Sin embargo, pensó para sí que había de buscar otro medio del cual no se enterara la reina; y así fue. Y, los miércoles, viernes y sábados, que ella ayunaba,

permanecería en su habitación con su dueña, donde tendría la oportunidad de hablar con aquel que comenzaba a amar tan fuertemente, mientras los demás comían. Y cuanto más obligados venían a abreviar sus momentos de conversación, tanto más llenas de afecto estaban sus palabras, teniendo que esconder sus encuentros como hace el ladrón con una cosa preciosa. El asunto no pudo ser llevado tan secretamente que un criado no viera al caballero entrar un día de ayuno, y lo contó en público, de forma que fue sabido de todo el mundo, incluso de la reina, que se enfureció tanto que el bastardo no se atrevió en lo sucesivo ir a la habitación de las jóvenes, y para no perder el bien de hablar con la que tanto amaba, disimulaba a menudo emprender algún viaje y volvía al atardecer, a la iglesia y capilla del castillo, vestido de franciscano o dominico, tan bien disfrazado y disimulado que nadie lo conocía. Y allá acudía la joven Rolandine a conversar con él, acompañada de su dueña. Él, viendo el gran amor que ella le profesaba, le dijo: «Señora, reparad en el riesgo que corro por vos y en la prohibición que la reina os ha hecho de que me habléis. Reparad también, por otra parte, en vuestro padre, que no piensa casaros de ninguna forma. Ha rechazado tantos buenos partidos que ya no sé lo que precisa y qué haya que hacer para teneros. Bien sé yo que soy pobre y que vos podríais esposar a un caballero más rico que yo, pero si el amor y la buena voluntad son estimados como un tesoro, pienso que podría ser considerado como el hombre más rico del mundo. Dios os ha concedido grandes dotes y estáis en camino de tener más todavía; si yo fuera tan afortunado que quisierais elegirme por marido, os serviría toda mi vida como marido, amigo y servidor; y si elegís a uno igual a vos, querrá ser vuestro señor y reparará más en vuestra dote que en vuestra persona, y más en la belleza que en la virtud, y gozando del usufructo de vuestro patrimonio, tratará vuestra persona de forma bien distinta a la que merece. El deseo de conseguir tal contento, el miedo que tengo de que lo disfrutéis con otro, me lleva a suplicaros que por el mismo medio queráis hacerme feliz y seáis vos, al mismo tiempo, la más satisfecha y afortunada mujer que nunca hubo». Rolandine escuchó así los mismos argumentos que ella había pensado decirle, y con rostro sereno le contestó: «Me alegro de que hayáis hablado sobre el mismo tema que hace ya tiempo tenía yo decidido hablaros, y en el que desde hace dos años que os conozco, no ceso de pensar, y pienso una y otra vez en mi interior todas las razones a favor y en contra vuestra que he podido maquinar. Y a la postre, sabiendo que quiero tomar estado de casada, ya es tiempo de que comience y elija a aquél con quien mejor piense vivir, en paz con mi conciencia. No he sabido encontrar a nadie, ya sea apuesto, rico o de noble abolengo, con el cual mi corazón y mi espíritu pueda acomodarse, a no ser únicamente con vos. Sé que desposándoos no ofendo en nada a Dios, sino que hago lo que Él manda. Y en cuanto a mi señor padre, ha rehusado tantas ocasiones y perseguido tan poco mi bienestar que la ley me concede que me case sin su permiso, aunque pueda desheredarme. A pesar de que no tendré lo que me pertenece, al casarme con un marido como vos seréis par mí, me tendré por la mujer más rica del mundo. Por lo que a la reina, mi señora, se refiere, debo hacerme a

la idea de disgustarla y obedecer a Dios, ya que ella no ha dudado en negarme el bienestar que pude tener en mi juventud. Mas, a fin de que sepáis que el amor que os profeso está basado en la virtud y el honor, ¿me prometeréis que, si accedo a este matrimonio, no perseguiréis nunca su consumación hasta que mi padre esté muerto o yo haya podido obtener su consentimiento?». El bastardo consintió gustoso y, bajo estas condiciones, intercambiaron sus anillos en prenda de matrimonio y se besaron en la iglesia, ante Dios, tal que pusieron por testigo de su promesa, y nunca, en lo sucesivo, hubo entre ellos otra licencia mayor que la de besarse. Tan parco contentamiento dio gran satisfacción a los corazones de estos dos perfectos enamorados, y durante mucho tiempo estuvieron sin verse, viviendo de esta seguridad. No hubo lugar donde fuera posible conquistar honores donde no acudiera el bastardo, animado *del* contento de que no habría de ser pobre, dada la rica esposa que Dios le había dado; ésta, en su ausencia, conservó intacto su gran amor, sin reparar en hombre alguno. Y, aunque algunos la solicitaron en matrimonio, ninguno obtuvo otra respuesta de ella a no ser que, habiendo sido doncella tanto tiempo, no quería dejar de serlo. Tantas fueron las gentes que oyeron estas palabras que la reina lo supo, y le preguntó el motivo de que se expresara así Rolandine le respondió que era por obedecerla, porque si bien sabía que nunca había tenido el deseo de casarla de forma que ella hubiera estado honorablemente protegida y feliz de acuerdo con su condición, y que la edad y la paciencia la habían enseñado a contentarse con el estado en que estaba. Y todas las veces que se habló de matrimonio respondió de forma semejante. Cuando las guerras terminaron y el bastardo volvió a la corte, nunca le habló delante de las gentes, sino que se encontraban siempre en alguna iglesia bajo pretexto de confesar, ya que la reina les había prohibido a entrambos que hablaran entre sí, a no ser que estuvieran entre más gentes, bajo pena de sus vidas. Pero su honesto amor, que no atendía ninguna prohibición, estaba más presto a encontrar medios que les permitieran hablar juntos de lo que sus enemigos estaban dispuestos a consentir; y, vestidos con los hábitos de cuantas órdenes religiosas pudieron imaginar, continuaron su honesta amistad, hasta el momento en que el rey se trasladó con toda la corte a la mansión campestre, tan alejada que la única iglesia a la que las damas podían ir a pie era la propia del castillo y construida tan a despropósito que no había un lugar para retirarse a confesar en que el confesor no pudiera ser visto claramente. No obstante, si de un lado la ocasión no les era propicia, el amor les deparó de otro medio más cómodo, al llegar a la corte una dama de la que el bastardo era pariente cercano. La dama y su hijo fueron alojados en habitaciones próximas a las del rey, de forma que la habitación de este joven príncipe avanzaba más allá del cuerpo de casa donde el rey residía, de tal modo que desde su ventana podía ver y hablar a Rolandine, ya que las ventanas de ambos correspondían al ángulo que formaban los dos cuerpos de la casa. En aquella habitación, situada sobre la sala del rey, estaban alojadas todas las jóvenes de buena familia, amigas de Rolandine, y ésta, al divisar varias veces al joven príncipe por aquella ventana, lo hizo saber al bastardo por su

dueña: el caballero, después de haber examinado bien el lugar, simuló tener un gran placer al leer un libro de los Caballeros de la Mesa Redonda que había en la habitación del príncipe. Y cuando todos se fueron a comer, pidió al lacayo que le permitieran acabar de leer, encerrado en la habitación, que él se encargaría bien de guardar. El otro, que lo sabía pariente de su señor y hombre de fiar, le dejó leer cuanto quiso. Desde el otro lado, se asomó a la ventana Rolandine, que para poder permanecer allí más tiempo fingió tener dolor en una pierna y comía y cenaba tan temprano que nunca acudía a la comida ordinaria de las damas. Sentada a la ventana, a la que quería estar sola, se puso a hacer un cubrecama de seda carmesí, y cuando veía que no había nadie, charlaba con su marido, de forma que nadie les suponía juntos, y cuando se aproximaba alguien tosía y le hacía señas, a las cuales el bastardo se podía retirar. Aquellos que los vigilaban daban por cierto que la amistad había terminado, ya que ella no abandonaba su habitación donde seguro que él no la podía ver, por estarle prohibida la entrada. Un día que la madre del joven príncipe estaba en la habitación de su hijo se asomó a la ventana en la que estaba el gran libro y apenas estuvo allí cuando una de las compañeras de Rolandine, que estaba en la otra ventana, la saludó y habló con ella. La dama le preguntó cómo estaba Rolandine y la otra le dijo que, si quería, podía verla ella misma, y la hizo venir a la ventana vestida con su salto de cama, y tras haber hablado de su enfermedad, se retiraron cada una por su lado. La dama, viendo el gran libro de la Mesa Redonda, dijo al lacayo que tenía a su cargo la habitación: «Me asombra cómo los jóvenes pierden su tiempo en leer tantas tonterías». El criado le respondió que aún más se maravillaba él de que personas estimadas juiciosas y maduras eran incluso más aficionados a ello que los jóvenes y, como cosa maravillosa, le contó cómo su primo el bastardo permanecía allí de cuatro a cinco horas todos los días leyendo tan famoso libro. De inmediato se percató la dama de la razón de aquello, y encargó al criado que se ocultara en algún lugar y vigilara lo que hacía, y obedeciendo, advirtió que el libro estaba en la ventana y que Rolandine venía a hablar con él, y también oyó los términos cariñosos que ellos imaginaban tener tan secretos. Al día siguiente lo contó a su señora, que envió a buscar a su primo el bastardo y, después de varias reconvenciones, le prohibió que entrara allí más; y, por la noche, habló a Rolandine, amenazándola con contar a la reina todos los detalles si continuaba tan loca amistad, Rolandine, que se asombró, juró que desde la prohibición de su señora ella no había hablado nada, a pesar de lo que pudiera decirse, y preguntó cómo se había enterado, si de sus compañeras o las criadas; y en cuanto a la ventana en la que se decía que hablaba, volvió afirmar que no había hablado con el bastardo. Éste, temiendo que su asunto fuera conocido, se alejó del peligro y estuvo largo tiempo sin volver a la corte, mas no sin escribir a Rolandine por tan sutiles medios que, a pesar de que la reina pusiera al acecho a gentes, no había semana que ella no tuviera noticias suyas por dos veces.

Y cuando falló el medio que utilizaba de disfrazarse de religioso, envió un pequeño paje vestido de un color, y luego de otro, y de otro después, el cual se

detenía en la puerta por donde pasaban todas las damas y allí entregaba secretamente los billetes confundido entre la multitud. Ahora bien, un día que la reina marchaba al campo, alguien, que tenía el encargo de estar al acecho del asunto y que reconoció al paje, corrió detrás de él; pero el paje, que era astuto, dándose cuenta de que lo seguían, entró en la casa de una pobre mujer que tenía su pote puesto a hervir al fuego, donde rápidamente quemó la carta. El caballero que lo seguía, lo dejó desnudo y registró sus ropas sin encontrar nada, así que le permitió marchar. Y cuando el paje se hubo ido, la vieja preguntó al caballero por qué había registrado así al infeliz joven. El otro contestó que para encontrar algunas cartas que pensaba llevaba. «No esperéis encontrarlas —dijo la vieja—, porque las tenía bien guardadas». «Os ruego —la conminó el caballero— que me digáis en qué lugar», esperando recobrarlas. Pero cuando oyó que estaban en el fuego, supo que el paje había sido más ladino que él, lo que fue rápido a comunicar a la reina. No obstante, desde aquel instante el bastardo no se ayudó más del paje, y envió a un servidor que tenía, quien, desdeñando el miedo a la muerte, de la que sabía habían sido amenazados por la reina los que intervinieran en este asunto, se dedicó a llevar las cartas a Rolandine. Y cuando llegó al castillo donde ella estaba, se puso al acecho en una puerta, al pie de una gran escalera, por donde pasaban todas las damas. Pero una criada, que ahora lo conociera, lo vio en seguida y fue a decirlo al mayordomo de la reina, que rápidamente vino en su busca para prenderlo. El criado, astuto y avisado, al ver que lo observaban de lejos, se volvió hacia la muralla como si fuera a hacer aguas menores, y allí, rompió sus cartas en los trozos más menudos que pudo y los arrastró detrás de una puerta. Al instante fue apresado y registrado por todas partes, y al no encontrarse nada se le interrogó bajo juramento si había sido portador de algunas cartas, sometiéndole a todos los rigores y coacciones posibles para hacerle confesar la verdad, pero por más promesas y amenazas que le hicieron no pudieron obtener nunca nada de él. Se informó de todo ello a la reina, mas hubo alguno que indicó la conveniencia de mirar detrás de la puerta cerca de la cual se le había apresado, como así fue hecho, encontrándose lo que se buscaba, es decir, los trozos de las cartas. Se requirió la presencia del confesor del rey, quien, tras haberlos reunido alrededor de una mesa, leyó la carta de cabo a rabo, donde apareció claramente la realidad del matrimonio tanto tiempo disimulado, ya que el bastardo no la llamaba de otra forma que «mujer mía». La reina, que había pensado encubrir la falta de su pariente como era su obligación, organizó un gran alboroto y ordenó que por todos los medios se hiciera confesar al pobre hombre qué de verdad había sobre la carta, ya que enseñándosela no lo podía negar; pero por más que se le dijo y se le enseñó, no cambió su declaración primera. Los que lo tenían a su cargo lo condujeron a la orilla del río y lo metieron en un saco, diciéndole que negaba a Dios y a la reina al negar la verdad comprobada. Él, que prefería perder la vida que acusar a su señor, les pidió un confesor, y tras haber puesto paz a su conciencia lo mejor que pudo, les dijo: «Señores, decid a mi dueño y señor, el bastardo, que le encomiendo la vida de mi

mujer y de mis hijos y que de buena gana puse mi corazón a su servido; y haced de mí lo que os plazca, que no obtendréis de mí palabra contra mi señor». Al momento, para infundirle mayor miedo, lo arrojaron al agua gritándole: «Si quieres decir la verdad, te verás a salvo». Mas viendo que no respondía nada, lo sacaron de ella, e informaron a la reina de su constancia, diciendo aquélla que ni el rey, su marido, ni ella, eran tan afortunados en servidores como uno que no tenía con qué recompensarlos, e hizo lo que pudo por atraerlo a su servicio, pero él no quiso abandonar a su señor. —No obstante, con el permiso de su señor, pasó al servido de la reina, donde vivió feliz y contento. La reina, después de haber conocido la verdad sobre el matrimonio por la carta del bastardo, envió a buscar a Rolandine y, con rostro iracundo, la llamó varias veces «desgraciada», en lugar de «prima», reprochándole la vergüenza que había llevado a la casa de su padre y a toda su familia, y a ella, que era su señora, por haberlo hecho sin su permiso y su mandato. Rolandine, que tiempo ha sabía el poco afecto que le profesaba su señora, le pagaba con la misma moneda, y puesto que no había lugar al cariño, tampoco lo había al miedo; pensaba también que esta reprimenda ante las gentes no era una muestra del afecto que le profesaba, sino para hacerle pasar mayor vergüenza; y pensando asimismo que la reina consideraba con más placer la idea de castigarla que con disgusto al verla desfallecer, con rostro tan feliz y sereno como airado y furioso mostraba el suyo la reina, le respondió: «Señora, si vos no conocéis vuestro corazón tal como es, os pondré delante la mala voluntad que desde siempre tuvisteis contra mi padre y contra mí; pero vos la sabéis tan bien que no encontraréis nada extraño que todo el mundo lo haya advertido y, en lo que a mí respecta, bien que lo he apercibido para mi mayor daño, porque si os hubiera pluguido favorecerme, como a otras que no os son tan allegadas como yo, ahora hubiese estado casada tanto en honor vuestro como en el mío; pero me habéis dejado como a persona totalmente olvidada de vuestros favores, de manera que todos los buenos partidos que yo hubiera podido tener han sido dejados pasar ante mis ojos por la negligencia de mi señor padre y por la poca estima en que me teníais, lo que me llevó a tal estado de desesperanza que si mi salud hubiese soportado el estado de religiosa, yo lo habría tomado gustosa, para no padecer los continuos sinsabores que vuestro rigor me producían. Y en tal estado de desesperación, fui a encontrar a quien sería de tan buena familia como la mía si el amor de dos personas se estimara tan valioso como una prenda de matrimonio, porque vos sabéis bien que su padre estaría siempre delante del mío. Durante largo tiempo él me ha amado y consolado; pero vos, señora, que nunca me perdonasteis una falta por pequeña que fuera, ni me alabasteis por obra alguna, aunque tenéis sobrada experiencia de que nunca acostumbré tener relaciones amorosas ni mundanas, y que estaba indinada a llevar una vida religiosa más que de otro tipo, encontrasteis inmediatamente fuera de lugar que hablase con un caballero tan triste como yo, de cuya amistad no pensaba ni perseguía otra cosa que el consuelo de mi espíritu. Y cuando me vi frustrada del todo, caí en tal desesperación que decidí buscar

mi tranquilidad tanto como deseos de robármela vos teníais. Y, en aquel mismo tiempo, cambiamos palabras de matrimonio, que fueron consumadas con promesas y anillos. Por todo ello me parece, señora, que estáis en gran error y os equivocáis conmigo al tacharme de malvada, dado que en tan grande y perfecto amor yo pude encontrar ocasiones, si querido hubiera, de obrar mal; pero nunca hubo entre él y yo licencia mayor que el besamos, con la esperanza de que Dios me haría la gracia de poder ganar el consentimiento de mi señor padre antes de la consumación de mi matrimonio. No he ofendido a Dios ni a mi conciencia, ya que esperé hasta la edad de treinta años para ver lo que vos y mi señor padre hacíais de mí, quedando tal castidad y honestidad en mi juventud que ninguna persona viviente podría reprocharme nada. Y siguiendo el consejo que Dios y mi corazón me dieron, viéndome vieja y sin esperanza de encontrar un marido de acuerdo con mi condición, me deliberé a desposar a uno según mis sentimientos, no para satisfacer la concupiscencia de mis ojos (vos sabéis que no es apuesto), ni la de mi carne (ya que no hubo consumación camal), ni al orgullo, ni a las ambiciones de esta vida (puesto que es pobre y de no importante condición); sino que miré pura y simplemente las virtudes, honestidad y bondad que hay en él, y por las que el mundo le debe alabanza, y también el gran amor que me profesa y que me hace esperar encontraré en él paz y tranquilidad. Y, después de haber pensado bien todo el bien y el mal que me pueden advenir, me he decidido por la parte que me ha parecido mejor después de debatirla durante dos años en mi corazón: unir mi vida a la suya. Y estoy tan determinada a mantener este propósito tan firme que sabría soportar todos los tormentos, incluso la misma muerte, antes de que me hicieran abandonar esta opinión. Así, que, señora, espero querráis excusar en mí lo que es muy excusable, como vos misma podréis comprender, y me dejéis vivir en la paz que espero encontrar con él». La reina, al ver su rostro tan sereno y sus palabras tan sinceras, no encontró palabras para rebatirla e, insistiendo en su cólera y en su afán de reprenderla, se puso a llorar, diciendo: «¡Triste de vos! En lugar de humillaros ante mí y arrepentiros de vuestra enorme falta, habláis audazmente sin una lágrima en los ojos, mostrando bien así la obstinación y dureza de vuestro corazón. Pero si el rey y vuestro padre me prestan oídos, os pondremos en un lugar que os obligará a emplear otro lenguaje». «Señora —respondió Rolandine—, puesto que me acusáis de hablar demasiado audazmente, estoy decidida a callarme si me dais permiso para hablar y responderos». Y cuando se le ordenó hablar, continuó: «No estaba en mi ánimo, señora, hablaros audazmente y sin la reverencia que os debo, a vos, que sois mi dueña, y ni quise ni pensé hacerlo; pero puesto que no tengo abogado que salga en mi defensa, a no ser la verdad, que yo sola sé, me he visto obligada a expresarme sin temor, esperando que al ser todo bien conocido de vos, no me juzgarais tal como os plugo hacerlo. No creo que ninguna criatura mortal, al oír cómo me he conducido en el asunto de que se me acusa, me tache de infamia, puesto que sé que ni Dios ni mi honor han sido ofendidos. Y esto es lo que me hace hablar sin temor, segura de que Aquel que ve mi corazón está conmigo, y si tal Juez está de

mi parte, yo estaría equivocada en temer a los que están sujetos a su juicio. Así pues, señora, ¿debo llorar cuando ni mi conciencia ni mi honor me reprenden nada en este asunto, y también cuando estoy tan lejos de arrepentirme que si hubiera de volver a empezar, volvería a hacer lo mismo que hedió? Pero vos, señora, sí tenéis motivos para llorar, no sólo por la forma en que me tratasteis en mi juventud, sino por lo que ahora me hacéis al reprenderme delante de todo el mundo por una falta que debe seros imputada más a vos que a mí. Porque si yo hubiera ofendido a Dios, al rey, a vos, a mis padres y a mi conciencia, sí que sería muy obstinada si no llorara con gran arrepentimiento; pero por una cosa buena, justa y santa, de la que nunca se debió hablar mal, si vos no la hubieseis aventado y producido un escándalo que muestra suficientemente es mayor vuestro deseo de producir mi deshonor que el de querer conservar el honor de vuestros parientes y de vuestra casa, yo no debo llorar. Mas, puesto que así os place, no estoy aquí para contradeciros, y cuando ordenéis el castigo que os plazca, no tendré menos placer en sufrirlo sin razón del que vos tengáis en dármelo. Así que, señora, vos y mi señor padre ordenad el tormento que queráis que sufra; me consta que él no se opondrá; al menos, estaré tranquila de que él aceptará vuestra decisión para mi desgracia, y así como fue negligente para mi bien, estará pronto para mi mal obedeciendo vuestra voluntad. Pero tengo un padre en los cielos que, estoy segura, me dará tanta paciencia como grandes males me veo por vos preparados, y sólo en él tengo perfecta confianza». La reina, furiosa como no podía más, ordenó que fuera arrojada de su vista y recluida en una habitación sola, donde no pudiera hablar con nadie; pero no impidió que la acompañara su dueña, por quien la joven hizo saber al bastardo cuál era su suerte y qué le parecía a él que debía ella hacer. Éste, pensando que los servicios que había prestado al rey podrían servirle de algo, vino en diligencia a la corte y encontró al rey en el campo, contándole la verdad de los hechos y suplicándole quisiera hacerle tanto bien a él, que era un infeliz caballero, que aplacara a la reina, de modo que el matrimonio pudiera ser consumado. El rey no le respondió otra cosa, sino: «Señor, ¿me aseguráis que la habéis desposado?». «Sí, majestad —respondió el bastardo—, por palabras y presentes, y, si os place, lo será de forma definitiva». El rey bajó la cabeza y sin pronunciar palabra se dirigió al castillo; y cuando llegó allá, llamó al capitán de su guardia y le ordenó que hiciera prisionero al bastardo. Sin embargo, un amigo de éste que conocía los gestos del rey, le advirtió que se ausentara y le ofreció una casa suya cerca de allí para que se retirara; y si el rey le hacía buscar, como sospechaba, se lo haría saber incontinentemente para que huyera fuera del reino, y si las cosas se dulcificaban, le avisaría para que volviera.

El bastardo lo creyó y fue tan diligente que el capitán de los guardias no lo encontró. El rey y la reina miraron juntos qué podían con esta infeliz joven, que además tenía el honor de ser su pariente; y por consejo de la reina, se concluyó que la joven fuera devuelta a su padre, a quien se comunicó toda la verdad de los hechos. Pero antes de enviarla, consultaron con eclesiásticos y otras gentes de buen consejo,

arguyéndole que puesto que en su matrimonio no hubo otra cosa que palabras, podía disolverse fácilmente, con tal de que ambos renunciaran, como así quería el rey para salvaguardar el honor de la casa a la que pertenecía. Pero ella les respondió que estaba dispuesta a obedecer al rey en todas las cosas, excepto en contravenir a su conciencia, diciendo que lo que Dios había unido no podían separarlo los hombres, y rogándoles que no la tentaran con cosa tan falta de razón, porque si el amor y el buen entendimiento, fundados en el temor de Dios, son la base firme y segura del matrimonio, ella se sentía tan atada que ni el hierro, ni el fuego, ni el agua, podrían romper su lazo, a no ser la muerte, la única a la que estaba dispuesta a devolver su anillo y su juramento, rogándoles que ni insistieran en hablarle de lo contrario, porque estaba tan firme en su propósito que prefería morir conservando su fe que vivir después de haberla negado. Los enviados del rey volvieron con esta firme respuesta, y cuando se vio que no había medio de hacerla renunciar a su marido, la enviaron junto a su padre en tan triste estado que por dondequiera que ella pasaba todos lloraban. Y, aunque ella hubiera faltado, fue tan grande el castigo y tal su constancia, que consiguió que su falta fuera considerada virtud. El padre, al escuchar tan tristes noticias, no la quiso ver, y la envió a un castillo situado en el interior de un bosque, que antaño edificara para una ocasión como la que se menta en esta narración, y allí la retuvo largo tiempo en prisión, e hizo que le dijeran que si renunciaba a su marido, la reconocería de nuevo como hija y la pondría en libertad. A pesar de esto, ella se mantuvo firme y prefirió continuar en prisión conservando el amor de su marido que toda la libertad del mundo sin él; y su rostro daba muestras de que todas sus penas le resultaban pasatiempos placenteros al sufrirlas por el que amaba. ¿Qué puedo decir de los hombres? El bastardo, obligado con ella, como sabéis, huyó a Alemania, donde tenía muchos amigos, y bien pronto mostró con su ligereza que no era el amor, sino la avaricia y la ambición, lo que le llevaban a perseguir a Rolandine; de esta suerte se enamoró de tal forma de una dama alemana que olvidó confortar con sus cartas a quien tantas tribulaciones padecía por él. Nunca la fortuna, por rigurosa que fuera con ellos, pudo impedirles escribirse uno a otro, como no fuera el loco y ruin amor en que él se dejó engañar, con lo que el corazón de ella tuvo, primero tal sentimiento que no podía dormir; y luego, viendo sus escritos tan fríos y tan distintos de su lenguaje habitual que en nada se parecían a los del pasado, sospechó que alguna nueva amistad la separaba de su marido y lo tomaba así de extraño con ella, lo que le produjo todas las penas y tormentos que el castigo que le habían infligido no había podido conseguir. Y como la perfección de su amor no admitía que ella estableciera un juicio basado en una sospecha, encontró el medio de enviar secretamente un criado en el que fiaba, no para llevarle ninguna carta ni para que hablara con él, sino para espiarlo y averiguar la verdad. Éste, vuelto que hubo del viaje, le contó con toda menudencia cómo había encontrado al bastardo muy enamorado de una dama alemana, y que el rumor era que pretendía casarse con ella, ya que era muy rica. Esta noticia produjo tan extremo dolor al corazón de nuestra

infeliz Rolandine que, no pudiendo soportarlo, cayó gravemente enferma. Los que supieron el motivo, le dijeron de parte de su padre que, puesto que era noticia la gran ruindad del bastardo, ya podía ella abandonarlo justamente, e hicieron lo posible por persuadirla. Mas, aunque fue atormentada hasta el extremo, no hubo modo de hacerla mudar de su propósito, y aún en esta última tentación supo mostrar el aprecio que tenía a su propia gran virtud. Y, así como disminuía el amor por parte de él, así aumentaba ella el suyo, y mantuvo, pese a todo lo sucedido, su amor entero y perfecto; y el amor que menguaba en él revirtió en ella, y cuando supo que era entero, mientras otrora fue repartido entre dos, determinó conservarlo así hasta la muerte de uno u otro. Y he aquí que la bondad divina, que es caridad perfecta y verdadero amor, tuvo piedad de su dolor y consideración de su paciencia, de suerte que al cabo de pocos días el bastardo murió pretendiendo a la otra mujer, advertida Rolandine de lo cual por aquellos que lo vieron sepultar, envió a suplicar a su padre que quisiera hablar con ella. El padre fue inmediatamente, sin que nunca, desde su prisión, hubiera hablado con ella, y tras haber escuchado atenta y detalladamente sus justas razones, en lugar de reprenderla y matarla, como a menudo amenazaba con palabras, la tomó entre sus brazos y, llorando sentidamente, le dijo: «Hija mía, sois más justa que yo, que si hubo falta en vuestra conducta, yo fui la causa principal, más, puesto que Dios así lo quiere, deseo dar satisfacción al pasado». Y, llevándola a su casa, la trató como a su hija favorita. Al fin, fue pedida en matrimonio por un caballero de armas y blasón de la misma casa, que era de buen juicio y virtuoso y quería tanto a Rolandine, cuya compañía frecuentaba a menudo, que se hacía lenguas de ella donde los demás la infamaban, sabedor de que su conducta no tuvo otro fin que su virtud. El matrimonio era agradable al padre y a Rolandine y fue rápidamente llevado a efecto. Bien es cierto que un hermano que ella tenía, único heredero de la casa, no quiso repartir con ella parte alguna, aduciendo que había desobedecido a su padre; y cuando murió este buen hombre, los trató con tanto rigor que ella y su marido, que era un segundón, apenas tenían bastante para vivir. Pero Dios siempre provee; y el hermano, que lo quiso todo para él, por muerte súbita, dejó un día a su hermana todos los bienes que tenía, tanto los propios de ella como los de él. De modo que Rolandine se convirtió en heredera de una buena y gran casa, donde vivió honorablemente y santamente en amor de su marido, y después de educar dos hijos que Dios les dio, rindió felizmente su alma a Aquél en quien desde tanto tiempo atrás depositara su fe.

«Ahora, señoras mías, ruego a los hombres, que nos quieren pintar inconstantes, venga aquí ahora y me demuestren un marido tan perfecto como perfecta fue esta mujer, y de semejante fe y perseverancia. Estoy segura que les sería tan difícil que prefiero dispensarlos antes que ponerme en tesitura de rogaros (mas no a vuestras mercedes, señoras) que, o no améis en absoluto, o que lo hagáis tan perfectamente como esta joven; y guardaos bien de decir ninguno que ella dañara su honor, visto

que con su firmeza nos es ocasión de aumentar la nuestra». «A fe, Parlamente, que nos habéis contado la historia de un honesto y muy grande corazón, que da tanto lustre a su firmeza como demérito a la deslealtad de su marido, que la quiso dejar por otras», comentó Doña Oisille. «Creo —intervino Longarine que ese sinsabor fue lo más importante para ella, ya que no hay carga tan difícil que el amor de dos personas bien unidas no pueda soportar; pero cuando uno falta a su deber y deja toda la carga sobre otro, el peso es insoportable». «Eso quiere decir —adujo Guebron— que debéis tener piedad de nosotros, que llevamos todo el peso del amor sin que os dignéis mover el extremo de un dedo para aliviamos». «¡Ay, Guebron! —respondió Parlamente—, con frecuencia son diferentes los fardos del hombre y de la mujer. Porque el amor de la mujer, bien fundado y apoyado en Dios y en su honor, es tan justo y tan razonable que aquel que se separa de tal amistad debe ser estimado cobarde y ruin para con Dios y con los hombres honrados. Pero el amor de la mayor parte de los hombres se basa totalmente en el placer que a mujeres ignorantes, para servir a sus malos instintos, les ponían algunas veces por delante; y cuando Dios les hace conocer la malicia del corazón de aquellos que pensaban buenos, ya sólo les queda repartir con ellos su honor y buena reputación, porque *las locuras cortas con siempre las mejores*». «Eso es una razón forjada sobre fantasía de querer mantener que las mujeres honestas pueden dejar honestamente el amor de los hombres, y, en cambio, los hombres no pueden dejar el de las mujeres, como si su corazón fuera diferente. Pero aunque los rostro y los trajes lo sean, sí creo que los sentimientos son semejantes, aunque la malicia cubierta sea peor», dijo Hircan. Parlamente, con algo de ira, le dijo: «Bien veo que estimáis menos malvadas a aquéllas cuya malicia está al descubierto». «Bien está —intervino Simontault—, dejemos esta discusión, ya que, de llegar a alguna conclusión sobre los corazones del hombre y de la mujer, ni uno ni otro vale nada. Sepamos a quién cederá su voz Parlamente para que oigamos algún buen cuento». «Se la doy a Guebron», dijo aquélla. «Bien, puesto que comencé a hablar de franciscanos —contestó éste—, no quiero olvidar a la orden de San Benito y lo que sucedió a dos en mi tiempo, aunque no intento al contar la historia de un mal religioso, impedir la buena opinión que tengáis la gente de bien. Mas, como dijo el Salmista, todo hombre es un mentiroso, y en otro lugar se dice: “Y no hay quien haga bien alguno, hasta que no hace uno”», me parece que no puede dejarse de estimar al hombre tal como es, porque si de ello resulta bien, se le debe atribuir a Aquel que es la fuente, y no a la criatura, a quien por dar demasiada gloria y alabanza, o estimar algo bueno de sí mismo, la mayor parte de las personas son engañadas. Y, a fin de que no encontréis imposible que bajo una extrema, austeridad se encuentre una extrema concupiscencia, oíd lo que ocurrió en tiempos del rey Francisco, primero de este nombre.

Narración XXII

De cómo un padre prior de la reforma, bajo capa de hipocresía, intenta por todos los medios seducir a una santa religiosa; y de cómo su malicia fue descubierta

En la villa de París, había un prior en San Martín de Campos, cuyo nombre callaré por la amistad que hemos tenido. Su vida, hasta la edad de cuarenta años, fue tan austera, que el rumor de su santidad creció por todo el reino de Francia de tal modo que no había príncipe ni princesa que no le prestaran gran honor y reverencia cuando le iban a ver. Y no se hacía reforma de convento que no fuera hecha por su mano, con lo que se le llamaba el padre de la verdadera religión. Fue elegido visitador de la gran orden de las damas de Fontevrault, siendo tan temido por ellas que cuando iba a alguno de sus monasterios, todas las religiosas temblaban de miedo y para apaciguar los grandes rigores que tenía con días, lo trataban como hubiesen hedió con la persona del rey, lo que al principio él rehusó, pero más tarde, al llegar a los cuarenta años, comenzó a considerar como muy bueno lo que al comienzo rechazara y, pensando de sí mismo como el público sostén de toda religión, deseó conservar su santidad mejor de lo que hasta entonces acostumbrara. Y aunque su Canon comportaba a no comer nunca carne, se dispensó él mismo (cosa que no hacía a ningún otro) diciendo que sobre él descargaba todo el peso de la religión. Y tanto se festejó, que de un monje magro hizo uno bien grasoso; y a este cambio de vida correspondió un cambio en su corazón, de suerte que comenzó a mirar los rostros cuando antes miraba las conciencias. Luego, mientras contemplaba estos hermosos semblantes, que eran tanto más deseables por ser velados, comenzó a codiciarlos; y para satisfacer esta codicia, recurrió a tales medios sutiles que en lugar de hacer el oficio de pastor se convirtió en lobo, de modo que en varios buenos conventos, donde encontró alguna un poco tonta, no vaciló en abusar (se decía). Mas, tras haber practicado mucho tiempo tan depravada vida, la bondad divina, se apiadó de las pobres ovejas descarriadas, no quiso que padeciera más tiempo la gloria de este desgraciado reino como podréis ver a continuación. Un día, yendo a visitar un convento cercano a París, de nombre Gif, ocurrió que al confesar a todas las religiosas encontró una, llamada María Herouet, cuya palabra era tan dulce y agradable que auguraba un rostro y un corazón semejantes. Y así, solamente con oírla, se sintió avasallado por tal pasión amorosa que excedió a todas las que había sentido por otras religiosas; y hablando con ella, se inclinó mucho para mirarla y al ver una boca tan roja y placentera, no se pudo contener de alzarle el velo para ver si los ojos acompañaban al resto, como así resultó ser, con lo que su corazón fue embargado por un ardor tan vehemente que

perdió las ganas de comer y beber y perdió la serenidad, por más que quiso disimularlo. Y al volver a su priorato, no podía encontrar reposo, y en gran inquietud pasaba los días y las noches imaginando a qué medios recurrir para conseguir sus deseos y hacer con ella lo que hiciera con otras, cosa que veía muy difícil porque la sabía juiciosa con palabras y de espíritu sutil; y, por otra parte, se encontraba tan torpe y viejo que decidió no decirle nada e intentar ganarla por el temor. Así que, a renglón seguido volvió al dicho monasterio de Gif, donde se mostró aún más austero de lo que siempre había sido, enfadándose con todas las religiosas, reprendiendo a la una porque su velo no era bastante largo, a la otra porque alzaba demasiado la cabeza y a una tercera porque no hacía bien la reverencia que como religiosa estaba obligada. Y en todos estos pequeños detalles se mostró tan severo que se le temía como si de Dios en el juicio final se tratara. Y él, a pesar de que padecía de gota, se tomó tal interés en visitar todos los rincones, que tal, como premeditara, a la hora de vísperas se encontraba en el dormitorio. La abadesa le dijo: «Reverendo padre, es la hora de las vísperas». A lo que respondió: «Id, madre, id y oídlas, que ya que estoy aquí, me quedaré, no para descansar, sino para hablar con la hermana María, de la que he recibido un mal informe; se me ha dicho que es tan charlatana como si fuera mundana». La abadesa, que era tía de su madre, le rogó que la llamara bien a capítulo y la dejó sola, a excepción de un joven religioso que estaba con él. Cuando se encontró solo con la hermana María comenzó por levantarle el velo y pedirle que lo mirara. Respondiéndole ella que la Regla le prohibía mirar a los hombres. «Bien dicho, hija mía —contestó él—. Pero no es preciso que penséis que nosotros, los religiosos, seamos hombres». Con lo que la hermana María, temiendo faltar al desobedecerle, le miró al rostro, encontrándolo tan feo que pensó que más que pecado era penitencia mirarlo. Nuestro buen padre, después de manifestarle con diversos términos el gran cariño que le profesaba, le quiso poner la mano en el pedio, rechazándole ella como era su deber; y él, muy furioso, le dijo: «¿Acaso es menester que una religiosa sepa que tiene pechos?». Contestóle ella: «Sí que los tengo, y por cierto que ni vos ni otro tocaréis nada de allí, porque no soy una joven tan ignorante que no comprenda bien lo que es pecado y lo que no lo es». Y, cuando vio que con tales argucias no podría conseguirla, intentó emplear otras, diciéndole: «¡Ay, hija mía!, menester será que os aclare mi extrema necesidad, y es que tengo una enfermedad que los médicos encuentran incurable a no ser que yo me refocile y juegue con una mujer que sepa amar mucho. De mí puedo deciros que ni para seguir viviendo querría cometer un pecado mortal; pero cuando se llega a mi edad, se comprende que una simple fornicación no se puede comparar al pecado de homicidio. Así que, si estimáis en algo mi vida, si vuestra conciencia da de lado su crueldad, podréis salvarme». Preguntó ella qué tipo de juego pretendía él que hicieran, contestando él que podía dejar tranquilamente su conciencia reposar en la de él, ya que no haría nada por lo que ni uno ni otro hubieran de ser culpados. Y para mostrarle el único pasatiempo que le pedía, fue abrazarla e intentó acostarla sobre el lecho.

Ella, conociendo su mala intención, se defendió tanto a fuerza de brazos y palabras que él no llegó a tocar más que sus ropajes. En seguida, cuando viera que todos sus esfuerzos e invenciones se convertían en humo, como hombre enajenado, y no sólo en su conciencia, sino también en su corazón natural, la puso sus manos sobre las ropas a donde quiera que pudo llegar y con las uñas arañó con tal furor que la pobre joven, gritando con voz fuerte, cayó desvanecida a tierra cuan larga era. A estos gritos entró la abadesa en el dormitorio donde estaban, ya que, estando en las vísperas, recordaba haber dejado sola con el buen padre a la religiosa, que era hija de su sobrina, y tales escrúpulos acometieron su conciencia que dejó las vísperas y fue a la puerta del dormitorio a escuchar lo que allí ocurría. Y, al oír la voz de su sobrina, empujó la puerta que sujetaba el joven monje. El prior, al ver venir a la abadesa, le mostró su sobrina tendida en tierra, desvanecida, diciéndole: «Madre, habéis cometido un error inexcusable al no decirme las condiciones de Sor María, ya que, ignorando su debilidad, la hice estar de pie ante mí mientras la llamaba a capítulo y se ha desvanecido, como podéis ver». La hicieron volver en sí con vinagre y otros remedios propicios y advirtieron que, en su caída, se había herido en la cabeza. Y, recobrando el conocimiento, el prior, temeroso de que contara a su tía el motivo de su mal, le dijo aparte: «Hija mía, os ordeno, bajo pena de desobediencia y de condenación eterna, que no habléis nunca a nadie de lo que aquí ha sucedido. Comprenderéis la intensidad del amor que me impulsó a ello, mas, puesto que vos no queréis, nunca más os volveré a hablar como esta vez, y os aseguro que, si queréis amarme, os haré abadesa de una de las mejores abadías del reino». Respondió ella que prefería morir en perpetuo encarcelamiento que tener nunca otro amante que no fuera Aquel que por ella murió en la cruz, y que prefería mil veces padecer todos los males que el mundo pudiera infligirle que, sin Él, tener todos los bienes; y que no continuara hablando en tales términos o lo diría a la madre abadesa; y dicho esto, se calló. Este mal pastor, para fingirse otro del que no era y para tener el placer de volver a ver a la que amaba, marchó y, dirigiéndose a la madre abadesa, le dijo: «Madre, os ruego hagáis cantar a todas vuestras hijas una Salve Regina, en honor de la Virgen, en quien tengo depositada toda mi esperanza». Como así fue hecho, y durante el cántico, este zorro no hizo otra cosa que llorar, no por devoción, sino de pesar por no haber podido salirse con la suya. Y todas las feligresas, que pensaban que era por amor a la Virgen María, lo consideraban un santo. Sor María, que sabía su malicia, rezó en el fondo de su corazón porque la Virgen confundiera a quien despreciaba la virginidad. Y con esto, el hipócrita marchó a San Martín y, una vez allí, el ruin fuego que ardía en su corazón no cesaba de quemarlo noche y día, llevándole a buscar toda clase de invenciones posibles para conseguir sus fines. Y como temía sobremanera a la abadesa, que era una mujer muy virtuosa, ideó el medio de quitarle este monasterio. Así que se fue a ver a la condesa de Vendôme, que por entonces estaba en La Fere, donde había fundado y construido un convento de San Benito llamado del Monte de los Olivos. Y, como correspondía a su condición de

soberano reformador, le dio a entender que la abadesa del dicho Monte de los Olivos no era suficiente apta para gobernar tal comunidad. La buena dama le rogó que le indicara otra que fuera digna de esta misión. Y él, que no pretendía otra cosa, le aconsejó que tomara a la abadesa de Gif, como la más capacitada de toda Francia. La condesa de Vendôme la envió a buscar inmediatamente y puso a su cargo el monasterio del Monte de los Olivos. El prior de San Martín, que tenía en su poder las riendas de toda orden religiosa, hizo elegir en Gif una abadesa que le era adicta. Y, tras dicha elección, se encaminó al dicho Gif para intentar una vez más si con ruegos y con dulzura podría conseguir a Sor María Herouet. Y, al ver que no había medio alguno, retornó a su priorato de San Martín, desde donde, tanto para conseguir sus fines como para vengarse de la que tan cruel era con él, así como por temor de que el asunto fuera conocido, hizo robar una noche secretamente las reliquias del citado Gif y acusó al confesor de allí, muy anciano y hombre de bien, de ser quien las había robado, y por esta causa, lo puso en prisión en San Martín, y mientras estaba prisionero, presentó dos testigos que firmaron, ignorantes, todo lo que el señor de San Martín les ordenó, esto es, que habían visto en el interior del jardín a dicho confesor en un acto vil y deshonesto con Sor María, intentando hacer que el viejo religioso lo confesara. Pero éste, que conocía todas las faltas de su prior, le suplicó que convocara Capítulo General y allí, delante de todos los religiosos, diría toda la verdad de lo que sabía. El prior, temiendo que la justificación del confesor fuera su condenación, no quiso atender este requerimiento, mas, encontrándolo firme en su decisión, le trató tan mal en la prisión que unos dicen que murió allí y otros que le obligó a dejar sus hábitos y a marchar fuera del reino de Francia. Lo que quiera que fuera, nunca se volvió a saber más de él. Cuando el prior consideró que Sor María ya era su presa, fue al convento, donde la abadesa, impuesta por él no le contradijo en nada. Y, una vez allí, comenzó a querer usar de su autoridad de visitador, e hizo venir a todas las religiosas a una habitación, una detrás de otra, para oírlas en confesión y examinarlas; y cuando le llegó la vez a Sor María, que ya no tenía la protección de su buena tía, comenzó por decirle: «Sor María, ya sabéis el crimen de que estáis acusada y que vuestro disimulo, aparentando ser tan casta, no os servirá de nada; porque bien se sabe que sois lo contrario». Sor María le respondió con rostro firme: «Haced venir a quien me acusa y veamos si ante mí mantiene su malvada opinión». Le contestó el prior: «No hacen falta más pruebas, ya que el mismo confesor ha sido convicto». Sor María dijo: «Lo considero tan hombre de bien que no es posible que nunca confesara tal ruindad y tal mentira; mas, aunque así sea, hacedle venir ante mí y yo probaré lo contrario de lo que diga». El prior, al ver que de ninguna manera podía confundirla, le contestó «¡Considerad que soy vuestro padre! y, con tal motivo, deseo dejar a salvo vuestro honor; por tanto, deo a vuestra conciencia confesar la verdad, y yo os prestaré fe. Os emplazo y os conjuro bajo pena de pecado mortal, a decirme la verdad, a saber, si erais virgen cuando fuisteis recluida aquí». Ella aseguró: «Padre mío, la edad de cinco años que entonces tenía, debe ser suficiente testigo». «Bien,

pues, hija mía, y desde entonces acá, ¿habéis perdido acaso esa bella flor?». Juró ella que no y que nunca encontrara otro obstáculo que él mismo, a lo que éste respondió que no podía creerla y que la cosa exigía una prueba. «¿Qué prueba queréis hacer?», preguntó ella. «La misma que hice con otras —le respondió—, porque así como soy visitador de las almas también lo soy de los cuerpos. Vuestras abadesas y superiores han pasado por mis manos; vos no debéis temer que yo desee vuestra virginidad. Así que tendeos sobre el lecho y poned las faldas de vuestro hábito sobre vuestro rostro». Sor María, llena de cólera, le contestó: «Me habéis hecho tantas proposiciones con vuestro loco amor que pienso que lo único que queréis es quitarme mi virginidad, y no comprobarla. Así, pues, ya podéis asegurar que nunca consentiré». Entonces él le dijo que estaba excomulgada al rehusar la obediencia que le exigía la orden y que, si no consentía, la deshonoraría en pleno Capítulo General y diría sólo lo malo que sabía había existido entre ella y el confesor. Mas, con el rostro sin alarma ni temor, díjole ella: «Aquel que conoce el corazón de los que le sirven me colmará de tantos honores ante Él como de vergüenza me cubrieseis vos ante los hombres. Por tanto, ya que a tales extremos llega vuestra malicia, prefiero que ésta remate su crueldad conmigo a que vuestra mala voluntad consiga su deseo, pues sé que Dios es un juez justo». Al momento, marchó él a preparar todo el Capítulo e hizo venir de rodillas ante él a Sor María, a quien con despecho se dirigió así: «Sor María, me disgusta profundamente que hayan sido inútiles las bondadosas admoniciones que os hice, de forma que me veo obligado, contra mi costumbre, a imponeros una penitencia. He examinado a vuestro confesor sobre algunos crímenes a él imputados y me ha confesado haber abusado de vuestra persona, en el mismo lugar donde los testigos dicen haberlo visto. Así, pues, del mismo modo que os elevé a una jerarquía superior y os hice maestra de novicias, ahora ordeno que seáis colocada no solamente la última de todas, sino que además, deberéis comer en el suelo, delante de todas las hermanas, pan y agua únicamente, hasta que vuestra contrición sea lo suficientemente conocida para obtener el perdón». Sor María, advertida por una de sus compañeras, bien enterada de todo el asunto, de que si respondía algo que disgustara al prior éste la pondría «in pace», es decir, en celda perpetua, oyó la sentencia, levantó los ojos al cielo y rogó a Aquel que había sido su sostén contra el pecado quisiera prestarla también su paciencia en esta tribulación. También prohibió este venerable prior que cuando viniesen su madre o sus familiares, no se les permitiera en tres años hablar con ella, ni escribir cartas, a no ser que fueran hechas en comunidad. Y así marchó hombre tan malvado, sin regresar nunca; y esta pobre muchacha padeció largo tiempo las tribulaciones que habéis podido oír; pero su madre, que la amaba más que a ninguno de sus hijos, al ver que no tenía noticias de ella se asombró mucho y le dijo a un hijo suyo, prudente y honesto caballero, que pensaba que su hija había muerto y que las religiosas, para recibir la pensión anual, lo disimulaban, rogándole que intentara de alguna forma ver a su hermana. El joven fue inmediatamente al convento, en el que le dieron las excusas acostumbradas, diciéndole que hacía tres años que su hermana

estaba enferma sin moverse del lecho. No se dio él por contento y les juró que, si no le permitían verla, pasaría por encima de las murallas y forzaría la entrada del convento. Con lo que se aterrorizaron tanto que condujeron a su hermana hasta una celosía, permaneciendo cerca la abadesa para que no pudiera decir a su hermano nada que ella no oyera; pero la joven, que era prevenida, había puesto por escrito todo lo que os he contado, con otras mil invenciones que el dicho prior había imaginado para engañarla y de las que no os hago gracia en pro de la brevedad; mas no quiero olvidar deciros que, mientras fuera su tía la abadesa, y pensando el prior que era rechazado a causa de su fealdad, hizo tentar a Sor María por un apuesto y joven religioso, pensando que, si por amor se rendía ella al religioso, luego podría tenerla él por temor. Pero, desde el jardín donde el citado religioso intentó su propósito, con gestos tan deshonestos que yo me avergonzaría de referirlos, la infeliz joven corrió hacia la abadesa, que hablaba con el prior, gritando: «¡Madre mía, estos que nos visitan no son religiosos, sino demonios!». Inmediatamente, el prior, temeroso de ser descubierto, dijo riéndose: «No hay duda, sobrina, de que Sor María tiene razón». Y cogiéndose las manos le dijo a la abadesa: «Había oído que Sor María hablaba muy bien y tenía siempre las respuestas tan a punto como si fuera una mujer mundana; y, para comprobarlo, me sentí tentado, contra mi natural, a expresarme en los términos que los hombres del mundo usan para con las mujeres, como he encontrado en escritos; y pensando que mi vejez y fealdad podía ser la causa de que ella adoptara postura tan virtuosa, envié a mi joven religioso a expresarse en términos semejantes, y ved cuán bien y virtuosamente ha resistido. Por todo ello, la considero tan prudente y virtuosa que quiero que en lo sucesivo sea la primera después de vos y maestra de novicias, a fin de que su buen entendimiento se desarrolle más y más en la virtud». Acto semejante y varios otros como éste cometió nuestro religioso durante los tres años que se sintió tan atraído por la religiosa. La que, como dije, entregó a su hermano por la celosía el escrito completo de su triste historia, que el hermano trasladó a su madre, quien desesperada, fue a París, donde habló a la reina de Navarra, única hermana del rey, entregándole el muy triste discurso y diciéndole: «Señora, pienso que no fiaréis una y otra vez en semejante hipócrita. Yo pensaba haber puesto a mi hija en los aledaños del paraíso y camino de él y la puse en el infierno, entre los peores diablos que en él pueda haber, porque los demonios no nos tientan si no queremos, y aquéllos nos quieren tener por fuerza cuando el amor nos falta». La reina sintió una tremenda pena, ya que confiaba plenamente en el prior de San Martín, a cuyo cargo encomendara las abadesas de Montvilliers y de Caen, sus cuñadas. De otra parte, aquel crimen tan enorme produjo tal horror y deseo de vengar la inocencia de esta pobre joven, que comunicó el asunto al canciller del rey, por entonces legado en Francia, y envió a buscar al prior, que no encontró otra excusa sino que ya tenía sesenta años, y hablando a la reina de Navarra, le rogó que el mayor favor que ella podía hacerle, como recompensa a todos sus servicios, le plugiera detener el proceso y él confesaría que Sor María Herouet era una perla de honor y de

virginidad. La reina, al oír esto, se sintió tan asombrada que no supo qué responderle y lo dejó así; el infeliz hombre, todo confuso, se retiró a su convento, donde no quiso nunca ser visto —de nadie, y no viviendo más que hasta un año después.

Y Sor María Herouet, apreciada como merecía por las virtudes que Dios había depositado en ella, fue trasladada de la dicha abadía de Gif, donde tantos males padeciera, y hecha abadesa, por decisión del rey, del convento llamado Gien, cerca de Montargis, que ella reformó; y vivió como plena de espíritu de Dios, alabándole toda su vida por haberle placido darle honor y paz.

«He ahí, señoras mías, una historia que es buena para demostrar que Dios confunde a los fuertes con las cosas pequeñas, y con aquellas que son inútiles a los ojos de los hombres desbarata la gloria de quienes creen ser algo y no son nada, como dice el Evangelio y San Pablo en su epístola a los Corintios. Pensad, señoras, que sin la gracia de Dios no hay hombre del que se pueda creer bien ninguno, ni con tan fuertes pasiones que por sí solo pueda conseguir la victoria, como podéis ver por la confesión de aquel que se estimaba justo y de aquella a la que se quería hacer pasar por pecadora y malvada. Y, en esto, se comprueba el dicho de Nuestro Señor: “El que se eleva será humillado y el que se humilla será ensalzado”». «¡Ay! —dijo Doña Oisille—, ¡cuántas gentes de bien engañó ese prior!, ya que advierto que confiaban en él más que en el mismo Dios». «No sería ése mi caso —apostilló Nomerfide—, porque yo no me fío de tales gentes». «También los hay buenos —respondió Doña Oisille— y no hay que juzgarlos a todos por los malos; pero los mejores son los que menos frecuentan las reuniones sociales y las mujeres». «Bien decís —intervino Emarsuite— cuando menos se les ve, menos se les conoce y más se les estima, ya que cuanto más se les trata, más se les ve tal como son». «Ea, dejemos el asunto donde está y veamos a quién cede Guebron la palabra», dijo Nomerfide. «Pues sea a Doña Oisille —respondió aquél— a fin de que diga algo que haga honor a los hermanos religiosos». «Como hemos jurado decir la verdad —replicó Doña Oisille— yo no sabría sostener otra opinión. Y, al decir vuestro cuento, también habéis traído a mi memoria una triste historia que me siento inducida a contaros, porque soy natural de la región donde en mi tiempo ocurrió. Y también, señoras mías, para que la hipocresía de quienes se estiman más religiosos que los demás no os ofusque el entendimiento de modo que vuestra fe, apartándose del camino recto, piense encontrar su salvación en alguna criatura distinta de Aquel que es el único que no tuvo ayuda alguna en nuestra creación y redención, y que es todopoderoso para salvarnos en la vida eterna y para consolarnos y librarnos de nuestras tribulaciones en esta vida terrena. Sabiendo que a veces el Ángel Satán se transforma en ángel de luz, a fin de que los ojos de la carne, cegados por su apariencia de santidad y devoción, no se detengan a pensar en lo que deben hacer, me parece útil contaros un sucedido de mi tiempo».

Narración XXIII

De cómo, por la maldad de un franciscano, hubo tres muertes en una casa, a saber, la del dueño, la de la mujer y la de su hijo

En la región de Perigord, había un caballero que tenía tal devoción a San Francisco que le parecía que todos cuantos llevaban este hábito debían ser semejantes al buen santo. Y en honor de aquéllos, había hedió en su casa una habitación y una antecámara apropiada para alojarlos; dirigía sus negocios según sus consejos, incluso en los menores detalles domésticos, imaginando caminar con seguridad siguiendo sus buenos consejos. Ahora bien, ocurrió un día que la mujer de este caballero, que era bella y no menos prudente que virtuosa, tuvo un hermoso niño, con que el amor que le profesaba su marido aumentó doblemente. Y, para festejar a su comadre, envió a buscar a un cuñado suyo. Llegada que fue la hora del yantar, acudió un franciscano cuyo nombre ocultaré por el honor de la religión. El caballero se sintió muy feliz al ver a su padre espiritual, a quien no ocultaba ninguno de sus secretos. Y después de una conversación mantenida entre su mujer, su cuñado y él, se sentaron a la mesa para comer; y durante la comida, el caballero, mirando a su mujer, que era lo bastante bella y llena de gracias para ser deseada, comenzó a preguntar en voz alta di buen padre: «Padre mío, ¿es cierto que un hombre peca mortalmente si se acuesta con su mujer durante la cuarentena?». El buen padre, que tenía el continente y la palabra adecuados al corazón, respondió: «Sin duda, señor, yo pienso que es uno de los grandes pecados que se cometen en el matrimonio; no hay más que ver el ejemplo de la Virgen María, que no quiso entrar en el templo hasta pasado el día de la purificación, aunque no tuviese necesidad de ella. Así, pues, vos no deberíais nunca fallar en privaros de un pequeño placer, visto que la dulce Virgen María se abstuvo, por obedecer la ley, de ir al Templo donde se encontraba todo su consuelo; otrosí — dijo — los doctores en medicina opinan que hay gran peligro para la prole que pueda venir después». Cuando el caballero oyó estas palabras se sintió muy enojado, ya que esperaba que su buen padre le diera permiso, pero ya no habló más. El buen padre, después de estas disquisiciones, y tras haber bebido algo más de lo que tenía necesidad, miró a la señora y mirose y pensó también de sí mismo, diciéndose que si fuera su marido no pediría consejo alguno a nadie para acostarse con ella.

así como el fuego prende poco a poco de tal modo que llega a quemar toda la casa, así comenzó a quemarse este infeliz *frater* en tal concupiscencia que repentinamente decidió llevar a cabo su deseo, que durante más de tres años albergara encubierto en su corazón. Y, después de levantada la mesa, tomó al caballero por la mano y llevándolo junto al lecho de su mujer, le dijo ante ella: «Señor, como sé el

amor que existe entre vos y vuestra esposa, y que dada vuestra gran juventud, os atormenta tan fuerte, podéis creer que siento gran compasión. Y, por tanto, os diré un secreto de nuestra santa teología: y es que la ley, que por el abuso de los maridos indiscretos es tan rigurosa, no quiere permitir que aquellos que como vos, son de buena conciencia, vean nublada su inteligencia. Yo por eso os he dicho, señor, delante de las gentes la severidad de la ordenanza de la ley, mas a vos, que sois hombre prudente, no debo ocultaros la dulzura: sabed, hijo mío, que hay mujeres y mujeres, como hay hombres y hombres. En primer lugar, es preciso saber si la señora, aquí presente, que hace ya tres semanas que parió, está libre del flujo de sangre». A lo que la joven respondió que estaba totalmente limpia. «Así, pues —continuó el franciscano— os doy permiso para que os acostéis sin ningún escrúpulo; pero me habéis de prometer dos cosas». Lo que el caballero hizo gustoso. «La primera —dijo el buen padre— es que no lo digáis a nadie y vengáis a acostaros secretamente; la otra es que no vendréis antes de pasadas dos horas de la medianoche, a fin de que la digestión de la dama no se vea entorpecida por vuestras locuras». El caballero lo juró y perjuró con tales promesas que quien lo sabía más tonto que mentiroso había de estar del todo seguro. Y, después de varias frases, se retiró el buen padre a su habitación, dándoles las buenas noches con grandes bendiciones. Mas antes de retirarse, cogió al caballero de la mano, diciéndole: «Espero, señor, que vendréis y no haréis esperar a la pobre joven». El caballero, besando a aquélla, exclamó: «Querida mía, dejadme la puerta abierta». Lo que oyó muy bien el padre, retirándose cada uno a su habitación. Pero, así que el buen padre se retiró, no pensó en dormir ni en reposar, sino que acto seguido que no oyera ruido alguno en la casa, aproximadamente a la hora que tenía por costumbre ir a maitines, se encaminó recta y suavemente a la habitación en la que el caballero era esperado; allí encontró la puerta abierta; astutamente, extinguió la candela y, lo más aprisa que pudo, se acostó junto a ella sin decir palabra. La joven, creyendo que era su marido, le dijo: «Esposo mío, cual mal mantenéis la promesa que ayer tarde hicisteis a nuestro confesor de no venir hasta la madrugada». El franciscano, más atento a la vida activa que a la contemplativa, con el temor de ser reconocido, no pensaba más que satisfacer su mal deseo, en dar respuesta alguna. De lo que la joven largo tiempo contenido en su corazón, que se sintió muy asombrada. Y cuando el franciscano vio acercarse la hora en que el marido debía llegar, se levantó de junto a la dama y se marchó rápido a su habitación. Y así como el furor de la concupiscencia no le permitiera dormir, así el temor, que siempre sigue a la maldad, no le dejaba conciliar el reposo; así que fue al portero de la casa y le dijo: «Amigo mío, vuestro señor me ha ordenado que vaya incontinentemente a nuestro convento para rezar algunas oraciones de las que es muy devoto, así que os ruego me entreguéis mi caballería y abráis la puerta sin que nadie oiga nada, porque el asunto es necesario y secreto». El portero, sabedor de que obedecer al franciscano era servicio muy grato a su señor, abrió secretamente la puerta y lo dejó salir. En aquel instante se despertó el caballero y, viendo acercarse la hora que había prometido al

buen padre para ir a ver a su mujer, se levantó y en ropa de noche fue rápidamente a acostarse donde, por mandato divino y sin permiso de hombre alguno, podía ir. Y, cuando su mujer lo oyó hablar junto a ella, se maravilló tanto que le dijo, ignorando lo ocurrido: «¿Así es, señor, cómo guardáis la promesa que hicisteis al buen padre de guardar celosamente vuestra salud y la mía que no solamente vinisteis antes de la hora, sino que también volvéis ahora? Os lo ruego, ¡señor reflexionad!». El caballero se sintió tan turbado al oír esta noticia que no pudo disimular su fastidio y respondió: «¿Qué decís? Me consta, en pura verdad, que hace tres semanas que no me acuesto con vos y me reprendéis por venir muy a menudo. Si tal conversación continúa, me haréis pensar que mi compañía os molesta y me obligaréis, contra mi costumbre y mi voluntad, a buscar en otros sitios el placer que, según Dios, sólo debo recibir de vos». La joven, que pensó se mofaba de ella, exclamó: «Os suplico, señor, que por engañarme no os engañéis vos mismo; porque a pesar de que no me hablasteis cuando vinisteis, bien supe conocer que erais vos». Inmediatamente, el caballero se dio cuenta de que ambos habían sido engañados y prestó solemne juramento de que él no había venido, con lo que la dama le acometió tal aflicción que, entre lloros y lágrimas, le rogó averiguara con toda diligencia quién había podido ser, ya que en la casa no dormían más que el hermano de ella y el franciscano. Acto seguido, el caballero, lleno de sospechas hacia el franciscano, fue presurosamente a la habitación en que lo había alojado, encontrándola vacía. Y para estar más seguro de que había huido, envió a buscar al portero, a quien preguntó si sabía qué había ocurrido con el franciscano, contándole aquél toda la verdad. Ahora bien, teniendo el caballero la certeza de esta ruindad, volvió a la habitación de su mujer y le habló así: «Ciertamente, querida mía, que quien se ha acostado con vos y hecho tan buena faena ha sido nuestro padre confesor». La joven, que toda su vida tuviera en gran estima su honor, entró en tal desesperación que, olvidando toda humanidad a su naturaleza de mujer, le suplicó de rodillas vengara esta gran injuria. Con lo que inmediatamente, sin más demora, el caballero montó a caballo y persiguió al franciscano. La joven, al quedarse sola en su lecho y sin otro consejo ni consuelo que el de su hijito recién nacido, considerando el horrible y asombroso caso que le había ocurrido, sin excusarse en su ignorancia, se estimó culpable y la mujer más desgraciada del mundo; y entonces se sintió tan enloquecida por los embates de la desesperación, basada en la enormidad y gravedad del pecado, en el amor de su marido y en el honor de su linaje, que consideró su muerte mayor felicidad que continuar viviendo; y, vencida por esta pena, cayó en tal desesperación que no sólo olvidó la esperanza que todo cristiano debe tener en Dios, sino que se sintió totalmente enajenada y perdido el Guido, olvidando su propia naturaleza de tal forma que, ajena a la conciencia de Dios y a la suya propia, como mujer rabiosa y enfurecida cogió un cordón de su lecho y con sus propias manos se estranguló. Y lo que es peor, estando en la agonía de tal cruel muerte, su cuerpo, que se resistía a ésta, se agitó de tal modo que dio con el pie en el rostro de su hijito, cuya inocencia no pudo evitar que siguiera el camino de la

muerte emprendido por su dolorida y doliente madre; y al morir, dio tal grito que una mujer que dormía en la habitación vecina se levantó a toda prisa para encender una candela. Y, en seguida, al ver a su señora estrangulada y pendiente del cordón del lecho y al niño asfixiado y muerto a sus pies, corrió espantada a la habitación del hermano de su señora, a quien acompañó para mostrarle tan triste espectáculo. El hermano, llorando y mostrando el mayor dolor posible, como debe hacer quien ama a su hermana con todo corazón, preguntó a la camarera quién había cometido semejante crimen, respondiéndole aquella que no lo sabía, y que sólo había entrado en la habitación su señor, que había salido poco tiempo después. El hermano fue a la habitación del caballero y, al no encontrarlo, creyó con toda seguridad que había cometido el crimen y, cogiendo su caballo, sin preguntar más, corrió tras él, y lo esperó en el camino por el que aquél volvía de perseguir al franciscano lamentándose de no haberle atrapado. En cuanto el hermano de la joven vio a su cuñado comenzó a increparle: «Malsín y cobarde, ¡defendeos, porque espero que, con la ayuda de esta espada, Dios me ayude voy a vengarme de vos!». El caballero, que quería darle explicaciones, vio la espada de su cuñado tan cerca de él que pensó era momento, más que de preguntar las causas de su ataque, de defenderse.

Y tantas estocadas se dieron uno y otro que entre la pérdida de sangre y el desfallecimiento se vieron obligados a sentarse en tierra, uno de un lado y otro de otro. Y, recobrando el aliento, el caballero preguntó: «¿Con qué motivo, hermano mío, hemos convertido la amistad que siempre nos ha unido, en tal cruel batalla?». El cuñado le replicó: «¿Y cuál fue el motivo que os llevó a matar a mi hermana, la mujer más honrada que nunca existió, y aun de forma tan malvada como para, bajo el pretexto de acostaros con ella, colgarla y estrangularla con el cordón de vuestro lecho?». El caballero, al oír estas palabras, más muerto que vivo, dijo a su hermano: «¿Estáis seguro de haber encontrado a vuestra hermana en el estado que decís?». Y cuando el otro se lo aseguró, continuó: «Os ruego, hermano mío, que oigáis las causas por las que salí de la casa». Y, al momento, le contó lo del malvado franciscano, con lo que el hermano se asombró, y se sintió más afligido aún que cuando lo acometiera; por lo que le pidió perdón, diciéndole: «Perdonadme, pues, que os ofendí». El caballero le respondió: «Si os ofendí yo a vos, ya obtuve mi castigo, pues que estoy tan herido que no pienso escapar de ésta». El cuñado intentó subirlo al caballo como pudo y lo condujo a su casa, donde al día siguiente falleció, confesando ante todos sus parientes y amigos que él mismo era la causa de su muerte. No obstante, para satisfacer a la justicia, se aconsejó al hermano que fuera a pedir gracia al rey Francisco, primero de este nombre. Así que, tras enterrar al marido, a la mujer y al niño, allá fue, el día de Viernes Santo, a pedir a los tribunales la remisión su culpa, sentenciando Francisco Oliver, quien se la concedió, siendo el dicho Oliver por entonces canciller de Alençon, y después, por sus grandes virtudes, fue elegido por el rey, canciller de Francia.



«Creo, señoras mías, que después de haber oído esta muy verídica historia, no habrá nadie de entre vosotros que no lo piense dos veces antes de alojar en su casa gentes de tal jaez; y sabed que no hay veneno más peligroso que aquel que está más disimulado». «Considerad —dijo Hircan— que buen tonto era el marido con llevar a comer cerca de una mujer tan bella y apetecible a tal galanteado». «He conocido los tiempos —contestó Guebron— que no había casa en nuestro país que no tuviera una habitación destinada para los buenos frailes. Pero ahora son tan conocidos que se les teme más que a aventureros». «Me parece —dijo Parlamente— que una mujer que esté en su lecho, no debe hacer entrar en su habitación a ningún fraile ni clérigo, a no ser para administrarle los sacramentos de la Iglesia, y si alguna vez los llamo, bien podrá decirse que estoy en peligro de muerte». «Si todo el mundo fuera tan austero como vos —dijo Emarsuite— los pobres clérigos estarían peor que excomulgados, al estar separados de la visión de las mujeres». «No temáis —intervino Saffredant— porque ellos nunca padecerán tal falta». Simontault exclamó: «¿Y éstos son los que nos unen en matrimonio a las mujeres, y luego prueban en su ruindad a desafiarnos y a que rompamos el juramento que nos indujeron a hacer?». «Es una lástima —se quejó Doña Oisille— que los que tienen a su cargo la administración de los sacramentos jueguen así a la pelota. Se les debería quemar vivos a todos». «Haríais mejor en honrarlos que en difamarlos, y en alabarlos que en injuriarlos —aseguró Saffredant—. Mas pasemos a otra historia, y veamos a quién cede la palabra Doña Oisille». «La cedo —dijo ésta— a Dagoncin, a quien veo tan concentrado que no dudo tiene algo bueno que decimos». «Puesto que no puedo ni por asomo atreverme a decir lo que pienso —exclamó éste—, hablaré al menos de una a quien la crueldad reportó perjuicios y aún más provecho. Puesto que Amor se considera tan fuerte y poderoso que quiete ir desnudo del todo, y pata él es cosa enojosa y a la vez insoportable el ir cubierto, bien es cierto que aquellos que por obedecer su consejo se

adelantan demasiado a descubrirse, se encuentran a menudo malos mercaderes, como ocurrió a un caballero de Castilla, del cual vais a oír la historia».

Narración XXIV

De la curiosa invención de un caballero para manifestar su amor a una reina y de lo que ocurrió después

En la corte del rey de Castilla, cuyos nombres callo, vivía un caballero tan lleno de perfecciones en galanura y otras dotes como no se encontraba otro parejo en toda España. Todo el mundo se admiraba de sus virtudes, pero más aún de su extraña conducta; pues que nunca se le conoció que amara o cortejara dama alguna, y aunque las había en la corte hijas de muy nobles familias dignas de hacer derretir el hielo, no hubo ninguna que tuviese el poder de enamorar a este caballero, de nombre Elisor. La reina, mujer muy virtuosa, pero que no estaba a salvo de la llama que cuando menos conocida más quema, viendo que el caballero no pretendía a ninguna de sus damas, se sentía maravillada y, un día, le preguntó cómo era posible que amara tan poco como aparentaba. El caballero le respondió que, si pudiera ver en su corazón al igual que veía su apariencia, no le haría tal pregunta. Ella, deseosa de saber qué quería decir, le presionó tanto que él confesó amar a una dama que pensaba era la más virtuosa de toda la cristiandad. La reina hizo toda clase de esfuerzos por saber quién era ella, mas ni con ruegos ni mandatos logró saber de quién se trataba, por lo que simulando en su rostro estar enfurecida, juró que nunca más hablaría con él si no se lo decía, de forma que éste se vio obligado a decir que prefería morir antes de verse precisado a confesarlo. Mas, considerando que perdería la gracia de la reina y la ocasión de verla por no decir una verdad tan honesta y que no podía ser tomada a mal por persona alguna, le dijo temeroso: «Señora, no tengo ni la fuerza ni la audacia para confesároslo; pero la primera vez que vayáis de caza, os la haré ver, y estoy seguro de que opinaréis es la mujer más perfecta y bella del mundo». Oída esta respuesta, la reina organizó una cacería más rápidamente de lo que de otra forma lo hubiera hecho. Elisor fue invitado y se aprestó a ponerse a su servicio, como era costumbre; había encomendado que le hicieran un gran espejo de acero a modo de peto y se lo colocó delante del pecho, muy bien cubierto con una capa de paño grueso, ricamente rebordeada con encaje y cinta de oro. Montaba sobre su caballo negro, enjaezado con todos los arreos precisos. El arnés, de artesanía mora, era todo dorado y esmaltado de negro; llevaba un sombrero de seda negra sobre el que campeaba una rica enseña que tenía por divisa un amor cubierto por fuerza, enriquecido con pedrería. No menos bellos ni bien acabados, y también con sus divisas, eran la espada y el puñal.

En pocas palabras, el caballero iba de punta en blanco, y su apostura aún era mayor a caballo, en cuyo manejo era tan diestro que todos cuantos lo veían abandonaban la diversión de la caza para admirar las carreras y saltos con que Elisor

conducía a su cabalgadura. Después de haber conducido a la reina hasta el lugar donde estaban tendidas las redes, con las carreras y saltos que os he dicho, Elisor echó pie a tierra y fue a ayudar a la reina a descabalar. Al tenderle los brazos el caballero abrió su capa mostrando su pecho, y cogiéndola en sus brazos y enseñándole el espejo de su peto, le dijo: «Señora, os ruego que miréis aquí». Y, sin aguardar respuesta, la depositó dulcemente en tierra. Terminada la caza, la reina volvió al castillo sin hablar con Elisor, mas después de comer lo llamó, diciéndole que era el embustero más grande que nunca viera, ya que le prometiera enseñarle durante la cacería a aquella a quien tanto él amaba, cosa que no había hecho, por lo cual decidía alejarlo de su estimación y no hacer caso nunca de él. Elisor, temeroso de que la reina no hubiera entendido lo que él había querido significar, le respondió que él había cumplido, ya que no sólo le había mostrado a la mujer, sino también lo que más amaba. Ella, simulando que no lo comprendía, le dijo que no había visto que le mostrara mujer alguna. «Es cierto —respondió Elisor—, pero, ¿qué os enseñé al ayudaros a descender del caballo?». «Nada —contestó la reina—, sino un espejo delante de vuestro pecho». «Y, en este espejo, ¿qué habéis visto?», preguntó Elisor. «Sólo me he visto yo», dijo la reina. Elisor exclamó: «Así, pues, señora, por obedecer vuestro mandato, yo he cumplido mi promesa, ya que nunca había en mi corazón otra imagen que la que habéis visto delante de mi pecho, y es la única a la que quiero amar, reverenciar y adorar, no como a mujer, sino como a Dios en la tierra, y en sus manos pongo mi vida y mi muerte; y os suplico que mi perfecto y gran amor, que ha sido mi vida mientras lo guardé oculto, no sea mi muerte al descubrirlo si no me consideráis digno de ser mirado ni aceptado como vuestro servidor. Dejadme que viva como hasta ahora del contento que mi amor me produce, ya que mi corazón ha osado elegir como base de su amor tan perfecto y digno objeto, y que no puedo tener otra satisfacción que la de saber que mi amor es tan grande y perfecto, y que debo contentarme sólo con amar, por cuanto yo no puedo ser amado, y si os place, por el conocimiento de este amor, tenerme por más agradable que antes, no me arrebatéis la vida, que para mí consiste en continuar viéndoos. Porque no tengo de vos bien alguno, sino el veros, que me es preciso para mi extrema necesidad; y al tener yo menos, vos tendréis también menos servidores, al perder el mejor y el que os es más afecto de los que nunca tuvisteis ni podréis tener». La reina, bien por mostrarse distinta de lo que era, o por deseo de comprobar a la larga el amor que él le profesaba; bien por amar a algún otro a quien no quería abandonar por él, o por reservarlo para darle su puesto cuando aquel que amaba le hiciera algún desaire, le dijo con rostro ni airado ni contento: «Elisor, no os preguntaré —como si ignorara la fuerza del amor— qué locura os ha movido a emprender tan grande, alta y difícil empresa como la de amarme. Porque sé que el hombre tiene tan poca autoridad sobre su corazón que éste ama u odia cuando quiere. Mas puesto que ya habéis declarado vuestros sentimientos, quiero saber cuánto tiempo hace que los tenéis». Elisor, de una parte, mirando su rostro tan bello, y al ver que se preocupaba de su padecimiento,

pensó que quería ponerle algún remedio; pero, de otro, advirtiéndole su continente serio y grave mientras le interrogaba, se sintió temeroso, pensando estar delante de un juez, cuya sentencia no dudaba que sería en su desfavor; así que juró que tal amor echara raíces en su corazón ya desde el tiempo de su adolescencia, y que no había sentido pena alguna, sino a decir verdad, desde hada siete años, algo así como una enfermedad que le producía tal contento que sólo de la muerte esperaba la curación. «Si es así —dijo la reina— y vos habéis sido tan constante, no debo ser yo más ligera en creeros de lo que vos habéis sido en decirme vuestros sentimientos. Así que, si es como decís, quiero someteros a una prueba tal que pueda saber la verdad sin duda alguna, y hecha esta prueba, pensaré que me queréis tal como juráis quererme; y conociéndoos realmente tal como os manifestáis, encontraréis en mí lo que deseáis». Elisor le suplicó que hiciera cuantas pruebas le pluguieran, que no habría cosa, por difícil que fuera, que él no se sintiera muy feliz con tener la suerte de poderle demostrar el afecto que le profesaba, suplicándole que le mandara lo que quisiera, que él lo haría. Le contestó ella: «Elisor, si me amáis tanto como decís, estoy segura de que nada os será imposible de hacer con tal de obtener mi favor. Así que, en nombre del deseo que me tenéis y de vuestro temor a perderme, os ordeno que desde mañana, sin volver a vernos, os marchéis de estos lugares y vayáis a uno donde no tengáis noticia de mí, ni yo de vos, de aquí a siete años; vos, que habéis padecido ese amor desde hace siete años, sabéis bien que me amáis; así, cuando yo haya hecho semejante experiencia durante otros siete, será el momento de que sepa y crea lo que vuestras palabras de ahora no me pueden hacer creer ni entender». Elisor, oyendo tan cruel petición, pensó, de un lado, que ella quería alejarlo de su presencia, y de otro, esperando que la prueba hablaría por él mejor que sus palabras, aceptó el mandato, diciéndole: «Si viví siete años sin ninguna esperanza, teniendo este fuego escondido, ahora que ya es sabido de vos pasaré otros siete años con más paciencia y esperanza. Mas, decidme, mi señora, al obedecer vuestra orden, por la cual me priváis de todo el bien que alguna vez tuve en este mundo; ¿me daréis esperanza de reconocerme, al cabo de esos siete años, por vuestro fiel y leal servidor?». La reina, extrayendo un anillo de su dedo, le contestó: «Tomad este anillo que os doy; cortémoslo por la mitad en dos partes, yo guardaré una y vos la otra, a fin de que si el mucho tiempo transcurrido nublara mi recuerdo de vuestro rostro, pueda reconocerlos por este medio anillo semejante al mío». Elisor, cogió el anillo y lo rompió en dos, entregando una parte a la reina y reteniendo la otra; y después que obtuviera su permiso, más muerto que aquellos que han rendido su alma, se marchó a su aposento a disponer su partida, e hízolo de tal modo que enviando su equipaje a su casa, marchó en la sola compañía de un criado a un lugar tan solitario que ni sus parientes ni amigos tuvieron noticias suyas durante siete años. De la vida que llevó en ese tiempo y de la desesperación con que soportó tal ausencia, nada se pudo saber, pero aquellos que aman no pueden por menos de imaginarlo. Al cabo de los siete años justos, en un momento en que la reina iba a misa, se presentó a ella un eremita, con una gran barba y al besarle la mano, le

presentó un memorial que ella no se molestó en mirar de inmediato, ya que tenía la costumbre de acoger en sus manos todas las peticiones que le presentaban, por muy pobres que fuesen sus peticionarios. Cuando estaba mediada la misa, abrió la solicitud, en la cual encontró el medio anillo que entregara a Elisor, con lo que se sintió muy emocionada y no menos feliz, y antes de leer lo que contenía, envió inmediatamente a su limosnero a que buscara al eremita que le había entregado el memorial. El limosnero lo buscó por todas partes sin conseguir saber noticias de él, a no ser de uno que dijo haberlo visto montar a caballo. Sin embargo, no vio qué camino tomó. Esperando la respuesta del limosnero, la reina leyó el memorial, que resultó ser una; epístola tan perfecta como era posible; y a no ser por el deseo que me anima a decíroslo, nunca me hubiera atrevido a traducirla, rogándoos consideréis, señoras mías, que la gracia del lenguaje castellano es incomparablemente mayor que la del francés para declarar esta pasión amorosa. En substancia decía así:

*El tiempo, con su poder,
me hizo del amor saber,
y en el correr de los tiempos
conocer mil contratiempos,
fatigas y sinsabores,
pues que el fin de mis amores,
mostrarse incrédulo quiso
y ser del amor remiso.*

*Y ese tiempo, que forjara
en mi corazón tan cara
afección, por fin dispuso
que lo diera por concluso,
pues que no fuisteis creyente
de lo que estaba patente.*

*El tiempo, así, me enseñara
en lo que mi amor basara:
hiciéralo en tu beldad,
que entrañaba tal crueldad.*

*El tiempo hacer me viera
que la belleza es pasajera,
y que si feliz me siento
de tu crueldad cobre diento.*

*Que echado de tu presencia,
negada por ti la anuencia
de contemplarte y servirte,*

*sentirme más y mis triste
y hube de aliviar el peso
de tu rigor en exceso.*

*Más no por eso dejara
de obedecerte, y quedara
así mi ánimo contento,
que el tiempo, que mi tormento
inició, fue bondadoso
y aquí me trajo piadoso,
y así puedo, aquí y ahora,
decirte sin más demora,
no un saludo de venida
sino un adiós de partida.*

*El tiempo deshizo el nudo
y quedó el amor desnudo
tal cual es; y yo lo viera
y todo el tiempo sintiera
los amores padecidos
que cegaban mis sentidos,
y de los que nada queda
sino el pesar que haber pueda.*

*Pues lo engañoso aprendí
de este amor, y comprendí
con el tiempo el verdadero,
lo que me fuera hacedero
en este aislado paisaje,
donde por todo mensaje
no dejara en siete años
de dolerme de mis daños.*

*Con el tiempo supe y vi
lo que después conocí
era amor de lo sublime,
y de inmediato sentirme
tan de este amor poseído
cuan del otro desprendido.*

*Y, con el tiempo, a él me diera
tan de lleno, y me prohibiera,
con el tiempo, cualquier otro,
que al suyo volví mi rostro,*

*y me puse a su servicio
y le ofrendé en sacrificio
mi alma y mi corazón.
Mientras os amé, amé en razón
ninguno vuestro aprecio;
y ofendiéndolo yo, necio,
tampoco lo amé yo nada.*

*Muerte por vos me fue dada
y de él, a quien huía,
recibí la vida mía.*

*Y, con el tiempo el pasar,
su amor vacío de pesar
siempre de bondad embargado,
ha vencido y ha domado
al tuyo de tal manera,
que aunque otrora me tuviera
en dulce engaño sumido,
en cenizas convertido
lo dejé y lo eché al viento.*

*Te lo quité, ya lo siento,
mas te lo devuelvo entero,
que de amor perecedero
ya de necesidad no tengo,
pues caído en amor vengo
tan perfecto y perdurable
que átame lazo inmutable.*

*Así, pues, a él me encamino,
y a servirle tal me inclino
que ni a ti ni a nadie más
serviré nunca jamás.*

*El odio doy al olvido,
de la crueldad me despido,
del desdén y de la pena,
y el fuego atroz que te llena
como cumple a tu hermosura.*

*No encuentro mejor postura
al despedir mis dolores,
mis luchas, mis sinsabores,
y el ser amador eterno*

*de una mujer
que deciros: «Adiós, señora,
tal os digo desde ahora,
no conservéis la esperanza
de que en mí haya mudanza,
donde quiera que vayáis,
o estéis, o me veáis,
donde quiera que yo sea,
viéndoos o que no os vea».*

La reina leyó esta carta con gran asombro y abundantes lágrimas, acompañados de un pesar increíble, ya que la pérdida que sufría de un servidor lleno de tan perfecto amor debía ser considerada tan grande que ni su tesoro, ni incluso su reino, podían quitarle el título de ser la dama más triste y miserable del mundo, ya que perdiera lo que sus muchos bienes no le permitían recobrar. Y después de oír la misa y vuelto a su habitación, mostró todo el dolor que su crueldad le permitiera. Y no hubo montañas, roquedades ni bosques donde no hiciera buscar al ermitaño; pero Aquél que lo había arrebatado de sus manos lo perseveró, sin que ella volviera a tener noticias suyas en este mundo.

«De este ejemplo se deduce que ningún servidor debe confesar nada que pueda dañarle y no ayudarle. Y menos aún, señoras mías, vuestra incredulidad debe imponer pruebas tan difíciles que, al verlas realizadas perdáis a vuestro servidor». «Os aseguro, Dagoncin —dijo Guebron— que toda mi vida oí estimar a la dama a jamás se digna tomarme, sabedor de que un diablo es menos importante que una dama bien amada que se niega a corresponder». «Si yo fuera vos —dijo Parlamente a Saffredant — con la opinión que tenéis, nunca sería mujer». Respondióle aquél: «Mi afecto ha sido siempre tal, y mi error tan grande, que donde no puedo mandar, me tuve por muy feliz con servir, porque la malicia de las mujeres no puede vencer al amor que les profeso. Pero decidme, os lo ruego, ¿alabáis en vuestra conciencia a dama de tan gran rigor?». «Sí —respondió Doña Oisille— porque creo que ella no quería ni amar ni ser amada». «Si su voluntad era ésa —le replicó Simontault—, ¿por qué le daba esperanzas para cuando hubieran pasado siete años?». «Soy de vuestra opinión —apuntó Longarine—, porque aquellas que no quieren amar no dan ninguna ocasión de que insistan en el amor que se las profesa». «Puede ser —intervino Nomerfide— que amara a un hombre de menos valor que éste y por uno peor dejara al mejor». Saffredant exclamó: «¡Por mi fe que pienso que la tal dama hacía provisión de este caballero para tomarlo cuando se cansara de aquel que por entonces amaba más!». «Bien claro se me advierte —dijo Doña Oisille— que cuanto más insistimos en estas conversaciones, más damos motivos de hablar de nosotras lo peor posible a aquellos

que no quieren ser maltratados. Así que os ruego, Dagoncin, que cedáis la palabra a otro». «La cedo —contestó aquél— a Longarine, seguro de que nos dirá algo nuevo y no favorecerá a hombre ni a mujer con tal de decir la verdad». «Puesto que me consideráis tan sincera, tendré el atrevimiento de contar un hecho sucedido a un príncipe muy poderoso y que adelantaba en virtudes a los demás de su tiempo. Sabed también que lo último a que se debe recurrir, salvo caso de extrema necesidad, son la mentira y el disimulo, que son vicio muy feo e infame, principalmente en los príncipes y grandes señores en cuyas palabras y conducta la verdad tiene mejor asiento que en ningún otro lugar. Pero no hay gran príncipe de este mundo, por más que posea todas las riquezas que desearse puedan, que no esté sujeto al imperio y a la tiranía del Amor; y cuanto más noble y de mejor corazón es el príncipe, más esfuerzos hace Amor por dominarlo bajo su mano, porque este dios glorioso no tiene en cuenta las cosas comunes, y Su Majestad no encuentra otra diversión que realizar milagros todos los días, tales como obligar a los fuertes, fortalecer a los débiles, dar inteligencia a los ignorantes, quitar el sentido a los más juiciosos, favorecer a los apasionados, destruir la razón, etcétera. Por poco tiempo se entretiene esta divinidad amorosa en tales cambios; y como quiera que los príncipes no están exentos, también ellos padecen las necesidades en que los pone el deseo de la servidumbre llamada Amor. Y, como consecuencia, todo les está permitido, incluso la hipocresía, la mentira y el engaño, que según la doctrina del maestro Juan de Meung, son los medios de vencer a los enemigos. Ahora bien, puesto que tal condición en los actos de un príncipe es algo que hay que desestimar en los de los demás, os contaré las invenciones de un joven príncipe y de cómo engañó con ellas a quienes estaban habituados a engañar a todo el mundo».

Narración XXV

De los sutiles medios de que se valió un joven príncipe para conseguir
a la mujer de su abogado en París

Vivía en la villa de París un abogado que gozaba de más reputación que nueve hombres de su misma profesión; y por eso era buscado por todo el mundo, habiendo llegado a ser el más rico de cuantos vestían toga. Y, como no tuviera hijos de su primera mujer, esperó tenerlos de una segunda; y aunque su cuerpo era viejo, su corazón y su esperanza eran jóvenes, lo que le llevó a elegir a una joven de la ciudad, de dieciocho a diecinueve años de edad, muy bella de rostro y de tez, y más aún de talla y buen aspecto. A la que amó y honró lo mejor que pudo, sin que tuviera de ella más niños que de la primera, con lo que, a la larga, ella se enojó. Así que la juventud, que no soporta el tedio durante demasiado tiempo, la hizo buscar placeres fuera de su casa, yendo a danzas y banquetes, aunque de forma tan honesta que su marido no pudiera tener mala opinión, ya que siempre se encontraba en compañía de gentes en las que su marido tenía confianza. Un día, que estaba en una boda, se encontró a un noble príncipe, que me abstendré de nombrar en mi cuento. Aunque sí puedo decir que era el más apuesto y de mejores dotes, que no creo haya habido en este reino que lo aventaje. El príncipe, viendo a la joven dama, cuyos ojos y continente invitaban a amar, fue a hablar, con ella con lengua tan donosa y de tanta gracia que aquélla escuchó su arenga con gran placer, sin disimularle que en el fondo de su corazón tiempo ha que existía el amor que él suplicaba, y diciéndole que no se tomara el trabajo de persuadirla de una cosa que, sólo ya por la vista, el amor la había hecho consentir. El joven príncipe, al obtener por la sencillez del amor lo que bien merecía invertir tiempo en conseguir, se mostró agradecido al dios que lo favorecía; y, desde aquel instante, llevó tan bien su asunto que juntos acordaron el medio por el que podrían verse a solas. Fijados el lugar y el tiempo, no falló el joven príncipe a la cita, y, para mejor salvaguardar el honor de la dama, acudió disfrazado. Mas, a causa del riesgo de los numerosos hampones que deambulaban de noche por la villa, y de los cuales no quería ser reconocido, llevó en su compañía algunos caballeros en los que tenía confianza y, al comienzo de la calle en que vivía, los dejó, diciéndoles. «Si no oís ruido en un cuarto de hora, retiraros a vuestros alojamientos, y dentro de tres a cuatro horas volved aquí a buscarme». Lo que así hicieron, y no oyendo ruido se marcharon. El joven príncipe se encaminó a la casa de su abogado y encontró la puerta abierta, tal como se le había prometido; mas, al subir la escalera encontró al marido, que llevaba en la mano un candelabro, siendo visto por éste antes que él mismo pudiera evitarlo. Sin embargo, el amor, que pone ingenio y atrevimiento

donde pone la necesidad, hizo que el joven príncipe se dirigiera rectamente hacia él, diciéndole: «Señor abogado, sabéis la confianza que yo y toda mi familia tenemos en vos y que os consideramos uno de nuestros mejores y más fieles servidores. He querido venir gustosamente a visitaros en privado para recomendaros mis asuntos, y también para rogaros que me ofrecáis una bebida, pues la necesito, y que no digáis a nadie que vine, porque desde aquí he de marchar a otro lugar donde no quiero ser reconocido». El calzonazos del abogado se sintió tan feliz con el honor que le hacía el joven príncipe al visitarlo privadamente en su casa que lo condujo a su habitación y ordenó a su mujer que aprestara una colación con los mejores frutos y confituras que pudiera disponer, lo que ella hizo gustosa y lo preparó lo más hábilmente que pudo. Y aunque los ropajes que llevaba, una camisa de dormir y una capa, la hacían mostrarse más hermosa que nunca, el joven príncipe no hizo gesto de reparar al ella, hablando de negocios con el marido como si siempre estuviera acostumbrado a ello. Y cuando la dama presentó sus confituras al joven príncipe con una reverencia y *el* marido se dirigiera al aparador por una bebida, aprovechó *ella para* decirle que al salir de la habitación no *dejara* de entrar en un guardarropa a mano derecha, donde en seguida se reuniría con él. Así que el príncipe hubo bebido, *dio* las gracias al abogado, quien a toda costa quería acompañarle; más aquél le aseguró que a donde se dirigía no tenía necesidad de compañía. Y volviéndose a la mujer, le dijo: «Además, no quiero cometer el error de arrebatáros a vuestro marido, uno de mis más antiguos servidores. Sois tan feliz con tenerle que bien tenéis motivo para alabar a Dios, y servirle y obedecerle bien. Y si otra cosa hicierais, muy infortunada seríais». Dichas tan honestas frases, marchó el joven príncipe y cerrando la puerta tras sí, para no ser seguido por la escalera, entró en el interior del guardarropa donde, así que el marido se durmió, acudió la bella dama, quien lo condujo a una salita muy bien dispuesta, aunque las más bellas imágenes que allí habían eran él y ella, cualquiera que fuesen los atavíos en que se encontraran. Y una vez allá, no pongo en duda que ella le mantuvo todas sus promesas. A la hora que dijera a sus caballeros, el príncipe se retiró, encontrándolos en el lugar donde ordenó que le esperaran. Y como quiera que esta conducta duró mucho tiempo, el joven príncipe escogió un camino más corto para ir allí, y era el que pasaba por un convento de religiosos, cuyo prior le era tan afecto que siempre, a medianoche, el portero le abría la puerta, y lo mismo cuando regresaba, y como la casa que iba era la vecina, nunca llevaba a nadie con él. Y, a pesar de llevar la vida que os digo, no por eso era el príncipe menos temeroso y amante de Dios; y nunca dejaba, ya que a la idea no se detenía nada, en permanecer al regreso mucho rato en oración en la iglesia, lo que inducía a pensar a los frailes, que al entrar y salir de maitines lo veían de rodillas que era el hombre más santo del mundo. El príncipe tenía una hermana que visitaba frecuentemente el convento, y como amaba a su hermano más que a nadie en el mundo, pedía a cuantas buenas gentes conocía que lo recomendaran en sus oraciones. Y un día que así lo hizo afectuosamente al prior del convento, éste le contestó: «¡Ah, señora!, ¿qué me pedís?

Me habláis del único hombre del mundo en cuyas oraciones yo quiero verme recordado, porque si él no es santo como dice el pasaje: “¡Dichoso quién puede hacer mal y no lo hace, no espera encontrar otro!”». La hermana, deseosa de saber qué conocimientos tenía el buen padre de la bondad de su hermano, lo interrogó tan a fondo que aquél, bajo secreto de confesión, le dijo: «¿Acaso no es admirable ver a un príncipe joven, bello y apuesto dejar los placeres e incluso su reposo para venir frecuentemente a oír nuestros maitines, no como príncipe que busca la gloria mundana, sino como simple religioso que viene él solo a ocultarse en una de nuestras capillas? Os aseguro que tanta bondad nos tiene confusos a mis frailes y a mí, que por comparación con él no somos dignos de ser llamados religiosos». La hermana, al oír estas palabras, no supo qué creer, ya que aunque sabía que tenía buena conciencia y, una gran fe y amor a Dios, también sabía que su hermano era muy mundano, y el que fuera a la iglesia a tales horas era algo que jamás habría sospechado. Así que le habló y le dijo la buena opinión que los frailes tenían de él, no pudiendo éste contener la risa, con tal gesto que ella, que lo conocía como a su propio corazón, supo que alguna cosa había oculta bajo tanta devoción, y no cejó hasta que él no le hubo dicho la verdad, y tal como yo le he puesto aquí por escrito fue como ella me la contó.

«Por esto sabréis, señoras mías, que no hay malicia de abogado ni astucia de fraile que Amor no pueda, en caso de necesidad, engañar a los engañadores. Nosotros, pobres y simples ignorantes, debemos temerlo bien». «Aunque dudo mucho que así sea —dijo Guebron— preciso será que diga que encuentro la cosa de alabar; porque son pocos los grandes señores que se cuidan del honor de las mujeres ni del escándalo público, no atendiendo más que a su placer, y con frecuencia son autores de las peores cosas imaginables». «Realmente —aseguró Doña Oisille—, yo querría que todos los jóvenes señores tomasen ejemplo de éste, ya que a menudo el escándalo es peor que el pecado». «Mas pensad que las oraciones que decía en el convento por el que pasaba estaban bien fundadas», exclamó Nomerfide. «Vos no podéis juzgarlo —le replicó Parlamente—, porque puede ser que a su regreso el arrepentimiento fuera tal que el pecado le fuese perdonado». «Muy difícil es arrepentirse de cosa tan agradable —comentó Hircan—; por lo que a mí respecta, muchas veces me confesé, pero pocas me arrepentí». «Más valdría no confesarse —intervino Doña Oisille— si no hay sincero arrepentimiento». «Ahora bien, señora —respondió Hircan—, el pecado me disgusta mucho y me siento pesaroso de ofender a Dios; pero el placer me gusta». «Sabido es de siempre que vos, y los semejantes a vos —dijo Parlamente—, no querríais que hubiera ni Dios ni ley, a no ser la que vuestra voluntad os dicte». «Os confieso —aseguro Hircan— que me gustaría que Dios disfrutara con gran placer de nuestros placeres, como yo lo hago, y así le daría a menudo ocasión de regocijarse». «Acaso hagáis vos un Dios nuevo —respondió Guebron—, pero de momento es necesario que obedezcamos al que tenemos. Mas

dejemos estas disputas para los teólogos y veamos a quién cede Longarine la palabra». «A Saffredant —dijo ésta—, pero le ruego que nos diga el cuento más bello que pueda imaginar y que no cuide tanto de hablar mal de las mujeres, y donde quiera que pueda hacerlo bien, que quiera decir la verdad». «Así será —dijo Saffredant—, porque a mano me viene la historia de una alocada y de una prudente; vuesas mercedes sacarán la conclusión que les plazca, y comprobaréis que el Amor, que a los malvados sólo inspira maldades, en un corazón sólo inspira cosas dignas de alabanza; porque el amor en sí es bueno, y es la malicia de la persona quien con frecuencia le hace tomar sobrenombres, como inconstante, cruel y vil. Sin embargo, por la historia advertiréis que el amor no cambia el corazón sino que lo hace mostrarse tal cual es, loco en los locos prudente en los prudentes».

Narración XXVI

Del donoso discurso de un gran señor para conseguir los favores de
una dama de Pamplona

En tiempos del rey Luis XII, vivía un joven noble, llamado d'Avannes, hijo del señor de Albert y hermano del rey Juan de Navarra, a quien el citado d'Avannes servía habitualmente. Ahora bien, este joven noble, de quince años de edad, era tan apuesto y de tales prendas que parecía fuera creado para ser amado y admirado, como lo era de cuantos lo veían, y sobre todo, de una dama que vivía en la ciudad de Pamplona en Navarra. Estaba casada con un hombre muy rico, con quien vivía bien honestamente, y aunque no tenía más que veintitrés años de edad, como quiera que su marido se acercaba a la cincuentena, vestía tan sencillamente que más parecía viuda que casada; y nunca hombre alguno la viera acudir a bodas ni festines sin su marido, cuyas virtudes y bondad tenía en tanta estima que las prefería a la galanura de todos los demás. El marido, que era hombre juicioso y de experiencia, tenía en ella tal seguridad que le encomendaba todos los asuntos de su casa. Un día, este rico personaje y su mujer fueron convidados a la boda de uno de sus parientes. En tal lugar, para honrarlos, se encontró el joven señor d'Avannes, quien gustaba tanto de danzas como el que más de su tiempo. Comenzado el baile después de comer, nuestro rico hombre preguntó al dicho señor d'Avannes si quería bailar. Éste le contestó que a quien le pareciera eligiera por pareja, respondiéndole aquél: «Señor, si hubiera una más bella y más a mi conveniencia que mi mujer, yo os la prestaría; os ruego me hagáis el honor de tomarla por pareja». Como así el joven príncipe, cuya juventud era tanta que disfrutó más saltando y bailando que en mirar la belleza de las damas. Y su pareja, al contrario, admiraba más la gracia y apostura del joven señor que atención ponía a la danza, aunque su gran prudencia no le hiciera aparentar tal. Llegada la hora de cenar, el señor d'Avannes dijo adiós a la reunión y se retiró al castillo, hasta donde le acompañó en su mula nuestro rico hombre, y mientras marchaban le dijo: «Señor, hoy nos honrasteis tanto a mis parientes y a mí que sería tamaña mi ingratitud si no me ofreciera a vuestro servicio en todo lo que valgo. Sé, señor, que los nobles como vos, que tienen padres ásperos y avaros, han con frecuencia más falta de dinero que nosotros, que por nuestra modesta forma de vivir y buena administración no pensamos más que en amontonar. Ahora bien, así como Dios me ha dado una mujer de acuerdo con mis deseos, no ha querido concederme totalmente mi paraíso en este mundo, al ser frustrada la alegría que desean todos los hombres de tener hijos. Sé señor, que no me corresponde adoptaros por tal, pero si queréis aceptarme por vuestro servidor y contarme vuestros pequeños problemas, hasta donde puedan llegar los cien

mil escudos del valor de mi hacienda, podéis contar con mi ayuda para vuestras necesidades». El señor d'Avannes se sintió muy feliz con este ofrecimiento, ya que tenía un padre tal como el otro lo pintara, y tras agradecersele, lo nombró su padre por alianza. Desde aquel instante nuestro rico hombre tomó tal afecto al dicho señor d'Avannes que no cesaba de preguntarle mañana y noche por alguna cosa que necesitara, y no ocultó a su mujer la devoción que tenía al joven príncipe, con lo que ella lo amó doblemente. Y, desde aquel momento, el joven señor d'Avannes no pasaba falta de cosa alguna que deseara; con frecuencia iba a visitar al rico hombre y a comer y beber con él; y, cuando no lo encontraba, era su mujer quien le concedía cuanto deseaba, y, además, le hablaba tan juiciosamente, amonestándolo para que fuera virtuoso, que el joven la amaba y la temía más que a ninguna otra mujer en el mundo. Ella, que siempre ponía a Dios y al honor por encima de todo, se contentaba con su vista y su conversación, que es donde se albergan las satisfacciones de la honestidad y el verdadero amor, de manera que nunca mostró signo alguno por el que pudiera pensar que ella le profesaba otro afecto que el fraterno y cristiano. Mientras duró esta oculta amistad y con la ayuda susodicha, el señor d'Avannes llevó una conducta irreprochable y magnífica; y, al acercarse a los diecisiete años de edad, comenzó a buscar la compañía de las damas más de lo que entonces acostumbrara. Y, aunque gustoso hubiera amado a nuestra prudente dama más que a ninguna otra, el miedo a perder su amistad si ella se percataba de sus deseos le impuso silencio y buscar sus diversiones en otros lugares. Y encaminó sus afanes a una joven dama de las cercanías de Pamplona que tenía casa puesta en la ciudad, la cual estaba casada con un joven que amaba sobremanera los perros, caballos y pájaros; y nuestro joven señor, por amor a esta dama, comenzó a organizar mil pasatiempos, torneos, carreras, luchas, disfraces, festines y otras diversiones, en todas las cuales siempre se encontraba la joven dama. Y como sabían a su marido muy antojadizo, y a ella hermosa y voluble, sus padres, celosos de su honor, la vigilaban tan de cerca que el joven señor d'Avannes no podía conseguir de ella más que una pocas palabras durante algún baile, aunque al cabo de algún tiempo y de insistencia, el dicho señor d'Avannes se convenció que lo único que se necesitaba para consumir su amistad eran di tiempo y el lugar propicios. Así que fue a ver a su buen padre el rico hombre y le dijo que tenía gran devoción por ir a visitar a Nuestra Señora de Montserrat, rogándole que guardare en su casa todo su equipaje, ya que quería ir solo, a lo que el otro accedió. Pero su mujer, que dentro de su corazón guardaba al gran profeta Amor, sospechó en seguida la verdad del viaje y no se pudo contener de decir al señor d'Avannes: «¡Señor, señor! La Nuestra Señora que vos adoráis no está fuera de las murallas de esta ciudad. Así que, os suplico que por encima de todas las cosas vigiléis vuestra salud». Él, que la temía y la amaba, enrojeció tanto al oír estas palabras que, sin necesidad de hablar, le confesó la verdad. Y, sin más, se fue; y, una vez que hubo comprado una pareja de hermosos caballos árabes, se vistió de palafrenero y disfrazó de tal forma su rostro que nadie lo conoció. El caballero, esposo de la inconstante

dama, que amaba tanto los caballos, en cuanto vio los dos que llevaba el señor d'Avannes quiso comprarlos; y una vez comprados, al ver lo bien que los trataba el palafrenero, le preguntó si quería entrar a su servicio. El señor d'Avannes le dijo que sí, y que él era un infeliz palafrenero que no sabía otra cosa que cuidar los caballos, y que se sentiría feliz dedicándose completamente a ello. El caballero, muy contento, puso a su cargo todos sus caballos y, entrando en su casa, dijo a su mujer que le encomendaba el palafrenero y a sus caballos, que él se iba al castillo. La dama, tanto por complacer a su marido como por no tener nada mejor que hacer, fue a ver los caballos y vio al nuevo palafrenero, que le pareció hombre apuesto, a pesar de que no lo reconoció. Él, viendo que no era reconocido, le hizo una revenda a la española, tomó y besó su mano y, al hacerlo, la apretó tan fuerte que ella lo reconoció, ya que, bailando, varias veces le hiciera lo mismo. Y, desde aquel momento, la dama no cesó de buscar un lugar donde pudiera hablar con él a solas, lo que consiguió aquella misma noche, ya que, estando invitada a un festín al que su marido quería llevarla, fingió estar enferma y no poder ir. El marido, que no quería *dejar de* acudir con sus amigos, le dijo: «Querida mía, puesto que no os place acompañarme, os ruego tengáis cuidado con mis perros y mis caballos, a fin de que no les falte nada». La dama encontró el encargo muy de su agrado, pero sin aparentarlo le respondió que, dado que no quería emplearla en mejores cosas, ella le daría a conocer en los pequeños detalles cuánto ansiaba complacerlo. Y aún no estaba el marido en la puerta, cuando ya ella había bajado al establo, donde encontró muchas cosas en desorden, y para ordenarlas, dio tantos encargos a unos criados y a otros, que al fin quedó sola con el maestro palafrenero. Y, por miedo a que alguien llegara, le dijo: «Id a mi jardín y esperadme en una choza que hay al final de la avenida». Lo que aquél hizo tan diligentemente que ni se paró a agradecerse. Y tras haber dado órdenes a toda la cuadra, fue a ver los perros, aparentando tanta diligencia en hacer que estuvieran bien tratados que parecía haberse convertido de señora en camarera. Después regresó a su habitación, donde se mostró tan cansada que se acostó, diciendo que quería reposar. Todas sus mujeres la dejaron sola, menos una en quien confiaba, a la que dijo: «Id al jardín y haced venir. Y la persona que encontraréis al final de la alameda». Allá fue la camarera y encontró al maestro palafrenero, a quien en seguida condujo junto a su dueña, que la hizo quedarse fuera para vigilar por si venía su marido. El señor d'Avannes, viéndose a solas con la dama, se despojó de sus ropas de palafrenero, se quitó su falsa nariz y su falsa barba y, no ya como palafrenero temeroso, sino como la persona que era, sin pedir permiso a la dama, se acostó audazmente junto a ella, donde fue recibido como correspondía al más bello mancebo de su época por la dama más ligera del país, permaneciendo allí hasta que el marido regresó. A la llegada de éste, volvió a ponerse su disfraz y dejó el placer que con astucia y malicia usurpara. El caballero, al entrar en el patio supo la diligencia que su mujer había puesto en obedecerle y se lo agradeció mucho. «Querido mío —le dijo la dama—, no hice más que cumplir con mi deber. Bien es cierto que si alguien no vigilara a estos malos

lacayos, no tendríais perro que no estuviera sarnoso ni caballo que no estuviera flaco. Mas como yo conocía su pereza y vuestro deseo, habéis sido servido mejor de lo que fuisteis alguna vez.» El caballero, que pensaba haber adquirido al mejor palafrenero del mundo, le preguntó qué le parecía. «Os aseguro, señor —respondió ella—, que sabe tan bien su oficio como el mejor servidor que hubieseis podido conseguir; pero es necesario acuciarlo, porque es el criado más lento que nunca viera». Y así vivieron largo tiempo marido y mujer en mejor entendimiento del que nunca disfrutaran antes, desapareciendo las sospechas y los celos que ella le inspiraba, ya que, así como otrora amara los festines, bailes y reuniones, ahora estaba atenta a las labores domésticas y se limitaba muy a menudo a no llevar sobre su camisa más que una bata casera, mientras que antes acostumbraba necesitar más de cuatro horas para ataviarse; y su marido la alababa por ello y lo mismo todos los que ignoraban que un demonio menor puede menos que uno mayor. Así vivió esta joven dama, bajo el hábito de la hipocresía y de mujer de bien, en tal voluptuosidad, que ni la razón, ni la conciencia, ni orden ni medida contaban para ella. Lo que no pudo soportar mucho tiempo la joven y delicada complexión del señor d'Avannes, que comenzó a palidecer y enflaquecer de tal forma, que incluso sin disfraz apenas se le podía reconocer. Sin embargo, tenía los sentidos tan embrutecidos en su loco amor por aquella mujer que presumía de su fuerza en algo que hubiera hecho desfallecer al mismo Hércules, con lo que a la postre cayó enfermo y, aconsejado por la dama, que no lo apreciaba tanto enfermo como sano, pidió permiso a su señor para retirarse a casa de sus padres, lo que aquél concedió con gran pesar y haciéndole prometer que cuando estuviera sano volvería a su servicio. Allá se fue el señor d'Avannes por el camino de San Fernando, ya que no tenía que recorrer más que la longitud de una calle; y llegado que hubo a la casa de su padre no encontró allí más que a su mujer, cuyo virtuoso amor por él no había disminuido nada con la ausencia. Mas, cuando lo vio tan flaco y descolorido, no se pudo contener y le dijo: «Señor, no sé cómo va vuestra conciencia, pero vuestro cuerpo no se ha enmendado con esta peregrinación, y mucho me temo que sea el camino que habéis andado de noche, y no de día, el que tanto os ha trabajado, porque, aunque hubiereis ido a Jerusalén a pie, habríais vuelto más curtido, pero no tan magro y débil. Así, pues, dejaos de peregrinación a tales imágenes que, en lugar de resucitar a los muertos, hacen morir a los vivos. Aún os diría más cosas, pero, si vuestro cuerpo pecó, ya veo que tiene tal castigo que me da compasión añadir nuevos disgustos». Cuando el señor d'Avannes oyó estas frases se sintió tan pesaroso como avergonzado, y repuso: «Señora, había oído decir que el arrepentimiento sigue de cerca al pecado, y ahora lo comprendo bien a mi costa, rogándoos excuséis mi juventud que no se aprende más que experimentando el mal en que no se quiere creer». La dama, cambiando de actitud, le hizo acostarse en un hermoso lecho, donde estuvo más de quince días, sin hacer otra cosa que tomar refrigerios reparadores. Y tanto el marido como la mujer le hacían siempre compañía, de modo que siempre tenía uno de ellos junto a él. Y, aunque había hecho las locuras que oísteis contra la

voluntad de la juiciosa dama, nunca menguó ella en el virtuoso amor que le profesaba, porque siempre esperó que pasados los primeros días de locuras, él se retiraría y se obligaría a amar honestamente y, por este medio, sería totalmente suyo. Durante los quince días que pasó en su casa, le hizo tan buenas reflexiones conducentes al amor a la virtud que él comenzó a sentir horror por las locuras que había cometido. Y mirando a la dama, que en belleza aventajaba a la voluble, conociendo cada vez mejor las gracias y virtudes que la adornaban, un día que estaba bastante oscuro, dejando a un lado a sus temores, no se pudo tener de decirle: «Señora, no veo mejor medio para ser virtuoso y tal como me predicáis y deseáis que poner mi corazón enteramente al servicio de la virtud. Os suplico, señora, decidme, ¿querréis prestarme toda vuestra ayuda y favor posible?». La dama, muy feliz al verlo expresarse en tal lenguaje, le contestó: «Os prometo, señor, que si os convertís en un practicante de la virtud, como corresponde a un caballero como vos, os serviré para lo porvenir, con todas las potencias que Dios ha puesto en mí». «Así, pues, señora — dijo el señor d’Avannes—, acordaos de vuestra promesa y recordad que Dios, oculto al cristiano, a no ser por la fe, se ha dignado tomar un cuerpo semejante al del pecador a fin de que sintiéndonos atraídos en nuestros cuerpos por amor a la humanidad, impulsemos también nuestro espíritu al amor de su divinidad, y quiso servirse de medios visibles para hacernos amar por la fe cosas invisibles. Se comprende que la virtud que quiero amar toda mi vida es cosa invisible, a no ser por sus efectos externos. De ahí que será necesario que tome algún cuerpo para que pueda hacerse conocer entre los hombres; y esto es lo que ha hecho, tomando el vuestro como el más perfecto que ha podido encontrar; así que os reconozco por tal y os declaro, no solamente virtuosa, sino la virtud misma.

Y yo, que la veo resplandecer bajo el velo del cuerpo más perfecto que nunca hubo, que es el vuestro, quiero servirla y honrarla mi vida entera, dejando por ella todo el amor vano y vicioso». La dama, tan contenta como maravillada de oír estas palabras, disimuló tan bien su contento que le dijo: «Señor, no intentaré replicar a vuestra teología, pero, como más temerosa del mal que creyente en el bien, querría suplicaros que cesarais de dirigirme tales cumplidos, que en poca estima tuvisteis a aquellas que los creyeron. Sé muy bien que soy una mujer, no sólo igual a cualquier otra, sino tan imperfecta que la virtud no haría el gran milagro de transformarme en ella, tomando mi forma, a no ser que quisiera ser desconocida en el mundo, porque, bajo unas ropas como las mías, la virtud no podría ser reconocida tal como es. Bien es cierto, señor, que a causa de mi imperfección no dejo de teneros todo el afecto que debe y puede una mujer temerosa de Dios y de su honor. Pero este afecto no os será declarado hasta que vuestro corazón sea sensible a la paciencia que el amor virtuoso requiere. Y, en ese momento, señor, sabré qué lenguaje es necesario usar. Mas, pensad que vos mismo no amáis vuestro bien, vuestra persona y vuestro honor como yo los amo». El señor d’Avannes, temeroso, con lágrimas en los ojos, le suplicó encarecidamente que, como refrendo a sus palabras, consintiera en besarlo, cosa que

ella rehusó, diciéndole que no rompería por él la costumbre del país. Y en esta discusión llegó el marido, al que dijo el señor d'Avannes: «Padre mío, me siento tan obligado a vos y a vuestra esposa que os suplico me consideréis vuestro hijo para siempre». A lo que el buen hombre accedió gustoso, continuando aquél: «Y como señal de esta amistad, permitidme que os bese». Como así lo hizo, añadiendo: «Si no fuera por miedo a ofender la ley, haría otro tanto a mi madre, vuestra esposa». El marido, al oír esto, ordenó a su mujer que lo besara, obedeciendo aquélla sin mostrar en su semblante si era o no de su agrado lo que su esposo le ordenara. Inmediatamente el fuego que las palabras habían comenzado a prender en el corazón del pobre señor, aumentó con el beso tan deseado, tan encarecidamente pedido y con tanta crueldad rehusado. Ocurrido esto, el dicho señor d'Avannes se fue al palacio junto al rey, su hermano, y allí falseó unas bellas historias sobre su viaje a Montserrat, y allá oyó que su hermano el rey quería marchar a Olite y Tafalla. Pensando que el viaje sería largo, entró en tan gran tristeza que se decidió a intentar saber antes de partir si la dama le tenía mejor voluntad de lo que su conducta aparentaba, y fue a alojarse en una casa de la ciudad, en la misma calle donde ella vivía, vieja, mala y hecha de madera. A la cual prendió fuego a medianoche; el rumor corrió pronto por toda la ciudad y llegó a la casa de nuestro rico hombre, quien preguntó por la ventana que dónde era el fuego, oyendo que en la casa del señor d'Avannes, con lo cual se encaminó allá incontinentemente con todas las gentes de su casa, encontrando al joven caballero en camisa en plena calle, lo que le produjo tal compasión que lo cogió en sus brazos y cubriéndolo con su capa lo llevó a su casa lo más rápido que pudo, diciendo a su mujer, que estaba acostada: «Querida mía, os confío la vigilancia de este prisionero; cuidadlo como si fuera yo mismo». Y en cuanto se marchó, el dicho señor d'Avannes, que bien quería ser tratado en marido, saltó alegremente al interior de la cama, confiando en que la ocasión y el lugar harían cambiar de propósitos a la prudente dama, pero se encontró con lo contrario, porque al saltar él por un lado al lecho, salióse ella por el otro y se puso bata, y vestida ya se acercó a la cabecera del lecho y le dijo: «¿Acaso pensabais, señor, que la ocasión puede minar un corazón casto? Sabed que así como el oro se prueba en la hoguera, también un corazón casto lo hace en medio de las tentaciones, donde a menudo se encuentra más fuerte y virtuoso que en otras ocasiones, y se enfría tanto más cuanto más es acosado por su adversario. Podéis, pues, estar seguro de que si yo hubiese tenido otra voluntad que la que os he manifestado, no habría dejado de encontrar los medios, mas al no quererlos utilizar, no los tuve en cuenta, y os ruego, si queréis que continúe teniéndoos afecto, abandonéis no sólo la voluntad, sino también la idea de que, nunca, por nada que vos sepáis hacer, me hallaréis distinta de la que soy». Durante estas palabras llegaron sus doncellas, a quienes mandó que llevaran una colación con toda clase de confituras. Mas por el momento él no tenía ni hambre ni sed, tan desesperado estaba al haber fallado en su empresa y que Ja demostración que había hecho de su deseo le hiciera perder la privanza que tenía con ella. El marido,

una vez que dio las órdenes oportunas para apagar el fuego, volvió y rogó al señor d'Avannes que se quedara por aquella noche en su casa, como así fue, pero pasó la noche de tal suerte que sus ojos se ejercitaron más en llorar que en dormir. Y, bien temprano, fue a decirles adiós a la cama, y al besar a la dama, supo muy bien que ella le tenía más piedad por su ofensa que mala voluntad hacia él, lo que significó un carbón más añadido al fuego de su amor. Después de comer, marchó con el rey a Tafalla, mas, antes de partir, fue a despedirse de su buen padre y su mujer, quien, desde que su marido se lo ordenara la primera vez, no puso dificultades en tratarlo como a un hijo. Mas podéis estar por ciertos de que, cuanto más inspiraba la virtud a su vista y a su conducta, tanto más insoportable se le hacía, de suerte que, no pudiendo sufrir la guerra que el amor y el honor mantenían en su corazón (que había decidido no demostrar nunca, perdido el consuelo de la vista y las palabras de aquél por quien vivía), contrajo una fiebre continua, acompañada de un humor triste y melancólico, de forma que las extremidades de su cuerpo estaban siempre frías y en su interior ardía incesantemente. Los médicos, de cuyas manos no depende la salud de los hombres, comenzaron a tener muchas dudas sobre su enfermedad, a causa de una hidropesía que la ponía melancólica, y aconsejaron al marido que advirtiese a su mujer que pusiera en paz su conciencia que estaba en manos de Dios, como si los que tienen salud no lo estuvieran. El marido, que amaba profundamente a su mujer, se sintió tan triste al oír estas palabras que, para consolarse, escribió al señor d'Avannes, quien, así que recibiera las cartas, vino por la posta a casa de su buen padre y, al entrar, encontró a todos los criados y doncellas de allá mostrando todo el duelo que merecía su señora, lo cual le asombró tanto que se quedó a la puerta como una persona transida, hasta que vio a su buen padre que, al abrazarlo, se puso a llorar tan fuerte que no pudo decir ni palabra. Y llevó al señor d'Avannes a la habitación de la infeliz enferma, quien, volviendo sus lánguidos ojos hacia él, lo miró y le entregó su mano, atrayéndolo con todas sus débiles fuerzas; y, abrazándolo y besándolo hizo esta maravillosa confesión, al decirle: «¡Oh, señor! Ha llegado la hora en que es preciso que cese todo disimulo y que os confiese la verdad que tantas fatigas me di en ocultar; y es que si vos me tenéis tan gran afecto, sabed que el mío no ha sido menor. Pero mi dolor ha aventajado al vuestro, a causa de la pena de tener que ocultarlo contra mi corazón y mi voluntad. Sabed, señor, que Dios y mi honor no me han permitido nunca declarároslo, temerosa de acrecentar en vos lo que bien hubiera querido disminuir. Pero sabed también, señor, que las palabras que tan a menudo os dije me han hecho tanto mal al pronunciarlas que son la causa de mi muerte, de la que me siento contenta, puesto que Dios me ha concedido la gracia de no permitir que la violencia de mi amor haya puesto tacha alguna en mi conciencia y en mi fama, ya que fuegos menores que el que me abrasa han arruinado edificios más grandes y fuertes. Ahora bien, me voy contenta, puesto que antes de morir he podido declararos mi afecto como igual al vuestro, excepto que el honor del hombre y de la mujer no son cosa comparable. Os suplico, señor, que en lo sucesivo no os molestéis en dirigiros a

las más grandes y virtuosas damas que podáis encontrar, porque en tales corazones habitan las pasiones más fuertes y más juiciosamente conducidas.

Y la gracia, apostura y honestidad que hay en vos, no permitirán que vuestro amor trabaje sin fruto. Así, pues, os ruego que recordéis mi constancia y no atribuyáis a la crueldad lo que debe ser imputado al honor, a la conciencia y a la virtud, que nos deben ser mil veces más caras que nuestra propia vida. Adiós, señor; os recomiendo a vuestro padre, mi marido, al que os encarezco contéis la verdad que sabéis de mí, a fin de que sepa cuánto amo a Dios y a él; y no volváis a presentaros ante mis ojos, porque en lo sucesivo no quiero pensar más que en ir a recibir las promesas que Dios me ha hecho desde antes de la creación del mundo». Diciendo esto, lo abrazó y lo besó con toda la fuerza de sus débiles brazos. El dicho señor, con el corazón tan muerto de compasión como el de ella de dolor, se alejó sin poder pronunciar ni una sola palabra y se echó en una cama que había en la habitación, donde se desmayó varias veces. Después, la dama llamó a su marido y tras haberle hecho muchas demostraciones de cariño le recomendó al señor d'Avannes, asegurándole que después de él era la persona a quien más había querido en el mundo, y besándolo, le dijo adiós. El marido le hizo traer el santo sacramento del altar y poco después la extrema unción, recibéndolos ella con alegría, como quien está segura de su salud. Y, al advertir que su vista disminuía y que le fallaban las fuerzas, comenzó a decir en voz bien alta el *In manus tuas*^[15]. A sus voces se levantó del lecho el señor d'Avannes y, mirándola piadosamente, la vio rendir con un suspiro su alma gloriosa a Aquél a quien pertenecía. Y cuando advirtió que había fallecido, él, que estando viva no osaba acercarse a ella más que con temor, corrió al cuerpo muerto y se puso a abrazarlo y besarlo de tal suerte que apenas si pudieron quitárselo de los brazos, de lo que el marido se asombró mucho, porque nunca había imaginado que le tuviera tal afecto. Y diciéndole: «¡Señor, ya basta!», se retiraron los dos de allí. Y tras que hubieron llorado mucho tiempo, el uno a su mujer y el otro a su dama, el señor d'Avannes contó toda la historia de su amistad y cómo hasta su muerte no le diera muestras de otra cosa que no fuera rigor, con lo que el marido, más contento que nunca, aumentó su dolor y pesadumbre por haberla perdido, y sirvió durante toda su vida al señor d'Avannes, que por aquel entonces no tenía más que dieciocho años. Éste volvió a la corte, y después de llevar luto durante dos años, vivió allí muchos años sin querer ver ni hablar a mujer alguna.

«He ahí, señoras, cómo la diferencia entre una mujer juiciosa y una voluble también se demuestra en los efectos del amor; una recibe muerte gloriosa y digna de alabanza, y la de la otra, que vivía una vida demasiado larga, fue reputada como infame y vergonzante, porque así como la muerte del santo es preciosa a los ojos de Dios, la del pecador no lo es». «Ciertamente, Saffredant —dijo Doña Oisille—, nos habéis contado una historia tan bella como podía serlo. Y quien, como yo, haya conocido a las personas, más bella aún la encontrará; nunca vi a un caballero más apuesto y con más dotes que el dicho señor d'Avannes». «Reflexionad —respondió

Saffredant— en cómo una mujer honesta y juiciosa, por mostrarse más virtuosa en la apariencia de lo que era en su corazón, y por disimular un amor que la razón natural quería que tuviera a un tan digno caballero, se dejó morir por la falta del placer que deseaba encubierta y abiertamente». «Si hubiera tenido ese deseo —replicó Parlamente— bastantes ocasiones y lugares tuvo para demostrarlo, pero su virtud era tan grande que nunca su deseo excedió a su razón». «Pintádmela como os parezca —dijo Hircan—, pero siempre supe que un diablo peor quita el puesto a otro, y que las mujeres encuentran más voluptuosidad en su orgullo que el amor y el temor de Dios, y por eso es por lo que sus vestidos son tan largos y tan bien tejidos de disimulo, para que no se pueda saber lo que hay debajo; porque si su honor no estuviera más oculto de lo que está el nuestro, os encontraríais que la naturaleza no olvidó en ellas mucho más que en nosotros. Y por el temor que las produce el no atreverse a tomar el placer que desean, han cambiado este vicio en otro mayor que encuentran más honesto: su gloria y su crueldad, por las que esperan conseguir fama imperecedera y también glorificarse de resistirse al vicio de la ley de la Naturaleza, si es que Natura es viciosa; y se hacen así semejantes no sólo a las bestias inhumanas y crueles, sino incluso a los demonios, de los que aprenden el orgullo y la malicia». «Resulta perjudicial —dijo Nomerfide— que encontréis una mujer de bien, dado que no sólo menospreciáis la virtud de las otras, sino que a todas las queréis presentar como viciosas». «Me siento muy contento de no tener una mujer que sea causa de escándalo —dijo Hircan—, aunque tampoco quiere serlo; mas en cuanto a la castidad del corazón, creo que ella y yo somos hijos de Adán y Eva. Así que, mirándolo bien, no tenemos por qué cubrir nuestra desnudez de hojas, sino más bien confesar nuestra fragilidad». «Bien sé —exclamó Parlamente— que todos nosotros hemos necesidad de la gracia de Dios, ya que todos estamos inclinados a pecar; mas si nuestras tentaciones son parejas a las vuestras, y si pecamos por orgullo, ningún tercero sale dañado, ni nuestro cuerpo y nuestras manos quedan manchadas. Mas vuestro placer consiste en deshonar a las mujeres, y vuestro honor, en matar a los hombres en la guerra, extremos ambos formalmente contrarios a la ley de Dios». «Confieso lo que decís —contestó Hircan—, pero Dios ha dicho: “Quien quiera que mire con concupiscencia, es ya adúltero en su corazón, y quien quiera que odie a su prójimo, es homicida; a vuestro entender, ¿las mujeres están más dispensadas que nosotros?”». «Dios, que juzga los corazones —dijo Longarine—, dará su sentencia; pero sería demasiado que los hombres no nos pudiesen acusar, ya que la bondad de Dios es tan grande que, sin nadie que nos acusara, ni siquiera nos juzgaría; y conoce tan bien la fragilidad de nuestros corazones que aún nos querría más si no la pusiera a prueba». «Bien está —dijo Saffredant—, os ruego que dejemos esta discusión, aunque ella resulte mejor prédica que el cuento mismo. Y cedo la palabra a Emarsuite, suplicándole que no olvide hacernos reír». «En verdad, que no hay riesgo de que falle —dijo aquélla—, pues ya al venir hada aquí decidí qué historia os contaría en esta jornada. Se trata del cuento de dos servidores de una princesa, tan divertido, que a

fuerza de reír me ha hecho olvidar la melancolía de la triste historia que os reservo para mañana, así que mi rostro se mostrará muy feliz, a fin de que la encontréis buena».

Narración XXVII

De la temeridad de un secretario tonto, que requiere de amores a la mujer de su compañero; y de la vergüenza que pasó

En la villa de Amboise vivía el servidor de una princesa que le servía de ayuda de cámara, hombre honesto él y que gustoso festejaba a las gentes que acudían a su casa y principalmente a sus compañeros. No hace mucho tiempo que uno de los secretarios de la princesa fue a alojarse en su casa, donde estuvo diez o doce días. El tal secretario era tan feo que más que cristiano parecía un rey de los caníbales. Y, a pesar de que su huésped y compañero lo trataba en hermano y amigo y lo más honrosamente posible, adoptó la conducta de un hombre que no sólo olvida toda honestidad, sino que nunca la tuvo en su corazón: la de perseguir con amor deshonesto e ilícito a la mujer de su compañero, que era contraria a la voluptuosidad y que no le diera muestras de mayor favor, ya que era mujer de bien y tan virtuosa como no la hubo nunca en la ciudad en que vivía. Ella, sabiendo la mala voluntad del secretario, prefirió el disimulo para su declarado vicio que encubrirlo con una rotunda negativa, y aparentó encontrar agradables sus proposiciones. Con lo que él, que la creía conquistada, sin reparar en su edad (cincuenta años), que no era bella, y sin consideración para la buena fama que tenía de mujer honesta y amante de su marido, la presionaba incesantemente. Un día cualquiera, estando el marido en la casa y ellos en una sala, fingió que lo único que él tenía que hacer así que lo deseara era encontrar un lugar seguro donde hablar a solas, respondiéndole el incontinente que subieran al desván. En seguida ella se levantó y le dijo que fuera él delante, que ya iría después. Éste, riéndose, con una dulce mueca que recordaba a la de una mona cuando festeja a alguien, subió con ligereza las escaleras. Y, en el punto de la cita, cuando esperaba a la que tanto había deseado, abrasado por el fuego, no claro como el de la madera de enebro, sino como el de un gran carbón de forja, escuchó si venía tras él; pero en lugar de oír sus pies oyó su voz diciendo. «Señor secretario, aguardad un poco, que voy a preguntar a mi marido si le parece bien que acuda junto a vos». Pensad qué aspecto podría tener llorando quien riendo ya era tan feo. Descendió rápidamente, las lágrimas en los ojos, rogándole por el amor de Dios que no quisiera romper con sus palabras la amistad entre su marido y él. Respondióle ella: «Estoy segura de que lo queréis tanto que no deseáis decirme nada que él no pueda oír; así que voy a decírselo». Como así hizo, pese a los ruegos e inconvenientes que él le opuso, y éste se sintió tan avergonzado que huyó, quedando el marido muy contentó cuando supo el honesto engaño que su mujer había utilizado, y tanto le satisfizo la virtud de su mujer que no tomó en consideración el vicio de su compañero, quien bastante

castigado estaba con soportar sobre él la vergüenza que quiso llevar a su casa.

«Me parece, señoras, que por este cuento las gentes honradas deben aprender a no retener a aquéllos cuya conciencia, corazón y entendimiento ignoran a Dios, al honor y al verdadero amor». «Aunque vuestro cuento sea corto —dijo Doña Oisille—, es de los más divertidos que oí, y en honor de una mujer honrada». «¡Por Dios! —dijo Simontault—, no es gran honor para una mujer honesta rehusar a un hombre tan feo como vos pintáis al secretario; si acaso, si hubiera sido apuesto y de buen ver, puede que así mostrara su virtud. Y como yo me dudo que así sea, si es mi turno, os diré un cuento tan divertido como éste». «A eso os obligáis —le indicó Emarsuite—, porque yo os cedo la palabra». Y, a renglón seguido, comenzó así: «Los que acostumbran vivir en la corte o en grandes ciudades tienen en tanta estima su propio saber que les parece que los restantes hombres no están a la altura de ellos; pero si no existiera el resto del país y no hubiera gentes de toda condición, tampoco habría bastantes astutos y maliciosos. Sin embargo, la burla (cuando caen en falta) de aquellos que, por culpa de su orgullo, piensan que son los más ladinos, es bastante mayor, como deseo mostraros en esta historia recién ocurrida».

Narración XXVIII

Donde se habla de un secretario que pensaba afinar como el que más afinaba, y de lo que ocurrió

Estando el rey Francisco, primero de su nombre, y su hermana, la reina de Navarra, en la villa de París, tenía ésta un secretario que no era de los que dejan caer nada al suelo sin recogerlo, de suerte que no había ni presidente ni consejero que no conociese, ni mercader ni rico hombre de quien no fuera amigo y con quien no anduviera en tratos. Por aquel entonces llegó también a la citada villa de París un mercader de Bayona, llamado Bernard du Ha, quien tanto por sus negocios como porque el lugarteniente civil era paisano suyo, se dirigió a éste para obtener consejo y ayuda en sus negocios. El tal secretario de la reina de Navarra iba a menudo a visitar al lugarteniente, como buen servidor que era de su señor y señora. Un día de fiesta en que el dicho secretario fue a casa del lugarteniente, no lo encontró allí, como tampoco a su mujer, pero bien pudo oír a Bernard du Ha, que con una viola o instrumento parecido, enseñaba a bailar a las camareras de la casa las danzas de Gascuña.

El secretario, al ver esto, le quiso hacer creer que hacía mal y que si la lugarteniente y su marido lo sabían, se sentirían muy poco contentos de él. Y tras haberle puesto el temor ante los ojos, hasta hacerse rogar que no dijera nada, le preguntó: «¿Qué más daréis si no diga palabra? Bernard du Ha, que no tenía tanto miedo como aparentaba, al ver que el secretario lo quería engañar, le prometió regalarle el mejor jamón de Basconia, que nunca comiera. El secretario, que se sintió muy contento, le encareció que se lo tuviera dispuesto el domingo después de comer, lo que el otro le prometió. Y, seguro de esta promesa, aquél se fue a ver a una dama de París a quien tenía grandes deseos de desposar, y le dijo: “Señora, el domingo vendré a comer con vos, si os place, pero no os cuidéis más que de tener buen pan y buen vino, porque engañé tan bien a un tonto bayonés que el resto será a sus expensas, y gracias a mi astucia, os daré a probar el mejor jamón de Basconia que nunca se haya comido en París”». La dama, que lo creyó, reunió a dos o tres de sus más honestas vecinas y les aseguró que les daría una carne nueva y que nunca habían probado. Llegado el domingo, el secretario buscó al mercader, lo encontró junto al Pontau-Chenge y saludándole con donaire le dijo: «¡Que los diablos os lleven, visto di trabajo que me habéis ocasionado en buscaros!». Bernard du Ha le respondió que eran bastantes las gentes que habían pasado aún más fatigas que él y que no habían sido recompensadas con tales bocados. Y al decir esto le mostró el jamón que llevaba bajo su capa, lo bastante grande para alimentar a un ejército: de lo que el secretario se sintió tan contento que, aunque tenía la boca fea y grande, haciendo muecas la puso

tan pequeña que no hubiera cuidado que pudiera morder el jamón; el cual cogió apresuradamente, dejó al mercader sin convidarlo y marchó a llevar el presenté a su dama, quien tenía grandes deseos de saber si los víveres de Bayona eran tan buenos como los de París. Y cuando llegó la hora de cenar y estaban comiendo su potaje, el secretario les dijo: «Dejad esa sosa comida; probemos el agujón de este vino». Y, al decir esto, tomó el jamón y al intentar cortado, lo encontró tan duro que no le pudo meter el cuchillo. Después de esforzarse varias veces, se dio cuenta de que había sido engañado y de que era un zueco de madera que es el calzado de Gascuña, que había sido manchado con un tizón y espolvoreado por encima con hollín y limaduras de hierro mezcladas con una especie muy picante. El secretario se sintió muy corrido, tanto por haber sido engañado por quien pensaba engañar, como por haber engañado a quien quería y pensaba haber dicho la verdad; por otra parte, le enojaba mucho tener que contentarse con un potaje para cenar. Las damas, contrariadas, bien hubiesen querido acusarlo de engaño, de no haber visto claramente en su rostro que estaba aún más pesaroso que ellas. Y tras este ligero yantar, el secretario se marchó muy encolerizado, y como pensara que Bernard du Ha había faltado a su promesa, quiso también él faltar a la suya y se encaminó a la casa del lugarteniente civil, decidido a decirle lo que pudiera sobre el dicho Bernard. Pero no fue tan rápido que el citado Bernard no hubiera contado ya todo el misterio al lugarteniente, que dio su opinión al secretario diciéndole que había aprendido bien a su costa a no engañar a los gascones; y no tuvo otro consuelo que su vergüenza.

«Esto les ocurre a muchos que, por ser demasiado astutos, se olvidan de sus astucias. Porque no hay que hacer a los demás lo que no se quiere que nos hagan a nosotros mismos». «Os aseguro —exclamó Guebron— que vi ocurrir cosas semejantes con frecuencia, y que aquellos que se piensan son tontos de pueblos engañan a gentes muy astutas; y es que no hay nadie más tonto que quien piensa ser muy listo, ni nadie más sabio que quien conoce su propia insignificancia». «Y aún éste sabe algo —dijo Simontault—. Como me temo que se nos echó encima la hora, cedo la palabra a Nomerfide, que estoy seguro no nos demorará con su retórica». «Decís bien —respondió ésta—, pues os contaré una historia tal como suponéis de mí. No me asombra nada, señoras, si Amor proporciona a los príncipes y a las personas importantes los medios de saberse retirar del peligro; porque están criados entre gentes tan sabias que me maravillaría mucho si ignoraran algo. Mas el ingenio de Amor se muestra más claramente cuanto menos espirituales son los sujetos; os contaré un relato que me hizo un sacerdote ebrio de amor y que era tan ignorante de todo que apenas podía decir su misa».

Narración XXIX

De cómo un buen conuado de aldea, cuya mujer hacía el amor con un cura, se deja engañar contento

En el condado del Maine, en una aldea llamada Arcelles, vivía un rico labrador que ya en su vejez desposó a una bella joven de la que no tuvo ningún hijo, pero ésta se reconfortó de su pena con varios amigos. Y cuando los caballeros y demás gentes de viso le faltaron, se volvió a su último recurso, que era la iglesia, y tomó por compañero de su pecado a quien podía absolverla de él: el cura, que a menudo venía a ver a su oveja. El marido, viejo y caduco, no tenía ni idea, y como era robusto y fuerte su mujer llevaba su misterio lo más secretamente que podía, temerosa, si su marido lo advertía, de que la matara. Un día que él estaba fuera, no pensando que volviera, envió a buscar al señor cura para confesarse. Y cuando estaban juntos haciéndose caricias, su marido llegó tan súbitamente que el cura no halló ocasión de salir de la casa, así que viendo la forma de ocultarse, por consejo de la mujer subió al granero y cubrió la trampa por donde entró con un harnero de cribar trigo. El marido entró en la casa y ella, miedosa de que sospechara alguna cosa, lo agasajó con una gran cena, sin ahorrar la bebida, de la que dio tan buena cuenta que, junto con el cansancio que le produjeran sus labores en los campos, le entraron ganas de dormir sentado en una silla frente al fuego. El cura, que se aburría de estar tanto tiempo en el granero, no oyendo ruido en la habitación, levantó un poco la trampa y alargando el cuello cuanto pudo, avistó que el hombre dormía; y, al mirar, se apoyó por descuido sobre el harnero con tanta fuerza que harnero y cura trabucaron y cayeron junto al hombre que dormía, despertándose éste al ruido. Y el cura, que ya estaba en pie antes que el otro hubiera abierto los ojos, le dijo. «¡Compadre, ahí tenéis vuestro harnero, y muchas gracias!». Y, dicho esto, se marchó. El infeliz labrador, muy asombrado, preguntó a su mujer: «¿Qué es esto?». A lo que ella respondió: «Es vuestro harnero, que el cura había tomado prestado y vino a devolveros». El marido, gruñendo, exclamó: «Pues es una forma muy pesada de devolver lo prestado, porque pensé que la casa caía por tierra». Y así fue cómo el cura se libró a costa del calzones, que no encontró nada peor que la rudeza que usara para devolver el harnero.

«Señoras mías, el Señor a quien él servía lo salvó por entonces, a fin de poseerlo por más tiempo y atormentarlo». «No penséis —dijo Guebron— que las gentes sencillas estén más exentas de malicia que nosotros, sino que a veces tienen más. Y si no, ved los ladrones, asesinos, hechiceros, falsificadores y toda esa clase de gente,

cuyo espíritu jamás tiene reposo: son todas gentes sencillas y artesanos». «No encuentro nada extraño —dijo Parlamente— en que su malicia sea mayor que la de otros, y sí, en cambio, que el amor les atormente con el trabajo que tienen con otras cosas, ni que en un corazón villano pueda existir una pasión tan delicada». «Señora —le contestó Saffredant—, vos sabéis que Juan de Meung en el poema de *La Rosaha* escrito.

Aussi bien sont aussi bien amourettes, Sous bureaux comme sous brunettes^[16].

Y el amor de que el dicho habla no se refiere al de aquella que ponía gualdrapas a su marido. Porque, así como las gentes del pueblo no tienen las riquezas ni los honores que nosotros, sí tienen en cambio las comodidades de la naturaleza a su alcance más de lo que nosotros las tenemos. Sus comidas no son apetitosas, pero tienen mejor apetito y se alimentan mejor con pan basto que nosotros con nuestro refrigerio. No tienen lechos tan hermosos ni tan bien hechos como nosotros, pero duermen y reposan mejor. No tienen las damas pintadas y emperifolladas que nosotros idolatramos, pero tienen el goce de sus placeres más a menudo que nosotros y sin temor a las palabras, a no ser las de las bestias y los pájaros que los ven. En resumen, de lo que nosotros tenemos ellos carecen, y en lo que no tenemos, abundan». «Os ruego —dijo Nomerfide— que dejemos allá a este campesino con todo su poderío y, antes de vísperas, acabemos nuestra jornada, a la que pondrá fin Hircan». «Ciertamente —respondió éste—, y lo haré con una historia tan triste y extraña como la que más. Y aunque me disgusta hablar mal de cualquier dama sabiendo que los hombres, llenos de malicia, sacan siempre consecuencia de la fama de una para infamar a las demás, lo extraño del caso me hará olvidar mi temor, y aún podría ser que la ignorancia descubierta haga a otras más juiciosas».

Narración XXX

Del maravilloso ejemplo de la fragilidad humana, que para encubrir su horror, va de mal en peor

En tiempos del rey Luis XII, siendo prelado de Aviñón uno de la casa de Amboise, llamado Georges, sobrino del legado de Francia, vivía en la región del Languedoc una dama (cuyo nombre callaré por respeto a su estirpe) que tenía más de cuatro mil escudos de renta. Quedó viuda muy joven y madre de un solo hijo; y tanto por el pesar que sentía por la muerte de su marido como por amor a su hijo, decidió no volver a casarse nunca y, para evitar la ocasión, no quiso tratar más que con gentes devotas, pensando que quien quita la ocasión quita el pecado. La joven dama viuda se entregó de tal forma al servicio de Dios, huyendo totalmente de toda compañía mundana, que incluso se abstenía de asistir a una boda o de escuchar los órganos de las iglesias. Cuando su hijo llegó a la edad de siete años, tomó a su servicio a un hombre de vida santa para que le sirviera de ayo, quien educara a su hijo con toda santidad y devoción. Así que el hijo alcanzó la edad de catorce o quince años, la Naturaleza, que es un preceptor secreto, encontrándolo demasiado bien alimentado y ocioso, le dio una lección que no le enseñara su ayo, y él comenzó a mirar y desear las cosas que encontraba bellas, y entre otras, a una muchacha que dormía en la habitación de su madre. Nadie se apercibió de esto, porque siempre se pensaba en él como un niño, y además, en toda la casa no se oía más que hablar de Dios. El joven comenzó a perseguir a la muchacha a escondidas, y ésta fue a decirle a su señora, quien amaba tanto a su hijo que le reprochó que quisiera presentárselo como odioso. Pero tanto insistió la muchacha que su señora le dijo; «Yo averiguaré la verdad y le castigaré si es como me decís. Pero igualmente os digo que si vos lo habéis dado por supuesto y resulta no ser cierto, recibiréis vos el castigo». Y, para hacer la experiencia, le ordenó que enviara recado a su hijo para que viniera a medianoche a acostarse con ella en la cama próxima a la puerta en que la muchacha acostumbraba dormir sola. La muchacha obedeció a su señora y, cuando llegó la noche, fue ésta quien se puso en su lugar, decidida, si era cierto todo, a castigar a su hijo de tal forma que nunca más se acostaría con una mujer sin recordarlo. En estos pensamientos y llena de cólera, vino el hijo a acostarse. Pero no podía imaginar que él quisiera hacer algo deshonesto; así que esperó a hablarle cuando tuviera alguna prueba de su mala voluntad, no pudiendo creer, por pequeños detalles, que su deseo pudiera llegar hasta lo criminal. Pero su paciencia fue tan grande y su naturaleza tan frágil que ella convirtió su cólera en un placer por demás abominable, olvidando su condición de madre. Y, así como el agua, retenida por la fuerza, cobra más impetuosidad cuando se

la deja ir que la que corre normalmente, así esta infeliz mujer mudó su gloria al dar rienda suelta a los impulsos de su cuerpo. Y cuando quiso descender el primer escalón de su honestidad, se encontró de improviso llevada hasta el último y, aquella noche, embarazó de aquél a quien quería impedir que hiciera hijos a las demás. Y aún no se había consumado el pecado cuando los remordimientos de conciencia le produjeron tan gran tormento que nunca más en su vida la abandonó el arrepentimiento, que fue tan fuerte desde el principio que se levantó de junto a su hijo, que aún seguía pensando se trataba de la muchacha, y marchó a un cuarto retirado donde, recordando su buen propósito y su mala ejecución, pasó toda la noche sola llorando y lamentándose. Más, en lugar de humillarse y reconocer la debilidad de nuestra carne, que sin la ayuda de Dios no puede hacer otra cosa que pecado, quiso por sí misma y por sus lágrimas satisfacer al pasado y con su prudencia evitar lo malo del porvenir, excusando su pecado por la ocasión y no por la malicia, para la cual no hay más remedio que la gracia de Dios, y así pensó hacer algo para que en el futuro no pudiera caer en inconveniente análogo; y como si no hubiera más que una especie de pecado por el que se condenaran las personas, puso todas sus fuerzas en evitar aquél.

Pero la raíz del orgullo, que el pecado extremo debe sanar, creció de tal forma en su corazón que, al evitar un mal, hizo varios otros. Y a la mañana siguiente, apenas amaneció, envió a buscar al ayo de su hijo y le manifestó: «Mi hijo comienza a crecer y es hora de que salga de esta casa. Tengo un pariente que vive más allá de los montes, con el gran señor de Chaumont, que se sentirá muy contento de tenerlo en su compañía. Así que, desde ahora mismo, emprended marcha hacia allá; y a fin de que mi pesar ante su marcha sea menor, prohibidle que venga a decirme adiós». Y, dicho esto, le entregó el dinero necesario para su viaje, haciendo partir al joven aquella misma mañana, con lo que él se sintió muy feliz, ya que no deseaba otra cosa, tras el goce con su amiga, que ir a la guerra. La dama vivió mucho tiempo con una gran tristeza y melancolía, y a no ser por el temor de Dios hubiera deseado entonces el fin del desdichado fruto que llevaba en sus entrañas. Fingió estar enferma, para que el manto cubriera su estado. Y cuando estuvo a punto de parir, no habiendo hombre en el mundo en el que depositara tanta confianza como en un hermano bastardo que tenía, a quien había hecho grandes favores, lo envió a buscar y le contó su mala fortuna (sin confesarle que fuera su hijo), rogándole que la socorriera en su honor, cosa que él hizo, y algunos días antes del que debía parir, le aconsejó que cambiara de aires y fuera a su casa, donde recuperaría la salud antes que en la suya. Allá fue ella con pocos servidores, donde encontró a una partera mandada venir por la mujer de su hermano, que en una sola noche, y sin saber quién era, recibió a su hijo, resultando ser una hermosa niña. El caballero la entregó a una nodriza y la hizo cuidar como si fuera suya. La dama, después de vivir allí un mes, volvió sola a su casa, donde vivió más austeramente que nunca entre ayunos y disciplinas. Mas cuando su hijo se hizo hombre, viendo que por el momento no había ninguna guerra con Italia, envió súplica

a su madre de que le permitiera volver a su casa. Ésta, temiendo caer en el mal del que acababa de salir, no quiso permitirselo, hasta que él le insistió tanto que ni encontró razón con qué rehusar. Sin embargo, le ordenó que no se presentara ante ella si no era casado con una mujer a la que amara mucho, y que no reparara en sus riquezas, sino en que fuera noble, que ya era suficiente. Durante este tiempo, permaneció el bastardo, viendo que la muchacha que tenía a su cargo se hacía una mujer muy hermosa, decidió enviarla a alguna casa bien lejana, donde fuera desconocida, y por consejo de la madre la envió a la reina de Navarra. La muchacha, de nombre Catalina, llegó a la edad de doce o trece años y se hizo tan bella y honesta que la reina de Navarra le cobró profundo afecto y deseó casarla bien y ricamente, mas, como era pobre, encontraba muchos pretendientes, pero ninguno para marido. Un día ocurrió que el caballero que era su desconocido padre, al regresar desde las montañas, llegó a la casa de la reina de Navarra, donde, así que vio a la doncella, se sintió enamorado de ella, y como tenía el permiso de su madre para desposar a la mujer que quisiera, sólo preguntó si era de noble cuna, y, al saber que sí, la pidió por mujer a la dicha reina, quien muy a gusto se la concedió, porque bien sabía que el caballero era rico y, junto con su riqueza, apuesto y honesto. Consumado el matrimonio, el caballero lo escribió a su madre, diciéndole que en lo sucesivo no le podía negar la puerta de su casa, ya que llevaba consigo una nuera tan perfecta como se pudiera imaginar. La dama, al preguntar qué clase de alianza había contraído, se encontró con que era la propia hija de ambos, lo que le produjo tan gran dolor que quiso morir ya mismo, al ver que cuantos más impedimentos ponía a su desgracia, más conseguía aumentarla. No sabiendo qué otra cosa hacer, fue a ver al prelado de Aviñón, a quien confesó la enormidad de su pecado y pidió consejo sobre cómo debía conducirse. El prelado, para satisfacer su conciencia, envió a buscar a varios doctores en teología, a quienes expuso el problema sin nombrar a los personajes, y su consejo resultó que la dama no debía decir nunca nada del asunto a sus hijos, ya que éstos, vista su ignorancia, no habían pecado, y en cuanto a la dama, debería hacer penitencia toda su vida, sin aparentarlo. Así que la infeliz dama regresó a su casa, donde poco después llegaron su hijo y su nuera, quienes se amaban tanto como nunca hubo marido y mujer que se quisieran, ya que ella para él era su hija, su hermana y su esposa, y él para ella su padre, su hermano y su marido. Vivieron siempre en este gran amor, y la triste dama, en su rigurosa penitencia, no podía verlos prodigarse caricias sin retirarse para llorar.



«He ahí, señoras, cómo caen aquellos que fían en sus fuerzas y virtudes para vencer a Amor y Natura, con todas las potencias que Dios ha puesto en ellos. Lo mejor sería, conociendo la propia debilidad, no intentar nada contra tal enemigo; y retirar un verdadero amigo y decirle con el Salmista: “¡Señor, yo te daré satisfacción; responde por mí!”». «No es posible —dijo Doña Oisille— oír contar caso más extraño que éste; y me parece que todos, hombres y mujeres, deberían aquí inclinar la cabeza ante el temor de Dios al ver que, al intentar hacer bien, tantos males pueden ocurrir». «Sabed —intervino Parlamente— que el primer paso que el hombre da en la confianza de sí mismo, otro tanto se aleja de la confianza de Dios». «Sabio es —apostilló Guebron— quien se tiene por su propio enemigo y mantiene en entredicho su voluntad y su propio entendimiento, por mucha apariencia de bondad y santidad que muestre». «No hay quien aparente tan grande —opinó Longarine— que deba hacer arriesgarse a una mujer a acostarse con un hombre, por muy madre suya que sea, porque el fuego cerca de la estopa nunca es muy seguro». «Sin lugar a dudas —dijo Emarsuitte—, que debió tratarse de una gloriosa loca que pensaba ser tan santa que no podía pecar, como algunos quieren persuadir y hacer creer a los simples, cuando nosotros mismos podemos saber de lo que somos capaces; y esto es un error demasiado grande». «¡Es posible que haya bastantes locos como para creer esa opinión!», exclamó Doña Oisille. «Obran mucho mejor —dijo Longarine— los que dicen que es necesario habituarse a la virtud de la castidad y, para probar sus fuerzas, hablan con las más bellas que pueden encontrar y a las que más aman, y con besos y apretones de manos, comprueban si su carne está del todo muerta; y si con tal placer advierten que se emocionan, se apartan, ayunan y se aplican grandes disciplinas; y cuando han domado su carne hasta tal punto que ni con palabras ni con besos se emocionan, intentan la tonta tentativa de acostarse juntos y abrazarse sin ninguna concupiscencia. Mas, por cada uno que sale con bien, son tantos los que salen

malparados que el arzobispo de Milán, en cuyo convento esto se practicaba, decidió separarlos y poner a las mujeres en el convento de las mujeres, y a los hombres en el de los hombres». «Verdaderamente que llega al extremo y es el colmo de la locura querer hacerse perfecto frente al pecado y buscar tanto las ocasiones de pecar», dijo Guebron. «Hay quienes hacen todo lo contrario —respondió Saffredant—, y que, por más que huyan de las ocasiones, les sigue acompañando la concupiscencia. Y el buen San Jerónimo, después de haberse azotado y ocultado en el desierto, confesó no haber podido evitar el fuego que latía en sus tuétanos. Así que, es preciso encomendarse a Dios, porque si con su poder, bondad y virtud Él no nos anima, tropezaremos con mucha facilidad». «Mas vos no veis lo que yo estoy viendo —dijo Hircan—, y es que en tanto que recitamos nuestras historias, los monjes, que estaban detrás del aya, no habían oído la campana que los llamaba a vísperas y ahora que hemos comenzado a hablar de Dios, se han ido y tocan en este momento el segundo aviso». «Haremos bien en seguirles —replicó Doña Oisille—, y en alabar a Dios por haber pasado este día tan felizmente como ha sido posible». Y, dicho esto, se levantaron y fueron a la iglesia, donde oyeron devotamente las vísperas. Después fueron a cenar, comentando los discursos pasados y rememorando varios casos ocurridos en su tiempo, para ver cuáles serían dignos de ser referidos. Y, tras haber pasado en contento toda la tarde, marcharon a disfrutar del dulce reposo, esperando no fallar en continuar al día siguiente la empresa que tan agradable les era. Y así se puso fin al tercer día.

JORNADA CUARTA

En la que se trata principalmente de la virtuosa paciencia y la larga espera de las damas para ganar marido y de la prudencia que los hombres usan para conservar el honor de sus casas y linaje

Doña Oisille, según su buena costumbre, se levantó mucho más temprano que los otros y, meditando sobre su libro de las Sagradas Escrituras, esperó la reunión, que poco a poco se agrupó, y los perezosos se excusaron empleando las palabras de Dios, diciendo: «Tengo una mujer, y no puedo ir más aprisa». Hircan y Parlamente, su mujer, llegaron con la lección bien comenzada, mas Doña Oisille supo buscar bien los pasajes en que las Escrituras reprenden a los que son negligentes para oír la Santa palabra. Y no sólo leyó el texto, sino que también les hizo tan buenas y santas exhortaciones que no era posible aburrirse al escucharla. Terminada la lección, Parlamente le dijo: «Estoy arrepentida de haber sido perezosa en llegar aquí esta mañana; mas como mi falta os ha dado motivo para hablarme tan bien, encuentro que mi pereza ha sido doblemente provechosa: pues di reposo a mi cuerpo durmiendo más, y a mi espíritu al oírlos decir tan bien». «Como penitencia —le respondió Doña Oisille—, vayamos, pues, a misa, a rogar a Nuestro Señor nos dé la voluntad y los medios de cumplir sus mandatos; y después, ¡hágase su voluntad!». Y dichas estas palabras se dirigieron a la iglesia, donde oyeron la misa con mucha devoción, y a continuación se pusieron a la mesa, donde Hircan no olvidó burlarse de la pereza de su mujer. Después de comer, se fueron a reposar y a estudiar sus papeles, y llegada la hora se encontraron en el lugar de costumbre, y entonces Doña Oisille dijo a Hircan que cediera la palabra para comenzar la Jornada. «Si mi mujer no hubiese comenzado la de ayer —dijo éste—, yo le hubiera cedido la vez, ya que siempre pensé que me ama más que a ningún hombre del mundo, como muy bien me ha demostrado esta mañana amarme incluso más que a Dios y su palabra, dejando vuestra excelente lección por hacerme compañía. Así que con mucho gusto le diera tal honor; mas, al no poderlo hacer a la más juiciosa de las mujeres presentes, lo haré al más prudente de entre nosotros, que es Guebron, con el ruego de que no olvide a los frailes». Entonces Guebron le contestó: «No era preciso rogármelo, pues ya los daba por recomendados, ya que no hace mucho tiempo que oí decir una historia al señor de Saint-Vincent, por entonces embajador del emperador, la cual es digna de no ser dada al olvido».

Narración XXXI

De la execrable crueldad de un franciscano, que llegó hasta la inmoralidad más detestable, y del castigo que recibió

En las tierras sujetas a la obediencia del emperador Maximiliano de Austria, había un convento de franciscanos muy estimado, cerca del cual tenía su casa un caballero que profesaba mucho afecto a aquellos religiosos, y no había bienes que no les diera por tener parte en sus buenas acciones, ayunos y disciplinas. Entre otros, había allí un buen franciscano, grande de cuerpo, que el caballero había tomado como confesor, el cual tenía tal poder de disponer en la casa del caballero como éste mismo. El franciscano, viendo que la mujer del caballero era hermosa y prudente como no era posible más, llegó a enamorarse de ella de tal modo que perdió las ganas de comer y de beber y toda razón natural. Y, un día, decidiendo acometer su empresa, marchó solo a la casa del caballero y, al no encontrado, preguntó a la dama dónde estaba. Aquélla le respondió que había ido a una de sus tierras, donde debía permanecer dos o tres días, pero si quería algo de él, enviaría un mensajero. Respondióle que no, y comenzó a ir y venir por la casa como quien tiene algún asunto de importancia dándole vueltas en la cabeza. Y, cuando él salió de la habitación, la señora dijo a una de sus mujeres: «Id junto al buen padre y averiguad lo que quiere, porque encuentro en su cara que no está contento». La camarera fue allá, al patio, a preguntarle si quería algo. Le respondió que no, y empujándola contra un rincón, tomó un puñal que llevaba en la manga y le cortó la garganta. Así que hubo terminado, llegó al patio montado a caballo un criado del caballero que traía la renta de una granja. En cuanto desmontó, saludó al franciscano quien, al abrazarlo, hundió el puñal en su garganta, cerrando la puerta del castillo tras él. La dama, al ver que su doncella no regresaba, se inquietó porque permaneciera tanto tiempo con el franciscano, y dijo a su segunda camarera: «Ved por qué no regresa vuestra compañera». Allá fue la camarera, y así que bajó el buen padre la vio, la empujó a un rincón apartado e hizo como con la otra; y cuando se vio solo en la casa fue a la dama y le dijo que hacía mucho tiempo que se había enamorado de ella y que había llegado el momento. Ella, que nunca se diera cuenta de nada, le contestó: «Padre mío, pienso que si yo hubiera tan mala querencia vos seríais el primero en quererme lapidar». El religioso le replicó: «Salid al patio y ved lo que he hecho». Cuando la dama vio a sus dos camareras y al criado muertos, se sintió tan espantada de miedo que se quedó como una estatua, sin poder articular palabra. Al instante, el malvado, que no quería gozar de ella una sola hora, no la quiso tomar por fuerza, pero le dijo: «¡No tengáis miedo, señora! Estáis en las manos del hombre que más os ama en el mundo». Dicho esto, se despojó de su gran hábito,

bajo el cual tenía otro más pequeño, que presentó a la dama diciéndole que si no se lo ponía la añadiría a la fila de muertos que podía ver ante sus ojos. La dama, más muerta que viva, resolvió fingir obediencia, tanto para salvar su vida como para ganar el tiempo necesario en que esperaba regresara su marido. Y por orden del dicho franciscano comenzó a despeinarse lo más lentamente que pudo. Y cuando tuvo suelto todo su cabello, el franciscano, sin mirar cuán bellos eran, los cortó casi a ras, y hecho esto, la hizo quedarse en camisa y la vistió con el pequeño hábito que trajera, volviendo él a ponerse el suyo, y lo más aprisa que pudo salió de allí, llevando consigo a su pequeño franciscano, que durante tanto tiempo había deseado; pero Dios, que se apiada del inocente en sus tribulaciones, atendió a las lágrimas de esta pobre dama, y ocurrió que el marido, hechos sus negocios más aprisa de lo que pensó, volvió a su casa por el mismo camino que su mujer iba. Mas cuando el franciscano lo avistó desde lejos dijo a la dama: «He aquí que veo venir a vuestro marido. Sé que si lo miráis él querrá arrebataros de mis manos; así que marchad delante de mí y no volváis bajo ningún pretexto la cabeza cuando pase a vuestro lado, porque si le hacéis una sola seña, antes que él os libre de mis manos, yo habré colocado más aprisa mi puñal en vuestra garganta». Tras estas palabras se acercó el caballero y le preguntó de dónde venía. El otro le respondió: «De vuestra casa, donde dejé a vuestra señora esposa, que se encuentra muy bien y os espera». El caballero siguió adelante, sin reparar en su mujer; pero el servidor que le acompañaba, que siempre acostumbraba conversar con el compañero del franciscano, llamado hermano Juan, comenzó a llamar a su señora pensando que era el hermano Juan. La infeliz mujer, que no osó volver la cabeza hacia su marido, no le respondió ni palabra y, sin decir nada, le guiñó un ojo, bañada la cara en lágrimas. El criado marchó tras su señor y le dijo: «Señor, al atravesar el camino he visto al compañero del franciscano, que no es el hermano Juan, sino que parece vuestra señora esposa que, con los ojos llenos de lágrimas, me ha dirigido una triste mirada». El caballero le contestó que soñaba y no le hizo caso. Mas el criado, insistiendo, le rogó que le diera permiso para ir detrás y que él esperara en el camino a ver qué pasaba. El caballero asintió y se quedó para ver qué le contaba su criado. Pero al ver el franciscano al criado que iba tras él y llamaba al hermano Juan, imaginando que la dama había sido reconocida, se llegó a él con un gran bastón herrado que llevaba y le dio tal golpe de costado que lo desmontó del caballo y lo tiró a tierra, e inmediatamente, saltó sobre él y le cortó la garganta. El caballero que desde lejos vio caer a su criado, pensando que le había ocurrido algo, se apresuró a ir en su ayuda y, así que el franciscano lo vio, le dio con el bastón herrado como hiciera con el criado, y, arrojándolo por tierra, se abalanzó sobre él; pero el caballero, que era fuerte y poderoso, abrazó al franciscano de tal forma que no le dio ocasión de hacerle mal ninguno y le hizo saltar el puñal de las manos, el cual recogió rápidamente su mujer, entregándolo al marido mientras retenía al franciscano por el capuchón con todas sus fuerzas, y el marido le asestó varias puñaladas, de suerte que el franciscano le pidió gracia y le confesó toda la verdad de

su maldad. El caballero no lo quiso matar, y rogó a su mujer que fuera a su casa a buscar a sus gentes y una carreta para llevarlo, como así hizo ella; y tras despojarse del hábito, con sólo la camisa y la cabeza rapada, corrió hacia la casa. Rápidamente acudieron sus gentes y fueron junto a su señor para ayudarle a llevar al lobo que había atrapado, encontrándolo en el camino, siendo el franciscano apresado y conducido a casa del caballero. El cual lo presentó a la justicia del emperador, en Flandes, donde confesó su mala voluntad; y por su confesión y por pruebas encontradas en el lugar por comisarios, se supo que al convento habían sido llevadas numerosas ricas hembras y otra bellas muchachas, por el mismo medio que quisiera utilizar el franciscano con esta dama, lo cual fue hecho sin la gracia de Nuestro Señor, que siempre ayuda a los que esperan en Él. Y el dicho monasterio fue expoliado de sus robos y libertadas las muchachas que había dentro, y encerrados los monjes y quemados juntos con el dicho convento, para eterna memoria de sus crímenes; y por ello, se puede conocer que no hay nada más cruel que el amor cuando se basa sobre el vicio, como tampoco hay nada más humano y digno de encomio cuando habita en un corazón virtuoso.

«Lamento mucho, señoras, que la verdad no nos lleve a cuentos en favor de los franciscanos, del mismo modo lo que hace en su disfavor; nada me produciría mayor placer, dado el amor que profeso a esa orden, que conocer alguno que diese ocasión de alabarlos, mas como hemos jurado decir la verdad, me siento obligado, según el relato de gentes muy dignas de fe, a no ocultarla, asegurándoos que cuando los religiosos de hoy hagan actos dignos de memoria para su mayor gloria, pondré todo mi afán en pintarlos mejores de lo que he hecho al decir la verdad sobre éste». «En buena lid, Guebron —dijo Doña Oisille—, es ése un amor que se debería llamar crueldad». «Me asombro —exclamó Simontault—, de cómo el franciscano tuvo paciencia, viéndola en camisa, y de cómo siendo el dueño de la situación no la tomara por la fuerza». «No era un goloso —le respondió Saffredant—, sino un comilón; y por deseo que tenía de hartarse todos los días, no se quiso entretener en probarlo». «No es así —intervino Parlamente—; comprended que todo hombre furioso está siempre temeroso, y el temor que tenía de que le sorprendieran y le arrebataran su presa, le hizo llevarse su cordero, como el lobo su oveja, para comérsela a gusto». «Sin embargo —dijo Dagoncin—, no puedo creer que él la profesara amor, ni tampoco que en un corazón tan vil como el suyo pueda existir el amor». «Sea como fuere —dijo Dona Oisille—, fue bien castigado. Pido a Dios que semejantes empresas comporten siempre tales castigos. Mas, ¿a quién cedéis la palabra?». «A vos, señora —respondió Guebron—, que no dejaréis de contarnos alguna buena historia». «Puesto que me ha llegado la vez —contestó Doña Oisille—, os contaré una buena, que ha ocurrido en mi tiempo y me la contó quien la viera por sí mismo. Estoy segura de que no ignoráis que el fin de todas nuestras desdichas es la muerte y que, al dar fin a nuestra desgracia, bien puede ser llamada nuestra felicidad y nuestro seguro descanso. Por eso, la desgracia del hombre es desear la muerte y no poderla

tener. El mayor mal que se puede aplicar a un malhechor no es la muerte, sino que lo es darle un tormento continuo tan grande que se la haga desear, y tan pequeño que no la pueda conseguir; así es como un marido hizo con su mujer, como vais a oír».

Narración XXXII

Del castigo, más riguroso que la muerte, de un marido a su mujer
adúltera

El rey Carlos, octavo de su nombre, envió a Alemania a un caballero, llamado Bernage, señor de Civrai, lugar cercano a Amboise, el cual, obrando con diligencia y para adelantar en su camino, no abortó noche ni día, de modo que avanzada ya la tarde, llegó al castillo de un caballero, donde pidió alojamiento, que a duras penas consiguió. Así, cuando el caballero supo que era servidor de tal rey, se presentó a él y le rogó que no se disgustara por la rudeza de sus gentes, ya que, a causa de algunos parientes de su mujer que le querían mal, se veía obligado a tener su casa así de cerrada. Por la noche, el citado Bernage le dio cuenta de su misión, ofreciéndose el caballero en todo lo que le fuera posible para realizar cualquier servicio al rey, su señor, y llevándolo al interior de su casa lo alojó y festejó con todos los honores. Y, al ser hora de cenar, lo condujo a una sala revestida con hermosos tapices; así que la comida fue traída a la mesa, vio salir de detrás de un tapiz la mujer más bella que se puede imaginar, mas con la cabeza totalmente rapada y vestido el cuerpo de negro según la costumbre alemana. Después que el caballero y el dicho Bernage se hubieron lavado, llevaron agua a la dama, que se lavó y fue a sentarse al extremo de la mesa, sin hablar con nadie, ni nadie con ella. El señor de Bernage la miraba a menudo, y le pareció una de las mujeres más bellas que nunca había visto, a pesar de que tenía el rostro muy pálido y el aspecto muy triste. Después que ella comiera un poco, pidió de beber, llevándose uno de los criados en un vaso asombroso, ya que era el cráneo de un muerto, cuyas aberturas estaban tapadas con plata; y así dos o tres veces. Después que ella hubo comido y lavado sus manos, hizo una reverencia al dueño de la casa y se marchó a través de los tapices sin hablar con nadie. Bernage se sintió tan asombrado al ver cosa tan extraña que quedó triste y pensativo. El caballero, advirtiéndolo, le dijo: «Bien veo que os asombráis de lo que habéis visto en esta casa, más, dada la honestidad que aprecio en vos, no quieren ocultaros a qué se debe, a fin de que no penséis que, sin gran motivo, haya en mí tal crueldad. La dama que habéis visto es mi mujer, a la que amé siempre como ningún hombre pudiera amar a la suya; tanto que, para desposarla, olvidé todo temor, de suerte que la traje aquí a pesar de sus deudos. Ella también me daba tantas muestras de amor que yo habría arriesgado diez mil vidas por que viviera aquí a su contento y al mío; y hemos vivido tanto tiempo en tal paz y contento que yo me tenía por el caballero más feliz de la cristiandad; mas en un viaje que hice y al que mi honor me impulsaba a ir, olvidó ella el suyo, su conciencia y el amor que yo le profesaba, enamorándose de un

joven caballero al que yo crié aquí; lo cual advertí a mi vuelta. Y el amor que le tenía era tan grande que me resistía a desconfiar de ella, hasta que la experiencia me abrió los ojos y vi lo que temía más que a la muerte. Así, el amor que sentía se convirtió en furor y desesperación, de modo que la vigilé tan estrechamente que un día, fingiendo salir fuera, me oculté en su habitación, a la que, inmediatamente después de mi partida, se retiró, e hizo venir al joven caballero, a quien vi entrar mostrando con ella la confianza que sólo a mí pertenecía. Más cuando vi que se aprestaba a acostarse en el lecho junto a ella, salí y cogiéndolo en mis brazos, lo maté. Y como el crimen de mi mujer me pareciera tan grande que la muerte no era suficiente para castigarla le impuse una pena que pienso es para ella más desagradable que la muerte misma; encerrarla en su habitación, donde se retiraba para disfrutar de sus más grandes placeres, y en compañía de aquél que amaba mucho más que a mí; y en ese lugar puse en un armario todos los huesos de su amigo, colgados como un objeto precioso en un tocador, y a fin de que no pierda su recuerdo, al comer y beber, le hago servir en la mesa, ante mí, en lugar de copa, la cabeza de aquel malvado, para que ella vea, viviendo, al que ha convertido con su falta en su peor enemigo y, muerto por su amor, a aquél cuya amistad prefirió a la mía. Y así ve ella, al comer y al beber, las dos cosas que más pueden disgustarla, el enemigo vivo y el amigo muerto; y todo, por su pecado. Por lo demás, le doy el mismo trato de que yo disfruto, a excepción de que va rapada, porque el adorno de los cabellos no corresponde a la adúltera, ni el velo a la impúdica; así que va con el cabello cortado, demostrando que ha perdido el honor, la castidad y el pudor. Si os place tomaros el trabajo de verla, os llevaré allí». A lo que Bernage asintió con mucho gusto.

Y descendiendo abajo, la encontraron en una bella habitación, sentada sola ante el fuego. El caballero recorrió la cortina que había delante de un armario y allí vio colgados todos los huesos del hombre muerto. Bernage tenía grandes deseos de hablar con la dama pero, por miedo al marido, no se atrevió. El caballero, que lo advirtió, le dijo: «Si queréis decirle algo, podréis ver qué palabras y frases tiene». Al momento, Bernage le dijo: «Señora, si vuestra paciencia es igual a vuestro tormento, pienso que sois la mujer más dichosa del mundo». La dama, con lágrimas en los ojos y una gracia tan humilde como no era posible más, le contestó: «Señor, confieso que mi falta ha sido tan grande que todos los males que el dueño de aquí (al que no soy digna de llamar mi marido), me pudiera infligir, no me parecerían nada junto al precio del pesar que tengo por haberlo ofendido». Y, al decir esto, se puso a llorar muy fuerte. El caballero cogió a Bernage por el brazo y lo llevó con él. Al día siguiente, por la mañana, partió para realizar el encargo que el rey le diera. Sin embargo, al decirle adiós al caballero, no pudo contenerse de hablarle así: «Señor, el afecto que os tengo y el honor y confianza que me habéis otorgado en vuestra casa, me obligan a deciros que me parece (visto el gran arrepentimiento de vuestra infeliz mujer), que debéis usar de misericordia con vuestra mujer, dado que aún sois joven y no tenéis hijos. Sería una lástima que se perdiera una casa como la vuestra y que

aqueños que no os aman puedan ser un día vuestros herederos». El caballero, que tenía deliberado no hablar a su mujer, pensó largamente en las palabras que oyera al señor de Bernage y al fin decidió que decía la verdad y le prometió que, si perseveraba en su humildad, se apiadaría de ella. Así, pues, Bernage se fue a realizar su comisión y cuando volvió junto al rey su señor le hizo un relato detallado, siendo el príncipe de su opinión, y al oírle encomiar la belleza de la dama, entre otras cosas, envió a su pintor, llamado Juan de París, para que le hiciera un retrato; como así lo hizo, con consentimiento del marido, el cual, tras su largo sufrimiento, y por el deseo que sentía de tener hijos, y por la piedad que le inspiró su mujer, que con tanta humildad aceptara su penitencia, la aceptó de nuevo junto a sí y tuvieron muchos hijos.

«Señoras, si todas aquéllas a quienes ocurrió un caso semejante al de ésta, hubieran de beber en tales vasos, yo sentiría gran temor de que muchas copas doradas se convertirían en cráneos de muertos. Dios nos ampare, porque si su bondad no lo evita; no hay ninguno de entre nosotros que no pueda hacerlo peor; mas, teniendo confianza en él, guardará a aquellos que confiesen no poder guardarse por sí mismos; y aquellas que confían en sus fuerzas y virtudes corren el gran riesgo de ser tentadas hasta que confiesen su debilidad. Y os aseguro que han sido varias las que han tropezado en tales casos por orgullo, mientras que se salvaban aquellas que se pensaban menos virtuosas. Y dice el viejo refrán que está bien guardado quien Dios guarda». «Encuentro este castigo tan razonable como es posible —dijo Parlamente—; porque así como la ofensa es peor que la muerte, así también el castigo es peor que la muerte». «No soy de vuestra opinión —replicó Emarsuite—; yo preferiría más ver toda mi vida los huesos de todos mis pretendientes en mi tocador que morir por ellos, dado que no hay fechoría ni crimen que no se pueda enmendar, pero después de la muerte no hay enmienda». «¡Cómo! ¿Sabríaís vos enmendar el deshonor? —preguntó Longarine—; porque bien sabéis que no hay ninguna cosa que una mujer pueda hacer, después de una fechoría, para reparar su honor». «Decidme, por favor —le dijo Emarsuite— ¿acaso la Magdalena no es ahora más considerada entre los hombres que su hermana, que era virgen?». «Os admito —respondió Longarine—, que es alabada entre nosotros por el gran amor que profesó a Jesucristo y por su gran penitencia; pero le ha quedado el nombre de pecadora». «No me importa qué nombre me den los hombres —dijo Emarsuite—, y que Dios me perdone y mi marido también, pero no hay nada por lo que quisiera morir». «Si la dama amaba a su marido como debía —exclamó Dagoncin—, me asombra que no muriera de dolor mirando los huesos de aquél a quien, por su pecado, ella fuera la causa de su muerte». «¡Cómo, Dagoncin! —dijo Simontault—. ¿Aún no sabéis que las mujeres ni sufren ni aman?». «Sí —respondió aquél—, porque nunca me atreví a buscar su amor, por miedo de encontrar menos de lo que deseaba». «¿Así, que vos aún vivís de fe y

esperanza, como el chorlito del viento? —preguntó Nomerfide—. Pues sois fácil de contentar». «Me contento —habló él—, con el amor que siento dentro de mí y con la esperanza del que haya en el corazón de las damas; pero si consigo ser amado como quiero, tendré tan extrema felicidad que no podré soportarla sin morir». «Guardaos de ello como de la peste —le dijo Guebron—, mas quisiera saber a quién cederá la vez Doña Oisille». «Lo hago a Simontault —respondió ésta—, que me consta que no se parará en barras». «Tanto me da —replicó aquél— que me deis fama de murmurador. Y no dejaré de demostraros que aquéllos a quien se tacha de murmuradores dicen la verdad. Creo, señoras que no sois tan tontas que creáis todas las narraciones que os acaban de contar, por mucha apariencia de santidad que tengan, a no ser que las pruebas sean tan grandes que no puedan ser puestas en duda. También, bajo pretexto de milagros, hay engaños, y por eso deseo contaros una historia que lo será tanto en alabanza de un príncipe fiel como en deshonor de un mal ministro de la Iglesia».

Narración XXXIII

De la abominable conducta de un clérigo incestuoso, que embarazó a su hermana, bajo pretexto de vida santa, y del castigo que sufrió

El conde Carlos de Angulema, padre del rey Francisco, primero de este nombre, príncipe fiel y temeroso de Dios, estaba en Cognac cuando alguien le contó que en una aldea cercana, llamada Cheves, vivía una muchacha virgen de conducta austera que era algo admirable, a pesar de lo cual había aparecido embarazada, sin intentar disimularlo, asegurando a todo el mundo que nunca había conocido varón y que no sabía cómo le había ocurrido, a no ser que fuera obra del Espíritu Santo; lo que el pueblo creyó fácilmente, y la tenía reputada por una segunda Virgen María, ya que todos sabían que, desde su infancia, siempre fuera muy juiciosa y nunca hubo en ella un solo signo de mundanería. Practicaba, no solamente los ayunos mandados por la Iglesia sino también, por devoción, varias veces a la semana, y siempre que había algún servicio en la iglesia no se movía de allí. De modo que su vida era tan estimada por el pueblo que todos la iban a ver como si se tratara de un milagro, y se sentían muy felices pudiendo tocarle la ropa. El cura de la parroquia era su hermano, hombre ya de edad y de vida muy austera, apreciado de sus feligreses y tenido por hombre muy santo, con opiniones tan rigurosas que hizo encerrar a su hermana en una casa, con lo que el pueblo estaba descontento; y tanto creció el rumor que las noticias (como os dije) llegaron a oídos del conde, el cual, al ver el engaño en que estaba todo el mundo quiso deshacerlo. Así que envió a un oidor y un limosnero (ambas, personas muy de bien) para saber la verdad. Éstos llegaron al lugar y se informaron del caso lo más galanamente que pudieron, dirigiéndose al cura, que estaba tan aburrido del asunto que les rogó asistieran a la verificación que esperaba hacer al día siguiente. El dicho cura, por la mañana, cantó misa, a la cual asistió su hermana, siempre de rodillas y muy abultada; y al final de la misa, el cura tomó el «Corpus Domini» y, en presencia de todos los asistentes, le dijo a su hermana: «¡Malhadada de ti! He aquí a Aquél que sufrió muerte y pasión por ti, y ante Él te demando, ¿es cierto que eres virgen, como siempre me has asegurado?». Ella, audazmente y sin temor, le respondió que sí. «¿Y cómo es posible que estés preñada si sigues siendo virgen?». Replicole ella: «No puedo dar otra razón, a no ser por obra y gracia del Espíritu Santo que ha hecho en mí lo que le plugo; pero no puedo negar di bien que Dios me ha concedido al conservarme virgen, porque nunca tuve deseos de estar casada». Entonces su hermano le dijo «Aquí te entrego el cuerpo precioso de Jesucristo, del cual recibirás tu condenación si no es tal como has dicho, de los cual serán testigos estos señores aquí presentes, enviados por el señor conde». La muchacha, de casi

trece años de edad, hizo este juramento: «Acepto el cuerpo de Nuestro Señor, aquí presente, y que Él me condene, ante vuestras mercedes y ante vos mi hermano, si nunca me tocara hombre alguno que no fueseis vos». El oidor y el limosnero se fueron muy confusos, creyendo que con tales juramentos no podía haber lugar al engaño, y dieron cuenta al conde, queriendo persuadirlo para que creyera lo mismo que ellos. Pero éste, que era muy sabio, tras pensarlo bien, les hizo repetir de nuevo las palabras del juramento, y habiéndolas sopesado bien, les respondió: «Os ha dicho que nunca la tocó otro hombre que no fuera su hermano y yo pienso, que la verdad es que es su hermano quien la ha dejado embarazada y que quiere ocultar su maldad con este gran fraude; y nosotros, que creemos que Jesucristo ya ha venido, no debemos esperar otro. Así que id allí y poner al cura en prisión; estoy seguro de que confesará la verdad». Lo que fue hecho según su mandato, no sin grandes reproches por el escándalo que hacían a este hombre honrado; y así que el cura fue encarcelado, confesó su maldad y cómo había aconsejado a su hermana lo que tenía que decir para encubrir la vida que habían llevado juntos, no sólo con una excusa ligera, sino con un falso dar que pensar con el cual vivieran honrados por todo el mundo; y cuando se le reprochó como había podido ser tan malvado para hacerla jurar en falso sobre el Cuerpo de Nuestro Señor, respondió que no era tan atrevido y que había presentado un pan ni consagrado ni bendito. Se dio cuenta de todo al conde de Angulema, quien pidió a la justicia que hiciera lo pertinente. Se esperó a que la hermana pariera, y después que naciera un hermoso niño, fueron quemados juntos hermano y hermana; y el pueblo sintió un gran asombro al ver, so capa de santidad, monstruo tan horrible, y bajo vida tan santa y digna de encomio reinar tan detestable vicio.

«Así fue, señoras, cómo la fe *del* buen conde no se *dejó* engañar por milagros ni signos externos, sabiendo muy bien que no tenemos más que un Salvador, que al decir *Consummatum est* no dejó lugar a otro sucesor para conseguir nuestra salvación». «Os aseguro —exclamó Doña Oisille—, que es una extrema audacia bajo una gran hipocresía: ¡encubrir bajo la capa de Dios y buen cristiano tamaño pecado!». «He oído decir —comentó Hircan—, que aquellos que, so pretexto de una comisión del rey cometen tiranías y crueldades, son castigados doblemente, porque encubren su injusticia con la justicia real; igualmente, ved cómo los hipócritas, aunque prosperen algún tiempo a la capa de Dios y de su supuesta santidad, bien es cierto que cuando Dios retira su manto los descubre y los deja desnudos del todo; y, al momento, su desnudez, indecencia y vileza se encuentran tanto más infames cuanto más honorable era su cobertura». «Nada hay más placentero —aseguró Nomerfide—, que hablar con sencillez, tal como el corazón lo siente». «Hay motivo para burlarse de dio —respondió Longarine—, y creo que vos dais vuestra opinión según vuestra condición». «Os diré —dijo Nomerfide—; yo veo que los locos viven (si no se les mata) más tiempo que los juiciosos; y no encuentro para ello más que una razón, y es

que no disimulan en absoluto sus pasiones, si están furiosos, golpean; si se sienten felices, ríen; mientras que los que cuidan de ser juiciosos, disimulan tanto sus imperfecciones que tienen el corazón emponzoñado». «Creo que decís verdad —asintió Guebron— y que la hipocresía, ya sea para con los hombres o para con la naturaleza, es la causa de todos los males que padecemos». «Sería una bella cosa —exclamó Parlamente—, que nuestro corazón estuviera tan henchido por la fe en Aquel que es toda virtud y toda alegría, que pudiéramos enseñarlo a todo el mundo». «Eso sólo ocurrirá —arguyó Hircan—, cuando ya no haya carne sobre nuestros huesos». «Pues bien cierto es que el espíritu de Dios, que es más fuerte que la muerte, puede mortificar nuestro corazón sin mutación de nuestro cuerpo», dijo Doña Oisille. «Señora —le respondió Saffredant—, vos habláis de un don de Dios...». «Que apenas tiene nada de común con los hombres —continuó Doña Oisille—, a no ser en aquellos que tienen fe. Mas, como esta materia es ininteligible para los que son camales, sepamos a quién cederá Simontault la palabra». «A Nomerfide —dijo aquél—, ya que como tiene un corazón alegre, sus palabras no serán tristes». «Puesto que tenéis ganas de reír, en verdad que voy a aprestaros la ocasión; y para mostraros cuánto dañan el miedo y la ignorancia y que, por mal entendido, una frase puede causar a menudo mucho mal, os contaré lo que les ocurrió a dos pobres franciscanos de Niort, que por entender mal el lenguaje de un carnicero creyeron morir de miedo».

Narración XXXIV

De cómo dos franciscanos, demasiado ávidos de escuchar, se sintieron tan espantados que creyeron morir de miedo

Hay una aldea, entre Niort y Fors, llamada Grip, que pertenece al señor de Fors. Ocurrió un día que dos franciscanos, procedentes de Niort, llegaron muy tarde al dicho lugar de Grip y se alojaron en casa de un carnicero; y como entre su cuarto y el de su anfitrión no había más que tablas bastante mal unidas, vinieron en ganas de escuchar lo que el marido decía a la mujer cuando estaban en la cama; y fueron a poner sus orejas directamente a la cabecera del lecho del marido, el cual, no advirtiendo a sus huéspedes, hablaba privadamente a su mujer de cosas de su casa, y le decía: «Querida mía, mañana he de levantarme temprano para ir a ver a nuestros franciscanos, porque hay uno muy gordo al que es preciso matar, y en seguida lo salaremos y nos servirá de mucho provecho». Y así como él entendió puercos donde dijo «franciscanos», así los dos pobres hermanos, que creían tal era su propósito, dieron por cierto que se refería a ellos, y con gran miedo y temor esperaron a que llegara el amanecer. De los dos había uno bien gordo y el otro bastante magro; el gordo quería confesarse con su compañero, diciéndole que un carnicero que había perdido el amor y el temor de Dios no pondría más reparos en acogotarlo que si de un buey u otra bestia se tratara; y como quiera que estaban encerrados en su habitación, de la cual no podían salir sin pasar por la de su anfitrión, daban por segura su muerte y encomendaban su alma a Dios. Pero el joven, que no estaba tan vencido por el miedo como su compañero, le dijo que, ya que la puerta estaba cerrada, era preciso intentar pasar por la ventana; de este modo, no podría pasarles nada que fuera peor que la muerte. A lo que el gordo accedió. El joven abrió la ventana y, al ver que no estaba demasiado alta sobre el suelo, saltó con agilidad abajo y huyó lo más aprisa y lejos que pudo, sin esperar a su compañero, quien intentó correr el mismo riesgo, pero su peso lo hizo demorarse; ya que en lugar de saltar, cayó tan pesadamente que se hirió en una pierna y cuando se vio abandonado por su compañero y que no podía seguirlo, miró en derredor suyo buscando dónde ocultarse y al no ver más que una porqueriza, allá se arrastró como pudo. Y, al abrir la puerta para entrar en el interior, escaparon dos grandes cerdos, cuyo lugar ocupó el franciscano y cerró la pequeña puerta tras sí, esperando, cuando oyera ruidos de gentes que pasaban, para llamarlas y que lo socorrieran. Más, tan pronto como amaneció, el carnicero aprestó sus grandes cuchillos y dijo a su mujer que le ayudara para ir a matar a sus dos cerdos gordos. Y cuando llegó a la porqueriza donde el franciscano se había ocultado, comenzó a gritar bien alto, al tiempo que abría la pequeña puerta: «¡Salid fuera, franciscanos míos, que

ha llegado el día en que os haga morcillas!»). El franciscano al no poder mantenerse sobre una pierna, salió a cuatro patas de la porqueriza, pidiendo misericordia a voz en grito. Y, si mucho miedo tenía el pobre franciscano, no menos sintieron el carnicero y su mujer, ya que pensaron que San Francisco se había irritado con ellos por llamar a una bestia «franciscanos».

Y se pusieron de rodillas ante el infeliz hermano, pidiendo perdón a San Francisco y a su Orden, de modo que, de una parte, el franciscano pedía misericordia al carnicero, y de otra, el carnicero a él; y de tal forma, unos y otros estuvieron un cuarto de hora sin sentirse seguros. Al fin, el buen padre, viendo que el carnicero no lo quería matar, le contó la causa por la que se había ocultado en la porqueriza, convirtiendo en seguida su miedo en motivo de risa, que no se podía rehuir a pesar del dolor que el pobre franciscano tenía en la pierna; pero el carnicero lo introdujo en su casa, donde lo curó muy bien. Su compañero, que lo abandonara en la necesidad, corrió toda la noche tanto que a la mañana siguiente llegó a la casa del señor de Fors, a quien se quejó del carnicero, que sospechaba había matado a su compañero, puesto que éste no había ido tras él. El señor de Fors envió inmediatamente sus gentes al dicho lugar de Grip para averiguar la verdad, sabida la cual no encontró materia de llanto, y no tardo en contárselo a la señora duquesa de Angulema, madre del rey Francisco, primero de este nombre.

«Ahí tenéis, señoras, cómo no resulta bueno escuchar las conversaciones donde no se es llamado y comprender mal las palabras de los demás». «Bien sabía yo — exclamó Simontault—, que Nomerfide no nos haría llorar, antes bien reír; en lo que me parece que todos hemos ido bien servidos». «¿Habría que pensar —preguntó Doña Oisille—, que todos nos sentimos más inclinados a reír las locuras que a meditar las cosas preciosamente hechas?». «Naturalmente —respondió Hircan—, ya que nos resulta más agradable por ser más propicio a nuestra naturaleza, que de por sí nunca es juiciosa; y todos nos sentimos complacidos en nuestras semejanzas, los locos en las locuras y los juiciosos en la prudencia. Sin embargo, creo que no hay prudente ni loco que no ría con esta historia». «Hay quien tiene el corazón tan entregado a la ciencia —dijo Guebron—, que por más cosas que se les digan no es posible hacerles reír; porque tienen en su corazón una alegría y un contento tan moderados que ningún accidente puede mudarlos». «¿Dónde están éstos?, inquirió Hircan». «Los filósofos de los tiempos pasados —respondió Guebron—, que apenas si sentían ni alegrías ni tristezas; a lo menos no lo aparentaban, ya que estimaban como una gran virtud vencerse a sí mismos y a sus pasiones». «Yo también encuentro bien lo que hacían — dijo Saffredant—, al vencer las pasiones viciosas; pero cuando se trata de una pasión natural, esa victoria me parece inútil». «Así es, si los demás estiman que es una gran virtud», replicó Guebron. «Tampoco se ha dicho que todos fuesen sabios —contestó Saffredant—, pero era mayor la apariencia de virtud y buen sentido que sus hechos.

¡Sin embargo, ya veis que volvieron a adquirir toda clase de malas costumbres, Guebron!, e incluso Diógenes pisó con sus pies la cama de Platón, porque siendo muy rebuscado a su manera, quería demostrar que despreciaba y aplastaba con sus pies la vanagloria y la codicia de Platón». «Pero no lo decís todo —le dijo Saffredant—, porque Platón le respondió inmediatamente que era cierto que lo pisaba, pero con la más grande presunción, ya que era sabido el desprecio que Diógenes tenía por la limpieza, por la gloria y por la arrogancia». «A decir verdad —intervino Parlamente—, es imposible que nuestra victoria sobre nosotros mismos la hagamos sin un orgullo maravilloso, que es el vicio que más debemos temer, ya que engendra la muerte y la ruina de los demás». «Ya os he leído esta mañana —dijo Doña Oisille—, que aquellos que procuran ser más prudentes que los demás hombres y que, a la luz de la razón, llegan a conocer a un Dios creador de todas las cosas, acaban, sin embargo, por atribuirse esta gloria ellos mismo y no a Aquel del cual viene, creyendo que con sólo su trabajo han alcanzado este saber, Convirtiéndose en los más ignorantes e irrazonables de los hombres e incluso que las mismas bestias; porque habiendo errado en su espíritu, se atribuyen lo que sólo pertenece a Dios, y muestran sus errores con el desorden de su cuerpo, olvidando y pervirtiendo la norma de su sexo, como nos enseña San Pablo en la epístola que escribió a los romanos». «No hay ninguno de nosotros que, según esa epístola —aseguró Parlamente—, no confiese que todos los pecados exteriores no son más que los frutos de la infidelidad exterior, que cuanto más disfrazada está de virtudes y milagros, más peligrosa es de extirpar». «Nosotros los hombres —dijo Hircan— estamos más cerca de nuestra salvación que vosotras, porque al no disimular nuestros frutos conocemos más fácilmente nuestra raíz; pero vosotras, que no osáis reconocerlos y que hacéis tantas aparentes buenas obras, reconocéis difícilmente esta raíz de orgullo, que crece bajo tan bella cobertura». «Os confieso —respondió Longarine—, que si la palabra de Dios no nos muestra por la fe la lepra de la infidelidad oculta en nuestro corazón, Dios nos hace la enorme gracia de que, cuando tropezamos en cualquier ofensa visible, podamos ver nuestro encubierto pensamiento; y muy felices son aquellos que la fe hace tan humildes que no tienen necesidad de manifestar su naturaleza pecadora por los signos exteriores». «Pero veamos —preguntó Simontault— ¿adónde vamos a parar? Partiendo de una gran locura hemos caído en la filosofía y en la teología. Dejemos estas disputas a los que saben descifrarlas mejor que nosotros, y sepamos a quién cede la palabra Nomerfide». «A Hircan —dijo aquélla—, pero le recomiendo que verse sobre el honor de las damas». «No podíais habérmelo dicho en mejor ocasión —exclamó Hircan—, porque la historia que tengo preparada es tal como se necesita para obedeceros. Tan es así, que con ella os obligaré a declarar que la naturaleza de los hombres y de las mujeres está, de suyo, inclinada a todo vicio, si no es preservada por la bondad de Aquél a quien el honor de toda victoria debe ser rendido. Y para arrebatáros la audacia que mostráis cuando se reflexiona sobre vuestro honor, voy a poner os un ejemplo que es totalmente verídico».

Narración XXXV

Del industrioso ingenio de un marido astuto para distraer a su mujer
del amor que profesaba a un franciscano

Vivía en la villa de Pamplona una dama considerada muy bella y virtuosa y la más casta y devota de todo el país. Amaba mucho a su marido y le obedecía tan bien que él confiaba enteramente en ella. Esta dama frecuentaba continuamente el servicio divino y los sermones. Persuadió a su marido y a sus hijos a obrar de la misma forma que ella; que estaba ya en la treintena, en que las mujeres acostumbran abandonar el nombre de bellas para ser nuevamente juiciosas. Ahora bien, el primer día de Cuaresma, la dama fue a la iglesia a reverdecer la idea de la muerte, encontrándose con que comenzaba el sermón de un franciscano tenido por todo el mundo como hombre santo, por su gran austeridad y la sencillez de su vida, que lo hacían magro y pálido, pero no tanto que no fuera uno de los hombres más hermosos del mundo. La dama escuchó devotamente su sermón, fijos firmemente sus ojos en contemplar a este venerable personaje; y el espíritu y el oído prontos a escucharlo; con todo lo que la dulzura de sus palabras penetró por los oídos de la dicha dama hasta su corazón, y la belleza y gracia de su rostro pasó por sus ojos e hirieron tan grandemente su espíritu que quedó como una persona transida. Después del sermón, buscó cuidadosamente dónde diría su misa el predicador, asistiendo a ella y recibiendo la ceniza de sus manos, que eran tan bellas y blancas que la dama hubiera querido tenerlas, mirándolas con más devoción que a la ceniza que le imponía, creyendo sinceramente que con un amor tan espiritual ningún placer que sintiera podría herir su conciencia. No falló la dama en acudir al sermón todos los días y en llevar a su marido; y uno y otra prodigaban tantas alabanzas al predicador que lo mismo en la mesa que en otros lugares no tenían otro tema de conversación. Así creció este fuego, so capa de espiritual, de modo que el corazón que lo abrasó quemaba todo el cuerpo de la infeliz dama y tan fue así, que todo lo tardía que ella fuera en sentir esta llama, lo fue de pronta para inflammarla, y sintió tanto más el contento de su pasión cuanto nunca se sintiera apasionada, y como todo sorprendido por el enemigo Amor, no resistió a sus mandatos. Pero lo más grande era que el médico de sus dolores estaba ajeno a su mal. Así que, desechando todo temor que pudiera tener por mostrar su locura ante hombre tan prudente, su vicio y su maldad ante hombre tan de bien y virtuoso, para comenzar se puso a escribirle lo más dulcemente que pudo el amor que le profesaba; y entregó sus cartas a un pequeño paje, diciéndole lo que tenía que hacer y, sobre todo, que se guardara de que su marido le viera ir a los franciscanos. El paje, buscando el camino más recto, pasó por azar por una calle donde estaba el marido sentado en una tienda.

El caballero, al verlo pasar, se adelantó para mirar adonde iba, y cuando el paje lo advirtió, muy asombrado, se ocultó en una casa. Su dueño, al ver esta conducta, lo siguió, y cogiéndolo por un brazo le preguntó adonde iba y, ante sus excusas sin ton ni son y su rostro asustado, le amenazó con azotarlo si no le decía adonde iba. El infeliz paje le dijo: «¡Ay, señor!, si os lo digo, la señora me matará». El caballero, dudando de que su esposa hiciera algo sin su consentimiento, aseguró al paje que no le causaría daño alguno si decía la verdad, antes bien lo colmaría de favores, y también que si mentía lo pondría en prisión para siempre. El pequeño paje, para recibir sus favores y para evitar el mal, le contó todo lo sucedido y le enseñó las cartas que su mujer escribía al predicador; con lo que el marido se sintió tan asombrado y disgustado como cierto estuviera toda su vida de la lealtad de su mujer, de la que nunca supiera falta alguna. Pero como era muy prudente disimuló su cólera y, para conocer las intenciones de su mujer, le envió una respuesta como si el predicador le agradeciera su buena voluntad, declarándole que no era menos apreciada por lo que a él se refería. El paje, que jurara a su dueño llevar astutamente este asunto, fue a llevar a su señora la falsa carta, con lo que aquélla sintió tanta alegría que su marido pudo advertir muy bien cómo mudaba su rostro y que, en lugar de adelgazar con los ayunos de cuaresma, estaba más bella y su aspecto más fresco que durante el carnaval. Estaba ya mediada la cuaresma y la dama, ni en la semana de Pasión ni en la Semana Santa, había cambiado su costumbre habitual de continuar enviando cartas de furiosa fantasía al predicador; y le parecía, cuando éste dirigía los ojos hacia el lado donde ella estaba, que al hablarle del amor de Dios lo hacía por amor a ella; y en lo que ella podía no ahorra nada por mostrarle con sus miradas lo que pensaba. El marido no dejaba de responderle en parecido tono. Después de Pascuas, le escribió bajo el nombre del predicador rogándole le indicara el medio de poderla ver en secreto. Ella, a quien este momento la tardaba mucho, aconsejó a su marido que fuera a visitar unas tierras, que tenía lejos, lo que él prometió, quedándose oculto en la casa de un amigo suyo. La dama no tardó en escribir al predicador que había llegado el momento de que fuera a verla, ya que su marido estaba fuera. El caballero, queriendo indagar en el corazón de su mujer hasta el final, buscó al predicador para rogarle que, por el amor de Dios, quisiera prestarle su hábito. El predicador, que era hombre de bien, le contestó que su regla se lo prohibía, y que por nada del mundo lo dejaría él para que nadie se disfrazara. El caballero le dijo que no lo quería para utilizarlo en su placer y que era para una cosa necesaria para su bien y su salvación. El franciscano, conociéndolo como hombre de bien y devoto, se lo prestó, y, vestido con el hábito, que le cubría la mayor parte del rostro, de manera que no se le podían ver los ojos, se puso una falsa barba y una nariz postiza, procurando que se pareciera a las del predicador, y con corcho en sus zapatos tomó una estatua igual a la de éste. Así vestido, al atardecer, se encaminó a la habitación de su mujer, que lo esperaba con gran ansiedad. La pobre tonta no esperó que llegara hasta ella, sino que, como mujer privada del buen sentido, corrió a abrazarlo. Él que tenía la

cabeza inclinada, por miedo a ser reconocido, comenzó a hacer la señal de la cruz, haciendo intención de huir mientras exclamada: «¡Tentación, tentación!». La dama le dijo: «¡Ay, padre mío, tenéis razón! Porque nada hay más fuerte que aquella a quien impulsa el amor y a quien vos habéis prometido dar remedio; os ruego que ahora que tenemos tiempo y lugar, os apiadéis de mí».

Y al tiempo que así hablaba se esforzaba en abrazarlo, mientras él, huyendo por todos los rincones de la estancia, no cesaba de gritar: «¡Tentación, tentación!». Más, como viera que ella lo acosaba de más cerca, cogió un grueso bastón que tenía bajo su manto y la azotó tan a modo que le hizo olvidar la tentación. Y, sin ser reconocido, se fue inmediatamente a devolver sus hábitos al predicador, asegurándole que le habían traído gran felicidad. Al día siguiente, fingiendo venir de lejos, volvió a su casa y encontró a su mujer en la cama, y, como ignorante de su enfermedad, le preguntó la causa de su dolor. Respondióle ella que se trataba de un catarro y que no podía ayudarse de brazos y piernas. El marido, con grandes deseos de reír, puso cara de disgusto y, para alegrarla, le dijo que había convidado a cenar aquella noche al santo hombre que era el predicador. Mas ella le respondió de inmediato: «Que no se os ocurra nunca invitar a tales gentes, amigo mío, pues llevan la desgracia a todas las casas donde van». «¿Cómo es posible, querida mía —dijo el marido—, si vos me lo habéis alabado tanto? Y también yo pienso que si hay un hombre santo en el mundo, éste es él». Contestóle la dama: «Son buenos en la iglesia y en sus prédicas; pero en las casas, ¡son el Anticristo! Os ruego, amigo mío, que yo no lo vea, porque sería lo suficiente, unido al dolor que tengo, para hacerme morir». El marido le replicó: «Si no lo queréis ver, no lo veréis; pero yo le daré de cenar aquí». «Haced lo que os parezca —dijo ella—, pero que yo no lo vea porque odio a esas personas como al diablo». El marido, tras haber dado de cenar al buen padre, le dijo: «Padre mío, pienso que sois tan estimado de Dios que no os negaré ninguna petición; así que os suplico que tengáis piedad de mi infeliz mujer que, desde hace ocho días está poseída de un espíritu maligno dé manera que quiere morder y arañar a todo el mundo. No hay cruz ni agua bendita de las que haga caso. Tengo gran fe en que, si vos ponéis las manos sobre ella, el diablo se irá; así que os lo mego con todas mis potencias». El buen padre le contestó: «Hijo mío, todo es posible para el que tiene fe. ¿Creéis firmemente que la bondad de Dios no rehúsa nada a quien, con fe, le pida su gracia?». «Lo creo, padre mío», le respondió el caballero. «Estad cierto, hijo mío —continuó el franciscano—, de que también Él quiere y puede, y de que no es menos poderoso que bueno. Vayamos, firmes en la fe, para combatir a ese león rugiente y arrebatarle su presa, que es propiedad de Dios por la Sangre de su Hijo Jesucristo». Y de tal modo, el caballero condujo a este hombre de bien allá donde se encontraba su mujer acostada sobre una pequeña cama, la cual se sintió tan asombrada al verlo, pensando que era el que la había golpeado, que le entró una gran cólera, pero ante la presencia de su marido, bajó los ojos y permaneció muda. El marido dijo al santo hombre: «Mientras estoy delante de ella, el diablo apenas si la atormenta, pero así que me

vaya, echadle agua bendita y veréis al instante el espíritu maligno hacer su oficio». El marido lo dejó solo con su mujer y se quedó en la puerta para ver qué ocurría. Cuando ella no vio a nadie más que al buen padre, comenzó a gritar como una posesa, perdido el buen sentido, llamándole «malvado, vil, asesino y embustero». El franciscano, pensando que en verdad estaba poseída de un espíritu maligno, quiso cogerle la cabeza para recitar encima sus oraciones, mas ella le arañó y mordió de tal forma que hubo de hablarle desde más lejos, y echarle desde allí el agua bendita mientras rezaba muy buenas jaculatorias. Cuando el marido juzgo que había cumplido lo suficiente con su deber, entró en la habitación y le dio las gracias por los trabajos que se había tomado. Y, a su entrada, la mujer dejó sus injurias y maldiciones y besó la cruz muy dulcemente, por temor a su marido; pero el santo hombre, que la había visto tan rabiosa, creyó firmemente que a sus invocaciones Nuestro Señor arrojara el diablo fuera; y se marchó alabando a Dios por este gran milagro. El marido, al ver a su mujer bien castigada por su loca fantasía, no le quiso declarar lo que había hecho; así que se contentó con haberla hecho mudar de opinión gracias a su prudencia, y en haberla puesto en tal estado de ánimo que odiara mortalmente a quien antes amara de forma tan indiscreta y detestara ahora su locutora; y, como, de entonces en adelante, dejara toda superstición, se dedicó del todo al marido y a su casa, mejor de lo que hiciera antes.

«De todo esto, señoras mías, podéis inferir el buen sentido del marido y la fragilidad de una tenida por mujer de bien; y yo pienso que, cuando os hayáis mirado en este espejo, en lugar de confiar en vuestras propias fuerzas, aprenderéis a volveros a Aquél en cuyas manos obra vuestro honor». «Me siento muy feliz en que os hayáis convertido en predicador de damas —dijo Parlamente—, y lo haréis aún mejor si queréis hacer extensivos vuestros sermones a todos aquéllos a quienes os dirigís». «Estoy seguro de que no diré menos todas las veces que me queráis escuchar», respondió Hircan. «Es decir —dijo Simontault a Parlamente—, que cuando vos no estéis aquí, él hablará de otra forma». «Hará lo que le plazca —contestó aquella—, pero quiero creer, para mi contento, que siempre hablará igual. Por lo menos, el ejemplo que ha alegado servirá a aquellas que creen que el amor espiritual no puede ser peligroso. Y a mí me parece que lo es más que todos los restantes». «Bien es cierto que amar a un hombre de bien, virtuoso y temeroso de Dios, no es cosa nada despreciable, y que no se puede por menos de estimar», dijo Dona Oisille. «Señora —le replicó Parlamente—, os ruego que creáis que no hay nada más tonto ni más fácil que engañar a una mujer que nunca haya amado, porque el amor de sí mismo es una pasión que siempre embargó al corazón que no está prevenido de ello, y esta pasión es tan placentera que, si puede ayudarse de la virtud para que ésta le sirva de manto, con gran dificultad será advertida sin que ocurra algún inconveniente». «¿Qué inconveniente puede sobrevenir por amar a un hombre de bien?», preguntó Doña

Oisille. «Señora —replicó Parlamente—, hay muchos hombres considerados de bien respecto a las damas; pero que sean hombres de bien respecto a Dios, y que se pueda confiar en su honor y en su conciencia, creo que, en estos tiempos, ni siquiera se podría encontrar uno solo; y aquéllas que se fían y los creen de otra forma se encuentran, al final engañadas, y entrando en esto por amor de Dios, muy a menudo salen de ello por el del diablo. Porque bastantes veces he visto que, so pretexto de hablar de Dios, comenzaban una amistad de la que luego querían retirarse y no podían, ya que la honesta cobertura las tenía sujetas. Porque un amor vicioso se deshace por sí mismo y no puede durar en un buen corazón, pero la virtuosa es aquella que tiene sus lazos de seda tan bien desliados que los tiende antes de que se les pueda ver». «A lo que decís —dijo Emarsuite—, no habría mujer alguna que quisiera a ningún hombre». «Bien sé —le respondió Parlamente— que no por esto dejaré de desear que cada una se contente con su marido, como hago yo con el mío». Emarsuite, que se sintió aludida por estas palabras, le replicó cambiando de color: «Debéis juzgar que no todo el mundo tiene el corazón como vos, o pensáis ser más perfecta que las demás». «Bien está —dijo Parlamente, con miedo a entrar en una disputa—, sepamos a quién cederá Hircan la vez». «La cedo a Emarsuite —respondió éste—, para apaciguarla con mi mujer». «Bien, puesto que es mi tumo —exclamó aquélla—, trataré por igual a hombres y mujeres. Y como bien veo que no podéis convencer a vuestro corazón para que confiese la bondad y virtud de los hombres, volverá a tomar el hilo del último discurso para contaros una historia semejante».

Narración XXXVI

De cómo un magistrado de Grenoble, advertido del mal gobierno de su mujer, supo ponerle remedio sin que su honor se viera afectado, y de cómo se vengó

Había en la villa de Grenoble un magistrado cuyo nombre no diré, pero desde luego que no era Francisco. Tenía una hermosa mujer y vivían juntos en paz. La mujer, viendo que su marido era viejo, contrajo amores con un joven, hermoso y afable. Cuando su marido iba por las mañanas al Palacio, el tal pasante entraba en su habitación y tomaba su lugar; lo cual advirtió un criado del magistrado y, leal a su señor, no pudo contenerse de decírselo. El magistrado, que era prudente, no quiso creerlo a la ligera, y le dijo que esto eran deseos de separarlo de su mujer, y que si la cosa era cierta, como manifestaba, bien podría demostrársela, y que si no se lo demostraba, pensaría que era una mentira amañada para romper la amistad entre su mujer y él. El criado le aseguró que le haría ver lo que decía; y una mañana, así que el magistrado marchara al Tribunal y el pasante entrara en su habitación, el criado envió a uno de sus compañeros a decir a su dueño que ya podía venir, y se mantuvo siempre a la puerta para vigilar que el pasante no saliera. El magistrado, así como vio la señal que le hacía uno de sus criados, fingiendo encontrarse enfermo, abandonó la audiencia y fue rápidamente a su casa, donde encontró a la puerta de su habitación a su viejo servidor, quien le dio por cierto que el pasante estaba dentro, ya que apenas acababa de entrar. El señor le dijo: «No te muevas de esta puerta ya que, como bien sabes, no hay otra entrada ni salida que ésta, a no ser la de un pequeño gabinete del cual sólo yo tengo la llave». El magistrado entró en su habitación y encontró a su mujer y al pasante acostados juntos, y éste, en camisa, se arrojó a sus pies pidiéndole perdón. Su mujer, por otra parte, se puso a llorar. Entonces dijo el magistrado: «Por más que el acto que habéis cometido sea tal como vos misma podéis juzgar, bien es cierto que no quiero que mi casa sea deshonrada ni que las hijas que tuve de vos se vean desprestigiadas. Así que dejad de llorar y poned atención en lo que voy a hacer. Y vos, Nicolás (que así se llamaba el pasante), ocultaos en mi gabinete y no hagáis un solo ruido». Cuando así fue hecho, abrió la puerta y llamó al viejo servidor, diciéndole. «¿No me aseguraste que me enseñarías al pasante acostado con mi mujer? Y, fiando en tu palabra, vine aquí con riesgo de matar a mi mujer. No he encontrado nada de lo que me has dicho y he buscado por todas partes, como quiero que veas por ti mismo». Y, dicho esto, hizo mirar a su criado por debajo de las camas y por todos los sitios. Y cuando el criado no encontró nada, dijo a su dueño: «Menester será que el diablo se lo haya llevado, porque yo lo vi entrar aquí y por la puerta no ha salido;

pero bien veo que aquí no está». Al instante, su dueño le respondió: «Bien desgraciado que eres con querer poner entre mi mujer y yo tal diferencia. Así que te doy permiso para que te vayas; y por los servicios que me has hecho, quiero pagarte lo que te debo y más. Pero márchate rápido y cuídate de estar fuera de la villa antes de pasadas veinticuatro horas». El magistrado le dio su soldada de los cinco o seis años venideros y, sabiendo que le era leal, esperó hacerle algún otro bien. Cuando el servidor se marchó llorando, el magistrado hizo salir al pasante de su gabinete y después de decirles a su mujer y a él lo que opinaba de su vileza, les prohibió decir nada a nadie y mandó a su mujer que se vistiera más lujosamente de lo que tenía por costumbre y acudiera a toda clase de reuniones y festines; y al pasante le dijo que no le pondría otra cara de la que ya le mostraba antes, pero que así que le dijera al oído: «Vete», se guardara bien de quedarse en la villa más de tres horas después de su orden. Y, hecho esto, regresó al palacio sin hacer demostración alguna. Y durante quince días, contra su costumbre, se dedicó a festejar a sus amigos y vecinos y, tras los banquetes, organizaba música para que bailaran las damas. Un día, viendo que su mujer no danzaba ordenó al pasante que la sacara a bailar, el cual, creyendo que había olvidado sus faltas pasadas, lo hizo alegremente; mas cuando el baile hubo acabado, el magistrado, fingiendo enviarlo a su casa a algún recado, le dijo al oído: «Vete y no vuelvas nunca». Así, pues, el pasante se marchó muy disgustado por tener que dejar a su dama, pero contento con salvar la vida. Después que el magistrado pusiera de manifiesto, en opinión de todos sus parientes y amigos de toda la región, el gran amor que manifestara a su mujer, un buen día del mes de mayo fue a su jardín a recoger una ensalada de tales hierbas que así que su mujer las hubo comido no llegó a vivir veinticuatro horas más; con cuyo motivo mostró él tal duelo que nadie pudo sospechar que había sido la causa de su muerte. Y de esta forma se vengó de su enemigo y salvó el honor de su casa.

«No quiero con esto, señoras, encomiar la conciencia del magistrado, pero sí mostrar claramente la ligereza de una mujer y la prudencia y paciencia de un hombre. Os suplico, señoras, que no os enfadéis con la verdad, que a veces habla contra vosotras tanto como contra los hombres porque ambos son comunes en cuanto a vicios y virtudes». «Si todas aquellas que han amado a sus criados —dijo Parlamente— se vieran obligadas a comer teles ensaladas, sé que no cuidarían sus jardines tanto como lo hacen, sino que arrancarían todas las hierbas, para evitar que creciera la que habría de dar honor a toda la descendencia por la muerte de una madre alocada». Hircan, que comprendió muy bien por qué lo decía, le respondió encolerizado: «Una mujer de bien no debe nunca juzgar a otra por lo que ella quisiera hacer». Parlamente le replicó: «El saber no es ni juicio ni tontería; así que esa pobre mujer sufrió el castigo que varios merecen. Y creo que el marido, puesto que se quería vengar, se gobernó con maravillosa prudencia y sabiduría». «Y también con gran malicia —

adujo Longarine—, y larga y cruel venganza, que muestra bien a las claras no tener a Dios ni a su conciencia ante los ojos». «¿Y qué queríais que hubiese hecho —preguntó Hircan— para vengarse de la mayor injuria que la mujer puede hacer al hombre?». «Yo hubiera querido que la matase en su cólera —le respondió ella—, porque dicen los doctores que tal pecado es más remisible, ya que los primeros movimientos no están en el poder del hombre, pero más tarde habría podido perdonarla». «Sí —asintió Guebron—, pero sus hijos y su raza siempre hubiesen llevado esa tacha». «No la debió matar —insistió Longarine—, ya que después de pasada su gran cólera, día vivió con él como mujer de bien, y eso él no lo recordó». «¿Acaso pensáis que porque disimuló su cólera se sentía apaciguado? —preguntó Saffredant—. Yo creo, por lo que a mí respecta, que el último día, cuando hizo la ensalada, se sentía tan furioso como el primero. Porque hay algunos cuyas primeras acciones nunca disfrutan de pausa hasta que no han puesto en juego su pasión. Y me causa placer decir que los teólogos encuentran esos pecados más fáciles de perdonar, opinión en la que abundo». «Es menester medir bien las palabras ante personas tan peligrosas como vos —dijo Parlamente—; pues lo que yo he dicho se debe entender que se refiere a cuando las pasiones son tan fuertes que repentinamente absorben los sentidos sin que haya lugar para la razón». «También yo os cojo la palabra —intervino Saffredant—, y quiero dejar bien sentado, para concluir, que un hombre muy enamorado merece más fácilmente su perdón que otro que peca sin estarlo; porque si el amor lo tiene perfectamente atrapado, la razón no le ordena fácilmente. Y, si queremos decir la verdad, no hay ninguno de nosotros que no haya experimentado alguna vez esa furiosa locura y que no espere obtener su perdón, visto que el amor verdadero es un escalón para llegar al perfecto amor de Dios, que nadie que no haya pasado por la escalera de las tribulaciones, angustias y calamidades de este mundo visible puede alcanzar fácilmente, y tampoco aquel que no ama a su prójimo y no quiere desearle tanto bien como para sí desea, que es vínculo de perfección. Porque ya San Juan dijo: “¿Cómo amaréis a Dios (a quien no veis), si no amáis a quien veis?”». «No hay en las Escrituras pasaje más bello que no hayáis traído más a propósito —dijo Doña Oisille—; pero guardaos de hacer lo que la araña, que convierte todos los buenos alimentos en veneno. Y por eso, se os advierte que es peligroso alegar las Sagradas Escrituras sin razón ni necesidad». «¿A qué llamáis decir la verdad sin razón ni necesidad? —preguntó Saffredant—. ¿Queréis acaso decir que cuando habláis a otros incrédulos y tomáis el nombre de Dios en vuestra ayuda, usamos el nombre de Dios en vano? Mas si hay pecado, sólo vuestras mercedes deben sufrir la pena, porque vuestras incredulidades nos obligan a recurrir a todos los juramentos que podemos encontrar, y aún así no podemos encender el fuego en vuestros corazones de hielo». «Ése es el pretexto para que mintáis todos —respondió Longarine—; porque si vuestras palabras llevaran verdad, es ésta tan fuerte que nos induciría a creer. Pero existe el riesgo de que las hijas de Eva crean aún a la serpiente». «Entiendo bien lo que esto significa —aseguró Saffredant—, que las

mujeres son invencibles para los hombres; así que me callaré, a fin de saber a quién cederá Emarsuite la palabra». «A Dagoncin —contestó ésta—, porque pienso que no querrá hablar contra las damas». «¡Pluguiera a Dios que ellas respondiesen en mi favor como yo querría hablar en el suyo! —exclamó aquél—. Y, para demostraros que me he aplicado en honrar a las virtuosas investigando sus buenas obras, os contaré una historia. No quiero decir, señoras, que la paciencia del caballero de Pamplona y del magistrado de Grenoble no fuera grande; pero su venganza no fue menor. Y aunque es menester alabar a un hombre virtuoso, no es preciso dar tanta gloria a una sola virtud, porque ésta puede servir de manto para encubrir un gran vicio. También es encomiable quien, por amor a la virtud misma, tace obras virtuosas, como la que confío en enseñaros a través de la paciencia y la virtud de una joven dama, que no buscaba en sus buenas obras más que la mayor gloria de Dios y la salvación de su marido».

Narración XXXVII

De la prudencia de una mujer para retirar a su marido de un loco amor
que lo atormentaba

Había en una gran casa del reino de Francia, una dama cuyo nombre callaré, tan prudente y virtuosa que era muy querida y estimada por sus vecinos. Su marido, como decía, le confiaba todos sus asuntos, que manejaba tan juiciosamente que su casa, gracias a ella, llegó a ser una de las más ricas y mejor amuebladas que haber pudiera en el país de Anjou ni en el de Turena. Después de llevar mucho tiempo viviendo con su marido, del que tenía varios hermosos hijos, su felicidad (que siempre apareja consigo la contraria) comenzó a disminuir, ya que su marido encontraba en la honestidad una paz insoportable, y al fin la abandonó, proporcionándole así una gran desazón; y su marido tomó por costumbre, así que su mujer se dormía, de levantarse de su lado y no volver hasta que no llegaba el amanecer. La dama encontró tan mal ésta forma de obrar que, sintiendo grandes celos, de los que no quería hacer apariencia, olvidó los asuntos de su casa, su persona y su familia; ya que pensaba haber perdido el fruto de sus trabajos, que era el amor de su marido, y por continuar en el cual no había pena que no sufriera gustosa. Mas, al perderlo, como ocurría, se hizo tan negligente de las cosas de su casa que en seguida se advirtió el daño que su negligencia causaba; porque, de una parte, su marido cayó en di desorden, y de otra, ella nunca ponía atención en el gobierno de la casa, de manera que ésta estuvo pronto tan embrollada que se comenzó a talar las maderas de los bosques altos y a empeñar las tierras. Algunos de sus parientes, que conocían su enfermedad, le demostraron las faltas que cometía, y que si el amor de su marido no le hacía amar el provecho de su casa, al menos que tuviera en consideración a sus infelices hijos, y apiadándose de ellos, reanimó su espíritu y decidió intentar, por todos los medios, recuperar el amor de su marido. Y al día siguiente se mantuvo vigilante y cuando él se levantó de su lado, lo hizo tras él y envuelta en una bata de noche, ordenando que hicieran su lecho y rezando sus horas, esperó el regreso de su marido; y, cuando entró en la habitación, fue hasta él, lo besó y le llevó una jofaina y agua para que se lavara las manos. Él, asombrado ante esta nueva forma de obrar, le dijo que venía del retrete y que por lo mismo no era menester que se lavara. A lo que le respondió que, aunque no fuera muy importante, sí era honesto que lavara sus manos cuando venía de lugar tan sucio y ordinario, deseando con ello hacerle conocer y odiar su mala vida. Mas no por esto se corrigió, y la dama continuó obrando igual durante un año; y cuando vio que este medio no le servía de nada, un día, mientras esperaba a su marido que se demoraba más que de ordinario, entró en deseos de ir a

buscarlo, y allá fue de habitación en habitación, hasta que lo encontró en un guardarropa, trasero, dormido junto a la más fea, ordinaria y sucia camarera que en la casa había; y pensó entonces ella qué le enseñaría a dejar una mujer honesta por una tan sucia y villana. Cogió las pajuelas y las encendió en medio de la habitación, pero cuando vio que el humo antes matara a su marido que despertarlo, le tiró de un brazo, gritando: «¡Fuego, fuego!». Si el marido se sintió avergonzado y arrepentido, al haber sido encontrado por tan honesta mujer junto a aquella otra tan ordinaria, no fue sin motivo. Entonces, su mujer le dijo: «Señor, he intentado durante un año, con dulzura y paciencia, apartaros de esta vileza, y demostraros que lavando vuestro exterior, deberíais limpiar también vuestro interior; mas, cuando he advertido que cuanto hice no tenía ningún valor, me he decidido a ayudarme del elemento que debía poner fin a todas estas cosas, asegurándoos que si esto no os corrige no sé si una segunda vez podré retiraros de peligro como he hecho. Os ruego penséis que no hay desesperación más grande que la del amor, y que, si no tuviese presente a Dios, no hubiese usado de la paciencia como lo he hecho». El marido, muy contento de haber escapado con tanta suerte, le aseguró que nunca más le daría motivo para atormentarse por él; lo que la dama creyó gustosa y, con el consentimiento del marido, expulsó a la que le disgustaba. Y, desde aquel punto y hora, vivieron juntos en gran amistad, que a pesar de las faltas pasadas, por el bien que les habían traído, les sirvió para aumentar su contento.

«Os deseo, señoras, si Dios os da tales maridos, que no desesperéis hasta que no hayáis recurrido durante mucho tiempo a todos los medios para reducirlos; porque hay veinticuatro horas al día en que el hombre puede mudar de opinión y una mujer puede tenerse por tan dichosa con haber ganado a su marido con paciencia y larga espera, como si la fortuna y sus padres le hubieran proporcionado otro más perfecto». «He ahí un ejemplo que debiera servir a todas las mujeres casadas», aseguró Doña Oisille. «Que siga ese ejemplo quien quiera —dijo Parlamente—, que yo no podría tener tanta paciencia, que, aunque en todos los estados la paciencia sea una bella virtud, opino que en el matrimonio lleva a la postre a la enemistad, ya que al sufrir la injuria de nuestro semejante se siente uno inducido a separarse de él lo más posible, y de esa separación nace el desprecio por la falta de lealtad, y con este desprecio, el amor disminuye poco a poco; porque en la medida que se ama una cosa, así se aprecia su valor». «Pero existe el riesgo —dijo Emarsuite— de que la mujer impaciente encuentre un marido tan furioso que le proporcione más dolor que paciencia». «¿Y qué sabría hacer un marido como el que se nos ha contado en esta historia?», preguntó Parlamente. «¿Qué? —respondió Emarsuite—. Pues azotar lindamente a su mujer y hacerla acostar en la camilla, y poner a la que amaba en el lecho matrimonial». «Creo —aseguró Parlamente— que una mujer de bien no se sentiría tan enojada por ser azotada con cólera que por ser despreciada por quien no la

quiere; y tras haber sufrido la pena de la separación de una tal amistad, ya no podría hacer el marido nada, por lo que ella hubiera de inquietarse más. Y eso es lo que dice el cuento, que el trabajo que se tomó por redimirlo fue por el amor que tenía a sus hijos, a lo que yo creo». «¿Y encontráis gran paciencia en ella —preguntó Nomerfide— que fue a poner fuego bajo el lecho en que su marido dormía?». «Sí —respondió Longarine—, ya que cuando vio el humo lo despertó y, por azar, aquí fue donde cometió su mayor falta, ya que las cenizas de maridos como éstos serían buenas para hacer lejías». «Sois cruel, Longarine —le dijo Doña Oisille—, mas, así, pues, ¿no habríais vivido con el vuestro?». «No —contestó Longarine—, porque, a Dios gracias, no me ha dado ocasión, pero lo hubiera sentido toda mi vida, en lugar de quejarme». «Y si os hubiese salido mal, ¿qué habríais hecho?», preguntó Nomerfide. «Lo amo tanto que creo que lo hubiese matado y me hubiese matado después, porque morir después de tal venganza me habría sido más agradable que vivir leal con un desleal». «A lo que veo —dijo Hircan—, las mujeres no amáis a vuestros maridos, sino a vosotras mismas: si son buenos según vuestros deseos, los amáis mucho; si cometen la falta más pequeña del mundo, pierden en un día sus trabajos de una semana. De ahí que queráis ser siempre dueñas, con lo cual estoy conforme, si todos los maridos se ponen de acuerdo». «Es razonable que el hombre nos gobierne como nuestro jefe —aseguró Parlamente—, pero no que nos abandone o trate mal». «Dios ha puesto en tan buen orden —dijo Doña Oisille—, tanto al hombre como a la mujer, que, si no se abusa, tengo el matrimonio por uno de los estados más bellos y más seguros que haber pueda en el mundo, y estoy segura de que todos aquellos que están presentes, cualquiera que sea el aspecto que adopten, piensan otro tanto o más; y mientras que el hombre se repute más inteligente que la mujer, si la falta procede de él, más gravemente será castigado. Mas, habiendo discurrido ya bastante a este respecto, veamos a quién cede Dagoncin la palabra». «Lo hago a Longarine», dijo aquél. «Me producís gran placer, porque tengo un cuento que es digno de seguir al vuestro. Ahora bien, puesto que nos hemos dedicado a alabar la paciencia de las damas, os mostraré una aún más encomiable que aquella de la que ahora se habló; y tanto más estimada era cuanto que era mujer de ciudad, que de ordinario son educadas menos virtuosamente que las otras».

Narración XXXVIII

De donde se habla de una cuya caridad para con su marido mujeriego
es digna de recordar

Había en la villa de Tours una burguesa bella y honesta que por sus virtudes, no sólo era amada, sino incluso temida y respetada por su marido. Así fue como, según la fragilidad de los hombres que se aburren siempre de comer buen pan, el marido se sintió enamorado de una aparcerera que tenía y con frecuencia salía de Tours para ir a visitar su aparcería, donde se quedaba dos o tres días. Y cuando regresaba, estaba tan acabado que su mujer tenía que poner grandes cuidados para curarlo. Y en cuanto estaba sano, no dejaba de volver al mismo lugar, donde entre el placer olvidaba todos sus males. Su mujer, que amaba sobremanera su vida y su virtud, viéndole regresar ordinariamente en tal mal estado, fue a la alquería, donde halló a la moza a la que amaba su marido, y sin cólera, y con rostro muy gracioso, le dijo que sabía muy bien que su marido venía a verla con mucha frecuencia, pero que ella le trataba tan mal que siempre volvía agotado a su casa. La pobre mujer, tanto por reverencia a su dueña como por respeto a la verdad, no pudo negar el hecho, por el cual le pidió perdón. La dama quiso ver la habitación y el lecho donde su marido se acostaba, y la encontró tan fría, sucia y poco en orden, que sintió gran compasión. Así que, inmediatamente, envió a buscar un lecho provisto de finos lienzo, mantas, cubiertas e hizo disponer y tapizar la habitación tal como a su marido le gustaba; le regaló una vajilla adecuada para servirle de comer y beber, una barrica de buen vino, almendrados y otras confituras y, por último, rogó a la aparcerera que no enviara a su marido tan acabado. El marido no tardó demasiado en volver a buscar, como tenía costumbre, a su aparcerera, y se maravilló mucho de encontrar su pobre alojamiento tan en orden, y más aún cuando ella le dio de beber en una copa de plata. Y le preguntó de dónde habían salido tantas riquezas. La pobre infeliz le dijo llorando que de su mujer, que se había apiadado tanto del mal trato que ella le daba que había amueblado así la casa y le había encomendado su salud. Aquél, viendo la gran bondad de su esposa y que, por todas las malas pasadas que él le hacía le devolvía tantos bienes, consideró su falta tan grande como honesta la acción de su mujer, y después de dar dinero a la aparcerera rogándole que en lo sucesivo viviera como mujer de bien, se volvió con su mujer, a la que reconoció todo lo que debía, diciéndole que sin su gran dulzura y bondad era imposible que él dejara nunca la vida que había llevado. Y desde entonces vivieron en la mejor paz, olvidando enteramente la vida pasada.

«Creed, señoras, que hay pocos maridos a quien a la larga no puedan ganar la paciencia y el amor de sus mujeres, o es que son más duros que las piedras, a las que

el agua débil y blanda con el tiempo acaba por horadar». Dijo Parlamente: «He ahí una mujer sin corazón, sin fidelidad y sin fe». «¿Qué queréis! —exclamó Longarine—. Ella obraba como Dios manda, devolviendo bien a los que hacen mal». «Pienso —habló Hircan— que debía estar enamorada de algún franciscano que le había puesto como penitencia tratar bien a su marido en el campo, a fin de que mientras estaba allí, tuviera ella ocasión de tratarlo bien en la villa». «Bien está —dijo Doña Oisille—; bien demostráis la malicia de vuestro corazón, que de buenas acciones hacéis malos juicios. Creo más bien que estaba tan mortificada en el amor de Dios que no se cuidaba más que de la salvación de su marido». «Me parece —arguyó Simontault— que él tenía más motivo para regresar junto a su mujer cuando pasaba frío en la alquería que cuando era bien tratado». «A lo que veo —le respondió Saffredant—, vos no sois de la opinión de un rico hombre de París, que no hubiera sabido dejar sus atavíos cuando había de acostarse con su mujer sin sentirse trastornado; pero cuando iba a ver a su camarera en el sótano, sin gorro y sin zapatos, en pleno corazón del invierno, nunca se encontraba mal, aunque esposa fuera muy bella y la camarera bien fea». «¿No habéis oído decir —preguntó Guebron— que Dios ayuda siempre a los locos, los enamorados y los borrachos? Acaso ése reuniera en uno solo a los tres juntos». «¿Queréis demostrar con eso —inquirió Parlamente— que Dios perjudica a los castos, los prudentes y los sobrios?». «Aquellos que por sí mismos se pueden ayudar no tienen necesidad de ayuda —respondió—, porque aquel que dijo que Él es venido por los enfermos, no dijo que lo fuera para los sanos; y vino por la ley de su misericordia a socorrer nuestras dolencias, rompiendo los mandatos del rigor de su justicia; y quien se cree sabio, resulta loco ante Dios. Mas, para terminar nuestro sermón, ¿a quién cederá la vez Longarine?». «A Saffredant», respondió ésta. «Espero demostraros con un ejemplo —dijo Saffredant— que Dios no favorece a los enamorados, porque a pesar de que aquí se haya dicho anteriormente, señoras, que el vicio es común a las mujeres y a los hombres buenos, bien es cierto que las mujeres son más prontas en inventar sutiles astucias que los hombres, y os citaré un ejemplo».



Narración XXXIX

Donde se habla de un ingenioso invento para expulsar a un duende

Un señor de Grignaux que era caballero de la reina de Francia, Ana, duquesa de Bretaña, regresó a su casa, de la que había estado ausente más de dos años, y encontró a su mujer viviendo en otra tierra próxima, y al preguntarle el motivo le contestó que había salido un espíritu en su casa que les atormentaba tanto que no podían vivir allí. El señor de Grignaux, que no creía en embustes, contestó que aunque fuera el mismo diablo no habría él de temerlo, y llevó a su mujer a la casa. Al llegar la noche, ordenó encender grandes candelabros para ver más claramente el tal espíritu, y después de velar durante mucho tiempo sin oír nada, se durmió; pero en seguida fue despertado por una gran bofetada que le dio en la mejilla y oyó una voz que gritaba: «¡Revigne, Revigne!», que era el nombre de la que había sido su abuela. Entonces, llamó a la mujer que dormía junto a ellos para que encendiera los candelabros, que ya se habían extinguido, pero aquélla no se atrevió a levantarse. Pues bien, en seguida sintió el señor de Grignaux que le era quitada la cobertura de encima de él, y oyó un gran ruido de tablas, caballetes y escabeles que rodaban por la estancia; todo esto duró hasta que llegó el día, y el dicho señor se sintió más enfadado por haber perdido su reposo que por miedo al espíritu, ya que se decidió a apresar al espíritu y, apenas se hubo acostado, se puso la mano abierta sobre el rostro y fingió roncar muy fuerte. Mientras esperaba al espíritu, sintió que algo se acercaba a él. Así que roncó más fuerte de lo que tenía por costumbre, y tanto se aproximó el espíritu que le dio una gran bofetada. Inmediatamente, con la mano que tenía sobre la cara, el dicho señor lo agarró, mientras gritaba a su mujer: «¡Tengo al espíritu!». Aquélla se levantó rápidamente y encendió el candelabro y hallaron que era la camarera que dormía en su misma habitación, la cual poniéndose de rodillas, les pidió perdón y les prometió contarles la verdad, que era que el amor que desde tiempo ha sentía por un criado de la casa la había llevado a emprender este gran misterio, para expulsar fuera de la casa a su dueño y su dueña, a fin de que ellos dos, sin vigilancia alguna, encontraran el medio de hacerse la gran caricia, y esto es lo que hacían cuando estaban solos. El señor de Grignaux, que era hombre bastante rudo, ordenó que fuesen azotados, de suerte que nunca más se acordaran del espíritu. Como así fue hecho, y después expulsados de la casa, y de tal forma se libró ésta del tormento de los espíritus que durante dos años representaran su papel.

«Es cosa maravillosa, señores, pensar en los efectos de ese poderoso dios del amor que, desechando todo temor en las mujeres, les enseña a proporcionar toda clase de disgustos a los hombres para conseguir sus fines. Pero, así como es vituperable la

intención de la camarera, es de alabar el buen sentido de su dueño, que sabía muy bien que el espíritu se va y ya no vuelve más». «Verdaderamente —habló Guebron—, que Amor no favoreció en aquel momento al criado y a la camarera, y confieso que el buen sentido del caballero le sirvió de mucho». «Sin embargo —adujo Emarsuite—, la camarera, gracias a su astucia, vivió mucho tiempo a sus anchas». «Es una comodidad muy desgraciada la que se funda en el pecado, y siempre acaba con vergüenza y castigo», aseveró Doña Oisille. «Cierto es, señora —respondió Emarsuite—, pero hay muchas personas que padecen dolores y fatigas por vivir justamente, y que no tienen el sentido de dar a su vida tanto placer como le daban éstos». «Soy de la opinión —afirmó Doña Oisille— que nunca hay placer perfecto si la conciencia no está en paz». «¿Cómo se entiende entonces —preguntó Simontault— que el italiano quiera mantener que cuanto más grande es el pecado, tanto mayor es el placer?». «Verdaderamente quien inventara esa frase debe ser el mismo diablo —dijo Doña Oisille—. Así que dejemos esto y sepamos a quién cederá Saffredant la palabra». «¿A quién? —exclamó aquél—. No queda más que Parlamente para que le toque la vez; pero, aunque hubiera otras cien más, yo se la daría siempre, por ser ella quien nos puede enseñar». «Bien, puesto *que he* de poner fin a la jornada —dijo Parlamente— y ayer os prometiera deciros el motivo por el que el padre de Rolandine ordenó hacer el castillo en que durante tanto tiempo la retuvo prisionera, voy a contároslo».

Narración XL

De cómo un señor ordeno la muerte de su cuñado, haciendo caso
omiso del lazo que los unía

Este señor, padre de Rolandine, tenía varias hermanas, de las cuales unas se casaron muy ricamente, las otras se hicieron religiosas, y una que vivió en su casa sin casarse, más bella que todas las demás sin comparación posible, y a la que su hermano quería tanto que no había mujer ni hijos por quienes no la prefiriera.

Así ocurrió que fue pedida en matrimonio por muchos de buenas casas; mas, por miedo a los extranjeros y por amor al dinero, nunca quiso escucharlos; lo cual fue causa de que ella pasara gran parte de su vida sin casarse, viviendo muy honestamente en la casa de su hermano, donde también vivía un joven caballero, criado desde su infancia en la dicha casa, quien, con la edad, creció en gran apostura y virtudes, y que obedecía a su señor muy pacíficamente, de suerte que cuando aquél ordenaba algo a su hermana era siempre a través de él. Y le dio toda autoridad y privanza, enviándole mañana y tarde hasta ella, de modo que, por el frecuente trato, se engendró una gran amistad entre los dos. Pero el caballero, temiendo por su vida si ofendía a su señor, y la muchacha, por su honor, no tuvieron otro contento en su amistad que las palabras, hasta que el hermano de ella dijera un día cuánto le hubiera gustado que el caballero fuera de familia semejante a la de ella, ya que nunca viera hombre alguno a quien prefiriera por cuñado que a él. Y tantas veces les declaró intenciones tales que pensaron que, si se casaban, se les perdonaría fácilmente. Y Amor, que a menudo cree lo que quiere creer, les hizo entender que nada que no fuera bueno les podría ocurrir; y, en esta esperanza, consumaron y perfeccionaron su matrimonio sin que nadie supiera nada, más que un clérigo y algunas mujeres. Y después que hubieron vivido algunos años en el placer que marido y mujer pueden tener juntos, como una de las más perfectas parejas que hubo en la cristiandad, y en la más grande y hermosa amistad, la Fortuna, envidiosa de ver a dos personas tan felices, no lo quiso soportar y les suscitó un enemigo que, espionando a la doncella, se apercibió de su gran felicidad, ignorando, sin embargo, su matrimonio; y fue a decir al hermano que el caballero, de quien tanto fiaba, iba a menudo a la habitación de su hermana y a horas que los hombres no debían entrar allí. Lo que de primera intención no fue oído, dada la confianza que tenía en su hermana y en el caballero; pero el otro insistió tantas veces, como si amara el honor de la casa, y se puso al acecho de tal modo que las infelices gentes, que no esperaban ningún mal, fueron sorprendidas. Con que, una noche, que el hermano fue advertido de que el caballero estaba con su hermana, fue allá incontinentemente y encontró a los dos infelices ciegos de amor

acostados juntos, y tal fue su despecho que se quedó sin palabras y, desenvainando la espada, corrió tras el caballero para matarlo; pero aquél, que estimaba en mucho su persona, huyó en camisa y al no poder escapar por la puerta, se arrojó por una ventana al jardín. La pobre doncella, en camisón, se arrojó de rodillas ante su hermano y le dijo: «Señor, salvad la vida de mi marido, ya que lo he desposado, y si hay ofensa, castigadme a mí sola, ya que lo que él hizo fue a mi requerimiento». El hermano, tras pasado de ira, no le respondió más que: «Aunque fuera vuestro marido cien mil veces, lo castigaría como a un mal servidor que me ha engañado». Y, dicho esto, se asomó a la ventana y gritó en voz alta que lo mataría. Lo que, para su condenación, hizo prontamente, ante sus ojos y los de su hermana, quien viendo tan triste espectáculo, que ninguna súplica podía evitar, habló a su hermano como mujer privada del juicio: «Hermano mío, no tengo padre ni madre y estoy en edad de poder casarme a mi voluntad. Escogí aquel que bastantes veces habéis dicho que os gustaría fuera con quien yo me desposara; y, por haber, seguido vuestro consejo al hacer, lo que según la ley pude sin vos, queréis hacer morir al único hombre del mundo que he amado. Puesto que ha de ser así y que mis ruegos no pueden salvar su vida, os suplico, por todo el afecto que siempre me habéis tenido, que me hagáis en este mismo momento compañera de su muerte, como lo fui de todas sus fortunas. De esta forma, satisfaciendo vuestra cruel e injusta cólera, daréis reposo al cuerpo y al alma en aquella que no quiere ni puede vivir sin él». El hermano, a pesar de sentirse emocionado hasta perder la razón, sintió tanta piedad hacia ella que, sin concederle ni negarle su petición, la dejó. Bien cierto es que después que considerara lo que había hecho y supiera que en verdad había desposado a su hermana, bien hubiera querido no cometer tal crimen. Y el temor que creció en él de que su hermana clamara justicia o venganza, le llevó a construir un castillo en medio de un bosque en el cual la recluyó, prohibiendo que nadie hablara con ella. Después de algún tiempo, para satisfacer su conciencia, intentó atraérsela y le habló de casarla; pero ella le envió a decir que le había dado tan mala comida que ya no quería cenar tales alimentos y que esperaba vivir de manera que él no tuviera que ser también homicida de su segundo marido, ya que le produciría gran pena pensar que perdonara a otro, después de haber hecho tan mala acción al hombre del mundo que más amaba; y a pesar de que ella feble e impotente para vengarse, sí que esperaba en Aquel que es el verdadero juez y que no deja ningún crimen impune, en cuyo único amor quería vivir el resto de su vida en su ermita; como así lo hizo. De modo que, hasta su muerte, no se movió de allí nunca, viviendo en tal paciencia y austeridad que después que murió todos corrieron el rumor de que era una santa. Y después que feneciera, la casa de su hermano cayó en la mayor de las ruinas, de modo que de seis hijos que tenía no le quedó ni uno sólo, muriendo todos miserablemente; y, a la postre, la herencia pasó a manos (como habéis podido oír en el otro cuento) de la hija Rolandine, que sucedió en la prisión a su tía.

«Ruego a Dios, señoras, que este ejemplo os sea tan provechoso que ninguna de vosotras sienta el deseo de casarse para su placer sin el consentimiento de aquéllos a quienes se debe obediencia; porque el matrimonio es un estado de tanta duración que no debe ser comenzado con ligereza ni sin la opinión de nuestros mejores amigos y parientes. Aún así, nunca se hace tan bien que no haya por lo menos tantas penas como placer». «En buena lid que —dijo Doña Oisille— aunque no hubiera Dios, ni Ley, para enseñar a las imprudentes a ser juiciosas, fuera suficiente este ejemplo para hacerles prestar obediencia a sus parientes, antes que encaminarse al matrimonio por su sola voluntad». «También es cierto, señora —le replicó Nomerfide—, que quien tiene un buen día al año no es desgraciada toda su vida. Ella tuvo el placer de ver y hablar durante mucho tiempo a aquel que amaba más que a sí misma; y después, tuvo el goce del matrimonio, sin escrúpulos de conciencia. Pienso que su contento fue tan grande que me parece rebasó las desazones que sufrió». «¿Queréis decir —preguntó Saffredant— que las mujeres tienen más placer en acostarse con su marido que disgusto en verlo matar ante sus ojos?». «No ha sido tal mí Intención —contestó Nomerfide—, ya que hablaría contra la experiencia que tengo de las mujeres; pero entiendo que un placer desusado, como es el desposar al único hombre del mundo que se ama, debe ser más grande que perderlo por muerte, que es una cosa común». «Sí —habló Guebron—, si es por muerte natural; pero ésta era demasiado cruel; y yo encuentro muy extraño (dado que este señor no era su padre ni su marido, sino sólo su hermano, y que ella tenía la edad a la que las leyes permiten a las doncellas casarse a su voluntad) la forma en que él osó ejercitar su crueldad». «Yo no lo encuentro extraño —intervino Hircan—, porque él no mató a su hermana, a la que tanto amaba, y sobre la cual no tenía potestad alguna; sino que se dirigió al caballero, a quien había criado como a un hijo y amado como a un hermano, y tras haberlo honrado y enriquecido, persiguió al matrimonio con su hermana, que era algo que no le correspondía». «Tampoco es placer común ni habitual el que una mujer de una gran familia despose a un caballero servidor de su casa. Si la muerte es extraña, el placer también es nuevo, y tanto mayor cuanto que tiene la opinión contraria de todos los hombres juiciosos, y con su ayuda el contento del corazón lleno de amor y la paz del espíritu, dado que Dios no había sido ofendido en nada. Y en cuanto a la muerte, que vos tacháis de cruel, me parece, que ya que es necesaria, la más breve es la mejor; porque es bien sabido que ese paso es inevitable. Pero yo tengo por felices a aquellos que no viven mucho tiempo en los arrabales, y que de la felicidad de aquí (la única que en este mundo se puede llamar felicidad) vuelan de repente a la que es eterna». «¿A qué llamáis los arrabales de la muerte?», preguntó Simontault. «A aquellos que tienen demasiadas tribulaciones en su espíritu; también a aquellos que han vivido mucho tiempo enfermos y que, en tal extremidad y dolor corporal o espiritual, han llegado a despreciar la muerte y a encontrar su hora demasiado tardía; de esos digo que han pasado por los arrabales; y ellos pueden decirnos cómo se llaman las posadas donde han gritado más que reposado, y donde esta dama no podía dejar de perder a su

marido a través de la muerte, pues ella es ejemplo, merced a la cólera de su hermano, de ver a su marido tanto tiempo enfermo o disgustado, y ella, convirtiendo la felicidad que tenía junto a él en el servicio a Nuestro Señor, podía considerarse muy feliz». «¿No reparáis en la vergüenza que recibió y en su prisión?», quiso saber Longarine. «Pienso —explicó Nomerfide— que la persona que ama perfectamente, con un amor de acuerdo con los mandamientos de Dios, no sabe de vergüenza ni de deshonor, sino cuando falta o disminuye la perfección de su amor; porque la gloria de bien amar no sabe de deshonor alguna. Y, en cuanto a la prisión de su cuerpo, creo que, por la libertad de su corazón, que estaba unido a Dios y al de su marido, no le hacía sufrir, pues estimaba la soledad como una libertad muy grande; ya que no podía ver al que amaba, no tenía más bien que pensar en él incesantemente; y una prisión nunca es estrecha si el pensamiento puede discurrir a sus anchas». «Muy cierto es cuanto dice Nomerfide —aseguró Simontault—, pero aquel que ordenó esta separación por ira, debía sentirse muy desdichado, ya que ofendió a Dios, al amor y al honor». «Os aseguro de buena fe —dijo Guebron— que me asombro de los diferentes amores de las mujeres, y bien puedo ver que aquellas que mejor aman, más virtudes tienen; y aquellas otras que menos, quieren, disimulando, fingirse virtuosas». «Cierto es —afirmó Parlamente—, que el corazón honesto para con Dios y los hombres ama mejor que el que es más vicioso, y no teme que se vea el fondo de su intención». «Siempre oí decir —habló Simontault— que los hombres no deben ser reprendidos por perseguir a las mujeres, porque Dios puso en el corazón del hombre el amor y la audacia para pedir, y en el de la mujer, el temor y la castidad para rehusar». «Si el hombre que hizo uso de las potencias que le han sido dadas, ha sido castigado, se le perjudicó; pero es gran caso éste, después que se lo hubiera alabado grandemente a su hermana; y me parece que es una locura o crueldad en aquel que guarda una fuente alabar la bondad de su agua a quien languidece de sed mirándola y después, cuando la quiere beber, matarlo». «En verdad —opinó Parlamente— que el fuego dio ocasión a encender el fuego, con tan dulces palabras, que no se debía extinguir a estocadas». «Me asombra —dijo Saffredant— que se encuentre mal que un simple caballero, no utilizando otra fuerza que el mejor servir y sin falsías, llegue a desposar a una mujer de tan gran familia, visto que los filósofos mantienen que el hombre más pequeño del mundo vale más que la mujer más importante y virtuosa que haber pueda». «Eso es —explicó Dagoncin—, porque para mantener la cosa pública en paz, sólo se repara en los escalones de las casas, la edad de las personas o las ordenanzas de la ley, sin tomar en consideración el amor y las virtudes de los hombres, a fin de no perjudicar a la monarquía. Y de ahí viene el que los matrimonios hechos entre iguales, de acuerdo con el juicio de los hombres y de los parientes, sean con frecuencia tan diferentes de corazón, de complexión y otras condiciones, y que en lugar de tomar estado en orden a su salvación, entren en los arrabales del infierno». «También se ve que los que se atan por amor, teniendo los corazones, la complexión y otras condiciones semejantes, sin reparar en las diferencias de familias y linajes,

que no han dejado de arrepentirse; ya que esta gran amistad indiscreta se muda con frecuencia en celos y gran furor». «Me parece —dijo Parlamente— que ni uno ni otro extremo son de alabar, y que las personas que se someten a la voluntad de Dios, no miran ni la gloria ni la avaricia, ni la voluptuosidad; sino que, en pro de un amor virtuoso, y con el consentimiento de las partes, quieran vivir en estado de matrimonio, como Dios y la Naturaleza ordenan. Y aunque no haya ningún estado sin tribulaciones, he visto a algunos de éstos vivir sin arrepentirse; y no somos más desdichados los que estamos en esta unión de lo que puedan serlo todos los casados que hay en ella». Entonces Hircan, Guebron, Simontault y Saffredant juraron que se habían casado con semejantes propósitos y que nunca se habían arrepentido; y con eso, cualquiera que fuera la verdad, aquéllas a quienes la cosas afectaba se pusieron tan contentas que, no pudiendo oír nada más de su agrado, se levantaron para ir a dar gracias a Dios, que los religiosos ya estaban prestos a rezar las vísperas. Terminado el servicio se fueron a cenar, no sin comentarios acerca de sus matrimonios que duraron a todo lo largo de la velada, contando los avatares que habían tenido durante la consecución de sus matrimonios. Mas, como se quitaban las palabras unos a otros, no se podían retener todas las historias, que no hubiesen sido menos sabrosas que aquellas que contaban en el prado. Así que fue tanto su placer y se divertieron tanto que, llegada la hora de acostarse, no lo advirtieron. Y, en un momento dado, Doña Oisille, sintiendo que era hora de que se retirara, dio ocasión a la reunión a hacer otro tanto, cada uno muy contento por su parte, incluso los casados, que no durmieron y emplearon parte de la noche en contar sus amores pasados, con inclusión del actual. Y así se pasó dulcemente la noche hasta el amanecer.

JORNADA QUINTA

Ed la que se trata de las muchachas y mujeres que han tenido su honor en más que su goce, de aquellas que han hecho lo contrario y de la simplicidad de otras

Cuando llegó la mañana, Doña Oisille les preparó su desayuno espiritual, de tan buen gusto, que era suficiente para fortificar el cuerpo y el espíritu, y que toda la reunión escuchó muy atenta, de suerte que bien parecía que no oyeran nunca sermón alguno que les aprovechara tanto. Y cuando oyeron sonar la última campanada para la misa, allá fueron, a ejercitarse en los santos propósitos que habían escuchado. Oída la misa, y sintiéndose un poco contritos, se sentaron a la mesa, donde se prometieron que aquel día debería ser tan agradable como los pasados. Luego Saffredant les dijo que querría que el puente tardara todavía un mes en hacerse, dado el placer que le producía lo bien que lo estaba pasando. Mas el abad ponía toda la diligencia posible, ya que no le proporcionaba ningún consuelo vivir entre tantas gentes de bien, por cuya presencia sus peregrinos habituales no iban a visitar tan privadamente aquellos santos lugares. Y después que hubieron ido a reposar un rato después de comer, regresaron a su acostumbrado pasatiempo y, tomando cada cual su asiento, preguntaron a Parlamente a quién cedía la palabra. «Me parece —contestó— que Saffredant comenzaría bien este día, ya que no veo que tenga el rostro propicio para hacernos llorar». «Seréis muy crueles, señoras —habló Saffredant—, si no tenéis compasión de un franciscano cuya historia os contaré. Y aunque por algunas de las historias que aquí se han recitado por nosotros, vuestas mercedes podrían pensar que se trata de casos ocurridos a infelices doncellas, y que la facilidad de la ejecución hizo comenzar la empresa sin temor, intentaré haceros saber que la ceguera de sus concupiscencias les arrebató todo temor y prudente consideración; a este fin, os contaré lo que ocurrió en Flandes».

Narración XLI

De la extraña y nueva penitencia impuesta por un confesor franciscano
a una joven doncella

El año que doña Margarita de Austria llegó a Cambrai, enviada por su sobrino el emperador, para tratar de la paz entre él y el rey cristianísimo, representado por su madre doña Luisa de Saboya, iba en el séquito de la dicha doña Margarita la condesa d'Aiguemont, que trajo a esta asamblea la fama de ser la más bella entre todas las flamencas. Al fin de la importante asamblea, volvió la condesa d'Aiguemont a su casa, y llegado el tiempo del Adviento, envió a buscar un predicador a un convento de franciscanos, el cual debería ser competente y hombre de bien, tanto para predicar como para confesarla a ella y a todas sus gentes. El padre guardián buscó al que hubiera más digno de hacer tal oficio, ya que ellos recibían grandes favores de las casas d'Aiguemont y de la de Piennes, de la que ella descendía. Los franciscanos, que deseaban conseguir la buena estima y amistad de las grandes casas por encima de los otros conventos, enviaron al predicador más afamado de su convento, el cual, a todo lo largo del Adviento, cumplió tan bien con su deber que la condesa estaba muy contenta de él. La noche de Navidad, en que la condesa quería recibir a su Creador, después de confesarse, dejó el puesto a su dama de honor, quien, tras confesarse ella, envió a su hija a confesar con el buen padre, cosa que se hizo en una capilla bien cerrada; para conservar mejor el secreto, y donde a aquél le vino el deseo y la audacia de imponerle una penitencia inusual, y le dijo: «Hija mía, vuestros pecados son tan grandes que, para dar satisfacción a ellos, os impongo la penitencia de que llevéis mi cordón sobre vuestra carne desnuda». La joven, que no quería desobedecerle, le contestó: «Entregádmelo, padre mío, que no dejaré de llevarlo». «No, hija mía —le respondió el buen padre—, que no sería bueno en vuestra mano. Es menester que sean las mías propias, de las que habéis de recibir la absolución, las que por primera vez os lo anuden, y después seréis absuelta de vuestros pecados». La joven, echándose a llorar, dijo que no lo haría. «¡Cómo! —exclamó el predicador—. ¿Sois acaso una hereje, que rehusáis la penitencia según ordenan Dios y nuestra santa madre Iglesia?». «Yo hago uso de la confesión como la Iglesia ha ordenado, y sí quiero recibir la absolución y cumplir la penitencia; pero no quiero que pongáis vuestras manos sobre mí, de suerte que rehúso la penitencia». «Pues entonces —le dijo el confesor— no puedo tampoco daros la absolución». La doncella se levantó de delante de él con la conciencia muy turbada, ya que era joven, por el temor que le producía la negativa que había dado al buen padre. Cuando éste llegó a decir la Misa, en la que la condesa d'Aiguemont recibiera el *corpus Domini*, su dama, que quería ir

tras ella, preguntó a su hija si estaba dispuesta. La muchacha, llorando, le respondió que no se había confesado. «¿Y qué habéis hecho tanto tiempo con el predicador?», preguntó la madre. «Nada —respondió la hija—, porque al rehusarle la penitencia que me impuso me ha negado la absolución». La madre supo preguntar con tanta prudencia que supo la extraña forma de penitencia que el buen padre quería imponer a su hija. Y después de hacerla confesar con otro, recibieron las dos juntas el cuerpo de Nuestro Señor. Y así que la condesa regresó de la Iglesia, la dama de honor le presentó su queja contra el predicador, con lo que se sintió muy enojada y asombrada, dada la buena opinión que tenía de él. Pero su ira no pudo evitar que le vinieran ganas de reír, vista la novedad de la penitencia. Bien es cierto que la risa no le impidió hacerle prender y azotar en su cocina, donde, a fuerza de varas, confesó la verdad; y después, lo envió atado de pies y manos a su prior, rogándole que para otra ocasión comisionara a mejores gentes para predicarla palabra de Dios.

«Considerad, señoras: si en una casa tan importante como ésa hubo no miedo de intentar semejante locura, qué es lo que puede ocurrir en los pobres lugares donde habitualmente ellos hacen su colecta, donde las ocasiones se les presentan tan fáciles que es no un milagro que se escapen sin escándalo; lo que me lleva a rogaros, señoras, que toméis vuestra aversión en compasión; pensad que aquel que puede cegar a los franciscanos tampoco se parará en las damas cuando convenga a sus propósitos». «¡En verdad que ahí tenemos un muy mal franciscano! —exclamó Doña Oisille—. Ser religioso, clérigo y predicador y usar de tal villanía en el día de Navidad y en la iglesia, bajo pretexto de confesión, son todas circunstancias que agravan el pecado». «¿Acaso pensáis que los franciscanos no son hombres como nosotros y, por lo tanto, excusables —preguntó Hircan—, y, sobre todo, estando solos y de noche con una bella muchacha?». «Ciertamente que si hubiera pensado en la natividad de Jesucristo, que se conmemora ese día, no hubiera tenido tan mala voluntad», dijo Parlamente. «Mas ved que no decís que él tendía a la encamación, que precede a la natividad. Sin embargo, era un hombre lleno de mala voluntad dado que, con tan pocas esperanzas de éxito, emprendía tan atroz empresa». «Me parece —habló Doña Oisille— que la condesa le aplicó un buen castigo, del que deberían tomar ejemplo sus compañeros». «Mas, sepamos —preguntó Nomerfide—, ¿hizo ella bien en escandalizar a su prójimo y, acaso no hubiera obrado mejor intentando demostrarle dulcemente sus culpas, que no divulgándolas?». «Creo —afirmó Guebron— que eso hubiera estado bien hecho, pues se nos ha ordenado corregir a nuestro prójimo, entre nosotros y él, antes que decirlo a nadie, ni siquiera a la Iglesia. Además, cuando un hombre se ve deshonrado, con gran pena por su parte nunca se puede enmendar, ya que la deshonra aparta a tantas gentes del pecado como la conciencia». «Creo —aseguró Parlamente— que el consejo que da el Evangelio se debe usar con algunos, pero no con aquellos que lo predicán y luego hacen lo

contrario. Y no es menester temer y escandalizar a aquellos que escandalizan a los demás. Y también me parece que es gran mérito hacerlos ver tales como son, a fin de que estemos en guardia contra sus seducciones en beneficio de las muchachas, que no siempre son avisadas. Pero, ¿a quién cede Saffredant la palabra?». «Puesto que me lo preguntáis —dijo éste—, será a vos misma, a quien no la debe negar ningún hombre de claro juicio». «Bien, puesto que me dais la vez —habló Parlamente—, os voy a contar una historia de la que puedo servir de testigo. Siempre oí decir que cuanto más se encuentra la virtud, en un sujeto débil y feble, asaltada por su muy fuerte y poderosa adversaria, es el momento en que más de alabar y mejor se muestra tal como es. Porque que el fuerte se defiende del fuerte no tiene nada de maravilloso; pero si el débil alcanza la victoria, él recibe la gloria de todo el mundo. Por conocer a las personas de las que voy a hablar, me parece que: menoscabaré la verdad, que vi oculta bajo tan pobre vestido que nadie tuviera en cuenta si yo no hablara de aquella que hizo actas tan honestos que me impulsan a contároslos».

Narración XLII

De la continencia de una joven doncella ante la porfiada persecución amorosa de uno de los más grandes señores de Francia; y del éxito que alcanzó la muchacha

En una de las mejores villas de Turena vivía un señor de gran importante familia, el cual había sido educado desde su más tierna edad. De las perfecciones, gracia y belleza y de las grandes virtudes de este joven príncipe no diré más sino que no encontraban pareja entre los de su tiempo. Al llegar a la edad de quince años, sentía mayor placer en correr y cazar que en mirar a las jóvenes damas. Un día, estando en una iglesia, vio a una muchachita que, en otro tiempo, se criara en su infancia en el castillo en que él vivía; y, después de la muerte de su madre, su padre la retiró, viviendo desde entonces en Poitou con su hermano. La muchacha, cuyo nombre era Francisca, tenía una hermana bastarda a la que su padre quería mucho, y la casó con un sumiller de copas del joven príncipe, con lo que ella alcanzó tal posición como nadie en la casa. Murió el padre y dejó, como herencia de Francisca, los bienes que tenía cerca de esta villa. Así que, después de muerto, se trasladó adonde tenía sus bienes y como estaba en edad de casarse, ya que tenía dieciséis años, no se quiso quedar sola en su casa, sino que se alojó en casa del príncipe, al ver esta muchacha tan bella, por ser morena clara, y con una grada que excedía a la propia de su estado (ya que más parecía de mujer noble y princesa que de burguesa), la miró durante largo tiempo y él, que nunca amara, sintió en su corazón un placer desusado, y cuando volvió a su habitación preguntó quien era la que había visto y supo que otrora, en su infancia, ella fuera al castillo a jugar a las muñecas con su hermana, a la cual la hizo reconocer; su hermana envió a buscarla y le hizo un cariñoso recibimiento, rogándole que viniera a verla a menudo. Lo que hada cuando había bodas o reuniones, con lo que el joven príncipe la veía con tanto gusto que pensó que la amaba mucho, y como la sabía de pobre y bajo origen, esperó conseguir fácilmente lo que le pidiera; mas no encontrando medio de hablar con ella, le envió un caballero de su séquito para iniciar su práctica; a quien ella, prudente y temerosa de Dios, dijo que no creía que su señor, que era tan apuesto y honesto príncipe, se entretuviera en mirar una cosa tan indigna como ella, dado que en el castillo donde vivía las había tan bellas que no era preciso buscar otras por la villa, y que pensaba que hablaba en su propio nombre y no por encargo de su señor. Cuando el joven príncipe oyó esta respuesta, Amor, que ataca más fuerte allí donde encuentra resistencia, lo encendió más de lo que ya lo había hecho, e incitó a continuar en su empresa; y le escribió una carta en la que le rogaba que creyera por completo cuanto el caballero le dijera. Ella,

que sabía leer y escribir muy bien, leyó su carta de corrido, pero, por más ruegos que le hizo el caballero, no quiso nunca responder, diciendo que no era propio de persona de tan baja condición escribir a tal príncipe, mas que le rogaba que la creyera tan tonta que pensaba que él tuviera tal opinión de ella que le profesara tanta amistad, y también que, si pensaba que por su pobre condición podría tenerla para su placer, él se equivocaba, ya que ella tenía un corazón no menos honesto que el de la más grande de las princesas de la cristiandad, y no había tesoro en el mundo que estimara más que a su honor y a su conciencia; y le suplicaba que no le impidiera guardar ese tesoro toda su vida ya que, ni con la muerte, cambiaría de opinión. El joven príncipe no encontró esta respuesta de su agrado; sin embargo, la amó más todavía y no dejó de hacerle poner un asiento cuando ella iba a misa; y, durante el servicio divino, dirigía siempre sus ojos a esta imagen. Mas, cuando ella lo advirtió, cambió de lugar y fue a otra capilla distinta, no para huir de verlo (ya que no hubiera sido criatura razonable si no hubiese encontrado placer en mirarlo), sino porque temía ser vista por él, y no estimándose digna de ser amada con honor o por matrimonio, tampoco lo sería por locura o placer. Y cuando vio que cualquiera que fuera el lugar de la iglesia en que ella se colocaba, el príncipe se hacía decir la misa muy cerca de allí, no quiso ir más a esta iglesia, sino que iba todos los días a la más alejada que le era posible. Y cuando se hacían bodas en el castillo ella no quería asistir (aunque la hermana del príncipe la mandaba a buscar con frecuencia), excusándose con alguna enfermedad. Ahora bien, el príncipe, viendo que no podía hablar con ella, buscó la ayuda de su sumiller y le prometió grandes riquezas si le ayudaba en este asunto. A lo que el sumiller se ofreció gustoso, tanto por complacer a su señor como por los frutos que esperaba recibir; y todos los días contaba al príncipe lo que ella hacía y decía, pero que, sobre todo, huía de todas las ocasiones de verlo. Y era tan grande el deseo que sentía de hablar con ella a placer que recurrió a un medio expeditivo; y fue que, un día, llevó su yeguada de buenos corceles (pues ya comenzaba a saber bien su oficio de jinete) a una gran plaza que había en la villa, delante de la casa del sumiller, donde Francisca moraba; y después de haber realizado algunas carreras y saltos que ella pudo ver muy bien, se dejó caer de su caballo en un gran barrizal, tan muellemente que no se hizo ningún daño, a pesar de lo cual se quejó mucho y pidió un lugar donde se pudiera cambiar de vestido. Ahora bien, todos ofrecieron su casa, pero alguien dijo que la del sumiller era la más cercana y la más adecuada. Así que fue ésta la escogida entre todas. Encontró la habitación bien dispuesta y quedándose en camisa, ya que todos sus vestidos estaban bañados de fango, se metió en la cama.

Y cuando vio que todos se habían retirado en busca de sus vestidos excepto su caballero de confianza, llamó a sus anfitriones y les preguntó dónde estaba Francisca. Tuvieron mucho trabajo en encontrarla, ya que así que viera al príncipe entrar en su casa fue a ocultarse en el lugar más oculto de la misma; no obstante, su hermana la encontró y le suplicó que no temiera venir a hablar con tan honesto y virtuoso príncipe. «¡Cómo, hermana mía! ¿Vos que sois para mí como una madre, me queréis

aconsejar que vaya a hablar con un joven señor cuya mala voluntad sabéis que no ignoro?». Pero la hermana le hizo tantos reproches y promesas de no dejarla sola que fue ella, con un rostro tan pálido y demudado que más inspiraba piedad que concupiscencia. Y cuando el joven príncipe la vio junto a su lecho, le cogió la mano, que tenía fría y temblorosa; y le dijo: «Francisca, ¿pensáis que soy tan mal hombre, tan extraño y tan cruel, que me como a las mujeres al mirarlas? ¿Por qué sentís tal temor de aquel que sólo quiere daros honores y ventajas? Sabéis que he buscado por todos los medios a mi alcance el veros y hablar con vos, lo que no he sabido conseguir, y para proporcionarme más sinsabores aún, habéis huido de los lugares en que yo acostumbraba veros en misa, a fin de que ni siquiera tuviese el contentamiento de vuestra visión más de lo que tenía el de vuestra palabra; pero de nada os ha servido todo esto; porque no he cesado hasta que he podido venir aquí por los medios que habéis podido ver, poniéndome voluntariamente en riesgo de romperme el cuello al dejarme caer intencionadamente del caballo, para tener el contento de hablaros a mis anchas. Así que, os ruego, Francisca, que ya que tuve la oportunidad de llegar hasta aquí con tan gran trabajo, que no me sea inútil y que yo pueda, con mi gran amor, ganar el vuestro». Y después que esperó largo rato su respuesta, viendo que tenía los ojos llenos de lágrimas y la cabeza baja, la atrajo hacia sí cuanto pudo e intentó besarla y abrazarla; pero ella le dijo: «¡No, señor, no! Lo que buscáis no se puede hacer, porque aunque a vuestro lado yo sea un mísero gusano, tengo en tanto a mi honor que prefiero morir a verlo disminuido, por ningún placer que pueda haber en este mundo, y el temor que tengo, cuya verdad ponen en duda aquellos que os han hecho venir aquí, me produce el miedo y el temblor que veis; y si insistís en hacerme el honor de hablar conmigo, perdonadme si os respondo solamente según mi honor me dicte. No soy tonta, señor, ni tan ciega que no vea y conozca bien la apostura y gracia que Dios ha puesto en vos y que considere como a la mujer más feliz del mundo aquella que posea el amor y el cuerpo de tal príncipe. Pero, ¿de qué me sirve eso, dado que no es para mí, ni para ninguna mujer de mi condición, y que ya el solo deseo sería en mí una perfecta locura? ¿Qué razón puedo encontrar para que vos os dirijáis a mí, a no ser que las damas de vuestra casa (a las que por fuerza habéis de amar, si es que amáis la gracia y la belleza) son tan virtuosas que no osáis pedirles ni esperar de ellas lo que la pequeñez de mi condición os hace esperar de mí? Y estoy segura de que, cuando de personas como yo tengáis lo que pedís, no será más que un medio para entretener a vuestra amada dos horas más, mientras le contáis vuestras victorias a costa de los débiles. Os ruego que queráis pensar, señor, que yo no soy de esa clase; he sido criada en una casa donde aprendí lo que es amar; mi padre y mi madre han sido vuestros leales servidores. Así que, puesto que Dios no me ha hecho princesa, para poder desposaros, ni de la clase para ser vuestra amiga y amante, no me queráis colocar en el rango de las infelices desgraciadas, dado que yo os estimo y deseo que seáis uno de los príncipes más felices de la cristiandad. Y, si para vuestro pasatiempo, queréis mujeres de mi estado, encontraréis bastantes en esta villa, más

bellas sin comparación que yo, que no os darán el trabajo de rogarlas tanto. Dirigíos, pues, a aquéllas a quienes complaceréis, comprando su honor; y no trabajéis más a aquella que os ama más que a sí misma; porque si hoy ocurriera que vuestra vida o la mía eran reclamadas por Dios, me tendría por muy feliz en ofrecer la mía para salvar la vuestra. No es carencia de amor lo que me hace huir de vuestra persona; es, más que nada, tomar en consideración demasiado vuestra conciencia y también la mía; porque mi honor me es más querido que mi vida. Si os place, señor conservadme en vuestra gracia y yo rogaré toda mi vida a Dios por vuestra salud y prosperidad. Bien es cierto que el honor que me hacéis me hará ser mejor estimada entre las gentes de mi clase; porque, ¿dónde está el hombre de mi condición al que yo me dignase mirar (después de haberos visto a vos)? Por eso, mi corazón quedará en libertad, excepto de la obligación, a la que no quiero faltar nunca, de rogar a Dios por vos; porque otro servicio no podré rendiros nunca». El joven príncipe, al oír tan honesta respuesta, aunque no se acomodara a sus deseos, no pudo por menos de estimarla más de lo que ya lo era. Hizo cuanto pudo por convencerla de que no amaría nunca a otra mujer que a ella, pero ésta fue tan juiciosa que cosa tan irrazonable no consiguió entrar en su entendimiento. Y durante esta conversación, aunque le dijeran repetidas veces que sus vestidos ya habían venido del castillo, sentía tal placer y se encontraba tan a gusto, que ordenó decir que dormía, hasta que llegó la hora de cenar, en que no se atrevió a dejar sola a su madre, que era una de las mujeres más listas del mundo. Así que allá marchó el joven príncipe, desde la casa del sumiller, pensando más que nunca en la honestidad de la muchacha. Habló con frecuencia de ello al caballero que dormía en su habitación junto a él, el cual, pensando que el dinero obraría mejor que el amor, le aconsejó que ofreciera a la muchacha una suma respetable para que accediera a sus deseos. Ahora bien, como quiera que su madre era la tesorera del joven príncipe, éste no tenía más que un poco de dinero para sus placeres menudos, tomándolo junto con todo lo que pudo empeñar. Y reunió así la suma de quinientos escudos, que envió a la joven por medio del caballero, con el ruego de que mudara de opinión. Mas cuando ella vio el presente dijo a aquél: «Os ruego digáis a mi señor que mi corazón es tan bueno y honesto que, si hubiera de obedecer a sus mandatos, su apostura y gracias ya me tendrían vencida; mas si ellas no tienen poder alguno sobre mi honor, todo el dinero del mundo no lo podrá tener, de lo cual le informaréis, pues prefiero la pobreza honesta a todos los bienes que se puedan desear». Entonces el caballero, al ver la actitud tan ruda, pensó que era mejor obrar con crueldad, y la amenazó con la autoridad y el poderío de su señor. Pero ella, riendo, le contestó: «Asustad en su nombre a aquellas que no le conocen; porque yo conozco muy bien que es tan prudente y virtuoso que sé que tales propósitos no proceden de él y estoy segura de que os desautorizará cuando se lo contéis. Pero, aunque fuera así como decís, no hay tormento ni muerte que puedan hacerme cambiar de opinión, porque, como ya os he dicho, si el amor no ha mudado mi corazón, ni bienes ni males que pudieran causarse a una persona podrán apartarme un paso de mis propósitos». El

caballero, que prometiera a su señor conseguirla para él, le transmitió con asombrado despecho esta respuesta y lo persuadió para que la persiguiera por todos los medios posibles, diciéndole que era una deshonra para él no poder conseguir tal mujer. Entonces el joven príncipe, que no quería usar otros medios que los que ordena la honestidad, temiendo también que si corría el rumor y su madre se enteraba, tendría motivos para encolerizarse mucho, no osó intentar nada, hasta que su caballero le propuso un medio tan fácil que pensó ya poseerla; y, para llevarlo a cabo, habló con su sumiller. Éste, decidido a servir a su señor de cualquier forma que fuera, rogó un día a su mujer y a su cuñada que fueran a visitar sus viñedos, en una casa que tenía cerca del bosque, lo que ellas prometieron. Cuando llegó el día, lo hizo saber al joven príncipe, quien se decidió a ir allá solo, con la única compañía de su caballero, y ordenó que le prepararan secretamente su mula para partir cuando fuera la hora. Pero quiso Dios que aquel día su madre estuviera ordenando un gabinete, el más bello del mundo y que, para ayudarla, reuniera junto a ella a todos sus hijos; y tanto se entretuvo allí el joven príncipe que se pasó la hora fijada. No le ocurrió lo mismo a su sumiller, que había llevado a la grupa tras él a su cuñada hasta la casa, después de haber hecho que su mujer se fingiera enferma, de suerte que le dijera cuando ya estaba a caballo que ella no podía ir; y cuando vio que se pasaba la hora en que el príncipe debía venir, dijo a su cuñada: «Creo que ya podemos regresar a la villa». «¿A quién aguardábamos?», preguntó Francisca. «Yo esperaba a nuestro señor, que me prometiera venir aquí». Cuando la hermana comprendió su vileza, le dijo: «No lo esperéis más, hermano mío; porque sé muy bien que por hoy él no vendrá». El hermano la creyó y la llevó de vuelta. Y cuando se encontraron en la casa, mostró su extremada cólera, diciendo a su cuñado que era el criado del diablo y que no hacía más que lo que se le mandaba, porque estaba segura de que había sido invención suya y del caballero, y no del joven príncipe, al que prefería sacar el dinero ayudándoles en sus locuras que hacer el oficio de buen servidor; mas como ya lo conocía tal cual era, no se quedaría más en su casa. Y dicho esto, envió a buscar a su hermano para que se la llevara de la región, abandonando inmediatamente la casa de su hermana. El sumiller, al fallar en su empresa, fue al castillo para dar cuenta a quien debía de que el joven príncipe no había ido, y apenas estuvo allí cuando lo encontró a lomos de su mula y acompañado de un caballero en el que fiaba; y el príncipe le preguntó: «¿Está todavía allí?». Así que le contó todo lo que había hecho. El joven príncipe se sintió muy enojado por haber fallado en su determinación, que pensara era el último y extremado medio que podía adoptar. Y después, viendo que no había remedio, la buscó por todas partes hasta que la encontró en una reunión de la que ella no podía huir, y se encolerizó mucho con ella por todos los rigores por que le hacía pasar y por abandonar la compañía de su hermano. Respondióle que nunca encontrara otra que fuera más peligrosa para ella, y que era bien servido por el sumiller, ya que no sólo le servía con su cuerpo y sus bienes, sino también con su alma y su conciencia. Cuando el príncipe vio que no había otro remedio, deliberó no presionarla más y toda la vida

la tuvo en su mayor aprecio. Un servidor del dicho príncipe, viendo la honestidad de esta muchacha quiso desposarla, pero ella no quiso acceder nunca sin el permiso y el mandato del joven príncipe, en quien ella pusiera todo su afecto. Así se lo hizo comprender y, ante su buena voluntad, se realizó el matrimonio, viviendo ella toda su vida en la mejor reputación. Y el joven príncipe la colmó con sus favores.

«¿Qué diremos a esto, señoras? ¿Tenemos el corazón tan bajo que haremos a nuestro servidores lo mismo que nuestros señores, después de ver a esta muchacha que no pudo ser vencida por el amor ni por el tormento? Os ruego que, a imitación suya, quedemos victoriosas sobre nosotras mismas, porque es la más encomiable victoria que podemos alcanzar». «No veo más que un mal —dijo Doña Oisille—: que los actos virtuosos no han tenido historiógrafos, que así fuera, aquellos que tanto alabaron a Lucrecia la hubieran alejado del extremo de su pluma para escribir con todo detalle las virtudes de ésta, que encuentro tan grandes que no las podría creer si no fuera por el juramento que nos habéis hecho de decir la verdad». «Yo no encuentro su virtud tan admirable como la pintáis —dijo Hircan—, porque habéis podido ver enfermos inapetentes que rechazaban buenos y saludables alimentos para comer los malos y perjudiciales. Puede ser que esa muchacha amara a algún otro y esto le hiciera despreciar toda nobleza». Pero Parlamente respondió a estas palabras que la vida y el fin de esta muchacha mostraban que nunca tuvo en su pensamiento a ningún hombre a no ser aquél a quien amaba más que a su vida viviente, pero no más que a su honor. «Alejad esa opinión de vuestra fantasía —dijo Saffredant— y oíd de dónde ha venido el término “hombres” aplicado a las mujeres. Porque puede ser que aquellas que tanto hablan no sepan a qué se refiere este nombre. Sabed que antes de que la malicia fuera demasiado grande entre los hombres, el amor era sencillo y tan fuerte que el disimulo no había lugar y era más alabado aquel que más perfectamente amaba. Pero cuando la malicia, la avaricia y el pecado vinieron a establecerse en el corazón de los hombres, expulsaron fuera de él a Dios y al amor; y en su lugar colocaron el amor de sí mismos, la hipocresía y la ficción. Y al ver las mujeres que no tenían en su corazón la virtud del verdadero amor, y que el nombre de hipocresía era tan odioso entre los hombres, le dieron el sobrenombre de honor; de forma que aquellas que no podían tener en ellas este honorable amor, decían que el honor se lo prohibía; y han hecho de ello una ley tan cruel que incluso aquellos que aman perfectamente lo disimulan, pensando que la virtud es un vicio. Pero aquellas que tienen un claro entendimiento y un sano juicio, no caen jamás en tales errores, porque conocen la diferencia entre las tinieblas y la luz y que su verdadero amor consiste en mostrar el pudor del corazón, que no debe vivir más que de amor, y no de honrarse con el vicio del disimulo». «No obstante —exclamó Dagoncin— se dice que el amor, cuanto más secreto, más digno de alabanza es». «Sí —afirmó Simontault—, secreto a los ojos de aquellos que podrían juzgarlo mal; pero claro y conocido, por lo menos

para las dos personas a quienes alcanza». «Así lo entiendo yo —dijo Dagoncin—: vale más que sea ignorado por una parte y comprendido por un tercero; por eso creo que esta mujer, que no lo declaraba, amaba mucho». «Como quiera que sea, es menester estimar la virtud, siendo la mayor la de vencer al corazón —explicó Longarine—, y viendo las ocasiones y medios que ella tenía, aseguro que ella se podía titular la mujer fuerte». «Si vos medís la grandeza de la virtud por la mortificación de sí mismo —dijo Saffredant—, ese señor era más digno de alabanza que ella, visto el amor que le profesaba y los poderosos medios y ocasiones de que disponía. Y, sin embargo, no quiso ofender la regla de la verdadera amistad, que iguala al príncipe y al mendigo, sino que usó de los medios que la humanidad permite». «Hay muchos que no lo hubiesen hecho así», aseguró Dagoncin. «Por tanto es más de estimar —replicó Longarine— que él venciera la común malicia de los hombres; porque bienaventurado es quien puede hacer mal y no lo hace». «A propósito de esto —habló Guebron—, me recordáis a una mujer que temía ofender a los ojos de los hombres más que a Dios, a su honor y al amor». «Pues bien —dijo Parlamente—, os ruego que nos la contéis y para ello os cedo la palabra». «Hay personas —comenzó Guebron— que no saben nada de Dios; o, si creen en alguno, piensan que es algo tan lejano a ellos que no pueden ver ni oír las malas obras que hacen y aunque las vean, piensan que es negligente y que no les castigará, como quien no se cuida de las cosas de aquí bajo. Y de esta misma opinión era una doncella, de quien, por honor a su estirpe, cambiaré el nombre y la llamaré Camila; ésta decía a menudo que la persona que no tiene asuntos más que con Dios, era muy feliz si en lo restante podía conservar su honor a los ojos de los hombres; pero, como podréis ver, señoras, ni su prudencia ni su hipocresía pudieron evitar que su secreto fuera revelado; como veréis por su historia, que os será contada con toda verdad, a no ser los nombres de las personas y los lugares, que serán cambiados».

Narración XLIII

De cómo fue descubierta la hipocresía de una dama cortesana a causa de la excitación de sus amores, que ella pensó ocultar muy bien

En un castillo muy bello vivía una noble princesa de gran notoriedad y tenía con ella a una joven llamada Camila, muy audaz, que abusaba de su señora de tal modo que ésta no hacía nada que no fuera por su consejo, pensando que era la más juiciosa y virtuosa de su época. La tal Camila perseguía tanto los locos amores que cuando veía a algún caballero enamorado de una de sus compañeras lo reprendía tan agriamente y daba tan mal informe a su señora que llegaba hasta a infamarlos; por lo cual era mucho más temida que amada por toda la corte; en cuanto a ella, nunca hablaba a ningún hombre a no ser en voz alta y con gran descaro, de tal forma que tenía fama de ser enemigo mortal de todo amor, aunque en realidad es que en el fondo de su corazón era todo lo contrario, ya que había un caballero al servicio de su señora por el que se sentía tan atraída que no podía más. Bien es cierto que el amor que tenía a su gloria y a su reputación le hacían disimular totalmente su afecto. Pero, después de haber llevado esta pasión más de un año, no queriendo limitarse, como las demás, a miradas y palabras, llegó a quemar tan ardientemente su corazón que decidió buscar el último remedio y, en conclusión, decidió que más valía que satisficiera su deseo y que no había nadie que conociera su corazón, a no ser Dios, y que éste lo dijera a algún hombre, a quien algunas veces lo puede revelar. Después que tomó esta resolución, un día que estaba en la habitación de su señora mirando sobre la terraza, vio a aquel que amaba tanto paseando; y tras mirarlo tanto tiempo que el día, que se ocultaba, se llevaba su vista con él, llamó a un pequeño paje suyo e, indicándole al caballero, le dijo: «¿Veis bien a aquel que lleva ese jubón de satén carmesí y la toga forrada de lobo cerval? Id y decidle que hay uno de sus amigos que quiere hablar con él, en la galería del jardín de palacio». Y así que el paje se fue, pasó por la antecámara de la habitación de su señora y se fue a aquella galería, colocándose su cometa muy baja y un antifaz. Cuando el caballero llegó a donde estaba, fue enseguida a cerrar las dos puertas por las cuales se podía llegar hasta ellos y, sin quitarse el antifaz, lo abrazó muy fuerte, diciéndole con la voz más baja que pudo: «Hace mucho tiempo, amigo mío, que el amor que os profeso me ha dado desear encontrar el lugar y la ocasión de poderos ver a solas, pero el temor por mi honor fue durante algún tiempo tan fuerte que me obligó, mal de mi agrado, a disimular esta pasión; mas, al fin, la fuerza del amor ha vencido al temor y, como sé de vuestra honestidad, si me prometéis amarme y no decirlo nunca a nadie, ni querer averiguar quien soy, os prometo que seré vuestra leal y buena amiga y que nunca amaré a otro

hombre que a vos; mas preferiría morir a que vos sepáis quien soy;» El caballero le prometió lo que le pedía, lo que la rindió fácil en seguirle el compás; y así fue que no le negó nada de lo que él quiso tomar. Eran las cinco o las seis de una tarde de invierno, lo que le impedía verla; y tocando sus ropas, halló que eran de terciopelo, que en aquel tiempo no se llevaban todos los días, a no ser por las mujeres de buena familia y de importancia, y tocando lo que había debajo, del juicio que podía sacar al tacto de la mano, encontró que no había nada que no estuviera en muy buen estado, limpio y muy a punto. Por su parte, se tomó el trabajo de hacerle las mejores caricias que pudo, no haciendo ella menos por la suya, y así supo el caballero que estaba casada. Cuando quiso regresar rápidamente por donde había venido, el caballero dijo: «Estimo como un gran bien el que, sin mérito por mi parte, me habéis dado; pero estimaría más todavía el que pudiera tener de vos a mi requerimiento. Me doy por satisfecho con tal gracia y os suplico me digáis si puedo esperar tener de nuevo bien semejante y qué debo hacer para tenerlo, ya que, como no puedo reconocer, no sé cómo conseguirlo». «No os cuidéis de ello —dijo la doncella— pero estad cierto de que todas las noches, antes de que cene la señora, yo no dejaré de enviaros a buscar; pero a esa hora os debéis encontrar en la terraza en la que estabais hace poco. Procurad estar solo y acordaos de lo que habéis prometido. Sabed que os esperaré en esta galería; pero si oís hablar de ir a comer, podéis retiraros por ese día o venir a la estancia de mi señora; y os ruego, sobre todo, que no hagáis nada por conocerme, si no queréis que acabe nuestra amistad». La doncella y el caballero se marcharon cada uno por un lado y continuaron durante mucho tiempo en esta vida, sin que él supiera nunca quién era ella, con lo cual cayó en grandes fantasías, pensando en su interior quién podía ser, ya que no creía que hubiera mujer en el mundo a quien no le gustara ser vista y amada y llegó a imaginar que fuera un espíritu maligno, por haber oído decir a un predicador necio que quien quiera que hubiera visto el rostro al diablo lo amaría siempre. En tales dudas, deliberó averiguar quién era la que le prestaba tan buena cara; y otra vez que ella envió a buscarlo, se llevó un trozo de tiza y, al abrazarla, le hizo una marca en el trasero sin que ella lo advirtiera; y así que partió, fue el caballero con premura a la habitación de su señora y se puso tras la puerta a mirar los traseros de las que entraban y, entre otras, vio entrar a Doña Camila, con tal descaro que él temía mirarla como a las demás, estando seguro de que no podía ser ella, mas así que se volvió, divisó la cruz blanca, lo que le asombró tanto que apenas podía creer lo que veía y, sin embargo, al reparar bien en su talle, que era semejante al que tocaba, y en los rasgos del rostro, que por el tacto podían reconocerse, supo ciertamente que se trataba de ella, con lo que se sintió muy contento de que una mujer que tenía fama de no admitir pretendientes y de haber rechazado a tan honestos caballeros se hubiera dirigido a él solo. Amor, que nunca puede estar quieto, no quiso soportar que viviera mucho tiempo en tal tranquilidad y lo inundó de tal gloria y esperanza que se decidió a hacerle conocer su amor pensando que, cuando ella se supiera conocida, tendría motivo para aumentar su amor; y, un día que la señora había

ido a pasear por el jardín, Doña Camila fue a pasear por otra avenida. El caballero al verla sola, se acercó para conversar con ella y, fingiendo, como si no la hubiera visto en otra parte, le dijo: «Señora, hace largo tiempo que llevo en mi corazón un sentimiento que, por miedo a disgustaros, no me atreví a revelar; pero me encuentro tan mal que no puedo soportar esta pena sin morir, ya que no creo que nunca hombre alguno supiera amaros tanto como yo os amo». Doña Camila no le dejó terminar y antes bien le respondió con gran cólera. «¿Oísteis decir alguna vez que yo tuviera amigo o pretendiente? Estoy segura de que no; y me asombra vuestra audacia al declarar tales propósitos a una mujer de bien como yo; porque vos me habéis tratado aquí lo suficiente para saber que no amo a otro que a mi marido; así que guardaros de continuar en vuestras intenciones». El caballero, al ver tanta ficción, no pudo evitar de reírse, diciendo: «Señora, no siempre habéis sido tan rigurosa conmigo como ahora. ¿De qué os puede servir usar conmigo tal disimulo? ¿No vale tener una amistad perfecta que una imperfecta?». Camila le respondió: «No tengo con vos más amistad perfecta o imperfecta que con otros servidores de mi señora; mas si insistís en vuestras pretensiones hacia mí bien podría profesaros tal odio que os escocerá». El caballero aún persistió en su propósito, y le dijo: «¿Dónde están las caricias que me hacéis cuando no os puedo ver? ¿Por qué me priváis de vos, ahora que el día me muestra vuestra belleza, acompañada de tan perfectas y graciosas prendas?». Camila, haciendo la señal de la cruz, exclamó: «Habéis perdido el juicio o sois el mayor embustero del mundo, porque nunca, en toda mi vida, pensé en haceros mejor ni peor caricia de la que os hago, y os ruego me digáis cómo es que habéis podido pensar eso». Entonces el infeliz caballero, pensando en que *la* ganaría para sí, le contó donde la había visto y la marca de la cruz que había hecho para reconocerla, con lo que ella se sintió tan traspasada de cólera que le dijo que era el hombre más vil del mundo y había inventado una mentira tan infame contra ella que ya pondría buen cuidado en hacerlo arrepentir. Él, que sabía el crédito que la dama tenía con su señora, quiso apaciguarla, lo que no le fue posible, ya que lo abandonó allí muy furiosa y se encaminó a donde estaba su señora, quien se separó de la reunión para venir a conversar con Camila, a la que amaba más que a sí misma, y al hallarla tan enfurecida, le preguntó qué le pasaba; Camila no quiso ocultárselo y le contó todo lo que el caballero le había dicho, empeorándolo de tal forma en disfavor del pobre caballero que, aquella misma noche, la señora le ordenó que saliera incontinentemente de su casa, sin hablar con nadie, y que esperara hasta que le fuera ordenado, lo que hizo con toda premura, por temor a que le pudiera ocurrir algo peor; y mientras Camila vivió junto a su señora no volvió nunca el caballero a entrar en aquella casa, y nunca más volvió a tener noticias de aquella que le jurara que la perdía desde el momento en que pretendiese saber quién era.

«Por eso podéis ver, señoras, cómo aquella que prefirió la gloria del mundo a su conciencia, perdió una y otra, ya que hoy es sabido a los ojos de todos los que ella quería ocultar a los de su marido y servidor, y, huyendo de la burla de uno, cayó en la

de todos. Y no puede ser excusada por la simplicidad de un sencillo amor, del que todos podrían apasionarse, ya que fue acusada doblemente de haber cubierto su malicia con el manto del honor y de la vanagloria, y fingirse, ante Dios y los hombres, distinta a como era. Pero Aquel que da gloria a otros descubriendo su manto, le dio a ella doble infamia». «He aquí una mujer vil e inexcusable —habló Doña Oisille—, porque ¿quién podría hablar en su favor si Dios, el honor y el mismo amor la acusan?» «¿Quién? —exclamó Hircan—, pues el placer y la locura, que son dos grandes abogados de las damas». «Si no tuviéramos otros abogados que los que son como vos —dijo Parlamente—, mal defendida estaría nuestra causa; pero aquellos que se entregan al placer no se deben llamar mujeres, sino hombres, en los cuales el honor aumenta con el furor y la concupiscencia; porque cuando un hombre se venga de su enemigo y lo mata por desmentirlo, tanto más buen compañero es considerado; y también lo es cuando ama a una docena al tiempo que a su mujer. Pero el amor de las mujeres tiene otro fundamento: la dulzura, la paciencia y la castidad». «Habláis sabiamente, afirmó Hircan». «Por eso es por lo que no quiero conocer a otros hombres», respondió aquélla. «Si no hubiera locas —intervino Nomerfide—, aquellos que quieren ser creídos en todo lo que dicen y hacen para mejor sobornar la simplicidad femenina, perdieran toda esperanza». «Os ruego, Nomerfide —dijo Guebron—, que toméis la palabra, a fin de que nos contéis alguna historia a este respecto». «Os contaré una en alabanza de una amante —dijo aquélla—, tanto como la vuestra lo ha sido en menosprecio de las locas mujeres».



Narración XLIV

Donde se habla de dos amantes que disfrutaban sutilmente de sus
amores y del feliz término de éstos

Había en la villa de París dos ciudadanos del estado medio, funcionario el uno y mercader de telas de seda el otro, quienes, desde muy antiguo, se tenían gran afecto y se trataban familiarmente. Y ocurrió que el hijo del funcionario, llamado Jacques, hombre joven que podía llevarse a cualquier reunión, frecuentaba a menudo, con el consentimiento de su padre, la morada del mercader, a causa de una hermosa hija que éste tenía, de nombre Francisca. Y tan bien manejó Jacques sus ardidés con Francisca que supo que no era menos amante que amado. Pero mientras tanto, se alzó la región de Provenza contra la incursión de Carlos de Austria, y Jacques se vio obligado a tomar las armas por el Estado a que pertenecía. Durante su servicio de armas y a poco de su comienzo, su padre pasó de la vida a la muerte, y esta noticia dobló su pesar, uno por la pérdida de su padre y el otro por la incomodidad de no ver con tanta frecuencia a su bienamada, como esperaba hacer a su regreso. Sin embargo, con el tiempo, el uno fue olvidado y el otro se aumentó; porque así como la muerte es cosa natural, y más de razón en los padres que en los hijos, así la tristeza se desvanece poco a poco. Pero el amor, en lugar de traernos la muerte, nos trae la vida, comunicándonos la propagación de los hijos, que nos hacen inmortales; y ésta es una de las causas principales de que aumenten nuestros deseos. Así, pues, Jacques, de vuelta a París, no tenía otro pensamiento ni más cuidado que frecuentar la vulgar compañía del mercader para, bajo pretexto de pura amistad, traficar con su más querida mercancía. Por otra parte, Francisca, durante su ausencia, había sido muy solicitada de todos lados, tanto a causa de su belleza como de su buen ánimo, y también porque era, desde hacía tiempo, casadera, aunque el padre no pusiera interés en ello, ya fuera por avaricia o por excesivo deseo de colocarla bien, como a hija única que era. Lo que no decía nada en honor de la muchacha, pues las gentes de ahora se escandalizan mucho más cuando no se les da motivo, y principalmente, cuando es en lo tocante al pudor de una bella muchacha o mujer. Ésta fue la causa de que el padre no se hiciera ni el sordo ni el ciego a las vulgares charlas y no quisiera parecerse a muchos otros, que, en lugar de censurar los vicios, parecen provocarlos en sus mujeres e hijos; así que la ataba tan corto que ni siquiera aquellos que no pretendían otra cosa que los lazos matrimoniales, apenas si tenían medios de verla más que bien poco, y aun así, siempre junto a su madre. No es menester preguntar si esto resultaba amargo de soportar a Jacques, que no podía resolverse a comprender en su mente que tal austeridad se guardara sin ningún otro motivo, de modo que vacilaba

grandemente entre el amor y los celos. Bien es cierto que se resolvió tomar partido, a riesgo de lo que fuera; mas primeramente, para saber si ella era aún del mismo parecer que antes, tanto fue y vino, que una mañana, oyendo misa en la iglesia cerca de ella advirtió en su continente que no estaba menos contenta de verlo que él a ella; así que él, sabiendo que la madre no era tan severa como el padre, tuvo algunas veces la audacia, como si fuera de improviso, de al verlas ir desde su morada a la iglesia, de saludarlas con una familiar y sencilla reverencia, pero, y todo ello expresamente, sin intentar ir más lejos, a fin de no malograr sus esperanzas. En breve plazo, próximo el año de la muerte de su padre, se decidió, al dejar el luto, a ponerse de punta en blanco y hacer honor a sus antepasados, comunicando su propósito a su madre, a quien pareció bien, ya que deseaba verlo casado, dado que sólo tuviera por hijos a él y a una hija ya casada, bien y honestamente. Y, de hecho, como persona de moralidad honesta que era, aún impulsó más su corazón a la virtud contándole infinidad de ejemplos de otros jóvenes de su edad, que mejoraban por sí mismos, mostrándose dignos de las familias de que descendían. No quedaba más que acordar dónde se equiparían. Pero la madre dijo: «Soy de opinión, Jacques, que vayamos a la casa del compadre señor Pedro (que era el padre de Francisca); él es nuestro amigo y no nos querrá engañar». Su madre le cosquilleó donde más le picaba. Sin embargo, él lo aceptó buenamente, diciendo: «Lo compraremos en donde encontremos lo mejor y más barato. No obstante —continuó—, dada la mistad que mi padre tenía en esta casa, me siento muy contento de que vayamos allí antes que a otros sitios». Así lo acordaron y, una mañana, madre e hijo fueron a ver al señor Pedro, que los recibió muy bien. Como sabéis que a los mercaderes no les falta nunca tales géneros, se hicieron desplegar gran cantidad de telas de seda de todas clases, y eligieron lo que precisaban, pero no pudieron llegar a un acuerdo. Cosa que Jacques hacía a propósito, ya que no veía a la madre de su amiga, y hubieron de marcharse, al fin, sin hacer nada, para ver si en otro sitio encontraban algo en mejores condiciones. Pero Jacques no encontró nada tan bueno como en casa de su amiga, así que volvieron allí poco tiempo después. Entonces encontraron a la señora, que les hizo el mejor recibimiento del mundo, y después de los regateos que se acostumbra en tales tiendas, manteniéndose la mujer del señor Pedro aún más fría que su marido, le dijo Jacques: «¡Por los dioses, señora, que sois bien rigurosa! He aquí que en esta casa, desde que hemos perdido a mi padre, ya no se nos conoce». Y aparentó llorar y enjugarse las lágrimas ante el recuerdo paterno, más para llevar adelante su intriga. La buena viuda, madre de Jacques, creyéndolo de buena fe, dijo también: «Desde su muerte, ya no nos hemos tratado más, como si antes no nos hubiésemos visto nunca; ése es el caso que se hace a las pobres viudas». Entonces se prodigaron nuevas caricias, prometiendo visitarse más a menudo que nunca. Y cuando departían en estos términos, llegaron otros mercaderes, que el dueño acompañó en persona a su trastienda. Y el joven, viendo llegado el momento favorable, dijo a su madre: «Madre, he visto con frecuencia a la señora, los domingos, ir a visitar los santos lugares que hay en nuestro barrio, y

principalmente los conventos; nos causaría mucha alegría y gran honor que alguna vez se pasara por nuestra casa y aceptara un refrigerio». La mercader, que no encontraba ningún mal en ello, le respondió que hacía ya más de quince días que tenía decidido hacer un recorrido, y que si el domingo siguiente hacía buen tiempo, bien podría ser que fuese, lo que no haría sin pasar por la casa de su madre y visitarla. Llegada a esta conclusión, también se llegó a la de la compra de las telas de seda, no era prudente, por un poco más de dinero, dejar escapar tamaña ocasión. Tomado el acuerdo y convencida la mercader, Jacques, que sabía que no podía acometer él solo tamaña empresa, se sintió impulsado a confiarse a un fiel amigo suyo, y tan bien se aconsejaron mutuamente que no quedó más que llevarla a vías de hecho. Así que, llegado el domingo, no faltaron la mercader y su hija, de vuelta de sus devociones, de pasar por la casa de la señora viuda, donde se encontraron con una vecina suya y se quedaron de plática en una galería que daba al jardín, mientras que la hija de la viuda se paseaba por las alamedas del mismo con Jacques y Oliver. Aquél, tan pronto como vio a su amiga, disimuló de tal suerte que no se advirtiera cambio alguno de su continente. Y allá fue, sin que nada se reflejara en sus facciones, a recibir a madre e hija y, como suele ocurrir que los viejos buscan la compañía de los viejos, las tres señoras se sentaron sobre un banco que les obligaba a dar la espalda al jardín, por el que poco a poco se entraron los dos enamorados, hasta llegar al lugar donde se encontraban los otros dos; y una vez reunidos, después que entre sí ambas parejas se prodigaron sus caricias, se reunieron en la galería, donde el joven supo exponer tan bien su triste caso a Francisca que, aunque, no se lo concedió, tampoco osó rehusárselo, de modo que él pudo ver que se sentía emocionada.

Es necesario que sepáis que mientras tenían esta conversación pasaban y repasaban a lo largo del lugar abrigado donde se sentaban las buenas mujeres, a fin de quitarles cualquier sospecha, hablando siempre de temas vulgares y familiares y, algunas veces, corriendo juguetonamente por entre el jardín. Allá siguieron las buenas mujeres conversando por espacio de una media hora, hasta que al fin Jacques hizo una seña a Oliver, que supo tan bien representar su papel con la muchacha con la que estaba, que ésta no advirtió que los enamorados se adentraban en un prado cubierto de cerezos y cerrado por setos de rosales y groselleros muy altos, donde aparentaron coger almendras del árbol en un rincón del prado; y lo que en realidad hicieron fue coger ciruelas del suelo. Porque Jacques, en lugar de bajar las ramas del árbol hacia su amiga, le bajo a ésta sus bragas rojas, de modo que a ella le vinieron los colores al rostro, al sentirse sorprendida más allá de lo que imaginó. Y tan hábilmente cosecharon el fruto que estaba maduro, que el mismo Oliver se resistía a creerlo, a no ser porque viera a la muchacha bajando la vista al suelo y mostrando rostro avergonzado; lo que le dio indicios de la verdad, ya que antes ella llevaba la cabeza levantada sin temor a que se viera en sus ojos la vena roja de la virginidad, y que ahora había tomado un color azulado; y advertida su aflicción por Jacques, éste, con sus demostraciones de cariño, tan necesarias en un caso así, logró que recuperara

su continente natural. Sin embargo, mientras aún daban dos o tres vueltas por el jardín, no dejó de haber lágrimas y suspiros, y aun exclamaciones como ésta: «¡Aaay! ¿Por esto es por lo que amáis? ¡Si yo lo hubiera sabido, Dios mío! ¿Qué haré ahora? Heme aquí perdida para toda mi vida. Estoy segura de que ya no me tomaréis en consideración, a menos que no seáis de aquéllos, tan numerosos, que sólo aman por placer. ¡Ay! ¡Por qué no me habré muerto antes de caer en semejante falta!».

Y al tiempo que se hacía estas reflexiones, derramaba abundantes lágrimas; pero Jacques supo reconfortarla muy bien con tantas promesas y juramentos que antes de que hubiesen acabado de dar otras tres vueltas al jardín, y después de que le hiciera de nuevo la señal a su compañero, volvieron de nuevo al prado por otro camino, y allí ella lo supo hacer tan bien que recibió más placer en la segunda cosecha que en la primera; y ved, se encontró tan bien desde aquel momento que decidieron ponerse de acuerdo sobre cómo podrían volver a verse más a menudo y con más comodidad, mientras aguardaban el consentimiento del padre. En lo que les ayudó grandemente una joven, vecina del señor Pierre, que era un tanto pariente de Jacques y muy amiga de Francisca. Así fue que continuaron sin escándalo (a lo que yo pude saber) hasta la celebración de su matrimonio, que se efectuó bien ricamente por tratarse de la hija única del mercader. Cierto es que Jacques supo capear el temporal hasta la muerte del padre, que era tan avaro que le parecía que lo que tenía en una mano, la otra se lo robaba.

«He aquí, señoras, una amistad bien comenzada, bien continuada y mejor acabada: y es que, aunque sea común a vuestas mercedes, los hombres, el desdeñar a una muchacha o a una mujer en cuanto se haya demostrado liberal en concederos lo que buscáis de ella, también es cierto que este joven se sentía impulsado por un amor bueno y sincero, y habiendo conocido en su amiga todo lo que un marido desea en la muchacha a quien desposa, y sabiéndola de buena familia y juiciosa, después de la falta que él cometió, no quiso ser a modo de adúltero ni buscar un mal matrimonio por otro sitio; en lo que lo encuentro muy de alabar». «Pues si cierto es que estos dos son ambos dignos de censura —dijo Doña Oisille—, qué me diréis del tercero, que se hacía ministro, o al menos cómplice, de la violación». «¿Lo llamáis violación —preguntó Saffredant—, siendo así que ambas partes estaban de acuerdo? ¿Es mejor en el matrimonio, que aquel que se hace así por amor? Por eso dice el refrán que los matrimonios se hacen en el cielo, pero esto no se refiere a los matrimonios impuestos ni a los que se hacen por dinero, y se dan por aprobados desde que el padre y la madre otorgan su consentimiento». «Decid lo que queráis —le respondió Doña Oisille—, pero es menester que acatemos la obediencia paterna y, en su defecto, recurrir a los otros parientes. De otra forma, si se permitiera a todos y a todas casarse a su voluntad, ¡cuántos matrimonios cornudos habría! ¿Cabe suponer que un hombre y una muchacha de doce o quince años saben lo que les conviene? Quien repare

atento en la conducta de todos los matrimonios podrá ver que hay, por lo menos, tantos entre los enamorados que han salido mal como entre los que fueron forzados; porque esas infelices personas, que no saben lo que les conviene, se agarran al primero que encuentran, sin otra consideración, y luego, poco a poco, descubren sus errores, que resultan ser de los más grandes; de ahí que, por el contrario, la mayor parte de los que se hacen forzados tienen su origen en la experiencia de los que más saben y tienen mejor juicio que los propios interesados, de modo que cuando llegan a disfrutar del bien que no conocen, lo saborean y acogen mucho más ávidamente y con mayor afecto». «Mas reparad, señora, que no decís que la muchacha era ya núbil, teniendo la edad adecuada, y que conocía la iniquidad de su padre, que dejaba enmollecer su doncellez por miedo a desenmohecer sus escudos. ¿Y acaso no sabéis que la naturaleza es sabia? Ella amaba y era amada, tenía su bien al alcance de su mano y podía recordar el proverbio de que pájaro en mano vale más que cien volando. Todas estas cosas, unidas a la pronta ejecución de su pretendiente, no le dieron la oportunidad de rebelarse; también habéis oído que inmediatamente después se pudo ver su cara que había tenido en ella una mutación notable. Esto podía ser debido a su enojo por el poco tiempo que dispuso para enjuiciar si tal cosa era buena o mala; porque no hubo necesidad de tirarle de la oreja para hacer un segundo ensayo». «Pues bien —exclamó Longarine—, yo no encontraría ninguna excusa si no fuera por la comprobada buena fe del joven, que, conduciéndose en hombre de bien, no la abandonó, demostrando que la quería tal como era y a pesar de lo que le había hecho, lo que me parece muy de alabar, vista la depravada corrupción de la juventud del tiempo presente; esto no quiere decir que yo quiera excusar su primera falta, a la que se puede calificar tácitamente de raptó por consideración a la muchacha, y de soborno en lo que se refiere a la madre». «Alto, alto —indicó Dagoncin—; ni raptó, ni soborno; todo fue hecho con puro consentimiento, tanto por parte de las dos madres, al no haberlo impedido aunque se las engañara, como por parte de la muchacha, qué tan a gusto lo encontró, y prueba de ello es que nunca se le oyó una queja». «Todo eso no ocurrió más que por la gran bondad y simplicidad de la mercader, que, en su buena fe, llevó sin pensar a su hija al matadero», dijo Parlamente. «Mas bien deberíamos decir a bodas —la contradijo Simontault—, ya que esta simplicidad no fue menos provechosa a la muchacha que perjudicial a aquella otra que tan fácilmente se dejaba engañar por su marido». «Bien —intervino Nomerfide—, puesto que sabéis el cuento os cedo la palabra para que lo recitéis». «No os fallaré —respondió Simontault— pero me habéis de prometer que no lloraréis, Quienes dicen que vuestra malicia, señoras, sobrepasa a la de los hombres, deberían recordar antes el ejemplo del caso que ahora os contaré, con el que pretendo no solamente denunciar la gran malicia de un marido, sino también la gran simplicidad y bondad de su mujer».

Narración XLV

De cómo un marido engaña la simplicidad de su mujer al sorprender a su camarera en el día de los inocentes

Vivía en la villa de Tours un hombre de espíritu sutil y muy hábil que era el tapicero de la casa de su alteza el duque de Orléans, hijo del rey Francisco. Y aunque, como consecuencia de sus enfermedades, el tal tapicero se quedara sordo, no por eso había disminuido su buen juicio, sin que lo hubiera más hábil en su oficio, amén de en otras cosas, en las que ahora veréis como sabía manejarse. Había desposado a una mujer de bien y honesta, con la que vivía en paz y tranquilidad. Temía mucho disgustarla, y ella también buscaba complacerlo en todo, mas a pesar del gran afecto que él la profesaba, era tan caritativo que a menudo daba a sus vecinas lo que era propiedad de su mujer, aunque ni decir tiene que lo hacía lo más secretamente posible. Tenían en su casa una camarera de muy buena planta, de la que el tapicero se sintió enamorado, sin embargo, temiendo que su mujer lo advirtiera, aparentaba frecuentemente reprenderla y censurarla, diciendo que era la moza más perezosa que nunca viera, lo que no le asombraba, visto que su dueña no la castigaba nunca. Y un día que hablaban de dar una inocentada, dijo el tapicero a su mujer: «Sería una buena obra dársela a esta perezosa moza vuestra, pero sería menester que no fuera por vuestra mano, porque es demasiado débil y demasiado compasivo vuestro corazón. ¿Qué os parece si empleo yo la mía? Así seríamos mejor servidos por ella de lo que somos». La infeliz mujer, que nunca pensara en ningún mal, le rogó que lo tomara él a su cargo, admitiendo que no tenía ni corazón ni fuerza para darle unos azotes. El marido, que aceptó gustoso esta comisión para hacer de verdugo, mandó comprar unos vergajos de los más finos que pudo encontrar. Y para demostrar el gran deseo que tenía de utilizarlos, los hizo remojar en salmuera, de suerte que su pobre mujer sintió más piedad por su camarera que dudas por su marido. Llegado el día de los Inocentes, el marido se levantó muy temprano y subió a la buhardilla, donde la camarera estaba sola, y le dio la inocentada de forma muy distinta a como imaginaba su mujer. La camarera se puso a llorar mucho, pero no le valió de nada. Sin embargo, por miedo a que llegara su mujer, comenzó a golpear con los vergajos las maderas del lecho, de tal modo que las astilló y rompió, y ya rotas, las llevó a su mujer, diciéndole: «Querida mía, creo que nuestra camarera recordará el día de los Inocentes». Después que el marido saliera de la casa, la camarera fue a postrarse de rodillas delante de su dueña, diciéndole que su marido la había hecho la mayor ofensa que se pudiera hacer nunca a una camarera. Pero su dueña, pensando que se refería a los vergajazos que pensaba le habían sido dados no la dejó terminar su queja, y le

contestó: «Mi marido ha hecho bien, pues ya hace más de un mes que vengo rogándoselo; y si os duele, me alegro, y no culpéis a nadie más que a mí; y aun pienso que no ha hecho todo lo que debía». La camarera, al ver que su dueña aprobaba acción semejante, pensó que no era tanto pecado como ella imaginó, dado que aquélla, a la que tenía por tan mujer de bien daba su aprobación; y ya no se atrevió a volver hablar de ello. Y el amo, al ver que su mujer se sentía tan contenta de ser engañada como él de engañarla, decidió contentarla con la mayor frecuencia y supo ganarse tan bien a la camarera que ésta no volvió a llorar más cuando le hada una inocentada. Esta forma de vida continuó mucho tiempo sin que la mujer lo advirtiera, hasta que vinieron las grandes nevadas. Y el tapicero, así como diera inocentadas a la camarera sobre la hierba del jardín, quiso también dárselas sobre la nieve. Y una mañana, antes de que nadie se despertara en la casa, la llevó en camisa a abrirse de piernas sobre la nieve y, aunque jugaron los dos a tirarse nieve el uno al otro, no olvidaron la inocentada. Lo que fue visto por una de las vecinas, que estaba asomada a la ventana y mirando precisamente en dirección al jardín para ver qué tiempo hada, y al ver esta vileza, se sintió tan airada que decidió decirlo a su buena comadre, a fin de que no se dejara engañar más por tan mal marido, ni servir por tan maliciosa moza. El tapicero, después de dedicarse a sus inocentes juegos, miró en su derredor por si alguien los había visto, y divisó a su vecina en la ventana, lo que le fastidió mucho; mas, lo mismo que sabía dar color a toda tapicería, pensó en pintar de colores el hecho que su comadre fuera tan engañada como su mujer; y así que volvió a acostarse, hizo levantar de la cama a su mujer y la llevó en camisa al jardín, como había hecho con la camarera, y jugó bastante rato con ella y la nieve, como hiciera con la otra, y después, le dio la inocentada también como a su camarera, y tras ello se fueron a acostar ambos. Cuando la buena mujer fue a misa, su vecina y buena amiga no dejó de encontrarse con ella y, con gran celo por su parte, le rogó que expulsara a su camarera, que era una moza maliciosa y peligrosa. Cosa que no quiso hacer sin saber antes por qué su vecina la tenía en tan mal estima, así que a la postre aquélla le contó cómo la había visto aquella mañana en el jardín con su marido. La buena mujer se puso a reír mucho, diciéndole: «¡Ay, comadre, amiga mía, era yo!». «¡Cómo, comadre, si estaba sólo con la camisa, alrededor de las cinco de la madrugada!». La buena mujer le respondió: «Os aseguro, comadre, que era yo». La otra insistió en su propósito, diciendo: «Y se tiraban nieve el uno al otro, y luego en las tetas, y luego en otro lugar, con la mayor familiaridad posible». La buena mujer contestó: «¡Ja, ja!, comadre, era yo». «Reparad comadre —insistió la otra— que los he visto hacer sobre la nieve cosas y cosas que no eran ni bellas ni honestas». «Comadre —contestó la buena mujer— os he dicho, y os repito aún, que era yo y no otra quien hacía todo lo que vos me decís; pues mi marido y yo jugamos así en privado. Os ruego que no os escandalicéis, pues ya sabéis que hemos de complacer a nuestros maridos». Así que la otra comadre se volvió, muy descosa de tener una clase de marido como aquél por el que le acababa de preguntar su vecina. Y cuando volvió el tapicero, su mujer le

contó con todo detalle lo que le dijera su comadre. «Bien está, querida mía —respondió aquél—; reparad que si vos no fuerais mujer de bien y de buen juicio, tiempo ha que nos hubiéramos separado el uno del otro; pero yo espero que Dios querrá conservaros en nuestra buena amistad para su mayor gloria y nuestro mejor contento». «¡Amén, querido! Por mi parte, espero que nunca encontraréis nada a faltar».

«Sería muy incrédulo, señoras, quien después de haber oído esta verídica historia, juzgara que hay en vuestras mercedes tanta malicia como en los hombres, por más que, sin ofender a nadie, a la hora de alabar en verdad al hombre y a la mujer, no se puede dejar de afirmar que ni uno ni otra valen nada». «Ese hombre —dijo Parlamente—, era asombradamente malvado, porque de una parte engañaba a su camarera, y de otra a su mujer». «No habéis comprendido bien el cuento —aseguró Hircan—, ya que lo que quiere significar es que las contentó a ambas dos en una mañana; y encuentro un tacto muy meritorio, saber hablar y contentar a dos personas contrarias». Parlamente le respondió: «En eso fue doblemente malo, al satisfacer la simplicidad de una con mentiras y la malicia de la otra por su vida». «Mas ya comprendo que esos pecados, encomendados a tal juez como vos, serán siempre perdonados». «Sí —afirmó Hircan—, asegurándoos que nunca acometeré empresa tan difícil y espinosa. Y dado que siempre os rindo cuentas, será señal de que no habré empleado mal mi jornada». «Si el amor recíproco no contenta el corazón —enjuició Parlamente—, ninguna otra cosa puede contentarlo». «Os aseguro —exclamó Simontault— que creo que no hay mayor pena en el mundo que amar sin ser amado». «Os creo —asevera Doña Oisille— y, a propósito de esto, recuerdo una historia que decidí no colocar en el grupo de las buenas; sin embargo, puesto que viene a cuento, me siento contenta de poderla referir».

Narración XLVI

Donde se habla de un franciscano que ofendía gravemente a los
maridos azotando a sus mujeres

En la villa de Angulema, donde con frecuencia moraba el conde Carlos, padre del rey Francisco, vivía un franciscano llamado De Valles, hombre sabio y gran predicador, y así que un Adviento predicó en la villa ante el conde, con lo que su reputación aún creció más. Y ocurrió que, durante el Adviento, un atolondrado joven vecino de la villa, que había desposado a una muchacha bastante bella, no dejó por eso de correr acá y allá, tanto y más disolutamente que los bien casados, lo que la joven, advertida, no quiso dejar pasar, de tal modo que a menudo ocurría que, de antemano, ella se cobraba; y esto, de otra manera de la que hubiera deseado, no obstante lo cual, no dejaba por eso de continuar en sus lamentos, llegando incluso a las injurias, con lo que el joven se irritó de tal forma que un día la azotó a más y mejor, gritando ella aún más que antes; y entonces, sus vecinas, que conocían el motivo, no se pudieron callar, y gritaban públicamente por las calles: «¡Maridos así, al diablo, al diablo!». Por azar, pasaba por allí el franciscano De Valles, que oyó el clamor y escuchó el motivo, decidiéndose a dedicar al tema unas palabras en su prédica del día siguiente, cosa que no dejó de hacer; así que trajo a colación el matrimonio y el afecto que tenemos que profesamos dentro de él, destacando grandemente sus ventajas y demostrando a los infractores, al tiempo que comparaba el amor conyugal y el amor paterno. Y así dijo, entre otras cosas, que había más peligro de perdición y castigo más grave en que un marido azotara a su mujer que en que lo hiciera a su padre o a su madre. «Porque —dijo—, si azotáis a vuestro padre o a vuestra madre, se os enviará a buscar la absolución a Roma, pero si azotáis a vuestra mujer, ella y todas sus vecinas os enviarán al diablo, es decir, al infierno. Ahora bien, reparad qué diferencia existe entre uno y otro castigo, ya que de Roma, ordinariamente se vuelve, pero del infierno, ¡ay!, no se regresa nunca, *nulla est redemptio*^[17]. Después de su sermón se le advirtió que las mujeres se habían hecho fuertes basándose en sus argumentos y que los maridos no podían sacar punta de ellas, lo que se decidió a remediar, en disfavor de la mujer. Y, para conseguirlo, comparó en uno de sus sermones a las mujeres con el demonio, diciendo que son los dos mayores enemigos del hombre, que lo tientan sin cesar, y en especial, la mujer: “Porque, en cuanto a los demonios, enseñándoles la cruz huyen, mientras que con las mujeres ocurre todo lo contrario: eso es lo que las amansa y las hace ir y correr y dar a sus maridos infinidad de tormentos. ¿Pero sabéis lo que tenéis que hacer, buenas gentes, cuando veáis que vuestras mujeres os atormentan sin cesar, tal como tienen

por costumbre? Quitadle los brazos a la cruz y con el árbol atizadles desde lejos; no necesitaréis hacer la prueba más que tres o cuatro veces, pero con viveza, para que os dé resultado, y veréis como, así como se expulsa al diablo por la virtud de la cruz, así conseguiréis que callen vuestras mujeres por la virtud del árbol de la dicha cruz, de forma que ya no volverán nunca a las andadas”».

«Ésta es una parte de los sermones del venerable De Valles, de cuya vida no os contaré más, y no sin motivo, pero sí os puedo asegurar que a pesar de la conducta que siguiera (y yo lo he conocido), antes tomaba el partido de las mujeres que el de los hombres». «Señora —dijo Parlamente— pues no lo demostró en ese último sermón, al dar instrucciones a los hombres para que las maltrataran». «No habéis comprendido su astucia —exclamó Hircan—; claro que no estáis ejercitada en el arte guerrero y en el uso de estratagemas y necesidades, de las cuales ésta es una de las mejores: saber cómo sembrar la sedición civil en el campo del enemigo, porque así es más fácil luego de vencer. Así, este maestro de frailes sabía bien que el odio y la cólera entre marido y mujer son muy a menudo causa de que éstas den rienda suelta a su honestidad, la cual, al emanciparse del cuidado de la virtud se encuentra en seguida entre las garras de los lobos antes de que pueda advertir que se ha extraviado». «De cualquier forma que sea —respondió Parlamente—, yo no podría amar a quien fuera causa de riñas entre mi marido y yo, máxime si llegaba hasta el extremo de los golpes; que, a palizas, falso amor. Y, sin embargo (a lo que he podido oír), hacen tan bien los mosquitas muertas cuando quieren obtener ventajas de alguna mujer, y obran de forma tan atrayente para conseguir sus intenciones, que pienso que existe más peligro en escucharlos en secreto, que en recibir en público golpes del marido, lo que, por comparación, resultaría bueno». «En verdad —habló Dagoncin—, que ellos han descubierto sus intrigas en todos sitios, y no sin motivo, que se les debe temer, aunque en mi opinión, toda persona que no sea sospechosa es digna de alabanza». «Sin embargo —dijo Doña Oisille—, se debe sospechar siempre del mal que hay que evitar, porque más vale sospechar de un mal que no existe que caer, por tonta creencia, en el que sí es. Por mi parte, nunca vi a una mujer engañada por ser remolona en creer las palabras de los hombres, pero sí lo oí de varias por adecuar demasiado prontamente su fe a sus mentiras; y es que, como yo digo, los males que pueden suceder casi nunca se sospechan de aquéllos que tienen a su cargo a hombres, mujeres, ciudades y estados. Y así, por muy al acecho que se esté, la vileza de las traiciones predomina bastante, y el pastor que no esté de continuo vigilante será engañado por las astucias del lobo». «También ocurre —argumentó Dagoncin—, que las personas suspicaces no pueden tener un verdadero amigo, y bastantes son los que están separados por una simple sospecha». «Si sabéis de algún ejemplo, os cedo la vez para que nos lo contéis», respondió Doña Oisille. «Sé uno tan verídico que os gustará oírlo —replicó Dagoncin—. Os diré, señoras, cuándo se rompe más

fácilmente una buena amistad: cuando la certeza de la amistad comienza a dar paso a la sospecha. Y, así como creer al amigo es d honor más grande que le puede hacer, así dudar de él es el mayor deshonor; y esto, porque se le piensa otro del que es, lo que es causa de romper muchas amistades y volver enemigos a los amigos, como podréis ver por la historia que voy a contaros».

Narración XLVII

De como un caballero de Perche, por sospechar equívocadamente de la amistad de su amigo, lo provoca a realizar contra él el motivo de su sospecha

Cerca de la región de Perche moraban dos caballeros que, desde el tiempo de su infancia, vivieran en tan grande y perfecta amistad que entre ellos no había más que un solo corazón, una sola casa, un solo lecho, una sola mesa y una sola bolsa. Continuaron viviendo durante mucho tiempo en esta excelente amistad, sin que nunca hubiera entre ambos un mal entendimiento, o una palabra de las que permiten apreciar las diferencias existentes entre las personas, de suerte que no sólo vivían como dos hermanos, sino más bien como si fueran un solo hombre. Uno de los dos se casó; sin embargo, no abandonó su buena amistad ni de vivir con su compañero como tenía por costumbre. Cuando se encontraban en algún alojamiento pequeño no dejaba de hacerle que se acostara con su mujer y él; bien es cierto que él se situaba en medio. Poseían sus bienes en común, de modo que al ocurrir el matrimonio éste no fue impedimento a tan perfecta amistad. Pero, al cabo del tiempo, la felicidad de este mundo, que apareja consigo una mutabilidad, no pudo durar en la casa, que era demasiado feliz, porque el marido, olvidando la fe que tenía puesta en su amigo y sin motivo alguno, dio en sospechar en gran manera de él y de su mujer, ante la cual no pudo disimularlo, dirigiéndole algunas frases enojosas que la asombraron mucho, ya que la ordenara que hiciera en todo, excepto en una sola cosa tan buena cara a su compañero como a él; y, sin embargo, ahora le prohibía hablar con él a no ser que estuvieran con más gentes. Lo que ella hizo saber al compañero de su marido, que no la creyó, sabiendo muy bien que no había pensado ni hecho cosa alguna por la que su compañero debiera sentirse pesaroso; y, como estaba acostumbrado a no disimular nada, le dijo lo que había oído, rogándole que no le ocultara la verdad, ya que no quería que ni eso ni cualquier otra cosa diera ocasión a romper la amistad que entre ellos había contraída.

El apesadumbrado caballero le aseguró que nunca pensara nada semejante, y que aquellos que habían sembrado tal rumor mintieron vilmente. Su compañero le contestó: «Bien sé que los celos son una pasión tan insoportable como el amor; y si alguna vez los padecéis y fuña yo la causa, sabed que nunca os causaré un perjuicio, así que no tenéis de qué guardaros; pero sí hay una cosa que depende de vos y de la que yo me podría quejar, y es que me quisierais disimular vuestra enfermedad, ya que nunca me habéis ocultado pasión u opinión alguna, al igual que yo hice con vos. Si yo estuviera enamorado de vuestra mujer, no deberíais imputármelo por vileza, ya

que es un fuego que no está en mi mano para proporcionarme placer; mas si os lo ocultara y buscara el hacerlo saber a vuestra mujer con demostraciones de cariño, yo sería el más vil compañero que nunca hubo. Por mi parte os puedo asegurar que, aun siendo ella tan honesta y mujer de bien, es la persona que nunca vi con la que mi fantasía se entretuviera tan poco (incluso antes de que fuera vuestra mujer); pero, aunque no haya motivo, os requiero a que si tenéis la menor sospecha posible, me lo digáis, a fin de que yo ponga tal remedio que nuestra amistad, que tanto durara, no se rompa por una mujer; porque, aunque yo la amara más que a todas las cosas del mundo, nunca se lo diría a ella, ya que prefiero vuestra amistad a ninguna otra». Su compañero le juró, con los juramentos más graves que pudo, que nunca pensara nada de ello, y le rogó que usara su casa como hasta entonces lo hiciera. El otro le respondió: «Puesto que así lo queréis, así lo haré, pero os ruego que si, después de esto, mudáis de opinión respecto a mí o encontráis algo mal, no me lo disimiléis y ya no viviré más en vuestra compañía». Al cabo de algún tiempo entró más que nunca en sospechas, y ordenó a su mujer que no lo tratara con la misma disposición de siempre, lo que ella dijo al compañero de su marido, rogándole que quisiera abstenerse de hablar más con ella, ya que tenía orden de hacer otro tanto con él. El caballero comprendió, por estas palabras y por algunos detalles que veía en su compañero, que éste no había mantenido su promesa; así que, muy encolerizado, le dijo: «Si estáis celoso, amigo mío, es cosa natural; pero después de los juramentos que me hicisteis, no puedo darme por contento con que me lo hayáis ocultado, ya que siempre pensé que no habría entre vuestro corazón y el mío obstáculo ni impedimento alguno; mas, con gran pesar y sin culpa por mi parte, veo que hacéis lo contrario, ya que no solamente sois tan tonto para sentiros celoso de vuestra mujer y de mí, sino que además queréis encubrirlo, para que vuestra enfermedad dure tanto que termine por convertirse en odio, y así como el amor es la más grande virtud que se haya visto en nuestro tiempo, la enemistad es la más mortal. He hecho lo que he podido por evitar estos inconvenientes, pero puesto que me suponéis tan vil y lo contrario de lo que siempre he sido con vos, os juro y prometo por mi fe que seré tal como pensáis de mí, y que no cesaré hasta que haya conseguido de vuestra mujer lo que estimáis que he perseguido, así que, en lo sucesivo, guardaos de mí, ya que, si la sospecha os ha separado de mi amistad, el despecho me separará de la vuestra». Y aunque su compañero quiso hacerle creer lo contrario, se negó a creerlo y retiró su parte de los muebles y de los bienes que poseían en común, y se alejaron el uno del otro, con sus corazones tan separados como antes estuvieran unidos, de suerte que el caballero, que no estaba casado, no cejó hasta hacer cabrón a su compañero, tal como había prometido.

«Así puede ocurrir, señoras, a aquellos que sin razón sospechan de sus mujeres; porque muchos son ellos mismos la causa de hacerlas tal como suponen, ya que una

mujer de bien antes se siente vencida por la desesperación que por todos los placeres del mundo. Y si alguien dice que la sospecha es amor, yo lo niego; ya que, aunque nazca de él, como la ceniza del fuego, así lo mata». «Yo también pienso —aseguró Hircan— que no hay mayor disgusto, para hombre o para mujer, que el ser sospechoso de algo contrario a la verdad; en cuanto a mí, no hay nada que me induzca tanto a romper la amistad con mis amigos como la sospecha». «Pero no es excusa razonable en una mujer —habló Doña Oisille—, vengarse de la sospecha de su marido a costa de su propia deshonra. Es obrar como aquel que no pudiendo matar a su enemigo, se da una estocada a sí mismo, o no pudiendo arañarlo se muerde los dedos. Y ella hubiera obrado más juiciosamente si nunca dijera nada al compañero, para demostrar a su marido el error que cometía al sospechar de ella, y así, el tiempo los hubiera apaciguado a ambos». «Hubiera obrado en mujer de gran corazón —coincidió Emarsuite—; y si muchas mujeres obraran así, sus maridos no se sentirían tan ultrajados como se sienten». «Como quiera que sea —dijo Longarine—, la paciencia vuelve al fin a la mujer victoriosa, la castidad digna de alabar, y hace que nos detengamos ahí». «Sin embargo —replicó Emarsuite—, una mujer bien puede ser casta sin pecar». «¿Cómo comprendéis vos eso?», preguntó Doña Oisille. «Cuando confunde a otro con su marido», respondió Emarsuite. «¿Y quién es tan tonta que no conoce la diferencia entre su marido y otro hombre, de cualquier guiso que él se pueda disfrazar?», inquirió Parlamente. «Ha habido, y hay aun —contestó Emarsuite— quienes se han visto engañadas, sintiéndose descontentas y sin que se las pueda culpar de pecado». «Si sabéis algún caso —dijo Dagoncin—, os cedo la vez para que lo contéis; que encuentro muy extraño que inocencia y pecado puedan estar juntos». «Sea —respondió Emarsuite—, escuchad, pues, y si por los cuentos precedentes, señoras, no habéis sido advertidas de lo peligroso que es alojarse en casa de aquellos que nos tachan de mundanas y que se piensan santos y más dignos que nosotras, quiero demostraros ahora con un ejemplo que son hombres como los y tan maliciosos como ellos; y en esta historia podréis verlo».

Narración XLVIII

De cómo dos franciscanos, en la noche de bodas, ocuparon, uno tras otro, el lugar del esposo, y de cómo fueron castigados por ello

En una posada de una aldea del país del Périgord se realizaron las bodas de una muchacha del lugar, en la que todos sus parientes y amigos se esforzaron por celebrarlo del mejor modo posible. Durante el día de la boda, llegaron allá dos franciscanos, a los cuales se dio de comer en su habitación. Ya que su condición de religiosos no les permitía asistir a la fiesta, pero el primero de dios, que tenía más autoridad y malicia, pensó que, puesto que se le apartaba de la mesa, tendría su parte en la cama, y les jugaría una buena pasada de las que era maestro. Cuando llegó la noche y comenzaron los bailes, el franciscano, desde la ventana, miró largo rato a la recién casada, encontrándola muy bella y de su agrado, e investigó cuidadosamente por las camareras cuál era la habitación en la que ella se debía acostar, averiguando que estaba cerca de la suya, con lo que se sintió muy contento, y se mantuvo al acecho hasta que vio desaparecer a la recién casada, a la que acompañaron las viejas, como de costumbre y como aún era temprano, el marido no quiso abandonar el baile donde se encontraba tan a gusto que parecía haber olvidado a su mujer, cosa que no había hecho el franciscano, quien así que oyó que la recién casada se había acostado, se despojó de su hábito gris y se fue a ocupar el puesto del marido; mas, por miedo a ser encontrado allí se entretuvo bien poco, y yendo hasta el final del pasillo, donde estaba su compañero montando guardia para él, éste le hizo seña de que el marido bailaba aún. El franciscano que aún no había satisfecho su vil concupiscencia, se encaminó en derechura a acostarse con la desposada, hasta que su compañero le dio aviso de que era momento de irse. Llegó el marido a acostarse, y su mujer, que había sido tan atormentada por el franciscano que no pedía más que reposo, no pudo contenerse de decirle: «¿Acaso habéis decidido no dormir nunca y no hacer otra cosa que atormentarme?». El infeliz marido, que acababa de llegar, se asombró mucho, y le preguntó qué tormento era el que le había infligido, sino había abandonado el baile. «No es mal baile —le respondió la pobre muchacha—; ya es la tercera vez que habéis venido a acostaros conmigo, y me parece que haríais mejor en dormir». El marido, al oír estas frases, se asombró mucho, y olvidó todo lo demás para averiguar la verdad de este hecho; mas cuando ella se lo contó, sospechó que se trataba de los dos franciscanos que estaban en su casa, y levantándose incontinentemente fue a la habitación, que se encontraba cerca de la suya, y al no encontrarlos, se puso a gritar tan fuerte pidiendo ayuda que reunió a todos sus amigos, los cuales, tras oír el hecho, le ayudaron con candelas, linternas y todos los perros de la aldea a buscar a los

franciscanos; y, al no hallarlos en las casas, supieron obrar tan diligentemente que los atraparon en los viñedos, y allá fueron tratados como merecían; así que, después de haberlos azotado a modo, les cortaron los brazos y las piernas y los abandonaron en la viña, bajo la custodia del dios Baco y de Venus, de quienes eran mejores discípulos que de San Francisco.

«No os asombréis, señoras, si tales gentes, separadas de nuestra común forma de vivir, hacen cosas que hasta los aventureros tendrían vergüenza de hacer. Maravillaos de que no lo hagan peor cuando Dios retira su mano de sobre ellos, porque el hábito nunca hace al monje, y muchas veces, por orgullo, lo deshace». «¡Dios mío! —exclamó Doña Oisille—, ¿es que no acabaremos nunca con los cuentos de los frailes?». Emarsuite le contestó: «Si no eludimos a las damas, los príncipes y los caballeros, no veo por qué habrá de disgustarles que nos dignemos hablar de ellos, ya que la mayor parte son tan inútiles que, si no hicieran mal alguno digno de recuerdo, no se hablaría de ellos nunca. Se dice vulgarmente que más vale hacer mal que no hacer nada; y nuestro ramillete sería más bello cuanto más lleno esté de diferentes cosas». «Si queréis prometerme no enfadaros conmigo —dijo Hircan, os contaré una historia de dos personas, tan curtidas en las lides amorosas, que no podréis por menos de excusar al infeliz franciscano por haber remediado su necesidad allí donde pudo hacerlo, dado que aquella que tenía tantas ganas de comer buscaba su golosina con tan poca discreción». «Puesto que hemos jurado decir la verdad —dijo Doña Oisille—, quiere decir que también hemos jurado escucharla. Así que podéis hablar con plena libertad, porque todas las cosas malas que decimos de los hombres y las mujeres, no son para la deshonra particular de aquellos de quienes se cuenta, sino para que no tengamos demasiada estima y confianza en las criaturas, mostrando las miserias a que están sujetas, a fin de que nuestra esperanza se detenga y apoye más y más en Aquel que es la única perfección posible, y sin el cual todo en el hombre no es más que imperfección». «Bien —exclamó Hircan—, así, pues, os contaré mi historia».

Narración XLIX

De las sùtilezas de una condesa para conseguir secretamente su placer
de los hombres, y de cómo fue descubierta

En la corte del rey de Francia, llamado Carlos, y en una época que no diré por respeto al honor de aquella de quien quiero hablaros, ni a quien tampoco citaré por su propio nombre, vivía una condesa de muy buena familia, pero que era extranjera. Y, como las cosas nuevas siempre son gratas, la condesa, a su llegada, tanto por la novedad de sus trajes como por la riqueza de que hacía gala, era mirada por todos. Y, aunque no fuera una de las más bellas, unía tal gracia a una audacia tan particular que no era posible dejar de admirar sus palabras y la serenidad de su continente, de suerte que no había persona que no temiera el abordarla, con excepción del rey, que la amaba mucho y que, para hablar con ella más privadamente, encomendó una comisión al conde, su marido, que llevó a éste a larga ausencia; y, durante este tiempo, el rey hizo el amor a su mujer. Varios caballeros del rey, que supieron que su señor obtenía trato de favor, tuvieron el atrevimiento de hablar con ella y, entre otros, estaba uno llamado Astillon que era muy audaz y hombre de buenas prendas. Al principio ella le escuchó con gran severidad, amenazándolo con decírselo al rey su señor, de modo que él sintió miedo; pero como no era costumbre de tan aguerrido capitán temer las amenazas, se reafirmó en su propósito y la persiguió tan insistentemente que ella accedió a hablar con él a solas, indicándole de qué manera debería llegarse hasta su habitación, lo que él no dejó de hacer; y a fin de que el rey no tuviera sospecha alguna, le pidió permiso para hacer un viaje y se marchó de la corte. Mas, a la primera jornada, abandonó todo su equipaje y regresó de noche a recibir la promesa que la condesa le hiciera, y que le mantuvo. Con lo que quedó tan satisfecho que se vio obligado a permanecer siete u ocho días encerrado en una antecámara, sin salir fuera, y viviendo allí a base de refrigerios. Durante los ocho días que estuvo oculto, llegó uno de sus compañeros, de nombre Duracier, a hacer el amor a la condesa. Ésta adoptó con el segundo la misma conducta que con el primero: al principio, aspereza y audacia, que con el paso de los días se dulcificó. Y cuando llegaba el día en que daba permiso al primer prisionero, ponía al segundo en su lugar. Y, mientras tanto, un tercer compañero suyo, llamado Valnebon, hizo parejo oficio que los dos primeros; y, tras ellos, aún hubo dos o tres que tuvieron su parte en la dulce pasión. Esta forma de vivir duró mucho tiempo y fue llevada tan astutamente que los unos no sabían nada de los otros. Y aunque cada uno asaz conocía el amor que los otros le profesaban, no había ni uno solo de ellos que no pensara en ser el único en ver alcanzados sus deseos, burlándose los unos de los otros al pensar que no

habían conseguido tamaño bien. Un día que los caballeros más arriba citados estaban en un banquete, donde se ponían buena cara, comenzaron a hablarse de sus respectivas fortunas y de las prisiones que habían padecido durante las guerras. Pero Valnebon, que se resistía a ocultar por más tiempo aquella buena suerte de que todos habían disfrutado, comenzó a decir a sus compañeros: «Bien sé qué prisiones habéis padecido, pero, en cuanto a mí, por amor a una en la que he estado, no tendré toda mi vida más que alabanzas para todas las demás, ya que pienso que no hay placer en el mundo que se asemeje al de aquel de ser prisionero». Astillon, que había sido el primer prisionero, se malició la prisión a que se refería, y le respondió: «Quienquiera que sea el carcelero, la prisión me fue tan agradable que bien hubiera querido durara más tiempo, porque nunca me sentí mejor ni más contento». Duracier, que era hombre parlanchín, sabiendo muy bien que se hablaba de la prisión donde también él estuviera, como los otros, preguntó a Valnebon: «¿Qué alimentos comíais en la prisión que tanto alabáis?». «El rey no los tiene mejores —respondió aquél— ni más nutritivos». «Pero, además, necesito saber —insistió Duracier— si aquel que os tenía prisionero os forzaba bien a ganáros vuestro pan». Valnebon, que advirtió que lo habían comprendido, no se pudo contener de jurar: «¡Voto a tal! ¡Así que tuve tantos compañeros, cuando pensé ser el único!». Astillon, al ver esta diferencia en la que él también tomara parte, dijo riéndose. «Compañeros y amigos de mi juventud: todos nos debemos al mismo señor, así que, si hemos sido compañeros de una misma mala fortuna, tendremos buen motivo para reírnos; mas, para saber si es verdad lo que pienso, os ruego, si os pregunto, que todos me la digáis; porque si ha sucedido tal como imagino, será una aventura tan divertida como creo que no se podrá encontrar otra en ningún sitio». Juraron todos decir la verdad, dado que había sucedido de tal forma que ninguno la podría negar. Astillon les dijo: «Os contaré mi fortuna y vuestras mercedes me responderán sí o no, si la vuestra fue pareja». Accedieron todos, y al momento continuó: «En primer lugar, pedí permiso al rey para hacer un viaje». Ellos respondieron: «Nosotros también». «Cuando estuve a dos leguas de la corte, abandoné mi equipaje y fui a constituirme prisionero». Respondieron: «Nosotros hicimos otro tanto». «Durante siete u ocho días —prosiguió Astillon— estuve oculto en una antecámara donde sólo se me daba a comer refrigerios y los mejores alimentos que nunca comiera; y al cabo de ocho días, los que me encarcelaron me dejaron ir bastante más débil de como llegara». Ellos juraron que les había ocurrido lo mismo. «Mi prisión terminó tal día», indicó Astillon. «La mía —siguió Duracier— comenzó el mismo día que terminaba la vuestra, y duró hasta tal otro». Valnebon, perdiendo la paciencia, comenzó a jurar y dijo: «¡Por la sangre de Baco! A lo que veo soy el tercero, cuando pensé ser el primero y único, porque yo entré y salí en tal día y tal otro». Los otros tres que se sentaban en la mesa, aseguraron que efectivamente ellos habían guardado este orden. «Bien, puesto que así es —resumió Astillon—, confesaré el estado de nuestro carcelero: está casada y su marido está fuera». «Es la misma», respondieron todo. «Entonces, para salir de dudas —continuó Astillon—, yo, que fui

el primer alistado, la citaré el primero: se trata de la señora condesa, que se mostraba tan audaz que, al lograr su amistad, pensé haber vencido a César. ¡Que los demonios se lleven a la tal villana, que tanto nos ha hecho trabajar y considerarnos tan felices con haberla conseguido! Nunca existió mujer tan vil, que cuando tenía uno en la jaula, ya practicaba con el otro, para no estar nunca sin entretenimiento; preferiría morir a que quedara sin castigo». Preguntaron a Duracier cuál era el castigo que le parecía que debía tener y que todos estaban prestos a darle. «Me parece —contestó aquél—, que deberíamos decírselo al rey nuestro señor, que la trata como si fuera una diosa». «No haremos tai —dijo Astillon—; tenemos bastantes medios para vengarnos de ella sin acudir a nuestro señor. Encontrémonos mañana cuando ella venga a misa y que cada uno lleve consigo una cadena de hierro al cuello; y, cuando entre, la saludaremos como corresponde». El consejo fue encontrado muy bueno por toda la reunión y cada uno se agenció una cadena de hierro. Llegada la mañana, vestidos todos de negro, sus correspondientes cadenas de hierro arrolladas en tomo a su cuello a modo de collar, fueron a buscar a la condesa, que iba a la iglesia, quien, así que los vio vestidos de esta guisa, se puso a reír y les preguntó: «¿Adónde van tan doloridas gentes?». «Señora —le replicó Astillon—, nosotros, vuestros esclavos prisioneros, hemos venido a ponernos a vuestro servicio». La condesa, aparentando no comprender nada, les respondió: «No sois mis prisioneros de ninguna manera, y no comprendo por qué habéis de estar a mi servicio más que al de las otras». Valnebon se adelantó y dijo: «Habiendo comido vuestro pan durante tanto tiempo, seríamos muy ingratos si no nos pusiéramos a vuestro servicio».

Ella puso buena cara y fingió no entender nada, intentando con su fingimiento desconcertarlos, pero ellos insistieron de tal modo en su intención que comprendió que la cosa había sido descubierta. Así que buscó inmediatamente la forma de engañarlos, porque aunque había perdido el honor y la conciencia, no quería recibir la vergüenza que intentaban hacerle; así que, como quien prefiere su placer a todos los honores del mundo, no les puso mala cara ni cambió de continente, con lo cual se sintieron tan asombrados que sintieron recaer sobre ellos la vergüenza que habían querido inferirle.



«Señoras, si no encontráis que esta historia es adecuada para dar a conocer que las mujeres son tan malas como los hombres, buscaré otras que contaros. No obstante, me parece que ésta es suficiente para demostraros que una mujer que ha perdido la vergüenza es den veces más atrevida para obrar mal que un hombre». No hubo mujer en la reunión que, al oír contar esta historia, no hiciera la señal de la cruz, de suerte que parecían tener ante sus ojos a todos los enemigos del infierno. Pero Doña Oisille les dijo: «Señoras, humillémonos al oír esta historia, por cuanto la persona dejada de la mano de Dios se vuelve semejante a aquélla con quien se junta; y por eso, como aquellos que se adhieren a Dios tienen Su espíritu con ellos, también ocurre lo mismo con aquellos que se adhieren a su contrario; y nada hay tan bestial como la persona separada del espíritu de Dios». «Sea lo que fuere que haya hecho esta pobre dama —dijo Emarsuitte—, no encuentro motivos de alabanza para aquellos que se vanaglorian de su prisión». «Opina —habló Longarine— que no tienen menos pena el hombre que oculta su fortuna que aquel que la persigue; porque no hay montero que no se complazca en descornar a su presa ni enamorado que no sienta el placer de su victoria». «He ahí una opinión que yo sostendría herética ante todos los inquisidores de la fe —dijo Simontault—, pues hay más hombres reservados que mujeres; y me consta que podría encontrarse a quienes prefieren no disfrutar de la caricia antes que dejar que criatura viviente alguna lo sepa. Y por eso, la Iglesia, como buena Madre, ha ordenado confesores a los clérigos, y no a las mujeres, que no pueden ocultar nada». «No es por este motivo —le replicó Doña Oisille—, sino porque las mujeres son tan enemigas del vicio que no darán la absolución tan fácilmente como los hombres, y serían demasiado rigurosas en sus penitencias». «Si lo fueran tanto como lo son en sus respuestas —afirmó Dagoncin—, harían desesperar a más pecadores de los que atraerían a la salvación, pero de todas formas, la Iglesia ha sabido proveer. Mas yo no quiero por eso excusar a los caballeros que se

vanaglorian de su prisión, porque nunca el hombre adquirió honor hablando mal de las mujeres». «Puesto que el hecho era común —dijo Hircan—, parece que hacían bien en consolarse los unos con los otros». «Mas nunca debieron confesarlo, en su propio honor —afirmó Guebron—; por eso, los libros de la Mesa Redonda nos enseñan que no da honor a un caballero derribar a quien no vale nada. Yo me asombró de que esa infeliz mujer no se muriera de vergüenza delante de sus prisioneros». «Las que la han perdido —aseveró Doña Oisille—, nunca pueden recobrarla sin gran trabajo, a no ser aquéllas a quien un gran amor lo hace olvidar, y de éstas he visto que vuelvan muy pocas». «Creo —dijo Hircan—, que vos visteis volver a aquellas que antes fueron, porque es muy difícil de encontrar un gran amor en una mujer». «No soy de vuestra opinión —replicó Longarine—, sé que hay quien ha amado hasta la muerte». «Tengo tal deseo de oír esa narración que os cedo la vez —dijo Hircan—, para conocer ese amor de las mujeres, que nunca pensé que existiera». «Pues, en cuando me oigáis —le aseguró Longarine—, habréis de creerlo, ya que no hay pasión más fuerte que la del amor; tanto es así, que os hace emprender cosas casi imposibles para conseguir algún contento en la vida, así como corroe, más que ninguna otra pasión, a aquel o aquella que pierde la esperanza de conseguir su deseo, como veréis por esta historia».

Narración L

De cómo un enamorado después de una sangría, recibe el golpe de gracia, del cual muere, así como su dama, por amor a él

En la villa de Cremona, no hará todavía un año, vivía un caballero, llamado Don Juan Pedro, que desde hacía mucho tiempo amaba a una dama que residía cerca de su casa. Pero, por más intentos que hizo, no pudo conseguir la respuesta que deseaba, aunque ella lo amaba con todo su corazón; con lo que el infeliz caballero se sintió tan enojado y furioso que se retiró a su morada decidido a no perseguir más en vano el bien cuya consecución consumía su vida; y para intentar distraer su fantasía, estuvo algunos días sin verla, pero cayó en tal tristeza que apenas si se le reconocía. Sus parientes hicieron venir a los médicos, que al ver que su rostro se poma amarillo, pensaron que era una opilación del hígado y ordenaron una sangría. La dama, que tan rigurosa se había mostrado, sabiendo muy bien que la enfermedad le venía de su negativa, le envió una vieja en quien confiaba y le ordenó que, puesto que conocía que su amor era verdadero y no fingido, estaba decidida a concederle todo cuanto durante tanto tiempo le negara, y que había encontrado la forma de salir de su casa para encontrarse en un lugar donde él pudiera verla a solas. El caballero, que aquella mañana había sido sangrado en un brazo, se sintió más curado con estas palabras de lo que habría conseguido ni con medicinas ni por más sangrías que le hicieran, y le envió a decir que no faltaría, que se encontrarían a la hora que ella ordenara y que había hecho un milagro evidente, ya que, con una sola palabra, había sanado a un hombre de una enfermedad a la que ningún médico había podido encontrar remedio. Llegada la noche que tanto deseaba, allá se encaminó el caballero al lugar que ella le había ordenado, con tan extremado contento que era preciso que le diera fin, ya que no se podía aumentar. Y apenas estuvo allí cuando vino junto a él aquélla a la que amaba más que a su alma. Él no se entretuvo en dirigirle la gran arenga; ya que el fuego que lo quemaba lo impulsaba a conseguir con toda premura lo que apenas podía creer se encontrara a su alcance; y más ebrio de amor y de placer de lo que menester era, queriendo de una parte dar remedio a su vida, de otra avanzó en el camino de la muerte. Porque olvidándose de sí mismo en aras de su amada, no advirtió que perdía la venda de su brazo, y al abrirse la herida fresca, salió tanta sangre que el pobre hombre quedó bañado en ella; mas, creyendo que su lasitud era motivada por sus excesos, intentó regresar a su morada. Entonces, Amor, que uniera demasiado a entrambos, hizo de tai suerte que, al despedirse de su amada, su alma se despediera de él y, por la gran efusión de sangre que había perdido, cayó muerto a los pies de su bien, que quedó fuera de sí por el asombro, al considerarse culpable de la

pérdida de tan perfecto amigo. Reparando con pesar, por otra parte, en la vergüenza que le produciría si se encontraba el cadáver en su casa y a fin de que la cosa se ignorara, entre ella y una de sus camareras, en quien confiaba, llevaron el cadáver a la calle, donde no lo quiso dejar solo, sino que cogiendo la espada del difunto, quiso unir su fortuna a la de él y, castigando su corazón, causa de todo el mal, se lo atravesó, cayendo su cadáver sobre el de su amigo. El padre y la madre de la doncella, al salir por la mañana de su casa, encontraron tan triste espectáculo; y después de celebrar el duelo que el caso merecía, los enterraron a los dos juntos.

«Así, señoras, puede verse cómo un excesivo amor puede conducir a otra desdicha». «He ahí que me place que el amor sea tan igual que, al morir el uno, no quiera el otro vivir —exclamó Simontault—. Y si Dios me hiciera la gracia de depararme una tal mujer, creo que nunca hombre alguno amaría tan perfectamente como yo». «Eso, y ésta es mi opinión —dijo Parlamente—. Si el amor no os hubiera cegado tanto que no hubierais vendado vuestro brazo mejor de lo que hizo él; pero ya ha pasado el tiempo en que los hombres daban sus vidas por las damas». «Pero no ha pasado —la contradijo Simontault— el de que las damas olviden la vida de sus enamorados por sus propios placeres». «Creo —afirmó Emarsuite—, que no hay mujer en el mundo que obtenga placer de la muerte de un hombre, aunque se trate de un enemigo. Sin embargo, si los hombres quieren matarse por sí mismos, las damas no lo pueden evitar». «Eso es lo mismo —dijo Saffredant— que aquella que rehúsa el pan a un pobre que se muere de hambre y es reputada de asesina». «Si vuestras peticiones fueran tan razonables como las del pobre que pide por necesidad —habló Doña Oisille—, las damas serían muy crueles en rehusároslas; pero, a Dios gracias, esa enfermedad no mata a más gente de la que debe morir cada año». «Encuentro —dijo Saffredant—, que no hay necesidad mayor que aquella que hace olvidar a todas las demás. Porque, cuando el amor es grande, no se sabe de otro pan ni otro alimento que la vista y la palabra de la que se ama». «Quien os dejara ayunar, sin daros alimento alguno —aseguró Doña Oisille—, bien que os hará mudar de propósitos». «Os confieso —le respondió aquél—, que el cuerpo podría desfallecer, pero el corazón y la voluntad, no». «Entonces —exclamó Parlamente—, Dios os ha concedido una gran gracia al ponerlos en lugar en que habéis tenido tan poco contento, y menester será que os reconfortéis comiendo y bebiendo, de lo que me parece que os desquitáis tan bien que debéis alabar a Dios por esa crueldad». «Estoy tan acostumbrado al tormento —respondió él—, que comienzo a alabarme de los males de que otros se quejan». «Podría ser que vuestra queja os alejara de la compañía en que vuestro contento os hace ser bienvenido —dijo Longarine—, porque no hay nada tan enojoso como un enamorado importuno». «Entiendo que si quisiéramos llegar hasta el fin de las razones de Simontault, puesto que el caso le afecta —habló Doña Oisille—, podríamos encontrarlas colmadas, en lugar de ir a

vísperas. Así que vayamos a alabar a Dios porque esta Jornada haya transcurrido sin grandes discusiones». Fue la primera en levantarse y todos los demás la imitaron, pero Simontault y Longarine no cesaron de discutir su querrela, con tanta suavidad que, sin necesidad de recurrir a la espada, ganó Simontault, demostrando que la pasión más fuerte era también la mayor necesidad. Y, con estas palabras, entraron en la iglesia, donde los esperaban los monjes. Oídas las vísperas se fueron a cenar y sus cuestiones aún duraron mientras estuvieron sentados a la mesa, y aún después, hasta que Doña Oisille dijo que ya era hora de que fueran a reposar sus espíritus, ya que las Cinco Jornadas habían estado colmadas de tan bellas historias que temía que la sexta no fuera semejante porque no era verosímil, aunque se los quisieran inventar, narrar mejores cuentos de los que, con toda verdad, se habían contado en la reunión. Pero Guebron la respondió que, mientras el mundo existiera, habría casos dignos de mención, ya que «la malicia de los hombres malos ha existido siempre, así como la bondad de los buenos; y mientras *la* malicia y la bondad reinen sobre la tierra; siempre la llenarán de acciones nuevas, aunque se haya escrito que nada nuevo hay bajo el sol. Pero como nosotros, que hemos sido llamados al consejo privado de Dios, ignoramos las causas primeras, encontramos todas las cosas tan nuevas y tanto más admirables como no se podría o querría más. Así que no temáis, que las jornadas que han de venir seguirán igual que las pasadas, y pensad, por vuestra parte, en cumplir bien con vuestro deber». Oisille le dijo que se encomendaba a Dios con cuyo nombre le dio las buenas noches. Y así se retiró toda la reunión, dando fin a la quinta jornada.

JORNADA SEXTA

De la que se trata de los engaños de los hombres a las mujeres, de las mujeres a los hombres, y de las mujeres a las mujeres, por avaricia, venganza o malicia

Por la mañana, antes que de costumbre, Doña Oisille fue a preparar lección en la sala; y así que lo advirtieron todos cuantos componían la reunión, pusieron tanta diligencia en vestirse, en alas del deseo de oír su enseñanza, que apenas si la hicieron esperar. Ella, conociendo sus corazones, leyó la epístola de San Juan Evangelista, que está toda ella llena de amor. La reunión encontró tan dulce este alimento que, aunque estuvieran allí más de media hora de lo que habían estado en días anteriores, les pareció que no habían estado ni un cuarto. De allí se fueron a misa, y durante ella, cada uno se encomendó al Espíritu Santo para, con su ayuda, satisfacer también ese día a su divertida audiencia. Y después que hubieron comido y reposado, fueron a continuar el pasatiempo habitual. Doña Oisille preguntó quién comenzaría la jornada; entonces Longarine le respondió: «Señora, os cedo la palabra, pues nos habéis dado hoy una lección tan hermosa que será imposible que no nos digáis una historia digna de rematar la gloria que habéis conquistado esta mañana». «Me disgusta no poderos decir esta tarde —dijo Doña Oisille—, algo tan de provecho como esta mañana; pero al menos procuraré que la invención de mi historia no se salga fuera de la doctrina de las Sagradas Escrituras, donde está escrito: “No confiéis en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, que en ellos no está vuestra salvación». «Y para que, por falta de ejemplo, no olvidéis esta verdad, os contaré una historia verídica y cuya memoria es tan reciente que apenas si han sido enjugados los ojos de cuantos pudieron ver tan triste espectáculo»».

Narración LI

Donde se habla de la perfidia y crueldad de un italiano

Un duque de Italia, cuyo nombre callaré, tenía un hijo de dieciocho a veinte años de edad, que estaba muy enamorado de una doncella de familia buena y honorable; y como no tenía libertad de poder hablar con ella tal como quería, según era costumbre en el país, se ayudó a través de un caballero que estaba a su servicio, que a su vez estaba enamorado de una camarera de la madre de la doncella, y por medio de la cual hacía decir a su amiga el gran afecto que la profesaba, sin que la infeliz muchacha pensara en nada malo, antes bien le prestaba tal servicio con gran placer, pensando que su voluntad era tan buena y honesta que no tenía ninguna intención por la que ella no pudiera, con honor, llevar el mensaje. Pero el duque, que atendía más al provecho de su casa que a toda honesta amistad, temió de tal forma que estos propósitos llevaran a su hijo al matrimonio, que ordenó poner una gran vigilancia. Y le informaron que la infeliz muchacha se había dedicado a entregar algunas cartas, efe parte de su hijo, a aquella que tanto amaba; lo que le encolerizó tanto que se decidió a poner fin, pero no supo disimular su ira sin que la muchacha no lo advirtiera y, como conocía la malicia de este príncipe, de quien pensaba era tan grande como pequeña su conciencia, le entró un gran temor, y se dirigió a la duquesa suplicándole que le diera permiso para retirarse a algún lugar fuera de su alcance hasta que su furor hubiera pasado. Pero la duquesa le dijo que intentaría convencer la voluntad de su marido antes de darle el permiso. Sin embargo, como sabía harto bien la animadversión que el duque la profesaba y conocía muy bien su forma de comportarse, no solamente terminó por concedérselo, sino que también aconsejó a la muchacha que se retirara a un monasterio hasta que la tempestad hubiera pasado. Lo que realizó lo más secretamente que pudo, pero no tanto que el duque no lo advirtiera, y que, con falso y alegre gesto, no preguntara a su mujer que dónde estaba la muchacha; y aquella, creyendo que él sabía la verdad, se lo confesó, con lo que él se mostró pesaroso, diciéndole que no era necesario que recurriera a tales medios, que él no quería hacerle mal alguno, y le ordenó que la hiciera volver, ya que el rumor que corría sobre dio no era buena cosa. La duquesa le respondió que si la pobre muchacha había temido la desdicha de caer en su desgracia, más valía que por algún tiempo se mantuviera alejada de su presencia. Pero él no quiso admitir tales razones y le ordenó que la hiciera regresar. La duquesa no tardó en comunicar a la pobre muchacha la voluntad del duque, añadiendo que no estaba cierta de sus intenciones y rogándole que no tentara su suerte, pues ya sabía ella que el duque no era fácil que perdonara cuando ponía mala cara. No obstante, la duquesa afirmó que no padecería

mal alguno, empeñando en ello su vida y su honor. La muchacha, que sabía cuánto la quería su señora y que nunca haría nada por engañarla, fió en su promesa pensando que el duque no querría atentar nunca contra la seguridad que estaba avalada por el honor de su mujer, y así, volvió con la duquesa. Más, así que el duque lo supo, no dejó de ir a la estancia de su mujer, y allí, así que apercibió a la muchacha, dijo a su mujer: «He ahí una que ha regresado», y dirigiéndose a sus caballeros les ordenó que la prendieran y la llevaran a prisión. Con la cual la pobre duquesa, que bajo su palabra la había hecho salir del lugar donde se refugiara, se sintió tan desesperada que se hincó de rodillas ante él, suplicándole que por su honor y por el de su casa, le pluguere no cometer tal acción, ya que, por obedecerle, la sacara ella del lugar en el que se encontraba segura. Lo cierto es que ni sus preces, ni por más razones que alegara, consiguió ablandar su duro corazón ni vencer la firme decisión que él había tomado de vengarse de la muchacha; así que, sin responder una sola palabra a su mujer, se retiró de seguido, lo más aprisa que pudo; y sin ninguna clase de justicia, olvidando a Dios y al honor de su casa, ordenó cruelmente ahorcar a la muchacha. No intentaré contaros el pesar de la duquesa, que era el propio de una dama de honor y de gran corazón, que veía morir, por creer en lo que ella le prometiera, a aquella que deseaba salvar; y no menos se podría decir del dolor del infeliz caballero que era su enamorado, que no dejó de cumplir con su deber en la medida que pudo, ofreciendo su vida en lugar de la de su amiga con tal de salvarla; mas no hubo forma de que la piedad tocara el corazón del duque, que no tenía más felicidad que vengarse de los que odiaba. Así fue cómo esta inocente doncella fue conducida a la muerte por el cruel duque, contra todas las leyes de la honorabilidad, y con el mayor pesar por parte de quienes la conocían.

«¡Reparad, señoras, cuáles son los efectos de la malicia cuando ésta va unida al poder!». «Yo había oído decir —exclamó Longarine— que la mayor parte de los italianos (y digo la mayor parte porque entre ellos hay tantas personas honradas como en cualquier país) estaban sujetos a tres vicios por excelencia; pero nunca pensé que su crueldad y su deseo de venganza fueran tan lejos como para, por tan pequeño motivo, imponer muerte tan cruel». Saffredant le replicó riendo: «Longarine, nos habéis dicho claramente uno de los tres vicios; menester será conocer los otros dos». «Si no los sabéis —contestó ella—, os los enseñaré, pero estoy segura de que los conocéis todos». «¿He de pensar de vuestras palabras —preguntó Saffredant— que me consideraréis muy vicioso?». «No hago tal —contestó aquélla—; mas pienso que conociendo bien la fealdad del vicio, vos podéis evitarlo mejor que otros». «No os asombréis por esa crueldad —intervino Simontault—; porque quienes han estado en Italia cuentan cosas tan increíbles que esta que hemos oído resulta un pecadillo no más». «Realmente —afirmó Guebron—, cuando Rívoli fue tomada por los franceses, había un capitán italiano de quien se pensaba era un buen compañero de armas, el cual, al ver muerto a uno que no era enemigo suyo más que por militar en el bando contrario de Güelfos o Gibelinos, le arrancó el corazón del pecho y asándolo con gran

rapidez sobre unos carbones, se lo comió, y a las preguntas de quienes le decían qué gusto podía encontrar en ello, respondió que nunca comiera pedazo tan agradable y apetitoso como aquél. Y no contento con tan bella acción, mató a la mujer y, arrancando de su vientre el fruto del que estaba embarazada, lo estampó contra las murallas, y después de llenar de avena los cuerpos de marido y mujer, hizo comer de ellos a sus caballos. ¿No podéis pensar, entonces, que aquél otro ordenara matar a una muchacha que sospechaba le había causado un disgusto?». «Es preciso aclarar — medio Emarsuite— que el duque tenía más miedo de que su hijo se casara pobremente que deseo de entregarle mujer de su rango». «Creo que no dudaréis — dijo Simontault de que lo natural entre ellos era que se amaran porque está en la naturaleza que así sea». «Ahí tenéis los pecados a que yo me refería —exclamó Longarine—, porque es bien sabido que amar el dinero, si no es para ayudarse, es servir a los ídolos». Parlamente dijo que San Pablo no había olvidado sus vicios y los de aquellos que creen ser más importantes y están por encima de los demás hombres en prudencia y humano juicio, en lo que se creen tan fuertes, que ni siquiera tributan a Dios la gloria que se merece: «porque el Todopoderoso, celoso de su honor, vuelve más insensatos que los animales rabiosos a aquellos que creen tener más juicio que los demás hombres, haciéndoles mostrarse como réprobos por obras contra natura». Longarine la interrumpió para decir que ése era el tercer pecado a que todos estaban sujetos. «¡A fe que me place el tema! —exclamó Nomerfide—, pues si los espíritus que se piensan son más sutiles y de mejor discurso reciben el castigo de convertirse en más tontos que los animales, menester será llegar a la conclusión que los que son humildes y pequeños, poco importantes, como el mío, estarán llenos de la sabiduría de los ángeles». «Os aseguro —le respondió Doña Oisille— que comparto vuestra opinión, porque no hay nadie más ignorante que quien cree saberlo todo». «Nunca vi —dijo Guebron— burlador que no fuera burlado, embustero que no fuera engañado, ni glorioso que no fuera humillado». «Me recordáis —dijo Simontault— un engaño que, si fuera honesto, habría tenido mucho gusto en contaros». «Bien, puesto que estamos aquí pata decir la verdad —habló Doña Oisille—, sea de la calidad que sea, os cedo la palabra para que lo narréis». «Puesto que se me ha cedido la vez, lo contaré», asintió Simontault.

Narración LII

Del sùcio desayuno que preparó el criado de un boticario a un abogado
y a un caballero

En la villa de Alençon y en tiempo del último duque Carlos, vivía un abogado llamado Antoine Bacheré, buen caballero y amigo de desayunar fuerte por las mañanas. Un día que estaba sentado a su puma, vio pasar ante él a un caballero apellidado señor de la Tirelière, quien a causa del mucho frío que hada viniera a pie a su casa de la ciudad para resolver algún asunto, sin olvidar ponerse su gruesa zamarra forrada de piel de zorro. Al ver al abogado, que era de su contextura, le dijo que ya terminara su asunto y no le quedaba sino encontrar un buen desayuno. El abogado le contestó que bien podrían encontrar quien lo costeara, y cogiéndolo por un brazo, exclamó: «Vayamos, compadre, que ya hallaremos algún posible tonto que pague a escote por nosotros dos». Por casualidad, estaba tras ellos el criado de un boticario, astuto e ingenioso, al que el abogado siempre tenía en danza, y, al instante, el tal criado pensó que había llegado el momento de vengarse sin ir más allá de diez pasos; y encontró, detrás de una casa, una hermosa mierda totalmente helada que envolvió en un papel, de tal modo que parecía un pequeño pan de azúcar. Buscó donde estaban los dos compadres y, pasando por delante de ellos con mucha prisa, dejó caer de sus manos, como por descuido, el pan de azúcar. Que el abogado cogió del suelo con gran alegría, diciendo al señor de la Tirelière: «Este astuto criado pagará hoy nuestro escote, mas corramos, a fin de que no nos encuentre con nuestro botín». Y, entrando en una taberna, dijo a una camarera: «Encended un buen fuego y dadnos pan y vino y algún trozo de buena carne, que tenemos con qué pagar». La camarera les sirvió a su voluntad; mas, al calentarse comiendo y bebiendo, el pan de azúcar que el abogado tenía bajo sus ropas comenzó a deshelarse, lo que produjo tal hedor que, no imaginando éste que pudiera salir de tal lugar, dijo a la camarera: «Tenéis la casa más maloliente y sucia que nunca viera. Creo que dejáis cagar a los niños por todos los sitios». El señor de Tirelière, que también tenía su parte en tan buen perfume, no acusó menos a la camarera; pero ésta, encolerizada con aquellos que así la tachaban de villana, les dijo con ira: «¡Por San Pedro! Señor mío, la casa es tan limpia que no hay en ella otra mierda que la que vos podáis haber traído». Los dos compañeros, escupiendo, se levantaron de la mesa y se pusieron a calentarse delante del fuego; y al calentarse, el abogado sacó de su pecho el pañuelo, que estaba completamente empapado del jarabe del pan de azúcar fundido, y lo puso a secar en la lumbre. Ya podéis imaginar la burla que les dirigió la camarera, a la que habían dicho tantas injurias, y qué vergüenza sintió el abogado al ver que un criado de boticario le había

ganado por la mano en las lides del engaño, en el que toda su vida estuviera mezclado. Y no acabó aquí la cosa, pues la camarera, sin piedad alguna, le obligó a pagar su escote por lo que les había servido, diciéndoles que muy borrachos habían de estar, ya que habían bebido por la boca y por la nariz. Los pobres hombres se fueron llenos de vergüenza y habiendo hecho su gasto; mas apenas estuvieron en la calle, cuando vieron al criado del boticario que preguntaba a todo el mundo si habían visto un pan de azúcar envuelto en su papel; y, no supieron escabullirse tan rápidos que no diera tiempo al criado a gritar al abogado: «Señor, si tenéis mi pan de azúcar, por favor, devolvédmelo, que tal botín no es de provecho más que a un pobre criado como yo». A sus gritos acudieron todas las gentes de la villa para oír su discusión, y la cosa fue tan bien comprobada que el criado del boticario se sintió tan contento de haber sido robado como pesarosos se sentían los otros de haber atrapado tan vil botín, pero, esperando devolvérselo en otra ocasión, se apaciguaron.



«Como bien podemos observar comúnmente, señoras, esto puede suceder a quienes suelen usar de tales astucias. Si el caballero no hubiera querido comer a expensas del otro, él no hubiera bebido a su propio riesgo tan vil brebaje. Es cierto que mi cuento no es demasiado limpio; pero me disteis permiso para decir la verdad, y así lo hice, para demostraros que cuando un engañador es engañado, no hay nadie que lo sienta». «Se dice con frecuencia que las palabras nunca huelen mal, pero aquellos que las dicen no están tan limpios de culpa como para que parezcan bien en sus labios. Verdad es que las tales palabras no huelen; pero también hay otras que se tacha de villanas y que desprenden tan mal olor que el ánimo se siente más enojado de lo que podría hacerlo el cuerpo al advertir el pan de azúcar a que os referisteis». «Os ruego, decidme —preguntó Hircan—, ¿cuáles son esas palabras que sabéis, que son tan ordinarias que hacen daño al corazón y al espíritu de una mujer honesta?».

«Estaría bueno que yo os dijera lo que he aconsejado que no diga a ninguna mujer de bien», respondió Doña Oisille. «Por vuestras palabras comprendo cuáles son esos términos que las mujeres que quieren reputarse juiciosas no utilizan comúnmente —dijo Saffredant—. Mas yo preguntaría con gusto a todas las que aquí están por qué, si no osan pronunciarlas, se ríen a gusto cuando se dicen delante de ellas, ya que no puedo comprender que una cosa que tanto disgusto causa, haga reír». «No nos reímos —respondió Parlamente— por oír decir tales palabras; pero es cierto que toda persona está propensa a reír, bien cuando ve tropezar a alguien, o cuando se dice alguna palabra sin sentido, como ocurre a menudo cuando se traba la lengua al hablar y hace decir una palabra por otra, lo que sucede incluso a los más juiciosos y mejor hablados. Pero cuando, entre vuestras mercedes los hombres, habláis villanamente, con toda malicia y sin ninguna ignorancia, no sé de mujer de bien alguna que no tenga horror a tales personas, y que no solamente no las quiera escuchar, sino que incluso huyan de su compañía». «Es cierto —habló Guebron— que he visto mujeres hacer la señal de la cruz cuando oían tales palabras, y que no pensasen que eran aún peores al oírlas repetir». «¿Y cuántas veces no se han puesto su antifaz —preguntó Simontault— para poder reír libremente, mientras fingían estar furiosas?». «Con todo —replicó Parlamente—, más vale así que dar a conocer que se encuentra el tema divertido». «Así, pues —sugirió Dagoncin—, ¿alabáis la hipocresía en las damas tanto como la virtud?». «La virtud siempre es mejor —respondió Longarine—, mas cuando falta, menester es ayudarse con la hipocresía, como hacemos con nuestros chapines para hacer olvidar nuestra pequeñez.

Y aun así, malamente podemos cubrir nuestras imperfecciones». «¡Por mi fe! —exclamó Hircan—, más valdría mostrar a veces alguna imperfección que tanto cubrirla con el manto de la virtud». «Verdad es que un ridículo atavío prestado deshonor tanto al que ha de prestarlo como al que le hace honor de llevarlo —dijo Emarsuitte—. Y hay mucha dama sobre la faz de la tierra que por disimular una pequeña falta cayera en otra mayor». «Me imagino a quién os referís —dijo Hircan—, pero al menos no digáis su nombre». «Bien —exclamó Simontault—, os cedo la vez, con la condición de que después de contar la historia, vos nos diréis los nombres, y nosotros os juramos no hablar nunca de ello». «Os lo prometo —aseguró Emarsuitte—, ya que no hay nada que no pueda decirse con honor».

Narración LIII

De la egoísta diligencia de un príncipe para ahuyentar un amor

Estando el rey Francisco, primero de este nombre, en un castillo muy agradable al que había ido con muy poco acompañamiento, tanto para cazar como para disfrutar de algún día de reposo, había en su séquito un juicioso y apuesto príncipe, caballero tan lleno de virtudes como ningún otro de su corte; había éste desposado a una mujer que no era de gran belleza, pero a la que amaba tanto y trataba tan consideradamente como marido alguno pueda tratar a su mujer; y tenía tanta confianza en ella que cuando andaba en amoríos con alguna otra, no se lo ocultaba, sabiendo que no tenía otra voluntad que la suya. Este caballero entabló gran amistad con una dama viuda que tenía fama de ser la más hermosa que verse pudiera, y si el príncipe la amaba mucho, no menos lo hacía su mujer, que a menudo la enviaba a buscar para comer y beber juntas, hallándola tan juiciosa y honesta que en vez de estar pesarosa porque su marido la amara, se complacía en verlo encaminarse a lugar tan honesto y tan repleto de honor y virtud. Esta amistad duró mucho tiempo, de suerte que el príncipe manejaba los asuntos de la dicha dama como los suyos propios, y lo mismo hacía la princesa, su mujer. Más, a causa de su belleza, varios caballeros y grandes señores buscaban sus favores, unos sólo por amor, otros por el matrimonio, ya que, además de bella, también era muy rica. Había, entre otros, un joven caballero que la perseguía tan insistentemente que nunca dejaba de asistir a la ceremonia en que ella se vestía y se desnudaba, y lo mismo a lo largo de todo el día buscaba siempre estar junto a ella. Lo que no plugo al dicho príncipe, ya que le parecía hombre de tan poco rango y de tan pocas prendas que no merecía tener tan honesta y graciosa flor, reconviniendo a menudo a la dama por ello. Pero ésta, que era hija de duque, se excusaba diciéndole que generalmente ella hablaba con todo el mundo, y que así la amistad que existía entre ambos estaba más con unos que con otros. Mas, al cabo de algún tiempo, el caballero que la perseguía en matrimonio mostró tal diligencia, con más pesadez que verdadero amor, que la dama le prometió desposarse con él, rogándole que no se apresurase a anunciar su matrimonio hasta que sus hijas estuvieran casadas. A partir de entonces, sin escrúpulos de conciencia, el caballero iba a su habitación a todas las horas que se le antojaba, sin que supieran su asunto más que una camarera y un criado. El príncipe, que veía que el caballero se familiarizaba más y más en la casa de la que tanto amaba, le pareció tan mal que no pudo contenerse de decírselo a la dama: «Amé siempre vuestro honor como si el de mi propia hermana se tratara, y bien sabéis mis honestas intenciones para con vos, y el contento que me infunde amar a una dama tan juiciosa y honesta como vos; pero si yo supiera que otro, que no lo

merece, consigue por importuno lo que yo no quise tener contra vuestra voluntad, esto sería insoportable para mí y no menos deshonroso para vos. Os digo estas cosas porque sois joven y bella y porque hasta aquí tuvisteis una buena reputación, y ahora comenzáis a cosechar mala fama. Y, a pesar de que él no os es semejante en familia y riquezas, y de menos autoridad, saber y buenas prendas, cierto es que mejor fuera que os hubierais desposado con él que dar lugar a que todo el mundo sospeche. Así que os ruego me digáis si estáis decidida a darle vuestro amor, porque yo no quiero tenerle por compañero, y os dejaré por entero para él, retirándome con la misma buena voluntad que siempre os tuve». La infeliz dama se puso a llorar, temerosa de perder su amistad, y le juró qué antes preferiría morir que desposar al caballero de que le hablaba, pero que éste era tan importuno que no podía evitar que entrara en su habitación a la hora a que entraban los demás. «No habla de esos momentos, porque también puedo yo entrar allí igual que él y todo el mundo ve lo que hacéis. Mas también se me ha dicho que él va después que estáis acostada, cosa que encuentro muy extraña, ya que si continuáis en esa conducta y no lo declaráis por marido vuestro seréis la mujer más deshonorada que nunca hubo». Ella le hizo cuantos juramentos pudo de que no lo tenía por su marido ni por amigo, sino por un caballero importuno como el que más. «Bien, puesto que os incomoda —dijo el príncipe—, os aseguro que yo os desharé de él». «¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Queréis hacerle morir?». «No, no —respondió el príncipe—, pero le haré saber que no es bien recibido en un lugar ni en una casa que, como en la del rey, ha de tributarse el máximo respeto a las damas; y os juro (a fuer de vuestro amigo que soy), que si después de haber hablado con él, no se aviene a razones, lo castigaré de tal forma que todos tomarán ejemplo». Tras estas palabras se marchó y no dejó, al salir de la estancia, de encontrar al caballero en cuestión, que hacia allá se dirigía; a quien comunicó cuanto habéis oído, asegurándole que la primera vez que lo encontrara a hora distinta de la que los caballeros deben ir a ver las damas, lo castigaría de tal forma que se acordaría para siempre, y que la dama era demasiado importante para jugar así con ella. Entonces el caballero le contestó que él nunca obrara de forma distinta a los demás y que le daba permiso, si lo encontraba, para que le tratara lo peor que pudiera. Ahora bien, algunos días después, cuando el caballero pensó que las palabras del príncipe habían sido dadas al olvido, fue de noche a ver a la dama y permaneció allí hasta bastante tarde. El príncipe dijo a su mujer que la dama a la que amaba tenía un gran constipado; así que su buena esposa le rogó que fuera a visitarla por los dos y también que le presentara sus excusas por no poder ir ella misma, ya que asuntos imperiosos la retenían en su habitación. Entonces el príncipe esperó a que el rey estuviera acostado, y después marchó para dar las buenas noches a su dama. Y, cuando iba a subir la escalera, encontró a un criado que bajaba, a quien preguntó lo que hacía su dueña, jurándole aquél que estaba acostada y dormida. El príncipe comenzó a descender la escalera, sospechando que le mentía; así que, mirando a su espalda, vio al criado que retrocedía con gran prisa, por lo que se quedó

paseando por el patio para ver si no regresaba el criado; mas, al cabo de un cuarto de hora, lo vio descender de nuevo y atisbar por todas partes para ver quién estaba en el patio. Al momento pensó el príncipe que el caballero estaba en la habitación de la dama y que, por temor a él, no se atrevía a salir; lo que le llevó a continuar paseando bastante tiempo, hasta que al divisar que la habitación de la dama tenía una ventana que no estaba muy elevada y que daba sobre un pequeño jardín, le vino a la memoria el refrán que dice: «Quien no pueda pasar la puerta, salte por la ventana». Y de inmediato llamó a un criado suyo, y le dijo: «Id a ese jardín de atrás y si veis a un hombre saltar por la ventana, así que esté en el suelo sacad vuestra espada y golpearla contra la pared, gritando al mismo tiempo: ¡Mata, mata!, mas guardaos de tocarlo». Allá fue el criado adonde su señor le ordenara, y aún paseó el príncipe tres horas más pasada la medianoche. Cuándo el caballero comprendió que el príncipe no se marcharía del patio, decidió saltar por la ventana, y, después de arrojar primero su capa, con la ayuda de sus buenos amigos saltó al jardín; y así que el criado lo avistó, no dejó de hacer gran ruido con la espada, y gritó: «¡Mata, mata!». Entonces el infeliz caballero, temiendo que fuera su señor, sintió tal miedo que, sin acordarse de recoger su capa, huyó con la mayor prisa que pudo, encontrándose con los arqueros que hacían la guardia, quienes se asombraron mucho al verlo correr así; pero él no se atrevió a decirles nada, sino que les rogó encarecidamente que quisieran abrirle la puerta, o que le permitieran alojarse con ellos hasta la mañana, como así lo hicieron, ya que no tenían las llaves. En aquellos momentos llegó el príncipe a acostarse, y al encontrar dormida a su mujer, la despertó y dijo: «¿Dormíais, esposa mía? ¿Sabéis qué hora es?». Respondióle: «Desde que me acosté anoche no oí sonar el reloj». Él le contestó: «Son las tres de la madrugada». «¡Jesús, señor! —exclamó su mujer—. ¿Dónde habéis estado? Me da mucho miedo que podáis caer enfermo». «Señora —le respondió el príncipe—, nunca caeré enfermo por velar siempre que yo impida dormir a aquellos que intentan engañarme». Y, dicho esto, se puso a reír tanto que su mujer le pidió que le contara lo que había ocurrido. Lo que hizo con todo detalle, enseñándole la piel de lobo que su criado le entregara; y después que se hubieron divertido a costa de las pobres gentes se fueron a dormir en tal dulce consejo como miedo y temor sentían los otros dos a que su asunto fuera revelado. Sin embargo, el caballero, sabiendo que no podía disimular ante el príncipe, acudió por la mañana cuando aquél se levantó y le suplicó que no quisiera descubrirlo y que ordenara que le devolvieran la capa. El príncipe aparentó ignorar lo sucedido y mostró tan amable continente que el infeliz caballero no sabía qué postura adoptar. Bien es cierto que a la postre recibió una lección que no esperaba oír, porque el príncipe le aseguró que, si volvía alguna vez, se lo diría al rey y lo haría desterrar de la corte.

«Decidme, señoras, ¿no juzgáis que habría sido mejor que esta infeliz dama hubiera hablado francamente con quien tanto honor le hacía al amarla y respetarla, en

vez de obrar con disimulo hasta que las pruebas le fueron vergonzosas?». «Bien sabía ella —aseguró Guebron— que si le confesaba la verdad perdería su favor por completo, cosa que a ninguna costa deseaba perder». «Me parece —habló Longarine— que si hubiera escogido un marido de acuerdo con su fantasía, no debería temer perder la amistad de los demás». «Estoy segura —opinó Parlamente— que si se hubiera atrevido a descubrir su matrimonio, bien que se hubiera contentado con su marido; pero como lo quiso disimular hasta que sus hijas estuvieran casadas, no quiso abandonar tan honesta cobertura». «No es eso —negó Saffredant—; es que la ambición de las mujeres es tan grande que no podía nunca contentarse con tener uno sólo, e incluso oí decir que son las más juiciosas las que tienen, con gran satisfacción por su parte, hasta tres; uno por el honor, otro por el provecho y el tercero por el placer; y cada uno de los tres piensa ser el mejor amado, mas lo cierto es que los dos primeros sirven al último». «Vos habláis de las que no tienen ni amor ni honor», afirmó Doña Oisille. «Señora —le respondió Saffredant—, hay tantas de las condiciones que pinté aquí como mujeres honestas vos pensáis hay en el país». «Estad ciertos de que una mujer de bien sabrá vivir donde todas las otras mueran de hambre». «Asimismo, cuando su astucia sea conocida, también lo será su muerte», les dijo Longarine. «Pero su vida es mejor —contestó Simontault—, ya que consideran como una pequeña gloria ser reputadas de más sagaces que sus compañeras; y este nombre de sagaces que han aprendido a sus expensas hace acudir más atrevidamente a sus servidores a someterse a su obediencia que su misma belleza; porque uno de los mayores placeres entre los que se aman es mantener su amistad refinadamente». «Eso es porque vos habláis de un mal amor —arguyó Emarsuite—, porque el buen amor no necesita de estar encubierto». «¡Ah! —exclamó Dagoncin—, os suplico que desechéis esa idea de vuestra cabeza, porque cuanto más preciosa es la droga, menos se debe airear, a causa de la malicia de los que no se fijan más que en los signos exteriores, los cuales, en buena o mala amistad, son todos iguales; y también es menester ocultarlos, tanto cuando el amor es virtuoso como cuando es al contrario, para no caer en el mal juicio de los que no quieren creer que un hombre pueda amar con honor a una dama, y les parece, si son esclavos de sus placeres, que todos los demás son semejantes a ellos». «Mas, si todos fuéramos personas de buena fe, las miradas y las palabras no tendrían que ser disimuladas, al menos por aquellos que mejor prefirieran morir que pensar mal de alguien». «Os aseguro, Dagoncin —dijo Hircan—, que tenéis tan elevada filosofía que no creo que haya aquí hombre que os entienda; porque vos queríais hacernos creer que los hombres son ángeles, o piedras, o demonios». «Bien sé —replicó Dagoncin— que los hombres son hombres y están sujetos a todas las pasiones; pero hay quienes mejor preferirían morir que, para su placer, sus damas les hicieran cosas que atentaran contra su conciencia». «Morir es demasiado —dijo Guebron—; yo no creería en tal palabra aunque fuera dicha por religioso más austero de lo que yo lo soy». «Pues creo —replicó Hircan— que no hay quienes no deseen lo contrario; sin embargo, hay

quienes aparentan no querer las uvas, sobre todo cuando están tan altas que no las pueden alcanzar». «Pues yo pienso —dijo Nomerfide— que la mujer de ese príncipe se debió sentir muy feliz con que su marido aprendiera a conocer a las mujeres». «Os aseguro que no —contestó Emarsuitte—, sino que debió sentirse muy pesarosa, dado el afecto que le tenía». «Yo preferiría más a aquella otra que reía cuando su marido besaba a la camarera», opinó Saffredant. «Pues contádnoslo —dijo Emarsuitte—, que yo os cedo la vez». «Lo haré, aunque el cuento es corto —replicó aquél— que prefiero haceros reír a hablar mucho rato».

Narración LIV

Donde se habla de una doncella de tan buen natural que, al ver que su marido besaba a una camarera, se puso a reír, y para justificar su risa, dijo que se reía de su sombra

Entre los montes Pirineos y los Alpes vivía un caballero llamado Thogas, que tenía mujer, hijos, una hermosa casa y tantas riquezas y satisfacciones que tenía motivos para vivir contento, de no ser porque padecía unos grandes dolores debajo de la raíz de los cabellos, de modo que los médicos le aconsejaron que no se acostara con su mujer. En lo que ella consintió de buen grado, no teniendo otra consideración que la vida y la salud de su marido. Hizo colocar su lecho en otro rincón de la habitación, frente por frente al de su marido, alineados tan en derechura que nadie hubiera podido asomarse al interior sin dejar de verlos a los dos. La señora tecla dos camareras que, con frecuencia, cuando los esposos se acostaban, y por pasatiempo, se ponían a leer un libro cada uno, mantenían los candelabros; es decir, la joven junto al marido y la otra junto a la esposa. El caballero, al ver que su camarera era más joven y bella que su mujer, tenía tan gran placer en mirarla que a menudo interrumpía la lectura para conversar con ella. Lo que era oído por su mujer, que estimaba muy bien que sus criados y sirvientas entretuviesen a su marido, pensando que él no tenía otro amor que ella; pero, una noche que leyeron durante más tiempo que de costumbre, la esposa, al mirar junto al lecho de su marido, donde se encontraba la joven camarera con el candelabro, a la cual sólo veía por detrás, sin poder divisar a su marido a no ser por el lado de la chimenea que contorneaba la cama, lo vio contra la pared blanca, en la que reverberaba la claridad del candelabro, y pudo apreciar muy bien la sombra de los rostros de su marido y de la camarera, si se alejaban, se acercaban o reían; con lo que tuvo tan buen conocimiento como si los viera directamente. El caballero, que no se dio cuenta, creyendo que su mujer no los podía ver, besó a la camarera, sin que la primera vez su mujer le dijera palabra; pero cuando vio que las sombras volvían a unirse con frecuencia, temió que pudiera haber una verdad más oculta. Así que se puso a reír muy fuerte, de forma que las sombras se asustaron con sus risas y se separaron. Y el caballero le preguntó por qué reía tanto, y que le diera razón de su alegría. La mujer respondió: «Querido, soy tan tonta que me río de mi sombra». Y nunca más, por más preguntas que se le hicieran, mudó de respuesta. Cierto es que él besó su cara recelosa.

«Y esto fue lo que recordé cuando hablasteis de la dama que tanto apreciaba a la amiga de su marido». «¡Por mi fe que si mi camarera me hubiese hecho otro tanto me habría levantado y la habría matado a golpes de candelabro sobre la nariz!», exclamó

Emarsuitte. «Sois terrible —dijo Hircan—, pero os habría estado bien empleado si vuestro marido y la camarera se hubiesen puesto contra vos y os hubiesen azotado a placer, porque un beso no es motivo para organizar tanto alboroto. Mejor habría hecho su mujer en no decir ni una palabra y dejarlo que disfrutara de su expansión, que quizás hubiera podido curarlo de su enfermedad». «Pero ella temió que al fin del pasatiempo se encontrara aún más enfermo», replicó Parlamente. «Ella no era de aquellas contra las que dice Nuestro Señor: “Me lamenté y no llorasteis; cantamos y no habéis bailado”; así, cuando su marido estaba enfermo, ella lloraba, y cuando se sentía feliz reía. Así deberían todas las mujeres de bien tener la mitad del bien y la mitad del mal, de la alegría y la tristeza de sus maridos, obedecerlos y servirlos, como la Iglesia a Jesucristo». «¿Sería menester, señora —preguntó Parlamente—, que nuestros maridos fuesen con nosotras como Jesucristo con su Iglesia?». «Ya lo hacemos —dijo Saffredant—, y si posible fuera lo evitaríamos. Porque Jesucristo no murió más que una vez por su Iglesia, y nosotros morimos todos los días por nuestras mujeres». «¿Morir? —demandó Longarine—. Me parece que vos y otros que están aquí, antes de casaros, valíais mejor escudos que denaríos». «Yo sé bien por qué —respondió Saffredant—; es porque Hartas ocasiones tuvimos de probar nuestro valor, y nuestras espaldas se resienten de haber llevado la coraza mucho tiempo». «Si os hubieseis visto obligados a llevar los arreos durante un mes —replicó Emarsuitte—, y a acostaros sobre la dura tierra, tendríais gran deseo de volver al lecho de vuestra buena esposa y de llevar la coraza de la que ahora os quejáis. Pero se dice que todo dura, menos la felicidad, y nadie puede conocer lo que es la tranquilidad hasta que la ha perdido». «Esa buena mujer que reía cuando su marido se sentía contento, tendría hartos trabajos en encontrar su tranquilidad en algún sitio», habló Doña Oisille. «Creo que ella —dijo Longarine— tenía en más estima su propia tranquilidad que la de su marido, ya que no tomaba a pecho nada de lo que él hiciera». «Ella tomaba a bien lo que podía dañar a su conciencia, a su salud; mas tampoco quería reparar en pequeños detalles», opinó Parlamente. «Cuando me habláis de la conciencia me hacéis reír —afirmó Simontault—, pues una cosa que yo no quisiera nunca, excepto en buen derecho, es que mi mujer se sintiera inquieta». «Os estaría bien empleado que os tocara en suerte una mujer como aquella que demostró, después de muerto su marido, preferir su dinero a su conciencia», dijo Nomerfide. «Os ruego —respondió Saffredant— que nos contéis esa historia, y para ello os cedo la palabra». «No era mi intención contar una historia tan corta, mas, como viene a propósito, lo haré».

Narración LV

De la astucia de una española para defraudar a los franciscanos con motivo del legado testamentario de su marido

Vivía en la villa de Zaragoza un mercader que al ver que se acercaba la hora de su muerte y que no podía llevarse consigo los bienes que acaso adquiriera de mala fe, pensó en dar satisfacción a sus pecados, donando todo a los mendicantes, sin tomar en consideración que su mujer y sus hijos morirían de hambre después de su óbito.

Y una vez que puso en orden las cosas de su casa dijo que quería que un buen caballo árabe que tenía, que era casi toda su riqueza, fuera vendido lo mejor posible y que el dinero fuera distribuido entre los pobres frailes mendicantes, rogando a su mujer que no dejara de vender el caballo y repartir el dinero según sus deseos en seguida que hubiera fallecido. Una vez hecho el entierro y derramadas las primeras lágrimas, la mujer, que no era más tonta de lo que acostumbran a serlo los españoles, se dirigió a uno de sus servidores que oyera también la última voluntad de su marido y le dijo: «Me parece que ya tengo suficiente con la pérdida de la persona de mi marido, a quien tanto amé, sin necesidad de que ahora pierda también el resto de mis bienes. Bien es cierto que no quiero desobedecer sus deseos, sino, antes bien, mejorar si cabe su intención. Porque el pobre hombre pensó hacer un sacrificio a Dios al dar después de su muerte una cantidad de dinero, cuando vos sabéis que en su vida no hubiera querido dar un escudo, ni aún en caso de extrema necesidad. Así que he decidido que haremos lo que él ordenara para después de su muerte, aún mejor de lo que hubiera hecho él si hubiera vivido quince días más, ya que he de subvenir a las necesidades de mis hijos. Mas preciso que ninguna persona del mundo sepa nada». Y cuando tuvo la promesa de su servidor de guardar el secreto, prosiguió: «Iréis a vender el caballo; y a quienes os pregunten ¿cuánto?, les diréis: ¡Un ducado! Pero también tengo un buen gato que quiero poner en venta conjuntamente y vos lo venderéis por noventa y nueve ducados, y así el gato y el caballo valdrán los cien ducados que mi marido hubiera obtenido vendiendo sólo el caballo». El servidor realizó con prontitud el encargo de su dueña, y así que condujo el caballo a la plaza, llevando al gato en sus brazos, se le acercó un caballero que otras veces viera y deseara el caballo y le preguntó cuánto pedía por él. El criado respondió: «Un ducado». «Te ruego no te burles de mí». «Os aseguro, señor, que no os costará más de un ducado: bien es cierto, que es preciso comprar conjuntamente el gato, por el cual pido noventa y nueve ducados». Al momento, el caballero, que pensaba hacer una compra razonable le pagó prontamente un ducado por el caballo y también el resto como el otro le pidiera, y se llevó su mercancía; y el criado, por su lado, se llevó su

dinero, con lo que su dueña se sintió muy contenta y no dejó de dar el ducado producto de la venta del caballo a los pobres mendicantes, tal como su marido ordenara, y con el resto atendió a sus necesidades y las de sus hijos.

«A vuestro entender, ¿no es cierto que ésta era bastante más lista que su marido y no se cuidaba tanto de su conciencia como del provecho de su hogar?». «Pienso —opinó Parlamente— que amaba mucho a su marido pero al ver que a la hora de su muerte dispuso tan mal sus negocios, ella, sabiendo su intención quiso interpretarla en beneficio de sus hijos, lo que consideró muy prudente». «¿Cómo? —preguntó Guebron—. ¿Acaso no pensáis que es una falta grave dejar de cumplir la última voluntad de los amigos difuntos?». «Sí, tal —respondió Parlamente—, siempre que el testador esté en su sano juicio». «¿Llamáis desvariar —quiso saber Guebron— a donar sus bienes a la Iglesia y a los pobres frailes mendicantes?». «No considero que hay error —contestó Parlamente—, cuando un hombre distribuye entre los pobres lo que Dios puso en su poder; pero dar todo lo que se tiene a la hora de la muerte y dejar después languidecer de hambre a su familia, no lo apruebo; me parece que Dios también consideraría agradable que se tuviera una mayor solicitud por los pobres huérfanos que han sido abandonados sobre la tierra, los cuales, no teniendo medios de alimentarse y abrumados por la pobreza, en lugar de bendecir a sus padres, los maldicen a veces cuando se ven apretados por el hambre; porque Aquel que conoce los corazones no puede ser engañado y juzgará no solamente por las obras, sino también según la fe y la caridad que se haya tenido hacia Él». «¿Por qué será que la avaricia está tan arraigada hoy día en todos los estados del mundo que la mayor parte de los hombres esperan hacer sus limosnas cuando se sienten próximos a la muerte y necesitan rendir cuentas a Dios? —exclamó Hircan—. Creo que ponen tanto afecto en sus riquezas que, si pudieran llevarlas consigo, lo harían gustosos; pero no hay hora en que el Señor les haga sentir más gravemente su juicio que la de la muerte; que todo lo que ha hecho durante su vida, bueno o malo, se desvela en un instante ante sus ojos. Es la hora en que se abren los lirios de nuestras conciencias, donde cada uno podemos ver lo bueno y lo malo que hicimos; porque no hay nada que los espíritus malignos no propaguen al pecador, bien para inducirlo a la presunción de haber vivido bien, o por desconfianza de la misericordia de Dios, a fin de hacerlos apartarse del camino recto». «Me parece, Hircan —dijo Nomerfide— que sabéis alguna historia a este propósito. Os ruego que, si la idea es digna de esta reunión, nos la contéis». «Bien que lo deseo —contestó Hircan—, y aunque me disgusta contar cosa alguna en detrimento suyo, dado que no hemos ahorrado reyes, ni duques, ni condes, ni barones, que no se sientan éstos ofendidos porque los coloquemos a la altura de tanta gente notable, lo mismo que no hablamos de los viciosos, porque sabemos que hay personas honradas en todos los estamentos y que los buenos no deben interesarse por los malos. Mas dejemos estas discusiones y demos comienzo a

nuestra historia».

Narración LVI

De cómo un franciscano casa fraudulentamente a otro, compañero suyo, con una joven y bella doncella, y de cómo fueron castigados los dos después

Llegó a la villa de Padua una señora francesa a quien contaron que en las prisiones del obispado había un franciscano; y, preguntando el motivo, ya que veía que todo lo comentaban con burla, le dijeron que este franciscano, hombre anciano, era confesor de una muy honorable y devota dama, que quedara viuda, y que no tenía más que una única hija, a la que amaba tanto que no había fatiga que no pensara con tal de hacer su felicidad y encontrarle un buen partido. Ahora bien, al ver que su hija se hacía mayor, estaba continuamente en cuidado por encontrarle un marido que pudiera vivir con ellas dos, en paz y tranquilidad, es decir, que fuera hombre de conciencia, al igual que ella se imaginaba ser. Y como quiera que oyese decir a algún necio predicador que más valía hacer el mal por consejo de los doctores que hacer el bien contra el consejo del Espíritu Santo, se dirigió a su padre confesor, hombre ya anciano, doctor en teología, estimado como excelente persona por todas las gentes de la villa, estando cierta de que con su consejo y buenas oraciones no podía dejar de encontrar su tranquilidad y la de su hija. Y cuando le hubo rogado encarecidamente que eligiera un marido para su hija, tal como él sabía que una mujer amante de Dios y de su honor podía desear, aquél le respondió que primeramente había que implorar la gracia del Espíritu Santo con oraciones y ayunos; y después, así que Dios iluminara su entendimiento, esperaba él encontrar lo que ella deseaba. Y allá fue el franciscano por su lado dedicándose a pensar en el asunto; y como supiera que la dama había ahorrado quinientos ducados dispuestos para darlos al marido de su hija, y que además tomaba de su cuenta el alimento y manutención de los dos, proveyéndoles de casa, muebles y prendas de ropa, pensó en un compañero joven que tenía, de buena talla y rostro agradable, a quien podía dar la hermosa muchacha, la casa y los muebles, aseguradas su vida y su alimentación, quedándose él con los quinientos ducados y aliviando así un poco a su compañero. Y se pusieron los dos de acuerdo. Volvió el fraile junto a la dama y le dijo: «Creo, sin duda alguna, que Dios me ha enviado a su arcángel Rafael, como hizo con Tobías, para que encontrara el perfecto esposo para vuestra hija, ya que os aseguro que tengo a mano el caballero más honesto de Italia, quien habiendo visto alguna vez a vuestra hija, tanto se sintió hechizado que hoy, cuando yo estaba en oración, Dios me lo ha enviado, y me ha declarado el deseo que siente por contraer matrimonio. Y yo, que conozco a su familia y a sus parientes, y que es de clase noble, le prometí hablar con vos. Cierto es

que hay un inconveniente, que únicamente yo sé de él: y es que al querer socorrer a uno de sus amigos, a quien otro quería matar, sacó su espada, queriendo separarlos, pero con tan mala fortuna que su amigo mató al otro, por lo que, aunque él no asestara ningún golpe, está fugitivo de esta villa, ya que ayudó al homicida; y por consejo de sus parientes, se encuentra oculto en esta villa bajo el disfraz de estudiante, permaneciendo así desconocido hasta que sus parientes hayan puesto en orden este asunto, lo que se espera será en breve. Por esta razón el matrimonio tendría que realizarse en secreto, y si vos estáis de acuerdo, de día que vaya a las lecciones públicas y todas las noches vendría a comer y dormir aquí». La buena mujer le respondió en seguida: «Señor, encuentro en lo que decís que todo es en mi beneficio, porque así conservaré junto a mí a la persona que más quiero en el mundo». Así que el franciscano trajo a su compañero muy bien dispuesto, con un hermoso jubón de satén carmesí, con lo que ella se sintió muy contenta; y después que hubo llegado, celebraron los esponsales, y así que pasó la medianoche, celebraron una misa y se desposaron. Y después fueron a acostarse juntos, hasta que el día despuntó, diciendo entonces el marido a su mujer que estaba obligado a regresar al colegio para no ser reconocido. Y poniéndose su jubón de satén carmesí y su larga toga, sin olvidar su birrete negro, fue a decir adiós a su mujer que estaba todavía en la cama y le aseguró que todas las noches vendría a cenar con ella, pero que a comer no era preciso que le esperara, y así se fue y dejó a su mujer, que se imaginaba la más feliz del mundo con haber hallado tan buen partido. Y así se reunió el joven franciscano con el viejo padre, al que llevó los quinientos escudos, como convinieran ambos al acordar el matrimonio; y, a la noche, no dejó de volver a cenar con aquella que lo creía su marido y tan bien se entretuvo en unión de ella y de su madre que no lo hubieran querido cambiar por el mejor príncipe del mundo. Esta vida continuó algún tiempo, mas como quiera que la bondad de Dios tiene piedad de aquellos que son engañados en su buena fe, por su gracia y bondad ocurrió que una mañana inspiró a la dama y a su hija una gran vocación ir a oír misa a San Francisco y visitar a su buen confesor, por cuya intercesión pensaban haber sido tan bien provistas, la una de yerno y la otra de marido. Y, por azar, al no encontrar a su confesor ni a nadie de su amistad, se contentaron con oír misa, que entonces comenzaba, esperando que llegaría mientras. Y, como la joven dama mirara atentamente el servicio divino y al misterio que en él se celebraba cuando el sacerdote se volvió para decir DOMINUS VOBISCUM^[18], se sintió traspasada de asombro, porque le pareció que era su marido o alguien muy semejante a él; mas, a pesar de esto, no quiso decir ni palabra y esperó a que se volviera de nuevo, con lo que pudo verlo mejor y ya no dudó de que fuera él. Así que llamó la atención de su madre, que estaba absorta en sus meditaciones, diciéndole: «¡Ay, señora! ¿Qué es lo que veo?». La madre le preguntó: «¿Qué?». «Es mi marido quien dice la misa, o la persona del mundo que más pueda parecersele». Su madre, que no lo había mirado bien, le dijo: «Os suplico, hija mía, que no tengáis tal idea en vuestra cabeza, ya que es cosa totalmente imposible que los que son personas tan santas

cometan tal engaño, y pecaríais gravemente contra Dios si dais fe a tal opinión». Sin embargo, la madre no dejó de mirarlo bien, y cuando aquél dijo ITE, MISSA EST^[19], supo que, en verdad, ni siquiera dos hermanos gemelos fueran nunca tan parecidos. No obstante, era tan simple que aún dijo con sumisión: «¡Dios mío, libradme de creer lo que vea!». Mas, por lo mismo que afectaba tan de cerca a su hija, no quiso dejar la cosa muerta y se decidió a averiguar la verdad. Y cuando llegó la noche, y el marido debía regresar, como él no las había visto, dijo la madre a su hija: «Ahora sabremos, si así lo deseáis, la verdad sobre vuestro marido; porque así que esté en la cama yo me acercaré y sin que lo advierta, vos le arrancaréis por detrás su birrete, y así veremos, si tiene la misma tonsura que el que decía la misa». Dicho y hecho; porque así que el marido se acostó, llegó la anciana señora y mientras le cogía las manos como por juego, la hija le quitó el birrete, apareciendo su hermosa tonsura, con lo que la madre e hija se sintieron tan asombradas que no era posible más y en seguida llamaron a sus sirvientes para prenderlo y atarlo hasta que llegó la mañana, sin que le sirviera ninguna excusa ni bellas palabras. Amaneció el día, la dama envió a buscar al confesor, fingiendo que tenía un gran secreto que decirle, viniendo aquél con gran premura, y entonces lo hizo prender como al joven, reprochándole el engaño que le había hecho; y después de esto envió a buscar a la justicia, en cuyas manos puso a los dos. Habrá que pensar que si los juzgaron gentes de bien, no dejarían la cosa impune.

«Sirva esto, señoras, para demostraros que aquellos que hacen votos de pobreza no están exentos de ser tentados por la avaricia; que es ocasión de causar tantos males». «Pero también tantos bienes —afirmó Saffredant—, porque, por los quinientos ducados que la vieja tenía por tesoro, se hicieron muchas caricias. Y la pobre muchacha, que tanto tiempo esperara a un marido, pudo así tener dos, y podía hablar con más conocimiento de causa, de todas las jerarquías». «Tenéis siempre las más falsas opiniones que nunca viera —dijo Doña Oisille—, y parecéis creer que todas las mujeres son de vuestro mismo natural». «Salvo vuestra gracia, mi señora —respondió Saffredant—, que bien querría yo que me hubiese costado menos y que fuesen tan fáciles de contentar como nosotros». «Son ésas unas malvadas palabras —contestó Doña Oisille—, porque no hay aquí nadie que ignore que es lo contrario de lo que decís. Y, aunque así no fuera, el cuento que se acaba de oír muestra bien a las claras la ignorancia de las infelices mujeres y la malicia de aquellos que nosotros tenemos por mejores de entre vuestas mercedes, los hombres; ya que ni la madre ni la hija querían dejar nada a su fantasía, sino que sometieron su deseo a un buen consejo». «Hay mujeres tan difíciles que parece que deberían ser ángeles», opinó Longarine. «Y he ahí por qué, se encuentran tan a menudo con el diablo —dijo Simontault—; y sobre todo aquellas que, desconfiando de la gracia de Dios, intentan, por su solo buen sentido o por el de otro, conseguir en este mundo la felicidad, que no es dada ni puede venir de otro que de Dios». «¿Cómo, Simontault —preguntó Doña

Oisille—, no pensaba yo que vos supieseis expresaros tan bien?». «¡Señora! —respondió Simontault— es en mi daño si no soy más experimentado, ya que, por no conocerme, veo que habéis formado un mal juicio sobre mí; mas, bien puedo yo hacer el oficio de un franciscano, puesto que el franciscano se mezcló con el mío». «¿Consideráis que es un oficio engañar a las mujeres?», preguntó Parlamente. «¡Por vuestra misma boca os juzgáis!». «Cuando haya engañado a den mil —contestó él—, aún no me habré vengado de las penas que he padecido por una sola». «Ya sé que siempre os quejáis de las damas —dijo Parlamente— y, sin embargo, os vemos tan contento y en buena salud que no es fácil de creer que padezcáis todos los males que decís; pero la “Bella dama sin grada” responde a eso: “Bien se sienta quien se dedica a conseguir comodidades”».

«Alegáis en vuestro favor a un notable doctor, que seguramente es el único que no se siente enojado —dijo Simontault—, pero bien se lo hace ser a cuantos han leído o seguido su doctrina». «Muy cierto es que su doctrina —le respondió Parlamente—, es más beneficiosa a los jóvenes que ninguna otra que yo conozca». «Si fuera así —contestó Simontault—, que las damas careciesen de gracia, bien podríamos nosotros dejar reposar a nuestros caballos y arrollas los arreos hasta la próxima guerra, y no dedicamos a otra cosa que a labores domésticas. Os suplico, decidme, ¿es honesto que una mujer tenga fama de ser sin piedad, sin caridad, sin amor y sin gracia?». «No es preciso que sea sin caridad y sin amor —replicó Parlamente—, pero esa palabra de “gracia” suena tan mal a las mujeres que no pueden usarla sin ofender su honor, porque propiamente “gracia” es conceder el don que se pide». «No os disgustéis, señora —dijo Simontault—, que los hay tan razonables que se conforman con palabras». «Me recordáis a aquel que se contentó con un guante», exclamó Parlamente. «Menester será que sepamos quién fue tan gracioso enamorado —dijo Hircan— y por tal razón, os cedo la palabra». «Será un placer contarla —afirmó Parlamente—, pues es una historia muy honesta».

Narración LVII

Ridícula historia de un milord inglés que, por alarde, llevaba un guante de mujer prendido sobre sus ropas

El rey Luis XI envió a Inglaterra, como embajador suyo, al señor de Montmorenci, el cual fue tan bien recibido que tanto el rey como los demás príncipes le apreciaron y estimaron mucho, e incluso le pidieron su consejo sobre varios asuntos. Un día que estaba en un banquete con que se agasajaba el rey, se sentó cerca de él un milord, perteneciente a una gran familia, el cual llevaba sobre su túnica un pequeño guante, como de mujer, sujeto a un prendedor de oro, y sobre los encajes de los dedos llevaba diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas, de modo que el tal guante era considerado de gran valor. El señor de Montmorenci lo miró con tanta insistencia que el milord advirtió su deseo de preguntarle la razón por la que iba así ataviado; y como pensó que la historia hablaba mucho en su favor, comenzó a decir: «Bien veo que encontráis extraño el enjovamiento con que tan ridículamente he vestido este guante; y aún más deseos tengo de contaros el motivo, porque os tengo por hombre de honor y conocedor de la pasión que es el amor, de modo que si pensáis que obré bien, me lo alabaréis o si no, excusaréis el amor que ordena a los corazones honestos. Es preciso que comprendáis que toda mi vida amé, amo y, aún después de mi muerte, amaré a una dama; y como mi corazón tuvo más audacia en dirigirse a tal lugar que mi boca en manifestarlo, estuve siete años sin aparentarlo, temiendo que si la dama lo advertía, perdería la oportunidad de tratarla a menudo, lo que yo temía más que a mi propia muerte. Mas un día, estando en un prado, al mirarla, sentí tales latidos, en mi corazón que perdí el color y toda compostura, de lo que ella se dio cuenta claramente; y al preguntarme qué tenía, le dije que un dolor insoportable; y ella que pensó fuera una enfermedad distinta a la del amor, mostró apiadarse por mí, lo que me llevó a suplicarle que pusiera su mano sobre mi corazón, para que viera cómo latía, lo que así hizo, más por caridad que por amistad y poniendo su mano enguantada sobre mi corazón, se puso éste a debatirse y atormentarse de tal modo que vio que decía la verdad y, al instante, la aprisioné su mano sobre mi pecho, diciéndole: “¡Ay, señora!, aceptad el corazón que quiere romper mi pecho para saltar a la mano de la que espero gracia, vida y misericordia, y que me obliga ahora a declararos el amor que durante tanto tiempo os oculté, ya que ni él, ni yo somos dueños de tan poderoso dios”». Cuando ella oyó mis frases, las encontró muy extrañas y quiso retirar su mano; pero yo la retuve tan firmemente que me quedó el guante en lugar de su cruel mano; y como nunca había tenido ni tuve después, confianza alguna con ella, conservé el guante como el emplasto más apropiado que puedo aplicar a mi corazón, y lo he

adornado con las más bellas joyas que tengo, aunque las riquezas vengan del guante mismo, que yo no cambiaría por el reino de Inglaterra, porque no hay bien que estime tanto en este mundo como sentirlo sobre mi estómago. El señor de Montmorenci, que hubiera preferido la mano de la dama a su guante, lo alabó por su gran honestidad diciéndole que era el más perfecto enamorado que nunca viera y que, puesto que de tan poca cosa hada tanto aprecio, visto la magnitud de su amor, era de pensar que si hubiera sido algo más que el guante, acaso hubiera muerto de alegría. En lo que estuvo de acuerdo con el señor Montmorenci, sin sospechar que éste lo decía por burla.

«Si todos los hombres del mundo fueran de semejante honestidad, bien podrían las mujeres fiarse de ellos, dado que no les costaría más que un guante». «He conocido mucho al señor de Montmorenci, de quien habéis hablado —dijo Guebron— y estoy seguro de que él no hubiera querido vivir soportando tal angustia; y, de haberse contentado con tan poco, no hubiera tenido la buena fortuna que siempre tuvo en lances amorosos; como dice la vieja canción:

Nunca se oyó bien hablar de enamorado cobarde».

«Pensad —dijo Saffredant— que esa pobre dama retiró su mano tan aprisa al sentir latir tan fuerte el corazón que temió que él pudiera morirse. Se dice que no haya nada que las mujeres odien más que tocar a los muertos». «Si hubieseis frecuentado los hospitales tanto como las tabernas, no usaríais ese lenguaje —replicó Emarsuitte—; allí habríais tendido ocasión de ver a los que amortajan a los difuntos, a quien con frecuencia los hombres, por audaces que sean, temen acercarse». «Es cierto —asintió Simontault— que no hay nadie a quien se haya impuesto una penitencia que no lo haga a contrapelo de lo que le produce placer, como una doncella de buena familia que conocí que por satisfacer el placer que sentía de besar a cualquiera que ella amara, fue encontrada a las cuatro de la madrugada besando el cuerpo muerto de un caballero que había sido matado el día anterior, y a quien ella no amara menos que a otros, y todo el mundo advirtió que se trataba de una penitencia por los placeres pasados». «Ved cómo todas las buenas obras que hacen las mujeres son siempre mal consideradas por los hombres —habló Doña Oisille—. No soy de la opinión que se deba besar a los vivos ni a los muertos, si no es como Dios Manda». «Pues en cuanto a mí —dijo Hircan—, me cuido tan poco de besar a las mujeres, incluida la mía propia, que me pliego a todas las leyes que se quieran; pero me inspiran piedad los jóvenes, a quien queréis arrebatat tan pequeño contentamiento, y anuláis el mandato de San Pablo, que quiere que se bese *in osculo santo*^[20]». «Si San Pablo hubiese sido

como vos —dijo Nomerfide— nosotras hubiéramos reclamado la experiencia del espíritu de Dios, que hablaba con él». «A la postre —replicó Guebron—, más preferiríais dudar de las Sagradas Escrituras que dejar de celebrar vuestras pequeñas ceremonias». «No place a Dios que se dude de las Sagradas Escrituras, visto que pocas de nosotras creemos en vuestras mentiras; porque no hay ninguna que no sepa bien lo que debe creer, y no poner nunca en duda la palabra de Dios, y menos prestar fe a la de los hombres, apartándose de la verdad». «Pues yo creo que hay más hombres engañados por las mujeres, que mujeres por hombres, ya que el pequeño amor que sienten por nosotros las priva de creer la verdad, y el gran amor que nosotros les profesamos nos lleva a confiar de tal modo en sus mentiras, que somos engañados antes de que podamos ni sospecharlo». «Me parece —opinó Parlamente—, que habéis dado oído a la queja de algún necio, burlado por una loca, ya que vuestro discurso tiene tan poco peso que es menester lo fortalezcáis con ejemplos; así que, si sabéis alguno, os cedo el puesto para que lo contéis; y no penséis que, por una sola palabra, estemos obligados a creerlos, mas, por escucharos hablar mal de nosotras no sentirían nuestras narraciones ningún dolor, pues sabemos lo que de cierto hay en ello». «Bien, puesto que es mi turno —contestó Simontault—, os lo diré».

Narración LVIII

De cómo una dama de la corte se vengó plazeramente de un enamorado caballero

Había en la corte del rey Francisco I una dama de muy agradable espíritu, la cual, por sus buenas prendas, honestidad y palabra fácil, había ganado el corazón de varios caballeros, con los cuales sabía ella muy bien pasar el tiempo, el honor a salvo, entreteniéndolos de tal forma que ellos no sabían a qué carta quedarse respecto a ella, ya que los más seguros se sentían desesperados, y los más desesperados se sentían seguros. No obstante, burlándose de la mayor parte de ellos, no pudo evitar enamorarse encendidamente de uno, de quien decía ser su primo, cuyo título daba pretexto a más largo departir. Más, como no hay nada estable, con frecuencia su amistad se tomaba en cólera, y después se reanudaba más fuerte que nunca, de suerte que nadie en la corte podía ignorarlo. Un día, la dama, tanto para hacer saber que no ponía su afecto en nada, como para dar achares a aquél por cuyo amor tanto soportara, le puso mejor cara que nunca le hiciera. Y él que ni en armas ni en amores carecía de audacia, comenzó a perseguir vivamente a aquélla a quien tantas veces suplicara; y ella, fingiendo no poder resistirse, en su piedad, accedió a su petición y le dijo que, por este motivo, se iría a su habitación, que estaba en una buhardilla donde ella sabía que no iría nadie, y que así la viera partir, no dejara de ir tras ella, porque la encontraría sola, en razón de la buena voluntad que ella le profesaba. El caballero, que creyó en sus palabras, se sintió tan contento que se puso a jugar con otras damas, en espera de verla salir para ir detrás, y ella, que no tenía falta alguna de astucias de mujer, se encaminó a dos nobles princesas, de las que era pariente, y les dijo: «Si queréis, os mostraré el más bello pasatiempo que nunca vierais». Aquéllas, que no sentían ninguna clase de tristeza, le rogaron les dijera de qué se trataba. «Se trata de un caballero, a quien conocéis, hombre de bien como el que más y no menos audaz. Sabéis cuán mal se ha portado conmigo y que, cuando yo más lo amaba, se dedicó a amar a otras, con lo que me sentí muy enojada aunque no lo aparenté. Pues bien, ahora Dios me ha dado el medio de vengarme, así que voy a mi habitación, que está encima de ésta, y en seguida, si os place estar al acecho, lo veréis venir tras mí, y cuando haya atravesado las galerías y quiera subir por las escaleras, os ruego os asoméis, las dos a la ventana y me ayudéis a gritar: “¡Al ladrón!, y podréis ver su cólera; porque creo que no le hará ninguna gracia, y si no me dice injurias por todo lo alto, creo que al menos las pensará en su corazón”». No sin risas llegaron a esta conclusión, ya que no había caballero en la corte que dominara a las damas más que aquél, y era tan estimado y apreciado por todos que nadie quisiera, por nada del

mundo, correr el riesgo de burlarse de él. Y pareció bien a las damas tener una buena parte de tal gloria, que una sola esperara conseguir sobre el caballero. Así que, tan pronto vieron salir a la que había iniciado la empresa, comenzaron a espiar la conducta del caballero, quien no tardó apenas en mudar de sitio, y cuando hubo atravesado la puerta, las damas salieron a la galería para no perderlo de vista. Él, sin darse cuenta, arrolló la capa a su cuello para ocultar el rostro, y después de bajar la escalera hasta el patio, subiola luego nuevamente; mas, al encontrar a uno que no quería fuese testigo, aún descendió otra vez al patio y volvió a subir por otro lado, seguido atentamente por las miradas de las damas y sin percatarse de ello en ningún momento; y cuando llegó a la escalera por la que podía subir con seguridad a la habitación de su dama, las otras dos se asomaron a la ventana y en cuanto avistaron a la otra dama en lo alto de la ventana que comenzaba a gritar: «¡Al ladrón!», con toda la potencia de sus pulmones, las dos le hicieron coro gritando tan alto que se las oyó en todo el castillo. Dejo a vuestra imaginación el despecho con que el caballero huyó a su alojamiento, no tan bien encubierto que no pudiera ser reconocido por aquellas que conocían el misterio, quienes después se lo reprocharon con frecuencia, incluso aquella que le jugara la mala pasada, diciéndole que bien se había vengado de él. Mas él tenía respuestas y defensas tan apropiadas que les hizo creer que conocía la intención de su empresa y que si había accedido a ir a verla fuera por proporcionarle algún entretenimiento; y que no había sido por amor a ella por lo que se tomara ese trabajo, ya que tiempo hada que el amor no contaba para él; mas las damas no quisieron aceptar esto como verdad, con lo cual todavía hay dudas sobre el tema.

«Mas, si es cierto que él creyó a la dama (lo que no es verosímil, dado que era tan juicioso y audaz que, a su edad y en su época, pocos le son parejos e incluso nadie le aventajó, como nos ha demostrado con su muy audaz y valerosa muerte), me parece que habéis de confesar que el amor de los hombres virtuosos es tal que, por fiar demasiado en la sinceridad de las damas, son a menudo engañados». «En buena lid —dijo Emarsuite—, que yo absuelvo a esa dama de la jugada que le hizo; porque cuando un hombre es amado por una dama y la deja por otra, aquélla no puede por menos de vengarse». «Habría que ver si realmente ella había sido amada —exclamó Parlamente—. Porque las hay que aman a hombres sin estar seguras de su amor, y cuando se enteran de que ellos tienen sus amores en otras partes, dicen que los hombres son tornadizos. Así que las que son prudentes nunca son engañadas por tales intenciones; porque nunca reparan ni creen más que en aquellos que son sinceros, a fin de no correr el riesgo de los embusteros, ya que el verdadero y el falso no hablan el mismo lenguaje». «Si todas fueran de vuestra opinión —exclamó Simontault—, bien pueden los caballeros guardar sus oraciones en su pecho. Mas, aunque vos lo parezcáis en el bien decir, nunca creeremos que las mujeres sean tan incrédulas como bellas son. Y esta opinión nos hará vivir tan contentos como tristes vos queráis ponernos con vuestras preces». «En verdad —dijo Longarine—, sabiendo muy bien que fue la dama quien jugó la pasada al caballero, no encuentro imposible creer

cualquier añagaza por su parte; ya que si se privó de marido, bien pudiera haberse privado de enamorado». «Vos sabéis más que yo —respondió Simontault—; así que os cedo la palabra para que nos digáis vuestra opinión». «Pues si vos lo queréis, también yo», dijo aquélla.

Narración LIX

De cómo un caballero, que quería reunirse en secreto con una de las camareras de su mujer, fue sorprendido por ésta

La dama cuya historia nos habéis contado, había tomado por marido a un rico caballero, de rica y antigua familia; y como existiera gran amistad entre uno y otro, se había realizado el matrimonio. Ella, que era una de las mujeres de habla más graciosa del mundo, no disimulaba a su marido que tenía muchos pretendientes, con los que pasaba el tiempo, burlándose de ellos, con lo cual su marido se divertía mucho más, a la larga, esta vida le disgustó, de un lado, porque encontraba mal que departiera largamente con quienes no eran ni parientes ni amigos suyos; y de otro, porque le enojaba mucho el gasto que se veía obligado a hacer para mantener su lujo y hacer vida cortesana. Así que, siempre que podía, se retiraba a su casa, adonde acudía a visitarla tanta gente que su despensa disminuía al mismo paso que su economía; porque su mujer, estuviera donde estuviera, siempre encontraba el medio de pasar el tiempo con juegos, danzas, y todas aquellas cosas a las cuales se pueden dedicar honestamente las jóvenes señoras. Alguna vez que su marido le decía, riendo, que sus gastos eran demasiado grandes, ella le respondía asegurándole que nunca le haría cabrón, pero si pobre de solemnidad; porque amaba tanto los atavíos lujosos que era menester que siempre tuviera los más hermosos y caros que había en la corte, adonde su marido la llevaba lo menos que podía y ella hacía lo posible por ir. Y, por este motivo, se volvió tan complaciente con su marido, que éste no le negó las cosas más difíciles. Ahora bien, un día, viendo que ninguna de sus artimañas podían convencerlo de que la llevara a la corte, advirtió que él ponía muy buena cara a una señora de compañía que tenía, de lo cual pensó que podía aprovecharse. Y, una tarde, habló a solas con su camarera y la interrogó tan astutamente, ora con promesas, ora con amenazas, que la muchacha le confesó que desde que estaba en la casa no había día que su marido no la requiriera de amores, pero ella prefería antes morir que hacer nada contra Dios y su honor; y más aún después del honor que su dueña le había hecho de ponerla a su servicio privado, porque entonces sería doble maldad. La dama, al oír la deslealtad de su marido, se sintió alternativamente conmovida por el enojo y la alegría, al ver que su marido, que tanto aparentaba amarla, perseguía secretamente con tal desvergüenza a alguien a su servicio, aunque ella se pensaba más bella y con mejores prendas que aquella otra por quien él la quería cambiar. Y su alegría provenía de que esperaba sorprender a su marido en tan grave falta, de forma que él ya no pudiera reprocharle sus pretendientes ni su estancia en la corte. Y para conseguirlo, rogó a la muchacha que accediese poco a poco a las peticiones de su

marido, con las condiciones que ella le puso. La muchacha intentó poner dificultades; mas cuando su señora le dio toda clase de seguridades en cuanto a su vida y su honor, accedió a hacer cuanto le pedía. El caballero, insistiendo en su persecución, encontró a la muchacha muy cambiada en su conducta y en su aspecto, así que la presionó más vivamente que hasta entonces. Pero ella, que se sabía su papel de memoria, le recordó su pobreza y que al obedecerle podría perder el servicio de su señora, por el cual esperaba ella conseguir un marido. A lo que le respondió el caballero que no tuviera cuidado por tales cosas, que él la casaría mejor y más ricamente de lo que podría hacerlo su mujer, y que él llevaría el asunto tan en secreto que nadie tendría nada que decir. Sobre tales propósitos hicieron su acuerdo, y buscando el lugar más adecuado para rematar tan bella obra, ella le dijo que no sabía de ninguno mejor que una casita que había en el parque donde había una habitación e incluso una cama. El caballero, que no encontraba ningún lugar malo, se dio por muy contento con aquél y le pareció que no llegaban nunca el día y la hora deseados. La muchacha no dejó de cumplir la promesa hecha a su señora y le contó todo el proceso de su empresa, con todo detalle, y cómo debía tener lugar al día siguiente, después de comer, y que ella no dejaría de hacerle una señal cuando llegara el momento en que él fuera. También le rogó que no dejara de estar en guardia y de acudir a la hora en punto, para que la protegiera del riesgo en que se ponía por obedecerla, lo que su señora le prometió, asegurándole que no tuviera temor alguno y que nunca la abandonaría y sí la defendería del furor de su marido. Llegado el día siguiente, el caballero puso a su mujer mejor cara que anteriormente, lo que ella no encontró demasiado agradable; pero fingió tan bien que él no advirtió nada. Después de comer, le preguntó en qué pasaría su tiempo. Respondiendo él que no tenía nada mejor que hacer que jugar a los naipes. En seguida organizaron el juego, pero su mujer dijo que no quería jugar, sólo mirar. Y así que se sentara él a jugar no dejó de recordar a la muchacha que no olvidara su promesa. Y una vez que estuvieron jugando, la muchacha pasó por la sala haciendo señal a su dueña que iba a comenzar su peregrinación, y que la avisaba de ello; pero el caballero no se dio cuenta de nada. No obstante, al cabo de una hora, cuando uno de sus criados le hizo una seña desde lejos, dijo a su mujer que le dolía un poco la cabeza y que se veía obligado a irse a reposar un rato y tomar un poco el aire. Ella, que sabía de su enfermedad más que él, le preguntó si quería que jugara en su lugar, a lo que respondió que sí, y que volvería en seguida. A lo cual ella le contestó asegurándole que, a lo menos durante dos horas, no sentiría fastidio por ocupar su lugar. Así que el caballero se fue a su habitación y de allí, por una avenida, al parque. Su mujer, que conocía otro camino más corto, esperó un poco, pero repentinamente simuló tener retortijones y entregó su juego a otro; y así que abandonó la sala se quitó sus altos escarpines y corrió lo más aprisa que pudo al lugar en el que no quería que se celebrara el mercado sin estar presente, llegando a buena hora; porque entró por una puerta en la habitación a la que su marido acababa de llegar y se ocultó detrás de él, escuchando la bella y honesta conversación que su marido tenía con la camarera.

Mas, al ver que se aproximaba el momento criminal, lo cogió por detrás, diciéndole: «Estoy demasiado cerca de vos para que tengáis a otra». No hay que preguntar que el caballero se encolerizó hasta el paroxismo, tanto por ver frustrada la alegría que pensaba recibir como por ver que su mujer sabía de él más de lo que quisiera, temiendo perder para siempre su amor. Mas pensando que la intriga procedía de la muchacha, sin hablar con su mujer, corrió tras ella con tanto furor que si su mujer no se la hubiera quitado de las manos la hubiera matado, al tiempo que decía que era la moza más malvada que nunca viera y, que si su mujer hubiera esperado hasta el fin, ya hubiera visto ella algo que no era precisamente una burla, porque en lugar de hacerle lo que ella pensaba la hubiera dado de latigazos para castigarla; pero su mujer, que conocía de qué madera estaba hecho, no lo creyó, y le hizo tales reproches que él temió que quisiera abandonarlo. Así que le hizo cuantas promesas quiso ella y confesó, viendo las buenas admoniciones de su mujer, que se había equivocado al encontrar mal que ella tuviera pretendientes, porque mujer tan bella y honesta no es menos virtuosa porque sea amada, siempre que ella no diga ni haga nada contra su honor; pero que un hombre merece un muy grande castigo si se dedica a perseguir a quien no le ama, por ofender a su mujer y a su conciencia. También le prometió que nunca le impediría ir a la corte, ni encontraría mal que la cortejaran, ya que bien sabía que si ella les hablaba era más por burla que por afecto. Estos propósitos de enmienda no disgustaron a la dama, ya que parecía que se había apuntado un buen tanto. Cierto es que ella tenía en más su amor que cualquier otra cosa, y que sin él todas las reuniones le aburrirían, y le dijo que una mujer, bienamada de su marido y correspondiéndole a su vez, como era su caso, llevaba consigo un salvoconducto para hablar a todo el mundo y no ser objeto de burla de ninguno. El infeliz caballero se tomó tanto trabajo en asegurarle el cariño que la profesaba que al fin se alejaron de aquel lugar convertidos en dos buenos amigos. Mas, para que no volviera a surgir ningún inconveniente análogo, el marido rogó a su mujer que despidiera a la muchacha por cuya culpa él pasara tan gran disgusto. Así hizo ella, pero fue casándola, bien y muy honorablemente a expensas de su marido; y éste, para conseguir que su mujer olvidara totalmente su locura, la llevó a la corte, con tanto lujo y boato que ella no pudo por menos de sentirse contenta.

«Esto es, señoras, lo que me lleva a deciros que no encuentro extraño la jugada que ella hiciera a uno de sus pretendientes, visto la que sabemos hizo a su marido». «Nos habéis pintado una mujer muy astuta y un marido muy tonto —opinó Hircan—; porque él, si había llegado hasta allí, no debió detenerse a mitad del camino». «¿Y qué habría tenido que hacer?», preguntó Longarine. «Terminar lo que emprendiera —respondió Hircan—, ya que tan furiosa estaba su mujer contra él porque sabía que iba a obrar mal, como si lo hubiera llevado a vías de hecho; e incluso puede que su mujer lo estimara más si él se hubiera mostrado más cortés y audaz con ella». «Decís bien

—asintió Emarsuite—, peto, ¿dónde encontraréis al hombre capaz de forzar a dos mujeres a la vez?; ya que la una habría defendido su derecho, y la muchacha su virginidad». «Es verdad —respondió Hircan—, pero un hombre fuerte y aguerrido no debe temer asaltar a dos débiles mujeres y menester es siempre llegar hasta el fin». «Comprendo que si él hubiera recurrido a su espada —argumentó Emarsuite—, bien podría haberlas matado a las dos; pero, de otro modo, no veo cómo habría podido conseguirlo. Así que os ruego nos digáis qué hubierais hedió vos». «Habría abrazado a mi mujer y la hubiera llevado fuera —contestó Hircan—, y después hubiese hecho de la camarera lo que me placiera, por las buenas o por las malas». «Hircan —le dijo Parlamente—, ello demuestra suficientemente que sois muy capaz de obrar mal». «Estoy seguro, Parlamente —le respondió aquél—, que no escandalizo a ningún inocente entre mi auditorio, mas no por eso quiero defender una mala hazaña; porque no alabo la empresa, que de suyo no vale nada, ni al que la acometió, que no le puso fin, más por temor que por amor a su mujer, yo alabo al hombre que ama a su mujer como Dios manda; mas, si no la ama, pienso que tampoco debe temerla». «En verdad que si el amor no os tornara buen marido —dijo Parlamente—, también yo estimaría en bien poco lo que hicierais por temor». «No temáis, Parlamente —contestó Hircan—, porque el amor que os profeso me vuelve tan obediente a vuestros deseos como no lo conseguiría ni el temor a la muerte ni al infierno». «Decid lo que os plazca —replicó Parlamente—, pero yo tengo motivos para estar contenta con lo que he visto y sabido de vos, y de lo que no supe, no tengo por qué dudar, y mucho menos preguntar». «Encuentro que es una gran ligereza la de aquellas que acosan a preguntas a sus maridos y también la de los maridos que hacen lo mismo a sus mujeres», dijo Nomerfide. «Pero algunas veces es necesario —habló Doña Oisille— preguntar cosas que puedan afectar el honor de una casa, para poner orden en ello, mas no para hacer un juicio temerario; que para esto ninguna ocasión es buena». «Pues a muchos les han ocurrido graves inconvenientes por no investigar con cuidado y a tiempo las faltas de sus mujeres», dijo Guebron. «Os suplico que si sabéis algún ejemplo, no nos lo ocultéis», pidió Longarine. «Sí —afirmó Guebron—, lo sé, y pues que lo queréis, lo diré».

Narración LX

De cómo una parisiense abandonó a su marido para seguir a un chantre, y de cómo luego, fingiéndose muerta, se hizo enterrar

Vivía en la villa de París un hombre de tan buen natural que sólo llegó a admitir que su mujer pudiera acostarse con otro hombre cuando lo vio con sus propios ojos. Este hombre desposó a una mujer de tan mal gobierno como no era posible más, sin que nunca llegara a advertirlo, así que la trataba como si fuera la mujer más honrada del mundo. Un día que el rey Luis XII fue a París, la tal mujer fue a visitar a uno de los chantres del dicho monarca. Y cuando vio que el rey se marchaba de París y que ya no podría ver al chantre, se deliberó a abandonar a su marido y a seguirlo; a lo que accedió el chantre, llevándosela a una casa que había cerca de Blois, donde vivieron juntos durante mucho tiempo. El pobre marido buscó a su mujer por todas partes, sin encontrarla; mas al fin le dijeron que se había ido con el chantre. Él, que quería recobrar su oveja perdida, de la que tan mala guarda hiciera, le escribió muchas cartas, rogándole que volviera con él, que volvería a tomarla por esposa si quería ser una mujer de bien; pero ella, que sentía gran placer en oír el canto del chantre con el que vivía y que había olvidado la voz de su marido, no tomó en consideración sus buenas palabras y se burló de él, con lo que el marido, encolerizado, le envió a decir que la perseguiría por la justicia de la Iglesia, ya que ella no quería de otro modo retornar con él. La mujer, temiendo que, si la justicia le echaba mano, su chantre y ella podrían tener un disgusto, pensó con una cautela digna de tal mente y, fingiendo estar enferma, envió a buscar a algunas honradas mujeres de la villa para que vinieran a visitarla. Lo que aquéllas hicieron con agrado, esperando conseguir con su visita que abandonara su mala vida, y a tal fin cada una le hacía los más sabios reproches que podía. Entonces ella, que fingía estar gravemente enferma, aparentó llorar y reconocer su pecado, de manera que inspiró gran piedad a todos los reunidos, que creyeron firmemente que hablaba con el corazón en la mano. Y, al verla así contrita y arrepentida, se pusieron a consolarla, diciéndole que Dios no era tan terrible como muchos predicadores indiscretos lo pintaban y que nunca le rehusaría su misericordia; y, en esta buena tesitura, enviaron a buscar a un honrado sacerdote para que la confesara. Y, al día siguiente, vino el cura del lugar para administrarle el santo sacramento; que ella recibió con tan devota expresión que todas las honradas mujeres de la villa que estaban presentes lloraban al ver su unción, alabando a Dios que, en su bondad, habíase apiadado de esta triste criatura. Y después, al fingir que ya no podía ni comer, el cura le llevó la extremaunción, que fue recibida por ella también con gran devoción; y, aunque se pensaba ya no podía ni hablar, aún estuvo algún tiempo

así, y luego, poco a poco, pareció que perdía la vista, el oído y todos los demás sentidos, con lo que todos se pusieron a gritar «¡Jesús!». Y, a causa de que la noche estaba próxima y las damas vivían lejos, éstas se retiraron; y así que hubieron abandonado la casa, se les dijo que había fallecido y, entonando un *De profundis*^[21] por ella, volvieron a sus casas. El cura preguntó al chantre que dónde quería que fuese enterrada, a lo cual le respondió que ella había dispuesto ser enterrada en el cementerio, y que sería oportuno llevarla allí de noche. Así que la pobre desgraciada fue amortajada por una camarera, que se guardó muy bien de causarle daño alguno, y después, entre grandes antorchas, fue llevada hasta la fosa que el chantre hiciera preparar. Y cuando el cuerpo pasó ante aquellas que vieran cómo le administraban la extremaunción, salieron todas de sus casas y la acompañaron hasta su última morada, donde en seguida la dejaron mujeres y el cura, mas no el chantre, que quedó allí; porque, así que vio a las gentes bastante lejos, él y su camarera deshicieron la fosa, de la que salió su amiga, más viva que nunca, y la llevó secretamente a su casa, donde la mantuvo mucho tiempo oculta. El marido, que la perseguía, fue a Blois a pedir justicia y se encontró con que estaba muerta y enterrada, como atestiguaron todas las damas de Blois, que le contaron la buena muerte que había tenido, con lo que el hombre se sintió muy feliz, creyendo que el alma de su mujer estaba en el paraíso y él libre de tan mal cuerpo; y, en este contento, regresó a París, donde se casó con una mujer de bien, joven y bella, honesta y buena ama de casa, de la cual tuvo varios hijos, viviendo juntos catorce o quince años. Mas, a la postre, la fama, que nada puede ocultar, vino a advertirle que su mujer no había muerto, sino que seguía viviendo con el chantre, lo que el pobre hombre disimuló como pudo, fingiendo no saber nada y deseando que todo fuera mentira; pero su mujer, que era muy juiciosa, también fue advertida, con lo que sintió tan gran angustia que creyó morir de pesar; y si su conciencia se lo hubiera permitido, con gusto hubiera disimulado su mala suerte; pero le fue imposible porque inmediatamente quiso intervenir la Iglesia y, como primera providencia, los separó a los dos, hasta que se supiera bien la verdad de los hechos.

De modo que el infeliz hombre fue obligado a dejar a la buena para buscar a la mala, y fue a Blois, poco tiempo después que el rey Francisco I subiera al trono.

Y en aquel lugar encontró a la reina Claudia y a su majestad la regente, ante las cuales fue a exponer su queja, preguntando por aquélla a quien bien quisiera no haber encontrado nunca, mas forzoso le era, lo cual inspiró gran compasión a todos los presentes. Y cuando su mujer le fue presentada, ella quiso mantener contumazmente que no era su marido, y que se trataba de una cosa preparada, lo que él hubiera creído con mucho gusto, de haber podido. Ella, más pesarosa que avergonzada, dijo que prefería morir antes que volver con él, con lo que éste se sintió muy contento; pero las damas ante las que ella habló tan desvergonzadamente la condenaron a que volviera con él, y tan bien supieron adoctrinar al chantre, con muchas represiones y amenazas, que éste se vio obligado a decir a su repulsiva amiga que se fuera *con* su

marido, que él no quería volver a verla más, Así, expulsada de todos los lados, se retiró la pobre mujer, siendo mejor tratada de su marido de lo que había merecido nunca.

«Por eso, señoras, es por lo que digo que, si el infeliz marido hubiera estado vigilante sobre la conducta de su mujer, no la hubiera perdido así, ya que la cosa bien guardada se pierde difícilmente, y la abundancia hace al ladrón». «Cosa extraña es — se asombró Hircan— que el amor sea más fuerte donde menos razonable se muestra». «He oído decir —declaró Simontault— que es más fácil romper den matrimonios que separar el amor de un sacerdote y su camarera». «Lo creo —afirmó Emarsuite—, porque quienes ligan a los demás en matrimonio saben hacer tan bien el nudo que sólo la muerte puede ponerles fin; y mantienen los doctores que el lenguaje espiritual es el más fuerte que ningún otro como consecuencia, también el amor espiritual es superior a los otros». «Ésa es una cosa que no podría perdonar a una dama, que abandone a un marido honesto o a un amigo por un cura, por muy apuesto y honesto que sea», aseguró Dagoncin. «Permitidme, os lo ruego —dijo Hircan—, no mezcléis en esto a nuestra santa madre la Iglesia; mas sabed que causa gran placer a las infelices y temerosas mujeres pecar con aquellos que las pueden absolver; porque produce más vergüenza confesar una cosa que hacerla». «¿Habláis acaso —preguntó Doña Oisille— de aquellas que ignoran la existencia efe Dios y que también creen que las cosas secretas no serán reveladas una vez delante de toda la corte celestial? Mas yo creo que no es por la confesión por lo que buscan a los confesores, sino porque el Enemigo las ha sabido cegar de tal forma que más bien buscan un lugar en el que les parece estar a cubierto y ser más seguro, que cuidarse de tener la absolución del mal del que no se arrepienten». «¿Arrepentimiento, decís? —exclamó Saffredant—. ¡Pero si se estiman bastante más santas que el resto de las mujeres! Y estoy seguro de que las hay que se tienen por muy honradas al perseverar en tales amistades». «Habláis de tal forma que parece como si supierais alguna cosa —dijo Doña Oisille a Saffredant—. Así que os ruego que mañana, para comenzar la Jornada, nos digáis lo que sabéis; porque he ahí que suena el último toque para vísperas y que nuestros frailes han marchado en continente después de haber oído la décima narración, y nos han dejado acabar nuestros debates». Y, al decir esto, se levantó la reunión, yendo todos a la iglesia, donde encontraron que los habían esperado, y después de oír las vísperas, cenaron todos juntos, hablando de algunos de los bellos cuentos que habían oído. Después de cenar, todos, según la costumbre, fueron a jugar un poco al prado, y después a reposar, a fin de tener al día siguiente una mejor memoria.

JORNADA SÉPTIMA

É la que se trata de aquellos que han hecho lo contrario de lo que debían o querían

Doña Oisille no dejó al día siguiente de administrarles su salutífero pasto, que tomó de la lectura de las Actas y virtuosos Hechos de los gloriosos caballeros y Apóstoles de Jesucristo, según San Lucas, diciéndoles: «Que estos cuentos sean suficientes para desear tener que volver a vivir aquel tiempo y llorar la mala fortuna del actual». Y cuando hubo leído lo suficiente y expuesto el cimiento de tan digno libro, les rogó que fueran a la Iglesia con la misma unión con que los Apóstoles hacían sus oraciones, y que pidieran a Dios su gracia, que nunca es rehusada a quienes con fe la requieren. Esta idea fue encontrada muy buena por todos, y llegaron a la iglesia justo cuando comenzaba la misa del Espíritu Santo, cosa que les pareció venir muy a cuento y que les hizo escuchar el servido divino con gran devoción; y después fueron a comer glosando la feliz vida apostólica, en lo que encontraron tal placer que casi dieron al olvido su empresa. Y advertido que fue por Nomerfide, como la más joven que era, les dijo: «Doña Oisille nos ha enrollado tanto en su devoción que se nos pasó la hora acostumbrada de retiramos para preparar las Narraciones que vamos a contar». Sus palabras dieron motivo a toda la reunión para levantarse, y, tras haber permanecido bien poco en sus habitaciones, no dejaron de acudir al igual que hicieran el día anterior. Y así que todos estuvieron bien a su gusto, Doña Oisille dijo a Saffredant. «Aunque estoy segura de que no diréis nada en beneficio de las mujeres, menester será que os advierta nos contéis la narración que ayer tarde nos prometisteis». «Protesto, señora —dijo Saffredant—, yo no adquiriré el deshonor de los maldicentes por decir la verdad, ni perderé la gracia de las damas virtuosas por contar lo que las ligeras hacen. Porque ya experimenté bien a mi costa lo que es estar alejado de su vista y si también lo hubiera estado de su favor a esta hora no estaría con vida». Al decir esto dirigió los ojos hada aquella que era causa de su bien y de su mal; pero al mirar a Emarsuite, también la hizo ruborizarse como si hubiera sido a ella a quien se dirigía su intención; bien es cierto que no por eso fue menos comprendido por aquella de quien deseaba ser oído. Y, entonces, Doña Oisille le aseguró que podía decir libremente la verdad, a expensas de aquéllos a quienes afectara. Así que Saffredant comenzó y dijo:

Narración LXI

Donde se habla de la asombrosa pertinacia del descarado amor de una
bor goñesa hacia un canónigo de Autun

Cerca de la villa de Autun vivía una mujer muy hermosa, alta, de tez blanca, y de tan bellas facciones como nunca la vi. Se había desposado con un hombre que parecía ser más joven, lo cual era motivo de contento para ella. Poco tiempo después de que se hubieran casado, la llevó para algunos asuntos a la villa de Autun. Y, mientras que su marido buscaba justicia, su mujer iba a la iglesia a rogar a Dios por él; y tanto frecuentó el santo lugar que un canónigo, muy rico, se enamoró de ella y la persiguió tanto que a la postre la pobre desgraciada accedió, de lo que el marido no tuvo ninguna sospecha, pensando más en guardar sus bienes que a su mujer.

Y cuando ella vio llegado el momento de partir y que era preciso volver a su casa, que estaba alejada de la ciudad sus buenas siete leguas, sintió un gran pesar, pero el canónigo le prometió que iría a menudo a visitarla; como así hizo, fingiendo siempre hacer algún viaje en cuyo camino se encontraba la casa de este hombre, quien no fue tan tonto que no lo advirtiera; y tan bien supo disponer las cosas que cuando el canónigo llegaba nunca encontraba a su mujer, ya que la obligaba a ocultarse muy bien para que no pudiera hablar con ella. La mujer supo muy bien, por los celos de su marido, que el canónigo no era de su agrado; sin embargo, pensó que ella arreglaría las cosas, ya que estimaba que era un infierno el perder la visión de su dios. Un día que su marido estaba fuera de la casa dispuso tan bien de sus camareras y criados que quedó allí sola; incontinentemente, tomó lo que le era necesario y, sin otra compañía que la de su loco amor, se fue, a pie, a Autun, donde no llegó tan tarde que no fuera reconocida por su canónigo, quien la mantuvo encerrada y oculta más de un año, por más admoniciones y anatemas que le hizo lanzar su marido. El cual, no encontrando mejor remedio, llevó su queja al obispo, que tenía un arcediano, hombre de bien si lo hubo en Francia, que buscó por sí mismo con tanta diligencia por todas las casas de los canónigos que al fin encontró a aquélla a quien se diera por perdida, encerrándola en una prisión y condenando al canónigo a una gran penitencia. El marido, sabedor de que su mujer había sido hallada por los buenos oficios del arcediano y de otras buenas gentes, se sintió muy contento de volverla a tener junto a él tras juramento que le hizo de vivir el tiempo futuro como mujer de bien. Lo que el buen hombre creyó con mucho gusto dado el gran amor que le profesaba, y la llevó a su casa, tratándola tan honestamente como antes, aunque puso a su servicio a dos viejas camareras, de forma que nunca estaba sola y siempre había una de las dos con ella. Mas por muy buena cara que ponía a su marido, el vil amor que tenía al canónigo le

hacía considerar su reposo como un tormento. Y, aunque ella era mujer muy bella y el hombre de robusta complexión, fuerte y poderoso, lo cierto es que nunca tuvo hijos de él, ya que su corazón estaba siempre a siete leguas de su cuerpo. Lo que disimulaba tan bien que a su marido le parecía que había olvidado todo el pasado, como por su parte hiciera él. Pero la malicia de ella no era de la misma opinión; y, en el instante en que vio a su marido más amoroso y menos dispuesto a sospechar, fingió estar enferma; y tan bien supo llevar su ficción que su pobre marido sentía gran angustia, no ahorrando cosa alguna que estuviera en sus manos para ayudarla. Sin embargo, ella representó su papel de tal forma que él y todos los de la casa la imaginaron gravemente enferma, y que poco a poco se debilitaba; y viendo que su marido estaba tan pesaroso (cuando debería estar alegre), le rogó que la autorizara para hacer testamento, a lo que él accedió llorando.

Ella, teniendo plena capacidad para testar, aunque no hubiera tenido hijos, legó a su marido todo cuanto podría darle, pidiéndole perdón por las ofensas que le había hecho. Después envió a buscar al cura, se confesó y recibió el santo sacramento del altar con tanta devoción que todos lloraban al ver tan gloriosa muerte. Y, al llegar la noche suplicó a su marido que le hiciera llevar la extremaunción, ya que se sentía tan debilitada que temía no poder recibirla en vida. Su marido la ordenó venir con gran diligencia y la recibió ella con tanta humildad que fue la admiración de todos. Cuando hubo recibido todos estos hermosos sacramentos, dijo a su marido que, puesto que Dios le había concedido la gracia de haberlos recibido tal como la Iglesia ordena, sentía su conciencia en tan gran paz que tenía deseos de descansar un poquito, rogándole que hiciera él otro tanto, que buena necesidad tenía tras haber llorado y velado tanto por su culpa. Cuando su marido se durmió, y lo mismo todos los criados, las dos viejas, que estando sana la vigilaron tanto, no dudando de que ya no escaparía, como no fuera por la muerte, también se sintieron deseosas de ir a acostarse. Y así que ella las oyó dormir y roncar muy alto, se levantó y, en camisa, salió de la habitación, escuchando si había alguien de la casa que hiciera ruido.

Y cuando estuvo segura de que todo marchaba bien, se las arregló para salir por una pequeña puerta del jardín, que no cerró; y, durante toda la noche y en camisa, con los pies descalzos, anduvo el camino de Autun, en busca del santo que la había preservado de la muerte. Mas, como la distancia era larga, no pudo hacerla toda de un tirón sin que el día la sorprendiera. Entonces, miró atrás y adelante del camino y avistó a dos jinetes que cabalgaban muy aprisa; y no dudando de que fuera su marido que la buscaba, se metió en un pantano, ocultando el cuerpo y la cabeza entre los juncos, y desde allí oyó a su marido cómo, al pasar ante ella, decía a un criado suyo con acento desesperado: «¡Oh, malvada! ¿Quién hubiera pensado que bajo el manto de los santos sacramentos de la Iglesia se pudiera encubrir tan abominable caso?». Y el criado le respondía: «Si Judas, habiendo recibido su parte, no temió traicionar a su Señor, no encontréis extraña la traición de una mujer».

Y, dicho esto, el marido siguió adelante y su mujer se quedó entre los juncos,

gozosa de haberle engañado, ya que había conseguido escapar de su casa y de un lecho que la esclavizaba. El infeliz marido la buscó por toda la villa de Autun, pero pudo cerciorarse de que allí no había llegado. Así que volvió sobre sus pasos, sin dejar de lamentarse en todo el camino de ella y de su gran pérdida y, por lo demás, sin dejar de amenazarla con la muerte, si la encontraba; mas ella no tenía miedo en su ánimo, y si mucho frío en su cuerpo, ya que la estación y el lugar la inducían a arrepentirse de su condenable viaje. Y quien ignore de qué manera el fuego del infierno calienta a aquellos que están llenos de él, no dejarán de maravillarse al ver cómo esta mujer, después de salir de un lecho bien caliente, pudo resistir todo el día en tan extrema frialdad. Mas ni así perdió di ánimo y las fuerzas para seguir adelante; e, inmediatamente que cayó la noche, reemprendió su camino, y cuando ya cerraban las puertas de Autun, llegó esta triste peregrina, que no *dejó* de ir en derechura a donde vivía su santo cuerpo, que a malas penas podía creer que fuera ella misma; mas cuando la hubo repasado y examinado por todas partes, encontró que tenía huesos y carne, cosa que un espíritu no tiene. Y así, se aseguró que no era un fantasma; y desde entonces vivieron en tan buen acuerdo que ella estuvo a su lado durante catorce o quince años. Y si bien se mantuvo algún tiempo oculta, luego perdió todo temor y, lo que es peor, tomó a tanta gloria tener tal amigo que se ponía en la iglesia delante de la mayor parte de las mujeres honradas de la villa, tanto si eran mujeres de oficiales como otras, y tuvo hijos del canónigo, entre ellos una muchacha que se casó con un rico mercader, y tan lujosa fue su boda que todas las mujeres de la villa murmuraban mucho, pero no tenían poder para remediarlo. Ahora bien, sucedió por aquel tiempo que la reina Claudia, mujer del rey Francisco, pasó por la villa de Autun en compañía de su majestad la regente, madre del rey, y de la duquesa de Alençon, su hija. Y ocurrió entonces que una dama de cámara llamada Perrette, fue a la dicha duquesa y dijo: «Señora, os suplico que me escuchéis, y así haréis obra mejor que ir a oír el servicio divino durante todo el día». La duquesa accedió gustosa, sabiendo que de ella no podía venir más que un buen consejo. Perrette le contó entonces cómo había tomado a su servicio una muchachita para ayudarla a lavar la ropa de la reina y cómo, al preguntarle por las noticias de la villa, aquélla le contó el gran disgusto de las mujeres honestas al tener que ver delante de ellas a la mujer del canónigo, de quien le contó parte de su vida. Inmediatamente la duquesa fue junto a la reina y su majestad la regente y les contó esta historia; y, sin otras formalidades, enviaron a buscar a aquella pobre desgraciada, la cual, sin ocultarse (ya que mudara su vergüenza en gloria por ser la dueña de la casa de hombre tan rico), sin sentirse avergonzada ni asombrada, se presentó ante las demás damas, que, de repente, no supieron qué decirle. Pero después, su majestad la regente le hizo tales reproches que habrían de inducir al llanto a cualquier mujer de buen juicio; mas no así a esta triste mujer, que con gran audacia les dijo: «Os suplico, señoras, que os guardéis muy bien de tocar nada que se refiera a mi honor, porque, a Dios gracias, he vivido con el señor canónigo tan honrada y virtuosamente que no hay persona viva que me pueda

reprender. Y no es menester que penséis que yo viva contra la voluntad de Dios, porque hace ya tres años que el canónigo ya no me hace nada, y vivimos tan castamente y en tan perfecto amor como dos hermosos angelitos, sin que nunca haya entre nosotros un mal entendimiento ni una palabra más alta que otra, así que quien intente separarnos cometerá un gran pecado, ya que el buen hombre, que tiene más de ochenta años, no sabrá vivir sin mí, que tengo cuarenta y cinco». Ya podéis imaginar cómo las damas no se pudieron contener y los reproches que cada una le hizo. Viendo su obstinación, que en ningún momento se viera ablandada por palabra alguna que pudo decirsele, ni en consideración a su edad, ni tampoco por la honorable compañía en que se encontraba, para humillarla más fuertemente enviaron a buscar al buen arcediano de Autun, que la condenó a estar en prisión un año, a pan y agua. Y las damas también enviaron a buscar a su marido, quien, tras muy buenos exhortos, se sintió feliz de volverla a tener consigo, después de que hubiera hecho penitencia. Y, al verse prisionera y al canónigo decidido a no volverla a tener con él, agradeció a las damas que le hubieran quitado tal demonio de sobre sus hombros, y mostró una contrición tan grande y tan perfecta que su marido, en lugar de esperar al fin del año para volverla a tomar con él, no esperó más que quince días, al cabo de los cuales fue a reclamarla al arcediano, y desde entonces vivieron en buena paz y tranquilidad.

«Ved, señoras, cómo los malos ministros convierten las cadenas de San Pedro en las de Satanás, y son tan fuertes de romper que los sacramentos, que en los demás expulsan a los diablos del cuerpo, en ellos son medios para perseverar en la contumacia de sus conciencias. Porque son las mejores cosas, cuando se abusa de ellas, las que causan mayores males». «En verdad que esa mujer era muy desgraciada —habló Doña Oisille— pero también lo es que fue bien castigada al tener que acudir ante unos jueces como las damas que habéis citado, pues la sola mirada de su majestad la regente era de tal virtud que no había mujer de bien que no temiera encontrarse delante de sus ojos y no se considerara indigna de estar en su presencia. Y, si las miraba dulcemente, se pensaban deudoras de un gran honor, ya que sabían que esta dama no podía mirar con tan buen corazón más que a las mujeres virtuosas». «Mejor sería —opinó Hircan— que se tuviera más temor al santo sacramento, que si no es recibido con fe y caridad, es mayor motivo de condenación eterna que los ojos de una mujer». «Os aseguro que quienes no sienten la inspiración, temen más a las potencias terrenales que a las espirituales. Aun así, creo que esa infeliz criatura se sintió más castigada con la prisión y con el sufrimiento de no ver más a su canónigo que por los reproches que se le pudieron hacer». «Pero —arguyó Simontault— os olvidáis del motivo principal que la hizo volver con su marido: y es que el canónigo tenía ochenta años y su marido era mas joven que ella. Así que esta mujer salió ganadora en todas sus compraventas. Pero seguro que si el canónigo hubiera sido más joven, no habría querido abandonarlo. Las enseñanzas de aquellas damas no habrían

tenido más valor que los sacramentos que recibiera». «Aun así —afirmó Nomerfide—, creo que hacía bien en no confesar su pecado demasiado paladinamente, ya que esa ofensa se debe decir a Dios solamente y negarla firme y fuertemente delante de los hombres. Porque, aunque fuera verdad, a fuerza de mentir y jurar se engendra cualquier duda en la misma verdad». «Bien cierto es que un pecado tan grave puede mantenerse tan secreto que nunca sea revelado, a no ser cuando Dios quiera descubrirlo en los que por amor a Él, sienten verdadero arrepentimiento», explicó Longarine. «¿Y qué diríais de aquellos que, apenas han cometido una ligereza, se apresuran a contarla a cualquiera?», preguntó Hircan. «Lo encuentro muy extraño —respondió Longarine—, y es señal de que el pecado no les desagrada. Y, como ya os he dicho, aquellos que no disfrutan de la gracia de Dios, no podrían negarlo delante de los hombres; y aún hay muchas que disfrutan en hablar de tales temas y encuentran gloria en publicar sus vicios, y también las hay que, picándose, se acusan». «Pues es una forma muy torpe de darse por aludidas —dijo Saffredant—; mas os ruego que si sabéis alguna historia sobre ello, nos la digáis». «Pues bien, escuchad», comenzó Longarine.

Narración LXII

Donde se habla de una joven que, al contar una historia de amor que se refería a ella misma, se descubrió por un descuido

En tiempos del rey Francisco I, había una dama de sangre real y poseedora de muchos títulos, de virtud y de belleza, y que tenía gran habilidad y grada para contar historias y también para reírlas cuando alguien contaba alguna. En una ocasión que esta dama residía en una de sus casas, vinieron a verla todos sus súbditos y vecinos, ya que era tan apreciada como mujer alguna pudiera serlo. Entre otras, vino a visitarla una muchacha que escuchaba a todos cuantos querían recitarle cuentos para divertirla. Decidió ella que no sería menos que los demás, y dijo a la dama: «Señora, ¿puedo contaros un cuento?; pero me habéis de prometer no hablar de ello». Y en seguida continuó: «Señora, el cuento que os voy a narrar es muy verídico, y os lo aseguro sobre mi conciencia. Ello es que había una mujer casada que vivía con su marido muy honorablemente, a pesar de que él era viejo y ella joven. Un caballero, vecino suyo, al ver que había desposado a un viejo, se enamoró de ella y la acosó durante varios años, sin que nunca tuviera otra respuesta de ella que la que puede hacer una mujer de bien. Un día, el caballero pensó que si pudiera encontrarse con ella en condiciones favorables, que acaso no fuera tan rigurosa. Y después de debatirse durante mucho tiempo en el temor del riesgo y el amor que sentía por la joven, venció su miedo, de tal modo que se decidió a buscar el lugar y la ocasión; y tan bien supo estar al acecho que una mañana, así que el caballero, marido de la dama, se marchara a otra de sus casas, y lo hizo apenas despuntó el día, para evitar el calor, nuestro retozón joven se llegó a la casa de la joven señora, a la que encontró dormida en su cama, y advirtiéndole que las camareras habían salido de la habitación, sin tener siquiera el buen sentido de cerrar la puerta, ni quitarse las calzas ni las espuelas, se acostó junto a la joven. Y, cuando ésta se despertó, se sintió lo pesarosa que es de imaginar, pero, por más reproches que le hizo, él la violó, diciéndole que si revelaba tal cosa, diría a todo el mundo que ella lo había enviado a buscar, así que la joven sintió tal temor que no se atrevió a gritar. Después, se oyó entrar en la habitación a una de las camareras; con lo que el caballero se levantó con tal premura que no hubiera sido advertido por nadie a no ser que una de las espuelas, al engancharse en las ropas de la cama, las arrastró todas, de suerte que la muchacha quedó completamente desnuda encima de la cama». Y aunque ella decía contar la historia ocurrida a otra, no pudo evitar exclamar: «Nunca mujer alguna se sintió tan asombrada como yo al encontrarme totalmente desnuda». Al instante, la dama, que escuchara todo el cuento sin reír, no pudo evitar el hacerlo, al tiempo que decía: «A lo

que veo, vos conocéis muy bien la historia». La infeliz joven intentó como pudo reparar el descuido que tocaba a su honor, pero éste volara ya tan lejos que no pudo volver atraparlo.

«Os aseguro, señoras, que si ella hubiera padecido con la consumación de tal hecho, también habría querido desterrarlo de su memoria. Mas, como ya os he dicho, el pecado fue declarado por ella misma más pronto de lo que lo hubiera sido aun cuando no estuviera encubierto por la cobertura que dijo David hace feliz al hombre». «A fe —exclamó Emarsuite— que se trata de la tonta mayor de que nunca oí hablar, haciendo reír a los demás a sus expensas». «No encuentro raro que las palabras sigan a los hechos —aseguró Parlamente—, ya que siempre es más fácil decir que hacer». «Decidme —preguntó Guebron—, ¿qué pecado cometió ella? Ella estaba dormida y la amenazaron con la muerte y el deshonor. Pues bien, Lucrecia, que tan alabada es, hubiera hecho otro tanto». «En verdad —dijo Parlamente—, confieso que nada hay tan justo que no pueda aparejar alguna desgracia. Pero cuando se tuvo gran placer en un momento dado, también se le guarda luego en la memoria, para borrar la cual se dio muerte Lucrecia. ¡Y esa tonta aún quería hacer reír a los demás!». «Parece —habló Noinerfide— que ella era una mujer honrada, visto que muchas veces fue rogada sin haber querido consentir nunca, de tal forma que el caballero se vio obligado a ayudarse del engaño y de la fuerza para abusar de ella». «¿Cómo? —preguntó Parlamente—, ¿acaso consideráis que una mujer pone a salvo su honor por el simple hecho de dar dos o tres negativas, aunque luego se deje convencer? Entonces habría muchas mujeres honradas y que son consideradas como lo contrario, ya que se ha visto a menudo que muchas se rehusaron a aquél a quien ya habían entregado su corazón: unas, por temor a perder su honor; otras, por hacerse amar y estimar aún más ardientemente. De aquí que no se pueda poner de ejemplo a una mujer si no se mantiene firme hasta el fin». «¿Y si fuera un joven caballero el que rehusara alguna vez alguna hermosa doncella —preguntó Dagoncin—, pensaríais también que hay en ello gran virtud?». «Verdaderamente —dijo Doña Oisille—, que si un hombre joven y sano fuera capaz de tal negativa, yo lo encontraría tan digno de alabanza como difícil de creer». «Pues yo conozco a quien ha rehusado aventuras que todos sus compañeros buscaban», le replicó Dagoncin. «Os ruego que ocupéis mi lugar —dijo Longarine— y nos deis noticia de tal novedad; pero recordad que nos hemos comprometido a decir la verdad». «Os prometo que os la diré pura y simplemente y que no la disfrazaré bajo ningún aspecto», respondió Dagoncin.

Narración LXIII

De la notable castidad de un caballero francés

Había en la villa de París cuatro muchachas, dos de las cuales eran hermanas, de gran belleza, juventud y fragancia, que eran cortejadas por gran número de enamorados. Pero un caballero a quien el rey que por entonces reinaba había hecho preboste de París, al considerar la juventud de su señor y que tenía edad para desear tal compañía, supo trajinar tan bien a las cuatro que, pensando todas y cada una de ellas que se trataba del rey, accedieron a lo que el dicho preboste quería, y que se trataba de que asistieran todas a un festín al que convidó a su señor, a quien contó su maniobra, que fue considerada muy de su agrado por su señor y por otros dos importantes personajes de la corte, que también acudieron a tener su parte en el alboroque. Y, en busca de un cuarto compañero, se acercó a un joven caballero, apuesto y honorable, diez años más joven que los otros tres, el cual fue también convidado al banquete, lo que aceptó con rostro complacido aunque en su corazón no hubiera el menor deseo; ya que, de una parte porque tenía esposa, que le había dado unos hermosos hijos, de lo cual estaba muy contento, y vivían en tal paz que por nada del mundo quisiera que ella tuviera motivo alguno de queja contra él; y de otra, también estaba enamorado de una de las más hermosas damas que pudo haber en su tiempo en Francia, a la que amaba y estimaba tanto que todas las demás le parecían feas comparadas con ella, de tal modo que desde su más temprana juventud y aun antes de que se casara, no le era posible ver y desear a ninguna mujer, por muy bella que fuera, y encontrando más placer en contemplar su bien y amarla con toda perfección que en todo lo que hubiera podido obtener de cualquier otra. El caballero fue a su mujer y le contó la empresa que el rey había emprendido y que él prefería morir a cumplir aquello a lo que se había comprometido; porque, del mismo modo que lleno de ira no había persona viviente a la que no se atreviera a combatir, y asimismo, prefería morir en una emboscada sin razón alguna que cometer un homicidio al que el honor no le obligara; de la misma forma, sin la existencia de un amor ilimitado, que es la ceguera de los hombres virtuosos, también prefería morir antes que romper su matrimonio en beneficio de otro; su mujer, al oír esto, aún lo amó y estimó más que nunca, al ver cuánta honestidad podía habitar bajo tanta juventud, y le preguntó cómo podría hacer él para excusarse, ya que los príncipes miraban a menudo con malos ojos a los que no ensalzan sus gustos; mas él respondió: «He oído decir que el hombre prudente siempre guarda en su manga una enfermedad o un viaje para ayudarse en caso de necesidad. Pues bien, he decidido desde hace tres o cuatro días antes, fingir que estoy enfermo; en lo que vuestra conducta bien podrá

ayudarme». «Buena y santa hipocresía es ésa —exclamó su mujer—, y no dejaré de mostrar mala cara, la más triste que me sea posible, pues bienaventurado es quien puede evitar la ofensa a Dios y la ira de un príncipe». Y, tal como pensaron hicieron, sintiéndose el rey muy pesaroso al saber por la esposa la enfermedad de su marido, que apenas si duró, ya que, a causa de algunos asuntos que le requirieron, el rey olvidó su placer para atender su deber, y salió de París; y, un día, recordando aquella empresa que no fuera llevada a su fin, dijo a nuestro joven caballero: «Bien tontos fuimos, al partir tan súbitamente, que no viéramos a aquellas cuatro doncellas que nos aseguraron ser las más bellas de nuestro reino». El joven caballero le respondió: «Pues yo me sentí muy feliz de que no asistierais, ya que tenía gran temor, a causa de mi enfermedad, de ser el único que se perdiera tan buena aventura». Y por estas palabras nunca cupo duda al rey del disimulo del joven caballero, que después de aquello fuera amado por su mujer como antes nunca lo había sido.

Parlamente, al oír esto, se echó a reír, y no pudo contenerse de decir: «Más aún lo habría amado si lo hubiera hecho por amor a ella, pero, con todo, es muy de alabar». «Me parece —afirmó Hircan— que no es muy de alabar un hombre porque guarde castidad por amor a su mujer, ya que tiene tantos motivos para ello que, de hecho, está obligado. En primer lugar, Dios le ordena y su juramento le obliga; y después, que cuando la Naturaleza está saciada, no está tan sujeta a tentación o deseo como lo está la necesidad. Mas el amor que libremente se profesa a una amiga, cuyo goce no se tiene, ni otro contento que verla y hablarla no obteniendo a menudo otra cosa que negativas, cuando ella es tan de alabar y tan firme que ninguna aventura que pudiera sobrevenir le desea hacer cambiar, entonces sí que digo que la castidad, no solamente es digna de encomio, sino incluso milagrosa». «No hay milagro alguno —opinó Doña Oisille—, porque cuando el cuerpo se consagra, nada es imposible al cuerpo». «Ya no son cuerpos —dijo Hircan—, pues casi tienen naturaleza de ángeles». «No me refiero —contestó Doña Oisille— a aquellos que por la gracia de Dios están inundados de él, sino a espíritus más groseros, como los que se ven aquí bajo, entre los hombres; y, si ponéis atención en ello, encontraréis que quienes ponen su corazón y su afecto en buscar la perfección por las ciencias, no sólo olvidan la imperfección de la carne, sino incluso las cosas que les son más necesarias, como el comer y el beber; y, por más apego que el alma tenga al cuerpo, la carne queda como insensible. De ahí viene que aquellos que aman a las mujeres hermosas, honestas y virtuosas, tengan tan contento el espíritu en mirarlas o en oírlas hablar, permaneciendo los deseos de su carne apaciguados; y los que no pueden experimentar tales contenidos son los carnales, quienes demasiado envueltos en su grasa, no saben si tienen alma o no. Mas cuando es el cuerpo el que está dominado por el espíritu, es casi insensible a las imperfecciones de la carne, de tal forma que su firme opinión puede hacerlos insensibles, como un caballero al que conocí que, por demostrar que había amado a

su dama más que a ninguna otra, tenía a gala poner los dedos desnudos sobre la llama de un candelabro, ante la oposición de sus compañeros, y mirando a la dicha dama, se mantuvo tan firme que se quemó hasta los huesos; y aún decía que no sentía daño alguno». «Me parece —dijo Guebron— que el diablo, por el cual era martirizado, quería hacer de él un San Lorenzo; porque hay pocos en quien el fuego del amor sea tan grande que no tema la menor bujía. Y si una muchacha me dejara endurecer tanto por su culpa, yo pediría una gran recompensa, o la desterraría de mi mente». «Así pues, ¿vos queríais tener vuestra hora, después que vuestra dama hubiera tenido la suya, no es así?», preguntó Parlamente. Y prosiguió: «Eso mismo hizo un caballero español, de Valencia, cuya historia me ha contado un comendador, hombre muy digno». «Os ruego, señora —habló Dagoncin—, que ocupéis mi lugar y nos la contéis, que creo debe ser buena». «Señoras —dijo Parlamente—, por este cuento podréis ver por dos veces lo que queríais rehusar, y no confiaréis en que el tiempo presente permanezca inmutable, y así, conociendo su capacidad de cambio, haréis vuestras previsiones para el futuro».



Narración LXIV

De cómo un caballero, desdeñado como marido, se hizo franciscano, y
de cómo su amada sufrió pareja penitencia

Vivía en la villa de Valencia un caballero que, por espacio de cinco o seis años, amara tan perfectamente a una dama que ni el honor ni la conciencia de ninguno de ellos tenía de qué culparse, ya que su intención era tenerla por mujer, lo cual era cosa muy razonable, ya que él era apuesto, rico y de buena familia, y no se puso a su cortejo sin haber primero meditado su intención, y ésta era contraer matrimonio siguiendo el consejo de sus amigos, los cuales, reunidos a tal efecto, encontraron el matrimonio muy puesto en razón, siempre que la doncella mostrara inclinación a él. Pero ésta, ya fuera esperando encontrar mejor partido o por querer disimular el amor que le había profesado, puso algunas dificultades, de forma que la reunión que se celebraba se disolvió, no sin pesar porque no llegara a una feliz conclusión, dado que por ambas partes era muy razonable. Mas, sobre todo, quien se sintió muy furioso fue el caballero, que hubiera llevado su pesar pacientemente si los inconvenientes hubieran procedido de sus padres y no de ella; y, sabiendo la verdad, cuyo conocimiento le causara más daño que la misma muerte, sin hablar con su bien ni con nadie se retiró a su casa, y después de haber puesto en orden sus negocios, se fue a un lugar solitario donde se dedicó a olvidar esta amistad y a convertirla por entero en amor a Jesucristo Nuestro Señor, con el cual, sin comparación, se sentía más obligado. Y, durante este tiempo, no tuvo noticia alguna de su dama ni de sus parientes. Así que, como fracasara en la elección de la vida más feliz que había esperado, tomó la resolución de elegir y aceptar la más austera y desagradable que pudo esperar y, con tan tristes pensamientos, que incluso se puede denominar desesperación, fue a hacerse religioso en un monasterio de San Francisco, no lejos de varios parientes suyos, quienes, oyendo su desesperanza, pusieron todo su esfuerzo en impedir que adoptara tal decisión, mas ésta se encontraba tan firmemente asentada en su corazón que no hubo forma de convencerlo. Sin embargo, sabiendo de dónde procedía el mal, idearon buscar la medicina y fueron a aquella que era la causa de tan súbita devoción; la cual, muy asombrada y pesarosa por el incidente, pensó que su negativa le serviría solamente para comprobar durante algún tiempo la firmeza de sus sentimientos, y para no perderlo para siempre, cuyo evidente riesgo preveía, le envió una epístola que, mal traducida, dice así:

*Pues que no hay amor mostrado,
firme y leal, si no es probado,*

*siempre quise comprobar
lo que ansiara averiguar:
marido de amores plenos
que con el tiempo no menos
se mostrara sin defecto
y continuara perfecto.*

*Tal me llevó a requerir
de mis padres conseguir
retrasar uno o dos años
lo que a tantos causa daños,
pues es juego que perdura
mientras que la vida dura.*

*Teneros nunca rehuí
ni de quereros huí,
porque nunca nadie hubiera
que gran amor os tuviera,
que por marido os negara
y por dueño no os tomara.*

*Decidme, amigo, ¿es ficticia
o es cierta la noticia
de que, sin a nadie hablar,
os fuisteis a profesar
de religioso a un convento?*

*El pesar con que lo siento
no me lo puedo callar
y he mi conducta mudar
en lo que la vuestra fuera;
rogando a quien me rogara,
a quien me quiso, queriendo.*

*Sabed, mi amor, que perdiendo
la vida que es vida mía
ya más no vivir querría;
os ruego que a mí tornéis
vuestros ojos, si queréis,
y al gris sayal renunciando,
cambiada su austeridad
por la gran felicidad
que antaño os fuera tan cara
y que el tiempo no empeorara:*

*pues para vos me guardé,
y sin vos no hay quien me dé
la vida que tanto ansío.*

*Volved, pues, amigo mío,
en vuestra amiga a creer
y a con ella contraer
un matrimonio de gloria,
refrescada la memoria
del tiempo que ya ha pasado.*

*Creed en mí; dad de lado
vuestro gran resentimiento,
que en mí nunca pensamiento
hubo que ofensa os causara,
y que siempre yo esperara
teneros bien contentado
tras que os hubiera probado.*

*Ya hice de vos la experiencia;
conozco vuestra paciencia,
vuestra fe, vuestra firmeza,
de vuestro amor la grandeza;
a vos me doy por entero;
venid, pues, mi caballero,
lo que es vuestro a recabar,
que todo os lo habré de dar
y de vos querré yo todo,
siendo vuestra a vuestro modo.*

Esta epístola, llevada por un amigo suyo y acompañada por todas las consideraciones que éste supo hacerle, fue recibida por el caballero franciscano con aspecto tan triste, acompañada de suspiros y lágrimas, que pareció que quisiera ahogar y quemar la pobre carta, a la cual no dio otra respuesta sino decir al mensajero que la mortificación de su extrema pasión le había costado tan cara que le había quitado el deseo de vivir y el temor de morir; así pues, emplazaba a aquella que había sido el motivo a que, ya que no había querido contentarlo en sus apasionados deseos, no quisiera atormentarlo cuando ya había conseguido desterrarlos; y que se daba por contento con los males pasados, a los que no supo hallar otro remedio que elegir vida tan áspera en continua penitencia, que le hacía olvidar su dolor y a fuerza de ayunos y disciplinas debilitaba tanto su cuerpo que el recuerdo de la muerte le servía de soberano consuelo, y que, sobre todo, le rogaba que no le hiciera llegar noticias suyas porque el solo recuerdo de su nombre le era insoportable purgatorio. El caballero

regresó con tan triste respuesta y dio cuenta de ella a quien se negaba a creerla sin incontenible pesar. Pero Amor que quiere consentir al espíritu llegar hasta el límite, le infundió la idea de que si ella podía verlo, tendría más fuerza su presencia y sus palabras de la que tuviera su escritura. Así pues, en unión de su padre y de sus más próximos parientes, fue al convento en el que él residía, no olvidando en su tocador ningún medio que pudiera servir a realzar su belleza, confiando en que si podía, aunque fuera una sola vez, verlo y hablar con él, imposible habría de ser que el fuego que durante tanto tiempo ardiera en sus corazones no se reavivara más fuerte que antes. Y, al llegar al monasterio cuando terminaban las vísperas, le hizo acudir a una capilla del claustro. Él, que no sabía quien lo requería, se encaminó al más duro combate que nunca sostuviera. Y, en cuanto ella lo vio, tan pálido y deshecho que apenas si lo pudo reconocer, aunque aureolado de una gracia especial y no menos amable que otrora, Amor la impulsó a avanzar con los brazos abiertos, decidida a abrazarlo; mas la compasión que le produjo verlo en tal estado le debilitó de tal forma el corazón que cayó desvanecida. Entonces, el pobre religioso, que no estaba desasistido de caridad fraterna, la levantó y sentó en un asiento de la capilla. Y, como él no tenía menos necesidad de ayuda que ella, fingió ignorar su pasión, fortificando su corazón en el amor de Dios contra las ocasiones que presentía se le iban a presentar, de modo que pareció, por su parte, ignorar lo que veía. Ella, volviendo en sí de su desfallecimiento, volvió los ojos hacia él, tan bellos y tristes que hubieran bastado para ablandar una roca, y comenzó a decirle cuantas razones pensó dignas de retirarlo del lugar en que se encontraba. A lo que él respondió lo más virtuosamente que pudo, mas, al fin, sintiendo el infeliz religioso que su corazón se ablandaba, ante la abundancia de lágrimas de su amiga y presintiendo que Amor, ese duro arquero, cuyo dolor había soportado tanto tiempo, tenía presta su flecha dorada para hacerle una nueva y mortal herida, huyó ante Amor y ante su amiga, como si no tuviera otro poder que huir. Y cuando estuvo encerrado en su habitación, no quiso que se marchara sin hacerle saber su resolución, y le escribió unas palabras en español que he encontrado tan sustanciosas que no las he querido traducir, para no restarles gracia, y se las envió por medio de un joven novicio, que aún la encontró en la capilla, tan desesperada que si le hubiera sido lícito hacerse franciscana, allá se hubiera quedado. Mas, al ver la escritura que decía: «Vuélvete donde viniste, alma mía, que de las vidas tristes, una es la mía», pensó que tenía perdida toda esperanza y se decidió a seguir su consejo y el de sus amigos, y volviendo a su casa llevó una vida tan triste como austera la llevara su amigo.

«Ved, señoras mías, la venganza que tomó el caballero de su cruel amiga, quien, pensando probarlo, lo desesperó, de suerte que cuando quiso ya no pudo recobrarlo». Nomerfide dijo: «Siempre que no colgara sus hábitos para ir a desposarse con ella; creo que hubiera sido un matrimonio perfecto». «Pues a fe que yo lo considero

juicioso —replicó Simontault—; porque quien ha pensado bien en el hecho del matrimonio, no podrá por menos de considerarlo tan enojoso como un convento austero. Y él, que tan debilitado estaba por ayunos y abstinencias, temería aceptar tal carga, que duraría toda su vida». «Me parece —aventuro Hircan—, que ella hacía flaco favor a hombre tan débil tentarlo con el matrimonio, que resulta demasiado duro hasta para el hombre más fuerte del mundo. Mas si ella lo hubiera amado realmente, sin ninguna otra consideración, no hay cuerda que no hubiera sido rota ni nudo que no fuera desanudado; y puesto que para apartarlo del purgatorio ella le ofrecía un infierno, sostengo que tuvo mucha razón en rehusar». «¡A fe mía —exclamó Emarsuite—, que hay muchos que por querer hacer las cosas mejor que los demás, las hacen peor, o bien a contrapelo de lo que pretenden!». «Por cierto —habló Guebron—, que me hacéis recordar, aunque no venga a propósito, a una que hada lo contrario de lo que quería, lo que motivó un gran tumulto en la iglesia de San Juan, en Lyon». «Os ruego que ocupéis mi lugar y nos lo contéis», le suplicó Parlamente. «Mi cuento no será tan largo ni tan triste como el de Parlamente», aseguró Guebron.

Narración LXV

Donde se habla de la simpleza de una vieja beata, que ofrendó un cirio encendido en la iglesia de San Juan, en Lyon, y la pegó en la frente de un soldado que dormía sobre un sepulcro; y de lo que ocurrió después

Había en la iglesia de San Juan, en Lyon, una capilla muy oscura, y en ella había un sepulcro de piedra labrada con grandes figuras esculpidas a tamaño natural, y alrededor del sepulcro varios hombres de armas acostados. Un soldado que se paseaba un día por la iglesia en tiempo de verano, cuando hacía gran calor, tuvo deseos de dormir; y viendo aquella capilla oscura y fresca, pensó tenderse sobre el sepulcro a dormir como los en él representados, junto a los cuales se acostó. Ahora bien, ocurrió que una buena vieja muy devota arribó al lugar cuando el soldado estaba en el mejor de sus sueños. Y después que dijera sus devociones, quiso colocar sobre el sepulcro un cirio encendido que tenía en la mano y, al encontrarse cerca del hombre dormido, quiso ponerlo en su frente, pensando que era una figura de piedra. Pero no pudo fijar el cirio sobre aquella piedra. La buena señora, que pensó fuera a causa de la frialdad de la imagen, quiso aplicar el fuego contra la frente para que se mantuviera su bujía, pero la figura, que no era insensible, comenzó a gritar, con lo que la mujer sintió gran pavor y, como si hubiera perdido el juicio, también se puso a gritar: «¡Milagro, milagro!», de tal modo que todos los que estaban en la iglesia corrieron, unos para tocar las campanas, los otros para venir a ver el milagro. Y la buena mujer los llevó a ver la imagen que se había movido, lo que fue motivo de risa para muchos; pero hubo algunos sacerdotes que no se dieron por contentos, ya que habían decidido explotar el milagro del sepulcro y sacarle dinero.

«Así, pues, señora, reparad a qué santos ofrendáis vuestros cirios». «Es cosa de admirar —dijo Hircan—, el que, de cualquier forma que sea, las mujeres se las componen siempre para obrar mal». «¿Es malo —preguntó Nomerfide— llevar cirios a los sepulcros?». «Sí —respondió Hircan—, cuando se aplica fuego a la frente de los hombres, porque ningún bien puede decirse que lo sea cuando resulta ser un mal. ¡Pensad que la pobre mujer pensaba haber hecho a Dios un gran presente con un cirio!». «Dios no repara en el valor del presente, sino en el corazón que lo ofrenda —sentenció Doña Oisille—, porque, como dice el Evangelio, ella daba de su necesidad». «Yo no creo —aseguró Saffredant—, que Dios, que es un soberano sapientísimo, pueda considerar grata la tontería de las mujeres, porque a pesar de que le plazca la sencillez, veo también en las Escrituras que desprecia al ignorante; y si

ordena ser simples como palomas, no es menos cierto que recomienda ser astutos como serpientes». «En lo que a mí respecta —insistió Doña Oisille—, no pienso que sea ignorante quien lleva a Dios su candela o cirio ardiente, como quien rinde honroso tributo, las rodillas en tierra, y la antorcha en la mano, ante su soberano Señor, a quien, al confesar su culpa, pide, con firme esperanza, misericordia y salvación». «¡Quiera Dios que todos lo entiendan como vos! —exclamó Dagoncin—, mas yo creo que las pobres tontas no lo hacen con intención». Doña Oisille le respondió: «Quienes menos saben hablar son con frecuencia quienes mejor sienten el amor de Dios y el respeto a su voluntad; que no hay que juzgar por uno mismo». Emarsuitte, riendo, le replicó: «No es cosa tan rara haber dado miedo a un soldado dormido; porque mujeres de tan baja condición como ésa bien que han sabido infundir temor a muy nobles príncipes, sin necesidad de ponerles un fuego en la frente». «Estoy seguro de que sabéis una historia y queréis contarla —indicó Dagoncin—, así que tened mi lugar, si os place». «El cuento no será largo —declaró Emarsuitte—, mas si puedo transcribirlo tal como ocurrió, seguro que no sentiréis deseos de llorar».

Narración LXVI

Recreativo cuento de lo que sucedió al rey y a la reina de Navarra

El año que el señor de Vendôme, desposó a la princesa de Navarra, su padre y su madre, los reyes, después de los festejos celebrados en Vendôme, fueron a Guyena con ellos, y al pasar por la casa de un caballero donde había muchas jóvenes y bellas damas, se bailó durante tanto tiempo que los recién casados se sintieron cansados, lo que les hizo retirarse a su habitación y, vestidos, echarse sobre la cama, donde se durmieron, estando cerradas las puertas y ventanas y sin que hubiera nadie junto a ellos. Pero, en lo más profundo de su sueño, oyeron abrir la puerta por fuera. Y, descorriendo las cortinas, el dicho señor miró quién podría ser, imaginando que sería alguno de sus amigos, que quería sorprenderlo. Y vio entrar en la habitación a una camarera muy vieja que se encaminó en derechura al lecho, mas, dada la oscuridad de la habitación, no los reconoció, así que, al entreverlos uno junto a otra se puso a gritar: «¡Ah, malvada, infame y vil! Hace largo tiempo que sospechaba yo esto, pero, como no lo pude comprobar, no me atreví decirlo a la señora. Más, a la hora presente, tu villanía está descubierta y estoy decidida a no disimularla. ¡Y tú, villano apóstata, que has traído la vergüenza a esta casa, poniendo en un mal paso a esta pobre moza! Si no fuera por el temor de Dios, te molería a golpes, ahí mismo donde estás. ¡Vamos, fuera, por todos los diablos! ¡Fuera, digo! ¡Parece como si no tuvieras ni pizca de vergüenza!». El señor de Vendôme y su mujer, la princesa, queriendo que durara más tiempo el despropósito, ocultaban el rostro el uno contra el otro, riendo tanto que no podían ni hablar. Así que la camarera, viendo que a pesar de sus esfuerzos no hacían intención de moverse, ni de levantarse de la cama, se aproximó más para echarlos de allí, por los brazos o por las piernas. Mas entonces advirtió, tanto por las facciones como por los vestidos, que no eran quienes ella pensaba; y, al reconocerlos, se puso de rodillas ante ellos, suplicándoles que quisieran perdonar, la falta que había cometido al robarles su reposo. Pero el señor de Vendôme, no contento con saber tan poco, se levantó y rogó a la buena mujer que le dijera por quien los había tomado, a lo que ella se negó. Pero al fin, después de obtener su promesa de que no lo revelaría nunca, le declaró que se trataba de una doncella de la casa de quien un protonotario estaba enamorado; y que, desde hacía algún tiempo, ella se mantenía al acecho, porque le disgustaba que su dueña confiara en un hombre que deshonoraba su casa. Y así dejó al príncipe y a la princesa encerrados como los encontrara, con lo que estuvieron largo tiempo riendo de su aventura. Y aunque hayan contado la historia, lo cierto es que nunca quisieron nombrar a ninguna persona a la que se refiriera.

«He ahí, señoras, cómo la buena vieja, queriendo hacer una buena obra, declaró a

unos príncipes extranjeros lo que ni los mismos domésticos supieran nunca». «Me imagino que sé qué casa sea ésta y quién el protonotario —dijo Parlamente—, porque ya ha gobernado la casa de otras damas y cuando no puede obtener el favor de la dueña, no deja de recurrir al de las camareras, pero, por lo demás, es hombre honesto y buena persona». «¿Por qué decís “por lo demás”? —preguntó Hircan—, pues ya vemos merced a sus acciones que él es hombre de bien». Parlamente le respondió: «Bien veo que conocéis la enfermedad y la paciencia y que, si hubiera necesidad de excusas, no encontraría mejor abogado que vos. Pero yo no me querría fiar de las intrigas amorosas de un hombre que no ha sabido llevar a buen fin la suya misma sin que hasta las camareras lo supiesen». «¿Pensáis que los hombres ponen cuidado en que no se sepan, con tal de llegar a su fin? —habló Nomerfide—. Creed que, aunque nadie hablara, se sabría por ellos mismos». Hircan le respondió encolerizado: «No es necesario que los hombres digan todo lo que saben». Pero ella, enrojeciendo, le contestó: «Puede ser que no digan más que lo que les favorece». «Me parece, al oír hablar —intervino Simontault—, que los hombres disfrutan al oír decir mal de las mujeres, y estoy seguro de que pensáis lo mismo de mí. Así que tengo gran deseo de decir algo bueno de ellas, a fin de no ser tenido por las demás como maldicen te os cedo la vez —dijo Emarsuite—, rogándoos que mortifiquéis vuestro natural para que cumpláis vuestro deber en nuestro honor». Al instante, Simontault comenzó: «No es cosa nueva oír un hecho virtuoso de vuestras mercedes, las mujeres; y si se ofrece alguno, pienso que no debe quedar oculto, sino antes bien escrito en letras de oro, a fin de que sirva de ejemplo a las mujeres y de admiración a los hombres, al ver cómo el sexo débil rechaza la fragilidad. Éste es el motivo que me lleva a contaros lo que oí narrar al capitán Roberval y a otros de su compañía».

Narración LXVII

Del limitado amor y austeridad de una mujer en tierras lejanas

Roberval hizo un viaje por mar (del cual era el jefe por orden del rey su señor), a la isla del Canadá, donde, si el aire de aquel país hubiese sido saludable, pensaba haberse quedado y hacer construir villas y castillos, de los que comenzó varios, como todos pueden saber. Y para enseñar al país las costumbres de los cristianos, llevó con él toda clase de artesanos, entre los cuales había uno tan desdichado que traicionó a su señor y lo puso en riesgo de ser cogido prisionero por las gentes del país. Pero Dios quiso que su intención fuera conocida y que no pudiera dañar al capitán Roberval, quien ordenó prender al malvado traidor, queriendo castigarlo como merecía, lo que hubiera hecho a no ser por su mujer, quien, habiendo seguido a su marido a través de los peligros del mar, no lo quiso abandonar a la hora de la muerte; y, entre abundantes lágrimas, tantos ruegos hizo al capitán y al resto de la compañía, que, tanto por piedad hacia ella como por los servicios que les había prestado, le concedió la petición, que consistió en que marido y mujer serian abandonados en una pequeña isla perdida en el mar, donde no habitaban más que animales salvajes, y les permitiría llevar consigo todo aquello de lo que tuvieran necesidad. Estas pobres gentes, al encontrarse solos en compañía de crueles y salvajes animales, no tuvieron otro recurso que Dios, en quien siempre se mantuviera firme el espíritu de la triste mujer; quien, fiando en Él como único consuelo, llevara con ella, para su salvaguarda, alimento y consuelo, el Nuevo Testamento, que leía incesantemente; y el resto del tiempo, en unión de su marido, dedicaban sus afanes a la construcción de una cabaña. Cuando los leones y otros animales se acercaban para devorarlos, el marido, con el arcabuz, y ella, con piedras, se defendían tan hábilmente que ni las bestias ni los pájaros osaban acercárseles, pues muy a menudo mataron a muchos que eran buenos de comer. Así, con tales carnes y con las hierbas del país, vivieron algún tiempo después de que se les acabara el pan. Sin embargo, a la larga, el marido no pudo soportar tal alimentación y, a causa de las aguas que bebían, se puso tan hinchado que al poco tiempo murió, no teniendo otros sacramentos ni más consuelo que el de su mujer, que le sirvió de médico y de confesor, de forma que pasó felizmente de aquel desierto a la patria celeste. Y la infeliz mujer, al quedar sola, lo enterró lo más profundo que pudo. Si bien es cierto que los animales, así que les llegó el olor, acudieron a comer la carroña. Pero la pobre mujer, desde su casita, supo defender a tiros de arcabuz que la carne de su marido no acabara en tal sepultura. Viviendo así, en cuanto al cuerpo, una vida de bestia, y en cuanto al espíritu, una vida de ángel, pasaba su tiempo en lecturas, contemplación, rezos y oraciones,

conservando un espíritu alegre y gozoso en el interior de un cuerpo enflaquecido y medio muerto. Pero Aquel que nunca abandona a los suyos en la necesidad y que, cuando otros se desesperan demuestra su poder, no permitió que la virtud que pusiera en esta mujer fuera ignorada de los hombres; y quiso que fuera conocida toda su gloria, así que proveyó para que, al cabo de algún tiempo, uno de los navíos de la armada del capitán Roberval pasara ante la isla y a las gentes que en él iban les pareciera avistar a una mujer, lo que les recordó a aquellas pobres gentes que allí abandonarían, y decidieron acercarse a ver lo que Dios había dispuesto que les sucediera. La infeliz mujer, al ver acercarse la nave, se aproximó a la orilla del mar, en donde la encontraron aquéllos a su llegada, y después de dar gracias a Dios, los llevó a su mísera vivienda y les enseñó cómo había vivido durante su miserable destierro, lo que les hubiera parecido increíble a no ser porque sabían que Dios tiene tanto poder para alimentar a sus servidores en el desierto como en los más grandes festines del mundo. Y cuando consiguieron que el resto de sus compañeros comprendieran la fidelidad y perseverancia de esta mujer, fue acogida con grandes honores por todas las damas, que con mucho agrado le confiaron a sus hijas para que las enseñara a leer y a escribir. Y con este honorable oficio se ganó su pan el resto de la vida, sin otro deseo que exhortar a todos al amor y confianza de Nuestro Señor, poniéndoles como ejemplo la gran misericordia que usara para con ella.

«Ahora, señoras, no podréis negar que ensalzo muy bien las virtudes que Dios ha puesto en vuestras mercedes, y que se muestran tanto más grandes cuanto más ínfima y deleznable es la persona». «No nos sentimos pesarosas porque alabéis las gracias que Nuestro Señor nos dio; porque, a decir verdad, toda virtud viene de Él, y menester será condenar lo mismo al hombre que a la mujer, ambos obra de Dios (porque no está en las manos del uno ni del otro el plantar nada) y que Dios permita su mejoramiento», habló Doña Oisille. «Si habéis leído bien las Escrituras —apuntó Saffredant—, recordaréis que San Pablo dijo que “Apolonio ha plantado y ha regado, pero para nada dice que las mujeres hayan puesto sus manos en la obra de Dios”». «Vos seguís la opinión de los hombres ruines —exclamó Parlamente—, que interpretan a su favor el pasaje de las Escrituras que les parece y desechan aquél que les es contrario. Si habéis leído a San Pablo hasta el final, encontraréis que se encomienda a las mujeres, que tanto han colaborado con él en el Evangelio». «Como quiera que sea —intervino Longarine—, esa mujer es muy digna de alabanza, tanto por el amor que profesó a su marido, por quien arriesgó su vida, como por la fe que siempre tuvo en Dios, quien (como hemos visto) nunca la abandonó». «Creo —opinó Emarsuitte— en cuanto a lo primero, que no hay aquí mujer que no hiciera lo mismo por su marido». «Pues yo pienso —replicó Longarine—, que hay maridos tan bestias que las que viven con ellos no deben encontrar raro el vivir con sus semejantes, los animales». Emarsuitte no pudo contenerse, como si la frase se hubiera referido a ella, y dijo: «Aunque las bestias muerdan, su compañía es más agradable que la de los hombres, que son coléricos e insoportables. Pero yo insisto en lo que he dicho, y aún

añadiré que, si mi marido estuviera en ese peligro, yo no lo abandonaría para que muriera». «Cuidad de no amarlo tanto —dijo Nomerfide—, que demasiado amor os engañará a vos y a él; porque hay un término medio para todo, y por exceso de amor mal entendido, más veces se engendra odio que amor». «Me parece —indicó Simontault— que vos no llevasteis tan adelante vuestro discurso sin el deseo de confirmarlo con un ejemplo. Así que, si sabéis alguno, os cedo la vez para que lo digáis». «Pues bien —habló Nomerfide—, según mi costumbre, os diré una historia corta y alegre».

Narración LXXVIII

Donde se habla de una mujer que dio de comer cantáridas a su marido,
para conseguir su amor, y de como él creyó morir

En la villa de Pau, en el Bearn, vivía un boticario, a quien se llamaba maestro Esteban, que se había casado con una honrada mujer, buena ama de casa y lo suficientemente bella para contentarlo. Pero, así como él gustaba de las diferentes drogas, lo mismo hacía con las distintas mujeres, para poder hablar con más conocimiento de causa de todas las complexiones, con lo que su mujer se sintió tan atormentada que perdió toda su paciencia; ya que nunca reparaba en ella a no ser en Semana Santa, como penitencia. Un día que el boticario estaba en su botica, y su mujer oculta detrás de una puerta escuchando lo que decía, llegó una mujer de la villa, comadre del dicho boticario, afligida por la misma enfermedad que la otra y, suspirando, le dijo: «¡Ay, compadre, amigo mío!, soy la mujer más desgraciada del mundo, porque amo a mi marido más que a mí misma, y no hago otra cosa que pensar en servirle y obedecerle, mas todas mis fatigas no sirven para nada, porque él prefiere a la más vil, más ordinaria y más sucia mujer de la villa. Por eso os ruego, compadre, que si sabéis alguna droga que pueda servir para mudar su inclinación, me la queráis dar; y, os aseguro que si él me trata mejor, yo os lo agradeceré con toda mi alma y sabré demostrároslo». El boticario para consolarla, le dijo que sabía de unos polvos que, si ella se los administraba a su marido en un guiso o un asado, como si fuera pimienta, se tomara el más cariñoso del mundo con ella. La infeliz mujer, deseando ver ese milagro, le preguntó que dónde estaban y que cómo los podría conseguir. Declaró él que no había otra cosa que hacer sino que tomar unos polvos de cantáridas, de los que él tenía una buena provisión, y, antes de separarse, le entregó tales polvos que ella tanto necesitaba, lo que le agradeció efusivamente, y su marido, que era fuerte y robusto, los probó sin tomar demasiados, y no se encontró peor, y en cambio ella sí mejor. La mujer del boticario, que oyó todo este discurso, pensó en que también ella necesitaba la misma receta que su comadre; y mirando donde ponía su marido el resto de los polvos, pensó que los usaría en cuanto viera la oportunidad, lo que hizo antes de pasados tres o cuatro días, cuando al sentir su marido cierta frialdad en el estómago, le rogó que le hiciera un buen potaje. Pero ella le contestó que un asado bien salpimentado le sería de mejor provecho; él, entonces, le ordenó que fuera en seguida a hacerle uno, y que cogiera azúcar y cinamomo de la botica, obediéndole ella, sin olvidar el resto de los polvos que él entregara a su comadre sin reparar en pero, dosis, ni medidas. El marido se comió el asado y lo encontró muy bueno, acusando en seguida los efectos y buscando remedio con su mujer, sin

conseguirlo; porque sentía un fuego interior que le quemaba de tal forma que no sabía de qué lado volverse, y dijo a su mujer que lo había envenenado, y quiso saber que pusiera ella en el asado. Confesóle ella la verdad, diciéndole que tenía tanta necesidad de la receta como pudiera tenerla su comadre. El infeliz boticario, como se encontraba tan mal, no pudo azotarla más que con insultos, pero la expulsó de su casa y la envió a rogar al boticario de la reina de Navarra que viniera a visitarlo, para que le aplicara los remedios adecuados para curar su mal, cosa que aquél hizo, reprendiéndolo muy ásperamente por ser tan loco que aconsejara a otros el tomar drogas que no quería tomar él, y también le dijo que su mujer había hecho bien al obrar como debía, dado su deseo de hacerse amar por él. Así fue preciso que el pobre hombre aceptara con paciencia los resultados de su ligereza y reconociera que Dios le había castigado justamente, al hacer recaer en él la burla que preparó a otros.



«Me parece, señoras, que el amor de esta mujer era tan indiscreto como grande». «¿Llamáis amar a su marido el hacerlo sentirse enfermo por el placer que esperaba tener con él?», preguntó Hircan. «Creo —respondió Longarine—, que ella no tenía otra intención que recobrar el amor de su marido, a quien imaginaba perdido para ella; y por conseguir tal bien, no hay nada que las mujeres no hagan». «Mas también es cierto que una mujer no debe dar de comer ni beber a su marido, por ningún motivo, nada que ella no sepa, bien por sí misma o por personas sabias, que no le pueda dañar; mas menester es excusar la ignorancia. Esta mujer es digna de excusa porque el amor es la pasión más ciega y no hay persona que lo sea más que la mujer que no tiene la paciencia de llevar a cabo con prudencia una gran hazaña», dijo Guebron. Y Doña Oisille le respondió: «No os manifestáis según os es habitual y os convertís a la opinión de vuestros compañeros. Pero sí ha habido mujeres que soportaron su amor y sus celos pacientemente». «Sí —asintió Hircan—; también

placenteramente, ya que las mujeres más juiciosas son las que toman a pasatiempo el reírse y burlarse de las obras de sus maridos, así como éstos de engañarlas en secreto. Y si queréis cederme la vez antes de que Doña Oisille ponga punto final a todas las historias, os contaré una a cuyos protagonistas, mujer y marido, conocen todos los aquí presentes». «Sea —dijo Nomerfide—, comenzad pues». E Hircan riendo, la obedeció.

Narración LXIX

Donde se habla de un italiano que se dejó engañar por su camarera, y de cómo ésta se las compuso para que la mujer de aquél lo encontrara garbillando en lugar de su criada

En el castillo de Doz, en Bigorre, vivía un caballero de las cuadras del rey llamado Carlos, italiano, que estaba casado con una muy honesta mujer de bien, pero que había llegado a vieja sin darle hijos. Tampoco él era joven, y ambos vivían en paz y tranquilidad. Bien es cierto que él parloteaba a veces con las camareras, lo que su buena mujer aparentaba no advertir, aunque con toda dulzura, cuando le parecía que alcanzaban demasiada familiaridad en su casa, las despedía. Un día tomó a una que era una muchacha buena y juiciosa, a la que habló de la forma de ser de su marido y de la suya propia, diciéndole cómo tenía por costumbre despedirlas en cuanto sabía que eran sucias. La camarera, queriendo conservar el buen aprecio de su dueña, decidió ser mujer de bien y, aunque el marido, a veces, le diera muestras de su intención en pro de lo contrario, no las tomó en cuenta y se lo dijo a su ama, divirtiéndose ambas con las ligerezas de él. Un día que la camarera cernía el grano en una habitación trasera llevando, según la costumbre del país, una especie de delantal que cubriendo todo el cuerpo y cayendo por la espalda incluía también una especie de casquete, la sorprendió el marido, que al verla en tal atuendo intentó ganársela. Ella, que ni para evitar la muerte hubiera hecho tal cosa, fingió acceder a lo que le pedía, y no obstante le pidió permiso para cerciorarse primero de que su ama estaba entretenida en cualquier cosa, a fin de que no les sorprendiera, lo que él aceptó, entonces ella le rogó que se pusiera su delantal y se cubriera la cabeza, mientras garbillaba en su ausencia, a fin de que su señora continuara oyendo el ruido del cedazo, y él, gozoso, así lo hizo, con la esperanza de conseguir lo que pretendía. La camarera, que de tonta no tenía un pelo, corrió a su señora y le dijo: «Venid a ver a vuestro marido, a quien, para deshacerme de él, enseñé a cerner». La mujer se apresuró a seguir su indicación para ver a su nueva camarera y al ver a su marido con el delantal que le cubriera la cabeza y el harnero en las manos, se puso a reír fuertemente, aplaudiendo, y sin poder contenerse le dijo: «Sinvergonzona, ¿cuánto pides al mes por tu trabajo?». El marido, al oír su voz y advertir que había sido engañado, tiró por tierra los atavíos que se pusiera y se dirigió a su camarera, llamándola mil veces vil, y si su mujer no se hubiese interpuesto entre los dos, aquella habría cobrado lo suyo, sin embargo, todo se apaciguó para mayor contento de las partes y en lo sucesivo vivieron juntos sin querellarse.

«¿Qué me decís, señoras, de esta mujer? ¿Acaso no se mostró muy juiciosa al divertirse todo el tiempo con los pasatiempos de su marido?». Habló Saffredant: «Pues para el marido no fue un pasatiempo el haber fallado en su empresa». «Creo — opinó Emarsuitte—, que él disfrutó más riendo con su mujer que correr el riesgo de matarse, dada la edad que tenía, si hubiera estado con la camarera». «Os aseguro — intervino Simontault—, que yo me enfadaría mucho si me encuentran con ese delantal». «He oído decir —le replicó Parlamente—, que vuestra mujer falló por un pelo en encontraros en atavío similar, por alguna trapacería que hicisteis, y que desde entonces nunca se ha sentido tranquila». «Limitaos a lo que ocurre en vuestra casa — le respondió aquél— sin veniros a meter en la mía. Aunque mi mujer tuviera motivos para quejarse de mi y aunque yo fuera tal como vos decís, ella no lo advertiría nunca, porque no echaría de menos las cosas que yo puedo proporcionarle y de las que ella tiene necesidad». «Las mujeres honradas —le replicó Longarine—, no tienen necesidad más que del amor de sus maridos, que son los únicos que la pueden contentar. Pero las que sólo buscan un contentamiento animal, nunca lo hallarán donde la honestidad ordena». «¿Llamáis contentamiento bestial a que una mujer quiera tener de su marido aquello a que tiene derecho?». Longarine contestó: «Yo digo que la mujer casta, cuyo corazón está henchido de verdadero amor, se siente más satisfecha con ser amada perfectamente que por todos los placeres que su cuerpo pueda desear». «Soy de vuestra opinión —asintió Dagoncin—, pera estos caballeros no quieren entenderlo ni confesarlo. Creo que si el amor recíproco no contenta a una mujer, un marido solo no la contentará nunca; y de no vivir según deben hacerlo las mujeres en su amor, menester será que ella esté embargada de la misma insaciable ansia que los animales». «En verdad —dijo Doña Oisille—, que me recordáis a una dama muy hermosa y bien casada que, por no vivir en esta honestidad, llegó a ser más carnal que los puercos y más cruel que los leones». «Os emplazo, señora —habló Simontault— para que pongáis fin a esta Jornada contándonoslo». «No puedo — afirmó Doña Oisille—, por dos razones: una porque es muy largo; y la otra, porque no es de nuestra época, aunque conste escrita por un autor digno de fe. Y nos comprometimos a no contar nada que ya estuviera escrito». «Es cierto —dijo Parlamente—; pero, como me imagino el cuento que es y éste fue escrito en lenguaje tan anticuado, no creo que excepto nosotras dos, haya aquí nadie, hombre o mujer, que haya oído hablar de ello. Así que lo tendrán por nuevo». Ante estas palabras, toda la reunión le rogó que lo contara, sin reparar en su longitud, ya que aún disponían de una hora larga para continuar allí antes de las vísperas. Así que, a su requerimiento, Doña Oisille comenzó.

Narración LXX

De cómo la furiosa incontinencia de una duquesa fue la causa de su muerte y de la de sus dos amantes

Vivía en el ducado de Borgoña un duque muy honesto y agradable príncipe, el cual había desposado a una mujer cuya belleza le satisfacía tanto que, aunque ella apenas si ponía aprecio en él y lo ignoraba de continuo, no miraba más que complacerla, fingiendo ella corresponderle. Ahora bien, el duque tenía en su casa a un joven caballero, tan lleno de perfecciones como se pueda exigir a un hombre, que era tan apreciado por todos, y principalmente por el duque, quien lo educara desde su infancia junto a él y, al verlo tan virtuoso, lo estimaba de tal manera que le confiaba todos aquellos de sus asuntos que por su edad él podía resolver. La duquesa, que no tenía corazón de princesa virtuosa, no contentándose con el amor que su marido le profesaba y con el buen trato que recibía de él, contemplaba a menudo al caballero, al que encontró tan de su agrado que se enamoró de él contra toda razón; lo que a todas horas cuidaba de hacerle comprender, tanto con miradas dulces, y cariñosas como con suspiros y su aspecto apasionado; pero el caballero, que nunca aprendiera en otra escuela que la de la virtud, no podía conocer el vicio de una dama, de lo que nunca tuvo ocasión; de tal forma que ni las miradas ni buenas caras de aquella infeliz y ligera mujer obtenían otro fruto que una furiosa desesperación que terminó por desazonarla tanto que, un día, olvidando que era mujer de bien y que debía ser ella la suplicada y la que rehusara; olvidando que era una princesa y que debía ser adorada y desdeñar a sus cortejantes, adoptó la misma conducta que un hombre enfebrecido y deseoso de aliviarse de lo que su corazón ya no podía soportar. Así que, un día que su marido iba a Consejo, donde el caballero, por su juventud no entraba, le hizo gesto de que viniera junto a ella, lo que él obedeció pensando que tenía alguna cosa que ordenarle; mas ella, apoyándose en su brazo como mujer cansada de demasiado reposo, lo llevó a pasear por una galería, donde le dijo: «Me asombro de que vos, que sois tan apuesto, joven y adornado de tan buenas prendas, hayáis vivido siempre en esta casa, donde se reúne tan gran número de bellas damas, sin que nunca os hayáis enamorado ni cortejado a alguna». Y, mirándolo con sus más tiernos ojos, se calló, para darle ocasión de manifestarse. «Señora —contestó él—, si yo fuera digno de que Vuestra Alteza se dignara bajar hasta mí, me sería motivo de mayor asombro que el ver que un hombre tan digno como yo, al ponerse a vuestro servido, no obtuviera más que burlas o negativas». La duquesa, al oír tan juiciosa respuesta, sintió que su amor se acrecentaba, y le aseguró que no había dama alguna en su corte que no se sintiera hartos feliz al tener tal pretendiente, y que bien podía intentar suerte, que, sin peligro,

redundaría en su mayor honor. El caballero, manteniendo siempre los ojos bajos, no se atrevía a mirar a su continente, que era tan ardiente como para hacer derretir el hielo. Y, cuando se disponía a excusarse, el duque mandó buscar a la duquesa, cuya presencia era necesaria en el Consejo para algún asunto que la concernía, adonde ella se dirigió con gran pesar, sin que el caballero diera muestras en ningún momento de haber comprendido lo que ella quiso darle a entender. Con lo cual la duquesa se sentía tan confusa y enojada que no sabía a quién echar la culpa de su enojo a no ser el tonto temor que advertía poseía el caballero, Pocos días después, viendo que el caballero no entendía su lenguaje se decidió, sin reparar en vergüenza ni temor alguno, a declararle sus sentimientos, estando segura de que una belleza como la suya no podía por menos de ser bien recibida, aunque su deseo fuera el ser rogada; sin embargo, con tal de conseguir el placer, dio de lado el honor. Y, tras haber intentado repetidas veces mantener con él conversaciones semejantes a la primera, al no conseguir respuesta de su agrado, lo cogió un día por la manga y le dijo que tenía que hablar con él de asuntos de importancia. El caballero, con el respeto y la humildad que le debía, fue con ella hasta una ventana alejada a la que ella se dirigiera, y cuando ésta vio que nadie de los que había en la habitación los podían ver, con voz trémula por el deseo y el temor, insistió en sus primitivos propósitos, reprendiéndole porque aún no tuviera él escogida alguna dama de las allí presentes y asegurándole que donde quiera que él se dirigiese ella le ayudaría a conseguir un trato favorable a sus intenciones. El caballero, no menos asombrado que enojado por tales palabras, le respondió: «Señora, tengo tan buen corazón que si me viera rehusado una vez ya nunca tendría alegría en este mundo, y tengo tal carácter que no hay dama en esta corte a la que yo me crea digno de dirigirme». La dama se ruborizó, y pensó que él temía más que a nada el ser vencido, así que le aseguró que, si él quería, sabía de una dama de las más bellas de las allí presentes que lo recibiría con alegría y de la que él obtendría gran contento. «¡Ay, señora! —respondióle—; no creo que haya en esta reunión mujer tan desdichada ni tan ciega que me haya encontrado de su agrado». La duquesa, al ver que él no entendía nada, se decidió a entreabrirle el velo de su pasión y, por temor a la virtud del caballero, habló en forma interrogativa, pregúntole: «¿Si la fortuna os hubiese favorecido en forma que fuera yo quien os profesara tal sentimiento, qué diríais?». El caballero, pensando soñar al oír tales palabras, le dijo, rodilla en tierra: «Señora, si Dios me hace la grada de estar en la del duque, mi señor, y en la vuestra, yo me sentiré el hombre más feliz del mundo, porque ésa es la recompensa que pido por mi leal servicio, como quien está obligado, más que ningún otro, a dar su vida al servicio de ambos dos, y estoy cierto, señora, que el amor que profesáis a mi dicho señor está acompañado de tal castidad y grandeza, que ya no yo, que no soy más que un mísero gusano, sino el hombre más perfecto y el más noble príncipe que se pudiera encontrar, podría impedir la unión que existe entre vos y el duque, mi dicho señor. En cuanto a mí, él me ha educado desde mi infancia y me ha dado todo lo que soy; y por ello, él no podría tener esposa, hijas, hermana o madre,

hacia las cuales yo no tuviera otro sentimiento que el que debe a su señor un servidor leal y fiel, prefiriendo antes morir». La duquesa no le dejó seguir adelante, viendo que corría el riesgo de recibir una negativa deshonrosa, y súbitamente desistió de su propósito, diciéndole: «¡Oh, vil y glorioso loco!, ¿acaso hay alguien que os lo niegue? Pensáis que, por vuestra belleza, hasta las moscas que vuelan os aman, mas si fuerais tan presuntuoso que os dirigierais a mí, os demostraría que no amo ni quiero amar a nadie más que a mi marido; y las manifestaciones que os hice no tuvieron otro fin que hacerme matar el tiempo y averiguando cosas de vos, burlarme de dio, como hago con los tontos amorosos». «Señora —respondió el caballero—, todo momento creí que era tal como decís». La dama, sin continuar escuchando, marchó con toda premura a su habitación y, al ver que era seguida por sus damas, entró en su tocador, donde mostró tal duelo que no se puede contar, de un lado porque al fallar su amor, sintió una tristeza mortal; y de otro, por despecho contra sí misma, al haber emprendido tan necia empresa, y contra él por haberle respondido con tal habilidad; todo lo cual le produjo tal furia que al cabo de una hora se quiso suicidar; mas pensó que debía continuar viviendo para vengarse de aquél a quien ya consideraba su más mortal enemigo. Así, después que hubo llorado durante mucho tiempo, fingió estar enferma para no asistir a la comida en compañía de su marido, a quien el caballero servía de ordinario. El duque que amaba a su mujer más que a sí mismo, fue a visitarla. Y, para conseguir mejor lo que pretendía, ella le dijo que pensaba que estaba embarazada y que su embarazo le había producido una congestión en los ojos, por lo que se encontraba muy mal. Así pasaron dos o tres días durante los cuales la duquesa guardó cama, tan triste y melancólica que el duque pensó que muy bien podía tener algo más que el embarazo, lo que le indujo, al llegar la noche, a acostarse con ella y a hacerle las mejores caricias que supo, pudiendo advertir que nada impedía que continuara en sus suspiros, así que le dijo: «Querida mía, sabéis que os tengo tanto amor como a mi propia vida y que, faltando la vuestra, la mía no puede durar. Así que, si queréis conservar mi salud, os ruego que me digáis la causa que de tal modo os hace suspirar, porque no puedo creer que todo vuestro mal provenga solamente del embarazo». Entonces la duquesa, al ver a su marido en tal disposición hacia ella como mejor no podía desear, pensó que era el momento para vengar su despecho y abrazando a su buen marido, le dijo: «¡Ay, señor! Todo el mal que me acosa es el veros engañado por quienes más obligados están a respetar vuestro honor». El duque, al oír estas palabras, sintió gran interés por saber lo que quería significar con sus frases y le rogó encarecidamente que se lo dijera; y, tras fingir varias veces rehusar decírselo, le habló así: «No me asombraré nunca de que los extranjeros hagan la guerra a los príncipes, cuando precisamente aquellos que más obligados les están se atreven a emprenderla tan cruel que la pérdida de sus bienes no sería nada en comparación. Lo digo, señor, por cierto caballero (y aquí nombró al que tanto odiaba), que criado por vos, ensalzado y tratado más como hijo que como servidor, osó emprender algo tan cruel y miserable como atentar contra el honor de vuestra

casa y de vuestros hijos. Y, por más que durante largo tiempo no hizo otra cosa que perseguirme demostrándome con su conducta sus intenciones, lo cierto es que mi corazón, que sólo se mira en vos, no entendió nada, por lo que a la postre se decidió a declararlo con palabras. Le he dado la respuesta que mi estado y mi castidad merecían. A pesar de esto, le profeso tal odio que no puedo ni mirarlo, y ésta es la causa de que me recluya en mi habitación, perdiendo así el placer de vuestra compañía; y os suplico, señor que no mantengáis tal peste cerca de vuestra persona, porque después de tal crimen, temiendo lo que yo pueda deciros, aún cabe que intente algo peor. Ésta es, señor la causa de mi dolor que me parece es muy justa y digna, así que os ruego que os dignéis poner orden en seguida». El duque, que por una parte amaba a su mujer y se sentía grandemente injuriado, y de otra amante de su servidor, de cuya fidelidad tantas pruebas le cabían que apenas si podía creer que esta mentira fuera verdad, sintió una gran pena; y, lleno de cólera, se encaminó a su habitación y ordenó al caballero que nunca más se presentara ante él, y que se retirara a su alojamiento por algún tiempo. El caballero, ignorando el motivo, se sintió tan molesto como no era posible más, sabiendo que merecía todo lo contrario de semejante trato; y, como quien está cierto de su corazón y de sus acciones envió a un compañero suyo a hablar con el duque, y a que le llevara una carta, suplicándole muy humildemente que si, a causa de un mal informe era alejado de su presencia, quisiera dejar en suspenso su enjuiciamiento hasta que oyera de él la verdad de los hechos, y que así podría saber que de ninguna forma lo había ofendido. Al ver la carta, el duque apaciguó un poco su cólera y le mandó venir en secreto a su habitación, diciéndole con cara muy furiosa: «Nunca pensé que el trabajo que me di en educaros desde que erais niño pudiera convertirse en arrepentimiento al llegar a hombre, dado que habéis atentado en lo que me podía dañar más, incluso, que la pérdida de mi vida y de mis bienes, y es el haber intentado atentar al honor de aquella mi mitad, para así infamar a mi casa y a mi linaje para siempre. Ya podéis imaginar que tal injuria ha llegado hasta lo más íntimo de mi corazón y que, si no fuera por la duda que me acosa de si es verdad o no, ya estaríais en el fondo del agua para que quedara secreto el castigo a vuestra ofensa, ya que en secreto lo perseguisteis». El caballero se sintió muy asombrado al oír tales palabras, ya que tenía la conciencia de su inocencia, y le suplicó le dijese quién era su acusador, ya que tales palabras habría que mantenerlas con la lanza, y no con la lengua. «Vuestro acusador —le contestó el duque—, no porta otras armas que su castidad, pudiendo aseguraros que fue mi propia esposa quien me lo dijo y no otra persona, y me suplicó que la vengara de vos». El infeliz caballero, al ver la enorme malicia de la dama, y sin quererla acusar, a pesar de todo, le dijo: «Señor, vuestra esposa puede decir lo que le plazca; mas vos la conocéis mejor que yo y podéis saber que nunca la he visto sin estar en vuestra compañía a no ser una vez que ella habló un poco conmigo. Vos tenéis tan buen juicio como tenerlo pueda cualquier otro príncipe de la cristiandad. Así que, os suplico, señor, me digáis si alguna vez apreciasteis en mi conducta algo que pudo engendrar en vos cualquier sospecha, como es la de un

fuego que no se puede encubrir durante mucho tiempo sin ser advertido alguna vez por aquellos que han padecido similar enfermedad. Y os suplico, señor, que creáis dos cosas de mí; una que os soy tan leal que aunque vuestra mujer, mi señora, fuera la criatura más bella del mundo, ni siquiera Amor tendría poder suficiente para poner tacha alguna en mi honor y en mi fidelidad; y la otra es que aunque no fuera vuestra mujer, ella sería la última de quién pudiera sentirme algo enamorado y antes habría bastantes otras en las que se parara mi fantasía». El duque comenzó a ablandarse al oír tales manifestaciones y le contestó: «Tampoco lo he creído; así que obrad como tenéis por costumbre, y estad cierto de que si averiguo que la verdad está de vuestra parte, os apreciaré más que os estimé nunca; y de lo contrario, vuestra vida estará en mis manos». Lo que le agradeció el caballero, aceptando cualquier pena y castigo a que quisiera someterlo si lo encontraba culpable. La duquesa, al ver al caballero continuar al servicio del duque como de ordinario, no pudo soportarlo con paciencia, así que dijo a su marido: «Os estará bien empleado, señor, si sois envenenado, ya que tenéis más confianza en vuestros mortales enemigos que en vuestros amigos». «Os ruego, querida mía —le replicó—, que no me atormentéis sobre este asunto, pues si lo que me habéis dicho es cierto, os aseguro que no vivirá ni veinticuatro horas, mas como él también me aseguró lo contrario y nunca hubo nada por lo que yo pudiera advertirlo, no podré creerlo sin tener una prueba decisiva». «A fe, señor —contestó su mujer— que vuestra bondad hace mayor su vileza. ¿Queréis mayor prueba que un hombre de sus prendas no tenga fama de estar enamorado de alguien? Creed, señor, que si él no aspira en su mente la insensata idea de cortejarme, no hubiera tardado tanto en encontrar una amante, porque nunca se vio hombre joven que viviera tan solitario que no quisiera una buena compañía, como ocurre con él a no ser que aspirara su corazón a tan alto fin que se sienta contento con su vana esperanza; y puesto que pensáis que no os oculta ninguna verdad, os suplico que lo emplacéis bajo juramento a que confiese su amor; si confiesa amar a alguna otra, me sentiré contenta de que lo creáis, y si no, habréis de pensar que digo la verdad». El duque encontró muy buenas las razones de su mujer, y llamó a su ayudante de campo, al que dijo: «Mi mujer insiste siempre en su opinión y me alega razones que me llevan a sospechar grandemente de vos; y es que se asombra de que vos, tan joven y honorable, no hayáis amado nunca, que se sepa; lo que me hace pensar si tenéis la idea que ella dice, cuya esperanza os mantiene tan contento que no podéis pensar en otra mujer. Así que, como amigo os ruego, y como vuestro señor os ordeno, que me digáis si estáis enamorado de alguna dama». Entonces, el infeliz caballero, aunque bien hubiera querido confesar la sinceridad de sus sentimientos, como tenía apego a la vida, al ver los grandes celos de su señor le juró que ciertamente amaba a una dama, cuya belleza era tal que la de la duquesa y la de toda su corte no era más que fealdad y deformidad a su lado, suplicándole que no le obligara nunca a nombrarla, porque el acuerdo entre ambos, él y su amiga, de conservar el secreto, era tal que su lazo no se podía romper a no ser que alguno de ellos lo declarara primero. El duque

prometió no presionarlo en absoluto y se sintió tan contento con él que lo trató como nunca antes lo hiciera. De lo cual se apercibió la duquesa muy pronto, y usando de una astucia no corriente, se dedicó a buscar la ocasión, que no ocultó al duque, y a su deseo de venganza sumó unos fuertes celos que le llevó a suplicar al duque ordenara al caballero que nombrara a su amiga, asegurándole que era mentira, y de que era el mejor medio de cerciorarse de que decía la verdad; y si no le nombraba a aquélla a quien reputara tan bella, él era el príncipe más tonto del mundo si fiaba en su palabra. Entonces, el pobre duque, cuya mujer le mareaba como quería se fue a pasear a solas con el caballero, al que le dijo que se encontraba sumido en mayores dudas que antes, que mucho se temía que le había dado una excusa para evitar que sospechara la verdad, y que estaba más atormentado que nunca, así que le rogaba que, si le era posible, le dijera el nombre de la que tanto amaba. El infeliz caballero le suplicó que no le obligara a cometer falta semejante a quien más amaba, porque significaría romper la promesa que tiempo atrás hiciera y perder en un día lo que durante siete años conservara, y antes prefería aceptar la muerte que hacer tal ofensa a quien tan leal había sido con él. El duque, al ver que no quería decirlo, se sintió acometido por tan grandes celos que, con rostro furioso, le dijo: «Bien, elegid una de estas dos cosas: o me decís quien es aquélla a la que amáis más que a ninguna o ser expulsado de todas las tierras donde yo ejerza mi dominio, con el agravante de que, si pasados ocho días os encuentro dentro de ellas, os haré dar cruel muerte». Si alguna vez el dolor embargó el corazón de un leal servidor, debió ser el de nuestro pobre caballero que bien pudo pensar: «*Angustiae sunt mihi undique*^[22]», ya que, si por un lado decía la verdad, perdería a su amiga si ella se enteraba de que faltó a su promesa; y de otro, si no lo confesaba, sería desterrado del país en que ella vivía y no tendría medio de volver a verla, así que, acosado por todas partes, le sobrevino un sudor frío semejante al de aquel que ve cercana la muerte con tristeza. El duque, al ver su aspecto, pensó que no existía dama alguna, como no fuera la suya y que al no poder nombrar a la otra, el caballero se reafirmaba en su pasión, por lo que le dijo con rudeza: «Si vuestras palabras fueron sinceras, no vacilarías tanto en pronunciarlas, mas creo que vuestra ofensa os atormenta». El caballero, picado por estas palabras e impulsado por el afecto que hacia el duque sentía, deliberó decirle la verdad, confiando en la hombría de bien de su señor y en que por nada del mundo querría éste revelarlo a nadie. E, hincándose de rodillas ante él le dijo: «Señor lo obligado que estoy para con vos y el afecto que os profeso me fuerzan más que el temor a la muerte; pero os advierto en tal continente y falsa opinión sobre mí que, para aliviaros de tan gran pesar, me he decidido a hacer lo que ningún tormento, hubiera conseguido de mí. Suplicándoos, señor, por el amor de Dios, que me juréis a fuer de príncipe y de cristiano, que nunca revelaréis el secreto que, pues os place, voy a confiaros». Al momento el duque le hizo cuantas promesas se le ocurrieron de que nunca revelaría nada a criatura alguna del mundo, ni por palabras, ni por hechos, ni de ninguna otra forma. El caballero, no imaginando que tan virtuoso príncipe, al que tan bien conocía,

fuera a poner los fundamentos de su desgracia, le dijo: «Ha ya siete años, señor, que sabiendo que vuestra sobrina estaba viuda y no tenía pretendiente alguno, me propuse alcanzar su favor y, como la familia de la que procedo no me daba derecho a querer desposarla, me contenté con que me aceptara por su fiel servidor, como así he sido. Y Dios ha permitido que nuestro asunto fuera manejado tan prudentemente hasta ahora que nunca, ni hombre ni mujer que no fuéramos ella o yo, pudo saber nada, a no ser vos, mi señor, en cuyas manos deposito mi vida y mi honor, suplicándoos que guardéis el secreto y no disminuya vuestro aprecio por vuestra sobrina, que pienso es la criatura más casta y perfecta que pueda haber bajo la capa del cielo». Quien se sintió muy contento fue el duque, ya que, conociendo la gran belleza de su sobrina, no dudó de que al caballero le resultaría más agradable que su mujer. Mas, no comprendiendo de qué medios se habían valido para mantener el secreto, le rogó que le dijera cómo se las componía para verla. El caballero le explicó que la habitación de su dama daba a un jardín, y que el día que él iba a verla dejaba abierta una pequeña puerta por la que él entraba a pie, hasta que oía ladrar a un perrito que su amada soltaba en el jardín cuando todas sus camareras se habían acostado; y, a partir de ese momento, hablaba con ella durante toda la noche y, al marcharse, se ponían de acuerdo sobre el día que debía volver, en lo que nunca fallaba, no sin tener que utilizar bastantes excusas. El duque, que era el hombre más curioso del mundo y que en su juventud anduviera en muchas lides amorosas, tanto por dar satisfacción a sus sospechas como por participar en tan extraña aventura, le rogó que lo llevara con él la próxima vez, no como a su señor sino como a compañero. El caballero, pensando, que después de su confesión ya tanto le daba, accedió. Con lo que el duque se sintió tan contento como si hubiera ganado un reino, y simulando que se iba a descansar a su antecámara, ordeno que trajeran dos caballos para él y para el caballero y se pusieron en camino durante la noche para ir adonde su sobrina vivía. El caballero hizo entrar al duque por la pequeña puerta, rogándole que se quedara detrás de un gran nogal, desde donde podría ver si decía la verdad o no. Apenas si habían entrado en el jardín cuando el perrito comenzó a ladrar, y el caballero se encaminó hacia la torre a donde no dejó de acudir su dama junto a él y, saludándolo y abrazándolo, le dijo que le parecía que le parecía haber estado mil años sin verlo. Y, a renglón seguido, entraron en la habitación y dejaron la puerta entreabierta, de modo que el duque se deslizó subrepticamente tras ellos ya que no había ninguna luz; y cuando oyó su conversación de casta amistad, se dio por más que satisfecho y esperó allí, aunque no por mucho rato, hasta que el caballero le dijo a su amada que se veía obligado a regresar más pronto que de costumbre, ya que había de salir a las cuatro de la madrugada a cazar con el duque y no podía faltar. La dama, que tenía en más su honor que su placer, no quiso que se demorara en cumplir con su deber porque, si había algo que estimara en más que su honesta amistad era que ésta continuara secreta ante todos los demás hombres. Y, saliendo el duque delante de él, el caballero se marchó una hora después de medianoche, y montando a caballo regresaron al lugar

de donde salieron, y mientras cabalgaban por los caminos el duque prometía incesantemente al caballero que más preferiría morir que revelar su secreto; y depositó tanto afecto y confianza en él que no hubo nadie en la corte que disfrutara de su favor más que él, lo que enfureció grandemente a la duquesa. Pero el duque le prohibió que volviera hablar nunca de ello, pues él sabía la verdad, con la que se daba por muy contento, ya que la dama que el caballero amaba era más amable que ella. Estas palabras afligieron de tal modo el corazón de la duquesa que enfermó aún más de lo que ya estaba. El duque fue a verla y a consolarla, mas no conseguía nada como no le dijera quién era aquella mujer tan amada, haciéndole la vida tan insoportable y acuciándolo tanto que el duque fue a salir de la habitación diciéndole: «Si insistís en vuestros propósitos, nos separaremos». Estas palabras aumentaron aún más la enfermedad de la duquesa, que fingió sentir que su nonato hijo se removía en sus entrañas, lo que produjo tal alegría al duque que se acostó con ella. Mas, cuando ésta lo vio más amoroso, se volvió de espaldas a él, diciéndole: «Señor, pues que no amáis ni a vuestra mujer ni a vuestro hijo, dejadnos morir a los dos». Y, dichas estas palabras, cayó en tal crisis de lágrimas y lloros que el duque sintió gran temor de que pudiera perder el fruto de sus entrañas. Así es que tomándola entre sus brazos, le rogó que le dijera lo que deseaba, que no había nada que no hiciera por ella. «¡Ah, señor! —río respondió llorando—. ¿Qué esperanza puedo tener de que hagáis por mí algo difícil cuando no queréis hacer la cosa más sencilla y razonable, como es el decirme quién es la amiga del más vil servidor que nunca tuvisteis? Creí que vos y yo no teníamos más que un solo corazón; ahora sé que me tenéis por extraña, ya que me ocultáis vuestros secretos como si se tratara de una persona enemiga, cosa que no debéis hacer. ¡Ah, señor!, me habéis dicho muchas cosas graves y secretas y nunca supisteis que hablara de ello a nadie; sabéis sobradamente que mi voluntad es la vuestra y que no podéis dudar que yo no soy otra cosa que vos mismo.

Y, si habéis prometido no decir nunca a nadie el secreto del caballero, al decírmelo a mí no faltáis a vuestro honor, porque yo no soy, ni puedo ser, otra cosa que vos mismo. ¡Os tengo en mis brazos, llevo en mi vientre un hijo que os debe la vida y no puedo tener vuestro amor como vos tenéis el mío! Pues cuanto más leal y fiel os soy, tanto más cruel y austero sois vos conmigo, lo que me lleva a desear que venga el día en que una muerte súbita libre a vuestro hijo de tal padre y a mí de tal marido; lo que espero que ocurra pronto, ya que preferís un servidor infiel a una mujer como yo y a la vida de la madre y de un fruto que es vuestro, y que seguramente no fructificará si no puedo conseguir de vos lo que deseo saber». Dicho esto, abrazó y besó a su marido regándole el rostro con sus lágrimas, acompañadas de tales gemidos y suspiros que el buen príncipe, que temía perder a la vez a su mujer y a su hijo, se decidió a decirle la verdad; mas le aseguró que si lo decía a persona alguna, le daría muerte con su propia mano, a lo que ella se plegó, aceptando ser castigada si no lo cumplía. Y al momento, decidido el infeliz marido, le contó de cabeza a rabo cuanto viera, con lo que ella aparentó sentirse muy contenta, aunque en

el fondo de su corazón fuera todo lo contrario; sin embargo, por temor al duque, disimuló cuanto pudo su pasión. Y, el día que el duque celebró una gran fiesta en su palacio, a la que ordenara asistir a todas las damas del país, incluida su sobrina, después del festín comenzaron los bailes, donde cada uno cumplió con su deber. Pero la duquesa, que estaba atormentada viendo la belleza y buenas prendas de su sobrina, no sentía regocijo alguno ni conseguía disimular su despecho; así que reunió a todas las damas, las hizo sentar en tomo suyo y comenzó a tratar de temas amorosos, y al ver que su sobrina no decía nada, le dijo, con el corazón acuchillado por los celos: «Y vos, mi bella sobrina, ¿es posible que, a pesar de vuestra belleza no tengáis ningún amigo ni pretendiente?». «Señora —respondió aquélla—, mi belleza no me ha reportado tal adquisición, ya que después de la muerte de mi marido no quise tener otros amigos que sus hijos, con los que me doy por contenta». «Mi bella sobrina —le contestó la duquesa corroída por el despecho—, no hay amor tan secreto que no se sepa, ni perro tan atento y hecho a la mano de su amo a quien no se oiga ladrar».

Ya podéis imaginar, señoras, el dolor que sintió aquella pobre dama viendo declarado su deshonor, al ser descubierta aquella cosa. El honor tan cuidadosamente guardado y tan desdichadamente perdido, la atormentó; y más aún su sospecha de que su amigo había faltado a su promesa, lo que nunca creyó que pudiera hacer, a no ser que amara a otra dama más bella que quien forzándolo con su amor le obligara a declarar el hecho. Sin embargo su serenidad fue tan grande que no hizo un solo gesto y respondió, riendo, que ella no entendía el lenguaje de los animales. Y, bajo este prudente disimulo, su corazón fue presa de tal tristeza que se levantó, y pasando por la habitación de la duquesa entró en una antecámara, lo que el duque advirtió mientras paseaba. Y cuando la buena dama se creyó encontrar sola en aquel lugar, se dejó caer en una cama, aquejada de tanta debilidad, que una camarera, que se había sentado entre la cama y la pared para dormir, se levantó y miró por entre las cortinas para ver quién podía ser. Mas al ver que era la sobrina del duque que se creía sola, no se atrevió a decirle nada y escuchó lo más silenciosamente que pudo. Y la pobre dama, con voz desfallecida, comenzó a quejarse y a exclamar: «¡Oh, qué desgracia! ¿Qué palabras son las que escuché? ¿Qué sentencia de muerte es la que oí? ¿Qué anuncio de mi fin es el que he recibido? ¡Oh amado mío! ¡El que más amé! ¿Es ésta mi recompensa a mi recatada honestidad y a mi virtuoso amor? ¡Oh, corazón! ¿Tan errónea fue vuestra elección al escoger como al más leal, al más infiel; como el más sincero, al más engañoso; como el más reservado, al más murmurador? ¡Ay! ¿Cómo es posible que algo tan oculto a los ojos de todo el mundo haya sido revelado a su alteza la duquesa? ¡Ay, tú, mi pequeño perro tan bien enseñado, el único confidente de mi larga y honesta amistad! ¡No sois vos, no, quién me ha descubierto, sino aquel que tiene la voz más fuerte que vos y el corazón más ingrato que el de ningún animal! Ha sido él, a pesar de sus juramentos y sus promesas, quien ha descubierto la vida

feliz que durante tanto tiempo, sin daño para nadie, compartimos juntos. ¡Oh, amigo mío! El único cuyo amor llegó a mi corazón y por quien sólo he vivido, ¿acaso será menester ahora que os demuestre mi mortal disgusto, devolviendo mi cuerpo a la tierra y mi alma a dónde morará eternamente, al ver que mi honor ha sido deshecho a los cuatro vientos? ¿Acaso la belleza de la duquesa es tan extremada que os ha metamorfoseado, como la de Circe? ¿Os ha convertido, de virtuoso, en vicioso, de bueno, en malvado; y de hombre, en bestia cruel? ¡Oh, amigo mío!, aunque faltasteis a vuestra promesa, yo mantendré la mía de nunca más volver a veros después de que divulgarais nuestra amistad y, no pudiendo vivir sin vuestra visión, me entrego de buen grado al enorme dolor que siento, al que no quiero buscar remedio, ni con la razón ni con medicinas, y al que sólo la muerte, que me será más grata que vivir en este mundo sin vos, sin honor y sin felicidad, pondrá fin, Ni por la guerra ni por la muerte, perdí mi amor querido; ni por mi pecado, ni por mi culpa, perdí mi honor; ni por mi falta, ni por mi demérito, perdí mi felicidad; fue el cruel infortunio que toma ingrato al más obligado de los hombres, quien me deparó todo lo contrario de lo que yo merecía. ¡Ay, señora duquesa! ¿Qué placer os ha inducido a, por burla, sacar a relucir mi perro? Regocijándoos del único bien que tengo os habéis burlado de aquella que pensaba estar a salvo de burlas, por amar virtuosamente y ocultarlo bien. ¡Oh! ¡Cómo han estrujado mi corazón esas palabras, cómo me han hecho enrojecer de vergüenza y estremecer de celos! ¡Ay, corazón! Bien sé que no podéis más y que el amor mal pagado os abrasa, los celos y la ofensa que se os hace, os hielan, y agonizáis de pesar y de despecho, sin que podáis encontrar consuelo. ¡Ay, alma mía! ¿Olvidasteis al Creador, al amar demasiado a la criatura? Forzoso os será volver a manos de Aquel de las que os arrebatara un vano amor; tened confianza, alma mía, al encontrar al mejor de los padres, ya que no hallasteis al amigo por el que tan amenudo lo habíais olvidado. ¡Oh, Dios mío, que sois el verdadero amigo, y al soplo de cuya gracia debo que el amor que profesara a mi amigo no pudiera nunca ser tachado de vicio alguno que no fuera el demasiado amar; os suplico misericordia al recibir alma y espíritu de aquella que se arrepiente de haber faltado a vuestro primer y justo mandamiento; y que, por los merecimientos de Aquél cuyo amor es incomprensible, queráis excusar el pecado al que me llevó mi excesivo amor; pues sólo en Vos tengo toda mi confianza! Y, a vos, amigo mío, aquél a quien la sola mención del nombre ya me desgarró el corazón, adiós». Y, pronunciadas estas palabras, se cayó de espaldas, tomándose pálido su color y con los labios azules y las manos y pies helados. En aquel momento llegó a la sala el caballero a quien amaba, y al ver a la duquesa bailando con las restantes damas, miró hacia todos lados buscando a su bien y, al no divisarla, entró en la habitación de la duquesa, donde encontró al duque paseando, quien adivinando sus pensamientos, le dijo al oído: «Se ha ido a la antecámara, y me parece que se encontraba mal». El caballero le pidió su venia para ir allá, y el duque se la concedió. Y así que penetró en la antecámara la encontró en los últimos instantes de su vida mortal, y abrazándola, exclamó: «¿Qué os ocurre,

querida mía? ¿Queréis dejarme?». La triste dama, al oír la voz que tan bien conocía, cobró un poco de vigor y abrió los ojos, viendo al que era causa de su muerte. Y, al mirarlo, el amor y el despecho fueron tan grandes que con un triste suspiro rindió su alma a Dios. El caballero, más muerto que la muerte misma, preguntó a la camarera cómo le había atacado tan aprisa aquella enfermedad, y ella le contó con todo detalle las palabras que la oyera pronunciar. Al momento, el caballero comprendió que el duque había revelado el secreto a su mujer, lo que le produjo tal furor que, abrazando el cuerpo de su amiga, lo regó largo tiempo con sus lágrimas, mientras exclamaba: «¡Oh, cuán traidor, vil y desdichado amigo fui! ¿Por qué no ha caído sobre mí el castigo a mi traición, y no sobre ella, mi pobre inocente? ¿Por qué no me fulminó para siempre el día que mi lengua reveló la secreta y virtuosa amistad que nos unía a ambos? ¿Por qué no se abriría la tierra para tragar a este falsario de la fe? ¡Maldita seas, lengua mía, como lo fue la del Rico Opulento en el infierno! ¡Oh corazón mío, tan temeroso de Ja muerte y del destierro, perpetuo pasto seas de las águilas, como el de Ixion! ¡Ay, querida mía, desgracia de las desgracias, lo más desdichado que nunca pudo ser, me ha ocurrido; buscando el protegeros, os perdí; queriendo veros disfrutar una larga vida, llena de honesto y placentero contento os he de abrazar muerta, maldiciendo de mí y de mi corazón y de mi lengua hasta el infinito! ¡O, la más fiel y leal mujer que nunca existió! Sufra yo condenación eterna por ser el más desleal e infiel de todos los hombres. Gustoso me quejaría al duque por haber roto su promesa que me hizo confiar perdurara nuestra feliz vida. Pero, ¡ay!, yo debería saber que nadie podía guardar mi secreto mejor que yo mismo. Más razón tenía el duque en confiar su secreto a su mujer que yo el mío a él. No acuso a nadie más que a mí mismo de la mayor maldad que nunca se pudo cometer entre amigos. Debí resignarme a ser arrojado al río, como el duque me amenazó; querida mía, tú hubieses seguido viva, y yo hubiera muerto gloriosamente, respetando la ley que manda la verdadera amistad; mas habiéndola roto, yo estoy vivo y vos, por amor a la perfección, muerta, porque vuestro corazón, puro y limpio, no ha podido soportar sin morir sobre el pecado de vuestro amigo. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me hicisteis hombre, siendo de amor tan ligero y de corazón tan ignorante? ¿Por qué no me hicisteis perro, como aquel que tan fielmente sirvió a su ama? ¡Ay, mi pequeño amigo!, la alegría que me daba vuestro ladrido se ha vuelto mortal tristeza porque soy el culpable de que alguien distinto de nosotros lo oyera. Bien es cierto, amor mío, que ni el amor de la duquesa, ni el de ninguna otra mujer viva, me hizo cambiar aunque la muy vil me lo requiriera y suplicara varias veces; mas la ignorancia me ha vencido cuando yo pensaba que así aseguraba nuestra amistad; no obstante, mi ignorancia no me excusa de ser culpable, ya que revelé el secreto de mi amiga y falté a mi promesa, que es la única causa de que la vea muerta ante mis ojos. ¡Ay, amiga mía! Si alguien, por azar o por malicia, se hubiese atrevido simplemente a daros muerte, yo hubiese echado mano de mi espada para vengaros. Pero ésta no es razón para que yo perdone a este asesino que ha sido la causa de vuestra muerte por un acto aún más vil que si os

hubiera asestado una estocada. Si supiera de un verdugo más vil que yo mismo, le pediría que ejecutara a vuestro traidor amigo. ¡Oh, Amor! pues que os ofendí al amar ignorantemente, no acudáis en mi ayuda, como hicisteis con aquella que respetó vuestras leyes. No hay razón para que yo muera de honesto modo, pero sí es razonable que lo sea por mi propia mano; y si con lágrimas regué vuestro rostro y con mi lengua os pedí perdón, no queda más que por mi mano haga mi cuerpo semejante al vuestro y deje a mi alma marchar donde la vuestra vaya, pues sé que un amor virtuoso y honesto nunca tiene fin, ni en este mundo ni en otro». E inmediatamente se levantó de encima del cuerpo de su amada y, como persona enloquecida y perdido el juicio, empuñó su puñal y, violentamente se atravesó el corazón; y, tomando de nuevo en sus brazos el cuerpo de su amada, lo besó con tanto afecto que más pareciera herido de amor que no de muerte. La camarera, al ver que se apuñalaba él mismo, corrió a la puerta a pedir ayuda. El duque, al oír su grito, e imaginando algún mal para aquél a quien tanto aprecio tenía, fue el primero en entrar en la antecámara y al ver a la infeliz pareja, intentó separarlos, para salvar, si le hubiese sido posible, al caballero. Mas éste tenía tan firmemente abrazada a su amiga que no pudo separarlo de allí hasta que no falleció. Sin embargo, cuando oyó al duque que le preguntaba: «¡Ay! ¿Por qué ha sido esto?», le respondió, con mirada furiosa: «Por mi lengua y por la vuestra, señor». Y, dicho esto, falleció, con el rostro junto al de su amada. El duque, deseando saber más, conminó a la camarera a que le dijese cuanto había visto y oído, lo que ésta hizo de cabo a rabo sin ahorrar ningún detalle. Al momento, el duque supo que él era la causa de todo el daño, y arrojándose sobre los cuerpos de los dos amantes, con grandes gemidos y abundantes lágrimas, besándolos a ambos repetidas veces, les pidió perdón; y después, muy furioso, se levantó y sacó el puñal del cuerpo del caballero. Y, así como el jabalí herido por una lanza corre impetuosamente contra quien lo atacó, así fue el duque a buscar a aquella que lo había herido hasta el fondo de su alma, y hallóla danzando en la sala, más contenta que nunca al pensar que bien se vengara de la sobrina del duque. Éste la detuvo en la mitad del baile y le dijo: «Pusisteis vuestra vida como prenda de que guardaríais el secreto, y sobre vuestra vida caerá el castigo». Y dicho esto, la sujetó por los cabellos y la atravesó la garganta con el puñal, lo que produjo tal asombro en todos los presentes que pensaron que el duque había perdido el juicio. Pero éste, cuando hubo realizado lo que quería, reunió a todos sus servidores en la sala y les contó la virtuosa y triste historia de su sobrina y la mala pasada que su mujer le había hecho, ante lo cual consiguió hacer llorar a todos los asistentes. Después, el duque ordenó que su mujer fuera enterrada en un convento que él fundó, y ordenó que hicieran un bello sepulcro donde fueron enterrados juntos los cuerpos de su sobrina y del caballero, con un epitafio sobre su trágica historia. Y el duque emprendió una cruzada contra los turcos, en la que Dios quiso favorecerlo tanto que consiguió muchos honores y riquezas; y, al encontrar a su regreso que su hijo primogénito estaba en condiciones de gobernar su hacienda, fue a hacerse religioso en la abadía donde estaban

enterrados su mujer y los dos enamorados, pasando allí una vejez feliz en el amor de Dios.

«He ahí, señoras, la historia que me pedisteis os contara, y que bien veo en vuestros ojos, no habéis oído sin sentir la piedad. Y me parece que la consecuencia que debéis sacar de esto es que habéis de huir de poner demasiado afecto en las cosas, porque, por muy honestas y virtuosas que seáis, ello no dejará de causaros muchos sinsabores. É incluso San Pablo no quiere que los esposos se amen demasiado entre sí, ya que cuanto más dedicado está nuestro corazón a las cosas terrenas, tanto más alejado está de las del cielo, y cuanto más virtuoso y recatado es el amor, tanto difícil es romper sus lazos; lo que me induce a rogaros, señoras, que pidáis en todo momento a Dios y a su Espíritu Santo, por quien vuestro corazón debe estar inflamado del mismo amor que a Dios mismo, que os conceda, a la hora de vuestra muerte, el dejar sin pena cuanto demasiado amasteis en este mundo». «Pero —preguntó Hircan—, si su amor era tan honesto como nos lo habéis pintado, ¿por qué era necesario mantenerlo secreto?». Y Parlamente le respondió: «Porque la malicia de los hombres es tanta que nunca hubieran imaginado tan honesto; porque los hombres juzgan según sus propias pasiones a los hombres y a las mujeres virtuosas; y, por este motivo, es necesario que si una mujer tiene un buen amigo, distinto de sus más próximos y cercanos parientes, y quiere conservar su amistad largo tiempo, lo haga en secreto; porque el honor de una mujer siempre es puesto en tela de juicio, tanto si ama por virtud como si lo hace por vicio, ya que no se toma en consideración más que el aspecto externo de las cosas». «Sí, pero cuando el secreto es descubierto, entonces se piensa todavía peor», argumento Guebron. «Os aseguro —habló Longarine—, que lo mejor es no amar a nadie ni a nada». «Nosotros apelamos a vuestra sentencia —le dijo Dagoncin—; porque si pensáramos que las mujeres vivieran sin amor, preferiríamos no vivir. Creo que ellas no viven más que para conseguirlo y, aunque no les advenga, la esperanza las mantiene y las lleva a hacer mil cosas honorables, hasta que la vejez muda sus honestas pasiones en otras penas. Mas, quien piense que las mujeres no deben amar, en lugar de ser un guerrero, deberá ser un mercader, y en lugar de conquistar honores, no pensar más que en amasar riquezas». «Entonces —habló Hircan—, si no hubiera mujeres, quiere decir que, según vos, todos nosotros seríamos unos malvados, como si no tuviéramos otro corazón que el que ellas nos dan. Pero yo soy de opinión opuesta, y pienso que no hay nada que abrume más el corazón de un hombre que el desear o amar demasiado a las mujeres y, por este motivo, los hebreos prohibían que, el año que el hombre se había casado, fuera a la guerra, por temor a que el amor a su mujer le hiciera evitar los riesgos que debería buscar». «Encuentro esa ley del todo injustificada —exclamó Saffredant—, porque nada hay que haga salir más aprisa al hombre de su casa que el estar casado, ya que la guerra de fuera es más soportable que la de dentro; y creo que para infundir en los hombres el deseo de ir a un país extranjero y de no divertirse en sus hogares, no hay más que casarlos». «Es cierto —asintió Emarsuite—, que el

matrimonio les hacer ser descuidados de su hogar; pero es porque confían en sus mujeres y no piensan más que en adquirir honores, estando seguros de sus mujeres serán quienes se cuiden en su provecho». Saffredant le contestó: «De cualquier forma que sea, me siento muy contento de que compartáis mi opinión». «Pero no discutís lo que es más importante —dijo Parlamente—; y es porque el caballero, que fue la causa de todo el daño, no murió también del disgusto, como la que era inocente». Nomerfide le contestó: «Eso es porque las mujeres hablan mejor que los hombres». «No así —replicó Simontault—, sino porque los celos y el deseo de las mujeres les hace fenecer sin saber por qué, y la prudencia de los hombres les induce a averiguar la verdad, que una vez comprendida por el recto juicio los lleva a mostrar su grandeza de ánimo, como en el caso del caballero, que tras concluir que él era la causa de la muerte de su amiga, demostró, pagando con su vida, cuánto la amaba». «Sin embargo —opinó Emarsuite—, ella murió de verdadero amor, ya que su firme y leal corazón no pudo soportar ser tal vilmente engañada». «Eso se debió a los celos —dijo Simontault—, que no le permitieron razonar; y, como creyó en una acción de su amigo, que no era la verdad que ella pensaba, su muerte fue obligada, ya que no podía remediarla; y, en cambio, la de su amigo fue voluntaria después de haber conocido su suerte». «Preciso será —dijo Nomerfide—, que su amor fuera muy grande para causar tal dolor». «No temáis —dijo Hircan—, que vos podáis morir de tal enfermedad». «No mucho más —replicó Nomerfide—, de lo que vos os mataríais después de haber sabido vuestra ofensa». Parlamente, que la discusión era a costa suya, les dijo riendo: «Ya es suficiente que sean dos los muertos por amor, sin necesidad de que el amor haga disputar a otros dos, y he ahí que suena el último toque para vísperas que nos separará, queráis o no». Siguiendo su consejo, se levantó la reunión y fueron a rezar las vísperas, sin olvidar en sus oraciones las almas de los verdaderos amantes, por quienes los frailes, con muy buena voluntad, entonaron un *De profanáis*. Y, durante la cena, no hablaron de otra cosa que de la dama de nuestra historia, de nombre «De Verger»; y después de continuar reunidos durante algún tiempo, se retiraron a sus habitaciones. Y así dieron fin a la Séptima Jornada.

ESTRAMBOTE FINAL DE LAS HISTORIAS

A la mañana siguiente inquirieron si los trabajos de reconstrucción del puente estaban muy avanzados, y se encontraron con que estarían acabados en dos o tres días, lo que disgustó a algunos de la reunión, que gustosos desearan que la otra durase mucho más tiempo, para seguir disfrutando aún más el contento que les producía tan placentera vida. Mas, al ver que no les quedaban más que dos o tres días, decidieron no perderlos y rogaron a Doña Oisille que les diera su pasto espiritual como tenía por costumbre, a lo que accedió, haciéndolo más detenidamente que otras veces, ya que deseaba poner fin al Apocalipsis de San Juan antes de que partieran; y con tanto celo se dedicó a ello que parecía que el Espíritu Santo, lleno de amor y de dulzura, hablaba por su boca, y todos, inflamados de ese fuego, marcharon a oír misa mayor. Y, estando reunidos después de comer y comentando aún las incidencias de la jornada anterior, desconfiaban de poder tener ese día una tan hermosa; y, para intentarlo, se retiraron todos a sus aposentos, hasta que llegó la hora de reunirse en la Sala de los Cuentos, alrededor de la mesa de hierba verde, donde encontraron que ya habían llegado los frailes, siendo los primeros en ocupar sus puestos. Cuando todos estuvieron sentados, preguntaron a quién le correspondía comenzar. Saffredant dijo: «Vuestas mercedes me hicieron el honor de que fuera yo el primero de dos Jornada, así que me parece que ofenderíamos a las señoras si no hubiera al menos una que comenzara dos». «Entonces sería menester que continuásemos aquí durante mucho tiempo —exclamó Doña Oisille—, o bien que uno de vosotros, o una de nosotras, se quedara sin contar su historia en la Jornada de hoy». «Por lo que a mí toca —opinó Dagoncin—, si hubiese sido yo elegido, habría cedido la vez a Saffredant». «Y yo —habló Nomerfide— hubiese dado la mía a Parlamente, porque estoy tan acostumbrada a obedecer que no sabría mandar». Lo que pareció bien a la reunión, y Parlamente comenzó así: «Señoras, nuestras pasadas Jornada estuvieron llenas de tan sabias historias que yo quisiera rogar que la de hoy lo estuviera de las mayores locuras y de las más verídicas que podamos conocer; así que empezaré».

Narración LXXI

De cómo una mujer, estando a las puertas de la muerte, al ver a su marido acostarse con una de sus camareras, se puso tan furiosa que recobró la salud

Vivía en la villa de Amboise un guarnicionero, de nombre Borrihaudier, que lo era de la reina de Navarra; hombre de quien, al contemplar el color de su cara, se podía advertir de naturaleza más dedicada a ser servidor de Baco que de los sacerdotes de Diana. Había desposado a una honesta mujer que gobernaba sabiamente su casa y sus hijos, de lo que él se sentía muy contento. Un día, le comunicaron que su mujer estaba muy enferma y en grave peligro, por lo que se sintió tan preocupado que marchó diligentemente a su casa para acudir en su ayuda, encontrándola tan mal que pensó tenía más necesidad de confesión que de médico, con lo cual mostró el mayor dolor del mundo. Mas, para recibirlo bien, preciso fuera hablar tan estropajoso como él lo hacía y aún sería mejor si se pudiera pintar su rostro y su continente. Después que realizó cuantos servicios pudo, ella le pidió el crucifijo, que él ordenó le llevaran, y al ver esto, el buen hombre, completamente desesperado, se arrojó sobre su cama, gimiendo y gritando con su lengua estropajosa: «¡Ay, Dios mío, que voy a perder a mi buena mujer! ¿Qué podré hacer yo?», y otras quejas de este jaez. Al fin, como en la habitación no había nadie más que una camarera de muy buena facha, la llamó muy bajito, diciéndole: «Amiga mía, yo me muero y estoy ya más que difunto dado mi dolor al ver morir a tu dueña. No sé qué hacer ni qué decir, a no ser que me encomiendo a ti y te ruego que cuides de mi casa y de mis hijos. Ten las llaves que tengo aquí y pon buen orden en la administración de la casa, porque yo no sabría hacerlo». La infeliz muchacha, apiadándose, intentó consolarlo y le rogó que no desesperara y que, si ella perdía a su buena ama, no quería perder a tan buen amo. Él le respondió: «Amiga mía, eso no es posible; mira cómo me estoy muriendo; ¿no ves que tengo el rostro ya frío? Acerca tus mejillas a las mías y te convencerás». Y, al decir esto, le puso la mano en los pechos, a lo que ella intentó oponerse, pero él le suplicó que no tuviera temor, pues era preciso que se vieran de más cerca. Y con estas palabras, la cogió entre sus brazos y la tumbó sobre el lecho. Ahora bien, su mujer, que no estaba acompañada más que por el crucifijo y el agua bendita, y que desde hacía más de dos horas no había dicho ni palabra, comenzó entonces a gemir lo más alto que podía: «¡Eh, eh, eh! ¡Que aún no estoy muerta!». Y amenazándoles con las manos les decía: «¡Malvados, que aún no estoy muerta!». Con lo que el marido y la camarera, al oír sus voces, se levantaron al instante, mas ella se sentía tan llena de despecho contra ellos que su cólera consumió toda la fiebre del catarro que le

impedía hablar; de manera que les lanzó cuantas injurias se le ocurrieron. Y a partir de aquel momento comenzó a sanar, lo que consiguió, reprochando a su marido frecuentemente el poco amor que la profesaba.

«Ya veis, señoras, cuánta es la hipocresía de los hombres y cómo con un poco de consuelo olvidan el dolor de sus mujeres». «¿Y cómo sabéis vos —preguntó Hircan—, que él no había oído decir que ése era el mejor remedio que su mujer podía tener? Pues si con su buen trato no pudo curarla, quiso intentar si con lo contrario sería mejor, como así resultó. Y me asombra que vos, que sois mujer, denunciéis así la condición de vuestro sexo, que se cura antes por despecho que por dulzura». «Sin lugar a dudas —le replicó Longarine—, que a mí el despecho me haría tanto bien que no sólo saltaría del lecho, como aquélla, sino incluso de la sepultura». «¿Y qué falta cometía él, que la creía muerta, al intentar consolarse? Porque es bien sabido que los lazos conyugales no pueden atar más que en cuanto dura la vida, y que inmediatamente después ya se está desligado». «Sí, desligado del juramento que obliga —apostilló Doña Oisille—, pero un gran corazón nunca se desliga del amor. Y éste olvidó demasiado pronto su duelo, sin poder esperar siquiera a que su mujer hubiera lanzado el último suspiro». «Pero lo que encuentro más extraño —habló Nomerfide—, es que viendo la muerte y el crucifijo ante sus ojos, no abandonara el deseo de ofender a Dios». «¡Donosa razón! —exclamó Simontault—. ¿Así que vos no os asombraríais de ver cometer cualquier locura con tal de que fuera lejos de la iglesia y del cementerio?». «Burlaos de mí cuanto os plazca —respondió Nomerfide—, pero lo cierto es que la meditación de la muerte enfría mucho el corazón, por muy joven que se sea». «Yo sería de vuestra opinión si no hubiera oído a una princesa contar lo contrario», dijo Dagoncin. «Eso significa que os contó alguna historia —afirmó Parlamente—. Y, si es así, os cedo la vez para que nos la repitáis». Así que Dagoncin comenzó.

Narración LXXII

Donde se habla del sincero arrepentimiento de una religiosa por haber perdido su virginidad, sin que mediara violación ni amor

En una de las mejores villas de Francia, después de la de París, había un hospital ricamente fundado, que constaba de un priorato de quince o dieciséis religiosas y otro cuerpo del edificio situado frente a aquél vivían el prior y siete u ocho religiosos, que decían misa todos los días, mientras que las religiosas rezaban sus padrenuestros y jaculatorias a Nuestra Señora, así como también se dedicaban al servicio de los enfermos. Un día, ocurrió que llegó un pobre hombre moribundo, alrededor del cual se congregaron todas las monjas, y tras haber provisto de todos los remedios para su salud, enviaron a buscar a uno de los frailes para que le confesara; y luego, viendo que se debilitaba por momentos, le dieron la extremaunción; y, poco después, perdió el uso de la palabra. Mas, como tardara en expirar y diera muestras de oír, las monjas se pusieron una por una junto a su lecho y le fueron dedicando las palabras más consoladoras que pudieron, de lo que a la larga se cansaron; y al ver que caía la noche y que era tarde, se fueron todas a acostar, sin que quedara allí, para amortajar el cuerpo, más que una de las jóvenes en compañía de un religioso a quien ella temía más que al prior ni a ningún otro, dada la gran austeridad de que daba muestras, tanto con sus palabras como con su vida ejemplar. Y, después que hubieran pronunciado repetidas veces la palabra Jesús al oído del pobre hombre, advirtieron que había fallecido. Así que lo amortajaron entre los dos y ejercitando la última obra de misericordia, el fraile comenzó a hablar de lo precedero de la vida y de la bienandanza de la muerte, y en tales meditaciones, pasó la medianoche. La infeliz muchacha escuchaba atentamente el devoto sermón, mirándolo con lágrimas en los ojos, con lo que el fraile se sintió tan complacido que, hablándole de la vida futura, comenzó a abrazarla como si deseara llevársela en sus brazos hasta las puertas mismas del paraíso. La pobre muchacha, escuchando siempre sus frases y considerándolo como el más devoto del convento, no se atrevió a negarse. Lo que advertido por el malvado monje, sin cesar de hablarle de Dios, remató con ella la obra que tan súbitamente le había infundido el diablo en su corazón (ya que antes nunca estuviera en su ánimo), asegurándole que un pecado secreto quedaba siempre sin castigo de Dios y que dos personas que no estuvieran ligadas con otra tercera no cometen falta alguna en tal caso, cuando no hay escándalo, y que, para evitarlo, se guardara mucho de confesarse con otro que con él. En esto se separaron, marchando ella la primera, y al pasar por una capilla de Nuestra Señora, quiso rezar sus preces como era su costumbre; más cuando comenzó a decir: «Virgen María», se acordó que

ella perdiera la condición de virgen, con lo que se puso a llorar tanto que parecía que se le iba a partir el corazón. El fraile, que oía sus gemidos desde lejos, se sintió dudoso de la conversión que había hecho, con el riesgo de que perdiera su placer futuro, y para impedirlo se llegó a donde ella se hallaba, prosternada ante la imagen, y la reprendió agriamente, diciéndole que si su conciencia estaba turbada, que se confesara con él y después, que si no quería no volviera más; porque tanto uno como otra, estaban libres de pecado. La tonta de la monja, creyendo dar satisfacción a Dios, se confesó con él, quien, por toda penitencia, le juró que no había cometido pecado alguno al amarlo y que el agua bendita borraba tal pecadillo. Ella, creyendo en él más que en Dios volvió a obedecerle al cabo de algunos días, de modo que pasado algún tiempo quedó preñada, lo que le produjo tal pesar que suplicó a la abadesa que hiciera expulsar del convento al fraile, sabiendo que él era tan astuto y cauteloso que no dejaría de seducirla. La abadesa y el prior, puestos de acuerdo, se burlaron de ella y le dijeron que ya era lo bastante mayor para defenderse de un hombre virtuoso. La monja, en un arranque impetuoso, acuciada por los remordimientos de su conciencia, le pidió permiso par ir a Roma, ya que creía que confesando su *pecado* a los pies del papa recobraría su virginidad. Lo que gustosos le concedieron el prior y la abadesa, ya que, aun en contra del Canon, preferían que hiciera su peregrinación a que volviera a encerrarse en sí misma y se volviera tan escrupulosa como ahora y temerosos de que su desesperación la llevara a revelar la vida que latía en su interior, así que le dieron dinero para que emprendiera su viaje. Pero Dios quiso que cuando su alteza la duquesa de Alençon, que luego fue reina de Navarra, se encontrara una tarde a la hora de las vísperas, en el presbiterio de la iglesia de San Juan, en Lyon, adonde iba de incógnito a hacer una novena en compañía de tres o cuatro damas, y puesta de rodillas ante el crucifijo, oyó que se acercaba alguna persona y a la luz de la lámpara pudo ver que se trataba de una religiosa. Y a fin de escuchar sus devociones, se ocultó en un rincón del altar; y la religiosa, que se creía sola, se puso a llorar tan fuerte que inspiraba piedad, sin decir otra cosa que: «¡Ay, Dios mío, tened piedad de esta pobre pecadora!». La duquesa, al oírlo, se acercó a ella y le dijo: «Querida mía, ¿qué os ocurre? ¿De dónde venís? ¿Qué os ha traído a este lugar?». La infeliz religiosa, que no la reconoció, le contestó: «¡Ay, señora!, mi desgracia es tan grande que no tengo otro recurso que Dios, al que ruego me dé la ocasión de hablar con su alteza la duquesa de Alençon, la única a quien confiaría mi secreto, estando cierta de que, si tiene remedio, ella lo pondrá». «Querida mía —le respondió la duquesa—, habladme como si de ella se tratara, porque soy una de sus amigas». «Perdonadme —rogó la religiosa—, pero nunca otra persona que no sea ella sabrá mi secreto». Al instante la duquesa le dijo que podía hablar francamente, que ya había encontrado a la persona que buscaba. La pobre mujer se arrojó entonces en sus brazos y después de llorar y gemir durante mucho rato, le contó todo lo que habéis oído sobre su desgracia. Y la duquesa supo reconfortarla con tanta habilidad que, sin quitarle el arrepentimiento continuo de su pecado, la hizo desistir de su viaje a Roma y la envió

de nuevo a su abadesa, con cartas para el obispo del lugar en las que se le ordenaba que expulsara al escandaloso fraile.

«Fue la misma duquesa la que me contó esta historia; y por ella podéis advertir, señoras mías, que la recomendación de Nomerfide no sirve para toda clase de personas, porque éstas, aun cuando tocaban y amortajaban a un muerto, no por ello se vieron libres de la lubricidad». «Es ése un invento —se asombró Hircan— que creo nunca usará hombre alguno: hablar de la muerte y hacer obras de vivos». «No es obra de vivos —negó Doña Oisille—, sino de pecadores; porque es bien sabido que el pecado engendra la muerte». «Estad segura —habló Saffredant— de que aquellas pobres gentes no pensaban para nada en la teología. Pero así como las hijas de Lot embriagaron a su padre pensando que así conservaría su forma humana, del mismo modo estas infelices personas querían reparar lo que la muerte echara a perder en aquel cuerpo, engendrando uno nuevo. Así que yo no encuentro mal alguno, a no ser las lágrimas de la infeliz religiosa, que se pasaba la vida llorando, y siempre volvía a la causa de su llanto». «He visto algunas que lloran su pecado y disfrutan de su placer al mismo tiempo», dijo Hircan. «Me imagino por quién lo decís —exclamó Parlamente—, y me parece que la risa duró ya demasiado y sería hora de que comenzasen las lágrimas». «Callaos —la conminó Hircan—; aún no ha terminado la tragedia para quien comenzó por reír». «Bien —dijo Parlamente—, para cambiar de conversación, he de decir que me parece que Dagoncin se ha apartado de nuestro propósito, que era no contar otras historias que las que movieran a risa, y la suya ha sido demasiado triste». «Dijisteis que no contáramos más que locuras —replicó Dagoncin—, y me parece que no dejé de hacerlo. Mas, para oír algo más divertido cedo la palabra a Nomerfide con la esperanza de que disfrace mi falta». «También yo tengo un cuento preparado —respondió aquélla—, que es digno de seguir al vuestro, porque habla de religiosos y de muerte. Así que escuchadla si os place».

Aquí terminan los Cuentos y Narraciones de la difunta reina de Navarra, que es todo lo que de ellos se pudo recobrar.



MARGARITA DE VALOIS, (Angulema, Francia, 11 de abril de 1492 - Odos, Altos Pirineos, 21 de diciembre de 1549), fue una noble francesa, princesa de la primera rama de Orleans de la dinastía de los capetos, duquesa consorte de Alençon (1509-1525), reina consorte de Navarra (1527-1549), escritora y humanista. Fue una mujer muy avanzada en su tiempo. Apreciada por su carácter abierto, su cultura y por haber hecho de su corte un brillante centro del humanismo, acogió con agrado los inicios de la Reforma difundiendo el evangelismo y el platonismo. Como escritora su obra más conocida es el *Heptaméron* siguiendo el modelo del *Decamerón* de Boccaccio pero con la inversión de la situación en el papel de hombres y mujeres ya que en la obra de Margarita son las mujeres quienes ridiculizan a los hombres.

Notas

[1] Historia de los amantes afortunados. (*N. del Ed.*) <<

[2] Diálogo en forma de visión nocturna, Espejo del alma pecaminosa, Oración del alma fiel. (*N. del Ed.*) <<

[3] Angustias dolorosas. (*N. del Ed.*) <<

[4] Sannazaro: Historia de los sátiros y ninfas de Diana. (*N. del Ed.*) <<

[5] Colección de historias licenciosas que se supone narradas por varias personas en la corte de Philippe le Bon, y recogidas juntas por Antoine de la Sale a mediados del siglo xv. Las *nouvelles* son, según la autoridad de la literatura francesa, el profesor George Saintsbury, la primera obra de prosa literaria en francés... Las historias dan una idea curiosa de la vida en el siglo XV, proporcionando una visión genuina de la condición social de la nobleza y las clases medias. (N. del Ed.) <<

[6] Nuevas recreaciones y citas felices. (*N. del Ed.*) <<

[7] Todos dirán cualquier historia que haya visto u oído de un hombre creíble. (*N. del Ed.*) <<

[8] *ma mignonne*: mi querida. (N. del Ed.) <<

[9]

*Yo llevo los cuernos, cada uno lo ve;
pero él que los trae, no se lo cree. (N. del Ed.) <<*

[10] Los mártires inocentes no necesitan confesarse para entrar en el reino de los cielos. (*N. del Ed.*) <<

[11]

Servir bien y ser leal.

De sirviente, nos convertimos en maestros. (N. del Ed.) <<

[12] *La belle dame sans merci*: La bella dama de sangre fría (despiadada, implacable).
(N. del Ed.) <<

[13] *De frigidis et maleficiatis*: Referencia a las Decretales de Gregorio IX, Libro IV. Titulo XV: *De frigidis et maleficiatis, et impotentia coeundi* (En hombres que son impotentes y bajo encantamientos mágicos, y en la incapacidad de copular). (N. del Ed.) <<

[14] *et laudabimus eum*: y lo llamaremos. (N. del Ed.) <<

[15] *In manus tuas*: en tus manos. (N. del Ed.) <<

[16] La *brunette* era una especie de fina tela de seda marrón, de la cual las personas de calidad se vestían en el siglo XIII, mientras que el *bureau* o la *bure* era una tela de lana gruesa para el uso de la gente común. De ahí que este proverbio, que se encuentra textualmente en el romance de la Rosa, signifique que el amor también extiende su imperio sobre todas las condiciones y que tiene no menos encantos en los pequeños que en los grandes. (N. del Ed.) <<

[17] *nulla est redemptio*: no hay redención. (N. del Ed.) <<

[18] *Dominus vobiscum* (El Señor esté contigo) es un antiguo saludo y bendición tradicionalmente utilizado por el clero en la misa católica romana y otras liturgias, así como en las liturgias de otras denominaciones cristianas occidentales. (N. del Ed.) <<

[19] *Ite missa est*: En la Liturgia católica romana en latín, esta frase la emplea el sacerdote y la asamblea responde *Deo gratias*. Luego de esto el sacerdote hace una oración e imparte la bendición final en nombre de Dios. (N. del Ed.) <<

[20] El ósculo santo, es el beso que se da como muestra de amor y afecto. Pero no se trata de algo romántico ni debe ser llamativo a la carne; más bien es un símbolo de la unidad, pureza, amor y sinceridad que existen en la hermanad cristiana. Es algo que nace de un corazón lleno del amor de Dios hacia los hermanos. (N. del Ed.) <<

[21] *De profundis*: Se trata de un salmo penitencial que suele emplearse principalmente en la liturgia de difuntos y en la Cuaresma.. (N. del Ed.) <<

[22] *Angustiae sunt mihi undique*: problemas por todas partes. (N. del Ed.) <<